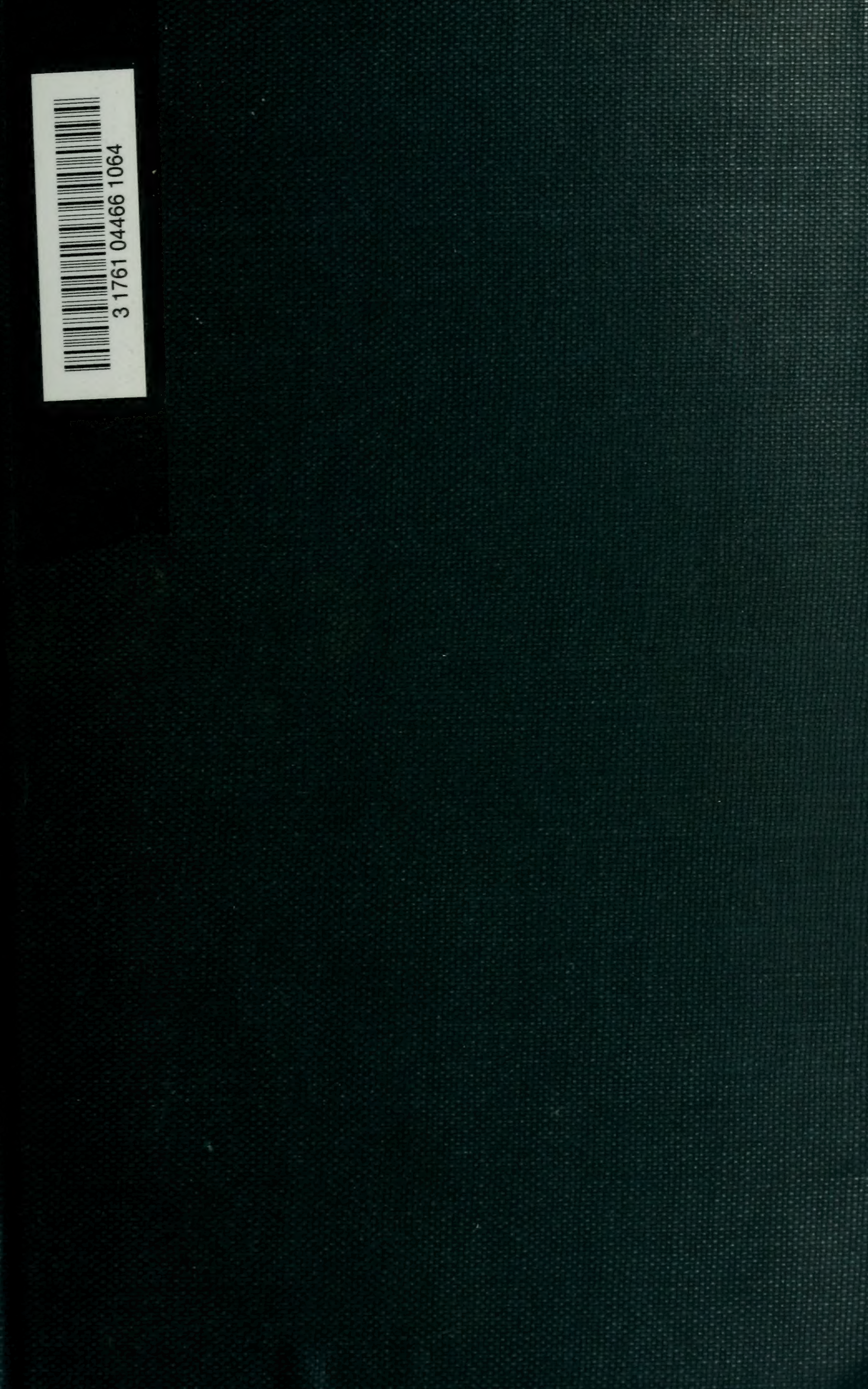

3 1761 04466 1064

EDITORIAL-AMÉRICA

Director: R. BLANCO-FOMBONA

PUBLICACIONES:

I

Biblioteca Andrés Bello (literatura).

II

Biblioteca Ayacucho (historia).

III

Biblioteca de Ciencias políticas y sociales.

IV

Biblioteca de la Juventud hispano-americana.

De venta en todas las buenas librerías de España y América.

Imprenta de Juan Pueyo, Luna, 29, teléf. 14-30. Madrid.

DIARIO

DE SU RESIDENCIA EN CHILE (1822) Y DE SU VIAJE AL BRASIL (1823)

SAN MARTÍN.—COCHRANE.—O'HIGGINS

BIBLIOTECA AYACUCHO

BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

OBRAS PUBLICADAS

I-II.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY:

Bolívar y la emancipación de Sur-América.

Dos lujosos volúmenes de 700 á 800 páginas en 4.° Se venden separadamente al precio de 7,50 pesetas cada uno.

III.—MEMORIAS DE O'CONNOR

sobre la

Independencia Americana.

La obra en 4.°, en papel pluma. Precio: 5 pesetas.

V.—MEMORIAS DEL GENERAL JOSÉ ANTONIO PÁEZ.

Un volumen muy bien impreso, en 4.° Precio: 7,50 pesetas.

V.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DEL EJÉRCITO ESPAÑOL.

Por el Capitán Rafael Sevilla.

Un volumen en 4.°, 5 pesetas.

VI-VII.—MEMORIAS DEL GENERAL GARCÍA CAMBA.

Para la historia de las armas españolas en el Perú.

Dos magníficos y gruesos volúmenes en 4.°, á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas cada uno.

VIII.—MEMORIAS DE UN OFICIAL DE LA LEGIÓN BRITÁNICA.

Campañas y Cruceros durante la guerra de emancipación Hispano-americana.

Un volumen en 4.°, 4 pesetas.

IX.—MEMORIAS DEL GENERAL O'LEARY.

Ultimos años de la vida pública de Bolívar

Este libro, desconocido hasta ahora, complementa los dos volúmenes sobre *Bolívar y la emancipación;* es una joya de historia americana por sus revelaciones, á las cuales debió el que se le hubiera ocultado por tantos años.

En 4.° á todo lujo. Precio: 7,50 pesetas.

X.—DIARIO DE MARÍA GRAHAM.

San Martín.—Cochrane.—O'Higgins.

BIBLIOTECA AYACUCHO
BAJO LA DIRECCIÓN DE DON RUFINO BLANCO-FOMBONA

MARÍA GRAHAM

DIARIO

DE SU RESIDENCIA EN CHILE (1822) Y DE SU VIAJE AL BRASIL (1823)

SAN MARTÍN.—COCHRANE.—O'HIGGINS

PRÓLOGO DE DON JUAN CONCHA

EDITORIAL - AMÉRICA
MADRID

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25



PRÓLOGO DE JUAN CONCHA

GLOSAS AL DIARIO DE UN VIAJERO

Santiago en 1822.

Un viajero ha desembarcado en el puerto y se dirige á la capital, Santiago del Nuevo Extremo. Estamos en Agosto. La primavera se anuncia espléndida; el cielo, de un azul intenso; la brisa, fresca, cálida, remece las ramitas nuevas de los árboles. Hay una suave quietud en el ambiente. Nuestro viajero se dirige á la capital; dista varias decenas de leguas del lugar de su arribo; el trayecto hay que hacerlo á lomo de mula, por entre lomas escarpadas y áridos breñales. Son sus acompañantes un peón y una esclava. Lleva sus bártulos en tres mulas. Estamos en 1822; primavera...

Nuestro viajero ha tomado el camino viejo, camino «sumamente escabroso», pero frecuentado por leñadores y recuas de carga. A medida que avanza, va extasiándose en la contemplación del paisaje: «las boscosas hondonadas, las nevadas montañas en el horizonte». A lo largo del camino, serpenteando por entre valles y lomas, siguen recuas de mulas cargadas que van á la capital. Llega á la cumbre de un cerro que atraviesa el camino: aparecen «los Andes, en su nevada majestad, dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos». Va nuestro viajero parando en pueblos y villorrios, en casas de postas y haciendas, que le brindan un hogar hospitalario. Descansa, duerme, observa y sigue su viaje. Lleva tres días de fatigosa caminata. En la tarde del tercer día vienen por nuestro viajero unas

amigas, á encontrarlo, en dos coches. Rehusa el ofrecimiento de entrar á un vehículo «por no penetrar cubierto de polvo»; siguió, pues, á caballo. Llega María Graham nuestro aporreado viajero—el veinticuatro de Agosto de mil ochocientos veintidós años á Santiago del Nuevo Extremo.

Nuestro viajero es huésped de una linajuda familia de Santiago. Después de disfrutar de algún descanso y vestirse, es llamado á comer. «La comida fué más copiosa de lo que en nuestros hábitos permitiría el buen gusto...» Más adelante observa: «se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle á alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y á nadie se le hace escrúpulo servirle á uno con el cuchillo ó cuchara con que ha estado comiendo». «A juzgar por lo que hoy he visto, podría decir que los chilenos comen mucho...» Después de la comida, la mayor parte de la familia se ha ha retirado á practicar sus devociones. Pronto llegan algunas familias amigas; las personas mayores conversan alrededor de un brasero; los jóvenes bailan un minué «incorrecto y descuidado».

En el silencio de la noche ha sonado á lo lejos una campanita y se ha extendido por las calles desiertas la voz del sereno, que monótona cantaba: ¡Ave María Purísima, las once de la noche han dado, y nublado!...

Examina nuestra viajera la casa en la cual se hospeda. Sobre la muralla, «baja y blanqueada», «se proyecta un enorme alero de tejas». En el centro, un zaguán empedrado de menudos guijos; cerca de la puerta de calle, «la habitación del portero». Detalla la disposición de las habitaciones y dependencias de la casa: los amplios corredores, las confortables alhanías, los grandes patios solados de menudos cantos, la abastecida despensa...

Recorre María Graham la ciudad y anota: «El aspecto de las calles es feo á causa de la desnudez y monotonía de los frentes de las casas particulares...» «La disposición de las casas es fea exteriormente y comunica á las calles un aspecto triste y plebeyo.» Santiago conserva durante esos años todo el carácter del Santiago del siglo XVIII, del Santiago colonial de Frezier, Juan y Ulloa, de Vancouver... Dominando el lado Norte de la plaza, se

alza el palacio de residencia del director O'Higgins, el antiguo palacio de los capitanes generales; la Audiencia; la cárcel. Al Poniente, la catedral levanta sus torres, y los palacios de las dignidades eclesiásticas yerguen sus muros fríos; al frente de éstos, en el lado opuesto, «sólo hay unos cuantos edificios vulgares»; cierran la plaza las arquerías del costado Sur, donde tienen sus tiendas los vendedores de telas, zapatos, quincalla, comestibles y algunas chucherías más. En las noches de luna, estos portales y tenduchos «presentan un aspecto muy alegre y animado». Los amplios aleros proyectan sombras discretas; los murallones son propicios á secretos encantos: «las damas acostumbran recorrer entonces las tiendas y puestos á pie, y, como todos están iluminados, la escena es bellísima». «Todos los pequeños puestos están iluminados; las mejores mercancías salen á relucir, y las señoras, que para este paseo nocturno se visten con elegancia, se ven muy bien.» «El sitio, bello de por sí—agrega—, lo es mucho más en las noches de luna; disimúlanse entonces los defectos y se observan mejor las bellezas.» El agua de la pila central de la plaza cae discretamente y canta sus melodías rumorosas; tañen, distantes, las campanas; las sombras de las casas se proyectan uniformes; la luna simula en las sombras de los árboles figuras fantasmales; en el cielo, unas nubecitas blancas van huyendo veloces; reverbera la luz lunar en las blanqueadas paredes; corre una brisa fresca, ligera... A lo lejos se oye la voz monótona de un sereno, que canta indiferente una hora...

Sigue nuestro curioso forastero huroneando por la ciudad. Recorre La Cañada, la Climba, los Tajamares... Sube al peñón del Santa Lucía, rastrea por callejuelas, atraviesa el puente de cal y canto, visita sus jardines...

Ha visitado la Casa de Moneda. No será para ella como para aquel capitán general, una «absurda ridiculera», sino que un «soberbio edificio». Ha curioseado por sus diversas dependencias; nos habla con detenimiento de la «tosquedad, superior á cuanto podría haberme imaginado, de la maquinaria»; observa la calidad «imperfecta y grosera» de la moneda, «lo más grosero que hasta ahora he visto en materia de monedas», y anota algunas disquisiciones eruditas sobre cuestiones monetarias.

También ha visitado María Graham la Biblioteca Nacional cuyo director en un «instruído y culto caballero»—don Manuel de Salas—; observa que «los libros de leyes ocupan la mitad de

los estantes», y que hay «un buen número de obras francesas, pero pocas inglesas»; hojea un incunable; hace algunos comentarios pertinentes á libros, y se va «con pesar».

María Graham frecuenta salones y pasa las noches en continuos y alegres saraos. Los jóvenes danzan; los minués, los bailes populares españoles, son los más socorridos. Hay música y charla. El canto tampoco falta. Las jóvenes «son, por lo común, de mediana altura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros». Pero estas «lindas criaturas», cuyo «sonrosado color nunca lo puso más bello la pura y diestra mano de la Naturaleza», «tienen, generalmente, una voz desapacible y áspera».

Antes ya había anotado: «pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por los demás, lo mismo que entre nosotros»...

Domingo. Hoy, nuestra viajera ha salido á los alrededores á ver los entretenimientos del pueblo, del «bajo pueblo». Las señoras mayores van en calesas, las demás gentes á pie. El lugar se llena de peatones, perros, gente á caballo, en calesas y carretas.

En los puestos se venden frituras, carne asada, pescado, licores, buñuelos fritos en aceite, chicha... «El pueblo parece gozar extraordinariamente en haraganear y beber diversas clases de licores». Suena el arpa, el tamboril, el triángulo, el rabel, la guitarra... «Los músicos se instalan en carros»; los mozalbetes compran licores, flores, frutas, «para su propio consumo ó para las mozas á quienes desean agradar».

Llenan el aire la música de los instrumentos, la gritería de los chiquillos, los requiebros de los mozos. Hinche los corazones una fuerte, pura, sana alegría...

Chocan á nuestra viajera los prejuicios, la rutina, la intolerancia de las gentes. «Es sensible—anota en su «Diario»—que las antiguas rutinas de la colonia dirijan todavía estas cosas en Chile...» «Este país—escribe más adelante—ha sido el más reacio de todos los de este Continente á los adelantos.» El atraso de los campos, el desorden en la administración, la pasi-

vidad de los campesinos, la rutina en todo orden de cosas, sugiere á María Graham sesudas reflexiones y severos reparos.

Una campana suena, después otra, después otra, y otra... Nuestro forastero mira del lado del plácido repiqueteo y ve «una pequeña iglesia, de cuyas puertas salía una larga y solemne procesión de sacerdotes, que comenzaban una rogativa de nueve días á San Isidro para pedirle lluvia». Agrega en seguida algunas consideraciones acerca de la superstición, á guisa de comentario...

El 28 de Septiembre parte María Graham de Santiago del Nuevo Extremo. Estuvo en la ciudad de D. Pedro de Valdivia treinta y seis días. Murió veinte años más tarde, en 1842, en su residencia de Kensington Pits, á la edad de cincuenta y siete años. Nos dejó un fuerte—admirable en la precisión y penetración de las observaciones—, hermoso, imperecedero «Diario.»

Juan Concha.

Santiago. (Chile).

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

A fines de Abril del año 1822 llegaba á Valparaíso la fragata *Doris*, de la armada de S. M. B., trayendo á su bordo los restos de su comandante, el capitán Thomas Graham, fallecido en brazos de María Graham, su esposa, al doblar el Cabo de Hornos.

La piedad y el amor de su mujer habían preservado los restos del malogrado marino de ser sepultados en las ondas, hasta que la fragata arribó á Valparaíso, donde fueron depositados en tierra hospitalaria, con los honores debidos á su rango y las preces de su culto.

La triste viuda desechó las proposiciones que le hacían los oficiales de la *Doris* para que siguiera viaje á bordo de la fragata hasta que encontraran otro buque que pudiera trasladarla directamente á Europa, y prefirió quedarse en Valparaíso para recobrar sus fuerzas quebrantadas por el sufrimiento.

El romántico interés que inspiraba la soledad en qne su viudez la dejaba en tierra extraña, la distinción social que suponía el rango de su marido, y sobre todo su exquisita cultura y lo agradable de su trato, eran motivos más que sobrados para que la sencilla y reducida sociedad de aquella época la acogiera con la más afectuosa hospitalidad.

Relacionada desde un principio con el elemento oficial, que en aquellos años era el de más valía en Chile, tuvo pronto oportunidad de tratar con una de las personalidades más sobresalientes de la revolución: nos referimos á lord Cochrane. Lord Cochrane, á más de ser su compatriota, tenía para distinguirla con su amistad otro motivo: cuando él figuraba entre los guardias marinas más antiguos de la marina inglesa, llegó á bordo de la *Thetis*, en que él estaba embarcado, un joven

guardia-marina que se iniciaba en la carrera naval y que más tarde llegó á ser el capitán Thomas Graham.

Atendió, pues, lord Cochrane con toda solicitud á la viuda de su antiguo camarada, que era una dama de esclarecida inteligencia y fino trato, y la presentó en Santiago á las familias de la mejor sociedad.

Dotada de una clara inteligencia, enriquecida por los conocimientos adquiridos en largos viajes y por una variadísima lectura, era natural que sus ideas y sentimientos afinaran estrechamente con las ideas y sentimientos de lord Cochrane, que tanto aventajaban á las preocupaciones y añejeces que formaban el ambiente intelectual en que había dejado la dominación española á sus antiguos súbditos.

De aquí que apreciaran de idéntica manera los hombres y las cosas de la revolución, á tal punto, que hay en este «Diario» muchas páginas que uno se sentiría inclinado á suponerlas directamente sugeridas por lord Cochrane, si María Graham no hubiese dado á conocer sus agudas facultades analíticas, su profundo espíritu de observación en las diversas obras que formaban su bagaje literario mucho antes de su arribo á Chile.

La simpatía por el héroe injustamente proscrito de su patria, el recuerdo de sus gloriosas hazañas en las guerras napoleónicas, la admiración por su denuedo y abnegación para hacer triunfar la causa de la independencia de los lejanos estados americanos, todo concurría á desarrollar en ella un culto vehemente por lord Cochrane, lo que Carlyle llama *heroworship*, que hace que tanto en las páginas del «Diario» como en las del Bosquejo de la Historia de Chile que á la Revolución se refieren, la personalidad del ilustre marino se destaque en medio de una gigantesca aureola. En torno de ella se agitan, pálidas, animadas por mezquinas pasiones, las figuras de sus enemigos políticos, especialmente la del más formidable y maquiavélico, San Martín.

Pero, fuera del escenario político, donde la ignorancia, el temor y la ambición se exhiben en cuadros disgustantes, la vida doméstica, los afectos de familia, el alma entera de la naciente sociedad chilena, proporcionan á María Graham precioso material para trazar con galana y apacible pluma diversos cuadros, ricos de colorido y de frescura.

Como á casi todos los viajeros, la belleza de las mujeres chi-

lenas la entusiasma, y dice así en una ocasión: «que una linda chilena se ve diez veces más linda cuando se pone la mantilla para ir á misa», y cuando cuenta que ha asistido á una tertulia en casa de D. José Antonio de Cotapos, dice: «estoy segura de no haber visto jamás reunidas en un solo día tantas mujeres bonitas, como en esa ocasión; no estoy segura de que fuesen todas de trascendental belleza; pero sí de que no había una sola fea».

Ahora, su abnegación incomparable, que la hace arrostrar junto con el hombre qne ella ama, esposo, padre ó hermano, todos los rigores de las adversidades políticas; sus hospitalarios sentimientos; hasta su misma pasmosa ignorancia, «que las hace recurrir con mayor gracia á los medios de seducción que la Naturaleza ha dado á la mujer, la amabilidad y la ternura», son temas que vuelven muchas veces á los puntos de su pluma para dar á estas páginas un encanto que no empañan jamás ni el adulo ni la sátira.

Su temperamento artístico, su ilimitado amor á las plantas y á las flores le hacen admirar entusiasmada los variados paisajes que ofrecen á su vista los campos de la región central, que ella ha recorrido; detiénese en sus excursiones campestres y recoge las plantas indígenas, cuyas virtudes indaga, cuyos hábitos describe con toda prolijidad, sin someterse á las arideces de la terminología botánica. Interésase por la suerte de los pobres, conversa con ellos y se sienta á su lado para aprender sus industrias rudimentarias: la alfarería, el hilado.

Conversa con O'Higgins, con San Martín, con Centeno, y desde el primer momento los penetra, hace su psicología, y descubre al hombre bajo las deslumbrantes exterioridades que imponen al vulgo.

Hay un retrato de San Martín, hecho *d'après nature*, puede decirse, que es una obra maestra de observación y de factura: el prócer va á hacerle una visita, invitado por Centeno, y habla, habla de todo, para lucirse, mientras los de su comitiva le escuchan asombrados de tanto saber. María Graham le escucha, avanza algunas ideas; pero la locuacidad inagotable de aquel espíritu versátil se las lleva por delante; entonces, lo mira con atención, critica *in mente* la vaciedad de esa charla incontenible, y piensa que ese hombre locuaz y amanerado estaría mejor en un sarao que no al frente de los Estados incipientes, que tiene la

ambición de dominar como jefe absoluto. Son dos páginas realmente soberbias las que dedica á esta visita.

A O'Higgins también lo vemos vivir en estas páginas; comprendemos cómo ha latido siempre acompasado su sano corazón en medio de la tormenta revolucionaria: su valor es frío y resuelto, su palabra sobria y precisa, tiene todas las virtudes de un gran soldado; pero carece de las cualidades que imponen al hombre de estado: no sabe sobreponerse á las intrigas palaciegas ni acierta á debelar las cábalas de sus adversarios políticos. Los Carreras, Freire, Monteagudo, el ministro Rodríguez, le sugieren juicios que nos parecen ser los de un contemporáneo nuestro, que quedan en el fiel de la balanza, entre la acendrada adhesión de sus parciales y las acerbas invectivas de sus adversarios políticos.

Es sensible que la ruptura de una arteria, que sufrió mientras regresaba á Santiago de una excursión á Melipilla y que puso en peligro su existencia, no permitiera á María Graham realizar el proyecto que abrigaba de recorrer el territorio de la República hasta Concepción. Tenía listas varias cartas de introducción para diversas personas, y entre ellas una de lord Cochrane para el general Freire que estaba al mando de las tropas de la frontera.

Con estas condiciones, el libro tiene todo el mérito de un documento histórico, y con los Recuerdos de Zapiola, los de Pérez Rosales y las pocas Memorias y correspondencias privadas que nos han quedado del período revolucionario, habrá de servir para estudiar la historia bajo un aspecto que no ofrecen los documentos y comunicaciones de carácter oficial, que han sido la fuente de los estudios históricos hechos hasta ahora.

Otro título tiene además para darlo á conocer al pueblo chileno, que habrá de leerlo con agrado y reconocimiento, y es la sincera simpatía que revelan todas sus páginas para nuestro país; sus ardientes deseos por la prosperidad de Chile, cuyo engrandecimiento político y cuya prosperidad comercial predijo hace ochenta años, al observar la energía y homogeneidad de su raza y las riquezas de su suelo.

Esto, en cuanto á la obra.

En cuanto á su autora, es sensible que no se encuentren en nuestra literatura nacional datos que nos permitan reconstituir su fisonomía moral ni su vida entre nosotros. Vicente Pérez Rosales, á quien ella recogió en Río Janeiro donde lo había

abandonado lord Spencer, y á quien repatrió á bordo de la *Doris*, no ha dejado, por desgracia, más que unas cuantas líneas en sus *Recuerdos del Pasado*, que nos dan á conocer las bondadosas disposiciones de carácter de la ilustre viajera. Así, pues, habremos de contentarnos con dar á conocer su intelectualidad por medio de los escasos datos biográficos que hemos podido obtener en la *National Biography* de Leslie Stephen y algunas otras fuentes de información no menos compendiosas.

María, hija de Jorge Dundas, contraalmirante de la *escuadra azul* y miembro del Almirantazgo, nació el año de 1785 en Papcastle, cerca de Cockersmouth.

Desde sus primeros años manifestó una decidida afición á la lectura y al estudio de las plantas y las flores. La *governess* que dirigió su educación era mujer muy ilustrada y que cultivaba relaciones de amistad con las más esclarecidas inteligencias de la época: Burney, Johnson, Reynolds, á quienes dió á conocer las brillantes disposiciones de su discípula. María Dundas, por su parte, frecuentaba la casa de su tío, Sir David Dundas, donde se reunían Campbell, Lawrence y otros.

En 1808, impulsada por su vivaz imaginación y por su amor á lo nuevo y á lo bello, acompañó á su padre en un viaje á la India; á su regreso contrajo matrimonio, en 1809, con el capitán Thomas Graham, de la Marina real, de quien no se hace mayor mención en las obras de consulta que hemos podido procurarnos. Luego emprendió con su marido otro viaje á la India, de donde regresó en 1811, estableciéndose en Londres. Por razones de servicio, el capitán Graham hubo de permanecer varios años ausente de su patria, durante los cuales su esposa se dedicó por entero á los trabajos literarios. En 1812 publicó su *Diario de Residencia en la India*, que años más tarde fué traducido al francés; en 1814, unas *Cartas de la India;* en 1815, una traducción del francés de las Memorias de Rocca sobre las guerras de los franceses en España, reimpresa al año siguiente. En 1819 regresó el capitán Graham á Inglaterra y, en compañía de su esposa, emprendió un viaje de recreo á Italia, que proporcionó á María Graham los materiales para una de sus obras más apreciadas en Europa, *Tres meses en las Montañas de Roma*, publicada en 1820. El mismo año publicó un *Ensayo sobre el Poussin*, que la crítica francesa considera como un libro de primer orden. En 1821 el capitán Graham, al mando de la fragata bri-

tánica *Doris,* zarpó en comisión para la América del Sur, y después de tocar en Río Janeiro siguió viaje con destino al Pacífico.

Como en otras ocasiones, acompañábalo su esposa, interesada en conocer estos países, que comenzaban á llamar la atención europea con motivo de su levantamiento contra el dominio de España. Desgraciadamente, el capitán Graham enfermó durante la navegación, y al llegar á la altura del Cabo de Hornos exhaló el último suspiro en brazos de su abnegada compañera.

La fragata prosiguió viaje hasta Valparaíso, adonde arribó el 28 de Abril de 1822, fecha en que comienza el *Diario de Residencia en Chile.* María Graham permaneció entre nosotros hasta Febrero de 1823, en cuya fecha se embarcó en el bergantín *Colonel Allen* con destino al Brasil; en Río Janeiro permaneció hasta fines de ese año, sirviendo de institutriz á la princesa doña María, que más tarde fué reina de Portugal.

Vuelta por fin á su patria, continuó dedicándose á sus trabajos literarios, y en 1824 publicaba su *Diario de viaje al Brasil* y de residencia en este país durante los años 1821 á 1823, y su *Diario de Residencia en Chile,* que ahora se traduce al castellano por primera vez. Los dibujos, que representan paisajes, tipos y costumbres del país, que ilustran ambos libros, revelan en ella una artista de felices disposiciones, que sabe poner de relieve los rasgos más característicos de las cosas.

En 1827 contrajo segundas nupcias con uno de los más célebres pintores ingleses de la primera mitad del siglo XIX, Augusto Wall Callcott, que frisaba entonces la cincuentena. Artista por temperamento, sus primeras inclinaciones lo llevaron al estudio de la música, y desde niño fué una de las voces más apreciadas de la capilla de la Abadía de Westminster.

Leyendo en una ocasión el *Robinson Crusoe,* ilustrado por Stothard, los grabados del célebre dibujante despertaron en él la afición al dibujo, que le abrió la senda en que tantos laureles había de cosechar más tarde. Entró entonces á estudiar pintura con Hoppner, que, como él, era además un músico muy apreciable, y bajo cuya dirección llegó pronto á ser uno de los más brillantes paisajistas ingleses. En 1806, el mérito de sus cuadros lo hizo ser admitido como socio de la Royal Academy, de la cual llegó á ser miembro académico en 1810. Los paisajes que exhibió entre 1810 y 1835, que se reputan las mejores de sus obras, le valieron que sus contemporáneos lo llamaran el *Clau-*

de inglés, por tenerlos en tanta estima como los mejores de Claude Lorrain. En 1837, con motivo de la ascensión de la reina Victoria, fué hecho caballero, y desde entonces se dedicó á la figura, género que había abandonado desde sus primeros trabajos. Entre los cuadros de este género que más han popularizado los grabadores ingleses se cuentan *Milton dictando su poema á sus hijas* y *Rafael y la Fornarina.* Con todo, la crítica moderna, que lo considera un talento serio y lo coloca entre Constable y Turner, lo encuentra frío, sin pasión ni poesía; pero le reconoce una factura amplia, fácil, una tonalidad justa y una luz franca y agradable, que constituyen el gran mérito de sus paisajes. Por otra parte, Callcott era hombre muy estimado por sus amables disposiciones de carácter, por su generosidad y falta de prejuicios en su arte y por la liberal protección que dispensaba á los artistas jóvenes.

Unida á un hombre de estas condiciones, lady Callcott tuvo un feliz compañero de sentimientos y de gustos artísticos, en cuyo consorcio su inteligencia se inclinó decididamente á los estudios críticos, á la historia y á la literatura de ficción. En 1822 publicó una *Historia de España.* En 1831, cuando regresaba de un viaje de estudio que había hecho por Italia en compañía de su marido, sufrió lady Callcott la ruptura de una arteria, que la dejó inválida por el resto de sus días. No por eso abandonó la pluma. En 1835 publicó la *Little Arthur's History of England,* en dos volúmenes, que alcanzó una gran popularidad y fué reimpresa varias veces, y además una *Descripción de la capilla de Giotto en Padua,* con motivo de una serie de dibujos de Sir A. W, Callcott; en 1836, un *Ensayo sobre la Historia de la Pintura;* en 1840, un prefacio á otra colección de dibujos de su marido, titulada *Los Siete Estados del Hombre,* y en sus últimos años, los libros para los niños que se titulan *Little Blackeburner, Little Mary's ten days* y *A Scripture Herbal.*

Por fin, el 28 de Noviembre de 1842, en su residencia de Kensington Pits, la muerte puso fin á sus sufrimientos y apagó para siempre los destellos de su privilegiada inteligencia. Sepultada en el cementerio de Kensal Green, fué pronto á reunírsele su compañero de afección y de trabajo, á cuyo ilustre nombre quedó asociado el suyo en la historia de la intelectualidad inglesa.

José Valenzuela D.

PREFACIO

El "Diario" de mi residencia en Chile debiera haber ocupado lógicamente su lugar entre el de las dos visitas al Brasil, que son materia de mi primer libro; mas ya he dado en el prefacio del de mi residencia en el Brasil las razones que me indujeron á dividir los diarios.

La introducción del presente volumen es quizás su parte más importante. Pocos son los informes que pueden procurarse de los seis primeros años de la revolución de Chile, sea que se les busque en los archivos de las secretarías de Estado, sea entre los papeles de los actores del drama. Durante los pocos días calamitosos que transcurrieron entre la derrota de los patriotas en Rancagua y el paso de los Andes, fueron quemados todos los papeles y documentos públicos que se halló á mano, para evitar que cayeran en poder de los españoles, que habrían perseguido á las familias que quedaron en el país, y cuyos nombres se hubiesen encontrado entre los de los patriotas. Desde entonces, hasta el año de 1817, no se encuentran ni en los archivos de gobierno documentos que rastrear, y hasta mediados de 1818, nada de lo impreso en Chile; de manera que dentro de pocos años más podría haberse perdido todo recuerdo del primer período de la revolución de este país.

Fué una gran fortuna para mí el haber conocido durante mi residencia en Chile á muchas personas que tuvieron participación en el gran acontecimiento, sea como acto-

res, sea como espectadores, y las cuales tuvieron la amabilidad de permitirme escribir, sobre sus relaciones verbales, los puntos capitales que he detallado. Los relatos de los realistas concordaban en todos los hechos con los de los patriotas, y todos ellos con las claras y entretenidas narraciones del Supremo Director O'Higgins, cuya liberalidad y cortesía para conmigo, en este como en todos respectos, merecen mis más calurosas expresiones de reconocimiento.

Desde 1818 hasta 1821 se daba en las gacetas amplios pormenores de todo acontecimiento público y se imponía al pueblo de todo documento. Pero ya, desde 1821, las especulaciones políticas del Protector del Perú y los planes comerciales de los hombres de gobierno de Chile no eran evidentemente de una naturaleza tan desembozada, y, en consecuencia, las publicaciones comenzaron á hacerse muy defectuosas. No podré jactarme de ser capaz de llenar esas deficiencias, pero confío que los puntos capitales que me ha sido dado establecer, serán suficientes para inducir á otros más capaces á acabar el bosquejo que yo dejo apenas indicado.

Como la lucha de la América española fué solamente de las colonias con la madre patria, no he tenido para qué referirme á las transacciones de aquéllas con las naciones neutrales, cuyos buques, tanto de guerra como mercantes, han surcado los mares de Chile, salvo cuando un caso como el de la intervención del capitán Hillier en el tratado del Sur de Chile, lo hace necesario.

El *post-scriptum* del diario contiene algunas publicaciones que permitirán apreciar la actual situación política de Chile. Hay tanto de bueno en ese país, tanto en el carácter de su pueblo como en la excelencia de su suelo y de su clima, que no cabe duda sobre el futuro éxito de sus esfuerzo en pro de una situación libre y floreciente; pero, hay dificultades extraordinarias que salvar, necesidades nada comunes que llenar, y si las siguientes páginas, directa ó indirectamente contribuyeran en lo más

mínimo á proveer esas necesidades, á suavizar esas dificultades, llamando la atención hacia ese país, por su especial preparación para los intercambios comerciales ó por los recursos y energías naturales que hay todavía en él por cultivar, sería para mí la más verdadera satisfacción.

BOSQUEJO DE LA HISTORIA DE CHILE

El descubrimiento de Chile por los españoles y la relación de sus primeras fundaciones en él, forman uno de los más romancescos capítulos de la historia de la conquista de Sur-América por los europeos.

Después de la muerte del inca Atahualpa, en 1535, Pizarro, receloso de la influencia y de la ambición de su compañero Almagro, representóle la conquista de Chile como empresa digna de su talento, y lo comprometió á ella, no obstante lo avanzado de su edad, que frisaba en los setenta años.

El desierto de Atacama separa el Perú de Chile, y de los dos caminos practicables entre ambas provincias, la ávida impaciencia de Almagro escogió el de la cordillera, por más corto, aunque difícil, en vez de tomar el camino de la costa. Parecen increíbles los sufrimientos y las pérdidas que el hambre y el frío impusieron á las tropas de Almagro durante su marcha, y probablemente el mayor número hubiera sucumbido, si unos pocos soldados, de los mejor montados, no se hubieran adelantado hasta el valle de Copiapó y obtenido recursos de los hospitalarios indígenas, á quienes mandaron que fueran á encontrar á sus asendereados compañeros.

Los españoles fueron tratados bondadosamente, y recibidos en un principio por los chilenos con una veneración que rayaba en idolatría; pero la sed de oro y de plata que los había lanzado en busca de este país á través

de los ardores del desierto y de las nieves de la cordillera, promovió luego las disputas entre los indígenas y los soldados, que Almagro castigó severamente entre aquéllos, y formó así la base de esa tenaz oposición de parte de los indígenas que mantiene todavía desoladas algunas de las mejores provincias del país. Cuando el ejército español llegó á la ribera Sur del río Cachapoal, encontróse con varias de las tribus indígenas, y particularmente la de los promaucaes, preparados para oponerse á sus avances, y aunque Almagro salió siempre victorioso, juzgó por último que era insuficiente el provecho de la conquista en proporción á los trabajos de los conquistadores, y regresó con su ejército al Perú, en el año 1538.

Allí, después de haber dominado el Cuzco por un corto tiempo, fué ajusticiado de orden de Francisco Pizarro, á los setenta y cinco años de edad.

Pedro de Valdivia fué el otro capitán español que, en seguida, designó Pizarro para llevar un ejército á Chile; así lo hizo, con 200 españoles y un numeroso cuerpo de peruanos, siguiendo el mismo camino de Almagro; pero, como la marcha se hizo en verano, los soldados no tuvieron que soportar el frío que tantos estragos causó á Almagro. La recepción de Valdivia fué enteramente distinta de la que se le dispensó á su predecesor. Los chilenos habían aprendido á odiar á la vez que temer á los invasores. Cada paso se ganaba por la fuerza de las armas, y las posesiones ó colonias establecidas por Valdivia fueron destruídas repetidas veces. Ni el mismo Santiago, fundado en 1541, encontró suficiente defensa con su ciudadela del Santa Lucía, porque fué incendiada por los indios del valle de Mapocho mientras Valdivia se hallaba en marcha hacia las orillas del Cachapoal para repeler á los promaucaes.

A su regreso de esta expedición, envió á Alonso Monroy y á Pedro Miranda, con seis compañeros más, á las fronteras del Perú en demanda de socorros, habiéndoles dado frenos, estribos y espuelas de oro macizo á fin de

que pudieran tentar más fácilmente á los soldados europeos á agregárseles. La pequeña compañía fué asaltada sin embargo por los indios de Copiapó y sólo escaparon Monroy y Miranda. Conducidos ante el jefe del valle, fueron condenados á muerte; pero la intercesión de la mujer de éste los salvó. Este beneficio lo retribuyeron con la más baja ingratitud. Como la hubieran traído varios de los caballos tomados á los españoles, ella rogó á los prisioneros que le enseñaran á su hijo á cabalgar; oportunidad que aprovecharon para escapar, apuñalando antes, sin necesidad alguna, al hijo de la india y huyendo en seguida hacia el Cuzco.

Esta ciudad estaba entonces gobernada por Castro, sucesor de Pizarro, que otorgó el auxilio solicitado por Valdivia, y Monroy condujo por tierra hasta Copiapó un corto número de reclutas, al mismo tiempo que se despachaba por mar una fuerza considerable, bajo el mando de Juan Bautista Pastene, noble genovés. Entretanto, Valdivia se había apoderado de las ricas minas de oro del valle de Quillota, y, penetrado de que no se podía hacer nada de eficacia sin comunicarse por mar con el Perú, había comenzado á construir una embarcación en la desembocadura del río Aconcagua, que nace cerca de las cumbres de los Andes, atraviesa todo el valle de Quillota y se precipita en la peligrosa bahía de Concon, entre las de Valparaíso y de Quinteros, que no reciben ningún río de consideración.

En cuanto recibió los refuerzos de Castro, Valdivia ordenó inmediatamente á Pastene que explorara la costa de Chile hasta el estrecho de Magallanes; en seguida lo despachó al Perú en busca de nuevos socorros, porque los indígenas iban poniéndose cada vez más atrevidos, habiendo, recientemente, dado muerte á toda la compañía de soldados que estaba de guarnición en las minas de oro cerca de Quillota, quemado la embarcación recién construída, y destruído los almacenes situados en la boca del río. Al recibir la noticia de tal desastre, Valdivia

dejó á Santiago, vengó la muerte de sus gentes ejecutando cuanta crueldad fué posible sobre los infelices quillotanos y levantó un fuerte para proteger las minas. En seguida, se adelantó á encontrar los nuevos refuerzos que venían á las órdenes de Villagrán y de Escobar, quienes le traían 300 hombres del Perú; y deseando tener una base en la parte Norte de Chile, se fijó en la hermosa llanura que se extiende á la desembocadura del Coquimbo, donde fundó, en 1543, la colonia de La Serena, comúnmente llamada Coquimbo (1).

* * *

El año siguiente se señaló por haberse ganado la adhesión de los promaucaes á la causa de los españoles, á los cuales fueron fieles desde entonces, impelidos probablemente por recelo á sus inmediatos vecinos los araucanos. Valdivia prosiguió entonces sus conquistas en el Sur; pero, después de haber atravesado el Maule, fué derrotado en Itata y se vió obligado á ir en persona al Perú en busca de refuerzos. Durante su ausencia, los indios de Copiapó, que no habían olvidado el alevoso asesinato de su joven jefe por Monroy y Miranda, cayeron sobre un destacamento de cuarenta españoles, á los cuales dieron muerte, y los de Coquimbo ultimaron á todos los habitantes y arrasaron hasta las murallas de la nueva colonia. Inmediatamente se mandó á ese punto á Francisco Aguirre, quien reconstruyó la ciudad en una situación más conveniente, en 1549. Por fin, habiendo regresado Valdivia con un considerable número de aventureros, fué reducida á la tranquilidad la parte Norte de Chile, después de nueve años de incesantes y pesadas fatigas de parte del

---

(1) Eso es error: se llama Coquimbo el puerto de mar que está á media hora de camino del pueblo de Serena, por ferrocarril.—*(El editor.)*

jefe, quien distribuyó las tierras entre sus más antiguos adictos, siguiendo las costumbres feudales que entonces prevalecían en Europa.

Al año siguiente, Valdivia avanzó hacia el Sur hasta las márgenes del Bio-Bio, cerca de cuya desembocadura, en la hermosa bahía de Penco, fundó la ciudad de Concepción, en una de las más ricas y fértiles provincias de Chile. Pero allí fueron contrastados sus progresos por el cacique ó toqui Ailavilla, jefe de los araucanos, que cruzó el río para socorrer á los indios de Penco y resistir hasta la muerte á los invasores de su territorio.

Arauco es una provincia fértil y rica, que se extiende desde el Bio-Bio hasta el Calle-Calle, muy boscosa por lo general, llena de cerros y bien regada. Los naturales son fuertes, valerosos y amantes de su libertad; hasta ahora no han sido nunca domados, y han resistido con igual éxito los ejércitos de los Incas y los de los españoles. Ha sido una fortuna para ellos el tener, entre sus enemigos, un poeta como Ercilla que supo hacer justicia á su valor y preservó el recuerdo de sus peculiares costumbres y de su constitución política, que le cupo presenciar como testigo ocular, por haber tomado parte distinguidísima en varias de las batallas que describe.

Entre la primera fundación de Concepción, en 1550, y su destrucción, en 1554, la actividad de Valdivia había fundado la ciudad de Imperial sobre el río, que forma un puerto en sus mismas murallas, la cual fué durante el corto período de su existencia la más rica ciudad de Chile; Villarrica, en las márgenes del lago de Lauquen; Valdivia, sobre el Calle-Calle, que domina la bahía más cómoda y hermosa del Pacífico; Angol, ó ciudad de la Frontera, y había levantado los fortines de Puren, Tucapel y Arauco. Estos dos últimos fueron luego destruídos por el cacique Caupolican, quien, auxiliado por Lautaro, jóven héroe de su raza, venció á los españoles en una gran batalla, en la cual Valdivia cayó prisionero y fué condenado á muerte.

Lautaro había sido tomado prisionero por Valdivia, quien lo educó y destinó á su servicio. Parecía muy adicto á su señor y nunca había manifestado deseos de unirse á sus connacionales hasta que, al verlos derrotados en una batalla y que huían delante de la artillería española, se sintió avergonzado, desgarró sus vestidos europeos, corrió hacia sus compatriotas, y exhortándolos á seguirle, en nombre de su país, los condujo á la victoria, que fué confirmada por la muerte de Valdivia.

Desde ese día, pasó á ser su jefe principal. Villagrán, sucesor de Valdivia, evacuó inmediatamente á Concepción, que fué incendiada por Lautaro; pero, habiendo aparecido la viruela entre los araucanos, los españoles se aprovecharon de la confusión que la mortífera enfermedad introdujo entre aquéllos para reconstruir á Concepción, en 1555. Lautaro atacó inmediatamente á los nuevos colonos, les destruyó una vez más su ciudad y marchó directamente hacia Santiago. En el camino, sin embargo, fué sorprendido por Villagrán á quien un espía había conducido por un paso secreto hasta la playa, donde los araucanos habían acampado en un paso entre un alto cerro y el océano. Cayó sobre ellos al rayar el alba, en el momento mismo en que Lautaro se había recogido á descansar, después de haber velado durante la noche. Lautaro, que corrió á ponerse al frente de su ejército en cuanto oyó que se acercaba el enemigo, fué herido de muerte en el corazón, antes de que pudiera dar sus órdenes para el combate; su gente pereció toda, dejando á sus enemigos el recuerdo de su valor incontrastable y la admiración de las virtudes del joven héroe, que al morir á los diez y nueve años de edad, dejó un nombre culminante en la historia del patriotismo.

*
* *

Después de la muerte de Lautaro, los españoles reconstruyeron á Concepción, fundaron á Cañete y descubrieron el archipiélago de Chiloé. Ercilla, que acompañaba á los descubridores, inscribió en un árbol unos versos que recordaban su nombre y la fecha del descubrimiento, 31 de Enero de 1558. La ciudad de Osorno fué fundada al regreso de Chiloé.

Con este período acaba la *Araucana* de Ercilla, poema que comprende los sucesos ocurridos en los nueve años que el poeta sirvió en el ejército de Sur-América. A su regreso á España, Ercilla continuó figurando en las guerras europeas, bajo Felipe II. La continuación del poema, por Santisteban Osorio, dista mucho de poseer el mérito del de Ercilla, no abarca más allá de la muerte del segundo cacique Caupolican, el dominio temporal de Arauco y la desaparición de sus jefes.

Pero mientras los españoles se ocupaban de la invasión de Tucumán y de levantar las ciudades de San Juan y Mendoza, allende los Andes, los araucanos se preparaban en silencio para nuevas guerras, y antes de que se les afrontara, abandonaron sus selvas y destruyeron la ciudad de Cañete, que fué reconstruída, sin embargo, en 1665, por Villagrán el joven, que había sucedido á su padre en el gobierno. Al año siguiente, Ruiz Gamboa fué enviado á tomar posesión de Chiloé y fundó la ciudad de Castro y el puerto de Chacao.

Durante este tiempo, la prolongación de la guerra en una provincia tan importante como Chiloé y la consideración de los grandes inconvenientes para apelar al Perú en todas las causas de jurisdicción civil ó criminal, indujeron á Felipe II á establecer un Tribunal de Audiencia en Concepción; pero, habiéndose arrogado la Audiencia tanto la autoridad civil como militar, empeoró muy luego la situación y fué, en consecuencia, suprimida el año 1575. Hubo entonces una suspensión de hostilidades entre españoles y chilenos, que duró cerca de cuatro años, debido en gran parte á los efectos de un

terremoto, que desoló una grande extensión del territorio.

Los araucanos emplearon diligentemente este intervalo en buscarse aliados entre los indios vecinos, y consiguieron que los pehuenches, tribu de la montaña, y los chequillanes, los más salvajes de los indios, los ayudaran á resistir á los españoles, y continuó así la incesante lucha que ha señalado el gobierno de todos los capitanes generales desde el tiempo de Valdivia.

A pesar de estos continuos disturbios en el Sur, la cantidad de metales preciosos extraídos de Chile, la fertilidad de sus tierras y la bondad de su clima, comenzaron á atraerle la atención de otras naciones. Los ingleses, bajo sir Thomas Cavendish, que arribó con tres buques en 1586, intentaron establecer una posesión en la bahía de Quinteros; pero fueron inmediatamente atacados y desalojados por los españoles, que no sufrían que nación alguna se entrometiera en sus nuevos dominios. Más desgraciada fué todavía la segunda expedición, á las órdenes de sir John Narborough, durante el reinado de Carlos II, porque la flota entera zozobró en el estrecho de Magallanes.

Los holandeses intentaron también, en 1600, establecerse en la isla de Chiloé, adonde arribaron con cinco buques, y comenzaron por saquear la posesión y por asesinar á los moradores; pero, en una ocasión en que la tripulación del comodoro desembarcó cerca de Talca, los indios cayeron sobre ella y la destruyeron, lo que indujo á los demás á abandonar la empresa. Durante este tiempo, los araucanos, dirigidos por Paillamachu, habíanse coaligado con las demás tribus de indios, hasta los del archipiélago de Chiloé.

Todo español que se aventuraba fuera de los fuertes caía asesinado, y las ciudades de Osorno, Valdivia, Villarrica, Imperial, Cañete, Angol, Goya y los fortines de menor importancia, fueron sitiados. Concepción y Chillan fueron incendiados, y en poco más de tres años desaparecieron todas las poblaciones establecidas por

Valdivia y sus sucesores, entre el Bio-Bio y Chiloé. Sus habitantes, extenuados por el hambre, cayeron prisioneros, siendo repartidos entre los indígenas los solteros de ambos sexos; á los casados se les permitía conservar sus mujeres y sus familias. Los descendientes de estos prisioneros, han figurado después entre los más acérrimos enemigos de los españoles, habiendo mejorado con su trato las relaciones de la vida civil de los indígenas. El afortunado cacique murió el año 1603, un año después de la toma de Osorno, que fué la última plaza que redujo.

Para prevenir la frecuencia de estos desastres se estableció en la frontera, el año 1608, un cuerpo de 2.000 hombres de tropas regulares, que sirvió para prevenir toda intentona seria de parte de los indios para invadir los distritos del Norte; pero no pudo reprimir sus incursiones de rapiña, y Arauco continuó libre.

En 1609, la Audiencia, que había sido suprimida en Concepción, fué restablecida en Santiago, ciudad que, si bien se hallaba lo bastante lejos de la frontera para no temer las incursiones de los indios, quedaba, en cambio, muy distante del mar, á noventa millas de Valparaíso, su puerto más vecino.

Esta situación tuvo, sin embargo, sus ventajas en aquella época, porque dejaba á la capital lejos del alcance de los aventureros franceses, holandeses é ingleses que entonces turbaban la tranquilidad y amagaban las posesiones de los españoles en las playas del Pacífico.

En 1638, los holandeses trataron de celebrar una alianza con los araucanos para obtener así posesión de Chiloé; pero éstos rehusaron todo trato con los europeos y destruyeron las guarniciones que los holandeses habían desembarcado en las islas de la Mocha y en Talca. Sin descorazonarse por este descalabro, aquella raza emprendedora volvió en 1643 con una numerosa flota, tropas y artillería; tomó posesión de la abandonada Valdivia y comenzó á construir tres formidables fortalezas á la entrada de la bahia. Pero los indios no sólo les rehusaron el con-

curso de sus brazos, sino que les negaron las provisiones, obligándolos á abandonar la plaza tres meses después de haber arribado á ella.

Los españoles se aprovecharon de la labor de los holandeses, acabaron sus fuertes y fortificaron la isla de Mancera. Desde entonces no fué turbada esa colonia, hasta la última revolución.

Mientras que esta continua lucha desolaba y despoblaba las provincias del Sur de Chile, se hacían también sentir en este pequeño Estado las mismas causas que amenazaban á las demás provincias españolas. El desproporcionado engrandecimiento de España durante el reinado de Carlos V la envolvió en todas las guerras del continente europeo; y como había perdido las ventajas que sacaba de las artes y la agricultura de los moros, que no fueron sustituídas por ninguna industria equivalente, aquel príncipe sólo contaba para sus largas y dispendiosas campañas con la cantidad de metales preciosos importados del Nuevo Mundo.

De aquí la poco perspicaz política de sofocar en las colonias toda industria que no estuviese directamente aplicada á la extracción del oro y de la plata; la recelosa exclusión del comercio y las prohibiciones impuestas á las manufacturas, exceptuando, apenas, las más indispensables para las necesidades domésticas. Los reveses sufridos por los sucesores de Carlos V se hicieron sentir también, en cierto grado, en sus posesiones del extranjero, y á medida que las exigencias del tesoro iban haciéndose más premiosas, más difíciles se hacían las circunstancias de Sur-América para proveerlos de los recursos necesarios. Las guerras y las crueldades de los españoles habían destruído tantos indios, que apenas si quedaban los necesarios para el trabajo de las minas; y aunque se celebró un tratado con Holanda para suplirlos con negros, el número de éstos nunca llegó en Chile á ser crecido.

Los primeros virreyes y gobernadores habían sido hombres de empresa y de talento; y si bien el carácter de

Valdivia no está libre del cargo de crueldad, la construcción de ciudades, el establecimiento de corporaciones que hacían de Tribunales de Justicia y la disposición á granjearse, si era posible, la voluntad de los naturales, que forman el principal objeto de su gobierno y del de sus inmediatos sucesores, eran sumamente benéficos.

Pero, ya antes de la ascensión de Felipe V, las escaseces de una corte menesterosa aconsejaron la necesidad de poner en venta los altos puestos de las Indias. Los virreyes no pensaron más en distinguirse por las armas ni por su política, y en su afán de conservar ellos solos el monopolio, sustraían el comercio á toda intrusión de los extranjeros. Las instrucciones enviadas en 1701 por la corte de Versalles á Marsin, su embajador en Madrid, contienen las siguientes observaciones:—«Los derechos de la corona en las Indias Occidentales, han sido sacrificados á la avaricia de los virreyes, de los gobernadores y de los empleados subalternos».—Y todavía:—«Los diferentes consejos de Madrid están llenos de abusos, y particularmente el de Indias, porque en él, en vez de castigar las malversaciones, se tolera á los malvados en proporción al cohecho que emplean. Los excesos de los virreyes y demás empleados, quedan impunes. Esta impunidad y los cuantiosos valores con que regresan, alientan á sus sucesores á seguir el mismo ejemplo. Por el contrario, si alguno, siguiendo las prescripciones del honor, toma un camino diferente, ve castigado su desinterés con las más vergonzoza pobreza. Si es un subalterno, los reproches que su conducta puede acarrear sobre sus superiores, ó la atención que emplee para hacer luz sobre la de ellos, lo expone á ser aborrecido. Luego siente sus efectos con la pérdida de su empleo; la verdad nunca llega hasta el rey de España: la distancia da facilidades para disfrazarla, y algunos obsequios de tiempo en tiempo, logran siempre obscurecerla."

Por esta época, la ambiciosa y emprendedora corte de Luis XIV dirigía la vista á las ventajas que se podrían

sacar de la posesión de una colonia en la costa occidental de Sur-América, ó por lo menos, de un exclusivo privilegio de comercio. Consecuente con estas expectativas, después de haber obtenido el privilegio de proveer de esclavos al Perú y Méjico, en lugar de los holandeses, los buques franceses comenzaron á traficar con aquellos países, y en cuanto se presentaba una oportunidad, se despachaban hombres distinguidos en los diversos ramos de la ciencia á observar é informar sobre el estado de esas regiones. Uno de ellos fué el padre Feuillé, á quien se le debe el mejor estudio botánico sobre Chile, donde residió tres años, y otro fué Frèzier, cuyo *Viaje en el Mar del Sur*, nunca será lo bastante recomendado por su exactitud. Pero las consecuencias del comercio francés, tan exclusivo como el de los españoles mismos, distaron mucho de ser provechosas para España ó las colonias.

Los mercaderes franceses se organizaron en dos compañías, que se abrogaron los derechos de los comerciantes españoles y excluveron á todos los demás, y en 1709 hallamos el siguiente notable pasaje en un memorial sobre el estado de España, transmitido por Amelot, ministro francés en Madrid: "Las riquezas del Perú y Méjico, esas inagotables fuentes de fortuna, están casi perdidas para España. No sólo hay las quejas que se formulan contra los mercaderes franceses de estar arruinando el comercio de Cádiz y de Sevilla, á pesar de las medidas tomadas por la corte de Francia contra los que infringen las reglas establecidas, sino que continúan con toda fuerza los enormes abusos de la administración de los virreyes. La avaricia y el pillaje quedan impunes; las fortalezas y las guarniciones pasan desatendidas, y todas las cosas parecen tender hacia una fatal revolución." En este período, algunos virreyes fueron separados, y se hizo una tentativa para reducir los enormes beneficios que sacaban de su empleo. Chile quedó bajo el virreinato del Perú, cuyos virreyes nombraron casi siempre á los capitanes ge-

nerales; de manera que el mismo sistema de extorsión y el consiguiente empleo del soborno y del cohecho que había corrompido el Consejo de las Indias en Madrid, se desarrolló en inferior escala en la corte de Lima.

Los débiles monarcas de la casa de Borbón que reinaron en España, pasaban demasiado afanados en las luchas domésticas con su pueblo, que nunca amó ni respetó cordialmente á la dinastía francesa, y en la participación que tomaron en todas las guerras europeas, para tener tiempo ni poder para mejorar lo condición de los reinados de Occidente. En realidad, después de los edictos provinciales de 1818, hábilmente confeccionados y perfectamente adoptados á las circunstancias del país, no aparece otro esfuerzo de consideración hecho en Europa en beneficio de los colonos.

Algunos virreyes y capitanes generales merecieron, con todo, el dictado de padres del pueblo que presidían: Chile, en particular, tiene razón para estar agradecido á don Ambrosio O'Higgins, militar irlandés, al servicio de España, quien, después de comandar las tropas en la frontera de Chile y de rechazar á los araucanos que de nuevo habían comenzado á amargar la tranquilidad del Estado, puso varias de las ciudades y fortificaciones de la frontera en estado de conveniente defensa, descubrió las ruinas de Osorno, que reconstruyó, y practicó un excelente camino entre Valdivia y esa ciudad, facilitando así la comunicación con Chiloé.

Estos servicios le merecieron el título de marqués de Osorno y el empleo de capitán general de Chile. Promovido á la capital, continuó sus provechosos y espléndidos trabajos. Construyó puentes, practicó el camino de Santiago á Mendoza, que atraviesa la cumbre de los Andes, dotándolo de casuchas de descanso para comodidad de los viajeros, ideó de tal manera la construcción del camino carretero entre Valparaíso y la capital, que á pesar de los frecuentes temblores y temporales que tantos estragos hacen en Chile, no ha necesitado todavía reparación alguna.

Trasladado á Lima, como virrey del Perú, continuaron distinguiendo su carácter el mismo desinterés por su fortuna privada, la misma preocupación del bien público. A él deben los limeños el hermoso camino que une su ciudad con el puerto del Callao y varias otras obras de utilidad y de ornato. Todavía se recuerdan con gratitud, tanto en Chile como el Perú, la justicia y la beneficencia de su administración, y al morir, en 1799 ó 1800, dejando á su familia muy lejos de la riqueza, fué sinceramente sentido.

*
* *

Estos antecedentes prepararon en pocos años el período en que las colonias españolas del Sur-América comenzaron á abogar, en un principio, por tener iguales privilegios que la madre patria, y finalmente, por reclamar como un *derecho* su independencia, cuya posesión estaban resueltos á sostener como un *hecho* que los ejércitos y la armada española no se hallaban en condición de disputar. La emancipación de la América del Norte habia producido cierto efecto, tanto en las colonias españolas como en las portuguesas, desapercibido al principio, pero que de tiempo en tiempo se fué haciendo sentir en impotentes y prematuras luchas. A medida que las cortes europeas se hacían más débiles, ó se comprometían más estrechamente en las importantes contingencias de la larga guerra revolucionaria, sus posesiones occidentales comenzaban á sentir que no sólo eran bastante fuertes para protegerse por sí solas, sino que podían verse impelidas á hacerlo si quisieran sacudir el yugo de una potencia cuyas costumbres, índole é idioma les eran extraños y, por consiguiente, odiosos para ellas.

El período durante el cual se les dejó entregadas á sí

mismas, enseñóles á conocer sus propios recursos y á valerse de ellos; y las continuas exigencias de dinero de un gobierno lejano, que sólo podía retribuirles con escasísima ayuda ó protección, disgustaron á los naturales con una monarquía tan distante y tan costosa.

Por otra parte, la influencia de la Iglesia, que hasta entonces había sido casi omnipotente, en favor del antiguo orden de cosas, comenzó á hacerse valer en pro de la causa de la independencia, casi sin tal intención. Preocupaba seriamente al clero la manera de evitar que la América del Sur cayese en manos de los franceses, pueblo sin inquisición y que toleraba sin distinción á judíos, herejes é infieles, por cuyo motivo figuró siempre el clero al lado de los patriotas, mientras éstos procedían cautelosamente en sus principios, bajo el pretexto de que trataban de preservar á su país de la usurpación francesa y de conservarlo para su legítimo soberano.

Los clérigos comenzaron á descubrir la necesidad de mejorar su propia instrucción, y, en consecuencia, muchos libros que hasta entonces habían sido proscritos y que figuraban en las listas de libros prohibidos, comenzaron á ser buscados con avidez. Llegóse hasta mandar algunas personas á buscarlos á Inglaterra, y si bien en el calor de los primeros momentos se tomó junto lo bueno y lo malo y se mezcló y confundió toda clase de sistemas, todo tendía, sin embargo, á producir una ansiosa aspiración de independencia, una seria resolución para zafarse del yugo de la madre patria.

Este propósito fué secundado en pequeño grado por los emisarios mandados por la Junta Central de la vieja España, que venían en parte á buscar recursos para la guerra peninsular, y en parte á incitar á las colonias á desconocer la soberanía de José Bonaparte para que se reservaran á su legítimo soberano D. Fernando. Traían consigo la opinión que D. Gaspar de Jovellanos presentó á la Junta Central en la sesión de 7 de Octubre de 1808, diciendo: "Cuando un pueblo descubre el inminente pe-

ligro en que se halla la sociedad de que forma parte, y sabe que los encargados de la autoridad, que deben gobernarlo y defenderlo, se hallan subordinados y avasallados, siente naturalmente la necesidad de defenderse por sí mismo, y en consecuencia, adquiere un extraordinario y legítimo derccho de insurrección."

Los sur-americanos estaban demasiado penetrados de sus aspiraciones de independeucia para dejar que se escapara un pretexto tan favorable, y los que todavía no se habían embarcado en la obra revolucionaria, avanzaron hacia ella con más ó menos cautela, como su situación se lo permitía.

Pero no cabe comparación entre las circunstancias bajo las cuales afirmaron su independencia las colonias británicas de la América del Norte, y aquellas en que se encuentran todavía luchando por la suya las colonias españolas de la América del Sur. Las colonias españolas habían producido desde un principio tal abundancia de oro y plata, que llamaron desde el primer momento la atención y la vigilancia del gobierno en Europa, que trasladó á ellas todo el pesado andamiaje eclesiástico, militar y civil de una vieja monarquía.

El derecho de mayorazgo, estrecho vínculo que hace conservar en manos de unos cuantos individuos inmensas extensiones de tierras sin cultivo, perjudicó á la población, impidiendo la división de la propiedad, que tanto favorece su cultivo y la consiguiente prosperidad del trabajo individual (1). Finalmente, todo acto de gobierno emanaba directamente de Madrid, y para todo empleo de importancia, se mandaba de Europa un español, de manera que á los naturales del país no se les dejaba oca-

(1) Temo que se lleve la subdivisión de la propiedad á un extremo perjudicial, como sucede ó está por suceder en Francia por la nueva ley agraria. Sólo que en Chile las grandes haciendas son perjudiciales, porque es imposible que un propietario, en el estado actual del país, y quizás en cualquiera otra situación, pueda dedicarse á mejorar ni la vigésima parte de su tierra.

sión alguna para manifestar sus talentos ni para ejercitar sus facultades.

Las instituciones políticas de las colonias británicas, eran más favorables que cualesquiera otras al adelanto de los estados y al cultivo de la tierra. Muchos de los primitivos colonos eran hombres que habían ido allí guiados por su amor á la libertad de conciencia, que habían llevado consigo aquel indómito é independiente espíritu que rechaza toda vigilancia como una opresión, y que, formando sus propios consejos provinciales, legislaban y gobernaban para sí y transmitían esos privilegios á sus hijos.

Por otra parte, no se favorecía el acaparamiento de las tierras; se facilitaba su enajenación, y como cada persona que obtenía una nueva concesión quedaba obligada á cultivar cierta proporción de sus terrenos, la población aumentaba con tanta rapidez como los medios de subsistencia. Además, como los gobernadores eran en su mayor parte elegidos entre los mismos miembros de las colonias, había siempre cierto número de hombres preparados para el desempeño de tan importantes funciones.

De aquí que los Estados de Norte-América, firmes y unidos en su propósito, y preparados con la mejor educación (porque, como para los hombres, hay una educación para los Estados) pudieron levantarse después de una costosa guerra, desde el estado de una colonia desunida al rango de una gran nación; mientras que muchos años transcurrirán quizás antes de que las asoladas provincias de la América Española puedan asumir carácter nacional, por más que esté virtualmente roto el yugo de España, por la falta de material doméstico, por decirlo así, para formar un gobierno.

* * *

Todo el sistema de España respecto á las colonias, mientras las tuvo bajo su dominio, fué comercial y no político. Los virreyes, después de terminadas las primeras guerras con los indígenas, no fueron en realidad otra cosa que presidentes de una compañía de monopolistas, sus propósitos estaban limitados por sus sórdidos y mezquinos intereses y el gobierno y ocupación de Méjico y del Perú no fueron nunca contemplados de otra manera que como medios para hacer fortuna, descuidándose en consecuencia la libertad, la felicidad ó el interés de los habitantes.

La pereza y la ignorancia fueron las consecuencias necesarias, y cuando el pueblo se levantó, como de un sueño, y proclamó su independencia, estaban tan amoldados al antiguo régimen de cosas las costumbres é ideas de la clase donde por necesidad escogió á sus jefes y gobernadores, que éstos siguieron por la misma senda. Considerando la posesión del poder simplemente como la posesión del capital de una compañía mercantil, especularon con él, y con su mezquino tráfico, con los monopolios públicos y privados, y con sus ardides mercantiles, perjudicaron al pueblo que gobernaban, excitaron la desconfianza entre los extranjeros y, en muchos casos, se arruinaron ellos mismos.

Tal ha sido últimamente el caso en Chile y lo mismo creo que ha sucedido en el Perú y en las provincias del Plata. Pocos informes tengo de los acontecimientos de Colombia y Méjico; pero, por lo que he llegado á saber, sospecho que aquello no ha sido mejor. Pero ya es tiempo que vuelva á la historia de Chile, que es la única de que puedo hablar con alguna certidumbre.

El 22 de Junio de 1810 fué el día en que ocurrió el primer tumulto popular, con motivo de una reunión en la plaza de Palacio á que el capitán general Carrasco había citado á los habitantes de Santiago, para promulgarles las órdenes impartidas por la espatriada corte de España para que prestaran obediencia á la regencia fran-

cesa. Antes, habíanse celebrado algunas reuniones privadas.

Los agentes de la Junta Central no habían pasado en la inacción; pero no se había presentado ninguna ocasión pública para manifestar el sentimiento popular. Ese día, sin embargo, fué dado á conocer muy claramente, y aunque se toleró á Carrasco que continuase en su puesto, todos los demás miembros de su gobierno, con excepción del secretario Reyes, fueron depuestos, aprehendidos ó desterrados. Pocos días después, el mismo Carrasco fué encarcelado y por aclamación del pueblo fué elegido capitán general de Chile el brigadier general Toro, conde de la Conquista.

Por ese tiempo, las tropas realistas que había en Chile consistían únicamente en los 2.000 hombres que protegían la frontera, aparte de unos 50 dragones destacados en la capital, de los cuales había ya ganados unos cuantos á la causa de la independencia por don Bernardo O'Higgins, que desempeñaba entonces el cargo de coronel en Chillan, su ciudad.

Este oficial era hijo de don Ambrosio O'Higgins, marqués de Osorno, quien lo mandó en edad temprana á Europa, donde residió algunos años, cinco de los cuales pasó en Inglaterra en la Academia de Mr. Hill, en Richmond, Suney, donde no sólo aprendió á perfección el idioma, sino que también se asimiló el espíritu libre é independiente de la nación.

Toro fué elegido capitán general de Chile con la condición de qse no reconociese la regencia francesa, sino que reservase la provincia de Chile para el rey don Fernando, adhiriéndose entre tanto á los principios y constitución de la Junta. Pero algunos patriotas más exaltados reclamaron una independencia más completa; el conde, con su timidez natural, trató en un principio de acallar esos susurros, hasta que por fin mandó presos á Lima á sus principales promotores, entre los cuales figuraba un poeta, el doctor Vera.

Durante este tiempo, los principales personajes del país habían resuelto un completo cambio de gobierno, y el 18 de Septiembre del mismo año se celebró una asamblea, que acordó la supresión del empleo de capitán general y creó una Junta que, reconociendo los derechos de Fernando VII, habría de resistir contra toda autoridad extranjera. El ex-capitán general Toro fué nombrado presidente, y fueron sus colegas Márquez de la Plata, el hombre más rico de Chile; don Francisco Reina, don Juan Enrique Rosales, don Juan Martínez de Rozas y don Ignacio Carrera, secretario de la Junta.

***

El primer acto de la Junta fué levantar un ejército, si tal nombre puede darse á dos pequeños cuerpos de bisoños reclutas. El primero, de infantería, fué confiado al mando de don José Santiago Luco, agente de la Junta de la vieja España, y á don Juan José Carrera, segundo hijo de don Ignacio Carrera, y el mando del segundo, que era un cuerpo montado, fué encomendado á Toro, hijo del presidente.

El otro objeto á que la Junta dedicó inmediatamente su atención, fué la convocatoria de un Congreso Nacional, que se compondría de los miembros de todos los cabildos de Chile, y mientras se arbitraban los medios para llevar á efecto este plausible propósito, falleció el conde de la Conquista, á mediados de Noviembre, y el activo Martínez de Rozas fué elegido en su lugar.

Sólo el 11 de Abril del año siguiente (1811) se reunieron los habitantes de las diversas ciudades para elegir sus representantes, y en esta ocasión fué cuando se derramó la primera sangre por la causa revolucionaria.

La causa de estos sucesos se produjo así: El partido realista de Buenos Aires había pedido auxilio á Chile,

por cuyo motivo se habían desprendido 400 hombres del ejército de la frontera Sur, mandados por don Tomás de Figueroa, trasladándose por mar de Talcahuano á Valparaíso, desde donde debían dirigirse á Mendoza, atravesando la cumbre de los Andes.

Habían llegado ya á Casablanca, cuando los 50 dragones de la capital salieron á encontrar á Figueroa, alarmados por las reuniones electorales, instándolo á apresurar su marcha, y á tomar bajo su mando no sólo á ellos mismos, sino también á los reclutas que se estaba instruyendo para el ejército patriota, á quienes se comprometían á asegurar. Figueroa avanzó hacia Santiago y poniéndose á la cabeza de los dragones, que cumplieron su promesa de asegurar á los reclutas obligándoles espada en mano á agregárseles, entró á la plaza con el imprudente propósito de dispersar al pueblo, reunido para elegir sus representantes. Pero el pueblo, que no estaba dispuesto á dejarse perturbar en sus propósitos, se volvió contra los realistas, los derrotó completamente y los obligó á retirarse, quedando unas cuarenta personas por cada bando muertas en la plaza. Figueroa se refugió en el convento de Santo Domingo; descubierto al día siguiente, fué conducido á la plaza, donde se le fusiló. (1)

Verificada la elección, el congreso se reunió en Junio. El primer acto del cuerpo representativo, fué deponer la Junta, constituyéndose en asamblea legislativa y cometiendo el Poder Ejecutivo á tres hombres: Rozas, presidente de la primitiva Junta, don Martín de Encalada y Mackenna.

Pero Rozas por este tiempo se hallaba ausente en Concepción, adonde había sido llamado por una especie de

(1) 5 de Mayo de 1810.—El virrey Cisneros, se siente incapaz de resistir á la opinión pública de Buenos Aires y convoca á la primera junta de gobierno con el objeto de rechazar las pretensiones francesas y de establecer un gobierno provisional.—Desde 1811 comienza á distinguirse Artigas—puede decirse que desde entonces no ha cesado ni tres meses la guerra civil en esta extensa provincia.

discordia civil que casi arruinó la causa patriota. Concepción, que antes había tenido ciertas pretensiones á que se la considerara como capital de Chile, por hallarse en realidad en el centro de sus provincias y estar situada á inmediaciones de una bahía de las más ventajosas para el comercio, había sido también la que más había impulsado desde un principio la causa revolucionaria. Sus habitantes insistían, en consecuencia, que el gobierno se radicara allí y que también funcionase allí el Congreso.

Los habitantes de Santiago, que habían disfrutado largo tiempo de las ventajas consiguientes al establecimiento de la metrópoli en su ciudad, no estaban por su parte dispuestos á ceder, alegando la seguridad de su situación, igualmente alejada de los indios y del mar; mientras que Concepción, por hallarse tan inmediata de los indios araucanos, que podían fácilmente animarse á invadirla y desolar sus tierras, era demasiado expuesta para que en ella pudiera reunirse el Cuerpo legislativo. La prudencia de Rozas acalló el clamor de los habitantes de Concepción, y mientras él permanecía en dicha ciudad, se le dió por sustituto en el triunvirato ejecutivo á don Juan Miguel Benavente.

El primer acto de la asamblea legislativa fué abolir la esclavitud. Todos los hijos de los esclavos nacían libres desde aquel momento; todos los esclavos introducidos á Chile debían ser libres á los seis meses de residencia en el país. Pero el congreso, como sucede á todas las nuevas corporaciones políticas, trató de abarcar más de lo que estaba á su alcance, en una época tan prematura.

No contento con tratar de establecer la independencia, adoptando á las circunstancias las antiguas instituciones, sustituyéndolas por nuevas donde fuese necesario, levantando tropas y sobre todo resguardando la frontera, proyectó la creación de un colegio, de un museo, de una imprenta, que no alcanzaron á llegar á ningún grado de perfección antes de que se produjera una nueva revuelta, encabezada por un joven que desempeñó durante varios

años un papel importantísimo tanto en Chile como en Bueno Aires.

Don José Miguel Carrera era el segundo hijo de don Ignacio Carrera, de una rica familia criolla, que, siendo originariamente rica, se enriqueció más todavía durante el período de la revolución, gracias á las concesiones y fáciles compras que obtuvo don Ignacio de algunas propiedades confiscadas á los españoles ó á algunas congregaciones religiosas que habían sido suprimidas. Este joven, dotado de relevantes prendas personales, de natural inteligencia y de muchas cualidades de clase superior, era turbulento y sin educación.

En su edad temprana, como los héroes de las comedias de Molière, había apelado á toda suerte de mezquinas y originales picardías para procurarse el dinero que necesitaba para sus gastos privados, que no siempre eran muy inocentes, hasta que por fin uno de estos expedientes hizo tanta mella en la fortuna de un tío suyo que era comerciante en Lima, que don Ignacio, para separarlo de los malos compañeros á quienes miraba como los seductores de su hijo, lo mandó á España, donde ingresó al ejército. Hay cierta historia de un indio asesinado en defensa de su mujer ó de su hija que sus enemigos repiten en alta voz, y que sus amigos no están lejos de considerarla verdadera y que guarda consonancia con sus actos.

Pero en ese tiempo España, ocupada por ejércitos de todos los países de Europa, llena de todos los crímenes y miserias consiguientes á las luchas intestinas y extranjeras, era el país que menos servía para corregir los hábitos y cualidades morales de un joven de la índole de José Miguel Carrera.

Saturóse allí de un entusiasta espíritu y aprendió el manejo de la guerrilla que tanto daño ocasionó á los franceses, contribuyendo á arrojarlos de España, más que las victorias de Wellington, y regresó á Chile sin otro provecho que el deseo de adherirse á la lucha por la independencia y sin otra aspiración que la de imitar á Napo-

león en lo de aprovecharse de la labor de los demás para dominar el país y levantar á su familia á un rango hasta entonces ahí desconocido.

Su familia tenía una gran influencia. Don Ignacio, aunque no era miembro del actual gobierno, conservaba todavía gran influjo; Juan José era segundo comandante del principal cuerpo de ejército; su hermana, doña Javiera, dama de gran belleza é inteligencia, estaba emparentada con las mejores familias de Chile por su primero y segundo matrimonio, y el hermano menor, un joven singularmente hermoso, era universalmente estimado por las dulzuras de sus maneras y su trato siempre amable. Con estas ventajas, no encontró José Miguel dificultades para provocar la dimisión de Luco del mando del ejército y obtener que se se le nombrara en su lugar.

Sus desenvueltas y nobles maneras le conquistaron el afecto de los soldados, cuya adhesión confirmó con su liberalidad, al mismo tiempo que su entusiasmo y elocuencia le asignaban bastantes partidarios entre la clase más elevada.

Pero el mando del ejército, sometido al congreso y compartido con el coronel de artillería y otros oficiales que no eran de su familia ó camarilla, no satisfacía su ambición. Así, pues, comenzó á sondear las opiniones de los diversos partidos que siempre se producen en época de revolución.

A los patriotas les manifestaba un celo acendrado por su causa mezclado con temores por los lentos progresos del congreso; á los realistas prometíales restablecer el antiguo orden de cosas, mientras que entre los de su partido se trataba de establecer una Junta encabezada por don Ignacio y de entregar á los tres hijos el mando de las tropas de infantería, caballería y artillería de la nación.

A pesar del sigilo con que se agitaban estos planes, salieron á luz algunas revelaciones y rumores acerca de ello; pero don José Miguel se condujo con tanta franqueza, con tanta impavidez negó ó se rió de los que se aventu-

raban á nombrarle, que toda sospecha pareció disiparse.

En la noche del 14 de Noviembre, cuando Mackenna, que era comandante de artillería, pasó á ver á Juan José á su cuartel, encontró reunida á la familia entera: los tres hermanos, doña Javiera y el padre; pero como don Juan José parecía estar postrado por la enfermedad, no le sorprendió ni la inusitada presencia de don Ignacio en la ciudad. José Miguel acompañó á Mackenna hasta su casa, diciéndole entre risas: "Lo que falta es que digan que mi padre ha venido á la ciudad para ponerse al frente del movimiento." A la mañana siguiente, al romper el día, alarmaba la ciudad el llamamiento á las armas. Los principales oficiales de artillería y granaderos fueron arrestados. Juan José quedaba en la enfermería mientras Luis se ponía al frente de la artillería y mandaba dos cañones en auxilio de su hermano.

José Miguel dispersó el senado y estableció una nueva Junta que lo declaró su presidente, y todas las oficinas de gobierno fueron ocupadas por los Carreras y sus relaciones. Semejante gobierno disgustó á las provincias, que no estaban en inmediato contacto con la capital, porque si bien el poder estaba en manos de un hombre de talento, era éste de un carácter tan imprudente que nadie podía confiar en él; tan variable de voluntad, que ni él mismo sabía muchas veces cuáles eran sus propias intenciones, y tan amigo del placer, que la más ligera tentación lo hacía olvidarse de los más graves negocios de Estado en medio de la música y el baile (1).

(1) La relación que he hecho anteriormente de la primera época de la vida de José Miguel Carrera y de la manera cómo se apoderó del gobierno me fué comunicado por un caballero que ha residido durante todo ese tiempo en Santiago, que profesaba una afectuosa adhesión á Luis Carrera, su compañero de colegio, y que evidentemente suavizaba su relación en lo posible respecto á varias cosas. Con todo, me refiero al interesante folleto de Mr. Yates, que publicó como apéndice, enteramente satisfecha de la verdad de todo lo que Mr. Yates ha presenciado personalmente y sabiendo que lo demás es el eco de lo que le ha referido la familia, que amaba á José Miguel con el más ca-

Las Juntas de Valdivia y Concepción, en particular, formularon serias quejas; renovóse la antigua pretensión de esta última ciudad á ser considerada como la metrópoli y la guerra civil pareció inevitable. El descontento del Sur subió á tal grado, que Carrera se puso al frente de las tropas y avanzó hasta el Maule á fin de reducir á Concepción; pero Rozas, que se encontraba todavía allí, al tener noticias de la marcha del ejército se adelantó á encontrarlo.



Una vez en el cuartel general de Carrera, que estaba á orillas del río, con sus prudentes reflexiones indujo al joven general á retirarse y á evitar por entonces la efusión de sangre. El 12 de Marzo de 1813 regresó á la capital y volvió á tomar las riendas del gobierno. Los diez y seis meses de su poder no fueron de ningún provecho para el país. Su prodigalidad con los soldados aumentó su número; pero era este un gasto que un Estado tan nuevo no estaba en situación de soportar, y de muchos útiles proyectos que formó no llegó á realizarse cumplidamente ninguno, parte debido á su volubilidad y parte á la falta de dinero (1).

Durante este tiempo el virrey del Perú, Abascal, observaba, no sin interés, los asuntos de Chile, y viendo que la discordia prevalecía, dió orden al general Pareja, de guarnición en Chiloé, que observara cuidadosamente á

---

luroso afecto, á pesar de que hasta sus propios amigos confiesan que carecía de cordura y que sus principios dejaban que desear hasta en su vida privada.

(1) Los medios que se idearon para procurar caballos y otros recursos para el ejército parecían más bien las acciones de un forajido que las del jefe de un gobierno regular, porque la propiedad privada no era respetada en ningún caso.

ambos partidos para aprovechar la primera ocasión favorable que se presentara para restablecer el gobierno realista. A cosecuencia de esta orden, Pareja desembarcó en Chile á mediados del mismo mes en que Carrera había hecho su excursión al Maule. Parece que los realistas de Concepción y Valdivia habían creído que Carrera obraba en conformidad á las promesas de adhesión á su partido al apoderarse por primera vez del gobierno y que se uniría con Pareja en cuanto se presentara la oportunidad. En consecuencia, se declararon abiertamente por la causa realista. No había unión en el bando opuesto, y luego todo el Sur de Chile estuvo en manos del invasor.

Pero aun cuando con su imprudencia favorecieron muchas veces la causa de los realistas, ó perjudicaron la de los patriotas, los Carreras no eran traidores, por lo menos en este sentido. Inmediatamente marcharon hacia el Sur, y á principios de Abril los cuarteles generales del ejército estaban en Talca.

Todos los oficiales que en sus disensiones habían encarcelado ó desterrado fueron llamados de nuevo al servicio. Mackenna tuvo el servicio de Intendencia; O'Higgins mandaba todas las tropas del Sur y la milicia nacional—cuerpo utilísimo en este país formado de expertos jinetes armados con lanzas de quince pies de largo.

Formaba la línea de defensa el caudaloso y rápido Maule, cuyos vados, no siempre practicables para la caballería, lo son mucho menos para la infantería.

Acompañaba á los Carreras un sujeto llamado Poinsett, que desempeñaba el cargo de cónsul americano y que parece haber tomado parte muy activa en todos los asuntos de la época, interviniendo hasta en los asuntos militares; pero parece que su ignorancia, si no su cobardía, fué singularmente perjudicial para esos infortunados jóvenes que, siguiendo sus consejos, se retiraron más de una vez á cuartel seguro mientras sus oficiales subalternos estaban ganándole ventaja al enemigo; y se atribuye enteramente á él el desastroso resultado de la acción de Yerbas

Buenas, que al principio se había presentado favorable á los patriotas.

José Miguel quedó con sus cuarteles en Talca, á cinco leguas del río, mientras que don Luis acampaba con el grueso del ejército á orillas del Maule. Afortunadamente para los chilenos, parece que Pareja era hombre de tan poca capacidad como sus jefes para los asuntos militares. Se empeñaron numerosas escaramuzas, en las cuales los patriotas iban ganando generalmente terreno, hasta que al principio de Octubre la acción del Roble, donde la fortuna favoreció O'Higgins, arrojó al enemigo á Chillan y dejo á los chilenos dueños del terreno entre el Maule y el Itata.

La irregular y anómala conducta de los Carreras había disgustado á muchos chilenos. Su ausencia de la capital dióles tiempo para conspirar en contra de ellos, y su deposición se llevó á cabo tranquila y decorosamente. Se cree que la familia de los la Reina fué el centro de la conspiración; pero éstos, prudentemente, no tomaron parte en el gobierno nombrando Supremo Director del Estado á don Enrique Lastra (1), hombre de indiscutible probidad y de muy buen sentido, aunque tardío para proceder, que desempeñaba entonces el cargo de gobernador de Valparaíso y comandante de marina, y se intimó á don José Miguel Carrera la orden de entregar el mando del ejército á don Bernardo O'Higgins.

Esta orden fué eludida por algún tiempo; pero por fin se llevó á efecto cuando los hermanos don José Miguel y Luis cayeron prisioneros de los realistas y se les confinó en Chillan. Por este tiempo los patriotas habían recobrado la mayor parte del territorio del Bio-Bio y particularmente la ciudad de Concepción. O'Higgins encontró el ejército en un estado desastroso: las municiones agotadas, las deserciones haciéndose día á días más numero-

(1) D. Juan José Carrera era casado con doña Ana María de Cotapos, mujer hermosísima, sobrina de D. Enrique Lastra. Debido á una disputa de familia, Juan José se había ido á Mendoza, quedando don José Miguel y D. Luis en el ejército.

sas (1); así, no vaciló en entrar en negociaciones con el nuevo general español Gainza, á quien el virrey del Perú había enviado en reemplazo de Pareja, á la muerte de éste.

El capitán Hillier, de la *Phoebe*, buque de la armada de Su Majestad Británica, se constituyó en fiador del cumplimiento de las condiciones de la paz, cuyos artículos se firmaron en Lircai, cerca de Talca, el 3 de Mayo de 1814. Se estipulaba que Chile reconocería la soberanía de Fernando VII, á la época de su restauración; y que, mientras tanto, se gobernaría con un congreso propio y gozaría de comercio libre. Gainza se comprometía á poner en libertad á los Carreras y á evacuar á Chile con su ejército. Pero mientras los comisionados se encaminaban á Lima para someter estos artículos á la consideración del virrey, un nuevo cambio de las cosas volvía á poner á los Carreras á la cabeza del gobierno.

Se dice que la escapada de los hermanos de Chillan se debe á una dama realista que los libertó de la prisión, dándoles caballos y dinero para que se fuesen á Santiago. Disfrazados de campesinos llegaron á Santiago á principios de Agosto, y allí fueron de casa en casa, de cuartel en cuartel donde tenían conocidos; una vez preparado su partido y ganados la mayor parte de los soldados, depusieron á Lastra y José Miguel volvió á ser el jefe del Estado (2).

El primer objetivo de los hermanos fué apoderarse del tesoro, que contenía cerca de $ 800.000 y en seguida dieron curso á toda la imprudencia de su carácter, haciendo un gobierno opresor é insufrible.

Mientras estas cosas ocurrían en Chile, habían llegado á Lima las bases del convenio de Lircai, y cuando Abascal estaba á punto de firmarla, llegó de España, con

---

(1) El ejército estaba tan desprovisto de armas, que se usaban como mazas los yugos de los bueyes. O'Higgins ideó la fabricación de un cañón de madera, rodeado de alambre, que hizo explosión al primer disparo.

eron sus colegas D. F. Muñoz y D. José Uribe.

Marcó, el regimiento de Talaveras, que se ofreció para ir á Chile y reconquistarlo. Con esto, el virrey cambió de parecer, y despachó un fuerte cuerpo de ejército (1) á las órdenes del general Osorio, que zarpó del Callao el 18 de Julio, desembarcó el 12 de Agosto en Talcahuano y marchó inmediatamente hacia Santiago. "La incapacidad de un gobierno débil y atolondrado, dice Gibbons, asume muchas veces la apariencia de una traidora complicidad con el enemigo y produce los efectos consiguientes."

Y esta coyuntura ofrece una prueba fatal de la exactitud de tal observación, porque mientras el general O'Higgins, que se había mostrado infatigable en la formación de nuevas tropas y en reducir al orden las antiguas, obstruía y entorpecía la marcha de Osorio y estaba á punto de presentarle batalla á inmediaciones de San Fernando, recibió una diputación de todas las autoridades de Santiago y de las provincias vecinas que iba á pedirle que se pusiera inmediatameete en marcha á la capital, para combatir á un enemigo peor que los mismos españoles, en la persona de los Carrera, cuyo yugo era ya intolerable. En consecuencia, dejó el principal cuerpo de ejército, que consistía en unos 2.000 hombres, para observar al enemigo, y se puso en marcha á la ciudad con unos 900 hombres.

En el llano de Maipú, en un punto llamado lo Espejo, se encontró con Carrera, que mandaba una fuerza superior y le infligió una seria derrota. Después de esto, apeló á la vez al versátil Carrera y á los que habían tratado á inducirlo á licenciar el ejército, haciéndoles ver si no sería mejor unirse para destruir al enemigo común y arreglar después sus disputas internas, manifestando también á sus propios partidarios que sería fácil acabar con la tiranía de los Carrera, que era nueva; pero que por ningún motivo debían permitir que los españoles recobraran su antiguo dominio. Aprobada la proposición, José

(1) El solo regimiento de Talaveras constaba de 700 plazas.

Miguel Carrera volvió á la ciudad, O'Higgins marchó sobre Rancagua, donde había llegado el enemigo, y Juan José, á la cabeza de un numeroso cuerpo de ejército, quedó de seguirlo y juntarse con él.

Pero O'Higgins sufrió una decepción: nunca llegaron las tropas de Carrera. Acorralado en Rancagua, sostuvo durante cuarenta y ocho horas una lucha incesante, resistiendo calle por calle, casa por casa, á los españoles, que no daban cuartel. Al caer la tarde del segundo día, Osorio mandó una comisión donde O'Higgins á ofrecerle, á más de las seguridades personales, el favor del rey si se rendía. Rechazó con indignación la oferta, diciendo que ni el cielo le aceptaría al rey y que, aunque él daba cuartel, no lo pedía. Una hora después la ciudad ardía en diferentes puntos (1). "Nos rodearon—dice el general (2)—con la muerte y el incendio, todo se veía rojo y negro á nuestro alrededor. En esta emergencia, tomé mi bandera, que el enemigo atravesó de un balazo, y habiendo llegado el fuego y la casa donde sosteníamos la lucha, y agotadas ya las municiones, nos abrimos paso, espada en mano, en medio de los enemigos que rodeaban la casa y seguimos viaje á la capital."

***

En cuanto se juntó con Carrera, O'Higgins le manifestó que, si se uniesen todas las tropas tendrían bastan-

(1) En Junio de 1818, Santa Cruz de Triana ó Rancagua, recibió en memoria de lo que había sufrido, el título de muy leal ciudad de la nación; también el permiso de tener por armas un escudo rojo rodeado de laureles, con un fénix levantándose de sus cenizas y llevando el árbol de la libertad en la garra derecha, y esta divisa: "Rancagua se levanta de sus cenizas; el patriotismo la hizo inmortal."

(2) Una vez oí á don Bernardo O'Higgins relatar con la mayor sencillez la historia de esta acción, y estoy segura de que empleó en inglés las mismas palabras que he citado. En esta ocasión fué cuando los patriotas cargaron sus cañones con pesos fuertes.

te para derrotar á Osorio, que había perdido mucha gente, y salvar la capital. Pero parece que el pánico se había apoderado de todo el gobierno. Carrera dió orden apresuradamente de destruir varios edificios públicos, principalmente el polvorín; se quemaron todos los papeles públicos y actas del nuevo gobierno, y tomando consigo los restos del tesoro público, emprendió una desordenada fuga hacia Mendoza el 1.° de Octubre de 1814.

El 5 del mismo mes, entró Osorio á la ciudad, restableciendo la sala de la real Audiencia, nombrándose capitán general é iniciando sus funciones con el severo castigo de los patriotas más distinguidos, á muchos de los cuales mandó desterrados á Juan Fernández.

Por este mismo tiempo, algunos de los que habían sido más hostiles á la causa realista buscaron su salvación en la fuga y se agregaron á los 600 hombres que seguían á Carrera á través de los Andes. La estación estaba muy atrasada, las nieves no se habían derretido todavía, y muchas de las 2.000 personas que dejaron la ciudad, especialmente las mujeres y los niños, perecieron en la cumbre de hambre y de frío.

No era tiempo todavía para que pudiesen atravesarla los caballos y bestias de carga; de manera que los desdichados fugitivos tuvieron que hacer á pie el largo y penoso viaje, cargados con las provisiones necesarias para la travesía.

Al llegar á Mendoza pretendieron reivindicar para sí al derecho al gobierno de la ciudad, pretensión que guardaba una evidente inconsistencia con su situación de prófugos, y que San Martín (1), que entonces gobernaba la ciudad bajo la dependencia de la Junta de Buenos Aires, no había de atender; pero que tuvo el efecto de dar comienzo á aquella arraigada malquerencia contra

(1) Nunca he podido averiguar con exactitud ni el lugar de su nacimiento ni su verdadero parentesco. Estuvo en España, agregado á la policía militar, y es una persona distinta del valiente general San Martín, con quien muchas personas lo han confundido.

ellos, que al cabo originó la muerte de los tres hermanos.

Tales fueron los sucesos que caracterizaron la primera revolución de Chile, en la cual se hizo mucho, porque se rompieron los moldes de los viejos sistemas, y el pueblo aprendió en cierto modo á conocer su poder; habíase dado cuenta también de que no podría sentirse á salvo de invasiones de las tropas de Lima y aun de las de España, si no dirigía su atención á la marina y formaba una fuerza naval.

Hasta entonces sólo había contado con dos ó tres miserables cañoneras y lanchas, que habían servido únicamente para transmitir las noticias é instrucciones por la costa y para mantener la correspondencia con los patriotas del Perú.

El gobierno de Osorio duró dos años, durante los cuales los Carreras, con su hermana doña Javiera y sus mujeres, habían vivido ocasionalmente en Buenos Aires, Montevideo, etc. José Miguel habíase dirigido á Norte América para tratar de conseguir recursos y adquirir algunos buques: O'Higgins servía en el ejército patriota en Buenos Aires y Mackenna había sido muerto en duelo por Luis Carrera.

Pero no bastaba ya la mera posesión del gobierno por un general español para someter á Chile al yugo de España. Aparte de los deseos de independencia y de libertarse de su doble esclavitud, porque á eso equivalía estar sometidos á la vez al rey de España y al virrey del Perú, había muchas personas que habían llegado á un grado de importancia tal que nunca se lo habían sospechado y que no querrían abandonar así no más, una vez logrado. "De tenderos, mercaderes y leguleyos que eran, se han convertido en hombres de estado y legisladores", y como no hay hombre que no aspire á poseer cierta influencia é importancia, por lo menos en su propio país, no había esperanza razonable para llegar á vencer fácilmente un móvil semejante.

Así, pues, el reinado de Osorio, ó de Marcó, su dele-

gado, no fué muy tranquilo en Santiago; y como el aflictivo estado de España le impedía socorrer á sus generales de las colonias, aquél se encontró de lo más mal preparado para afrontar los sucesos de la primera época del año 1817, que importó para la corona de España la pérdida definitiva de Chile. El estado del país era, por lo demás, miserable.

En toda época han sido terribles para la humanidad los efectos de la guerra civil. Y ésta era, á la vez, una guerra civil y extranjera. En uno y otro bando han combatido hijos del mismo país, con soldados y generales extranjeros. Muchos de los soldados licenciados habían formado bandas de ladrones y asesinos que infestaban los montes por doquiera entre Santiago y Concepción, sin que estuviese exento tampoco el camino á Valparaíso.

Los regimientos Chillan y Talaveras fueron fraccionados en destacamentos que debían recorrer por turno el país, y si era posible, prender y conducir á la ciudad á los ladrones, ocupación demasiado fatigosa para ellos y que respondía muy mal á su destino. En cualquier otro país, con otro clima, el hambre habría sido la consecuencia natural de estas revueltas; pero, entretanto, Chile continuaba produciendo sus grandes cosechas de trigo, como si fuera cosa espontánea, y abasteciendo al Perú.

Buenos Aires, bajo sus diversos gobernadores y formas de gobierno, había mirado siempre á Chile como vinculado á sus propios intereses. Los que ideaban la fundación de un gran imperio, lo miraban como la provincia que había de dominar el comercio de la costa del Pacífico y asegurar probablemente las riquezas de las Filipinas y las islas Molucas; mientras que los que contemplaban la formación de un estado federal lo miraban bajo un aspecto no menos halagüeño, como uno de sus miembros, y todos contaban como cosa corriente con su unión á las provincias al oriente de los Andes. De aquí que, cuando llegaron á Buenos Aires los fugitivos chilenos después de la batalla de Rancagua, no sólo fueron favorablemente

acogidos, sino que se hizo un gran esfuerzo para restaurarlos á su país y para ayudarlos á sacudir una vez más el yugo de España.

Había además un poderoso motivo para tal esfuerzo. Los pasos á través de los Andes chilenos son fáciles y cortos, mientras que los del Perú son distantes y difíciles; de modo que mientras las tropas realistas dominaran á Chile, el virrey del Perú podría siempre socorrer á los españoles de allende los Andes y comunicarse con ellos por medio del puerto de Valparaíso. Por consiguiente, era de la mayor importancia para Buenos Aires cortar esta comunicación.

Con este propósito, los últimos días del año 1816 se emplearon en reclutar un ejército en Mendoza bajo las órdenes del general D. José de San Martín. A más de los chilenos que habían huído después de la acción de Rancagua y de muchos otros de ese lado de los Andes, había algunas tropas de Buenos Aires, especialmente dos regimientos de negros que fueron colocados bajo las inmediatas órdenes del general D. Bernardo de O'Higgins.

El general Las Heras mandaba también un considerable cuerpo de ejército; y el total del ejército de los Andes llegaba á unos 4.000 hombres más ó menos.

Mientras San Martín se consagraba á preparar en Mendoza la invasión de Chile, dió ocasión varias veces á que algunos prisioneros de guerra españoles que estaban por regresar junto á Osorio lo sorprendieran examinando mapas y planos del camino para Chile, conocido por el Planchón y que va por el Sur, y escribió además despachos falsos que los españoles secuestraban, y en los cuales manifestaba que, á fin de evitar las dificultades de la cumbre, intentaba hacer la travesía del Planchón.

***

Con tales datos, se acuarteló en ese punto á la mayor parte de las tropas realistas para que estuviesen listas para recibirlo. Efectivamente, una pequeña división, á las órdenes del general D. Ramón Freire, emprendió la marcha por ese lado y otra pequeña división siguió por el acostumbrado camino de la cumbre, mientras el grueso del ejército se internaba por el paso de San Juan de los Patos guardando un sigilo tan absoluto, que su totalidad logró atravesar la cordillera y llegar á los llanos de Chacabuco antes de que el enemigo supiese que habían partido de Mendoza. El 14 de Febrero de 1814, cuando todo el mundo esperaba oir hablar de la invasión por el Sur, se recibió en Santiago la inesperada noticia de que una partida de patriotas había sorprendido á la guarnición de los Andes, á unas quince leguas de la villa de Santa Rosa y que sólo habían librado unos 30 hombres para traer las noticias.

La guarnición de los Patos dió aviso también de que el enemigo había sido avistado en aquel paso. La capital fué presa al instante de la mayor agitación: el gobernador Marcó, junto con el cabildo, daba órdenes y contra órdenes, nombraba oficiales y los cambiaba, y todo parecía que eran preparativos para la fuga. El día 5 se despachó al coronel Quintanilla para que fuese á reforzar las tropas que se hallaban estacionadas en Aconcagua, Santa Rosa y los caminos. El día 6 se encontró con que la mayor parte de las tropas, á las órdenes del mayor Atero, se habían retirado á las alturas de Chacabuco, dejando abandonadas sus municiones y bagajes; tan precipitada había sido su fuga. El 7 hubo una escaramuza entre las avanzadas, cerca de Curimón, en la que resultaron vencidos los realistas; pero, sólo el día 12 tuvo lugar la gran acción de Chacabuco, acción de infinita importancia, no sólo para Chile sino para toda la América del Sur. Bolívar acababa de ser arrojado de Tierra Firme y había buscado refugio en Jamaica; los de Buenos Aires habían sufrido recientemente una memorable derrota en Tucu-

mán, y si hubiesen obtenido la victoria las tropas de Marcó, habría quedado franqueada la comunicación entre los ejércitos realistas y se hubiesen originado las más desastrosas consecuencias.

En la madrugada del 12, el general O'Higgins logró ver el llano desde la cumbre de un cerro, y distinguió al enemigo, cuyo número apreció muy aproximadamente en 3.000 hombres (1). San Martín no podía creer que fuesen tan numerosos; pero, O'Higgins, seguro de lo que había visto, persuadió á Soler á que lo acompañara á pedirle permiso para hacer en seguida frente al enemigo en favorables condiciones, aun cuando no era su división la señalada para el ataque: repetidos rechazos no lo hicieron desistir de su propósito, hasta que el cabo logró más bien arrancar el permiso que ganar el asentimiento de San Martín, y como á las tres de la tarde emprendió el ataque.

Los patriotas se vieron en un principio tan acosados, que como eran apenas el puñado que formaban la división particular de O'Higgins, tuvieron que mandar en busca de refuerzos; pero no los esperaron, y antes de que les llegaran se les habían hecho innecesarios. O'Higgins se lanzó á la carga y rompió la primera línea, todos huyeron y los patriotas quedaron dueños, no sólo del campo sino de los bagajes, municipales, etc., desbandándose los realistas en todas direcciones encabezados por sus jefes Maroto y Elorriaga.

Cuando se supo en Santiago la pérdida de la batalla, la confusión pasó los límites de toda ponderación: todo el mundo trataba arrancar cargado con cuanto podía acarrear, y entre los primeros arrancó el jefe. Unos se

(1) 1.000 infantes, 1.000 de caballería, 360 húsares, cuatro piezas de artillería de campaña con su dotación completa de artilleros, sirvientes, etc.

La mayor parte de esta relación de la batalla de Chacabuco está sacada de un interesante folleto escrito por un español con el título de *Relación de los acontecimientos de la pérdida del Reino de Chile;* el resto, lo he tomado de la relación verbal del director D. Bernardo O'Higgins.

marchaban por la Cuesta de Prado, otros por los desfiladeros de Espejo y varios por el camino de Melipilla, todos afluían hacia el mar. En la tarde del 13 la confusión se propagó á Valparaíso, donde apenas si encontraron cabida en los buques atestados de gente los oficiales de graduación cuando allí llegaron. Todos los magistrados se hallaban embarcados, el puerto estaba abandonado; en varios puntos el populacho saqueaba las casas y la playa estaba cubierta de gente que pugnaba en vano por embarcarse en los buques.

Dos mil onzas de oro y plata que pertenecían al tesoro se perdieron ó se las robaron; los presos se habían escapado y apuntaban los cañones de las baterías sobre los realistas. Nueve buques llenos de fugitivos zarparon para el Perú; pero como salieran escasos de agua, entraron á Coquimbo, donde los patriotas les hicieron fuego contra los botes; entonces continuaron para Huasco, y allí descubrieron que en la precipitación de la partida habían dejado atrás á su jefe, Marco, creyendo los de cada buque que iría en el de más atrás. Con motivo de este descubrimiento, tomó el comando D. Manuel Olaguer Zelin y la flotilla prosiguió en salvo hasta el Callao.

Los patriotas marcharon en seguida sobre Santiago, donde se les juntaron todos sus amigos y los que creyeron conveniente pasar por tales. Se ofreció al general San Martín que se hiciera cargo del puesto de supremo director; pero él se excusó y recomendó la elección del general O'Higgins, que era hijo del país y uno de sus más valerosos y esclarecidos defensores.

San Martín continuó á la cabeza del ejército. Mientras tanto, los realistas poseían todavía las provincias del Sur, y mantenían con el Perú una constante comunicación, gracias á su superioridad en el mar, superioridad que amenazaba hacer inútiles todos los esfuerzos de los patriotas (1). La atención del nuevo gobierno se dirigió, por

(1) Los comerciantes ingleses habían auxiliado eficazmente á los patriotas proporcionándoles armas y bagajes. Un documento oficial

consiguiente, á la creación de una fuerza naval. Desde hacía tiempo hallábase establecido en Chile un francés, el capitán Tortel, que antes había sido corsario y contrabandista en grande escala, y comandado de un navío de guerra.

Era natural de Tolón, y tenía los sentimientos y principios de los mejores y más primitivos republicanos franceses. Suyas eran las dos lanchas que, durante el primer gobierno patriota, habían prestado tan buenos servicios transmitiendo las instrucciones por la costa, y ahora, que lo habían nombrado capitán de puerto, empeñábase en formar una pequeña escuadra afrontando increíbles dificultades. Se mandó á algunas personas con poderes para comprar dos fragatas en Norte América, y los agentes de los patriotas en Inglaterra recibieron orden de contratar oficiales y comprar buques allí.

Pero el principal objetivo, incuestionablemente, era reconquistar la parte Sur de Chile, y en consecuencia, en el mes de Mayo de 1817, ó sea dos meses después de la acción de Chacabuco, O'Higgins asumió el mando del ejército del Sur, poniendo el gobierno en manos de tres comisionados. Habiéndose suscitado entre ellos algunas divergencias y dificultades, se nombró diputado-director á D. Luis Cruz (1). Al cabo de poco tiempo gran parte de la provincia y la ciudad de Concepción estaban reducidas; pero á principios de 1818 llegó á Talcahuano un considerable refuerzo procedente de Lima, á las órdenes de Osorio, quien inmediatamente marchó sobre Santiago con 5.000 hombres.



El 19 de Marzo, en un lugar llamado Cancha Rayada.

del gobierno realista de 1816 alega como razón para no permitir á los extranjeros la entrada á los puertos, ni aun para traficar en cobre, el que D. Juan Diego Bernad había proporcionado á los patriotas noventa y ocho pares de pistolas.

(1) Después gobernador del Callao.

le salió al encuentro San Martín al frente de las tropas patriotas, sobre las cuales obtuvo la más completa victoria, dispersando á los chilenos é hiriendo á O'Higgins, que inmediatamente regresó á la capital, donde todo era alarma. Mujeres y niños volvieron á arrancar, atravesando la cordillera para llegar á Mendoza, lo mismo que después de la batalla de Rancagua (1).

Pero el director se dedicó con todo empeño á reparar el mal; inmediatamente se despacharon vestidos, provisiones y dinero para el ejército. Muchas familias donaron su vajilla para que fuera acuñada; los comerciantes extranjeros contribuyeron con sus mercaderías, su dinero y su crédito, de modo que el 5 de Abril el ejército chileno, mandado por los generales San Martín y Balcarce y los coroneles Las Heras, Freire y otros, volvió á interceptarle á Osorio su avance á Santiago. A un día de camino de esta ciudad, en los llanos del Sur, llamados de Espejo, se peleó la batalla de Maipú, y jamás se ha visto una acción más decisiva.

Del ejército de Osorio, 2.000 hombres quedaron muertos en el campo de batalla; 2.500 cayeron prisioneros, á más de 190 oficiales; la artillería, la ambulancia y el parque, todo cayó en manos de los chilenos; sólo escapó Osorio con 200 jinetes.

Esta victoria fué celebrada con justicia como la mayor y la más completa que se había ganado durante el dilatado transcurso de la guerra revolucionaria, y asimismo como la más importante por sus consecuencias.

Este fué, en realidad, el último esfuerzo que hicieron los españoles para reconquistar á Chile, si bien Talcahuano, Valdivia y Chiloé, resistían todavía á los patriotas, y permitió á los chilenos llevar la guerra fuera de su propio territorio, lo que era una ventaja más importante todavía.

Pero mientras las hojas y proclamas públicas aclamaban

(1) En esta ocasión se echó al fuego todos los papeles públicos, órdenes, documentos, informes, etc., á fin de que las familias no quedaran expuestas á la venganza de París.

al general San Martín como el héroe de Cachabuco y de Maipú, los que tomaron parte en esas batallas y que, por consiguiente, fueron testigos oculares de su conducta, se permitían dudar de su valor personal. En Chacabuco apenas se le vió en el campo de acción.

En Maipú el general Balcarce, los coroneles Las Heras y Freire y otros fueron los que llamaron la atención de los soldados que sólo vinieron á recordar á San Martín cuando apareció al mando de las tropas victoriosas después de la acción. Sin embargo, se le decretaron pirámides y cintas y medallas, y la gloria del general era demasiado grande para consentir en fastidiosas averiguaciones.

Las fuerzas de ambos bandos no eran numerosas; como ya lo hemos dicho, las de Osorio subían á poco más de 5.000 hombres, pero consistían principalmente de tropas aguerridas y disciplinadas, mientras que el ejército chileno estaba totalmente formado de bisoños reclutas y de milicianos armados únicamente con lanzas de indios; su número era de 4.500 infantes y 2.500 hombres de á caballo, con 20 piezas de artillería.

Después de la relación de victoria semejante, da pena anotar el trágico suceso que tuvo lugar en Mendoza casi en ese mismo tiempo. La tentativa de los Carreras para apoderarse de esa ciudad, cuando su retirada de Chile, en 1814, no la había olvidado ni la perdonaba San Martín, que estaba entonces de gobernador; por otra parte, el inquieto y ambicioso espíritu de José Miguel había comprometido muy estrechamente en sus proyectos á sus dos hermanos para que éstos pudiesen cruzar en salvo el camino de su común enemigo.

A pesar de todo, Juan José y Luis, después de varias aventuras derivadas de la condición de los partidos dirigentes de Buenos Aires, y guiados por el deseo de reunirse con sus familias, se pusieron en viaje para Chile por diferentes caminos y en distintas épocas. Fueron cogidos y reconocidos, sin embargo, cerca de Mendoza y estrictamente encarcelados. Sabedores de que bien poca

gracia podían esperar del gobernador militar, intentaron escaparse más de una vez.

La joven y amable esposa de Juan José acompañaba á su marido y vendió cuanta prenda de valor tenía para poderle procurar las cosas más indispensables en su prisión: se tendrá una idea de sus sufrimientos cuando se sepa que habiéndola mandado de regalo un amigo una fanega de trigo, ella se fué inmediatamente á la plaza del mercado público á venderla para obtener con qué comprar algunas cosas para su marido; un zapatero á quien antes había ocupado, la vió en la plaza, é impresionado por su infortunio la llevó á descansar á su casa, mientras él colocaba el trigo de la manera más ventajosa que se podía, y con el precio que se obtuvo subsistieron ella y su marido casi hasta que acaeció la prematura muerte de éste. Entretanto, una comisión había estado funcionando con el objeto de tomar conocimiento de los *crímenes* de los Carreras.

He leído atentamente el informe que dió á luz; el principal capítulo consiste en su tentativa para escapar de la prisión; que en cuanto á lo de haber sido miembros del gobierno de Chile y de haber tratado de recobrar su anterior influencia, los tiempos de guerra civil dejan abierto un campo tan vasto á todos los aventureros, que ningún cabecilla afortunado deja traslucir sus recelos al castigar tan severamente tales tentativas, cuando puede la cuchilla darse vuelta y caer sobre su propio cuello. Después de haber funcionado algún tiempo la comisión en Mendoza, llegó á esta ciudad el secretario privado de San Martín, Monteagudo, según se dijo á causa únicamente del desastre de Cancha Rayada. Pero, el 8 de Abril, no muchas horas después de haber llegado á aquella plaza, su nombre apareció firmando la sentencia de muerte pronunciada contra los infortunados jóvenes, cuya sentencia se ejecutó ese mismo día, á las seis de la tarde. Los sentaron en un banquillo en la plaza pública, y cuando los soldados les hicieron fuego, se abrazaron estrecha-

mente, y así murieron. Su muerte excitó la compasión para ellos y el temor para con el partido que tan pérfidamente abusaba del poder, temor que después se ha convertido en un profundo horror para alguno de sus individuos. Hay que confesar que tanta severidad fué *inútil;* y en los gobiernos la severidad inútil es siempre criminal.

La autoridad se les confiere para que puedan aumentar y resguardar la felicidad de la comunidad con la menor restricción posible de la libertad ó de la felicidad de los individuos. Pero mientras se desarrollaba la lucha por la independencia, los nuevos gobernadores sintiéronse tan embriagados por el poder, que con el nombre de libertad en los labios oprimían y asesinaban, y cuando satisfacían así sus bajas pasiones personales llamaban á eso sus deberes públicos.

No eran los Carreras buenos ni útiles ciudadanos; pero los dos que acababan de ser ajusticiados eran, por lo menos, inofensivos, y se les podía haber dejado respirar con sus familias, en otro clima donde no hubiesen podido tratar ni con los soldados ni con los gobernadores de Chile.

Mientras tanto, los españoles habían bloqueado el puerto de Valparaíso con la fragata *Esmeralda,* de 40 cañones, y el bergantín *Potrillo;* pero como el gobierno había comprado una gran fragata, denominada la *Lautaro,* armada y tripulada en guerra, y cuyo mando había confiado á Mr. George O'Brien, teniente de la armada británica, éste resolvió salir á atacar al enemigo el 27 de Abril de 1818. Así lo hizo, en efecto, yéndose al abordaje de la nave enemiga; pero el capitán O'Brien, que encabezaba á los que saltaron al abordaje y que había tomado posesión del alcázar, fué herido por un hombre de la batería, cuya vida acababa él de perdonar.

*
* *

Este triste suceso, que importó para Chile la pérdida de un oficial inteligente y activo, junto con la confusión ocasionada por haber comenzado á incendiarse la *Esmeralda*, obligaron á la *Lautaro* á retirarse sin sus presas, que escaparon; pero el puerto quedó libre del bloqueo. Esta corta, pero brillante acción, levantó el espíritu de los chilenos al más alto grado, por lo cual redoblaron sus esfuerzos para conseguir dinero con que comprar y equipar una escuadra.

Impuestos, empréstitos voluntarios, suscripciones, á todo se recurrió, y todos fueron cubiertos gustosamente para lograr el gran objetivo. Alistáronse con el mismo fin varios corsarios, que sirvieron por lo menos para transmitir noticias de los movimientos del enemigo. Pero como se notara que el estímulo de los corsarios dificultaba la tripulación de los buques de guerra regulares, se publicó una orden para que licenciaran su marinería y volvieran al comercio en Agosto. De este mes datan también las primeras disposiciones sobre el rango de los oficiales y los primeros nombramientos navales, siendo almirante don Manuel Blanco Encalada, oficial de artillería, que muchos años antes había servido de guardia-marina en la armada española; y así, con pocas excepciones, fueron calificados los demás oficiales, sin tomar gran cosa en cuenta su preparación anterior para el servicio.

En el curso del mismo mes llegó á Valparaíso un gran buque llamado el *Cumberland*, cargado de carbón y mandado por Mr. Wilkinson, que antes había sido piloto de un buque de la Compañía de Indias; inmediatamente fué comprado y se decidió á su capitán á continuar á su cargo. El 30 de Agosto ya estaba transformado en buque de guerra, bautizado de nuevo con el nombre de *San Martín*, é izaba la bandera chilena.

En este estado de las cosas, la fortuna mostróseles singularmente propicia á los chilenos. El gobierno español había despachado nueve transportes, convoyados por la *María Isabel*, fragata de 50 cañones, en los cuales iban

2.000 hombres, á las órdenes de don Francisco del Hoyo, destinadas á reforzar al virrey del Perú. La tripulación, ó más bien dicho, los soldados que iban á bordo del *Trinidad,* uno de los transportes, se amotinaron contra sus oficiales, apoderáronse del buque, y lo condujeron á Buenos Aires, donde se juntaron á los patriotas, y les dieron informes sobre las fuerzas de los restantes y su destino al Sur de Chile.

Inmediatamente se despachó un correo por los Andes; el gobierno tomó sus medidas en consonancia, y redoblados los esfuerzos para que la escuadra se hiciera á la mar, el 9 de Octubre zarpaba en busca del enemigo. La fuerza consistía del *San Martín,* con 64 cañones, comandado por el capitán Wilkinson, y que llevaba la insignia del amirante Blanco, el *Lautaro,* con 54 cañones, comandado por el capitán Worcester, que fué dueño de un corsario americano durante la última guerra, y que vino á Chile por especulaciones mercantiles; la corbeta *Chacabuco,* de 20 cañones, al mando de don Francisco Díaz, oficial de artillería; el bergantín *Araucano,* de 18 cañones, capitán Morris; y el *Pueyrredon,* capitán Vázquez. El 28 del mismo mes la escuadra avistó á la *María Isabel* y los transportes en la bahía de Talcahuano, bajo el abrigo del fuerte, que contenía cuatro piezas de campaña, cuatro de á una libra y otros tres cañones del mismo calibre. Pero con esto, poco ó nada podía hacer para molestar á los buques. La *María Isabel* y los transportes estaban en un estado lastimoso—una tercera parte de la tripulación y de los soldados había muerto durante el viaje, en parte, á causa de haberse embarcado á bordo demasiada gente en proporción al tonelaje de los buques, y en parte, á causa de la falta de ventilación y de aseo durante tan largo viaje; de modo que, después de desembarcados sus enfermos, la tripulación de la fragata española quedó reducidad á unos doscientos hombres, á lo más.

Tal era la situación de los buques contrarios cuando los

patriotas llegaron á la bahía con cerca de 1.000 hombres. Los españoles hicieron una defensa honrosa para ellos, y cuando la *María Isabel* fué obligada á arriar, corrió á ponerse bajo las baterías de las costa, que trataron de protegerla, pero que eran demasiado débiles para el efecto, y al siguiente día fué apresada. Este fué un verdadero triunfo para el pueblo de Chile. No sólo habían reducido el poder del enemigo, sino que habían ganado para su escuadra un buque, inferior á ninguno de los de su clase, admirable velero, ampliamente provisto de toda clase de pertrechos. Por esta misma época había doblado el Cabo de Hornos el bergantín *Intrépido*, de Buenos Aires, que venía á auxiliar á la escuadra de los chilenos; pero que no llegó hasta el 11 de Noviembre, el mismo día en que era apresado uno de los transportes que iba en viaje á Lima, y antes de que los buques llegaran á Valparaíso fué capturado el *Helena*, otro de los transportes del mismo convoy.

De los nueve transportes que zarparon de Cádiz, uno, el *Trinidad*, se quedó en Buenos Aires, siete fueron capturados por los chilenos y del otro no se volvió á saber más. Nunca fué flota alguna más bien venida á las costas de Chile como lo fuera á su regreso la escuadra del Sur el 17 de Noviembre; con ella se resolvió apresurar los planes tanto tiempo meditados para llevar la guerra fuera del país. Pero, si bien el gobierno se sentía satisfecho por este primer triunfo y se enorgullecía con el número de buques que había alistado en siete meses, no dejaba de lamentar amargamente la escasez de oficiales competentes. Sus esperanzas se dirigían ansiosamente á Inglaterra, de donde acababa de llegar, por lo demás, el *Galvarino* (1), que había ingresado al servicio.

A más de su comandante, el capitán Spry, había traído

(1) Bergantín de guerra inglés, de 18 cañones, llamado antes *Hécate*, que había sido comprado y conducido á Chile por los capitanes Guise y Spry para negociarlo. El gobierno de Chile se lo compró después de haber sido rehusado por el de Buenos Aires.

á bordo al capitán Guise, de la armada inglesa, que abrigaba la esperanza de obtener el comando de las fuerzas navales del país; y junto con él había cierto número de allegados, que estaban tan interesados que así fuera, que parecían considerar que le correspondía de derecho, y en parte habían logrado persuadirlo á pensar la misma cosa.

El capitán Forster, de la armada británica, había llegado á Chile con iguales esperanzas y las mismas fantásticas pretensiones; á esto se juntaba que con el resultado de la última expedición, ni el capitán Wilkinson ni el capitán Worcester se sintieran dispuestos á someterse á ningún oficial de menor graduación en el servicio de Chile. Ocioso sería inquirir adónde habrían ido á parar estas disputas si no hubiesen sido acalladas, á lo menos por el momento, con la llegada de uno de los más hábiles oficiales que hasta entonces hubiera producido la Inglaterra.

*
* *

Por una de aquellas singulares coincidencias que no podían haber anticipado ni las más favorables expectativas para Chile, los agentes del gobierno, que tenían instrucciones de conseguir el concurso de algún experto comandante (entre los cuales se había mencionado á sir H. Popham), tuvieron la fortuna de encontrar á lord Cochrane en libertad para dedicarse enteramente á la causa de la independencia de Sur-América, causa á la cual podía honrosamente consagrar su tiempo y sus talentos sin violar los principios de libertad y de justicia, de que nunca se había separado.

El estado de la marina de Chile requería la presencia de un hombre de tanta prudencia como valor, de tanta templanza como firmeza, y en hombre alguno se hallaban como en él reunidas en tan alto grado estas cualidades. Su inteligencia, naturalmente poderosa, había recibido

todas las sólidas ventajas y los atractivos de la educación, y su trato, singularmente caballeresco y cortés, que velaba á la par que adornaba la resolución de su carácter, parecían admirablemente calculados para conciliar todas las opiniones (1).

Llegó con su familia el 29 de Noviembre á bordo de una pequeña embarcación llamada la *Rosa*, y fué recibido con la mayor alegría por el Director, que vino de Santiago á Valparaíso para darle la bienvenida.

El 9 de Diciembre se le dió á la *María Isabel* el nombre de *O'Higgins*, y quedó acordado que le sería ofrecida á lord Cochrane; pero éste no izó su insignia á bordo de la nave hasta el día 22.

En el entretanto, habíanse desarrollado diversas tretas é intriguillas entre los oficiales que había ya establecidos en Chile, que antes que tener á la cabeza á un hombre tan superior á todos ellos, ó atemorizados quizás de que no fuese á ponerlos en un disparadero, trataron de concertar una especie de comando dividido, deseando, según decían, de tener dos comodoros y no á Cochrane solo.

Este no era sólo el clamor de los oficiales ingleses, sino que estaban ganados también algunos de los gobernantes inferiores, en quienes no era difícil excitar la envidia contra un noble extranjero; pero el almirante Blanco, que era el único oficial cuyo rango é interés podía afectarse realmente con el arribo de lord Cochrane, lo apoyó cordialmente, convencido de que era el hombre aparente para la situación.

Tal era el estado de los asuntos navales en Chile á fines del año 1818, el año más lleno de episodios en la historia del país desde el descubrimiento. Pero á fin de

(1) Si yo tuviese menos motivos de gratitud para lord Cochrane, podría hacerle probablemente màs justicia; pero para hablar de él como se debe se necesitarían no sólo una pluma más preparada, si no también juicios más libres de esa sensibilidad que hace que un amigo al hablar de otro amigo lo haga con la misma modestia que si se tratara de su propia persona.

dar á conocer el estado del gobierno civil, será necesario volver unos cuantos meses atrás.

Al ser nombrado por primera vez el Director, todos los poderes, tanto el Legislativo como el Ejecutivo, se concentraron necesariamente en él. Jamás monarca alguno es, por el momento, tan absoluto como un caudillo militar recientemente victorioso, especialmente en la causa de la independencia, porque dispone á la vez del poder de la opinión y del poder de su espada.

Le premier qui fut Roi, fut un Soldat heureux.

Pero se hizo necesario pensar en dar al país una especie de Constitución. En consecuencia, el Director nombró una comisión encargada de formular un proyecto de gobierno provisional que serviría hasta que las circunstancias permitieran convocar un Congreso representativo. En cuanto quedó formulado, en cada parroquia se abrió un libro donde todo jefe de familia ó todo hombre que tuviese medios para vivir con su trabajo y que no se hallase acusado por ningún delito ante las Cortes de Justicia, tenía derecho para estampar su asentimiento ó disentimiento, en presencia del cura, del juez y del escribano; la mayoría de los votos decidió la aprobación de la Constitución provisora, que fué jurada solemnemente el 23 de Octubre.

En conformidad á uno de sus artículos, el mismo día el director nombró un senado, que debía asesorarlo y asistirlo, cuyas funciones eran hacer y modificar las leyes y cuidar los negocios del Estado; pero quedaba todo el poder ejecutivo en manos del Director y no tenía admisión en el senado ningún secretario ni ministro. Sus miembros eran cinco, á saber:

Don José Ignacio Cienfuegos, gobernador de la provincia de Santiago;

Don Francisco de Borja Fontecilla, gobernador de la ciudad;

Don Francisco Antonio Pérez, decano del tribunal de apelaciones;

Don Juan Agustín, alcalde, y
Don José María Rozas.

Cada uno de ellos tenía un suplente para los casos de enfermedad ó ausencia.

Los primeros trabajos del senado, se dirigieron naturalmente al mejoramiento de las finanzas, que, á pesar de la carencia total de los conocimientos y principios de la economía política, adelantaron considerablemente. Entonces se dirigió su atención al establecimiento de escuelas, á la reparación de las obras públicas y á la construcción de otras nuevas, principalmente el canal de Maipó, que conduce las aguas de este río á un alto nivel con el objeto de irrigar una inmensa llanura, antes estéril, y que sólo servía de campamento á los ladrones, y para dar agua á toda clase de mejoras (1).

Estas obras tenían la ventaja de dar ocupación á los numerosos prisioneros de guerra, cuya subsistencia habría sido de otro modo una pesada carga para el Estado, y cuyo tratamiento era tal, cuando así no se les ocupaba, que la humanidad habría preferido correr un velo sobre él. Pero como los españoles habían dado terribles ejemplos, no es de maravillarse que las naciones que ellos habían oprimido les aplicaran á veces la pena del talión.

El general San Martín, entretanto, había visitado á Buenos Aires, pero residía la mayor parte del tiempo en Mendoza; se dedicaba á aumentar el ejército con el propósito de invadir el Perú por medio de la escuadra chilena en cuanto estuviesen listas las tropas y el dinero, y era tenido, no sin razón, por el verdadero director de todos los negocios de Chile.

Es singular el ascendiente que este hombre había adquirido; su valor es más que dudoso y sus talentos no sobresalen de la mediocridad. Pero tiene una hermosa figura, un aire imponente, un trato versátil, que se aco-

(1) Las ventas de terrenos y de agua en este llano han cubierto con exceso el gasto y comienzan á ser una fuente de utilidades para el gobierno.

moda á todos los gustos, así á los de un refinado cortesano como á los de un payaso vulgar, y un gran poder de fingimiento. Es uno de aquellos de quienes Bacon dice: "Hay quienes saben empandillar los naipes y no pueden jugar bien; así también hay quienes sobresalen en las intrigas y divisiones, pero que fuera de ahí no valen nada." Su secretario, Monteagudo, tiene de común con él muchas cualidades; pero los defectos del jefe los tiene más exagerados, y, sin duda alguna, es superior al mismo San Martín en su insensible crueldad.

Pero su perspicacia es asombrosa: es "perfecto en conocer el carácter de los hombres", á quienes maneja por su lado flaco; su elocuencia sirvió bastante á la buena causa, por más que en varias ocasiones sus proclamas y documentos de Estado estén saturados de ese giro bombástico que en general se reprocha á los españoles, y que, en realidad, es muy notable en la ribera occidental del Atlántico.

La llaneza, el sencillo buen sentido, la honradez y rectos sentimientos de O'Higgins, no siempre podían parearse con los talentos más variados de San Martín; además, era O'Hggins muy propenso á descansar en la honradez de los demás, que él juzgaba por la rectitud de sus propias intenciones.

Es de extrañar que, con aquella natural honradez y rectitud que lo guiaban, haya podido ser inducido á admirar ó practicar los actos de una política torcida; pero le hacían consentir en que aquello era un mal necesario en el gobierno civil, y de aquí que siempre prefiriese el campo de batalla al palacio, porque allí, por lo menos, la decepción podía no ser indispensable. Su secretario, Zenteno, que después fué ministro de Marina y gobernador de Valparaíso, comenzaba por entonces á adquirir cierta importancia. Era escribano en Concepción cuando se enroló en el ejército patriota, á principios de la revolución, y habiendo salido entre los fugitivos de 1814, se había visto reducido á servir de mozo en una pulpería de Men-

doza para poder vivir; pero en 1817 volvió á acompañar al ejército de los Andes y reapareció en su propia posición.

Zenteno ha leído un poco más que lo que es de uso entre sus conciudadanos, y piensa ese poco más; como San Martín, dignifica con el nombre de filosofía el escepticismo en religión, el relajamiento en moral y la frialdad, si no crueldad, de corazón; y si bien no dejaría de mostrar cierta ostensible sensibilidad por la suerte de un gusano, sería capaz de juzgar la muerte ó la tortura de un adversario político como un motivo de congratulación.

Su trato es frío; pero como siempre se manifiesta grave y sentencioso y tiene mucho de la argucia y sagacidad atribuídas comúnmente á su primera profesión, pasa por hombre muy capaz.

Tales eran los personajes principales con quienes tuvo que entenderse lord Cochrane á su llegada á Chile. O'Higgins era sincero, y de San Martín puede decirse que, como lord Angelo, una conveniente sinceridad regía sus actos hasta que divisaba... la posibilidad de ejercer el poder absoluto en el rico país del Perú. Pero los sucesos hablarán por sí solos. Por ahora, de lo que se trata, es de la historia de Chile durante la primera parte del año 1819.

La escuadra de Chile consistía entónces de la *O'Higgins*, buque insignia de lord Cochrane, comandado por el capitán Forster; el *Lautaro*, capitán Guise; la *San Martín*, capitán Wilkinson, y la *Chacabuco*, capitán Carter (1). Estos buques zarparon de Valparaíso el 15 de Enero á las órdenes de lord Cochrane.

El pueblo de Chile contemplaba ansiosamente la expedición. Era la primera vez que se atrevía á atacar al enemigo en su propio baluarte. Siempre había parecido inexpugnable el Callao, y los buques de España estaban acostumbrados á considerarlo como un santuario inviolable.

(1) Se contaban también el *Galvarino*, el *Araucano* y el *Pueyrredon*.

Ahora los chilenos veían á sus buques que salían á atacarlo, y un sentimiento de temor de su propia osadía se mezclaba á sus esperanzas. Pocos meses antes, cuando había estado bloqueado el puerto, todos sus deseos se limitaban á verse libres de los buques enemigos; pero las situaciones habían cambiado, su puerto era ahora el inviolable, y sus buques los que iban á atacar la ciudadela del enemigo.

No es de extrañarse, pues, que se prestara oídos ávidamente á todo rumor y que toda vela extranjera que trajera buenas nuevas de la escuadra fuese recibida con ansia; al cabo llegaron, sin embargo, despachos verdaderos, que se publicaron en una serie de gacetas extraordinarias como los más importantes documentos que hubiesen jamás llegado á Chile. La flota había sido tripulada principalmente con nacionales, muchos de los cuales eran huasos de las montañas; á bordo de toda la escuadra había unos trescientos marinos extranjeros, inclusos los oficiales, de modo que era natural que hubiese ansiedad por más de un motivo respecto á la expedición. Pero la primera tentativa era suficiente para probar que la marina de Chile tendría dentro de poco tiempo el dominio del Pacífico.

*
* *

La escuadra se había encontrado en su camino con varios buques, y en vista de las informaciones obtenidas, el almirante había determinado quedarse voltejeando no lejos del Callao hasta el 21 de Febrero, para interceptar el paso al *San Antonio* que iba destinado á Cádiz con un tesoro considerable á bordo, y en seguida, el 23, que era el último día de Carnaval, entrar en la bahía con el *Lautaro* y atacar los buques y las fortalezas durante la

confusión que, como de costumbre, ocasiona esa fiesta (1). El *San Martín* debía permanecer oculto detrás de la isla de San Lorenzo, para proceder en conformidad á las circunstancias.

Pero el 21 cayó una neblina tan espesa que los buques se perdieron de vista: así continuaron cuatro días, de modo que el plan del 23 quedó frustrado. El 26 aclaró un poco, y el *San Martín* capturó á la *Victoria*, cargado de provisiones de Chiloé para Lima; pero las nieblas, que son tan comunes en la costa del Perú, hicieron imposible á la escuadra toda acción hasta el día 29, en que se dejó oir un vivo cañoneo. El almirante se imaginó que sería uno de sus buques que afrontaba al enemigo, y en consecuencia puso proa hacia la bahía del Callao.

El *San Martín*, el *Lautaro* y la *Chacabuco*, que creyeron cada cual por su lado que el almirante había entrado en acción, hicieron el mismo rumbo, y en un momento en que la neblina se disipó un poco, pudieron reconocerse. Ese instante de luz descubrió entre ellos una vela extraña; el *O'Higgins* la siguió y le dió caza; era una cañonera que tenía á bordo un teniente y 20 hombres, un cañón de 24 libras y dos morteros.

El almirante supo por la cañonera que el cañoneo que se había oído en la mañana era en honor del virrey, que andaba revistando los buques y las fortalezas. Seguro lord Cochrane de que alguno de sus buques había sido visto, resolvió entrar al Callao, á la vez que para probar á sus compañeros, para tratar de capturar algún buque de guerra, ó por lo menos, una de las cañoneras: el *Lautaro* le seguía de cerca.

Encontráronse con los buques del enemigo dispuestos en una media luna de dos líneas; la línea de retaguardia ordenada de manera que cubría los intervalos que deja-

(1) La razón (por tal la dan algunos) que se tuvo para entrar con dos buques solamente, con los colores ingleses, fué que se tuvo noticias de que debían arribar pronto dos buques que se esperaban de Inglaterra.

ban los buques de la línea del frente; los buques mercantes estaban estacionados en la línea de retaguardia, y á la derecha estaban anclados los neutrales. El *O'Higgins* llevaba bandera neutral (1); pero sin resultado, porque á las cuatro de la tarde la *Esmeralda* comenzó á hacer fuego sobre los dos buques, fuego que inmediatamente fué seguido por el de toda la línea de buques españoles y el de los fuertes. Por desgracia, el capitán Guise cayó gravemente herido y su buque se retiró de la acción.

Ni el *San Martín* ni la *Chacabuco* vinieron á reforzar al *O'Higgins*, sin que jamás se haya sabido si porque les pareciera dudoso el resultado, ó por mala inteligencia de las órdenes; y, en consecuencia, el almirante se vió obligado, á su pesar, á retirarse, después de haber afrontado por dos horas el fuego de 300 cañones de los buques y los fuertes (2). El puerto del Callao fué declarado en bloqueo, y la escuadra, cuando no andaba voltejeando, se retiraba á la isla de San Lorenzo, fuera del alcance de los fuertes del Callao, á una distancia de dos y media millas próximamente.

El 2 de Marzo, los botes de la escuadra, á las órdenes del capitán Forster, atacaron la estación de señales de la isla de San Lorenzo, la destruyeron, libertaron á 29 chilenos, parte de la tripulación del *Maipú*, que estaban con cadenas ocupados en los trabajos públicos é hicieron prisioneros á unos cuantos peruanos.

En cuanto se presentó la escuadra patriota en la bahía del Callao, discutióse en el consejo del virrey si se podía legalmente emplear contra ella la bala roja, y la opinión del arzobispo se pronunció en ese sentido; pero, por más

---

(1) La *O'Higgins* y la *Lautaro* estaban pintados como los buques de guerra norte-americanos.

(2) El hijo menor de lord Cochrane pasó andando en cubierta durante todo el tiempo, tomado de la mano de su padre. Como viera caer muerto á un hombre de los que servían los cañones del alcázar, se dirigió á su padre diciéndole: "Todavía no han hecho la bala que ha de tocarle á Tomasito, papá!"

que algunas cayeron cerca de la *O'Higgins*, mientras cruzaba la bahía para detener, á pesar de los fuegos de los fuertes y de los buques, una embarcación que llegaba en esos momentos, parece que ninguna le hizo daño.

Entre el 4 y el 17 de Marzo se cambió entre lord Cochrane y el virrey del Perú una correspondencia de naturaleza tan singular y característica, que al fin de este volumen la daré á conocer por algunos extractos.

El objeto de ella era el canje de prisioneros, hombre por hombre, grado por grado. Las cartas de lord Cochrane están llenas de humanidad é hidalguía; todas tienden á introducir en la lucha un sistema más humano que el que había mancillado hasta entonces las contiendas de la América del Sur, y contienen, respecto de su patria, de sí mismo y de los hombres de su rango en su país, la más digna justificación de su conducta en la guerra de la independencia.

En la noche del 22 de Marzo se trató de poner en ejecución un proyecto ideado para la noche del 19, pero que entonces fué abandonado por haberse apercibido de él el enemigo; se ordenó que los botes se internaran en la bahía con un brulote, y que los buques los siguieran, apoyaran y protegieran; pero, por una inexplicable fatalidad, no estuvo allí más que el *O'Higgins*, y el plan quedó frustrado.

Por este tiempo comenzaron á escasearle á la escuadra el agua y otras provisiones, y, en consecuencia, el 25 zarpó con dirección á Huara para procurárselas allí. En dicho punto, después de dos días de amigables relaciones con los naturales, los oficiales se encontraron con que de repente se les negaba el agua y que le estaba prohibido á los pobladores el llevarles provisiones; entonces se desembarcó una patrulla de los buques, que se puso en marcha hacia las pequeñas ciudades de Huara y Huacho, de las que tomaron posesión el día 30 sin ninguna dificultad, asegurando así una buena aguada y centro de abasteci-

mientos. Mientras estaba la escuadra en Huara llegó allí el almirante Blanco en el *Galvarino*.

Este oficial izó su insignia en el *San Martín*, como segundo, y poco después se hizo á la vela para reunirse con la escuadra y mantener el bloqueo del Callao.

Por informaciones recibidas de la costa, supo lord Cochrane que unos buques neutrales estaban embarcando cargamentos españoles en varios de los puertos menores, por lo cual se puso á recorrer la costa con algunas naves, desembarcando varias patrullas en las pequeñas poblaciones, cuyos habitantes no se resistían á entregarse.

En Patabilco se hizo una presa considerable de dinero (como 67.000 pesos) y provisiones, azúcares y alcoholes En Guambacho se sacaron 60.000 pesos de un bergantín, que los llevaba á bordo de contrabando. En Supe, su señoría hizo desembarcar á los marineros, que interceptaron unos 120.000 pesos que iba custodiando una escolta de infantería española. Un tal Mr. Smith, americano, reclamó el dinero como propiedad particular suya; pero como venía bajo la custodia de una escolta del gobierno, fué mandado á bordo del *O'Higgins*. Más tarde se supo que este dinero iba á ser embarcado en Guarmey en la goleta americana *Macedonia*, á nombre de Abadie y Blanco, agentes de la Compañía de Filipinas.

El americano Smith se encolerizó tanto con la captura del dinero, que en la cámara del *O'Higgins* sacó su pistola y se la puso en la frente á lord Cochrane, quien la apartó con la mano diciendo: "Guárdese su pistola mister Smith, y haga de ella un uso más prudente", y prosiguió fríamente en su trabajo, sin prestar la menor atención al encolerizado comerciante (1).

(1) Véase la *Gaceta* extraordinaria del 2 de Agosto de 1819, en la cual aparece que Mr. Smith había perdido todo título á que se le considerara neutral, porque se había consagrado calurosamente al servicio del virrey, conduciendo sus despachos y trasladando de un puerto á otro á sus oficiales, servicios que el virrey reconoce en documentos públicos.

A mediados de Abril, parte de la escuadra se presentó en Paita, cuya rendición intimó el almirante; pero el gobernador español, á pesar de hallarse convencido de su falta de medios para resistir, desafió á los patriotas. Lord Cochrane, en su deseo de evitar un derramamiento de sangre, despachó un segundo parlamentario, sobre el cual los españcles hicieron fuego.

Entonces su señoría hizo desembarcar unos cuantos soldados y marineros de su nave, los cuales se apcderaron casi al instante de la ciudad, apresando al mismo tiempo la goleta *Sacramento*, tres cañones de bronce de á 18, dos piezas de campaña y una cantidad de municiones, azúcar, algodón, cacao, resina, etc.

Habiéndose robado unos marineros algunos ornamentos de la iglesia, el almirante los obligó á devolverlos y castigó á los delincuentes, aparte de mandar al vicario un mil pesos para reparar el agravio hecho al sagrado recinto (1). Por esos días se escapó una rica presa, la flota de Guayaquil, advertida á tiempo por un buque americano.

Mientras lord Cochrane estaba empeñado en esta expedición al Norte, el almirante Blanco sostenía el bloqueo del Callao con el *San Martín*, el *Lautaro*, la *Chacabuco* y el *Pueyrredon*, que se prolongó hasta comienzos de Mayo, en que la escuadra regresó á Chile entre las congratulaciones de todas las clases del pueblo (2). Y en verdad había motivo para tales transportes de júbilo. Durante el primer mes la escuadra de Chile se componía únicamente de los siguientes buques:

Fragata.........	*O'Higgins*...........	48 cañones
„	*Lautaro*.............	38 „

(1) Véase la *Gaceta* extraordinaria del 9 de Agosto de 1819.

(2) En cuanto llegó el almirante Blanco á Valparaíso, el 26 de Mayo, se le puso arrestado por haber suspendido el bloqueo del Callao, sin tomarse en cuenta que los buques carecían de provisiones. Juzgado por una Corte marcial, que presidía lord Cochrane, sirviendo Jonte de fiscal, fué absuelto honrosamente el 22 de Julio.

Navío..........	*San Martín*..........	60	cañones.
Corbeta........	*Chacabuco*...........	24	»

Esta reducida fuerza había bloqueado enteramente el puerto del Callao, cuyas baterías son formidables, y donde estaban estacionados los siguientes:

Frag. de guerra..	*Venganza*...........	42	cañones.
» »	*Esmeralda*...........	44	»
Goleta.........	*Sebastiana*...........	28	»
»	*Resolución*...........	36	»
»	*Cleopatra*............	28	»
»	*La Tocha*............	20	»
Bergantín.......	*Maipú*..............	18	»
Berg. de guerra.	*Pezuela*.............	22	»
» »	*Potrillo*.............	18	»
Nombre desconocido..................		18	»

Goleta con un cañón de 24 y 20 culebrinas.

Guarney...............	18	cañones.
San Fernando..........	26	»
San Antonio...........	18	»

aparte de 28 cañoneras. Se había hecho presa de doscientos mil pesos pertenecientes á la Compañía de Filipinas, fuera de otras presas menores, y se había libertado del yugo español á varias ciudades de la costa.

Así, pues, el virrey se veía en la más humillante situación, privado de las provisiones que eran absolutamente indispensables para el país, y encerrado en su capital por una fuerza que no llegaba á la cuarta parte de las suyas, pero que, con una actividad nunca vista en esos mares, iba de puerto en puerto, vencía todos los obstáculos, apresaba sus convoyes en mar y en tierra y atacaba sus fortalezas y navíos hasta en su más poderosa ciudadela.

Entre otros homenajes rendidos á lord Cochrane al

volver la escuadra á Chile, se pronunció un elogio de su señoría en el Instituto Nacional de Santiago, del cual sólo he podido procurarme el siguiente extracto: "Llega al Callao: el puerto está defendido por las fortificaciones más poderosas del Pacífico y coronado de baterías. Diez buques de guerra y un gran número de cañoneras forman una formidable barrera.

„El bizarro almirante se apodera de la Isla de San Lorenzo, ancla allí su escuadra, intenta hacer una entrada al puerto y se adelanta con el *O'Higgins* y el *Lautaro*; 300 piezas de artillería vomitan la muerte alrededor de él. De tres lados parten los proyectiles á destruirle sus buques; pero, en medio de esos torrentes de fuego, él sigue avanzando, inalterable, con toda resolución; infunde el terror en el enemigo, siembra por doquiera el horror y la muerte, le cañonea sus buques, y el pánico del enemigo llega á tal grado que emplea medios vedados, disparando proyectiles incendiarios de todos los castillos.

Después de haberlos acosado rudamente, vuelve, serenamente, victorioso á reunirse con el resto de su escuadra, etc."

Mientras tanto había llegado á Chile una de las fragatas contratadas en Nueva York, después de recalar en Buenos Aires. Parece que, conforme á las estipulaciones de un tartado con España, la América del Norte se obligaba á no suministrar á los patriotas de Sud-América ningún buque armado; así es que, al encargar al gobierno de Buenos Aires dos fragatas para Chile, alistáronse dos buques, el *Horacio* y el *Curiacio*, con toda clase de pertrechos, exceptuando armas y municiones, las que, sin embargo, seguían á las fragatas en el buque *Sanchem*, y llegaron pocos días después que ellas á Buenos Aires.

La escasez de recursos en esa ciudad impidió que fuera pagado totalmente el precio de venta de las dos naves, por cuyo motivo sólo el *Horacio* izó el pabellón chileno después de recibir sus cañones y de completar su marinería, y el *Curiacio* zarpó para Río Janeiro, donde

fué comprado por el gobierno, quedando Chile defraudado del dinero que había anticipado á cuenta.

Al regreso de la división Blanco de la escuadra, el Supremo Director se fué á Valparaíso para recibirla y también para inspeccionar la fragata últimamente adquirida, cuyo mando se le había ofrecido en particular al capitán Guise.

Sin embargo, cuando llegó el *O'Higgins* se nombró en su lugar al capitán Foster, como oficial más antiguo, cambiándole el nombre de *Curiacio* por el de *Independencia* ó *Nuestra Señora del Carmen.* Se hicieron en la escuadra otros cambios de importancia y se puso todo empeño para recorrerla y abastecerla, á fin de renovar el bloqueo del Callao.

Mientras la armada acosaba así las costas enemigas, el ejército del Sur, á las órdenes del general Balcarce, seguía ganando terreno gradualmente. La guerra, sin embargo, se desarrollaba allí de la manera más desoladora.

El realista Benavides, en particular, había hecho odioso su nombre por sus muchas atrocidades, y especialmente por el asesinato á sangre fría de un oficial que le mandara el general Freire con bandera de parlamento, y de todo el pelotón que lo acompañaba, fuera de otros prisioneros; todos fueron ultimados á sablazos para ahorrar el gasto de pólvora. El general Sánchez no le iba en zaga en crueldad. Este último había evacuado á Talcahuano. Freire se había tomado á Chillan y el éxito favorecía en todas partes á los patriotas. (Véase la *Gaceta*, Marzo 13 de 1819.)

Se les dirigió á los indios las proclamas más conciliatorias, invitándoles como hermanos á unirse á la causa de la independencia, y se abrigaban esperanzas de que se aliarían á los patriotas contra los españoles. El gobierno interior parecía también haber consolidado su estabilidad.

Los adictos de los Carreras guardaban silencio, por entonces, á lo menos. Ninguna nación extranjera interve-

nía entre la madre patria y sus colonias, y todos, por el contrario, parecían mirar con complacencia un cambio que prometía el libre comercio del Pacífico.

Es singular que la experiencia de siglos no haya podido enseñar á ninguna nación que es imposible retener el oro y la plata dentro de un estado determinado más allá de cierta cantidad, ni que cuando se les confina de ese modo no hacen más rico al país; porque cuando el oro y la plata son más que lo que se necesita para la adquisición de otros artículos, pierde totalmente su valor.

Esto se aplica especialmente á los países donde los metales preciosos constituyen la producción principal. Y así, los gobiernos reformistas de la América del Sur imponen todavía al oro y la plata un derecho de exportación tan subido, que equivaldría á una prohibición si todas las naciones no se concertaran para hacer su contrabando. En países como éste, donde no hay manufacturas y donde no hay otros productos naturales que los metales preciosos, es más aparente todavía el cambio de éstos por artículos de cualquier otra clase. Pero, como prevalece todavía la manera de pensar de los españoles, resulta que el contrabando, que en cualquier otro país sería motivo de escándalo, se practica aquí abiertamente, hasta por los buques de guerra ingleses, porque el comerciante no puede obtener por otro medio un retorno para sus mercaderías. ¿No sería este un artículo digno de ser considerado en alguno de los tratados que se lleguen á celebrar para reconocer la independencia de la América del Sur?

Los comerciantes ingleses habían prestado servicios materiales á la causa de la independencia con las grandes importaciones de armas y pertrechos, tanto navales como militares, que, á pesar de toda prohibición, continuaba proporcionándoles.

Es verdad que á veces surtían también á los realistas; pero, en general, los cargamentos de esta especie los destinaban para los patriotas, con quienes cultivaban relaciones más cordiales que las que habían tenido con los es-

pañoles. En Chile era consentido el culto protestante en casas privadas, y se les había permitido á los protestantes que compraran un terreno para cementerio, tanto en la capital como en el puerto; algo también se había intentado para facilitar los matrimonios entre protestantes y católicos, pero, por entonces, era todavía demasiado prematuro pensar en una tolerancia pública y perfecta. Tampoco eran incomodados los oficiales que entraban al servicio respecto á sus creencias religiosas ni se les inducía á que las cambiaran.

La estación lluviosa, con fuertes temporales de viento Norte, se había afirmado; no obstante, seguíase atendiendo con todo celo al equipo de los buques, de manera que el 11 de Septiembre la escuadra estaba lista para hacerse á la mar; se había solicitado un empréstito de 2.000 pesos de los comerciantes de Valparaíso, que lo rehusaron por considerarlo como una contribución forzada; pero, en cambio, suscribieron en un instante la suma de 4.393 pesos como donativo espontáneo para impulsar la expedición, que debía ahora adoptar medidas más activas que en la primera ocasión.

La cuarta parte de esa suma fué erogada por comerciantes ingleses. Lord Cochrane ofreció en préstamo, por tiempo ilimitado, las presas de dinero que había hecho durante la expedición.

La escuadra, compuesta del *O'Higgins*, con la insignia de lord Cochrane; el *San Martín*, capitán Wilkinson; el *Lautaro*, capitán Guise; la *Independencia*, capitán Foster; el *Galvarino*, capitán Spry; el *Araucano*, capitán Crosbie, y el *Pueyrredon*, capitán Prinier, se reunió en Coquimbo para completar su provisión de agua y demás pertrechos. Iban además dos transportes ocupados en la conducción de los morteros y cohetes explosivos con que se intentaba molestar al enemigo. El 28 de Septiembre llegó la escuadra á la altura del Callao y comenzó inmediatamente á construir bases para los morteros y cohetes explosivos y á preparar los buques para la acción. El al-

mirante comenzó por varios falsos ataques para fatigar al enemigo; pero, en la noche del 1.° de Octubre, el *Galvarino*, el *Araucano* y el *Pueyrredon* entraron á la bahía del Callao, llevando cada uno á remolque una balsa, dos con los cohetes y una con los morteros; la *Independencia* recibió orden también de seguir en protección de los bergantines; pero por cierta mala inteligencia ancló á ocho millas de la costa.

Desdichadamente, hizo explosión una de las balsas de cohetes, hiriendo gravemente al capitán Hind, que la mandaba, y á los hombres que en ella estaban ocupados. Los cohetes tampoco respondieron á su objeto, sea por mala calidad de los materiales, sea por falta de competencia en su preparación; en cambio, las bombas produjeron cierto efecto y se dispararon constantemente. Mientras tanto, los fuertes y los buques hacían fuego incesantemente sobre los bergantines y las balsas y empleaban la bala roja; pero el daño que causaban era insignificante para las circunstancias, pues no pasó de la pérdida del palo de trinquete del *Araucano* y del destrozo de una de sus anclas; el *Galvarino* perdió al teniente Bealy y algunos hombres.

En las tres noches siguientes efectuáronse algunos ataques simulados que fatigaron al enemigo, según pudo verse particularmente por una tentativa que la tercera noche hicieron sus buques para escapar de la bahía; á la quinta noche todo estaba listo para otro ataque en serio. Los bergantines, como antes, remolcaban las balsas á su lugar. Mr. Morgell tenía el mando del burlote *Victoria*, y la escuadra se dispuso de manera de impedir que los buques se escaparan de la bahía; en el momento en que los bergantines se pusieron á tiro de cañón, los buques y los fuertes rompieron el fuego sobre ellos.

En cuanto el burlote estuvo á tiro de metralla y junto á la línea que defendían los buques, Mr. Morgell le prendió fuego, y á los diez minutos hizo explosión; si hubiese soplado entonces la más ligera brisa, habrían sido destruí-

dos la mayor parte, si no todos los buques del enemigo. Pero, desgraciadamente, el tiempo estaba en calma y produjo poco efecto; los cohetes volvieron á fallar, por más que se les manejara con mayor cuidado que antes, por lo cual lord Cochrane adoptó otro procedimiento (1).

Habiéndose hecho fuera de la bahía la fragata española *Prueba,* la escuadra salió inmediatamente á darle caza; pero logró escapar, y entonces la mayor parte de los buques zarpó para Pisco á fin de obtener víveres, y particularmente aguardiente para la dotación de los buques, dejando encargada al *Araucano* la vigilancia del puerto. En Pisco desembarcaron los soldados de la escuadra, á las órdenes del coronel Charles, de infanfería de marina, valeroso y excelente oficial, que merecía mejor suerte que la de caer muerto en el asalto de una plaza tan insignificante (2). También cayó herido el mayor Miller y los patriotas sufrieron la pérdida de diez hombres. Pero se consiguió el resultado que se buscaba con los víveres que se tomaron.

*
* *

De vuelta al Callao, lord Cochrane tuvo noticias de que la *Prueba* se había dirigido á Guayaquil en busca de refugio con otros buques españoles. Inmediatamente se lanzó en su persecución con el *Galvarino,* la *Lautaro* y el *Pueyrredon,* y al llegar el 25 de Noviembre á la altura de la isla de Puna, á la entrada del río Guayaquil, resolvió hacer que su escuadra remontara la rápida y peligrosa corriente, no obstante las indicaciones con-

(1) Las personas que lord Cochrane encomia especialmente en su parte son los capitanes Spry, Croslie, Prunier y Morgell; tiene también una honrosa recomendación el almirante Blanco.

(2) Al regreso de la escuadra, fué sepultado en Valparaíso con todos los honores militares.

trarias estampadas ingeniosamente por las cartas españolas.

La noche era el único momento propicio para la atrevida tentativa, y, en consecuencia, en la noche del 26 se internó en el río, pero la falta de viento lo obligó á salir otra vez, y sólo en la noche del 27 logró seguir su marcha. Mientras tanto supo que la *Prueba* se había corrido hacia Puna sin desmontar siquiera sus cañones, precaución acostumbrada usualmente á causa de los bajos del río, y se hallaba ahora bajo la protección de la batería, que él se inclinaba á suponer muy poderosa; pero que el *Águila*, de 30 cañones, y la *Begoña* de 20 cañones, que eran de los mejores buques alquilados y armados en guerra, estaban fondeados donde él había esperado encontrar á la *Prueba*. Inmediatamente largó velas en esa dirección, y al romper el día los dos buques vieron con espanto que la *O'Higgins* estaba anclada en su propio fondeadero, á 40 millas río arriba. Cada uno de los buques tenía cien hombres á bordo y sostuvieron un nutrido fuego durante veinte minutos. Pero las andanadas de la *O'Higgins* eran demasiado formidables para ellos, de modo que sus tripulantes arriaron los botes y se escaparon, dejando abandonados los buques en poder del almirante.

Durante esta acción la *Lautaro* y los bergantines, que se habían quedado cerca de la Puna, sintiéndose alarmados con el cañoneo, que atribuían á la *Prueba*, se habían preparado para hacerse á la vela en caso de que la acción hubiese sido desfavorable para el almirante; pero luego se tranquilizaron á la vista de las presas (1).

Lord Cochrane se quedó tres semanas cerca de la isla de la Puna, después de haber ocupado la ciudad de ese nombre, con el objeto de hacer agua y de procurarse provisiones para los buques, como también con el de cortar maderas para cargar las presas.

(1) Los hermosos cañones de bronce de la *Begoña* (de á 15 libras) se le dieron á la *Lautaro* para completar su artillería.

Habiendo tenido noticia de que una de las fragatas españolas se había refugiado en Valdivia, el almirante decidió zarpar inmediatamente en su busca dejando á Guayaquil, y en efecto, el 17 de Diciembre hizo rumbo con dirección á ese puerto. En su viaje se encontró con un pequeño buque español denominado el *Potrillo,* que conducía provisiones, pertrechos y 20.000 pesos en dinero para la guarnición de Valdivia. Lo capturó, y después de despacharlo para Valparaíso siguió viaje á la bahía de Talcahuano, donde llegó el 22 de Enero de 1820.

Ahí encontró á la goleta chilena *Moctezuma* y el bergantín de guerra *Intrépido,* que pertenecía á Buenos Aires, y deseando reconocer el puerto de Valdivia dejó la *O'Higgins* en Talcahuano y continuó en la goleta, con pabellón español, para hacer sus observaciones en la bahía.

Siempre se había considerado á Valdivia como inexpugnable. Su bahía la forma el río Calle-Calle, que frente á la ciudad se abre en un estuario de cuatro leguas de ancho y vuelve á estrecharse á media legua en su desembocadura. Defienden la angosta entrada cuatro fuertes poderosos, fuera de una batería situada en el Morro González, en los cuales hay por junto más de 100 cañones, cuyos fuegos se cruzan de un punto á otro.

Sin embargo, lord Cochrane, bajo la bandera española, navegó hasta tan cerca de la plaza, que lo abordó el bote del práctico, por cuyo oficial se impuso del estado del puerto y de la guarnición, devolviéndose inmediatamente á Talcahuano para tomar las medidas convenientes para el ataque que proyectaba.

En cuanto se impuso de los planes de su señoría, el general Freire puso á su entera disposición unos 250 hombres, á las órdenes del mayor Beauchef, sobreponiéndose así á las pequeñas rivalidades y envidias que tan á menudo malogran las operaciones de la guerra cuando las fuerzas de mar y tierra tienen que proceder juntas. El 29 se embarcaban todos en la *O'Higgins,* el *Intrépido* y el *Moctezuma,* que se hicieron á la vela el día 30. Des-

graciadamente, la fragata encalló en las rocas de la isla de Quiriquina al hacerse mar afuera; pero como parecía entonces que sus averías no eran de mucha consideración, la flotilla siguió su viaje, y el 2 de Febrero de 1820 llegó á las alturas de Valdivia, á unas 10 leguas al Sur. Allí se hizo pasar los soldados á los pequeños buques, ordenándose á la *O'Higgins* que permaneciera fuera de vista hasta el día siguiente.

A la puesta del sol se desembarcó la tropa en la aguada del Inglés; lord Cochrane los acompañaba, y mientras iban marchando él dirigía la marcha desde una chalupa tripulada con seis remeros, exponiéndose al fuego del enemigo. El primer fuerte que debía atacarse era el del Inglés, situado en un promontorio y defendido por una recia empalizada, coronado por seis cañones que dominaban la orilla. Los soldados, de á dos en fondo, continuaban marchando arrimados á la empalizada, que parecía impracticable, hasta que un guardia marina chileno notó que uno de los palos estaba podrido en el pie; lo agarró fuertemente, tratando de abrirse paso, pero como encontrara que todavía no le era posible el paso, por impedírselo su gran sombrero, se lo sacó, y tirándolo por encima de la palizada se introdujo, ensanchando rápidamente la abertura, el resto le siguió y atacó al fuerte tan vigorosamente, que en pocos minutos se apoderaron de él.

En cuanto estuvo asegurada esta posición, la tropa se dirigió al fuerte de Corral, que era el más poderoso é importante de todos, sin prestar la menor atención á algunas pequeñas baterías situadas atrás. Luego fué también reducido, y por consiguiente cayeron todas las baterías del Sur, de Avanzada, de Barros, de Amargos y de Chorocomoyo.

El coronel don Fausto del Hoyo fué hecho prisionero con los restos de su regimiento (el Cantábrico). Las pérdidas del enemigo, entre muertos y heridos, fueron numerosas; la de los patriotas fué sólo de seis muertos y 18 heridos.

A la mañana siguiente, cuando arribó la *O'Higgins*, sufrieron los de abordo las más vivas alarmas por una circustancia insignificante. Conociendo el estremado peligro del ataque que se proyectaba, habían obtenido del almirante la promesa de que, si todo iba bien, izaría dos banderas de cualquiera especie en el palo de bandera de la entrada. Al acercarse sólo divisaron una, que era la insignia del bote de lord Cochrane con los colores chilenos.

Su señoría no tenía sino esa consigo y no había podido procurarse otra. Esto les hizo temer por la suerte de sus compañeros y que la bandera estuviese izada sólo para engañarlos. Al mismo tiempo las tropas que estaban en los fuertes del Norte, al divisar á la fragata creyeron que fuera un buque español, por lo cual le hicieron la señal convenida, que la *O'Higgins* contestó, siguiendo su camino hasta que un bote le salió al encuentro.

Todo estaba asegurado y el almirante muy bien. Inmediatamente se arrió la bandera española y se izó en su lugar la bandera patriota. Los soldados de los fuertes, que no esperaban ya ningún auxilio, abandonaron precipitadamente los fuertes restantes, huyendo en todas direcciones. Los estandartes, los pertrechos, el parque militar, etc., etc., todo cayó en manos del almirante.

Esta acción es quizá una de las más atrevidas y afortunadas de que haya recuerdo y, como todas las cosas en que lord Cochrane ha tomado parte, fué hecha en exclusivo provecho de la causa y no para dar á conocer su propio talento ó su valor (1); á consecuencia de ella se vió privado el enemigo de su último punto de resistencia en Chile, y, lo que es de más importancia todavía, los chilenos aprendieron á tener confianza en sí mismos y en sus oficiales y á poner en juego tanto el valor físico como el valor moral, necesarios para todas las grandes hazañas.

(1) 350 hombres, alentados por la presencia y el renombre de su jefe, habían vencido á una división de 2.000 hombres, que contaba además con 100 cañones.

Cuando llegaron á Valparaíso las noticias de la toma de Valdivia, despertáronse todas las mezquinas y bajas pasiones de algunos hombres apocados.

El pueblo se entregó á tan vivas manifestacíones de alegría que los envidiosos se sintieron quizá exasperados; lo cierto es que hubo muchas personas en el poder, con Zenteno á la cabeza, y hasta algunos de sus propios compatriotas, que no tuvieron escrúpulo para decir que lord Cochrane merecía perder la cabeza por la temeridad de atacar por su cuenta y riesgo aquella plaza y por haber expuesto á los soldados patriotas á los peligros de semejante aventura.

Pero no había llegado todavía la oportunidad para intentar un ataque eficaz contra lord Cochrane. El gobierno reconoció su valor, ó más bien la absoluta necesidad que el Estado tenía de sus servicios, y por una vez más fueron acallados los clamores de los envidiosos y de los ingratos (1).

Ignorante de estas intrigas y alentado por sus triunfos en Valdivia, lord Cochrane dirigió, naturalmente, su atención á Chiloé, donde los españoles conservaban todavía una fuerte posición bajo las órdenes del coronel Quintanilla, oficial experto y valeroso. El relato de aquella expedición está muy bien dado en una carta que su

---

(1) El 2 de Marzo, el pueblo de Coquimbo envió una nota de felicitación al Director y al almirante con motivo de la toma de Valdivia.

El 14 de Agosto, el gobierno decretó una medalla con una cinta tricolor para los captores de Valdivia. Las de lord Cochrane, del capitán Carter, del mayor Miller, del mayor Beauchef y mayor Vicente, eran de oro; había además 23 medallas de plata para otras personas. El decreto, al referirse á la toma de Valdivia, dice que fué el feliz resultado de un plan admirablemente ideado y de la más atrevida y valiente ejecución. Concluye haciendo donación á lord Cochrane de una hacienda de más de 4.000 cuadras de superficie en las tierras confiscadas en Concepción.

Lord Cochrane solicitó que se le permitiera devolver esta hacienda para que fuera vendida y atender con su valor al pago de la marinería de la escuadra. Esta ofer ta no fué aceptada.

señoría dirigió al ministro de Marina, fechada en Chiloé el 19 de Febrero de 1820.

A su regreso á Valdivia, lord Cochrane proveyó de las armas que pudo á los habitantes de la vecindad para llevarlos á arrojar al enemigo, y despachó á Beauchef para Osorno con 100 hombres para apoderarse de esa ciudad, que es el centro de una de las fuentes de provisiones de Chiloé.

Beauchef y su reducida tropa fueron recibidos por los indios con el más vivo regocijo, tanto en los campos como en Osorno. "Creo, dice aquel jefe en carta oficial dirigida á lord Cochrane, haber abrazado á más de 1.000 caciques y sus mocetones. Todos me han ofrecido á su gente para que sirva en la causa patriota; pero como las circunstancias no lo hace necesario, los he invitado á regresar á su tierra y he recibido sus promesas á estar listos si el país llegara á reclamar sus servicios. Al despedirme he distribuído entre ellos un poco de añil, algún tabaco, cintas y otras bagatelas."

El 26 de Febrero se izó la bandera de Chile en el castillo de Osorno, donde se tomaron algunos cañones, 40 fusiles y municiones sin ninguna resistencia por haber escapado los españoles hacia Chiloé.

*
* *

Mientras tanto, á consecuencias de las averías sufridas cuando encalló en las Quiriquinas, la *O'Higgins* estaba inhabilitada para navegar, por cuyo motivo fué conducida á remolque á Valdivia para ser reparada, regresando el almirante á Valparaíso á bordo del *Moctezuma*. Después de su partida, los españoles dispersados hicieron algunos débiles esfuerzos para poder apoderarse de Valdivia é inducir á los indios á caer sobre Beauchef; pero este valeroso oficial puso fin rápidamente á la lucha, y

después de dejar suficientes guarniciones en Osorno y otros puntos, estableció su cuartel general en Valdivia.

En cuanto lord Cochrane arribó á Valparaíso, despachó á la *Independencia* y al *Araucano* con todo lo necesario para las reparaciones de la *O'Higgins* y con órdenes de regresar con ella á ese puerto lo más luego que fuera posible. Era ya tiempo de emprender la gran expedición á la costa del Perú, tanto tiempo proyectada.

El temperamento político de los peruanos, y especialmente del pueblo de Lima, eran favorables á la empresa. Se había reunido un considerable cuerpo de ejército, y la toma de Valdivia había arrojado al enemigo de su último baluarte en Chile; quedaba sólo la preparación y aprovisionamiento de la escuadra para llevar el ataque á la misma ciudad de los virreyes, por lo cual se resolvió que en cuanto pasara la próxima estación lluviosa zarpara inmediatamente (1).

Mientras tanto los buques se ocupaban, bajo la direccion personal de lord Cochrane, en vigilar la costa en las vecindades de Valparaíso, particularmente las bahías de Concon y de Quinteros

La primera está situada en la desembocadura de un río muy ancho y puede ser de importancia como puerto para embarcar los productos traídos del interior por el río; y la segunda es una excelente rada, mejor protegida de los vientos que la de Valparaíso, y que si bien está á mas distancia de la capital, se halla mejor situada por lo que respecta á las facilidades para procurarse agua y provisiones.

Parte de la tripulación de los buques trabajaba en la formación de puentes para el embarque de las tropas, en

(1) En las instrucciones del virrey Pezuela al gobernador de Valdivia, que se hallaron en las oficinas públicas, le encarecía aquél que se mantuviera firme en su puesto, no sólo para conservar un lugar de desembarco en Chile, sino también para distraer una parte considerable de las fuerzas del gobierno é impedirle así llevar á cabo el anunciado ataque al Perú. (Veáse la *Gaceta* del 22 y 29 de Abril de 1822).

el alistamiento de los medios de trasporte y otros preparativos para la expedición.

Pero la escuadra estaba casi sin tripulación y le faltaba la mitad de sus oficiales, á causa de que las estrechas miras de los financistas de estos gobiernos nuevos no les permite ver que es más conveniente asegurarse la fidelidad y el buen servicio del ejército y de la marina pagándolos puntualmente, que no retener en sus manos el dinero para negociar con él ó prestarlo con usura.

El descontento estalló en el *San Martín* y el *Araucano* á principios de Mayo, y sólo á principios de Julio vino á aplicarse el único remedio justo y adecuado, pagando á los jefes y oficiales, que inmediatamente restablecieron la tranquilidad, sin que nada de importancia volviera á ocurrir hasta que las tropas emprendieron viaje al Perú. (1)

Al propio tiempo que las armas de Chile seguían cosechando nuevos triunfos, el gobierno civil mejoraba tambier poco á poco. Se había puesto cierto orden en el ramo de Hacienda, y si bien los reglamentos de aduanas estaban todavía vaciados en su mayor parte en el estrecho molde del antiguo sistema español, se había introducido en ellos algunas reformas de consideración.

En Santiago se había establecido un colegio y llevado á efecto varias obras de utilidad. Fundóse una biblioteca pública, se construyó un teatro, y el Supremo Director llegó á pensar hasta en establecer un telégrafo; pero los prejuicios del pueblo y de los sacerdotes, en especial, eran demasiado fuertes contra tan milagroso modo de comunicación, y por esta razón tendrá el telégrafo que esperar todavía unos veinte años para que se le admita en Chile.

Por entonces hallábase ya reunido en Valparaíso el ejército destinado al Perú, y el nombre del Ejército Libertador se oía en todas partes.

El Director había venido á Valparaíso á presenciar la

(1) Fué en esta ocasión cuando lord Cochrane ofreció su hacienda para pagar á la gente.

partida de la escuadra, y él y el general San Martín, nombrado capitán general de la expedición libertadora, renovaron solemnemente las protestas en favor de la libertad del Perú que habían consignado en las proclamas lanzadas anteriormente por ellos y distribuídas entre los habitantes del Perú durante los diez y ocho meses precedentes. En una de ellas, fechada en Febrero de 1819, decía O'Higgins, después de anunciarles que la expedición estaba casi lista:

"No penséis que pretendamos trataros como á pueblo conquistado; tal intento sólo puede caber en la cabeza de los enemigos de nuestra común felicidad. Nosotros aspiramos solamente á veros libres y felices: *vosotros organizaréis vuestro gobierno,* escogiendo la forma que guarde más armonía con vuestros hábitos, vuestra situación y vuestros anhelos; *Vosotros seréis vuestros propios legisladores,* y por consiguiente instituiréis una nación tan ilbre é independiente como la nuestra."

En otra, de fecha posterior, dice:

"Peruanos: he aquí los pactos y condiciones con que Chile, delante del Sur Supremo y poniendo á todas las naciones por testigos y vengadores de su violación, arrostra la muerte y las fatigas para salvaros. Seréis libres é independientes, contituiréis vuestro gobierno y vuestras leyes por la única y espontánea voluntad de vuestros representantes; ninguna influencia militar ó civil, directa ó indirecta, tendrán estos hermanos en vuestras disposiciones sociales: despediréis la fuerza armada que pasa á protegeros en el momento que dispongáis; sin que vuestro peligro ó vuestra seguridad sirva de pretexto, si no lo halláis por conveniente, jamás una división militar ocupará un pueblo libre si no es llamada por sus legítimos magistrados; ni por nosotros ni con nuestro auxilio se castigarán las opiniones ó partidos peninsulares que hayan precedido á vuestra libertad."

Una larga proclama de San Martín, fechada en Marzo de 1819, emplea el mismo lenguaje. Después de declarar

que ha recibido amplia autorización de los Estados Independientes de las Provincias Unidas de Sud América y de Chile para invadir el Perú con el objeto de defender la causa de la libertad, entra en extensas consideraciones sobre la esclavitud de ese reino y se regocija de que se haya encomendado á sus manos su liberación.—"No es mi propósito—dice—el de un conquistador que trata de sistematizar una nueva esclavitud. La fuerza de las cosas ha preparado el gran día de vuestra emancipación política, y yo sólo soy el instrumento accidental de la justicia, el agente del destino."

Continúa después proclamando la seguridad de la victoria sobre los opresores, y dice: "La victoria tendrá por resultado que la capital del Perú vea por primera vez unidos á sus hijos, eligiendo libremente su gobierno y presentándose á la faz del mundo en la categoría de las naciones." Tales eran las miras que preconizaban los jefes de la expedición, miras de que sinceramente participaba lord Cochane; sus sentimientos respecto á dejar á los peruanos gobernarse por sí solos, eran tan bien entendidos que, temeroso San Martín de que no fueran á cruzarle los proyectos que en reserva acariciaba, obtuvo inmediatamente del gobierno chileno instrucciones secretas que le permitían obrar como contrapeso en la conducta del almirante; pero supo dejar pasar algún tiempo antes de encontrar por conveniente dar á conocer que tenía tales instrucciones.

Los oficiales del ejército y armada, tanto chilenos como extranjeros, confiaban en la sinceridad de sus jefes y se imaginaban que, preparado como se hallaba el Perú para recibirlos, se les conduciría inmediamente al ataque de la capital para poner cuanto antes término á la guerra.

El mayor entusiasmo reinaba en todos los ánimos, y el 21 de Agosto de 1820 izó San Martín la insignia de capitán general á bordo del buque de su nombre y zarpó con los buques de la escuadra y los transportes en medio de las congratulaciones de todas las clases del pueblo.

Con San Martín iban los soldados de Chacabuco y de Maipú, y lord Cochrane tenía el mando de la escuadra. La victoria se consideraba asegurada, y la partida del ejército tenía el aspecto de un triunfo (1).

Marineros y soldados iban animados por la esperanza de grandes recompensas, por haberles ofrecido San Martín que, después de la toma de Lima, se les gratificaría con la paga de un año, fuera de sus sueldos.

La escuadra se detuvo en Coquimbo para hacer más provisiones y embarcar las tropas reunidas en esa ciudad, y en seguida siguió rumbo al Perú.

Al propio tiempo el Director declaraba en estado de bloqueo todos los puertos situados entre los 2.° 12' y 21° 48' de latitud Sur, ó sea, desde Iquique á Guayaquil, á no ser que cayesen en poder de los jefes chilenos; pero á fin de no oprimir á los neutrales más de lo necesario, se le dieron al almirante plenos poderes para concederles permisos para el desembarque y el trasbordo de sus mercaderías, bajo ciertas condiciones (2).

Inmediatamente después de publicado este documento, el Director entregó á la circulacion un manifiesto fechado en 31 de Agosto de 1820. Se titula "Manifiesto del capitán general del Ejército, don Bernardo O'Higgins, al pueblo que gobierna".

Comienza por felicitar á sus conciudadanos por la partida de la expedición libertadora y pasa en seguida á dar

(1) Entre las poesías que se publicaron con esta oportunidad, merecen la atención la despedida de las damas de Chile y su respuesta.

(2) El comandante en jefe de la división británica protestó con cierta intemperancia, observándole á Chile que era una nación pequeña que carecía de elementos para llevar adelante el bloqueo, contra el cual protestaba, invocando la ley de las naciones, como si ésta no fuera la misma para todos, grandes ó pequeños. Zenteno le contestó diciéndole que había sido capturada la *Esmeralda*, y que con el aumento de fuerza que esto le representaba, Chile tenía buques suficientes para mantener el bloqueo. (Véase la *Gaceta* del 24 de Febrero de 1821.)

una corta pero clara reseña de su vida política y de los sucesos civiles y militares en que ha tenido parte. Dice: "Educado en el libre país de Inglaterra, se ha fortalecido en mí ese innato deseo de independencia que alienta en todo hombre nacido en tierra araucana. Amante de la libertad, por principios y por sentimientos, juro ayudar á obtener la de mi patria ó sepultarme entre sus ruinas".

El documento está bien escrito y los sentimientos expresados hacen honor á la cabeza y al corazón del Supremo Director, cuyo carácter personal ha sido siempre estimado, habiéndose atribuído uniformemente á la influencia de sus ministros aquellos actos suyos que le han alienado la voluntad del pueblo.

*
* *

Mientras tanto, la expedición había llegado á Pisco. El 7 de Septiembre la escuadra pasó por San Galbán y anció á la altura de ese puerto á las seis de la tarde.

Lord Cochrane propuso inmediatamente el desembarco de un pequeño destacamento para sorprender la ciudad antes de que el enemigo tuviese tiempo para mandar fuera los esclavos, el ganado y las provisiones. El ejército carecía de reemplazos y de caballos y como los buques estaban escasos de víveres, era conveniente asegurar los aguardientes y provisiones que se sabía haber en Pisco; pero al capitán general parecióle muy aventurada la proposición de su señoría, y el ataque de la plaza quedó postergado para la mañana siguiente.

Así, pues, el día 8 desembarcó la primera división del ejército, á las órdenes del general Las Heras, con dos piezas de artillería, y formó en dos cuadros de á 1.000 hombres cada uno, en la ardiente playa de Paracas, donde permanecieron hasta la puesta del sol. En cierto momento, avistóse una patrulla como de sesenta jinetes enemigos

en lo alto de una colina, que venían aparentemente á hacer un reconocimiento; pero fueron dispersados por unos cuantos disparos de la *Moctezuma;* y cuando, después de una marcha de seis horas, las tropas llegaron á Pisco, se hallaron con que los españoles habían mandado sus esclavos, su ganado y provisiones al interior, retirándose ellos mismos á Ica, sin dejar tras de sí más que unos jarros de aguardiente del país, llamado pisco, que fueron repartidos entre el ejército y la marina, con vivo contento de los marineros, que tenían gran necesidad de alcohol ó de vino.

Al día siguiente desembarcó el resto del ejército y se estableció el cuartel general en Pisco, donde se publicaron boletines periódicos que contenían pomposos detalles de los fastos de la expedición y diversas proclamas relativas al buen orden y disciplina de la tropa. En esos boletines aparecían disimulados á los ojos del público los errores y deficiencias en la marcha, el orden y el mando del ejército. Las patrullas de requisición traían caballos y ganado en cantidad suficiente para el ejército; pero la armada continuaba escasa de víveres.

Durante los cincuenta días que el ejército tuvo sus cuarteles en Pisco, el coronel Arenales ocupaba á Ica, Palque, Nazca y Acari, apoderándose de una cantidad de pertrechos militares y revolucionando el país á su paso, mientras el capitán general se quedaba en completa inacción. En realidad, desde el 26 de Septiembre al 4 de Octubre, estaba llevando á cabo una negociación con el virrey, para lo cual se había celebrado un armisticio en Miraflores. Cuáles han podido ser las expectativas que cada parte contemplaba en la negociación, es cosa que no se explica claramente.

La base sobre que discurría el virrey era, no obstante, la constitución que el rey de España había jurado reconocer en el mes de Marzo precedente. La misma constitución había sido promulgada en Lima el día 9 y jurada el 15 del mes en curso. ¿Sería de propia inspiración y con

motivo de la llegada de las fuerzas libertadoras que Pezuela había dado instrucciones para que á todos los Estados que de hecho estaban separados de la madre patria, se les invitara á adherirse á ella, bajo el amparo de la constitución, asegurándoles á sus primeros magistrados todos los honores y consideraciones compatibles con la dignidad de la corona española.

Pero Pezuela debe de haber estado profundamente engañado respecto á la índole de los sur-americanos si ha podido imaginarse que por tan vagas invitaciones iban á renunciar su independencia, que tanto les costaba, ó que un ejército como el que acampaba en Pisco, iba á retirarse tranquilamente del territorio enemigo ante una simple petición de su gobierno. Sin embargo, como no podía desecharse ninguna oportunidad para asegurar pacíficamente la libertad, por la cual todo hombre había jurado morir si España no la concedía, fueron oídas las proposiciones del virrey, nombrándose al efecto plenipotenciarios al coronel Tomás Guido y al secretario García del Río (1).

Pero, como el virrey insistía en la sumisión de todas las provincias sud-americanas á la corona y cortes de España, la negociación fué abandonada. El siguiente es el párrafo más conciliador que se encuentra en las cartas del virrey, después de manifestarle á San Martín que el mejor camino que puede seguir es someterse al rey y jurar la constitución: "Si bien los americanos pueden tener ciertas objeciones, ciertas quejas que formular respecto á algunos asuntos en que ellos se creen perjudicados, ello es cosa de poco momento, porque puedo asegurar á vuecencia que toda queja fundada será atendida con justicia por las cortes y el rey."

Además, el virrey rehusaba tratar sobre otros puntos si antes no se prestaba el juramento de la constitución

(1) El mismo que más tarde estuvo empleado, en unión con Paroissien, en difamar á lord Cochrane, no sólo en Chile, sino también en el Brasil y en Inglaterra.

aprobada por las cortes, mientras los emisarios de San Martín insistían en el reconocimiento de la completa autoridad de Chile como país independiente regido por un gobierno representativo. Así, pues, pronto se dió fin al armisticio, y se declararon abiertas las hostilidades el 4 de Octubre, al reabrirse las noticias de la revolución de Guayaquil.

El comandante en jefe, después de haber reforzado suficientemente sus tropas durante los cincuenta días que pasó en Pisco, se embarcó de nuevo el 28 de Octubre (1) y emprendió viaje hacia el Norte, pero no directamente á Lima, como oficiales y soldados se lo figuraban en el ejército.

Su primera intención era dirigirse á Trujillo, ciudad situada á no menos de cuatro grados del Callao, donde el ejército no habría reportado ventaja alguna, como no

(1) El único suceso de importancia que ocurrió durante este intervalo fué la muerte del auditor de guerra, Alvarez Jonte, acaecida el 22; el ejército guardó luto por él durante tres días. Este hombre había sido uno de los agentes que Chile mandó á Inglaterra. Era de aquellos que toman por habilidad las malas artes, y no tenía escrúpulo para emplear los medios más reprochables con el fin de obtener los informes que necesitaba, usando de ellos en su beneficio y en el de sus superiores, conforme solía convenirle. Estos hombres que comienzan por los bajos ardides del espionaje, llegan á apasionarse por el espionaje mismo. A consecuencia de esto, no sólo se violan las comunicaciones oficiales, sino también la correspondencia privada. En cuanto á Alvarez Jonte, su curiosidad se había transformado en una pasión casi insaciable, y bajezas que él no habría excusado á nadie, practicábalas diariamente para su propia satisfacción. Se dice que tuvo la comisión de ir á ofrecer la soberanía de Chile, el Perú y creo que la de las provincias de Buenos Aires, á un príncipe de la familia real de Inglaterra y después á un príncipe de la casa de Borbón. Si fuese cierto, habría sido solamente con el objeto de inducir á esas potencias á mantenerse neutrales mientras las colonias españolas luchaban por su independencia. La estratagema era digna de sus autores, que nunca pensaron seguramente en cumplir tales planes, sino únicamente halagar á Inglaterra y á Francia para que se abstuvieran de auxiliar á España; la treta era pueril é ineficaz, y revela la flaqueza de los jefes de Jonte.

fuera el hallarse á salvo de un ataque de Lima, ya que no era accesible por tierra, y que por mar habría estado protegido por la escuadra; con alguna dificultad se consiguió que el general San Martín abandonara su plan y se acercara un poco más al principal punto de ataque. Si hubiera procedido así desde un principio, hubiera asegurado el éxito; porque en todo el país estaba la gente muy bien dispuesta para recibir al ejército libertador con los brazos abiertos; pero él dejó correr el tiempo.

Algunos se declararon muy temprano en su favor, y fueron desterrados ó aprisionados ó castigados corporalmente por el virrey; otros, al acercarse las tropas de San Martín, pusieron dificultades para proveerlas, y fueron tratadas por éste con todo el rigor militar, de aquí que la gente se fastidiara y se sintiera tan hostilizada que llegara á mirar como opresores á ambos bandos y perdiera el amor á la independencia nacional, cuya introducción desvirtuaba la violación de la libertad civil.

La conducta del general parece guiada por la idea de que con sólo presentarse en la costa atemorizaría al virrey hasta la sumisión, y que hostilizando á las pequeñas poblaciones de la costa llegaría á apoderarse de las fortalezas del Callao. No obstante, como se ha visto, se embarcó el 28, y el 29 la flota ancló en la bahía del Callao, y habiendo satisfecho su curiosidad con un vistazo á los castillos y á las fuerzas navales, el capitán general siguió viaje el 30 para Ancon, donde permaneció con las tropas á bordo de los transportes durante diez días.

Mientras tanto, el regimiento Numancia desertaba del campamento español el día 2 de Noviembre y se juntaba á los patriotas. Mientras el ejército permanecía así inactivo, lord Cochrane se había ocupado con toda diligencia en el reconocimiento del Callao, habiéndose formado el propósito de apoderarse de la fragata *Esmeralda*, de 40 cañones, que estaba anclada entonces en la bahía bajo la protección de los castillos. Aparte de las 300 piezas de artillería que había en la playa, estaba defendida por

fuertes cadenas y amarras; varias filas de buques viejos armados como pontones la resguardaban, rodeábanla 27 cañones de distintos tamaños, y el enemigo, temeroso que pudieran atacarla, había reforzado su tripulación y la de los pontones, de modo que tenía á bordo 370 marineros é infantería de marina, los mejores que se podían conseguir, los cuales dormían al pie de sus cañones y en alcázar hacían seis semanas.

El 5 de Noviembre se hizo saber á los oficiales y tripulación de los buques el objeto á que obedecían los preparativos hechos para esta empresa y se les leyó la siguiente proclama:

"Soldados de marina y marineros:

„Esta noche vamos á dar un golpe mortal al enemigo y mañana os presentaréis con orgullo delante del Callao. Todos nuestros camaradas envidiarán nuestra buena suerte. Una hora de coraje y de resolución es cuanto se requiere de vosotros para triunfar. Acordaos de que sois vencedores de Valdivia y no os atemoricéis de aquéllos que un día huyeron de nuestra presencia.

„El valor de todos los bajeles que se capturen en el Callao os pertenecerá, y se os dará la misma recompensa que ofrecieron los españoles en Lima á aquellos que se apoderasen de cualquiera de los buques de la escuadra chilena (1).

„El momento de la gloria se acerca, y yo espero que los chilenos se batirán como tienen de costumbre, y que los ingleses obrarán como siempre lo han hecho en su patria y fuera de ella.—A bordo de la *O'Higgins*, 5 de Noviembre de 1820."

Todos los marineros y soldados de marina de la *O'Higgins*, la *Lautaro* y la *Independencia* se ofrecieron vo-

---

(1) Como los españoles habían ofrecido $ 50.000 de prima por la captura de una de las fragatas chilenas, cuando la caída de Lima se les impuso un cupo de guerra por la misma suma, diciendo que era para los captores de la *Esmeralda;* pero San Martín se apropió del dinero y nunca se pagó ni ese valor ni el del buque.

luntariamente para el servicio; pero sólo fueron aceptados 240, y á las ocho de la noche todos los botes, en número de 14, se reunieron al costado de la *O'Higgins* con sus tripulaciones vestidas de blanco, yendo cada hombre armado de un cuchillo y una pistola. La primera división de botes fué confiada al capitán Crosbie, y la segunda al capitán Guise, y á las diez de la noche lord Cochrane, después de haber dado algunas órdenes para guardar estricto silencio y para usar exclusivamente el arma blanca, saltó á su bote y gobernó directamente hacia el Callao.

Una de las cañoneras, situada á popa de la *Esmeralda*, alerteó á los botes, y entonces lord Cochrane se puso de pie en el suyo, y desnudando la espada dijo en voz baja: "Silencio ó muerte" y fué obedecido. Preguntó por el santo y seña de la noche, que era "Victoria, Gloria", lo que auguraba un buen presagio, y pasó en seguida sin ser molestado. En pocos minutos los botes estuvieron al costado de la fragata, abordándola á un mismo tiempo por babor y estribor. Lord Cochrane fué el primero que saltó á bordo, é inmediatamente recibió un balazo en el muslo derecho, poco más arriba de la rodilla; pero habiendo cogido por las piernas al centinela que le hizo fuego, lo tiró al mar y se sentó tranquilamente en un cañón y continuó dando sus órdenes; mientras tanto los españoles se habían reconcentrado en el castilo de proa y parecían resueltos á defender sus puestos. Dos veces los capitanes Guise y Crosbie cargaron á la cabeza de sus divisiones y fueron rechazados. Sólo al tercer ataque lograron vencer.

Los soldados de marina habían caído como un solo hombre; se habían lanzado á ocupar el puesto que les correspondía. La lucha se renovó en el castillo de popa; en comparación fué débilmente sostenida por haberse refugiado la mayor parte de la tripulación en la bodega, rindiéndose por fin el buque.

Lord Cochrane ordenó en seguida que se tripularan los botes, á fin de seguir su plan de apoderarse del *Maipú* y de algunos otros buques; pero los hombres se habían en-

tregado al saqueo, y la obscuridad y la confusión hicieron imposible llevar á cabo sus órdenes. Además los castillos habían comenzado un sostenido fuego sobre la fragata y aunque había izado las mismas luces que los buques neutrales *Hyperion*, fragata inglesa (1) y *Macedonia*, fragata de los Estados Unidos, el fuego continuó.

De manera que para evitar que sufriera averías, se le cortaron las amarras y fué trasladada fuera de tiro de cañón con dos cañoneras de las más grandes, de que lord Cochrane se había apoderado.

Las pérdidas del enemigo fueron numerosas entre muertos, heridos y ahogados. Todos los oficiales, de los cuales tres estaban heridos, cayeron, y el capitán Coig, comandante, recibió una seria contusión de una bala de las baterías; ciento cincuenta hombres de la tripulación fueron también apresados, y á más de la insignia del comandante en jefe una considerable cantidad de pertrechos navales y algún tesoro. La pérdida por parte de los chilenos fué de 15 muertos y 50 heridos.

Si bien lord Cochrane no quedó en aptitud de proseguir su plan, el resultado que había obtenido sobrepujaba á cuanto se había hecho ó proyectado en aquellos mares, y en realidad, si se exceptúan sus propias hazañas en servicio de su patria, no hay época ni nación que haya presenciado un plan más atrevido, más hábilmente ejecutado.

Pero nadie como él poseyó una vista más certera para

---

(1) La *Hyperion* y la *Macedonia* habían izado luces para distinguirse como neutrales. Un guardia-marina de la *Hyperion* que estaba en el portalón observando lo que pasaba, al notar la noble presencia de lord Cochrane, palmoteó las manos en señal de aplauso y exclamó: "¡qué bien y qué á la inglesa!"

El capitán S. lo reprendió por esto, ordenándole que bajara al instante y amenazándolo con ponerlo arrestado. Si lord Cochrane hubiera sido un enemigo, el guardia-marina habría merecido los reproches de cualquier hombre, por generoso que fuera; ¡pero siendo neutral y compatriota!

La *Macedonia* se condujo de muy distinta manera.

percibir todas las ventajas, ni espíritu más resuelto para la empresa, y sobre todo una más perfecta posesión de sí mismo en los momentos de las grandes acciones.

El sigilo con que fué proyectado el golpe y lo súbito de su ejecución, le aseguraron á lord Cochrane á la vez la reputación de político y de guerrero. Por el yelmo de Plutón, dice lord Bacon, lo que hace invisible al político en su marcha es el secreto en el consejo y la celeridad en la ejecución; no hay secreto comparable á la celeridad; se parece al movimiento de la bala en el aire, tan veloz en su trayecto que la vista no la puede seguir.

Coroliano, cuando su país se portó ingrato con él, fué á ponerse al frente del ejército enemigo, y así se vengó. Alcibíades huyó á la corte de un tirano y asoló con sus excesos la tierra que había renegado, y así muchos han seguido, sea el ejemplo del uno, sea el del otro. Lord Cochrane, cuando salió de su amada patria, rehusó las espléndidas ofertas de una corte extranjera, por no luchar contra los principios de su pueblo, sino que se dirigió á una remota y débil nación á poner sus talentos al servicio de la sagrada causa de la independencia nacional. Y si bien Chile está lejos todavía de gozar de todas las ventajas que debían derivarse del ideal por que luchó, él cumplió su parte; fueron arrojadas de las costas del Pacífico las flotas de los opresores; quedaron establecidos algunos principios y sembradas algunas semillas de futuros beneficios que lo inmortalizarán como un benefactor de la humanidad á la par que como un héroe, cosas ¡ay! que suelen ser tan completamente diferentes. Pero volvamos á nuestro relato.

*
* *

En la mañana del día 6, las mujeres del Callao cometieron una horrible matanza entre los tripulantes de al-

gunos botes de la *Macedonia.* No se daba crédito á que lord Cochrane, sólo con los botes hubiera podido zafar con la *Esmeralda* sin el concurso de los buques ingleses, y como el populacho no distinguía entre ingleses y americanos, cayó sobre los tripulantes de los botes, que, como de costumbre, habían ido al mercado en busca de carne fresca y de legumbres, y pasó á cuchillo á la mayor parte de ellos.

En cuanto se tuvo noticia del suceso en el castillo, el gobernador despachó tropas en protección de los extranjeros, y gracias á esta precaución escaparon algunos con vida. En esta ocasión el almirante propuso un canje de prisioneros.

En la misma tarde, el *Araucano* llevó á Ancon las noticias del triunfo, que fué recibido con el mayor entusiasmo por el ejército. El 8 llegaron también á Ancon la *O'Higgins* y la *Esmeralda,* donde el ejército volvió á aclamar al almirante, acariciando las más fundadas esperanzas de que pronto se emprendería el ataque de la ciudad. Guayaquil se había declarado independiente y el regimiento Numancia se había incorporado al ejército libertador.

El mejor buque del enemigo había sido apresado, y los efectos morales de estos acontecimientos, para no hacer mención de las diarias aunque menos importantes ventajas que ganaban diversos oficiales, parecían calculadas, no sólo para llevar el prestigio de los patriotas y estimular á declararse á sus secretos amigos, sino más bien para desalentar al enemigo. Sin embargo, á pesar de que todas las cosas parecían invitarlo á la acción, no se conseguía inducir por medio alguno á San Martín á que abandonara sus recelosos planes, y en consecuencia, el 9 siguió viaje para Huacho, más lejos de Lima todavía, y con todo su ejército desembarcó y fijó su cuartel general en Supe, donde propuso despachar la mitad de su ejército para Guayaquil, probablemente con el intento de asegurar esa provincia como una porción de su futuro imperio.

Este imprudente proyecto fué, sin embargo, dejado de mano y el general se contentó con hacer que el ejército se replegara á Huaura, en el mismo momento en que se agregaba á las felices circunstancias ya mencionadas la emancipación de Trujillo y la que el general Arenales obtenía en Pasco, el 6 de Diciembre, con una victoria decisiva sobre los realistas mandados por O'Reilly (1). Pronto comenzaron las tropas á sentir los malos efectos de la insalubre posición de Huaura, y cerca de la tercera parte murió de fiebre durante los largos meses que acampó allí.

Mientras tanto don Tomás Guido y el coronel Luzurriaga habían salido para Guayaquil, comisionados para retornar los cumplimientos presentados á la fuerza *libertadora* por Escobedo, jefe de aquella ciudad, al logro de cuyos propósitos había ofrecido todos los recursos de la rica provincia de que Guayaquil es capital. Otras eran, en tanto, las miras que contemplaba San Martín: los éxitos extraordinarios de Bolívar en el Norte habían hecho nacer la idea de que su celo infatigable habría de conducirlo á las provincias del Perú.

Pero no entraba por manera alguna en los planes de San Martín que una expedición parecida llegase á tener la fortuna de privarlo de una parte del imperio que comenzaba á ambicionar para sí. En consecuencia, sus emisarios propalaron que, con la caída de Lima, Guayaquil sería el puerto principal de un gran imperio, que el establecimiento de los arsenales y diques que requería la armada de San Martín enriquecería, no sólo á los individuos empleados en ellas, si no á la ciudad entera; mientras que si Guayaquil quedaba sometido á Bolívar sería consi-

(1) Las pérdidas del enemigo fueron 58 muertos, 18 heridos, 343 prisioneros, incluso 28 oficiales, dos piezas de artillería, 300 fusiles, las banderas, municiones, etc.; la derrota fué tan completa que O'Reilly huyó solamente con tres lanceros, habiendo durado la batalla apenas cuarenta minutos. Arenales tuvo un oficial y cinco soldados muertos y doce heridos.

derada únicamente como provincia conquistada y de muy escasa importancia para el inmenso estado de Colombia. Con este razonamiento se indujo al gobierno existente á formar un cuerpo de milicia y á tomar todo género de medidas para tener á raya á cualquier invasor colombiano.

No fué esta la única negociación que se condujo desde el cuartel general de Supe; entre San Martín y el virrey tuvo lugar un cambio de correspondencia voluminosísima, referente, á veces, al canje de prisioneros, otras á los títulos honoríficos, y de vez en cuando algunas quejas del Libertador sobre los triviales desacatos de los diarios de Lima, quejas que el virrey replicaba.

Por su parte, la prensa de Supe no se estaba ociosa; fuera de los boletines del ejército libertador se publicaban edictos llamando á los esclavos á incorporarse al ejército, prometiéndoles que serían pagados sus amos, y proclamas halagadoras dirigidas á los "Españoles Europeos".

Desde que la expedición partió de Chile, el Director y el Senado habían dedicado sus esfuerzos al aumento de las entradas públicas; pero su ignorancia de los principios de la economía política no les permitió nunca levantar sino recursos temporales.

En los ramos del gobierno anduvieron más afortunados; revisáronse las leyes relativas al matrimonio, dándoles una base más liberal que antes, se mejoró la policía de la capital y, generalmente hablando, se procuró una más estricta ejecución de las leyes.

Sin embargo, las provincias del Sur sufrían las perturbaciones que ocasionaba la actividad de Benavides, hombre de carácter feroz, que se había hecho odioso, no sólo por su rigurosa obediencia á las órdenes que tenía recibidas de España para no dar cuartel á los europeos que fueren cogidos en armas en favor de los patriotas, sino por haber extendido la crueldad de sus prácticas á los mismos hijos del pais. Las atrocidades que ambos bandos

cometían afrentaban á la humanidad, y no era de las menos odiosas señales del tiempo la manera escandalosa con que los sacerdotes prostituían la religión cristiana ante las conveniencias bélicas y políticas (1); en una palabra, las postrimerías del año 1820 distaban mucho de ser satisfactorias en la frontera del Sur.

Por ese entonces ocurrieron dos incidentes que, si bien no tuvieron importancia, eran característicos de la época. Habiendo recalado en San Carlos de Chiloé un buque inglés para reparar las averías sufridas en el viaje y renovar sus víveres, el gobernador apresó á la tripulación, alegando que lord Cochrane y la mayor parte de los tripulantes de la escuadra chilena eran ingleses, y que á no ser por ellos nunca habrían triunfado los enemigos del rey su señor.

El otro incidente parece dar consistencia á la idea de que en cierta época un partido había ofrecido á un príncipe de la casa de Borbón una corona imperial en Sur-América. Los periódicos de Río Janeiro habían dado cuenta del arribo á los mares del Sur de cierto número de buques de guerra franceses que venían convoyando á un gran personaje, cuyas expectativas habíanse visto desvanecidas por el estado actual de Buenos Aires. Poco tiempo después de la llegada de estas noticias, doblaron el cabo de Hornos varios buques de guerra franceses, que recalaron en diferentes bahías de Chile, con cuyo motivo el ministro de Marina se dirigió al comodoro francés para saber por qué motivo habían pasado al Pacífico.

La respuesta acalló todos los temores. En una carta muy cortés, M. Jurien aseguró al gobierno de Chile que el único objeto que había tenido en vista S. M. C. Majestad al enviar aquí sus buques era la preparación de los jóvenes oficiales de su armada y el reconocimiento de estos mares.

(1) En cierta ocasión se colocó una imagen de la Virgen en un sitio espectable y se le presentó la bandera de los patriotas: la imagen movió la cabeza. Presentósele después la bandera española, y al instante los brazos de la imagen la estrecharon. Naturalmente, la multitud acató tal homenaje.

Mientras tanto, lord Cochrane sostenía vigorosamente el bloqueo del Callao; el 2 de Diciembre, 16 cañoneros salieron de la bahía á atacar á la *O'Higgins* y la *Esmeralda*, pero, después de una acción que duró poco más de una hora, se vieron obligadas á retirarse, con serias pérdidas. El día 26 se repitió una tentativa parecida, con el mismo resultado, sin que hasta comienzos de 1821 ocurriera otra cosa de importancia que el apresamiento de varias embarcaciones cargadas de víveres.

El mes de Enero se empleó de la misma manera: la escuadra conservaba estrechamente el bloqueo, y algunos destacamentos del ejército, á las órdenes de Arenales y otros, ganaban pequeñas ventajas en las inmediaciones, mientras el grueso del ejército continuaba en la más completa inacción.

El mes de Febrero fué más notable, por varios motivos. En primer lugar, el general La Serna sucedió al virrey Pezuela en el cargo de virrey del Perú, por voluntad de la tropa; en seguida, San Martín publicó, el día 12, un "Reglamento provisional para establecer los límites del territorio actualmente ocupado por el ejército libertador y la forma de administración que debe observarse hasta que pueda constituirse una autoridad central por la voluntad de las ciudades libres".

Merecen ser reproducidas algunas frases de esta pieza, para dar á conocer el estilo y espíritu de las publicaciones del capitán general. "Encargado de restituir á esta vasta porción del continente americano su existencia y sus derechos, es deber mío consultar sin restricción alguna todos los medios que puedan contribuir á esa grande obra. Por más que la victoria conservara una estricta alianza con mis armas, quedaría un peligroso vacío en los compromisos que he contraído si no preparara con anticipación los elementos de la reforma universal, que no es posible perfeccionar en un solo día ni es justo postergar indefinidamente.

Los más brillantes resultados de la guerra y las más

gloriosas empresas del genio del hombre sólo pueden excitar en el pueblo un sentimiento de admiración mezclado de ansiedad, si no descubre á su terminación el mejoramiento de sus instituciones y una indemnización de sus actuales sacrificios. Entre la confusión de una reforma prematura y el peligro de dejar abusos sin corregir, hay un término medio, cuya amplitud señalan las circunstancias del momento y la gran ley de la necesídad." Después de una cantidad de frases de la misma especie siguen veinte reglamentos, sin que ninguno de ellos remueva ningún mal, sino que todos se refieren al nombramiento de gobernadores y recaudadares de impuestos y á los plenos poderes que él se arrogaba para gobernar, y especialmente para *castigar* á aquellas personas cuya conducta política pudiera ser ofensiva para él ó contraria á sus miras.

Pero la envidia, que había comenzado á intrigar contra lord Cochrane aun antes de su llegada, estuvo á punto de estallar por entonces de una manera grandemente bochornosa para muchos de los oficiales de la escuadra chilena y extremadamente perjudicial para la causa que servían. Todos habían llegado más ó menos como aventureros independientes, y no obstante haber adoptado Chile formalmente las ordenanzas y reglamentos del servicio británico, se imaginaban que el buque cuyo mando se les había confiado era cosa propia y que su obediencia al almirante era en cierto modo facultativa, particularmente, los asuntos concernientes á los oficiales de los buques.

Tales ideas perturbaban necesariamente la disciplina y el buen orden del servicio; además las provisiones de la escuadra eran desgraciadamente tan escasas, tanto de pertrechos navales y de guerra como de vestuario y hasta de víveres para la tripulación, que siempre se presentaba algún motivo de queja y siempre había buenas razones para poner de relieve algunos defectos que en otras circunstancias habrían sido fáciles de evitar sin que degeneraran en serios conflictos.

El 28 de Enero el gobierno resolvió cambiar el nom-

bre de la fragata *Esmeralda* con el propósito de halagar á lord Cochrane. Había ya entre los buques de la escuadra un *Lautaro*, una *O'Higgins* y un *San Martin*, y se quiso que hubiera un *Cochrane;* pero su señoría prefirió que se le diera el nombre de *Valdivia*, en conmemoración de la toma de aquella plaza.

Con este motivo el cirujano, el contador y dos tenientes le escribieron á lord Cochrane una carta de lo más insolente, manifestándole que no tenían objección que hacer por que el buque se llamara *Cochrane*, pero que pensaban que el nuevo nombre de la fragata debía tener alguna referencia con sus captores y no llevar el del hombre que había sido el primer tirano que había habido en Chile. A estas cartas se siguieron otras igualmente impropias, de manera que para desvanecer lo que ya era en realidad una pequeña conspiración, el almirante trasbordó á otros bqques á esos señores, renovando la oficialidad de la *Valdivia*.

A pesar de estas molestias, lord Cochrane había ideado un plan que habría coronado el éxito á no haber mediado estas intrigas.

Habiendo reconocido personalmente la bahía del Callao, quiso internarse en ella con la *San Martín* y todos los botes de la escuadra para apoderarse de los buques y cañoneras y volver los propios cañones del enemigo contra los fuertes de la plaza.

Los oficiales y la tripulación de la *San Martín* se ofrecieron voluntariamente para el servicio, lanzando tres vivas, y todo estaba listo para la ejecución de este audaz proyecto cuando en el mismo momento en que debía llevarse á efecto, el capitán Guise declaró que él no serviría si no tenía á sus órdenes á sus propios oficiales, el capitán Spry declaró que él apoyaba al capitán Guise, y toda la escuadra se sintió conmovida.

El día 23 ambos oficiales renunciaron sus empleos en la armada de Chile, y el 1.° y 2 de Marzo se celebró una corte marcial por los oficiales de la *Valdivia*, que separó

del servicio al cirujano Michael, al contador Frery; los tenientes Bell y Freeman con el segundo cirujano Kenyon fueron separados del buque en que servían por sentencia de una corte marcial (1).

Estas personas, junto con el capitán Guise, se dirigieron donde San Martín para inducirlo á que los hiciera reponer en sus puestos, y éste, en consecuencia, los mandó donde lord Cochrane con una recomendación al efecto. Su señoría le ofreció al capitán Guise su propio buque y á los tenientes ocuparlos en otras de las naves; pero éstos rehusaron todo servicio si no quedaban juntos con su capitán y bajo sus órdenes, y en consecuencia retiráronse juntos del servicio.

No sólo lastimó al almirante esta ocurrencia, que parecía amenazar con peores resultados á la escuadra, sino también la intervención directa del comandante en jefe en favor de estas personas. El proceder del capitán Guise parece que no era más que una nueva manifestación de aquel espíritu de hostilidad que en Valparaíso había inspirado la pretenciosa é insolente conducta que observó con el almirante y que lo había hecho caer en desprecio antes de que zarpara la expedición, pero que los sucesos posteriores parecían haber hecho desaparecer de entre ambos.

El capitán Spry era un hombre de cortos alcances, y probablemente meditaba ya por entonces la traición por la cual fué poco mas tarde tan liberalmente recompensado. Con sus argucias había alcanzado un gran ascendiente sobre el capitán Guise, por cuyo principal instigador se le tiene.

El otro suceso digno de mención es la ocupación de Pisco por segunda vez. Esta infortunada población, después de haberse visto obligada á mantener durante cincuenta días al ejército patriota, había vuelto á caer en manos de los españoles, que castigaron con toda severidad la defección de sus habitantes.

(1) El capitán Spry desertó después.

El 22 de Marzo fué recobrado por 500 patriotas, á las órdenes del coronel Miller, que se apoderaron el primer día de 300 caballos para el uso del ejército y de otros tantos bueyes, corderos y mulas. Lord Cochrane que había acompañado á la pequeña expedición, izó su insignia el día 18 á bordo de la *San Martín*, y dejando á la *O'Higgins* y la *Valdivia* para proteger las tropas en Pisco, regresó al Callao, donde volvió á atacar con éxito las cañoneras.

Por esos mismos días el coronel Arenales había alcanzado otra decidida ventaja sobre un cuerpo de ejército de 2.000 hombres que mandaba el general Ricafort.

A principios de Mayo se empeñó un vigoroso ataque sobre Arica (1); pero como el desembarcadero estaba muy bien fortificado, las tropas tuvieron que desembarcar un poco más al Norte. Después de un bombardeo de cinco días, los españoles abandonaron la ciudad, dejando un botín considerable, fuera de 120.000 pesos en dinero, que fué capturado.

Estos triunfos de los patriotas indujeron al virrey á proponer un armisticio de tres semanas al general San Martín, que lo aceptó alborozadamente, como signo precursor de la pacífica terminación de una campaña fatigosa para los invasores y cruelmente opresiva para los habitantes del país.

Sin embargo, como el general Laserna no tenía más poderes que su predecesor para reconocer la absoluta independencia de los colonos de la América del Sur, la

---

(1) Arica, capital de la provincia del mismo nombre, es el puerto situado más al Sur que tiene el Perú. Las minas dé oro y cobre que allí existen son extremadamente ricas; pero la falta de agua en ese distrito y en toda la provincia es un obstáculo para trabajarlas convenientemente. El valle que hay detrás de la ciudad es muy fértil y produce una inmensa cantidad de ají colorado. La ciudad ha sufrido mucho á causa de los terremotos, y en 1680 fué saqueada por el famoso capitán Sharpe, calamidad de que ha podido reponerse enteramente. En la parte oriental de la provincia hay un gran volcán, en cuyas faldas se encuentran vertientes de agua caliente y fétida.

negociación sólo sirvió para proporcionar un corto descanso á los dos bandos.

Pero la escuadra había seguido manteniendo el bloqueo en tanta vigilancia y resolución, que el virrey tuvo que convencerse de que la ciudad no podía resistir mucho tiempo por falta de provisiones. Los clamores del pueblo se acentuaban, y se había abandonado toda esperanza de refuerzos de España; en consecuencia, el día 6 de Julio el general Laserna evacuó la ciudad de Lima. Los habitantes esperaban ansiosamente que de un momento á otro llegara á ocuparla el ejército libertador; pero con gran asombro, tanto de peruanos y chilenos como de los neutrales anclados en la bahía, el ejército de San Martín no hizo el menor movimiento hacia la ciudad hasta el día 9, en que se mandó allá un reducido destacamento (1).

Durante este intervalo se temió que, con motivo de la retirada de las tropas y la desorganización del gobierno, ocurrieran en la ciudad los más serios desórdenes, por cuyo motivo el capitán Basil Hall, del *Conway*, buque de la armada de su majestad británica, mandó á ofrecer al cabildo los servicios de sus marineros y sus soldados de marina, á fin de resguardar el orden y proteger la propiedad pública y privada.

El general llegó al Callao en la goleta *Sacramento*, el día 6 ó 7, y después de esperar que una división de su ejército se hallara seguramente acuartelada en Lima y que se le enviara una solemne diputación de la ciudad para invitarle á tomar posesión de ella, desembarcó y prosiguió su marcha con toda seguridad en la noche del 10.

El primer día fué empleado en la publicación de proclamas halagadoras y en aquellas manifestaciones de jactancia y de congratulación á que tan propensos son

(1) Entre las publicaciones patrióticas de la época hay una especie de comedia, en que los hombres y las mujeres de Lima van al camino real á la espera del *ejército libertador*, lamentando lo que éste tarda, para alentarlos con su presencia.

los generales y los ejércitos cuando ocupan un nuevo territorio, y en lo que San Martín ha sobrepujado á cuanto jefe cuyos manifiestos he podido ver.

A pesar de haber permanecido en la más completa inacción todo el tiempo desde que llegó á las costas del Perú, y de haberse rendido la capital á las exigencias del hambre, causada por las maniobras de la escuadra y excitada por las discusiones civiles consiguientes á las grandes calamidades privadas, él se da la importancia y el renombre de conquistador, y á atenerse á lo que se lee en sus *Boletines Oficiales* era de creer que se había tomado la ciudad después de una porfiada lucha. Sin embargo, el Callao resistía, á pesar de hallarse reducido á los últimos extremos con motivo de la ocupación de Lima.

La escuadra continuaba atacando á los fuertes y cañoneras cada vez que se presentaba la oportunidad, y el día 24, como notara lord Cochrane una abertura en la cadena que resguardaba á los buques, mandó en la noche al capitán Crosbie á dar un asalto con las embarcaciones menores de la escuadra, lo que dió por resultado la captura de los buques de guerra *San Fernando*, *Milagro* y *Resolución*, fuera de varios botes y lanchas, y el incendio de dos naves más. Pocos días antes la escuadra había sufrido una pérdida de consideración con el naufragio del *San Martín*, que ocurrió el 15 de Julio en la bahía de Chorrillos, adonde había ido con un cargamento de trigo para venderlo á bajo precio á los pobres, perdiéndose totalmente el 16.

Pero por entonces el pueblo sólo tenía ojos y lengua para celebrar el logro de la gran victoria á que Chile había consagrado todos sus esfuerzos. El día 25 fué jurada solemnemente la independencia del Perú; pero en la misma noche ocurrió un accidente que envenenó el regocijo de San Martín, como la presencia del judío Mardoqueo en la puerta del rey. Habiendo ido al teatro con lord Cochrane, el público los recibió con las más ruido-

sas aclamaciones: dábanle á San Martín todos los calificativos y epítetos que podían halagarlo, menos el de *valiente*, que constantemente asociaban al nombre de lord Cochrane, envidiosa distinción de que él se quejó á su señoría al salir del teatro. Lord Cochrane se desentendió generosamente de ella, y parodiando las palabras de Cromwell á Lambert, que Lambert recordaba después como una profecía, le dijo: "General, si son españoles viejos, que gritarían del mismo modo si nos vieran á usted y á mí en camino de la horca." A lo cual San Martín replicó, repitiendo con vehemencia las palabras varias veces: ¡Ah, los trataré de la manera más feroz! (1).

Desde ese momento quedaron acordadas sus medidas contra los españoles, si bien no era llegado todavía el tiempo para completar su venganza. Y no fueron ellos solos los únicos objetos de su cólera. Para el envidioso, las bagatelas más livianas que el aire son confirmaciones tan sólidas como el testimonio de las Sagradas Escrituras, y no dudo que á causa de esta circunstancia aumentó la envidia que á lord Cochrane le tenía, hasta llegar al grado con que después se manifestó.

El día 29 se cantaron las misas más solemnes en acción de gracias por la liberación de Lima de los españoles, y San Martín, que era un incrédulo reconocido, no sólo no se contentó con prestar decorosa aquiescencia á los ritos á que debía estar presente por necesidad, sino que se hizo notar por su celo por todas las cosas religiosas, su acendrada devoción y sobre todo por su excesiva veneración á la tutelar Santa Rosa (2), cosas que, á mi juicio, más perjudicaron que favorecieron su causa, aun entre el clero mismo.

---

(1) "Je les traiterai de la manière la plus feroce." Hablaban en francés.

(2) En la Iglesia de Santa Rosa se muestran los dados con que la Santa acostumbrada á jugar cuando Cristo venía en persona á distraerla. Es una de las leyendas menos inofensivas y decentes de las que corren acerca de sus relaciones con el Salvador.

Pero en aquella coyuntura había que tocar todos los resortes para conciliar á todos los hombres; el clero fué particularmente adulado. Se le escribió una carta al arzobispo, exhortándolo á emplear sus buenos oficios para mantener tranquilo al pueblo y darle á conocer los beneficios del nuevo orden de cosas.

A los españoles se les halagó y se les aseguró la protección de sus personas, y á los que quisieran quedarse se les ofreció el goce de todas sus propiedades con sólo que solicitaran cartas de ciudadanía. A los oficiales de la escuadra se les agasajó, halagando á varios de ellos con promesas de honores y recompensas y con la amistad personal del general.

Por fin, el 4 de Agosto se llevó á efecto la gran medida que todos estos preparativos anunciaban: San Martín lanzó una proclama declarándose Protector del Perú con una autoridad absoluta é indivisible. Violando abiertamente sus promesas anteriores, se dirige á los peruanos para decirles que los diez años de experiencia que tiene de las revoluciones le han hecho conocer los peligros que resultan de convocar congresos mientras el enemigo no ha salido todavía del país, y que, á pesar de que su aspiración sería retirarse á la vida privada, dirigirá los negocios del Perú hasta que las fuerzas españolas no sean totalmente arrojadas del país. Nombró á García del Río ministro de Relaciones Exteriores, á Bernardo Monteagudo, ministro de Guerra y Marina y á Torre Tagle, de Hacienda.

El despotismo fué absoluto; todas las antiguas leyes fueron derogadas, sin que en su lugar se establecieran otras que la sola voluntad del Protector, y no pasó mucho tiempo antes de que éste se dejara llevar á esos actos que sólo pueden explicarse por la embriaguez que produce la posesión del poder absoluto.

Sin pérdida de tiempo se le transmitieron al Director de Chile las nuevas de estas incidencias, y parece que San Martín creyó que, con mandarle las cuatro banderas que

cayeron en poder de Osorio en Rancagua y que fueron halladas en la catedral de Lima, quedaría excusada su falta á los juramentos de fidelidad que había prestado á Chile y á su gobierno y que acababa naturalmente de violar al declararse jefe independiente (1).

Y no fué ésta la única ofensa que meditó contra el país de que así se separaba. La escuadra había pasado un año entero en constante actividad; escasamente dotada desde un principio de velas y aparejos, y aprovisionada sólo para unas cuantas semanas, no habría podido conservarse á no haber sido por la buena conducta de los oficiales en general y la actividad y vigilancia de su comandante.

Haciendo uso á veces de las facultades que se le habían otorgado para trocar los derechos de aduana en provisiones para la flota, ó concediendo permisos á los neutrales para comerciar en la costa bloqueada, á virtud de esas mismas facultades; otras, comprando los artículos de más apremiante necesidad con su propio peculio y el de los oficiales de la escuadra, ó apoderándose de los depósitos y bodegas de los enemigos para aprovecharlos en uso de los patriotas, así había podido conservar hasta entonces la escuadra á flote. Pero, habiendo expirado el plazo por el cual se había contratado la mayor parte de los marineros, comenzaron éstos á clamar por su pago, y con mayor motivo cuanto que la gratificación de un año de sueldo

(1) Esto parece que produjo gran efecto en el ánimo del Director, porque en su circular, publicada en la *Gaceta* del 25 de Agosto de 1821, en la cual felicita al país por los triunfos del ejército y de la armada y por la adquisición de una república hermana, se explaya detenidamente sobre la restauración de las banderas en cuestión. El 30 de Septiembre fueron enviadas á Rancagua en solemne procesión y con escolta y entregadas á la municipalidad con una proclama del Director. El 2 de Octubre, aniversario de la infortunada derrota de Rancagua, se mandaron las banderas al altar de N. S. del Carmen, protectora de las armas de Chile, á quien se las consagraron. Con este motivo, la ciudad presentó un aspecto de fiesta durante varios días.

que se les había ofrecido para la caída de Lima, parecía haber sido echada al olvido.

Lord Cochrane llamó la atención de San Martín sobre este asunto el mismo día en que éste se declaraba Protector; diéronsele excusas, primeramente, alegando falta de fondos, á pesar de que la Casa de Moneda de Lima se hallaba en sus manos; por fin, declaró que jamás pagaría á la escuadra de Chile, á no ser que el almirante se la diera en venta, y que aún entonces la paga se consideraría parte del precio de su compra. La indignación que manifestó lord Cochrane con este motivo exasperó violentamente al flamente Protector; pero, como el Callao no había caído aún, disimuló sus pasiones, si bien se fortaleció más en él la determinación de adueñarse de la escuadra.

Con el propósito de impedir que los buques se alejaran de la costa y con la esperanza de forzar á oficiales y marineros á irse con él, esta determinación lo llevó hasta negar á los buques toda especie de víveres y de provisiones, tanto que la tripulación de la *Lautaro* se vió obligada á abandonar el buque para no perecer de hambre.

Al siguiente día lord Cochrane escribió una carta al Protector, en la cual le pregunta: "¿Qué diría el mundo si el primer acto del Protector fuera violar los compromisos de San Martín, por más que la gratitud no sea una virtud pública si no privada? ¿Qué dirá si el Protector se niega á pagarle los gastos de la expedición que lo ha elevado á la alta posición que ocupa, y qué, si rehusa recompensar á los marinos que tanto han contribuído materialmente á su fortuna?"

A pesar de estas cartas y de otras más apremiantes sobre el mismo asunto, no se hizo nada.

Los buques estaban tan destituídos de velas, aparejos y pertrechos, que corría peligro su seguridad; las provisiones eran escasas y sólo consistían en charqui apolillado; la marinería no tenía aguardiente, y sus vestidos estaban en la más desastrosa condición. El almirante hizo pre-

sente más de una vez que la marinería estaba á punto de amotinarse y para apaciguarla tenía él que quedarse á bordo; en realidad, la gente comenzaba á darse cuenta de que nunca había habido la intención de pagarla, y amenazaba apoderarse de los buques para capturar cuanta embarcación pudieran en las costas y así pagarse por sí misma.

El 15 de Agosto, sin embargo, alarmado el Protector por las reclamaciones de lord Cochrane, renovó sus promesas de pagar á la escuadra en cuanto pudiera procurarse el dinero necesario, habiendo destinado á este objeto una quinta parte de los derechos de Aduana. Esta quinta parte debía, sin embargo, dividirse con el ejército; y los marinos conocían demasiado la naturaleza de estas divisiones con el ejército para no sentirse más exasperados con una promesa que parecía más bien una burla á sus sufrimientos.

Pero antes de proseguir con los asuntos de la escuadra, será necesario volver la vista á los del ejército durante este último tiempo, porque, habiéndose San Martín declarado independiente y convertido el ejército de Chile en ejército protector del Perú, no es mi proposito seguir con su historia más allá de aquello que á Chile y á su escuadra se refiere.

Cuando Laserna dejó á Lima, retiróse á Jauja, donde se unió al general Canterac, resolviendo entre ambos socorrer, si era posible, el Callao y salvar por lo menos el tesoro, que en gran cantidad estaba allí depositado. Este plan habría resultado irrealizable á haber San Martín continuado por tierra el bloqueo de la plaza, especialmente entonces que la escuadra continuaba maniobrando activamente en la bahía y que el 15 de Agosto no más se había apoderado de otros dos buques y un bergantín; en vez de esto, replegóse con su ejército á las murallas de Lima, y Canterac, aprovechando la oportunidad, se dirigió á marchas forzadas hacia el Callao, á cuyas inmediaciones llegó el 10 de Septiembre.

El ejército de San Martín se formó en batalla. El valiente general Las Heras y lord Cochrane estaban á caballo con gran número de oficiales y de particulares ansiosos de entrar en acción. La fuerza del enemigo era reducida en comparación con el ejército del Protector, y el general mismo, cuando llamó á los dos jefes antes nombrados, parecía realmente animado por un sincero deseo de empeñar resueltamente el ataque; pero, gradualmente fué enfriándose, perdió la mañana en inútiles palabreos, fuése á dormir la siesta de costumbre y después ordenó á la tropa que se fuera á comer.

Los soldados, que estaban dispuestos á esgrimir sus sables, dieron una carga sobre un piño de ganado que divisaron, y después de matar las reses obedecieron las últimas órdenes del general; mientras tanto, el enemigo prosiguió su marcha y entró al Callao sin sufrir molestia alguna. Fué en esta ocasión cuando Las Heras, después de haber insistido en la ventaja de atacar á Canterac, rompió su espada y juró no volver á llevar más el uniforme de aquel bochornoso día (1).

El almirante también lo exhortó al ataque hasta el último momento y ésta fué la última entrevista que tuvo con San Martín, y le señaló el camino que le quedaba abierto para preservar su propio honor y el del ejército; entonces San Martín le contestó: "Yo soy el único responsable de la libertad del Perú", y se retiró. Este paso fué seguido el día 15 por otro igualmente bochornoso para el general.

El ejército de Canterac se retiró del Callao llevándose el tesoro y todos los pertrechos militares, sin que se hiciera la menor tentativa para detenerlo.

En este intervalo, tanto lord Cochrane como San Martín, habían estado en negociaciones con el gobernador Lamar para obtener la rendición del Callao. Lord Cochrane, que pensaba en el cumplimiento de sus compro-

(1) Mantuvo su palabra y se dirigió á Chile, en donde vivió retirado hasta que San Martín volvió escapado, en Octubre de 1823; entonces Las Heras se retiró á Buenos Aires.

misos, ofreció salvoconducto y protección personal para todos, á condición de que los fuertes le fueran entregados á la escuadra, la cesión de una tercera parte de los bienes españoles y el pago de fletes y pasajes á bordo de los buques que él designaría para el transporte de los que emigraran del país. San Martín, que no tenía intención de cumplir su palabra, ofreció una protección ilimitada é incondicional, tanto á las personas como á los bienes, con sólo que los individuos adquirieran carta de ciudadanía (1).

Por este motivo no fueron aceptadas las promesas de lord Cochrane, frustrándose así sus esperanzas de obtener por este medio una suma suficiente para la reparación y alistamiento de los buques (2). Entonces resolvió adoptar un medio atrevido, pero que, contempladas las circunstancias del caso, me parece de lo más perfectamente justo. Se recordará que, como antes lo he manifestado, la escuadra había pasado doce meses en constante actividad; los marineros no habían recibido ni sueldos ni vestidos; no habían contado con otras provisiones de repuesto que las que habian capturado en la costa ó en el mar; algunos de los buques estaban llenos de aberturas, y todos escasos de toda clase de aparejos, y, sobre todo, la marinería, que en su mitad por lo menos se componía de ingleses, se quejaba de falta de pago.

El ejército, por el contrario, había sido abastecido con toda prodigalidad, y parecía que todos los honores y to-

---

(1) En cuanto San Martín tuvo en su poder á los españoles realistas, los despojó de la mitad de sus bienes, so pretexto de asegurar así la tranquilidad pública; cuando ellos trataban de mudarse ó trasportar el resto, les eran confiscados sus bienes y, salvo raras excepciones, encarceladas ó asesinadas sus personas.

(2) A un gran número de españoles fugitivos que se habían refugiado en los buques *Lord Lynedoch* y *St. Patrick*, que fueron detenidos por este motivo, les permitió lord Cochrane su rescate, dedicando el dinero al abastecimiento de la escuadra. Uno ó dos que prefirieron confiarse á San Martín, se vieron después cruelmente tratados y privados de cuanto tenían.

das las ventajas de la campaña habían sido para los soldados; su general había violado la fidelidad que debía al país á que el ejército y la armada habían jurado ser fieles, y deseaba ahora comprar los buques á sus oficiales, que, en primer lugar, no tenían título para disponer de ellos, y que, en seguida, tenían la obligación de conservarlos para el gobierno de Chile. San Martín había ofrecido, no sólo pagar, sino que hasta recompensar á la escuadra; pero, no sólo no había hecho ni lo uno ni lo otro, sino que negaba haberse comprometido á ello. Además, había reclamado para su dominio particular varias de las presas hechas por la escuadra.

Alarmado por el avance de las tropas de Canterac, San Martín había mandado á Ancon todo el dinero y pastas metálicas de la moneda y la tesorería de Lima, y embarcádolos á bordo de los transportes por vía de seguridad. A más de este tesoro, iban otros dineros públicos y gruesas sumas pertenecientes á particulares y también, á bordo del *Sacramento*, el oro y plata de propiedad particular del Protector, la plata en tal cantidad, que hubo que arrojar parte del lastre para darle lugar; el oro amonedado lo había mandado en cuatro mulas, esto es, sin hablar del oro en barras (1).

En cuanto lord Cochrane supo que los transportes conducían á bordo una cantidad tan considerable de fondos públicos, zarpó para Ancon, donde la *Lautaro* estaba con los transportes, y se apoderó de todo el dinero, excepto de aquel que se probaba fehacientemente que era propiedad privada (2) y excepto también el cargamento del bergantín *Sacramento*, que no se tocó.

Al momento que se oyó hablar de la captura, San Mar-

(1) El edecán del general que atendió al embarque de su propiedad particular cargó las mulas de regreso con mercaderías de contrabando de un buque inglés, la *Rebeca*.

(2) Hasta después de tener á bordo el tesoro, se le restituyó su dinero á todo aquel que pudo justificar su derecho por escrito ó con testigos; esta restitución alcanzó á 40.000 pesos.

tín empleó todos los medios, la amenaza y el halago, para inducir á lord Cochrane á devolver los fondos públicos y depositarlos en manos de sus comisionados, que, á fin de dejar á salvo su dignidad, pagarían en su nombre á las tripulaciones de los buques; naturalmente, lord Cochrane no consintió en ello, si bien en espera de que el Protector mandara un comisario para que lo asistiera, retardó el pago hasta que los marineros comenzaron á desertarse, descontentos por la falta de pago de sus haberes, lo que le hizo comprender que no debía retardar más la operación.

En el entretanto, los fuertes del Callao habíanse rendido á las banderas republicanas de Chile y el Perú, y para alejar todo peligro ulterior, ya que los buques se preparaban para abandonar la costa, San Martín consintió forzosamente en que se pagara á la escuadra con el dinero secuestrado en Ancon. Inmediatamente se le pagó á la marinería y á los oficiales todos sus haberes atrasados, excepto lord Cochrane, que no recibió nada.



No se consiguió esto, sin embargo, sin nuevos esfuerzos de San Martín para recobrar el dinero ó por lo menos para vengarse de su captura. Para lograr el primero de estos fines, había mandado á Monteagudo á ponerse al habla con lord Cochrane, conociendo lo hábil que era "para presentar como buena la peor causa"; entonces, lord Cochrane convino en que sería devuelta una parte de las pastas metálicas, á condición de que se proporcionara á los buques los repuestos que necesitaban, especialmente algunas anclas (1); pero, como se negaran los

(1) Dos que le fueron cortadas á la *Esmeralda* cuando su captura y una que había perdido la *O'Higgins* en un ataque al Callao, estaban en poder de San Martín, que las negó.

repuestos, se retuvo el dinero, que sumaba unos 285.000 pesos, que fué distribuído como ya se ha dicho, llevándose cuenta y razón de todo y cargándola al crédito del gobierno chileno. La treta que se urdió para la venganza surtió mejor efecto.

En la media noche del mismo día 26 de Septiembre, en que el Protector había significado al almirante que podía hacer el uso que quisiese del dinero, dos edecanes de San Martín, el capitán Spry (1) y el coronel Paroissien, abordaron varios buques de la escuadra, y por primera vez dieron á conocer las instrucciones secretas y los plenos poderes que el gobierno de Chile había dado al Protector respecto á la escuadra.

A más de esto, ofrecieron á los que se desertaran para servir á las órdenes del Perú empleos, honores, títulos y regalías. Cuando supo Paroissien que el almirante había descubierto sus visitas nocturnas, fué insolentemente donde él y le habló en un lenguaje parecido, insistiéndole en que era preferible ser almirante de un país rico como el Perú y no vicealmirante de una provincia tan pobre como Chile, tratando así de cohecharlo. De aquellos oficiales que desertaron vergonzosamente su bandera halagados con estas sugestiones, la mayor parte han sufrido el castigo de ver defraudadas sus esperanzas, y todos el desprecio de amigos y enemigos.

A los marineros se les inducía por todos los medios posibles á entrar al servicio del Perú, aprovechándose la oportunidad para sobornarlos ó someterlos por fuerza cuando iban á divertirse, recién pagados. A los oficiales fieles que trataban de hacerlos volver á sus buques se les metía á la cárcel. De esta manera iba quedándose sin tripulación la escuadra, que ya estaba en malas condiciones y escasa de víveres.

Esto no obstante, ahora que el Callao se había rendido, San Martín dió orden terminante á lord Cochrane

(1) El mismo que fué separado de su buque por una corte marcial y que después desertó.

de salir de la costa del Perú con todos los buques de su mando. (1) Con motivo de esta orden, que fué transmitida por Monteagudo, lord Cochrane escribió á este ministro la siguiente carta, que inserto porque corrobora ciertos hechos, que de otra manera parecerían increíbles (2):

"A bordo de la *O'Higgins*, bahía del Callao, 28 de Septiembre de 1821.

Señor:

Muy molesto me hubiera sentido si la carta que usted me ha dirigido por orden de S. E. el Protector del Perú, hubiese contenido solamente la orden del Jefe Supremo para partir de los puertos que se hallan bajo el dominio sin consignar sus motivos; y me había sentido confundido, en verdad, si estos motivos hubiesen estado fundados en la razón ó en hechos concretos; pero, cuando me he impuesto de que la orden se origina de la infundada imputación de que he rehusado hacer lo que no tengo medios de efectuar, me ha consolado la idea de que S. E. el Protector tendrá la satisfacción de convencerse de que no hay motivo de censura para mí; de todos modos, tengo la satisfacción de que no afecta á mi conciencia ninguna intención torcida, y me congratulo con la convicción de que por más que los hechos aparezcan desfigurados á través de una atmósfera de chismes y calumnias, las personas que viven en un medio más sereno verán las cosas con sus propios colores y me harán la justicia que merezco.

Dirígeme usted sus cartas llenas de argumentos, como si yo necesitara que me convenciesen de sus buenas intenciones. No, señor; es á los marineros á quienes hay

(1) San Martín, que conocía el estado de los buques, impartió órdenes á todos los puertos donde podían tocar para que se les negara toda clase de recursos, hasta el agua y el fuego.

(2) Esta carta me fué dada á conocer en una época en que yo no podía preguntarle al almirante si era enteramente exacta; pero tengo razones para creerla así, salvo los errores de palabras en que pueda haber incurrido yo al traducirla del castellano.

que convencer; son ellos los que no dan crédito á las promesas después de haber sido engañados una vez.

No se preocupan de si los víveres de la escuadra proceden de los españoles, como los que se han procurado con el ganado y el pisco capturados, ó si proceden del tesoro de sus superiores; son hombres de pocas palabras, pero resueltos en sus actos; dicen que por su trabajo tienen derecho á ser pagados y alimentados, y que sólo trabajarán mientras se les pague y alimente. Este es, señor, un lenguaje nada cortés y malsonante á los oídos de la suprema autoridad.

Además observan que no se les paga á ellos, mientras sus compañeros de trabajo, los soldados, han recibido las dos terceras partes de su sueldo; que están pereciendo de hambre ó sustentándose con charqui apolillado, mientras las tropas de tierra se regalan con carne de buey y de cordero en abundancia; que no tienen aguardiente, mientras los otros tienen dinero y oportunidad para obtener esa codiciada bebida y todo lo demás que apetezcan.

Tales son, señor, los sólidos fundamentos en que un marino inglés apoya su opinión y sostiene su ruda argumentación. El espera un equivalente al cumplimiento de su contrato, y cuando, por su parte, lo ha cumplido con fidelidad y se deja pasar el día del pago y se le desconocen sus derechos, se pone turbulento como el elemento en que vive. De nada servirá á usted, en consecuencia, entrar en más pormenores relativos á un asunto sobre cuya corrección no puedo hacer observación alguna.

En el último párrafo de su carta, parece que usted manifiesta cierta sorpresa de que, cuando apenas han transcurrido veinte días, volvamos á pedir más provisiones; pero toda extrañeza se disipará si usted consulta sus cartas y sus propias órdenes para entregarnos hace treinta días provisiones para veinte.

Respecto á la aserción que usted hace sobre la provisión gratuita de pisco, debo informarle de que se pagó por ella la suma de 1.900 pesos, según consta de mi rela-

ción, justificada por los recibos y resguardos otorgados en Pisco y que nos fueron entregados por el capitán Cobbett, de la *Valdivia*, cuya veracidad é integridad puedo sostener contra las de cualquiera de los más honorables de vuestros informantes. Mientras tanto, me abstendré de insistir sobre lo delicado de la contradicción que hace usted de lo que yo asevero, y abriré una investigación para que quienquiera que haya falseado los hechos, sea expuesto al merecido desprecio del público.

Me dice usted, señor, que es en vano que me refiera á mis cartas en las cuales he manifestado la situación de la escuadra para salvar mi responsabilidad, porque esas cartas han sido contestadas (y podía usted haber agregado que con muy buenas palabras); pero, ¿no le he advertido ya que las buenas palabras no sirven de nada contra la fuerza bruta de hombres despechados que claman por su derechos? ¿No le he pedido á usted mismo en persona que les hablara á los marineros, diciéndole que yo lo ayudaría en la medida de mis fuerzas, y no ha olvidado usted este deber? ¿Cómo puede usted entonces afirmar que yo he rehusado mi concurso á los planes del Gobierno?

¿En qué comunicación, señor, he insistido sobre el desembolso de 200.000 pesos? Es verdad que le remití una cuenta del dinero que se debía (1); pero en mi carta le decía que eran los marineros amotinados los que pedían esos desembolsos, pero que yo había hecho cuanto estaba en mi poder para reprimir sus violencias y aquietar sus temores.

Usted agrega que es imposible pagar á las tripulaciones clamorosas. ¿Cómo es entonces (y el hecho es indis-

(1) La cuenta del dinero adeudado á la escuadra chilena contenía ítems por salarios, recompensas ofrecidas, presas, pagos por buques tomados y usados por el gobierno peruano y flete de naves pertenecientes á la escuadra y usados como transportes, sin contar el precio de la lona, de los cordeles y de los equipajes para marineros. San Martín estaba comprometido á pagarlo todo al gobierno de Chile, que había alistado toda la expedición.

cutible) que hayan sido pagadas ahora con el mismo dinero que en ese entonces estaba ocioso en poder de usted? Debo agregar aquí que la promesa de repartirse con los soldados el 20 por 100 de las entradas de aduana no ha satisfecho las esperanzas de los marineros, que saben ya por experiencia lo que son esas reparticiones. La advertencia que á usted le hice de que no podía entretenérseles por más tiempo con ese halago, estaba basada en mi largo conocimiento de sus caracteres y disposiciones, y los hechos han comprobado la necesidad de lo que le he dicho á usted, y pueden comprobarla más plenamente todavía.

¿Por qué, señor, ha puesto usted la palabra "inmediatamente" en su orden para que salgamos del puerto? ¿No habría sido más decoroso haber sido menos perentorio, sabiendo, como usted lo sabe, que la demora en el pago ha dejado sin tripulación á los buques? ¿Que la absoluta desatención á todos mis reclamos ha dejado á la escuadra destituída de provisiones y que los marineros han sido cohechados por personas que proceden bajo la autoridad del gobierno del Perú?

¿Por qué no me ha dado usted una respuesta á la carta oficial de fecha 23 que le dirigí invitándole á poner término á tan injustificables procedimientos? No me fué bastante desembarcar los víveres que la *Moctezuma* traía para la escuadra, mientras ésta tenía absoluta necesidad de ellos, fuera del insulto de poner guardias á bordo y en tierra, como si usted sintiese el convencimiento de que la necesidad á que tenía reducida la escuadra podía autorizar el empleo de la fuerza para recobrar los alimentos. Y si era así, ¿por qué lleva el gobierno del Perú las cosas hasta este extremo?

Mucho le agradezco los elogios que usted me dedica por los servicios que he prestado desde el 20 de Agosto de 1820, y que deben ser dedicados al país que sirvo. Le aseguro á usted que mi celo por el servicio de S. E. el Protector del Perú no había experimentado decaimiento alguno hasta el día 5 de Agosto en que tuve conocimien-

to de la instalación de S. E., cuando en presencia de usted mismo reveló sentimientos que me produjeron escalofríos y que ningún acto posterior, ninguna protesta de intenciones, ha podido disimular más tarde.

Demasiado bien recuerdo las palabras que profirió, inspiradas por pensamientos que era de haberle rogado á Dios no se los hubiera nunca permitido. ¡Ah! ¿no dijo, no lo oí yo mismo declarar que no pagaría la deuda á Chile, ni los sueldos atrasados de la escuadra, si Chile no le vendía su escuadra al Perú? ¿Qué habría pensado usted de mí, de un oficial que ha jurado serle fiel al Estado de Chile, si yo hubiese prestado oídos á semejante lenguaje con el frío silencio del cálculo, pesando mi decisión en la balanza del interés personal? No, señor; la promesa de que "mi fortuna sería igual á la de San Martín", nunca me hará apartarme del camino del honor.

Su obediente y humilde servidor,

COCHRANE."

Después de esta carta, poca fué la correspondencia que se cruzó entre lord Cochrane y San Martín, y ninguna de carácter amistoso. Su señoría continuó el pago de los oficiales y marineros, y como después de la caída del Callao el principal objetivo de Chile consistía en apoderarse ó destruir las dos fragatas *Prueba* y *Venganza*, que eran los últimos buques españoles que quedaban en el Pacífico, se aprestó para hacer rumbo al Norte en su persecución, zarpando por fin el 6 de Octubre con ese objeto (1).

*
* *

Tiempo es ya de volver á los asuntos domésticos de Chile. Benavides mantenía todavía una activa y cruenta

(1) La escuadra se componía entonces de la *O'Higgins*, capitán Crosbie; *Valdivia*, capitán Cobbet; *Iudependencia*, capitán Vilkinson; *Lautaro*, capitán Worcester, y *San Fernando*.

lucha en el Sur de Chile, y José Miguel Carrera, fogueado por la experiencia de ocho años y sediento de venganza contra los exterminadores de sus hermanos, estaba á la cabeza de un ejército reducido pero animoso, y se había abierto paso con las armas por el continente de la América del Sur, haciendo alianzas con los indios y comunicándose por medio de ellos con Benavides y con los muchos descontentos que había en Chile.

Benavides había tenido varios encuentros afortunados; pero, en general, iba perdiendo terreno. Los jefes patriotas, de los cuales Freire era sin duda el más distinguido, habían ido estrechándolo gradualmente, y á pesar de que incitaba á los indios á cometer las mayores depredaciones, incendiar las haciendas y saquear las cosechas de las provincias del Sur, no recibía de ellos la ayuda necesaria para eludir su destrucción final, y menos podía recibir auxilios del exterior, por haberlo hecho imposible la superioridad de la escuadra chilena.

El ejército de Carrera, que sus propias victorias tenían diezmado, y que ahora apenas contaba unos 500 hombres, cuya marcha entorpecían gran número de mujeres y otros allegados, era completamente derrotado el 31 de Agosto.

Carrera, su segundo, don José María Benavente, con 23 oficiales más, cayeron prisioneros en la Punta del Médano y fueron llevados á Mendoza, donde aquél y varios de sus oficiales principales fueron fusilados en la plaza pública, empleándose para ello los recursos de la más injustificable crueldad y de la más falsa política.

Por lo que hace á la causa de la salvación de Benavente y á los detalles de la muerte de don José Miguel, me refiero á la publicación de Mr. Yates que figura en el Apéndice; las gacetas en que se anunciaron al público estos sucesos respiran tanta ferocidad, tanto espíritu de venganza, que son una vergüenza para los jefes de la Nación y para la época.

Don José Miguel Carrera tenía solamente treinta y cinco años de edad. Era su persona notablemente her-

mosa y su bella fisonomía predisponía á su favor. He oído decir que sus ojos parecían poseer cierto poder de fascinación sobre las personas á quienes se dirigía.

De todos los individuos que se han hecho notar en la lucha por la independencia de Sur-América, era, indudablemente, el más amable: de carácter muy versátil, tenía una imaginación muy vivaz y grandes facultades que revelaba en cualquier cosa á que se contrajera. He oído contar que mientras residía en Montevideo quiso imprimir algunas proclamas para distribuirlas, y como no encontrara elementos para ello, se encerró semanas enteras en su casa y construyó una prensa é imprimió él solo su manifiesto.

Era de espiritu alegre y cariñoso, y su cuerpo no conocía la fatiga; pero tenía muy poca prudencia y ninguna reserva; de manera que tan poco podía confiársele los planes ajenos como descansar en los suyos propios, que, sin embargo, eran siempre concebidos con precisión y energía y encaminados rectamente al objeto que se tenía en vista, pero que él luego daba á conocer abiertamente.

Carecía de educación, porque no tenía ni principios ni ilustración que lo guiaran, y creo que su carácter no puede compararse á ningún otro con más semejanza que al del duque de Buckíngham que figuró durante el reinado de Carlos II. No es de extrañarse, pues, que no lograra colocarse, ó más bien dicho, mantenerse á la cabeza de ninguno de los estados recientemente independizados de la América del Sur.

Su afición á los placeres lo metió en gastos que le absorbían los medios que debía haber empleado en gratificar ó pagar á sus parciales, y su natural despreocupado y llano no le permitió asegurar á aquellos que podían serle peligrosos.

Después de su muerte, sus principales partidiarios y algunos de sus parientes más cercanos fueron estrictamente encarcelados, otros desterrados, y varios huyeron á los bosques y las montañas, donde vivieron precaria-

mente hasta que pudieron hallar un refugio amistoso, ó hasta que la "ley de olvido", de Septiembre de 1822, les permitió volver á sus hogares.

La suerte de Chile se vió, pues, libre de los peligros que le suscitaba aquella activa y poderosa familia. El padre había muerto poco después de la ejecución de sus otros dos hijos, y ahora se iba el último y el más grande de los de su casa. De los que llevaban el mismo apellido, don Carlos era un ciudadano pacífico que vivía en su hacienda en Viña del Mar, cerca de Valparaíso, sin mezclase en política; de sus tres hijos sólo uno vivía, á quien sus rústicas costumbres y corta inteligencia parecían preservar tanto de hacer como de recibir daño alguno.

De los otros dos, uno había perecido en los primeros tiempos de la revolución y el otro había sido asesinado en una insurrección, en Juan Fernández, donde se hallaba desterrado.

La seguridad del Estado parecía todavía más asegurada con el aniquilamiento total de Benavides, en el mes de Diciembre. Este hombre era hijo del alcaide de la cárcel de Quirihue, Concepción, y había sido soldado de infantería en el primer ejército patriota; hecho prisionero por los realistas, ingresó á su ejército, pero luego fué capturado por Mackenna, que lo mandó á su cuartel, á orillas del Maule, para que fuera juzgado como traidor. De allí logró escaparse, prendiéndole fuego al rancho donde lo tenían prisionero, y volvió á reunirse con los realistas, entre los cuales se distinguió por sus talentos, llegando á tener un puesto importante en el ejército de Osorio.

En la batalla de Maipú fué hecho prisionero otra vez, siendo condenado á muerte por desertor, con muchos otros: cayó entre los muertos, pero no murió como se creía; poco después mandó pedirle una entrevista á San Martin, que consintió en verlo solo en la plaza, debiendo ser la señal para darse á conocer que sacara tres chispas del *mechero*. Benavides hizo la señal, y San Martín, á su vez, le presentó su pistola. Benavides la hizo á un lado,

y notándolo sobresaltado le aseguró que no pensaba asesinarlo, sino servirlo, cosa que podía hacer eficazmente por el conocimiento local que tenía de las provincias del Sur y de las tropas que allí se encontraban. San Martín aceptó sus servicios, pero conservaba el temor que le había producido su repentina y fantástica aparición, y de aquí que, sin que hubiera el menor fundamento para suponer que intentara engañarle, comenzó á sospechar de él y trató de meterlo preso una vez más.

El espíritu de Benavides se sublevó ante este proceder; acusado de traición, hízose traidor, si es que así puede llamársele, y se pasó resueltamente al ejército de Osorio, animado por un feroz deseo de venganza, que una vez despierto no se adormeció jamás en su pecho. De aquí se originaron todas las crueldades, y son monstruosas, en que incurrió. Asesinaba á sus prisioneros con toda sangre fría, y su mayor deleite era invitar á los oficiales prisioneros á un suntuoso festín, y después que habían comido y bebido, los hacía conducir á un patio para ser fusilados allí mismo, presenciando él desde una ventana la ejecución. A algunos á quienes les había prometido la libertad, entregábalos á los indios, cuya cruel conducta con los prisioneros de guerra es bien conocida.

Cuando el general Prieto le escribió para informarle de la caída de Lima y de que era inútil que perserverara en su campaña, él le contessó que "mientras le quedara un soldado vivo lucharía contra Chile, por más que el el rey y la nación reconocieran su independencia".

Alistó un corsario para piratear contra toda bandera, á fin de proporcionarse víveres y municiones. Por fin, el 1.º de Febrero de 1822, convencido de que no podía sostenerse por más tiempo, trató de escaparse hacia alguno de los puertos españoles en una chalupa; pero habiéndose visto obligado á recalar en Topocalma en busca de agua, fué reconocido, apresado y enviado á Santiago, donde fué juzgado y sentenciado á muerte el 21 del mismo mes.

El 23 fué sacado de la prisión, amarrado á la cola de una mula y ahorcado luego en la plaza del palacio; en seguida se le cortaron la cabeza y las manos para ser expuestas en las ciudades del Sur, que había asolado, y tales fueron las indignidades que se hicieron con sus restos que más parecen obra de la venganza de salvajes que castigo impuesto por un gobierno justo del siglo XIX.

Sin embargo, el Director, al consentir en esta ejecución, prohibió que se condenara á muerte á ninguno de los secuaces de Benavides, porque ya podía considerarse libre de enemigos la parte continental de Chile. Sólo quedaban las tropas que mandaba Quintanilla, que se hacían fuerte todavía en Chiloé.

Es difícil inquirir de dónde salió, por entonces, el rumor de que al dirigirse lord Cochrane á los puertos del Norte, en persecución de las fragatas enemigas, nunca había de regresar á Chile (1). Es posible que tuviera su origen en el conocimiento del lastimoso estado de sus buques, en los cuales, probablemente, ningún otro marino hubiera osado hacerse á la mar, y que algunos esperaban que nunca se volviera á oir hablar de él, como muchos lo temían.

Sea como sea, San Martín aprovechó el período de su ausencia para tratar de arruinarle en la opinión del gobierno de Chile, y envió á Chile á sus dignos emisarios, el coronel Paroissen (que todo lo debía á lord Cochrane) y García del Río, con un sartal de acusaciones, algunas de lo más ridículas, y otras, aunque más sombrías de apariencia, igualmente falsas é imposibles tratándose de su señoría. San Martín, que no se atrevía á achacarle los vicios de su propio carácter, que eran la cobardía, la cruel-

---

(1) Juzgando las cosas por sí propios, los divulgadores de la especie pretendían dar á entender que el almirante, que había enviado su familia á Europa para atender á la educación de sus hijos, intentaba adueñarse en la costa de todas las propiedades de españoles que pudiera, á fin de enriquecerse, y entonces no preocuparse más del país que se había comprometido á servir. Esos tales lo conocían bien poco.

dad y la perfidia, le atribuyó la avaricia y la falta de honradez, aduciendo como pruebas los reclamos que su señoría había hecho en interés de los marineros de la escuadra y de víveres para los buques (1).

Si bien el gobierno no parecía creer los cargos, mantúvose en calma por temor de entrar en hostilidades con San Martín, no obstante que en las oficinas públicas de Santiago existían documentos que desautorizaban totalmente los cargos formulados contra el almirante. La última parte del memorial presentado por García del Río y Paroissien, pidiendo al Director que aplicara á lord Cochrane el condigno castigo por faltas contra el honor y la dignidad del Protector del Perú, nos revelan todo el secreto de los motivos que tenía su excelencia para atacar á aquel que el pueblo llamaba *generoso y valiente*, mientras llamaba sólo *afortunado* á San Martín.

Entretanto, la escuadra se había dirigido á Guayaquil; y á pesar de la opinión corriente de que el río era peligroso, ó más bien innavegable para buques de gran calado, á no ser que desembarcaran sus cañones á la entrada, el almirante mismo piloteó la *O'Higgins* hasta la ciudad y dejó asombrados á los habitantes al presentarse delante de sus fuertes el 28 de Octubre, con el *Independencia*, el *Valdivia*, el *Araucano*, el *San Fernando* y el *Mercedes*. Fueron sumamente bien recibidos y cambiaron saludos con los fuertes.

Lord Cochrane se consagró en seguida á reparar y abastecer sus buques, para cuyo efecto no podía darse un sitio más aparente que aquél; había allí maderas de construcción de todas clases y muchos operarios excelentes; el gobierno patrocinaba y estimulaba todos sus trabajos, y de ambas partes ofreciéronse diversiones públicas, que contribuyeron á mantener las más amistosas relaciones.

(1) Estas acusaciones las hicieron circular habilidosamente en Valparaíso, variado sólo la forma en algunas copias, según las personas á quienes iban dirigidas. Yo he visto dos variedades.

Los gastos originados por las reparaciones y por el abastecimiento de los buques fueron cubiertos por su señoría con el dinero que tenía á bordo, perteneciente á él mismo y á la escuadra, cosa que se hizo voluntariamente en la confianza de que el gobierno de Chile les reembolsaría esas sumas, y con el deseo de cumplir cuanto antes su objeto de arriar hasta las últimas banderas españolas que flotaban en el Pacífico.

Los operarios se expidieron con tanta diligencia, que el 20 de Noviembre estuvieron los buques listos para hacerse á la mar. Cuando llegó el momento de la partida de lord Cochrane, el pueblo de Guayaquil lo saludó con un poema en su honor, iluminado con letras doradas y colocado bajo un cristal en un marco de ébano tallado. Su señoría correspondió á esta atención con una proclama al pueblo de Guayaquil, que comienza así:

"Á LOS DIGNOS É INDEPENDIENTES HABITANTES DE GUAYAQUIL

„La acogida que habéis dispensado á la escuadra de Chile no sólo revela los generosos sentimientos de vuestros corazones, sino que prueba, si tal prueba fuere necesaria, que un pueblo capaz de afirmar su independencia á despecho de todo poder arbitrario, tendrá siempre nobles y superiores sentimientos. Creédmelo, el Estado de Chile os quedará reconocido para siempre de vuestro concurso, y muy en particular el Supremo Director, gracias á cuyos esfuerzos se creó la escuadra, y á quien en el hecho la América del Sur debe todos los beneficios que de ella se han derivado.

„Ojalá seais tan libres como sois independientes, y que vuestra independencia sea tanta como la libertad que merecéis. Con la libertad de la prensa, que ampara ahora vuestro ilustrado gobierno, Guayaquil no será jamás esclavizado.

„Observad la diferencia que en la opinión pública ha

producido un año de independencia. En aquellos á quienes mirábais como vuestros enemigos, habéis descubierto á vuestros verdaderos amigos; y os habéis dado cuenta de que aquellos que juzgábais amigos eran vuestros enemigos.

„Recordad las ideas que hasta hace poco tiempo se acataban respecto al comercio y á los manufactureros, y comparadlos con las justas y liberales nociones que ahora tenéis sobre esas materias. Acostumbrados como estabais á las estrechas miras del monopolio español, ¿no creiais una verdadera defraudación para Guayaquil el que su comercio no estuviese limitado á su propios comerciantes? ¿No se les impedía á todos los extranjeros, por medio de leyes prohibitivas, la atención de sus negocios ó intereses particulares, como si sólo hubiesen venido aquí para vuestro exclusivo provecho? Y teniais oficiales, marineros y buques para vuestro comercio, excluyendo á los de las demás naciones.

„Ahora os dais cuenta de la verdad y tenéis un gobierno ilustrado, dispuesto, no sólo á seguir á la opinión pública en la promoción de vuestra riqueza, de vuestra felicidad y de vuestra fuerza, sino para apoyarla con el glorioso privilegio de esparcir por medio de la prensa las justas opiniones de grandes y sabios hombres sobre los asuntos políticos, sin temor á la Inquisición, al látigo ó al garrote.“

Sigue lord Cochrane ponderando los grandes beneficios del comercio libre, comparados con las desventajas del monopolio, que hace á la comunidad tributaria de unos cuantos privilegiados, y después de trazar con gran amplitud de miras el brillante porvenir que le espera á un pueblo de ideas liberales que abre sus puertas al comercio y al capital extranjero y cuyos destinos están regidos por un gobierno ilustrado y guiados por una prensa independiente, concluye:

"Dad al Nuevo Mundo un ejemplo con la amplitud de vuestras miras, y así como por su situación es Guayaquil

la *República Central,* así también llegará á ser el centro de la agricultura, del comercio y de las riquezas de esta porción del globo.

„¡Quayaquileños! la libertad de vuestros sentimientos y la justicia de vuestros actos y opiniones son un baluarte para vuestra independencia y libertad, mucho más seguro que el que puedan ofrecerle ejércitos y escuadras.

„Que prosigáis por el camino que ha de haceros tan libres y dichosos cuanto es fértil y ha de ser productivo el territorio que poseéis, tal es el sincero deseo de vuestro reconocido amigo y servidor, COCHRANE."

He traducido este documento para dar á conocer el espíritu que animaba á lord Cochrane en sus relaciones con los pueblos de la América del Sur. Nada de mezquinas intrigas ni de componendas para obtener ventajas personales ó poderío, que en la situación en que él se hallaba podía haber ensanchado á su antojo, sino que contentándose con las ventajas que se derivaban simplemente del servicio á que se había consagrado, dedicó todo su empeño á ilustrar á los pueblos que protegía y á enseñarles los principios de una libertad racional.

Paso ahora á relatar su expedición á Acapulco, lo que me hará ocuparme de los asuntos de Chile y de su escuadra hasta la fecha de mi arribo á Valparaíso.

Aunque la escuadra dejó á Guayaquil el 20 de Noviembre, llegó el día 3 de Diciembre antes de que pudiera salir del río. La necesidad de hacerse cuanto antes á la mar en busca de las fragatas enemigas no había permitido, naturalmente, más que algunas reparaciones pasajeras de los buques, y en el libro de navegación de la *O'Higgins* he leído que el buque tenía una vía de agua que hacía tres pulgadas por hora.

El 5, el almirante prosiguió su viaje, sin embargo, cerca de la costa y examinando todos los puertos y bahías por si encontraba los buques que perseguía. El 19, los buques fondearon en la bahía de Fonseca para tomar agua y reparar las bombas de la *O'Higgins,* que por en-

tonces se hallaban inservibles á causa de su constante trabajo.

Como fuera muy salobre el agua que se descubrió primero, despachóse á los botes en busca de otras aguadas, que se descubrieron el día 21, á ocho millas del primer fondeadero; el 25, los buques se trasladaron á ese punto, que fué denominado bahía de Pascua. Hubo que comenzar por rozar los bosques para abrirse camino hasta la aguada, que era abundante y agradable.

En el entretanto, la *O'Higgins* había logrado habilitar dos nuevas bombas, pero el agua había subido á tal altura en la bodega, que toda la gente tenía que estar echándola á baldadas por las escotillas, y aunque el 26 tenía ya compuestas todas sus bombas, hubo que aclarar la bodega de popa y el pañol del pase para librar las provisiones. Durante todo ese tiempo de dificultades y penurias el almirante fué el primero en todos los trabajos para liblar el buque y sostener á la gente, y el último en acordarse comodidad alguna.

En cierta ocasión en que cada uno lo daba todo por perdido y el carpintero declaraba por fin, con lágrimas en los ojos, que ya no podía hacer más, lord Cochrane ocupó su lugar, trabajó en persona hasta que las bombas pudieron funcionar é infundió en todos el valor y la energía que permitieron asegurar la salvación del buque.

Pero la tripulación estaba tan gastada con el incesante trabajo de las bombas y del baldeo, que hubo que pedir 30 hombres de la *Valdivia* y 20 de la *Independencia* para el servicio de las bombas; por fin, habiendo vaciado el buque, la escuadra surgió el 28 de la bahía de Fonseca.

El 6 de Enero de 1822 lord Cochrane entró á la bahía de Tehuantepec en demanda de agua, donde observó cinco volcanes no lejos de tierra; se dice que el distrito vecino es fértil; la ciudad del mismo nombre tiene una bahía muy regular que, sin embargo, presenta el inconveniente de estar atravesada por una barra á la entrada.

El 15 viraron de nuevo en dirección á una isla donde encontraron agua fresca en abundancia; y después de haber refrescado y hecho agua prosiguieron el viaje el 19 y anclaron el 29 en Acapulco. Esta ciudad, que debe toda su antigua celebridad á las ricas flotas de Manila y de España que acostumbraban anclar en su bahía, espaciosa y segura, apenas si tiene ahora la importancia de una aldea. Tiene, sin embargo, una fortaleza, una iglesia parroquial y dos conventos.

Su población permanente es de unas 4.000 almas, cuyo número se dobla cuando llega el único buque que viene actualmente de Manila. Entonces se celebra una gran feria, á la cual concurren todos los habitantes del país, que permanecen algunas semanas en Acapulco para realizar sus negocios, regresando lo más pronto posible á sus hogares para escapar á la fiebre endémica de esos lugares.

A pesar del aire fresco que se hace pasar á través de la famosa *abra de San Nicolás*, el clima es cálido, húmedo y malsano. Disgustado con las miserias é insolencias del gobernador y avisado de que las dos fragatas habían pasado para Cuayaquil, lord Cochrane abandonó el puerto el día 3 de Febrero para proseguir viaje al Sur.

Fué éste mucho más penoso que el viaje al Norte. A más de los frecuentes y repentinos temporales de viento, había que sufrir la escasez de agua, que era tal, que había que estar alertas á cada chubasco para recoger en las velas el agua de la lluvia; y esta era toda el agua con que se contaba para las tripulaciones en muchos casos.

El capitán Crosbie me ha referido que muchas veces se sentaba en uno de los botes, con el sombrero extendido para recoger un buen trago de agua, que en esos momentos, de un calor horrible, era la mayor delicia. Durante todo este tiempo, la vía de agua de la *O'Higgins* había seguido agrandándose, y para colmo de desdichas, el 10 se descubrió en la *Valdivia* una vía de agua más peligrosa, que comenzó á hacer tres pies de agua por hora.

La *Independencia*, que se hallaba bien recorrida, recibió orden de permanecer en sus costas para su vigilancia y también para acechar á los buques españoles que pudieran ir á rondar por allí.

Recaló en la bahía de San José para hacer agua, salar carne y procurarse alumbrado, después de lo cual prosiguió en su inspección y no llegó á Valparaíso sino el 29 de Junio. Durante este viaje, un teniente, dos soldados y dos marineros de su dotación fueron asesinados en tierra.

Lord Cochrane se detuvo en la bahía de Tacames, cerca del río Esmeralda, para tomar provisiones, y en compañía de la *Esmeralda* prosiguió viaje á Guayaquil, donde se había producido una decidida mudanza en el ánimo del gobierno. Los agentes de San Martín habían estado allí, y en parte con halagos y en parte con amenazas, habían inclinado al gobernador al partido de su jefe, haciendo nacer en él recelos contra lord Cochrane, que si podían tener algún justificativo, dadas su energía y actividad, habríalos desvanecido en absoluto el conocimiento de su carácter y de su conducta. Como se hicieran algunas intentonas para incomodarlo y aun para intimidarlo, su señoría llegó con sus naves hasta la altura misma de los fuertes, anclando delante de ellos, y los llamó al orden, ya que no á la deferencia.

En Guayaquil encontró á la *Venganza*, á la cual tenía derecho para considerar legítima presa, ya que la había hecho arrancar de todas partes, forzándola á refugiarse en aquel puerto en estado de rendirse, estado en que también había llegado la *Prueba* al Callao. Pero los agentes del Perú habían entrado en tratos con los comandantes de la *Venganza* y de la *Prueba* y les habían prometido tierras y pensiones si consentían en entregar sus buques al gobierno del Perú, á lo que accedieron.

De esta manera le escamoteaba San Martín á Chile las presas que pertenecían á su escuadra, é inducía á los jefes españoles á vender los buques cuyo mando les había

confiado su gobierno. Resuelto, sin embargo, lord Cochrane á no meter al país que servía en dificultades de ningún género con sus vecinos, mandó al capitán Crosbie á tomar el mando de la *Verganza* para Chile y el Perú unidos, y ante las representaciones del gobierno de Guayaquil, dejó la fragata bajo los colores de dicho Estado, obteniendo la promesa de que no sería entregada á ningún otro gobierno sin el expreso consentimiento de Chile, bajo una multa de 8.000 pesos.

Pero, para estos gobiernos de Sur-América, los compromisos son cosa de risa. Al poco tiempo se rompió lo pactado, sin que jamás se pagara la multa estipulada; de manera que los oficiales y tripulantes de la Armada que los habían perseguido por su cuenta y habían pagado las reparaciones, aparejos y provisiones necesarios, no sólo no han recibido la recompensa debida por la captura de esos buques, sino que han sido literalmente defraudados de las sumas que habían gastado en la persecución. Las causas y las consecuencias de esta falta de probidad pública quedarán de manifiesto con algunos datos que más adelante se darán á conocer.

La escuadra recaló en Guambacho, pequeña bahía al Sur de Guayaquil, para permitir que la *Valdivia* pudiera carenarse. Reparósele la vía de agua de babor, que era la más seria, manejándose con las bombas para vaciar el agua que hacía la vía de estribor. Los buques prosiguieron su viaje y el 25 de Abril llegaban al Callao (1), donde permanecieron hasta el 8 de Mayo. A su arribo, San Martín hizo todos los esfuerzos posibles para atraerse á lord Cochrane, pero sin resultado.

Monteagudo fué á bordo á visitar á su señoría. Le ase-

(1) Se cuenta que cuando el honorable capitán F. Spencer, del *Alacrity*, de la armada de su majestad británica, saludó á la insignia de lord Cochrane, su señoría se vió imposibilitado para devolver la atención hasta el día siguiente, por tener cargados sus cañones, ya que no había seguridad para estar en el Callao sin tomar precauciones.

guró que San Martín le profesaba la más alta estima y lo invitó á bajar á tierra, donde el ministro Torre Tagle tenía dispuesta su propia casa para recibirle. Propúsole que tomara el título de almirante de las escuadras unidas del Perú y Chile, lo cual sólo era una treta para llegar á entrar en posesión de los buques chilenos.

Desarrollóle el plan que ideaba San Martín para apoderarse de las islas Filipinas, con lo cual podría adquirir una inmensa fortuna, y, entre otros halagos que cuadraban muy bien en realidad con los gustos semi-bárbaros de su amo, habló á lord Cochrane de una estrella de diamantes de la Orden del Mérito que le tenían dedicada y que, junto con una amable carta de San Martín, le habían reservado al recibo de la carta que el día anterior había dirigido al ministro de la Guerra anunciándole su arribo.

A todo esto respondió lord Cochrane que él no podía ni quería aceptar título, empleo ni honores de un gobierno fundado en el desconocimiento de la fidelidad, que había prometido la libre elección de su constitución al pueblo del Perú y que sustentaba la tiranía, la opresión y la violación de toda ley; que no se izaría á bordo de sus naves otra bandera que la bandera de Chile, ni izaría su insignia á bordo de la *Prueba*, porque no quería engañar al gobierno del Perú; que agradecía á Torre Tagle el ofrecimiento de su casa, pero estaba resuelto á no poner pie en una tierra gobernada no sólo sin ley, sino contra toda ley, y que en cuanto á fortuna, eran modestos sus hábitos y suficientes sus recursos.

He referido detalladamente esta conferencia, porque tuvo lugar el 26 de Abril, seis semanas después de que García del Río y Paroissien habían presentado al gobierno de Chile una serie de acusaciones contra lord Cochrane, reclamando contra él una venganza especial en nombre de su superior. Esto presenta el carácter y la conducta de San Martín bajo un aspecto tan odioso, que permite dar entero crédito á la idea de que haya sido él el ins-

tigador de dos tentativas que por entonces se hicieron para asesinar al almirante por unos individuos que trataron de introducirse furtivamente á bordo del buque. Uno de ellos era un inglés que había estado preso durante algún tiempo en el Callao por un crimen odioso, y que fué puesto repentinamente en libertad, sin que nadie supiera cómo ni por qué.

Este facineroso, al ser descubierto en acecho junto al buque, no pudo dar cuenta de quién era ni de cuáles eran sus propósitos, y sólo se supo que estaba protegido por San Martín. Nadie que conozca el carácter de Monteagudo podrá dudar de que sea él el agente oficioso de un plan para ultimar á lord Cochrane con el propósito de hacerlo desaparecer, y que, tanto él como San Martín usaran los más cortesanos halagos para atraerlo á tierra para el mejor y más seguro cumplimiento de su venganza.

No habrá de parecer esto extraño á los que recuerden la suerte de los prisioneros de guerra que llevaban cartas para el gobernador de San Luis, en las cuales se les deseaba fueran tratados con toda cortesía y distinción y festejados tres ó cuatro días; pero había que tener cuidado con que no pasaran por cierto bosque, en el cual muchos, y entre ellos el coronel Rodríguez, habían desaparecido, sin que se hubiese oído hablar más de ellos desde entonces.

Lord Cochrane permaneció delante del Callao hasta el 9 de Mayo; pero en vano reclamó el pago de los sueldos y las presas que el gobierno del Perú adeudaba á la flota chilena y los víveres y pertrechos necesarios. El miedo que se apoderó de San Martín durante el tiempo que el almirante permaneció allí era de lo más ridículo.

Hizo rodear á la *Prueba* con amarras y cadenas y que se embarcara en ella tanta gente, que de noche apenas si podía contenerla, haciéndose todo lo posible para impedir que algo parecido ocurriera en la *Esmeralda*; pero se ha dicho que su señoría había dado palabra de que no

intentaría apoderarse de ella, cosa que de otra manera hubiera hecho en pleno día, á pesar de todas las precauciones.

El 2 de Junio, lord Cochrane llegó con la *O'Higgins* y la *Valdivia* á Valparaíso. El 4, el supremo gobierno le dirigió desde Santiago las siguientes cartas de congratulación y de agradecimiento para él y sus oficiales, presentándose todas las cosas lo más favorablemente que podía desearse para el interés de la escuadra.

«MINISTERIO DE MARINA

—

Santiago de Chile 19 de Julio de 1822.

Excmo. señor:

El arribo de su excelencia á la ciudad de Valparaíso con la escuadra de su mando ha sido para el Supremo Director motivo de la más viva satisfacción, y en los sentimientos de gratitud que ha despertado la gloria adquirida por V. E. durante la última y prolongada campaña, encontrará V. E. la prueba de la alta consideración que sus heroicos servicios tan justamente merecen.

Cabe también una señalada distinción á los jefes y oficiales que, fieles á su deber, han permanecido á bordo de los buques de esta nación, y cuya nómina se ha servido V. E. hacerme el honor de remitirme. Pueden estos señores tener la seguridad de que recibirán la recompensa debida á su laudable constancia.

Sírvese V. E. aceptar las expresiones de mi mayor estimación.

JOAQUÍN DE ECHEVERRÍA.

A S. E. el honorable lord Cochrane,
vicealmirante y comandante en jefe de la escuadra.»

"Ministerio de Marina.

—

Santiago de Chile, 19 de Junio de 1822.

Excmo. señor:

Su Excelencia, el Supremo Director, deseoso de hacer pública demostración de los altos servicios que la escuadra ha prestado á la nación, ha resuelto la acuñación de una medalla para los oficiales y tripulantes de la escuadra, que llevará una inscripción que exprese la gratitud de la nación para con los dignos sostenedores de su poder marítimo.

De orden suprema, tengo el agrado de comunicar lo anterior á V. E., y ofreciéndole mi respetuosa consideración.

Firmado:

Joaquín de Echeverría.

A S. E. el honorable lord Cochrane,
vicealmirante y comandante en jefe de la escuadra."

Lord Cochrane había pasado dos años y medio á la cabeza de las fuerzas navales de Chile, habiendo capturado, destruído ó forzado á rendirse á todos los buques españoles que surcaban el Pacífico y limpiado de piratas la costa occidental de Sur-América. Bloqueándolas ó asaltándolas á viva fuerza, había reducido las más importantes fortalezas del común enemigo de los patriotas; había protegido el comercio con las potencias neutrales y había añadido mayor lustre á la causa de la independencia con hazañas dignas de su gran renombre y una firmeza y humanidad hasta entonces muy raras en la noble lucha por la libertad.

DIARIO

28 DE ABRIL.—17 DE AGOSTO DE 1822

Valparaíso.—Quinteros.

A bordo de la fragata de S. M. Doris, *en la bahía de Valparaíso, el domingo 28 de Abril de 1822 por la noche.*—Han transcurrido ya varios días, y todavía me siento sin fuerzas ni voluntad para reanudar mi diario. Hoy, la novedad del puerto y los demás incidentes de nuestro arribo han logrado que mis pensamientos tomen cierto interés por las cosas que nos rodean. No puedo concebir espectáculo más glorioso que la vista de los Andes, que divisamos esta mañana al rayar el alba, cuando íbamos acercándonos á tierra; como si surgieran del seno mismo del océano, sus cumbres eternamente nevadas brillaban con toda la majestad de la luz, mucho tiempo antes que se iluminara la tierra; súbitamente apareció el sol de detrás de ellos, y antes de divisar la costa navegamos todavía algunas horas.

Al largar hoy el ancla, lo primero que vi fué el bergantín chileno *Galvarino*, que antes fué el bergantín de guerra británico *Hecate*, primer buque que tuvo á su mando mi marido y en el cual hice con él la navegación de los mares de las Indias Orientales. ¡Doce años han transcurrido desde entonces!

Hemos encontrado al *Blossom*, de la armada de su majestad. Creo que su comandante, capitán Vernon, se hará cargo mañana del mando de este buque.

Se hallan también aquí los buques de los Estados Unidos *Franklin* y *Constellation*.

En cuanto el comodoro Stewart avistó al *Doris*, que se acercaba con su bandera izada á media asta, se apresuró á ofrecer todos los auxilios y servicios que el buque pudiera necesitar, y cuando supo que yo me encontraba á bordo, volvió con Mrs. Stewart á hacerme una visita y á ofrecerme un camarote en el *Franklin*, si yo prefería quedarme aquí hasta que encontrara una habitación en tierra.

Lunes 29.—Hoy ha sido un día de prueba. Muy de mañana llegaron á bordo los sirvientes del capitán para preparar el camarote para el recibimiento de su jefe. Que lo que ha de suceder, suceda cuanto antes, tal es mi pensamiento.

Poco después del almuerzo, el capitán Ridgely, de la fragata de los Estados Unidos *Constellation*, estuvo á hacerme una visita con la señora y la señorita Hogan, que son la esposa y la hija del cónsul americano, para ofrecerme todos los auxilios que estuviesen en sus manos, y me dijo que el comodoro había retardado el viaje de su fragata, la *Constellation*, que iba á doblar el cabo de Hornos, á fin de que pudiera llevar cartas de la *Doris* y que lo retardaría más todavía si yo deseaba aprovechar la oportunidad para regresar á mi hogar inmediatamente. Le agradecí mucho la oferta, pero no la acepté. Siento que no tengo salud ni ánimo para hacer un viaje tan luego.

Inmediatamente después vino á bordo el gobernador del puerto, don José Ignacio Zenteno, con dos oficiales, á hacerme una visita de condolencia y de respeto. Me dijo que había reservado un sitio en la fortaleza, donde yo podría sepultar los restos de mi esposo, lejos de mi vista, y con todas las ceremonias y honores que nuestra iglesia y nuestro servicio prescriben, y prometió el concurso de su

tropa, etc. Todo esto es muy bondadoso y es muy liberal.

A las cuatro de la tarde me trajeron la noticia de que la señora Campbell, una dama española casada con un comerciante inglés, me recibiría en su casa hasta que pudiera encontrar una habitación, y momentos después desembarqué.

Difícilmente puedo darme cuenta cómo dejé el buque, ni cómo atravesé el puente donde apenas un año antes había sido tan bienvenida con sentimientos y esperanzas bien diversas.

Hace ya dos horas que estoy en tierra. La señora Campbell tiene la bondad de dejarme en libertad para estar sola, atención que estimo como la más delicada que puede ofrecerme.

Abril, 30.—Esta tarde la he pasado en mi ventana mirando hacia la bahía. La falúa del capitán de la *Doris* trajo á tierra los restos de mi indulgente amigo, compañero y esposo. Acompañábanlos toda su gente y las tripulaciones del *Blossom* y de los buques americanos, con sus banderas unidas y entrelazadas con las de Inglaterra y Chile; sus músicos tocaban juntos los himnos adecuados al sepelio del hombre puro de corazón; la comitiva era numerosa y se habían agregado á ella muchos que pensaban en los que ya no existen, y muchos otros que deseaban manifestar su respeto á nuestro país; todo, en verdad, me hace creer, y así lo creo, que se hizo cuanto pueden desear los sentimientos piadosos de nuestra naturaleza para los que se van, y si tales cosas pueden aliviar un pesar como el mío, ellas no han escaseado.

Pero mi inteligencia se ha prosternado delante de aquel en cuyas manos están las fuentes de la vida y de la muerte. Sé que no podré quedarme atrás por mucho tiempo, por más que se prolongue mi vida hasta los últimos extremos de la existencia humana.

Y confío que, cuando se me llame á otra existencia, podré decir: "¿Oh, muerte, dónde está tu arma? ¿Oh, tumba, dónde está tu victoria?"

Mayo, 6.—He pasado muy mal; mientas tanto mis amigos me han buscado una casita á alguna distancia del puerto, y me preparo para mudarme.

9 de Mayo de 1822.—Tomo posesión de mi casita de Valparaíso y siento un indescriptible placer al encontrarme sola y en medio de un gran silencio.

Teniendo que ir y volver dos veces de mi casa á la de la señora Campbell, he visto todo lo que hay que verle por fuera á la ciudad de Valparaíso. Es un lugar que se extiende á lo largo, construído al pie de áridos cerros que dominan el mar y se avanzan tanto hacia él en algunas partes que apenas dejan trecho para una angosta callejuela, y se abren en otras hasta permitir dos plazas regulares, una de las cuales sirve de mercado, y tiene á un costado la casa del gobernador, que se halla espaldeada por una pequeña fortaleza que corona una colina. La otra plaza se ve honrada por la iglesia matriz, que como aquí no hay obispado, hace las veces de catedral.

De estas plazas arrancan varias quebradas, llenas de casas, que albergan á la mayor parte de la población, la cual se me ha dicho que llega á 15.000 almas. Un poco más lejos se halla el arsenal, que contiene algunos elementos para la construcción de botes y la reparación de buques, y que ofrece una pobrísima apariencia, y más lejos todavía, el fuerte, que termina el puerto por ese lado.

Al oriente de la casa del gobernador la ciudad se extiende medio cuarto de milla ó poco más, y entonces se juntan sus suburbios con el barrio del Almendral, situado en una extensa llanura arenosa, pero fértil, que dejan los cerros más apartados entre su pie y el mar.

El Almendral se extiende como más de tres millas á lo largo, pero es muy angosto; las casas, como casi todas las de la ciudad, son de un piso. Su construcción es de ladrillos sin cocer, que llaman adobes, y están blanqueadas y techadas con tejas coloradas.

Hay en el barrio dos iglesias; la de la Merced tiene

muy regular aspecto, y dos conventos, fuera del hospital, que es una fundación religiosa.

El Almendral está lleno de planteles de olivos y de huertos de almendros, de donde le ha venido su nombre; pero, si bien es el barrio más agradable de la ciudad, no lo consideran muy seguro para vivir en él sin peligro de ser robado y asesinado, por lo cual causó más asombro que aprobación mi propósito de alquilar una casa casi al fin del barrio.

Por mi parte, me siento muy tranquila, porque creo que nadie roba ó mata sin tentación y sin provocación; y como no tengo nada para tentar á los ladrones, no he de provocar tampoco á los asesinos.

Mi casa es una de los más acabados tipos de las viviendas chilenas. Consiste en un pequeño zaguán á la entrada y una espaciosa antesala de 16 pies cuadrados, á un extremo del cual se abre una puerta que da á un obscuro dormitorio; en el zaguán hay una puerta que da acceso á otra pieza más pequeña.

Este es el cuerpo principal de la casa, que tiene al frente un espacioso balcón con vista al Sur-Oeste. Casi inmediata está la pieza de sirvientes, y á corta distancia la cocina. El propietario, que negocia en caballos, tiene en los alrededores algunos establos y cuadras para ellos y para los bueyes, y varias casas para su familia y sus peones, y ademas un despacho.

Al frente de la casa hay un jardín que desciende hasta el estero que me separa del Almendral, plantado de manzanos, perales, almendros, parras, duraznos, naranjos, olivos y membrillos, y además de calabazas, melones, repollos, papas, habas y maíz y unas cuantas flores; detrás de la casa se alza abruptamente un cerro rojizo y pelado. Crecen en él algunos arbustos muy hermosos, y por su falda transitan constantemente las recuas de mulas que traen la leña, el carbón y las legumbres al mercado de Valparaíso.

El interior de la casa es aseado, las murallas son blan-

queadas y el techo entablado, porque los cielos de estuco no soportarían los frecuentes temblores, de los cuales hemos tenido en la noche uno bastante recio.

Ninguna casa de Valparaíso de la clase media ostenta más de una ventana, sin vidrios, resguardada por lo general con barrotes de madera tallados ó con rejas de hierro. Por lo demás, esta ventana le toca á la antesala, de manera que el dormitorio está perfectamente á obscuras.

Me considero muy afortunada con que el mío tenga puertas, pero como no hay ninguna entre el zaguán y la antesala, me he permitido colgar una cortina, con gran asombro de mi patrona, que no puede comprender cómo no encuentre entretenido observar los movimientos de los sirvientes y de las visitas que pueden estar en las piezas de afuera.

Mayo 10.—Gracias á mis amigos de tierra y de la fragata, estoy ahora muy confortablemente instalada en mi reducido *home*. Todo el mundo se ha portado muy atento conmigo; un vecino me presta caballo, otro, tal utensilio que necesito; ni la nacionalidad ni las costumbres hacen diferencias. He llegado aquí habiendo menester de bondad y de ternura y las he recibido de todos.

Me agrada mucho vagar por el cerro que está detrás de la casa, desde el cual se domina el hermoso panorama del puerto y de los cerros vecinos. Carece totalmente de cultivo, y en la mejor estación apenas crece algún pasto para las mulas y caballos. En la actualidad, casi todos los arbustos están sin hojas y no crece ninguna hierba. Pero las variedades de plantas y arbustos vivaces están todavía bastante verdes para recrear la vista.

Algunos de ellos, como la lobelia, conservan todavía algunas flores anaranjadas ó escarlata, y hay varias plantas parásitas cuyas flores, exquisitamente hermosas, adornan las desnudas ramas de los arbustos deshojados, y cuyas vivaces hojas verdes, con sus flores rojas y amarillas, avergüenzan el severo color gris de los olivos, cuyos frutos comienzan á madurar.

La rojiza cumbre del cerro se presenta surcada aquí y allá por largas vetas de mármol y espato, y en sus faldas están señaladas las profundas huellas de los torrentes invernales; en el lecho de éstos he encontrado unas piedras verdes de apariencia muy pulida y pedazos de cuarzos y granitos. Una de estas quebradas la trabajaron cierta vez por oro, pero la cantidad encontrada fué tan poco apreciable que el propietario no vaciló en abandonar la aventura y dedicarse á cultivar la chacra que está junta á la mía y que le rinde mejor producto para atender á su familia.

Suelo ir á dar un paseo por esa chacra, donde encuentro, á más de las frutas que hay en la viña, higos, limones y granados y los cercos llenos de rosas blancas. La señora de la casa es pariente cercana de mi patrona, y se ocupa en lavar, lo que de ningún modo significa que ni su rango ni sus pretensiones sean tan bajas como las de una lavandera europea. Su madre era dueña de no menos de ocho chacras; pero como ella tiene por lo menos noventa años, aquello debe haber sido unos cien años atrás, cuando Valparaíso no tenía la extensión que ahora, y por consiguiente cuando las chacras eran menos valiosas.

Sin embargo, la señora era una gran propietaria de tierras; pero, conforme á la costumbre de aquí, la mayor parte de éstas sirvió para dotar á una numerosa familia de mujeres, y se me ocurre que alguna parte sirvió también para pagar el oro que se encontró en quebrada de la hacienda.

Al verme en su jardín, la anciana señora me invitó cortésmente á entrar. El corredor del frente de la casa es igual al que hay en la mía, pavimentado con ladrillo de nueve pulgadas y sostenido con macizos pilares de madera, que la fantasía de los arquitectos chilenos ha tallado con cierto gusto. Allí encontré dos niños de los más hermosos que he visto y una jovencita muy donosa, que son nietos de la vieja señora.

Todos se levantaron del banco en que estaban sentados y corrieron á recibirme, manifestándome la mayor amabilidad. Uno de los niños corrió en busca de su madre, el otro fué á coger un manojo de flores para mí, y Juanita me condujo á la casa, obsequiándome unos hermosos claveles. Del jardín pasamos inmediatamente á la sala, donde conforme á la costumbre, una estrecha ventana enrejada dejaba pasar una luz muy escasa.

Al lado de la ventana, un largo banco cubierto con una especie de grosero tapiz de Turquía, hecho aquí, ocupa casi todo el largo de la pieza, y adelante hay una plataforma de madera, que llaman *estrado,* que se levantan unas seis pulgadas del suelo y tiene cerca de cinco pies de ancho, cubierto con un tapiz de la misma clase; el resto del piso es de ladrillos pelados.

Una hilera de sillas de respaldo alto ocupa el costado opuesto de la pieza. En una mesa que hay en un rincón veo una curiosidad religiosa, como para niños, cubierto bajo un fanal de vidrio, es un pequeño Jesús, de cera, de una pulgada, que retoza en las faldas de una Virgen de cera, rodeados por José, los bueyes y los asnos, todo del mismo material, y decorado con musgo y conchillas!

Al lado observo un jarrón con flores muy hermosas, dos utensilios de plata, de formas muy bonitas, que tomo al principio por accesorios religiosos, después por tinteros y que, finalmente, descubro que uno es el cenicero en que las jóvenes queman pastillas olorosas para perfumar sus pañuelos y sus mantos, y el otro es la taza que sirve para contener la infusión de hierba del Paraguay, que llaman *mate* comúnmente, y que todo el mundo bebe, ó más bien dicho, chupa aquí.

La hierba tiene el aspecto de hojas secas de sen; se pone una corta cantidad en la tacita, con un poco de azúcar, y á veces con una cascarita de limón, se le echa el agua hirviendo, y al instante se chupa por medio de un tubo de unas seis pulgadas de largo. Este es el gran lujo de los chilenos, tanto hombres como mujeres.

Lo primero, en la mañana, es un mate; lo primero, después de la siesta de la tarde, es también un mate. Todavía no le he probado, y me halaga muy poco la idea de usar el mismo tubo de que se ha servido una docena de personas.

Me impresionó mucho la presencia de mi venerable vecina, que aunque encorvada por los años no presenta otras señales de enfermedad; su paso es rápido y ligero, y en sus grises ojos chispea la inteligencia. Siguiendo la costumbre del país, lleva descubiertos sus cabellos plateados, que le cuelgan por la espalda en una gruesa trenza; usa una camisa de hilo, recogida muy arriba del pecho y cuyas mangas le llegan hasta las muñecas; la enagua es de un género de lana blanca, y el vestido, de lana de color, es una especie de chaqueta cerrada, á la cual va unida una pollera llena de plegados y adornada con una doble corrida de botones al frente.

Un rosario le cuelga sobre las faldas, y lleva siempre puesto el manto ó el pañuelo, que las demás se ponen solamente cuando tienen que salir á la calle ó hace mal tiempo. El vestido de la nieta no se diferencia mucho del de una francesa, sólo que el manto hace inútiles los sombreros, cofias y capotas.

Las jóvenes, sea que se arreglen el pelo con peinetas ó que lo dejen colgando en trenzas, son muy amigas de adornarse con flores naturales, y es muy común verlas con una rosa ó un junquillo prendido detrás de la oreja ó en los aretes.

Después de estar algún rato en la casa acepté la invitación de Juanita para ir á pasear por la huerta; parte estaba ya plantada de papas y parte estaba arándose para cebada, que la cortan en hierba para forraje.

El arado es una herramienta de lo más rudo, tal como los españoles lo trajeron aquí hace trescientos años: un codo de madera reforzado en una punta por una plancha de fierro, forma el arado, en el cual se fija, por medio de cuñas, una pértiga ó palo largo; amarrada la pértiga al

yugo de los bueyes, comienzan éstos á arrastrar el arado por el suelo, escarbando apenas la superficie.

Lo que es un rastrillo, no lo he visto ni oído hablar de él. Con lo que se le reemplaza ordinariamente es con un atado de ramas, que arrastra un buey ó un caballo, y si no tiene bastante peso, se le agregan piedras ó el peso de uno ó dos hombres.

Las calabazas, lechugas y repollos se cultivan con más cuidado; se forman surcos para su cultivo con las azadas de madera originales del país ó con palas de hierro de mango largo y forma parecida. El trabajo más considerable, sin embargo, es el que se consagra á la irrigación de las fincas, cosa indispensable con ocho meses de sequía. Una multitud de pequeños canales cruzan el campo en todas direcciones, y las horas para darles el agua se regulan de acuerdo con sus necesidades entre los vecinos por cuyos terrenos pasa la corriente común.

En todas las chacras hay un huerto ó arboleda, pequeño sin embargo, y pocas son las que no tienen su pequeño jardín, donde se cultiva la mayor parte de las plantas de flores conocidas en Inglaterra. El altramuz perenne y el anual son aquí plantas rústicas. Las plantas bulbosas originarias del país sobrepasan en belleza á muchas de las nuestras; sin embargo, las extranjeras son tratadas con injusta preferencia.

Las rosas, claveles y jazmines son justamente apreciadas: la clavelina y el escaramujo olorosos son escasos, y la madreselva no se consigue; á la escabiosa la llaman aquí flor de la viuda, y los niños me la traen á manos llenas.

Desde el jardín pasamos al lavadero, donde encontré una gran fogata de carbón encendido á la orilla de un lindo arroyuelo. En el fuego había un gran tiesto de cobre lleno de agua hirviendo, en la que flotaba una hoja de *tuna (cactus ficus Indians)*, planta á que se atribuye la propiedad de aclarar y suavizar el agua. Al lado había una ancha tinaja de greda, que me pareció que estaba

llena de burbujas de jabón, pero que luego vi que no tenía nada de jabón común.

El árbol llamado quillai, que es muy común en esta parte de Chile, da una corteza dura y rugosa, tan llena de materia jabonosa, que si se pone un pedazo envuelto en un trapo, se le humedece y después se le golpea entre dos piedras, produce lavaza, como el mejor jabón, de una calidad superior para desmanchar.

Con ella se lavan todos los vestidos de lana, y tanto la seda como la lana adquieren con su uso un tinte tan fresco como si fueran nuevos. Pedí un pedazo de la corteza seca; la parte interna está salpicada de cristales muy menudos, y el gusto es muy parecido al de la soda.

Durante mi regreso á casa desde el lavadero tuve ocasión de ver algunos ejemplares de los vehículos que se usan en Chile. Las ruedas, el eje, la cama, todo está ajustado sin un clavo ni ningún pedazo de hierro. Las ruedas se componen de un doble círculo de madera, dispuestos de modo que las junturas del uno quedan cubiertas por el otro, y las de éste están ajustadas con fuertes clavijas; el resto es de una sólida armazón de madera amarrada con tiras de cuero, que, puestas frescas, al secarse se contraen y endurecen y forman la más segura de las ligaduras.

Tanto el piso de los coches como el de las carretas es de cuero; las carretas tienen un toldo de coligües y de paja muy bien trenzado; el del coche es comúnmente de lona pintada, cosida en una ligera armazón, con asientos á los lados y la entrada por detrás.

El coche es tirado generalmente por una mula, si bien con frecuencia se emplean bueyes para el objeto; para las carretas se emplean siempre los bueyes, enyugados como para el arado. Estos animales hacen el viaje de aquí á Santiago, ó sea unas noventa millas, con una carreta cargada, en tres días.

Los bueyes son aquí tan hermosos como no los he visto en parte alguna del mundo; las mulas también son par-

ticularmente buenas. Excusado es decir cosa alguna de los caballos, que por su belleza, fuerza é inteligencia no tienen rival, no obstante su pequeño porte.

11 de Mayo.—Tentada por la sorprendente belleza del tiempo y la suave frescura del aire, he salido esta mañana á seguir el curso del pequeño estero que riega mi jardín, en busca de su fuente. Después de faldear el cerro un buen trecho, siempre mirando hacia un fértil valle y de vez en cuando echando una ojeada á la bahía y metiéndome entre los árboles frutales, sentí el sonido de una caída de agua, y al dar vuelta rápidamente el ángulo de una roca me encontré en una quebrada llena de grandes peñascos de granito, que el hermoso torrente, al saltar de peña en peña, había despojado de su arcilla, yendo después á caer en un pequeño lecho de arena en que relucían algunas partículas de mica con el fantástico brillo del oro.

En este mismo punto, que los arrayanes hacían casi inaccesible, una espesura boscosa detenía parte del estero en su caída y lo echaba al canal trabajado en el cerro para el servicio de las tierras de cultivo de ese lado; el resto del estero corre hacia el camino de Santiago, donde, encontrándose con varios otros pequeños riachuelos, baña el otro lado del valle y encuentra su curso hacia la playa donde se vacia en el mar, formando una barra de arena, junto á una caleta llena de casas de pescadores.

Subiendo un poco más por la quebrada, encontré en la cumbre de la caída de agua un lecho de mármol blanco en medio del opaco gris de la roca, y á cierta distancia de él, medio oculta por los arbustos, el agua formaba mil caídas entre los tupidos helechos y las campestres flores; de los argentinos manantiales se esparce grata frescura, y sus caprichosos chorros surgen de las fuentes de granito para llevar la vida y ofrecerse chispeantes á nuestra sed.

Pero en este valle, como en todos los que están inmediatos á Valparaíso, los árboles escasean. Los arbustos, sin embargo, son muy hermosos y se presentan aquí y allí

mezclados con el áloe chileno *(Pourretia coarctata)* y los cardos silvestres, que alcanzan una altura considerable. Entre las humildes flores noté algunas variedades de las hierbas comunes de nuestros jardines: alcaravea, hinojo, salvia, tomillo, menta, ruda, zanahoria silvestre y varias clases de acederas. Pero no estamos en la estación de las flores; en una que otra parte se divisa una fucsia solitaria y una andromeda. No me hacen falta las flores; la sola sensación del aire libre, la verdura, la luz viva del sol me bastan para gozar intensamente con este mi primer paseo campestre después de tanto tiempo que he pasado en el mar.

Viernes 17 de Mayo.—Tres días de neblina y de lluvia nos previenen de la partida del tiempo seco y, en consecuencia, el dueño de la casa ha mandado trabajadores para arreglar el techo para el tiempo húmedo que va á llegar. Esto me ha dado oportunidad para iniciarme en todos los misterios de la albañilería y arquitectura chilena, ó sea de la manera de edificar que hay aquí, sea cual sea la denominación que se le dé. Los pobres campesinos viven en chozas semejantes á las viviendas primitivas de todos los países; pero, construídas con menos cuidado aquí, donde el clima es tan suave y la temperatura tan igual, que con tal que el techo resista bien las lluvias no importan gran cosa las murallas. Estas chozas se hacen con estacas enterradas en el suelo y unidas entre sí por medio de palos transversales, amarrados con *soga* ó cordel, hecho con cáñamo del país, ó con correas. Algunos sólo tienen una espesa muralla de ramas de arrayán ó de hinojo, que algunos rellenan con arcilla en sus aberturas, blanqueando las paredes unas veces con cal, que los habitantes saben preparar con los yacimientos de conchas descubiertas en el país desde antes de la invasión de los españoles, sea con una especie de ocre blanco, que es muy fino y se encuentra en grandes mantos en diversas partes del país. Los techos son de construcción más solida y tienen, generalmente,

sobre las vigas de soporte un techo de ramas revocado con barro y cubierto con hojas de palma tejera, que es muy común en los valles de Chile. Empléase también para los techos el hinojo, la caña y cierto pasto bastante largo y bonito. Por pobre que sea la casa, siempre tiene, sin embargo, una construcción separada para la cocina.

Las casas mejores, la mía, por ejemplo, tiene murallas muy sólidas, muchas veces de cuatro pies de espesor, construídas de adobes de diez y seis pulgadas de largo, diez de ancho y cuatro de grueso.

Tanto los adobes como la argamasa ó barro que sirve para asentarlos, se hacen de tierra común, que se prepara con este objeto en la vecindad.

Cuando una persona desea edificar, hace una excavación en el cerro vecino y humedece la tierra suelta hasta que adquiere la consistencia y suavidad requeridas; entonces se le agrega una cantidad de paja picada y se le vuelve á pisar hasta que la paja queda igualmente distribuída en la masa, que queda muy sólida. A los adobes se les da forma en unos moldes de madera, y en seguida se les pone á secar á la sombra, y por fin se les hace endurecer á todo sol.

Después que están construídas las murallas, se las deja asentarse algún tiempo antes de colocar las vigas, porque el techo es, en realidad, un peso formidable.

Una espesa cubierta de ramas, con hojas y todo, se amarra primero con cordeles á las vigas, llenándose cuidadosamente los huecos con coligües; sobre todo esto se extiende una capa de mezcla, ó más bien de barro, de cuatro pulgadas de grueso por lo menos; en el barro se colocan tejas redondas, con una mezcla de cal para pegarlas en hileras; de esta mezcla se da una mano más delgada sobre el revoque de barro, tanto por dentro como por fuera de las casas.

Los edificios de adobes y las habitaciones rústicas que tienen tejado y cuyos muros están revocados por dentro y fuera se denominan casas; las demás se llaman ranchos,

generalmente. La palabra rancho suele aplicarse también al grupo de habitaciones que sirven de residencia al campesino chileno.

Todo está aquí tan atrasado con respecto á las conveniencias y mejoras de la vida civilizada, que si no recordásemos el estado de los *high-lands* de Escocia hace setenta años, sería de no creer que este país haya estado por más de tres siglos en poder de un pueblo tan culto y tan brillante como era el pueblo español en el siglo XVI, cuando tomó por primera vez posesión de Chile.

Las únicas prendas de vestir que se venden públicamente en Chile son zapatos, ó más bien zapatillas, y sombreros. Esto no quiere decir que no se puedan comprar también géneros de Europa ó vestidos para las clases superiores, puesto que desde la apertura del puerto son tan comunes en Valparaíso las tiendas para la venta al detalle de toda clase de artículos europeos como en cualquier ciudad del mismo porte en Inglaterra. Es que las gentes del país conservan todavía la costumbre de hilar, tejer, teñir y hacerse todas las cosas para su uso en su misma casa, excepto los zapatos y sombreros. La rueca y el huso, la devanadera, el telar, especialmente este último, son de la más simple y grosera construcción; y el mismo telar, construído con unos cuantos palos cruzados, sirve para tejer la camisa ó los calzones de lienzo, la chaqueta de lana y la manta, lo mismo que la alfombra ó tapiz que se extiende en el estrado, en la cama, en la silla, y se lleva á la iglesia como lleva el musulmán su estera á la mezquita para arrodillarse en ella á recitar sus oraciones.

Las hierbas y raíces del país proporcionan abundantes y variadas tinturas, y pocas son las familias que no tengan una mujer entendida en las propiedades de las plantas, sean medicinales ó para teñir. La corteza de quillai se usa constantemente para limpiar y restaurar los colores.

El traje de los hombres de Chile se parece al de los campesinos del Sur de Europa: camisa y calzoncillos de

lienzo, chaqueta, chaleco y calzones cortos de paño con franjas de color en las costuras, abiertos y desabotonados en la rodilla para dejar ver los calzoncillos. En la vecindad de Valparaíso, sin embargo, está prevaleciendo el uso de los pantalones largos.

La clase decente entre los hombres usa medias blancas de algodón ó de lana y zapatos de cuero negro; los hombres de condición inferior rara vez usan medias, y en vez de zapatos se ponen suecos de palos ó bien *ojotas*, pedazos de cuero cuadrados y ajustados al pie, y á los cuales se les da forma amarrándolos á una horma mientras están frescos todavía. El pelo se usa dispuesto en una gruesa trenza que cuelga por detrás, con un pañuelo de colores amarrado á la cabeza y encima un sombrero de paja afianzado con un lazo negro. En algunos departamentos se usan sombreros de fieltro negro; en otros, unos altos bonetes.

Cuando el chileno monta á caballo, cosa que hace cada vez que la ocasión se le presenta, usa como abrigo el poncho, que es una prenda de vestir exclusiva de la América del Sur: es un pedazo de paño cuadrado con una abertura en el centro, lo bastante ancho para dejar que pase la cabeza, y en particular es muy conveniente para andar á caballo, porque deja los brazos libres y proteje completamente el cuerpo.

Un par de toscas polainas de paño, muy sueltas, que llegan hasta más arriba de la rodilla, amarradas con tiras de colores, defienden las piernas, y un enorme par de espuelas con rodajas de tres pulgadas de ancho completa el equipo de un jinete. Estas espuelas son á veces de cobre, pero el mayor orgullo de un chileno es tener de plata los estribos y los adornos de las riendas. Las riendas se hacen ordinariamente de correas trenzadas, muy bien trabajadas, y terminan en un ramal de cuerdas, también de correas trenzadas, que sirve de látigo. El freno es sencillo, pero muy severo.

La silla consiste en una armazón de madera colocada

sobre ocho ó nueve pedazos de paño, de alfombra y de pellejos, y sobre esta armazón van todavía unos cuantos cueros, peinados y teñidos de azul, de castaño ó de negro; sobre todo esto, los más acomodados usan una especie de cubierta de silla de cuero muy suave y bien armada; el todo va ajustado con una faja de cuero estampado amarrada con correas en lugar de hebillas. Algunos hacen grandes gastos en los paños, tapices y pellejos que requiere la silla, pero el material es en casi todos el mismo, de modo que un caballo ensillado parece que llevara una carga de pisos y alfombras.

Usualmente va amarrado á la silla el *lazo* ó cuerda de cuero trenzado que los colonos de la América española de ambos lados de los Andes manejan con singular destreza, sea para pillar el ganado ó para tomar prisioneros en la guerra. Los estribos, que completan estas monturas de tan peculiar apariencia, son á veces estribos sencillos de plata, que tienen presillas de plata en las aciones; pero cuando se trata de largos viajes por las montañas, son una especie de cajas talladas, muy pesadas, sumamente anchas, con el objeto de defender el pie contra las espinas y las ramas.

De vuelta de un corto paseo, tuve hoy oportunidad de ver un grupo de jinetes, jóvenes y viejos, que venían de los alrededores de Rancagua, ciudad situada casi al pie de los Andes, al Sur de Santiago, con un cargamento de vino y aguardiente. El licor es traído en cueros y á lomo de mulas.

No es raro ver unos 150 de estos animales arreados por 10 ó 12 peones á las órdenes del huaso ó hacendado, acampando á campo raso junto á las casas de un fundo inmediato á la ciudad. Varias de estas casas tienen un edificio separado, en el cual los amigos transeuntes dejan depositado el licor mientras van á los fundos vecinos ó á la ciudad misma en busca de clientes, á fin de no pagar peaje sin la seguridad de vender el vino.

Compré cierta cantidad para el consumo diario; es un

vino rico, de fuerza y algo dulce, capaz de mucha mejoría con una buena manipulación, é infinitamente preferible á todos los vinos del Cabo que he bebido, excepto el Constancia.

Lo pagué á razón de seis pesos por dos arrobas, lo que hace 3 $^{1}/_{2}$ peniques por botella. El aguardiente sería bastante bueno si no estuviera tan mal destilado y echado á perder ordinariamente con una infusión de anís. El licor que bebe comúnmente la clase baja es la chicha, descendiente en línea recta de aquella embriagadora chicha que los españoles encontraron que los salvajes poseían el arte de hacer, mascando varias clases de bayas y de granos y escupiéndolos en una gran tinaja, donde los dejaban fermentar.

Pero la demanda siempre creciente de la chicha ha introducido un método más limpio de prepararla, de modo que en la actualidad es algo como una cidra agria, elaborada en su mayor parte con manzanas y aromatizada con las diversas bayas que primitivamente componían por sí solas las chichas de los indios.

18.—Uno de los jóvenes amigos de la *Doris* que vienen todos los días á visitarme, me ha traído unas excelentes perdices cazadas por él mismo. Son algo más grandes que las de Inglaterra, y tan buenas como ellas cuando están bien guisadas, ó asadas, mejores todavía; pero las cocineras tienen aquí la costumbre de pelar las aves con agua caliente, con detrimento de la fragancia de la carne. Hay aquí varias especies de aves buenas para la comida, pero no hay faisanes ni codornices; pero tienen una multitud de enemigos, desde el cóndor y las diversas variedades de aves de rapiña, buitres, halcones y lechuzas, hasta el horroroso y pesado loro verde de Chile, que nunca se puede ver bien, excepto en la cuerda donde muestra la parte inferior, de plumas purpurinas y amarillas. Su cara es peculiarmente fea, porque tiene el pico de loro, muy achatado. Son grandes enemigos de los pajaritos cantores, cuyas notas y plumajes recuerdan los del pardillo, y que

son muy abundantes en estos alrededores. Hay también una especie de mirlo, cuyas notas son suaves, dulces, pero muy bajas, y un pajarillo descarado que repite solamente dos notas, algo parecido al sinsonte, que no se aparta nunca de los caminos; las golondrinas y los guainambies son muy abundantes, y los niños me dicen que han visto en los pantanos cigüeñas y grullas maravillosas, que no perderé la ocasión de ir á ver después de las lluvias. No sé si debo creer que los aborígenes chilenos poseyeran aves domésticas. Al presente son abundantes y excelentes, entre otras, los patos del país y extranjeros y los gansos. Los pichones no son muy comunes, pero se reproducen y domestican muy bien; este delicioso clima parece favorable para la producción de todo lo que se necesita para el uso y alimento del hombre.

Lunes 20 de Mayo.—El día de hoy es un triste día. La *Doris* zarpó esta mañana temprano y vuelvo á sentirme sola en el mundo; en ella se van las únicas relaciones, las únicas amistades que tenía en este extenso país. Cuando los amigos se separan, los que se van tienen menos que sentir que los que se quedan. Los primeros tienen el ejercicio del movimiento, los encantos de la novedad ó del cambio de situación por lo menos, y la ventaja de que los nuevos objetos que se le presentan á la vista no despertarán recuerdos ligados á las personas que echamos de menos; mientras tanto, el que se queda ve en cada objeto un recuerdo de los que se han ido: la voz tan conocida se echa de menos á la hora acostumbrada, y el paseo solitario trae una serie de pensamientos que nos produce la pena de sentir que estamos solos. En el curso del día, sin embargo, las caritativas obras y expresiones de mis nuevos vecinos y las amistosas atenciones del comodoro Stewart, del buque de guerra americano *Franklin*, y de su señora; del barón Macau, del buque de S. M. C. *Clorinda* y de otros, tanto ingleses como extranjeros, me persuaden de que siempre quedan alrededor mío muchos corazones generosos y mitigan la tristeza á que me deja-

ría llevar de otra manera. Sin embargo, no puedo olvidar que estoy viuda, desamparada, en un país extraño, separada de todos mis amigos naturales por distantes y peligrosos trayectos, sea que regrese por mar ó por tierra.

22.—Por primera vez, según creo, tenemos noticias del Perú, desde mi llegada. Un cuerpo de ejército del general San Martín ha sido sorprendido y destrozado por los realistas. La escuadra chilena, á las órdenes de lord Cochrane, ha vuelto al Callao, después de su difícil y peligroso viaje á Acapulco, habiendo echado los dos últimos buques españoles á los puertos patriotas, donde fueron obligados á rendirse; y se dice que San Martín ha ofrecido á lord Cochrane los más halagadores términos de reconciliación. Si comprende bien las cosas, puede que su señoría le preste oídos en pro de la causa; pero, personalmente, no depositará seguramente la menor confianza en él.

23.—Hoy, por primera vez desde que estoy establecida aquí, he salido á caballo á ver el puerto, y he tenido oportunidad de observar las tiendas, los mercados y el muelle, si este nombre puede dársele á la plataforma que hay delante de la aduana.

Las tiendas nacionales, si bien pequeñas, las encuentro generalmente más aseadas que las de la América portuguesa. En ellas se encuentran generalmente las sederías de China, Francia é Italia, los algodones de colores de la Gran Bretaña, los rosarios, amuletos y vidrios de Alemania. Los artículos del país rara vez se compran en las tiendas, porque los pocos que se fabrican son sólo para el consumo doméstico.

Las tiendas francesas contienen una rica variedad de la misma clase de artículos, y hay una modista francesa muy pasable, que con sus modales y sonrisas tan artificiales, en comparación con la graciosa sencillez de las jóvenes chilenas, no haría mala pareja con el maestro de baile francés de Hogarth. Las tiendas inglesas son las más numero-

sas. La mercería, la loza y los géneros de lana y algodón, son, naturalmente, los artículos principales.

Es divertido observar la ingenuidad con que los artistas de Birminghan se han amoldado á los rudimentarios gustos trasatlánticos. Los santos de bulto, las vistosas tabaqueras de oropel, los adornos de lujo, lo hacen á uno sonreir cuando los compara con la decente y elegante sencillez que tienen estas cosas en Europa.

Los alemanes proporcionan la mayor parte de cristalería de uso corriente, que es de mala calidad; pero lo mismo que los espejitos alemanes, que se compran principalmente como ofrendas votivas en las capillas, responden suficientemente á las necesidades del consumo chileno; los abalorios, peines, juguetes y perfumes ordinarios se encuentran también en las tiendas alemanas. Hay establecidos aquí algunos artesanos alemanes, y se hace notar principalmente un herrero mariscal, un tal Freit, cuya casita, hermosa y aseada, con su taller y su jardín, es un excelente modelo para los chilenos que se levantan.

En todas las calles se ven colgando las muestras de sastres, zapateros, talabarteros y posaderos ingleses; y la preponderancia del idioma inglés sobre todas las demás lenguas que se hablan en la calle, lo harían á uno creerse en una ciudad de la costa inglesa.

Los norteamericanos contribuyen en gran parte á esto: sus artículos, que consisten en materiales corrientes, harina, galletas y provisiones navales, los hacen necesariamente pasar ocupados más que cualquiera otra gente. Los artículos más elegantes de París y Londres se despachan generalmente sin abrirlos para Santiago, donde es naturalmente mayor la demanda de artículos de puro lujo.

Es asombroso el número de pianos importados de Inglaterra. Casi no hay casa en que no haya uno, y el gusto por la música es excesivo: muchas jóvenes tocan con destreza y gusto, aunque pocas se dan el trabajo de aprender por método, confiando enteramente en el oído.

En cuanto al mercado, no se ve en él la carne muy á menudo, por estar el matadero fuera de la ciudad, en el Almendral, desde donde se conducen las reses beneficiadas á las carnicerías, á lomo de caballo ó en carreta. Las carnes de buey, de cordero y de chancho son todas excelentes, pero el burdo método de cortarlas ofende la vista y el gusto de un inglés.

Unos cuantos ingleses, sin embargo, han establecido carnicerías, donde también se prepara carne salada, y uno de ellos ha hecho fundir últimamente bujías tan finas como las de Inglaterra, lo que es un positivo beneficio para el país. Las bujías comunes son verdaderamente desagradables y costosas, hechas con sebo sin refinar ni blanquear y con mechas groseras.

El mercado de pescado se surte con mucha deficiencia, por desidia, se me ocurre, porque el pescado es abundante y de excelente calidad. Hay algunos muy delicados, y uno de ellos, el congrio, es tan agradable como la mejor trucha-salmón, á cuyo gusto se asemeja; pero la carne es blanca, el pescado es largo, muy achatado hacia la cola y cubierto con una piel amarmolada de bellos colores blanco y rojo.

Hay varias clases de excelentes pescados que los habitantes secan lo mismo que los pescadores del Devonshire, siéndome desconocidos sus nombres, tanto indígenas como ingleses. Hay uno que, comido fresco, es tan bueno como el pez-gallo, al que se parece mucho exteriormente, pero que pasadas unas cuantas horas ya no se puede comer. En Frezier puede consultarse un buen catálogo de pescados.

Los mariscos son variados y muy buenos, particularmente una variedad muy abundante, llamada loco, y unas jaivas admirables, de forma redonda.

De las provincias del Sur se trae con frecuencia una abundante variedad de ostras, y las rocas de Quinteros proporcionan el pico, que es el marisco más delicado, sin excepción, que he probado.

Las legumbres y frutas del mercado de Valparaíso son excelentes en su clase, pero el estado de atraso en que se halla aquí la horticultura, como tantas otras cosas, hace que dejen mucho que desear. Aquí las frutas se dan, á pesar del descuido con que se las trata, y aun cuando no estamos en la estación de las frutas frescas ó verdes, las manzanas, las peras y las uvas, los duraznos y las cerezas secas, los higos y la abundancia de naranjas, limones y membrillos, prueban que sólo hace falta el cultivo para mejorar todas las frutas á perfección.

En cuanto á los vegetales de cocina, los primeros y mejores son las papas, que son originarias de este suelo y de primera calidad. Hay coles de toda especie, lechugas, inferiores sólo á las de Lamberth; unos cuantos nabos y zanahorias, que recién comienzan á cultivarse aquí; toda clase de calabazas y melones; cebollas que son una perfección, y sus variedades de cebolletas, ajos y chalotas; para la estación me han prometido coliflores, porotitos verdes, habas francesas, apio y espárragos. Las habas francesas son, naturalmente, de lo mejor; granos secos, hay los fréjoles, los faggioli de Italia y los haricots de Francia.

En cuanto á las aves de corral son bastante buenas de por sí; pero un pollero de Londres se sorprendería no poco ante el estado en que se presentan al mercado. Todo se trae á mula ó á caballo á la ciudad. Las frutas, en árguenas cuadradas, hechas de mimbre, ingeniosamente trenzadas y tejidas, y las legumbres en una especie de cambuchos, hechos también de mimbre, que en realidad sirve para casi todos los objetos: canastos, cestas, cambuchos, puertas, pisos, bateas para acarrear mezclas, en una palabra, todo se hace ocasionalmente con él.

Fuera de estos artículos de consumo ordinario, la gente del pueblo expone en venta ponchos, sombreros, zapatos, tejidos groseros, útiles de greda y algunas veces jarros de greda fina de Melipilla ó de Penco y tacitas del mismo material para tomar *mate*.

El pueblo rodea los puestos con un aire de verdadera importancia, fumando y retirándose algunas veces un poco al interior, donde el sabroso olor que se exhala y el chisporroteo de la grasa hirviendo hace saber á los transeuntes que allí pueden encontrar frituras dulces y sabrosas; además no escasean las copas de vino ó aguardiente para mejorar la merienda.

Pero el mayor regalo para la gente del mercado consiste en un surtidor de excelente agua que cae á una tosca fuente de granito desde la boca de un león horroroso empotrado en la muralla de la casa de gobierno, más bien dicho, de la pequeña fortaleza que habita el gobernador. El agua no escasea en los alrededores de Valparaíso, pero está muy mal distribuída para servir á las necesidades domésticas y para la aguada de los buques de la bahía. La fuente más ventajosa es un bonito y abundante estero que va á desembocar en una punta de la bahía, pero corre inmediato al hospital y hay, por lo tanto, cierta prevención contra él. Además, he oído decir que este estero no tiene agua constantemente. Hay además otro que no tiene este defecto, en el cual se paga una pequeña suma por cada vasija, grande ó chica, que se llena, y me parece que los buques de guerra ingleses llenan usualmente sus estanques aquí.

De vuelta de mi excursión por las tiendas, pasé donde el boticario (porque no hay aquí más que uno) para comprar un poco de azul, que con gran sorpresa mía supe que sólo ahí podía procurarse. Su vista me hacía pensar en un boticario del siglo XIV, porque es de un aspecto mucho más anticuado que los que he visto en Francia y en Italia.

El hombre tiene cierto gusto por la historia natural, de manera que á más de sus tarros de medicinas pasadas de moda, rotulados con signos cabalísticos, confusamente revueltos con paquetes de medicinas de patente de Londres, hierbas secas y sucias vasijas de greda, hay cabezas de pescado y cueros de serpiente.

En un rincón se ve un gran cóndor arrancando la carne de los huesos de un cordero; en otro, un monstruoso carnero que tiene una pata de más, que le nace en la frente; y hay gatos, papagallos, pollos, etc.; todo junto produce una combinación de antiguo polvo y de reciente mugre que excede por mucho á cuanto he visto. "Inglaterra, con todas tus faltas, siempre te quiero", decía Cowper en su casa, y lord Byron en Calais. Por mi parte, creo que si cualquiera de ellos hubiera estado en Valparaíso, habría olvidado que hubiera faltas en Inglaterra.

Es muy lindo, muy encantador leer relaciones de deliciosos climas y de arboledas de mirto y de habitantes inocentes y sencillos que tienen pocas necesidades; pero como el hombre es un animal nacido con disposiciones sociales y de adelanto, es realmente muy desagradable tener que dar sus pasos retrogradando á un estado que hace menospreciar las bendiciones del clima y que se encuentre menos bienestar en un palacio de Chile que en la choza de un labrador en Escocia. Bien dice el Espíritu: "No es bueno para el hombre vivir solo. Mientras yo tenía otro ser con quien comunicarme, yo siempre veía el lado más hermoso de toda escena; pero ahora sospecho que va creciendo en mí esa presunción que mira con frialdad ó disgusto todas las cosas que no se conforman á mis propios gustos ó ideas y que sólo ve las tristes realidades de las cosas." La poesía de la vida no está en todo, y comienzo á sentir que las pinturas de Grabbe son más verídicas que las de lord Byron.

Domingo 27 de Mayo.—Tentada por la belleza del día y por el deseo de ver nuevamente algunos árboles rústicos, porque á las inmediaciones de Valparaíso no hay más que árboles frutales, resolví dar un paseo á caballo é invitar á mi criada á lo mismo. La dificultad consistía en obtener montura para ella, porque yo tenía solamente una silla. Sin embargo, ella se acomodó en una albarda de las que usan las mujeres del país para cabalgar en lo que llamaríamos el anca del caballo, y nos metimos

resueltamente por la Zorra ó Sierra que espaldea la ciudad. Seguimos unas cuantas millas en el camino de Santiago, y entonces nos internamos en un delicioso valle llamado el "Cajón de las Palmas", que es parte de la hacienda del mismo nombre que depende de la Merced.

Durante la primera media milla bajamos una escarpada colina, que no ofrecía otras hierbas y arbustos que los que habíamos dejado en el camino real; pero cuando llegamos á un hermoso esterito que salta de piedra en piedra, ora formando cascadas de miniatura, ora pequeños lagos entre el espeso pastito, nos encontramos con arbustos de mayor crecimiento; y mientras nos emboscábamos en medio de ellos, la fragancia que exhalaban sus hojas me traían al pensamiento el recuerdo de las enramadas que describe Milton en el *Paraíso perdido.*

Las variedades de laurel y arrayán son de las más notables, y hay gran abundancia de otros árboles y arbustos, cuyas hojas, en su mayor parte, despiden un delicado aroma al restregarlas.

Uno de los más grandes y más hermosos es el canelo, ó falso cinamomo, que se usa en medicina, tanto por los españoles como por los indios, y cuyas propiedades son muy parecidas á las del verdadero cinamomo del Oriente.

Es además un árbol de interés en lo que se relaciona con la historia y las supersticiones de los indígenas. A su sombra los indios de Chile ofrecían los sacrificios á sus divinidades é invocaban á Pillan, el supremo juez; creo que todavía lo veneran algunas tribus indígenas. Mojan las ramas de este árbol en la sangre de los sacrificios y con ellas rocian y consagran los sitios de reunión; además se usan las mismas ramas como señales de paz y, en consecuencia, les son dadas á los embajadores para la celebración de los tratados. Hace aquí el canelo el papel que entre los druídas hacía la encina, y su belleza, su fragancia y su extendida sombra le compensan en agrado lo que le falta de la grandeza del rey de los árboles.

Después de andar á caballo algún tiempo, parte por

el lecho del río, parte por sus suaves márgenes, llenas de verdura y en medio de fragantes arboledas, llegamos á un claro donde unas tres ó cuatro pintorescas viviendas, con jardines y algunos sembrados ocupaban un plancito rodeado de montañas escarpadas y boscosas, donde por primera vez se nos presentan las palmas que dan el nombre al valle.

Las huertas son bastante extensas, pero están casi enteramente plantadas de frutillas. Actualmente se están arando los campos, y el ganado pasta en los cerros vecinos; dos ó tres palmas se levantan en medio de las huertas de árboles frutales que rodean los jardincitos. Son diferentes de todas las demás variedades que he visto, y producen una nuez de la forma de la avellana, pero mucho más grande, la almendra se parece á la del coco y como ésta es lechosa cuando nueva, la hoja es más ancha, más gruesa y más rica que la palma cocotera y además es más aparente para techar con ellas, á cuyo uso la destina comúnmente aquí, recibiendo el nombre de "palma tejera"; las hojas inferiores se cortan todos los años y no se dejan más de unas dos ó tres de las superiores. Por este medio el derecho y elevado fronco se ve coronado por un capitel muy singular antes de que se ramifiquen las hojas, tan parecido á algunos de los capiteles de las ruinas del antiguo Egipto, que no podía dejar de imaginarme que contemplaba el modelo de su sólida y elegante arquitectura.

Esta palma difiere considerablemente de todas las que he visto en el mundo.

La altura de las que he visto más crecidas es de cincuenta á sesenta pies, y como á los dos tercios de esa altura el tronco se angosta considerablemente. La corteza se compone de anillos circulares nudosos y castaños; el tronco es siempre muy derecho y excede en circunferencia á todas las palmas que he conocido, excepto el "drago"; la envoltura que contiene la flor es tan grande que los campesinos la usan para guardar varios artículos domés-

ticos, y tiene una forma tan exactamente igual á las canoas de la costa que me parece que ha servido de modelo para su construcción.

No he visto la flor; pero como casi todas las de la especie, las flores hembras y machos se producen en diferentes plantas; los indígenas respetan más los árboles con cocos, cuyas hojas no cortan, ó por lo menos no pelan tanto como lo hacen con las plantas estériles.

Cuando el árbol llega á viejo, esto es, cuando se calcula que ha visto pasar unos ciento cincuenta años, los habitantes lo cortan y, aplicándole fuego, se le hace destilar un rico jugo que llaman aquí miel, que tiene un gusto entre el de la miel de abejas y el de la más fina almíbar. La cantidad que produce cada árbol se vende en 200 pesos. Algunas otras variedades de palmas que conozco producen una especie de azúcar.

El dátil es uno de ellos, pero recuerdo que en las Indias Orientales se acostumbraba barrenarlos. Intento insinuarle á algunos de mis amigos que prueben con este árbol si, como el verdadero cocotero y el "palmetto" de Adamson, y las cycas ó toddapana, soporta el barrenaje por medio del cual se destila el excelente arrack de las Indias Orientales. Pedro Ordóñez de Ceballos dice que los indios lo llaman maguey y hacen de él miel, vino, vinagre, tejidos, cuerdas y techos.

Después de detenernos algún tiempo, junto al primer grupo de palmeras, continuamos á caballo por el cajón, siguiendo el curso del estero, que á veces se desliza por un suave valle y otras entre montañas tan escarpadas que el sol á medio día no da en sus profundidades, donde los arbustos brillan todavía á esa hora con el rocío.

Cuando volvíamos, encontramos el primer piño de ovejas que he visto aquí. Son más bien chicas, la lana es delgada y fina, su valor actual es de dos á tres y hasta cuatro reales por las más finas, no excediendo el precio de siete reales; me es grato decir que durante mi excursión á caballo vi varios campos que estaban en preparación para

dedicarlos al cultivo; da pena ver tanta tierra fértil perdida aquí por la escasez de brazos.

Creo que toda la población de las provincias de Chile no alcanza á igualar á la de Londres. Pero sería todavía muy prematuro un juicio sobre estas cosas. Tales como son, me inclino á tener una alta idea del carácter y disposición de los chilenos. Son francos, alegres, dóciles y valientes, y con seguridad estas cualidades les servirán para formar un hermoso pueblo, una nación que será algo.

Mayo 30.—Hoy comí en el puerto con mis buenos amigos, el cónsul americano, Mr. Hogan, su esposa é hija, el capitán Guise, que perteneció hasta hace poco á la armada chilena, junto con sus acompañantes el doctor... y Mr... El capitán Guise estuvo sumamente cortés conmigo y parece ser un hombre muy caballeroso. No dudo que en el servicio los conocimientos técnicos y profesionales del doctor... y de Mr... han sido de infinita utilidad, y que hasta cierto grado tienen derecho á la gratitud de todos los que aman la causa de la independencia; pero ni poseen la altura de miras necesaria para dirigir á los hombres y tener influencia en los consejos, ni tino para dejarse guiar por otros. En una palabra, sólo puedo considerarlos como aventureros que han tenido por único objetivo acumular fortuna en estas ricas provincias, sin tener ni la filantropía ni las caballerosas miras que han acompañado á las esperanzas de ventajas personales en la mente de muchos de sus compañeros de labor en la gran lucha por la independencia.

Es natural que el despecho sea consiguiente á los que han tenido miras tan limitadas. El oro y la plata por sí solos no sirven para hacer ricos á los individuos, y las naciones que no tienen otra cosa pueden considerarse pobres. De aquí es que Chile y el Perú, que sólo tienen dinero y no cosas de valor, están muy distantes de poder recompensar convenientemente á sus servidores extranjeros, y que todo lo que podía racionalmente anticipárseles eran las precarias probabilidades de las presas españolas.

Tengo la convicción de que las divisiones que, según he oído, se han producido en la escuadra, han tenido su origen en el despecho de expectativas demasiado exageradas; salvo el caso, y me avergüenzo de pensarlo, de que algunos oficiales ingleses esperasen que sus servicios en Chile fueran únicamente una especie de piratería autorizada, en que cada uno sería dueño de su buque y de sus acciones sin someterse á reglamento ni subordinación alguna.

Pero el gobierno previó sabiamente el peligro, y adoptó el Código Naval inglés y estableció una rígida subordinación. Confió el supremo comando en manos expertas, firmes y honorables, y me es grato confiar en que los beneficios de esta sensata medida se harán sentir permanentemente.

Por cartas recibidas hoy de Lima, parece que lord Cochrane no ha bajado á la playa peruana, que permanece en la bahía del Callao con sus cañones cargados, y que habremos de esperarlo aquí por algún tiempo todavía.

Hoy tuve oportunidad de observar con qué poco cuidado hacen algunos hombres cultos sus observaciones en países extranjeros sobre materias que son de su diario conocimiento.

Durante la comida un médico mencionaba las cualidades medicinales del culen *(Cytisus arboreus)*, agregando que valía la pena introducirlo en Chile y hacer, por lo menos, algunas plantaciones en las vecindades de Valparaíso, á fin de cultivarlo para la exportación. Como recién llegada, tuve cierto temor de adelantar que la gente del pueblo me había mostrado una planta que llamaba culen; y cuando me aventuré á decírselo, este señor me contestó que no podía ser, porque nunca había oído hablar aquí de tal planta.

Cuando volví á casa, me dirigí á la quebrada, donde encontré las rocas de ambos lados cubiertas del mejor culen, no siendo escasa la especie inferior que crece á más altura.

Y sin embargo, este es un hombre culto y que ha residido algunos años en el país. El mismo culen es muy agradable como té y se dice que posee cualidades anti-escorbúticas y anti-febriles; el olor de sus hojas es muy agradable, y de los pedúnculos sale una goma dulce que los zapateros emplean en lugar de cera; las hojas frescas hechas emplasto con un poco de manteca de chancho se aplican con buen resultado en las heridas recientes.

Los errores respecto del culen me ha traído á la memoria el admirable cuento de las *Tardes del Hogar*, de Mrs. Barbauld, *Los ojos que no ven*. Cuánto debemos á esta excelente mujer, qué tanto talento y gusto tenía para dar agrado á los primeros pasos de los jóvenes en la literatura, y que desdeñaba la fama con tal de hacerles un bien encaminándolos por la senda de la verdadera investigación.

Siento orgullo de pertenecer al sexo y á la nación que ha de producir nombres acreedores al respeto y al afecto de nuestros semejantes mientras sigan cultivándose la virtud y las letras.

Mientras haya padres que enseñen é hijos que enseñar, ningún padre, ninguna madre oirá con indiferencia los nombres de Barbauld, Trimmer ó Edgeworth. Hasta en este lejano país serán admirados. Está asentada la primera piedra: se han establecido escuelas, y sus obras están prontas para formar é ilustrar á los hijos de otro hemisferio y otro idioma.

Viernes 31 de Mayo.—Hoy me he dado un paseo, que proyectaba desde varios días, por una obscura porción del Almendral llamada la Rinconada, supongo que á causa de encontrarse en un ángulo que forman dos cerros. Mi objeto al ir allí era ver la manufactura de alfarería que suponía que existiera en ese punto, porque me habían dicho que ahí era donde se fabricaban las ollas para la cocina y los cántaros para acarrear agua, las lámparas y los braseros de greda.

Pasada la calle derecha del Almendral, un poco más

allá del estero que la separa de mi cerro, entré en una callejuela por el medio de la cual corre un estero que baja de los cerros de detrás de la Rinconada y que después de ser subdividido é internado en diversos jardines y chacras llega muy mermado á su cauce de los arenales del Almendral, donde se pierde.

Siguiendo por esa dirección, encontré la Rinconada, que está á alguna distancia de unas murallas ruinosas que se extienden desde el pie de los cerros hasta el mar y que en otro tiempo estuvieron destinadas á la defensa del puerto por ese lado: ahora no sirven para nada. En vano miré á mi alrededor tratando de descubrir alguna construcción bastante grande que sirviera de fábrica ó bien que contuviera los hornos necesarios para cocer loza; con todo, pasé por delante de varias chozas en cuyas puertas había en venta fuentes y cántaros, por lo que deduje que serían las viviendas de los trabajadores de clase inferior. Sin embargo, adelantándome un poco más lejos, me convencí que no había esperanzas de encontrar ninguna manufactura regular, nada de división del trabajo ni de maquinaria, ni siquiera la rueda del alfarero; nada, en fin, de los auxilios de la industria que me parecían casi indispensables para un trabajo tan artificial como la preparación de la loza de barro.

A la puerta de uno de los ranchos más pobres, hecho únicamente de ramas y cubierto con totora, y que tenía un cuero á guisa de puerta, estaba sentada una familia de loceros. Trabajaban sentados en unos cueros de carnero, extendidos bajo la sombra de una pequeña enramada verde. Delante tenían una masa de arcilla recién compuesta, y cada cual, según sus años y su capacidad, iba haciendo cántaros, platos y fuentes. Sólo las mujeres hacen estos trabajos pequeños, y, según me parece, ningún hombre consentiría en hacerlos; ellos hacen las grandes tinajas de Melipilla para el vino, etc.

Como el medio más corto para aprender algo es mezclarse desde luego con las personas cuyo oficio deseamos

aprender, me senté en uno de los cueros y comencé á trabajar con empeño, imitando como podía á una muchacha que estaba haciendo una fuentecita sencilla.

La vieja que parecía hacer de directora me contempló con gravedad, y en seguida tomó mi trabajo y me enseñó á hacerlo de nuevo y á trabajar con esmero en darle forma. Lo que es esto, seguramente, no me habría costado gran cosa; pero el secreto que yo necesitaba conocer era el arte de pulir la greda, porque el brillo que tiene no se lo dan por ninguno de los procedimientos para vidriar que yo he visto; así, pues, esperé con paciencia y trabajé en mi fuente hasta que estuvo concluída.

Entonces la vieja metió la mano en un saco de cuero que llevaba delante y sacó una conchuela pulida, con la cual le formó de nuevo los bordes y en seguida comenzó á rasparlo, primero suavemente y con más fuerza á medida que la arcilla iba endureciéndose, humedeciendo de vez en cuando la concha de agua, hasta que se produjo un pulido perfecto; después se puso á secar el tiesto á la sombra.

A veces se cuece la loza así preparada en grandes hornos construídos para el objeto; pero la mayor parte de las veces sirven para este fin los hoyos que quedan en los cerros donde se ha excavado la arcilla, ó más bien donde se la ha escarbado á mano.

La leña que se usa principalmente para estos sencillos hornos es la espinela, arbusto distinto del espino, que es la leña común del país, y cuyas flores son sumamente aromáticas. La espinela tiene más bien la apariencia de una coronilla espinosa, y se dice que de las maderas del país es la que da el fuego más ardiente.

La alfarería de aquí produce sólo utensilios muy ordinarios; pero he visto algunos jarros de Melipilla y de Penco, que por su forma y su acabado trabajo podrían pasar por etruscos, que se venden á veces á precios tan elevados como el de 50 pesos y que se usan para guardar agua. Los adornan con listas y varios dibujos blancos y rojos

donde el terreno es negro, y donde la tierra es roja ó café los adornan con blanco y negro.

Los adornos de algunos jarros rojos son de una substancia brillante que tiene el aspecto de un polvo de oro, y que creo es greda que contiene piritas de hierro; muchos tienen cabezas grotescas, con imitaciones de brazos humanos á modo de asas; pero no he encontrado ninguna vasija chilena con otras decoraciones en relieve fuera de las imitaciones de brazos y cabezas.

Es imposible imaginarse un grado mayor de pobreza que el que se exhibe en las viviendas de los loceros de la Rinconada. Algunos, sin embargo, tienen un lecho decente: unas cuantas estacas enterradas en el suelo y entrelazadas por correas forman el catre, un colchón de lana, y donde hay mujeres industriosas, unas sábanas de algodón ordinario y una gruesa sobre-cama tejida proporcionan un sitio de descanso nada despreciable para el marido y la mujer, ó más bien dicho, para la mujer, porque, según creo, los hombres pasan la mayor parte de la noche durmiendo al aire libre, envueltos en sus ponchos, como es costumbre en el país.

A los niños se les cuelga en pequeñas hamacas de cuero, amarradas á las vigas del techo, y los demás niños y parientes duermen como pueden, tendidos en el suelo sobre unos cueros y envueltos en sus ponchos. En uno de los ranchos no había una cama; todo el mobiliario consistía en dos baúles de cuero, y ahí dormían once habitantes, incluso dos mellizos de corta edad, sin padre ni hombre alguno que los protegiera.

La natural bondad y sencillez de carácter de la gente de Chile la preserva de los vicios y, por lo menos á las mujeres, de la desvergüenza que habría exhibido en Europa una familia semejante á la que yo he visto aquí.

Mi instructora era casada, y su casa era más decente; tenía una cama, había un banco de barro y además tenía algunos útiles de industria femenina: la rueca y el huso y agujas de tejer, hechas con espinas de los grandes quiscos

de Coquimbo, donde crecen hasta de nueve pulgadas de largo. Jamás he visto un caserío más miserable que el de la Rinconada.

Sus habitantes, sin embargo, me hacían notar la hermosa vista de que gozan entre el Océano y los Andes cubiertos de nieve, y ponderaban el placer de dar un paseo por los cerros en la tarde de un día de fiesta; mostrábanme su estero, de suave y tranquila corriente, y sus viejas higueras, invitándome á volver "cuando los higos estuviesen maduros y las flores se miraran en el estero". Me avergoncé de las frases de compasión que se me habían escapado. Si no puedo mejorar su condición, ¿á qué despertar en ellos el sentimiento de su miseria?

Me retiré de la Rinconada, y en vez de seguir directamente por el Almendral, me fuí por el cerro hasta el caserío llamado Pocuro, donde encontré viviendas de mejores condiciones, muchas de las cuales tenían su huertecito con cerezos y manzanos y algunas hortalizas y flores. En el corredor de una de ellas, una mujer tejía un paño azul, muy basto. La operación es fastidiosa, porque no se conocen el telar fijo ni la lanzadera, y fuera del tejido de las esterillas de cerda entre los árabes, no concibo que en parte alguna del mundo se practique esta operación de una manera más primitiva é inconveniente. A un extremo de Pocuro, un carnicero inglés ha edificado una casa, que aquí hace el efecto de un palacio, con gran admiración de los vecinos.

Algo más arriba, en una meseta que está á unos 80 ó 100 pies sobre la ciudad, está el nuevo cementerio ó panteón; el gobierno ha tomado algunas medidas muy prudentes para evitar que se continúen haciendo inhumaciones en la ciudad ó en sus alrededores. Sin embargo, las preocupaciones que se aferran al antiguo cementerio, no permiten que se ocupe el nuevo conforme á la intención de sus fundadores. Separado de él solamente por una muralla se halla el sitio que la superstición católico-romana ha asignado por fin á los herejes para sus sepul-

turas, más bien dicho, que se ha permitido que compren los herejes.

Hasta hace poco, todo aquel que no tenía permiso para ser sepultado en los fuertes, donde podía quedar resguardado, prefería ser conducido al mar y ser sepultado allí en las aguas; muchos casos ocurrieron de herejes sepultados en la playa, que los fanáticos del pueblo exhumaron después, dejando expuestos los restos á las aves y animales de rapiña.

Este sitio de reposo se halla en medio de una hermosa situación; algo elevado sobre plan, rodeado de cerros, mira hacia el Océano á través de huertos y olivares; si es verdad que los espíritus rondan sobre sus despojos mortales, aquí, por lo menos, se verán rodeados de "formas y vistas deliciosas".

Era ya la hora del crepúsculo antes de que yo llegara á mi casa, y la tarde se había puesto fría y el cielo encapotado; en mi solitaria vivienda, me senté y me puse á pensar en las esperanzas y deseos que había abrigado cuando salí de Inglaterra, y casi llegé á dudar si no había pasado ya los límites de la vida; felizmente, tales reflexiones no pueden durar nunca largo rato.

El curso ordinario de la existencia no pasa tan suavemente que á cada vuelta no nos despierte á la conciencia de las cosas alguna interrupción; y así, me desperté para dedicarme á mi diaria tarea de estudio y de escribir las ocurrencias del día.

Muchas veces he pensado que una colección de memorias fidedignas darían mejor material á un filósofo para sus especulaciones que todas las disquisiciones de aparato que se han escrito hasta ahora. Hay días en que nos vemos felices y llenos de actividad, que apenas si permiten también á la inteligencia preocupada unas cuantas anotaciones breves y concisas; otros hay en que la vanidad y el amor propio que todos sentimos más ó menos cuando escribimos un Diario, llenan las páginas de necedades artificiosas, y otros hay todavía en que unas cuan-

tas frases breves dejan transparentar un estado de ánimo que se necesita valor para exhibirlo á los ojos de un extraño.

La copia de un Diario tiene menos carácter: puede ser igualmente verídico y dar una relación mejor de los países recorridos, por lo mismo que es más razonado y más cuidado; pero al copiarlo, pueden despertarse en el escritor asociaciones que lo lleven á contemplar otras miras, á discurrir con otros sentimientos sobre los mismos sucesos.

Y aunque no haya variaciones de intento, cierto temor hará que se disimulen algunos rasgos del carácter, y que otros se supriman, aunque sea por modestia; y hay sentimientos respecto de otras personas que no podemos menos que borrarlos del manuscrito: sin embargo, el Diario es verídico; verídico en cuanto á la naturaleza de las cosas y en cuanto á los hechos, y más verdadero por fin en cuanto á los buenos sentimientos que los que dictaron en algunas ocasiones las líneas de tedio y de sufrimiento. Esta veracidad es la que me comprometo á observar en las páginas de mi Diario.

No puedo dar más y así confío en que no me pedirán más.

Junio 2.—La mañana está lluviosa y hace frío, á pesar de que el termómetro no baja de los 50 grados Fahrenheit. Mientras estaba almorzando entró uno de mis vecinitos, á toda carrera, gritando: "¡Señora, ya llegó, ya llegó! —¿Quién llegó, hijo? —El almirante, nuestro grande y querido almirante, y si usted se acerca al balcón verá las banderas en el Almendrado."

Con esta noticia me asomé y vi la bandera izada en todas las puertas: en la bahía había también dos buques más que el día antes. La *O'Higgins* y la *Valdivia* habían arribado durante la noche y todos los habitantes del puerto y de los alrededores se habían dado prisa á desplegar sus banderas y celebrar el feliz regreso de lord Cochrane.

Su arribo me complace, no sólo porque necesito verle, considerándole aquí mi natural amigo, sino porque creo que él tendrá influencia bastante para enmendar algunas cosas y prevenir otras; que, mucho me temo que influyan perjudicialmente sobre el naciente Estado de Chile y quizás sobre la causa general de la independencia sur-americana, si no se cuenta con una influencia parecida. Durante algún tiempo después de mi llegada no me he sentido con la inteligencia bastante libre para prestar ningún grado de interés al estado político del país, á pesar de estar pendiente de una medida de tal importancia.

En el nuevo orden de cosas después de la batalla de Chacabuco habíase elegido á don Bernardo O'Higgins para presidir la nación, con el título de Supremo Director de Chile, designándole un Senado compuesto de respetables ciudadanos para asesorarlo, y adoptándose una constitución provisoria.

Las leyes del país continuaron siendo las mismas que dejaron los españoles. La constitución, sin embargo, daba á todos los mismos derechos, abolía la esclavitud, limitaba los derechos de los mayorazgos, disminuía el poder y la renta de la Iglesia, y adoptaba la ordenanza naval inglesa para el régimen del servicio marítimo.

Pero tres años y medio de paz interna y de triunfos en lejanas expediciones habían permitido á las provincias del Norte de Chile, y particularmente á la capital, ver y sentir los inconvenientes de la actual forma de gobierno, que en un principio fué en el hecho una oligarquía despótica, cuyo poder, por la ausencia y división de los miembros del Senado, que estaban disgustados por la oposición que encontraron á un proyecto para declarar sus cargos perpetuos y hereditarios, había venido á parar por entero en manos del Supremo Director, que si hubiera tenido un destello de ambición vulgar, podía haberse hecho señor absoluto.

Es raro que un soldado afortunado como O'Higgins tenga la sensatez de ver el peligro del poder absoluto y

el buen sentido de evitarlo; él, sin embargo, posee ambas cualidades, y disuelto el Senado, ha convocado una asamblea deliberante con el objeto de formar una constitución permanente. Sus miembros serán designados por él y por consejo privado de entre los habitantes más respetables de cada municipalidad. Esta asamblea debe proponer los medios para formar y asegurar la representación nacional, y mientras tal representación pueda reunirse y se constituya en cuerpo legislativo, el poder ejecutivo continuará en manos del Director por unos tres meses á lo menos.

Si semejante asamblea cumpliera honradamente su deber, nada habría más sabio que esta medida. Pero escogida por el ejecutivo, y por lo tanto naturalmente inclinada á su favor, me parece que toda la dificultad estriba en obtener por medio de tal asamblea un gobierno efectivamente representativo; más atinado hubiera sido, y dada la constitución del gobierno, por cierto más legal, haber dictado un decreto para que desde luego cada ciudad eligiera sus representantes.

El número de éstos iría naturalmente aumentando á medida que se incrementara la población del país y mejorara su cultura, de modo que el gobierno fuera desarrollándose conforme á las necesidades de la población.

Tengo bastante experiencia para no sentirme recelosa de las constituciones que se hacen á la carrera y especialmente de ver súbitamente aplicada á una nación incipiente como ésta una constitución adecuada á los hábitos de otros pueblos de una civilización superior.

Cuanto más simple sea una cosa así, tanto mejor; es probable que el Director y un Senado ó el Director y un alcalde por cada ciudad, que serían removidos anualmente, y que equivaldrían á los consejos de los primitivos reyes ó patriarcas, se adaptaría por muchos años á ese estado social más bien que ninguna otra complicada forma de legislatura.

A este consejo habría de llamarse, naturalmente, á los jefes del ejército y de la armada. Con una población tan

limitada serían no sólo inútiles sino perjudiciales otras corporaciones encargadas de regular los diferentes ramos del gobierno. Ni los hombres ni el dinero pueden economizarse para un objeto semejante, y respondería á todas las necesidades un solo jefe competente para cada departamento.

Aquí donde tan pocos han recibido una educación aparente para servir de legisladores, los abogados y el clero tienen que actuar en una proporción desmedida respecto de los demás.

Por la ciudad marítima de Valparaíso se ha elegido un sacerdote, y los comerciantes que ocupan los demás lugares, con unos tres ó cuatro militares, sin que haya un solo representante de la armada, son hombres cuyas miras se hallan limitadas por sus mezquinas especulaciones, y de quienes en vano se esperaría ningún procedimiento ilustrado, por mejor intención que tengan.

Tengo interés por el carácter de este pueblo y abrigo los mejores deseos por la noble causa de la independencia: que las colonias sur-americanas logren asegurarla de una vez, y la libertad civil con todas las bondades que de ellas se derivan irán llegando á su tiempo.

Pero he pasado escribiendo toda la mañana y me he dejado llevar por pensamientos semejantes á los de los singulares habitantes del Pandemonium de Milton. ¿Qué me importan estados y gobiernos á mí que el sufrimiento me hace vivir en tierra extraña y que puedo decir con experiencia cuán poco influyen en los sufrimientos del corazón humano los reyes y las leyes?

Junio 6.—Hoy día se celebró la fiesta del *Corpus* y fuí á la iglesia matriz con mi amiga la señora Campbell á oir predicar á su hermano don Mariano de Escalada. Salimos á las nueve de la mañana; ella se había quitado su traje á la francesa y adoptó el traje español; yo tuve que hacer lo mismo y hube de ponerme mantilla en lugar de sombrero, porque ese es el traje que se usa para ir á la iglesia. Un niño nos seguía llevando un libro de misa y

una alfombra para arrodillarnos. La iglesia, como todos los demás edificios de aquí, presenta por fuera un aspecto miserable, pero en el interior está suntuosamente decorada; naturalmente, la Virgen estaba vestida de blanco, con una aureola y con guarniciones de plata, rodeada de espejos y sostenida de las manos por San Pedro y San Pablo; el primero con una casaca de encajes y el segundo con un vestido tallado en el mismo trozo de madera que compone su graciosa persona.

Como iba á haber una procesión en que el gobernador debía ir á la cabeza como la persona principal, hubimos de esperar su llegada hasta las once del día para que comenzara el servicio; de este modo tuve tiempo suficiente para examinar la iglesia, los santos y las señoras; éstas, generalmente hablando, eran muy buenas mozas y estaban muy graciosamente vestidas con sus mantillas y con el cabello dividido en trenzas.

Por fin llegó el grande hombre que, según se susurraba, había estado en conferencia con el almirante para transmitirle á él, á los capitanes y demás oficiales los agradecimientos del gobierno por sus servicios. Pero los murmullos se acallaron y comenzó su plática el joven predicador. El sermón, como era natural, era de ocasión; habló con muy buen lenguaje de la libertad moral que confería la dispensación cristiana, de la cual no había mucha distancia á la libertad política; pero el argumento fué manejado con tanto decoro que nadie podía ofenderse, y aun también recomendado con tanta fuerza que debe haber convencido á muchos.

El sermón me agradó bastante, y me disgustó ver que lo sucedía la ceremonia de besar un relicario, que pareció no ser muy del gusto de Zenteno, á juzgar por el gesto de inefable desdén que le hizo al pobre sacerdote que se lo presentó. La procesión estaba ya formada, y entonces, para no vernos envueltos en ella, salimos apresuradamente de la iglesia y fuimos á buscar un sitio desde donde observarla á la distancia.

Cuando vi aparecer la diminuta procesión, porque era bien poco numerosa, á pesar de formarla todos los dignatarios municipales y militares que pudieron reunirse, no pude dejar de recordar el espléndido espectáculo que presencié tres años ha en el día de *Corpus Domini*, en Roma, y de pensar cómo, en ambos casos, las formas del culto hacen desmerecer la idea del poder de la divinidad, y cuánta distancia hay de esto á la fe que adora á Dios en espiritu y en verdad.

En el mar se desarrolla, sin embargo, una parte interesante del espectáculo: unos 150 botes y canoas, adornadas con los colores nacionales, van remando por la bahía, quemando cohetes y deteniéndose delante de cada iglesia y de cada caleta de pescadores para entonar un himno.

Después de acompañarlos cierto tiempo me fuí á casa de Mr. Hoseason, donde encontré á lord Cochrane. Noté que tenía mejor aspecto que cuando lo vi la última vez en Inglaterra, por más que su vida de trabajos y penurias no haya sido de lo más propicia para mejorar su aspecto.

He sentido entristecido mi corazón al pensar que mi país, al perder sus servicios, ha procedido como el miserable etíope que arroja al fango una perla que vale más que toda su especie junta.

Pero él hace cumplido honor á su patria sosteniendo la causa por la cual ella siempre ha abogado, y espero que en el porvenir su nombre habrá de figurar entre los de los genios tutelares de los chilenos.

Cuando llegó lord Cochrane de Lima, todo el mundo tenía ansiedad, naturalmente, por saber qué pensaban él y los oficiales de la escuadra acerca del Protectorado del Perú. Su señoría no ha dicho ni una palabra respecto á la conducta de San Martín; los oficiales, sin embargo, no son tan discretos: unánimemente presentan al actual gobierno del Perú como lo más despótico y tiránico; que repetidas veces se mancha con crueldades que hacen

recordar no sólo las arbitrariedades de los más grandes tiranos militares, sino más bien los frenéticos actos del czar Pablo.

Tengo una carta de un oficial de la *Doris*, en la cual se refiere que una respetable y anciana señora de Lima que se permitió hablar con demasiada libertad de San Martín fué condenada á ser expuesta durante tres horas en la calle pública con un traje infamante, y que como sus palabras eran las que habían ofendido, amordazáronla, empleando como mordaza un hueso humano. Conducida á su casa cayó aniquilada por el asco y murió.

Se halla actualmente en el puerto un buque, el *Milagro*, lleno de prisioneros españoles á quienes San Martín había ofrecido seguridad y protección para sus personas y propiedades. Después de haber adquirido cartas de ciudadanía mediante el pago de la mitad de su fortuna, á fin de obtener permiso para conservar el resto y poder retirarse de Lima, fueron apresados, despojados de todo en el camino al Callao y arrojados al fondo del buque-presidio; ahora se hallan en la bahía para ser enviados con los demás prisioneros á Santiago. Su cautividad durará probablemente toda la vida, porque sólo serán puestos en libertad cuando España reconozca la independencia de sus colonias. Esta pobre gente ha llegado careciendo hasta de lo más indispensable y se les ha negado permiso para suplir á algunas de sus más premiosas necesidades; pero lord Cochrane ha atendido á ello sin preocuparse de permiso alguno. Ojalá pudiera inculcar en este puesto algunas de las prácticas humanitarias que en Europa se acostumbran en la guerra.

Según se dice, en el *Milagro* han venido dos agentes del gobierno del Perú con el propósito de espiar el estado de las naves de lord Cochrane, y probablemente para entrar en tratos con los oficiales y hasta con el mismo gobierno para adquirirlos para el Perú. Se corre, sin embargo, que sólo vienen como encargados de los prisioneros; puede que sea así, pero ya la opinión está for-

mada respecto á la honradez del Protectorado del Perú.

El almirante se dispone para ir á Santiago á visitar al Director. Espero que el gobierno querrá hacerle la justicia de atender á la reparación de sus buques; le queda todavía mucho por hacer. Mientras los realistas continúen haciéndose fuertes en Chiloé bajo las órdenes de Quintanilla, siempre habrá allí un refugio y un centro para recibir refuerzos de España; y si bien me parece imposible que estas provincias vuelvan á verse unidas á la madre patria, los reveses y las miserias de la guerra civil pueden prolongarse quién sabe cuánto. Por otra parte, ¿qué mejor defensa puede tener Chile para sus dilatadas costas que su escuadra?

8.—Fuí á hacerle una visita á la esposa de mi arrendador, que me tenía muy convidada á ir á tomar mate con ella; pero hasta hoy me lo impedía el temor de tener que usar la *bombilla* ó tubo que sirve para chupar el mate y que pasa por boca de toda la concurrencia. Me resolví, sin embargo, á desechar esta preocupación y así dispuesta me dirigí esa tarde á su casa.

El edificio tiene más ó menos la disposición de las casas semi-moriscas que los españoles introdujeron en el país. Después de pasar un zaguán, á cuyos lados hay varias tiendas con vista á la calle, que pertenecen á distintos comerciantes, me encontré en un patio espacioso, al cual dan las ventanas de la casa.

A continuación del costado de la entrada, hay una bodega que ocupa otro costado; en los otros dos están las habitaciones, á juzgar por las ventanas medio entornadas y con celosías.

En la antesala, los sirvientes estaban sentados, de ociosos, por haber pasado ya el trabajo del día, y se entretenían en mirar hacia el departamento de la familia, donde las mujeres, reclinadas en unos cojines, dormitaban en el estrado, plataforma cubierta por un tapiz (alfombra) que se levanta en uno de los costados de la pieza; al otro lado estaban los hombres, con sombrero puesto,

sentados en altas sillas, fumando y escupiendo. A todo el largo de la muralla del estrado se apoyaba un banco tapizado; invitáronme á sentarme allí y se pidió el mate en seguida.

Una de las amigas de las señoras bajó entonces del estrado y se sentó en el borde de la plataforma, delante de un ancho brasero lleno de carbón encendido, en el cual había una tetera de cobre llena de agua hirviendo. Pasáronsele á la que iba á preparar el mate los útiles necesarios, y ella, después de cebar la taza con los ingredientes acostumbrados, vertió sobre ellos el agua hirviendo, se llevó la bombilla á los labios y después de chupar el mate me lo pasó á mí; pasó largo rato antes de que pudiese atreverme á probar el hirviente brebaje, que si bien más áspero que el té, es muy agradable.

En cuanto concluí mi taza, rellenáronla al instante y se la pasaron á otra persona, y de esta manera se siguió hasta que todos se hubieron servido; dos tazas con sus bombillas circularon entre toda la concurrencia. Poco después del mate, se nos sirvieron bizcochos azucarados, y por último un trago de agua fresca, con lo cual concluyó la visita.

La gente que fuí á visitar son tenderos de la mejor clase, dignificados con el nombre de comerciantes, que tienen el mayorazgo de un pequeño fundo cerca de la chacra donde resido.

Tienen maneras muy decentes y hay en su mujeres cierta gracia y amabilidad que lucirían en los salones más correctos y que hacen que la falta de educación no sea tan insoportable como en nuestro país, donde va siempre acompañada de la vulgaridad. Aquí la falta de cultura hace que las mujeres tengan que recurrir á sus medios naturales de persuasión, la gracia y las caricias, y si en esto entra algo de astucia, es que ésta es la protección que la Naturaleza ha dado al débil contra el fuerte. En Inglaterra una mujer ignorante es una grosera, á excepción de una entre diez, y como tal se conduce y como tal

trata á los demás. Aquí, la simplicidad de la naturaleza se aproxima á la más refinada educación, y una jovencita inglesa, bien nacida y educada, no se diferencia mucho en las maneras de una niña chilena.

Junio 12.—Después de tres días de lluvia, la mañana de hoy es tan hermosa "como aquella en que fué creado el paraíso"; así, pues, pasé la primera mitad de ella en el jardín y la otra mitad vagando por las quebradas en busca de flores silvestres. Desde luego, en el arenoso sendero vecino encontré una variedad de la amapola amarilla, algunas malvas de las que son comunes en Inglaterra y otras de cultivo, rojizas; verbenas, dos ó tres clases de trébol, hinojo y una pequeña malva escarlata de diminutas flores. Estas, y tres ó cuatro geranios, las acederas, los llantenes, la alfalfa, que es el forraje usual aquí, y varias flores más me hicieron imaginarme en un camino inglés. Una de las plantas desconocidas que primero llamaron mi atención fué el rojo y hermoso quintral, que algunos llaman la madreselva chilena por su caprichosa semejanza con aquella enredadera, aunque es una planta parásita y sin perfume. Hay otra florecita muy hermosa, parásita también, que se llama aquí cabello de ángel *(cuscuta)*, desprovista de hojas, tiene en lugar de ellas largos tallos semitransparentes, que al mecerse en el aire, colgando de los árboles á que se han adherido, parecen copos de dorados cabellos, de lo que ha nacido el nombre de la planta. La flor se da en gruesos y apretados racimos y tiene la apariencia de la cera blanca, con un ligero tinte rosado en el centro; es de seis pétalos, más ó menos del porte de las flores sencillas del lirio del valle, y muy fragante. La gente del país considera estos parásitos como emolientes y los aplican en las heridas. Pronto me encontré con mi conocimiento de las plantas agotado, y entonces cogí un gran puñado de toda clase de hojas y de flores para llevarlas donde un vecino que tiene reputación de ser muy buen conocedor; mientras caminaba, iba recordando el apóstrofe de Clorinda á las hierbas que

ha cogido, y que es uno de los más bellos pasajes del acto segundo de la *Pastora Fiel.*

Luego supe que el *culen,* cuyas virtudes he mencionado ya, es también un encanto contra los maleficios. El *litre,* cuyas hojas levantan ampollas en las manos, es tan acre que las personas que pasan á su lado quedan con la cara hinchada, y es muy peligroso dormir bajo su sombra. Sin embargo, con sus bayas se hace una bebida muy saludable; la madera es dura como hierro y se usa para los arados.

La *algarrobilla* es una pequeña y bonita acacia, que produce una tintura negra, de la cual se hace la tinta ordinaria para escribir. El *quilo* es un arbustito rampante que da unas flores verduscas, á las cuales suceden unas bayas, ó semillas encerradas en una envoltura carnosa, que se divide en cinco segmentos y deja á la vista la semilla; la baya es del porte de una grosella y tiene un sabor un poco ácido, muy agradable: las raíces, hervidas, úsanse para restaurar al cabello su primitivo color.

El *floripondio (Datura arborea)* da una hermosa flor en forma de embudo de diez pulgadas de largo por cuatro de ancho y de un color blanco lechoso, cuyo suave perfume se hace sentir á la puesta del sol El *romerillo* ó romero bastardo, se emplea en infusión para fortalecer el estómago.

Palqui, hay de dos clases: una amarilla y otra de flores lilas; esta última huele como el jazmín durante la noche; pero es muy desagradable después de la salida del sol; la planta es útil para lociones en los casos de hinchazones y erupciones cutáneas; pero muy dañina tomada para el uso interno; su mayor consumo lo hacen los fabricantes de jabón, porque da las cenizas más finas y en mayor canti-que ninguna otra planta.

La *hierba mora* es una variedad de solanum, que se considera como un específico para las afecciones de los ojos; hay una variedad muy bonita de flores de un azul profundo, con hojas endentadas.

La *manzanilla*, llamada así porque su olor recuerda el de las manzanas, es un amargo muy fuerte, semejante á la camomila, en cuyo lugar se usa, y á la cual se parece por sus flores abiertas y listadas; á la verdadera camomila se la llama aquí *manzanilla de Castilla*.

La *maravilla* ó girasol crece abundantemente en los cerros vecinos, donde proporciona un excelente alimento para el ganado. El *mayu*, que pertenece al orden natural de las Lomentaceas, de Linneo, produce unas vainas que contienen un polvo obscuro que sirve para hacer una excelente tinta de escribir. La *pimentilla* es una especie de salvia, de espléndidas flores y de hojas de un gris ceniciento, que se usa para los dolores reumáticos.

El *quillo quilloi* ó lychnis blanco y la *tornatilla*, una malva, se usan también en medicina; en la casa he visto atados de *cachanlagua* seca ó centáurea ordinaria, que, según se me aseguró, es un remedio soberano para los desgarros de sangre. Además de todas estas útiles plantas he cogido la *flor del soldado* (celsia escarlata), la *barba de viejo*, arbusto que da unos pequeños racimos de flores apretadas, de un olor parecido al de la reina del prado, la endromeda, y una fucsia ordinaria; así es que, si se considera que no estamos en la estación de las flores, no he podido andar más afortunada.

Me entristece saber tan poco de botánica, porque soy realmente aficionada á las plantas. Me agrada ver su desarrollo y conocer su procedencia y sus usos; pero me parece que la nomenclatura botánica ha sido creada para mantener alejada á la gente de todo conocimiento real de una de las más hermosas clases de objetos de la Naturaleza. ¿Qué es lo que esos rudos vocablos tienen que hacer con cosas tan agradables como las rosas, los jazmines y las violetas?

Miércoles 19 de Junio.—Durante estos últimos días he pasado menos sola. Mi amiga la señorita H. me acompaña y hemos hecho juntas varios agradables paseos además, he conocido á unos cuantos oficiales de la escua;

dra chilena. El capitán Forster, que era el capitán más antiguo, ha dejado el mando y, según se dice, ha presentado al Supremo Gobierno la renuncia de su empleo; el otro día tuvo la amabilidad de venir á dirigir la instalación de una estufa en mi saloncito. Hasta ahora, había usado yo un brasero abierto; pero, como á pesar de ser muy confortable, deja circular la humareda del carbón, que puede ser dañino, he preferido colocar una estufa, que le da salida por la chimenea. Son varias las casas que en la actualidad tienen estufas y fogones ingleses; pero el consumo del carbón no es todavía muy general. El carbon inglés es muy caro, y el que se extrae de la provincia de Concepción, más ó menos de la calidad del carbón de Escocia, no se explota todavía en cantidad suficiente para abastecer al mercado.

De los oficiales que en la actualidad pertenecen á la escuadra he visto al capitán Crosbie, capitán de la insignia de lord Cochrane: es un joven irlandés, cumplido caballero, inteligente y valeroso, como debe serlo todo capitán de lord Cochrane.

Otro, es el capitán Cobbet, sobrino de *Cobbet*, que tiene mucho del espíritu batallador de su tío y dotado también, si las señales fisionómicas no son falsas, de no pequeña dosis de su mismo engreimiento; todo se lo debe á lord Cochrane: educación y rango, tanto en la armada inglesa como en la chilena, y goza de la reputación de ser un excelente marino; lo encuentro correcto, inteligente y comunicativo.

Con todo, la persona que parece poseer particularmente los conocimientos relativos á todas las cosas que me interesan, es el Dr. Craig, cirujano de la *O'Higgins*. Hábil en su profesión, de buen sentido, dotado de una racional curiosidad y de un entusiasta carácter que cierta fría apariencia disimula, es una de las personas más atrayentes que pueda encontrarse á este lado del cabo de Hornos, y por eso me complace particularmente su amistad.

No deja de ofrecer cierto agrado que vengan á inte-

rrumpir de vez en cuando nuestra soledad algunas personas que, como éstas, tienen un carácter propio, ya que entre la sociedad inglesa que aquí se encuentra existe una sensible proporción de ordinariez. Sin embargo, como la vulgaridad, la ignorancia y la rudeza ocultan á menudo la bondad de algunos corazones, y como es esta última la que he experimentado en todos aquí, poco me acontece tener que lamentarme de lo grosero de la corteza de la piña mientras saboreo las delicias de la fruta.

Ayer zarpó de aquí para Lima Mr. Thompson, uno de aquellos hombres á quienes la verdadera filantropía cristiana ha traído á través del Océano y de los Andes para difundir los beneficios de la educación entre sus semejantes. Ha pasado algún tiempo en Santiago, donde, bajo el patrocinio del Supremo Director, ha establecido una escuela de instrucción mutua según el sistema de Lancaster.

En Valparaíso ha pasado también cierto tiempo dirigiendo la formación de una escuela parecida, á cuyo sostenimiento se ha destinado la renta de un monasterio clausurado.

El gobernador, con el cabildo y los oficiales militares en procesión, acompañó á Mr. Thompson en la apertura de la escuela, á fin de darle al acto toda la importancia posible, y me es grato decir que se tuvo un buen resultado. Ahora es muy concurrida, y he encontrado á mucha gente del pueblo que, de mañana, lleva allí á sus hijos. El gobierno ha declarado solemnemente á Mr. Thompson ciudadano libre de Chile. Las necesidades más apremiantes son para Chile la educación de las clases media y superior y un gran número de manos de obra. Debiera decir trabajadores productivos; pero la verdad es que escasean las manos directa ó indirectamente productivas. No se cultiva ni la centésima parte del suelo, que rinde de 16 por 1 en la costa, á 100 por 1 de trigo en los terrenos más elevados; el rendimiento ordinario es de 60 en todas partes y en algunos puntos de 90 para la cebada y otro tan-

to para el maíz; por otra parte, los frutos trasplantados aquí parecen haber adoptado el suelo y aun mejorado en calidad y en cantidad en este favorecido clima.

20.—Hoy, con el deseo de procurarle un nuevo espectáculo á mi joven amiga, hemos ido á pasear á lo que se llama aquí comúnmente *el jardín,* y he pasado muy feliz todo el día. Cuando llegamos á la casa de la dueña del jardín, encontramos á ésta sentada en el banco de ladrillo que está delante de la puerta. Parece ser muy vieja; tiene el pelo, que le cae en una sola trenza por la espalda, completamente gris. Es alta y de muy buen aspecto de salud, y pronto llamó á tres de sus cinco hijas para que fueran á recibirnos. La más joven de ellas parece tener por lo menos cincuenta años: es alta, musculosa, bien hecha, con restos de una decidida belleza, el paso ágil y la voz agradable; adelantóse trayendo unas alfombras para que nos sentáramos y naranjas para refrescarnos. Las otras dos, cuya apariencia es no menos atrayente, se nos juntaron y nos invitaron á pasear por el jardín. No hay en él ninguna de las flores de cultivo; pero el gusto de estas mujeres ha adornado la arboleda de duraznos, cerezos y manzanos, con todas las flores rústicas de la vecindad, alguna de las cuales crecen cerca del pequeño arroyo que surca el terreno y otras se enredan en los troncos de los árboles frutales que recién comienzan á florecer.

Yo desearía, sin embargo, ver todo esto cuidado con más aseo. Hasta Eva escardaba su jardín y Adán tenía la obligación de adornar el terreno que cultivaba. Nos mostraron un hermoso rincón de verdura situado en el ángulo que forman dos colinas, donde la joven y bella lady Cochrane acostumbraba á invitar á sus amigos á comer y á gozar del agreste paisaje.

Parece que su alegría y vivacidad han producido una fuerte impresión en la gente de aquí, que hablan de ella con admiración y sentimiento. De vuelta á la casa, pasamos por el jardín particular, donde ví por primera vez el

lúcumo *(Achraes lúcumo)* fruta rara aquí, pero que abunda bastante en Coquimbo y florece muy bien en Quillota.

La simiente parece una castaña, está envuelta en una pulpa como el níspero en la sustancia y de un sabor agradable y dulce. Hay también el chirimoyo (una *anonna*, de las coadunatas del método natural de Linneo), tan famoso en el Perú, cuyos árboles se parecen exactamente uno á otro.

Encontramos á la anciana señora sentada donde mismo la habíamos dejado, repartiendo consejos y plantas de varias clases á dos ó tres mujeres y algunos niños que se habían reunido á su alrededor mientras nosotros andábamos en el jardín.

Entre las muchachas había dos hijas de pescadores que iban á vender una clase de algas y varios mariscos; como yo dijera que no había visto antes varios de esos mariscos, las señoras nos invitaron á mí y á mi compañera para que viniésemos un día á comerlos guisados á la manera del país.

Hoy era ya tarde para su preparación; pero nos encarecieron tanto que volviésemos después del paseo que pensábamos hacer á la quebrada y que participásemos de la comida de la familia, que yo, que gusto de ver todas las cosas, consentí luego en ello; y, en efecto, á las dos de la tarde volví á la casa del jardín.

Encontramos á la madre, que estaba sola en el estrado reclinada en unos cojines; delante de ella tenía una mesita baja y redonda, en la cual se había extendido un mantel de algodón muy poco limpio. Las hijas entraban sólo para servir á su madre, pues comían en la cocina junto al fuego; á nosotras nos dispusieron asiento junto á la mesa de la señora.

El primer guiso que apareció fué una pequeña fuente de barro que contenía médula cocida, invitándosenos á untar en él el pan que á cada cual se le había dado; la anciana señora dió el ejemplo y aun llegó á pasarle con

sus dedos unos pedacitos bien sopeados á miss H., que trató de pasárselos á un perrillo que estaba detrás de ella.

Yo que no estaba tan cerca, escapé mejor; por lo demás, como no me disgusta realmente la médula, unté mi pan diligentemente y lo comí con gusto, si bien echando de menos un poco de sal y de pimienta. En Chile el pan no es bueno después del primer día. Los panaderos del país acostumbran ponerle sebo ó grasa, de modo que tiene gusto á bollo; hay, sin embargo, unos pocos panaderos franceses que hacen excelente pan; lo que es el que tuvimos hoy, era pan del país y cuadraba muy bien con la médula derretida.

Después de este *aperitivo*, como lo llamarían mis compatriotas, se nos puso delante una gran fuente de charquican. Consiste el charquican en carne fresca de buey muy hervida, pedazos de charqui ó carne seca de buey, rebanadas de lengua seca y tomates, calabazas, papas y otras legumbres cocidas en la misma fuente.

La dueña de casa comenzó inmediatamente á comer en la fuente con los dedos, invitándonos á que hicieramos lo mismo; pero una de sus hijas nos trajo á cada una un plato y un tenedor, diciendo que ella sabía esa era la costumbre nuestra.

Esto no obstante, la buena señora persistió en ponernos en el plato los pedazos más delicados con su pulgar é índice. El guiso era bueno y estaba bien cocinado. Siguióle una ave que ella partió con las manos; otro guiso de ave despedazada, montada en torrejas, espolvoreada con hierba picada, después unos menudillos de ave, sopas, y, por último, un pocillo de leche y un plato de harina de yalle, ó sea harina hecha con una variedad de maíz pequeña y delicada.

Habiéndonos servido cada una una copa de leche, echamos la harina adentro y la revolvimos: la encontré excelente y muy parecida á lo que llamamos *milk brose*. La bebida que tuvimos fué vino del país, y cuando íbamos á la ventana después de comer, se nos ofrecieron

manzanas y naranjas. Como todavía no era hora para que la anciana se fuera á dormir su *siesta*, aproveché la oportunidad para hacerle una pregunta acerca de la creencia de la gente del pueblo sobre las brujas.

Hay algo en su aspecto cuando la rodean sus cinco altas hijas, que irresistiblemente me hace pensar en las hermanas brujas y sentirme medio inclinada á preguntarles quiénes son, "que no parecen habitantes de la tierra, y están sin embargo en ella".

Si tal cosa hubiera hecho, en vez de hacerle la sencilla pregunta que le hice, no se hubiera mostrado más asombrada mi patrona: santiguóse, sacó un escapulario de la Merced (1) para besarlo y dijo en seguida: "ha habido brujas, pero sería pecado mortal creer en ellas ó consultarlas: que Nuestra Señora nos defienda de ellas á mí y á los míos".

Poco más podía sacarse de ella sobre este asunto, á pesar de que comenzó á explayarse en una larga historia de santos y milagros, fabricada especialmente contra los herejes, especialmente contra los rusos y en favor de los fieles españoles. Hallo, sin embargo, que las brujas se dedican aquí á hacer las mismas cosas que en Europa: influyen en el nacimiento de los animales y hasta en el de los niños; cortan la leche, secan los árboles y dirigen á su antojo los vientos. No hace treinta años todavía que fué metido á la cárcel de la Inquisición el piloto de un buque mercante por haber hecho el viaje desde Lima en treinta y cinco días, tiempo que entonces se consideraba demasiado corto para haber hecho el viaje sin una ayuda sobrenatural.

---

(1) El escapulario es un pedazo de paño ó de seda, que en un lado tiene bordada una cruz blanca en campo rojo, y en el otro las armas de Aragón: se usa colgado del cuello, y me hace recordar el cordón de los brahmanes. En el día de la Asunción, los que se han incorporado á la *Hermandad*, ó sociedad, pagan dos reales, y un real todos los meses siguientes, por derechos de sepultación en el panteón consagrado á la Merced. El escapulario es el recibo que los santos hermanos dan por el dinero que perciben.

La gente es aquí tan española en sus costumbres, que sería difícil para una persona determinar qué parte de sus supersticiones, hábitos é inclinaciones se derivan de los aborígenes chilenos, y mucho más difícil lo es para mí que no he estado nunca en España; de modo que donde las costumbres se diferencian de las de los campesinos de Italia, quedo ignorando igualmente si la diferencia procede de los antecesores hispano-moriscos ó de los chilenos.

Las supersticiones y la cocina de hoy día son decididamente españolas, á pesar de que algunos de los materiales de ambos son de origen netamente americanos; no es mal tipo, me parece, para caracterizar á la nación.

24, día de San Juan.—Parece que hubiera caído aquí la balsámica *nucca,* el rocío celestial que cayó sobre el Egipto é hizo desaparecer las plagas: todo está alegre y risueño en la ciudad y parece que las gentes se hubiesen puesto sus vestidos domingueros.

Es sensible, sin embargo, oir hablar del tiempo de los españoles echándoles de menos con cierto pesar. El gobierno actual, al suprimir muchas de las prácticas religiosas, ha librado al pueblo de una pesada carga, á no dudarlo; pero también le ha cercenado sus diversiones acostumbradas. En un clima como éste, donde no es nenesario el constante trabajo para el sustento de la vida, debe prestarse cierta consideración á la necesidad de divertirse que tienen las clases populares, especialmente donde las diversiones puramente intelectuales no existen. A mi juicio, no debiera haberse abolido la festividad de San Pedro, que tan peculiarmente se adapta á un lugar marítimo.

En el día de San Pedro se acostumbraba sacar su estatua con toda solemnidad de la iglesia matriz, donde se guarda, y colocarla en una goleta adornada con cintas y guirnaldas, enteramente empavesada y con otras imágenes á bordo. La goleta, tripulada por pescadores, daba una vuelta por la bahía, seguida por todos los botes y

canoas de pescadores. En diversos puntos de la bahía se estacionaban algunas bandas de música, y cuando la goleta iba acercándose, quemábanse cohetes y petardos para saludarla.

Siempre he admirado la sabiduría de Venecia en lo que se refiere á sus festividades. Casi no hay ninguna de las fiestas de la Iglesia que no tenga relación con algún acontecimiento nacional. En la fiesta de la Purificación celébrase la captura y el rescate de las novias venecianas, conocidas bajo el nombre de las Marías, que ha servido de tema á innumerables leyendas y poemas en todos los idiomas. Las ceremonias del último día de carnaval conmemoraban el fin de una división interna de la ciudad. Pero entre mil otras, la más importante en todo sentido era la que se celebraba el día de la Asunción; el dux se internaba en alta mar á bordo del *Busentauro* y se desposaba solemnemente con el Adriático, en conmemoración del triunfal regreso del dux Urseolí el día de la Ascensión después de haber sometido todo el Adriático al dominio de Venecia.

Puede objetarse que ingertar de esta manera los sagrados sentimientos del patriotismo en el tronco de la superstición sólo aprovecha á esta última, y que la ilustrada política de los tiempos actuales debe sobreponerse al espíritu de contemporización que semejante unión exige. Pero si las poblaciones tienen actualmente la ilustración suficiente para ser insensibles á la ostentación, á los entretenimientos y á las manifestaciones externas, ¿no sería cuerdo utilizar esas ostentaciones y manifestaciones para ligarlas á los sentimientos patrióticos?

Chile es un país tan esencialmente marítimo, limitado como se halla su territorio por los Andes, de los países orientales y por el desierto de Atacama de los países del Norte, que si yo fuera legislador dirigiría toda mi atención y todo mi interés hacia el mar. Haría del día de San Pedro una festividad nacional esencialmente marítima; distribuiría premios á los pescadores y á los lanche-

ros; acordaría recompensas honoríficas á los oficiales, recibiría y solucionaría todas las peticiones y representaciones que tuvieran atingencia con el mar; en una palabra, haría sentir en ese día que la protección del gobierno se daba la mano con la de la religión para amparar á la más útil y, por consiguiente, á la más favorecida clase de los ciudadanos chilenos.

Junio 25.—He ido de paseo con una numerosa comparsa á la "Lagunilla", pequeña laguna de agua dulce que forman las aguas de diversos esteros, separada del mar sólo por un banco de arena; el camino por el valle de la laguna es bueno; pero es uno de los más escarpados que he conocido para hacerlo á caballo. Al dejar á Valparaíso, que queda á tres leguas de distancia de la laguna, nos encontramos en una elevada planicie, de donde se goza de una magnífica vista de los Andes centrales por un lado, y de la costa, con todas sus bahías y caletas, por el otro. Se dice que la bahía de la "Lagunilla" no es segura para los buques, que siempre recalan allí cuando vienen del Sur.

En el fondo del valle encontramos un rancho que ofrece actualmente un triste aspecto de pobreza y de miseria: esta es la estación más pobre del año; las provisiones traídas para la temporada están casi agotadas; sin embargo, el campesino espera sin impaciencia (porque los chilenos son alegres y de buen humor) que vuelva la estación que ha de traerle las manzanas para hacerle el pan más agradable y las verdes ramas para dar más frescura á sus ramadas y sus cercos que, desde que se acabó la cosecha de la chacra, han ido desapareciendo gradualmente para alimentar el fuego.

Habíamos enviado una mula cargada de provisiones á este punto, y uno de nuestros compañeros había cazado algunas perdices, que fueron guisadas en el rancho. Se extendió el mantel en un agradable rincón de verdura, donde comimos oyendo los murmullos del pequeño arroyuelo que surca el valle dándole verdura y fertilidad. Unos cuantos árboles frutales crecen entre los macizos trozos

de piedra que una furiosa avalancha de invierno ha traído rodando desde el cerro vecino.

Es esta la primera excursión en que he tomado parte desde mi llegada, no sin cierta resistencia, porque no me encuentro todavía en condiciones de hacer buena compañía á los jóvenes y á su alegría; pero ahora no lo siento. El buen tiempo, el ejercicio, las agradables vistas tienen que hacer bien, tanto al cuerpo como al alma; me siento ahora mucho mejor que lo que jamás había esperado sentirme cuando recién desembarqué en estas playas.

Cuando volvíamos, divisamos la fragata inglesa *Aurora*, que venía llegando en ese momento á Valparaíso, procedente del Brasil y que al entrar saludó á la insignia de lord Cochrane. Su Señoría se encuentra actualmente en Santiago. Según dice la gente, está tratando de obtener de la justicia del gobierno el pago de los sueldos y presas que se le deben á la armada. Algunos de sus amigos le atribuyen, infundadamente á mi juicio, estar interviniendo en la reorganización que se proyecta hacer en el gobierno. Otros, tal vez mejor informados, dicen que se ocupa de refutar los absurdos cargos que en su contra ha formulado San Martín.

Estos cargos proceden de los más bajos motivos; envidia de su reputación, despecho por sus acciones y miedo de sus resentimientos; esto sin hablar de la descabellada cólera que le ha ocasionado la opinión de su señoría de que es "más honroso revelar las muestras de un franco disgusto que disimular secretos rencores", como se expresó al descubrir los infames designios que abrigaba San Martín contra el Estado que había jurado servir.

Estos cargos son tan frívolos, tan mezquinos, tan despreciables como los que un ladrón pudiera lanzarle desde las galeras á un hombre inocente que lo ha ofendido, y siempre he pensado que en este caso ponerse á vindicar la integridad é incorruptibilidad de un hombre como lord Cochrane, sería hacele una afrenta á sus virtudes.

27.—Hoy fuí á pagarle una visita á la señora del go-

bernador Zenteno, dama muy fina y agradable, que me recibió muy cortésmente y mandó en busca de su marido. Este llegó inmediatamente, al parecer muy regocijado de poder exhibir las comodidades á la inglesa que había en el departamento en que fuí recibida.

En un día frío y lluvioso como éste es agradable encontrarse en una habitación donde hay un tapiz inglés, una estufa inglesa y hasta carbón inglés encendido. Zenteno me aseguraba que no había para él nada que estimulara mejor la conversación que un fuego encendido así en una estufa abierta, y que lamentaba haber pasado tantos años sin sospechar siquiera que existiera tal comodidad. Puede decirse que todo su afán es introducir el gusto por la elegancia de la vida civilizada; en cualquiera otra circunstancia habría podido decir yo que en su gran admiración por todo lo inglés había cierto fondo de afectación. El pueblo de Valparaíso le debe, sin embargo, considerables mejoras en calles y caminos, y, entre otros proyectos, tiene ahora en estudio el de construir un nuevo mercado en cuanto los recursos lo permitan. Estas cosas les parecen insignificantes á los extranjeros, que olvidan que Valparaíso, uno de los más grandes puertos de este lado del vasto continente Sur-Americano, es poco más, en la apariencia, que cualquiera ciudad inglesa de pescadores. En comparación, Sidmouth es una ciudad capital.

De la casa del gobernador me dirigí á la cárcel, macizo edificio de pésimas condiciones, que ahora está vacío. Los prisioneros han sido trasladados al hospital de San Juan de Dios; me da vergüenza decir que los prisioneros españoles que San Martín ha mandado de Lima estén también allí revueltos con los reos comunes. A su llegada, los españoles se encontraban en una situación tan deplorable, que, para evitar que pereciesen de hambre, los vecinos ingleses levantaron una suscripción, encargándose uno de los comerciantes de vigilar todos los días que se les distribuyan sus alimentos.

29.—Hoy ha arribado la *Independencia*, uno de los buques de la escuadra chilena. Lord Cochrane la había dejado vigilando las costas del Norte para ayudar á la causa de la independencia y conseguir provisiones (1) en compañía con el *Araucano;* pero en una ocasión en que aquélla se separó para ir en servicio á la bahía de Lorero, el piloto, el condestable y el contramaestre del *Araucano* se amotinaron, aprovechando la ausencia del capitán y de algunos oficiales que se hallaban en tierra por razón de servicio, y se adueñaron del buque.

Habiendo desembarcado todos los chilenos y los ingleses que no quisieron acompañarlos, los sublevados hiciéronse á la vela con 16 hombres, sin que hasta ahora se haya oido hablar más de ellos. Cuarenta y siete tripulantes á las órdenes del capitán han quedado en situación de volver al servicio, y es de notar que no hubo ningún chileno entre los desertores.

La *Independencia* ha traído algunos reconocimientos de importancia y en varios casos ha prestado útiles servicios á la buena causa, estimulando á las ciudades de la costa á declarar su adhesión á los gobiernos independientes de los territorios en que están situadas.

Es de sentir, sin embargo, que la intemperante conducta de uno de sus oficiales, que expió su culpa con la vida, haya ocasionado algunos disturbios que mucho me temo tengan mal resultado.

30.—Hoy se remitieron á Santiago 300 prisioneros de Lima, algunos á pie y otros en carretas, por serles imposible caminar á causa de su edad y de sus enfermedades. Entre estos últimos iba un anciano de cabellos grises que

---

(1) Todas las órdenes para obtener provisiones para la escuadra chilena encarecen particularmente que sean pagadas cumplidamente, y que, en caso de no poderlo hacer, que se emplee la fuerza sólo con las propiedades que se amparen bajo la bandera española, respetando cuidadosamente la propiedad privada. (Véanse las órdenes impartidas al *Araucano*, etc.) Tal fué la práctica constante de la escuadra mientras estuvo á las órdenes de lord Cochrane.

apostrofaba al mar, cuyas playas dejaba, diciendo que se separaba del único camino que podía llevarlo á su tierra nativa; con débiles lamentos sentóse descuidadamente en una orilla del vehículo; mas, al dar vuelta la primera cuesta, cayó al suelo y murió ahí mismo, no á causa de la caída, sino por habérsele roto el corazón. Dicen sus compañeros que murió en la misma carreta con la palabra "España" en los labios, cayendo después al suelo.

Cosas son éstas que acongojan el corazón, y lo más sensible es que el mal no viene del curso ordinario de los sucesos de la Naturaleza, donde los sufrimientos y las pruebas le vienen al hombre en proporción á sus fuerzas, ni de esa altísima mano que es tan poderosa como clemente, sino que viene del hombre, que hace presa de sus semejantes, que agrega la hipocresía á la crueldad y que comete sus crímenes bajo el sagrado nombre de la virtud (1). La historia de estos prisioneros resume todo cuanto hay de bajo, de cruel y de cobarde; porque ¿cuándo ha sido valiente un hombre cruel?

Hoy es la festividad de Nuestra Señora del Pilar, *la abogada de los marineros*. ¿Cómo podía dejar yo de observarla? Me dirigí, pues, donde mi vieja amiga del jardín, á quien llaman comúnmente la *Chabelita*, y en cuanto supe que ella pensaba ir á la ceremonia que se celebra en la iglesia de la Merced, obtuve permiso para acompañarla. La tarde no pudo ser más provechosa, ya que sin tal compañera no hubiera podido tener yo tanto entretenimiento é información. Desde luego no sé cómo me hubiera atrevido yo de otra manera á entrar en una venta ó negocio de licores, como hoy lo hice.

Llegamos á la iglesia muy temprano, y después de recorrer en todo sentido el espacio por donde debía pasar la procesión, nos dirigimos á la expresada venta, que se halla precisamente al frente de la iglesia. Al principio me imaginé que fuera la casa particular de alguna amiga de

(1) Son de recordar las palabras de Mme. Stäel, frente á la estatua de la Libertad: "Oh, Liberté! que de crimes on commet dans ton nom".

la *Chabelita,* pareciéndome que la mesa que había dispuesta en la puerta con frutas y bollos para la venta, sería solamente un adorno para la festividad.

Cuando entramos á una pieza muy grande, rodeada de bancos en tres de sus costados y con un *brasero* en el centro, vi que en el cuarto costado del departamento había una mesa cubierta de jarros y botellas que contenían licores de varias clases, rodeadas de vasos de diferentes tamaños. Sentados en uno de los bancos hallábanse dos religiosos de la orden de la Merced, vestidos de amplios y largos trajes blancos con cruces negras, y que llevaban puestos unos enormes sombreros, fumando y conversando de política.

Los principales temas de su conversación eran el destierro del obispo, los probables resultados de un concilio que debía reunirse para tratar asuntos eclesiásticos, y algunas murmuraciones acerca de la elección de diputado por Valparaíso, recaída en don Celedonio Márquez, provincial del convento de Santo Domingo, con olvido de los mucho más dignos hermanos de la Merced. Nuestra entrada pareció interrumpir por un momento su conversación; pero después de un cuchicheo de unos cuantos minutos, durante los cuales oí una y otra vez las palabras *viuda inglesa,* volvieron á su política, hasta que habiendo concluído sus cigarros se levantaron y se fueron.

Mientras tanto había estado observando que unas cuantas viejas gordas andaban ocupadas haciendo mezclas de distintos licores, que llevaban á otro departamento interior. Probé algunos de esos licores. Muy poco era el aguardiente ó el vino que se pedía; en cambio había un gran consumo de diversas clases de sorbetes, de los cuales el mejor es la *aloja.* (1) La aloja es una infusión de culen, canela ó cinamomo silvestre, y un poco de almíbar, á la cual se le atribuyen condiciones tan saludables como agradables. Muy luego comenzó á llenarse la casa.

---

(1) *Luca* dice el original. *(N. del T.)*

Iban llegando grupo tras grupo de jóvenes, que eran conducidos á diversas piezas, y sólo entonces vine á darme cuenta de dónde me hallaba.

Algunos parroquianos comenzaron á pedir comida de variados guisos; otros, vino; unos cuantos, refrescos y bizcochos, música también, y todos pedían cigarros. Entonces aparecieron unas cuantas muchachas de buen aspecto que llevaban guitarras y que entraron á las piezas donde se pedía música.

Muy pronto oí el sonido de los cantos y del baile, y entonces, con la satisfacción de ver á todos alegres y contentos, me retiré de aquel sitio, persuadida de que el regocijo sería aún mayor en la tarde y de que los bailes, que he visto á menudo entre la gente ordinaria de las más ínfimas tabernas cuando he pasado de noche por el Almendral, se acostumbran también, aunque más en privado, por la gente decente en casas de la tranquila apariencia de ésta.

El juego es aquí tan común entre la clase baja como entre la mejor sociedad. Toda nación rudimentaria juega; todo pueblo de una civilización refinada hace lo mismo. El salvaje, en los intervalos que le dejan la caza y la guerra, no tiene más que el ocio, y cuando su vida se estagna, siente la necesidad de un estímulo: entonces juega. El caballero de una sociedad civilizada no necesita de la caza para su sustento, y si no se dedica á ella por ejercicio, necesita procurarse ese mismo estímulo, que parece indispensable para la existencia, y entonces también juega. Las especulaciones comerciales y la guerra no son sino un juego en grande escala.

Hay aquí varios juegos que se practican lo mismo que los de Europa y los de Oriente, y que deben de haber sido importados por los españoles. La especie de *golf* que en Persia se juega á caballo, se juega aquí de la misma manera (1).

(1) Según se dice, este juego es indígena; antes de la llegada de

De puertas adentro, se juega á las cartas, á los dados y al billar; al aire libre se juega á las bolas y al volantín, juego este último á que se dedican jóvenes y viejos.

Hay una especie de juego de bolas que es una novedad para mí. Debajo de una ramada se arregla la cancha para el juego; en el suelo se dispone un armazón de madera de unos 30 pies de largo por unos 15 de ancho; dentro de cuyo espacio se aplana convenientemente el piso con tierra gredosa, de modo que la armazón sobresalga una seis pulgadas del suelo por todo el contorno.

Como al tercio de la distancia de una de las extremidades se coloca un anillo que está fijo de un arco y que gira al menor contacto; el jugador se sienta en el costado opuesto de la armazón y trata de mandar su bola de modo que atraviese el anillo sin tocarlo. Este es el juego favorito, y tengo la seguridad de que no hay peón de la vecindad que no haya perdido y ganado alternativamente, no sólo todo su dinero, sino hasta la camisa, por lo menos media docena de veces al año en este juego.

Era ya tiempo de volver á la iglesia. Ahí, de rodillas delante del elevado altar, oímos la misa dedicada á Nuestra Señora, la de relucientes cejas, y oramos por la salud de los marineros vivos y por las almas de los que ya no existen.

No puedo ni quiero pensar en mezclar mis oraciones á las de otro culto; pero la verdad es que jamás he orado con más fervor que ahora. Pero cuando de pronto me vi obligada á interrumpir mis oraciones para seguir la procesión, sentí que renacían todos mis prejuicios de protestante. Vestida con un traje obscuro y adornada con joyas de valor, *Nuestra Señora* fué sacada en una anda, conducida hasta cerca del mar en medio de un sendero de mirto y laurel; aquí y allí había altares, delante de los cuales se

los españoles se jugaba á pie; pero desde la introducción del caballo, todo se hace aquí de á caballo.

detenía, y entonces la multitud entonaba un canto. Una vez que hubo visitado de esta manera á San José, á N. S. de los Dolores (1) y á Santa Gertrudis, fué conducida de nuevo á su altar á la hora de la puesta del sol, cantándose el Ave María. A la luz del día queda en descubierto la horrorosa superstición que realza la ridícula decoración de los santos: los espejos y los chiches que les sirven de adorno son groseros y sin elegancia.

Ahora que la noche ha caído y que todo queda oculto en la sombra, el Ave María Stella me trae á la imaginación á la Italia y ese mágico poder que, aun en su decrepitud, arroja cierto resplandor sobre ella. ¡Cuántas veces en las tardes embalsamadas he escuchado con delicia las voces que cantaban el Ave María con las melodiosas entonaciones italianas, mientras Roma parecía sumergirse en un religioso, en un tétrico silencio.

Julio 1.º—Anoche llegó de Lima la fragata de S. M. B. *Alacrity*, que me ha traído cartas de mis amigos de la *Doris*. Trae también algunas noticias de Lima, que confirman todo lo que hemos oído del odioso y amanerado San Martín.

Como se sabe, el comerciante don Pedro Abadía, á más de ser uno de los comerciantes más ricos de la América del Sur, es también uno de los hombres más ilustrados, más liberal y más digno de respeto. San Martín había manifestado siempre la mayor amistad por esta excelente persona y utilizado sus conocimientos y talentos para hacer la reglamentación de sus aduanas y demás impuestos. Una vez que hubo logrado este objeto, las riquezas de Abadía excitaron su codicia, y valiéndose de la más baja traición ideó un medio que justificara su prisión. Sabedor de que los realistas estaban en posesión de una inmensa propiedad que Abadía poseía en Pasco, San Martín dió instrucciones á dos frailes para que fueran donde él y le ofrecieran conducir algunas cartas su-

(1) *Santa Dolores* dice el original. *(N. del T.)*

yas á los jefes de las tropas españolas para ver si se podía evitar la absoluta ruina de su propiedad, que consistía principalmente en minas y en costosas maquinarias que había importado de Inglaterra con la idea de hacer progresar el país con su introducción.

Fácilmente engañaron los frailes á Abadía, que con este pretexto fué mandado á la cárcel y juzgado por un tribunal instituído por San Martín. Sin embargo, como su cartas se referían exclusivamente á los negocios de su hacienda y de sus maquinarias, fué absuelto, no sin que antes tratara de obtener del tribunal la revisión de la sentencia.

Con todo, antes de ser puesto en libertad obligósele á pagar una inmensa multa, reteniéndole á su mujer é hijos como rehenes, para mandarlo desterrado á Panamá ó á cualquiera otro punto no menos distante. Abadía logró refugiarse en la *Alacrity*, de donde pasó á la *Doris*, captándose á bordo de ambos buques la estima y simpatía de toda la gente. Se dice generalmente que San Martín es aficionado á la bebida; no creo que esto sea verdad; pero tiene el vicio del opio y le acometen accesos de pasión tan frecuentes y violentos que nadie cuenta segura su cabeza. Gracias á la liberalidad que gasta con sus soldados, su gobierno es entre ellos muy popular; pero no por eso es menos precario, porque no parece muy difícil que el general realista La Serna vuelva á recobrar á Lima, en cuyo caso se espera que declararía al Perú independiente y licenciaría de cualquier modo al ejército Libertador. Es verdad que no hay para una nación una calamidad mayor que soportar al despotismo militar; pero también es cierto que este despotismo jamás dura mucho tiempo.

Cuando se ha realizado algún cambio queda la posibilidad de efectuar otros más; los lazos de la tiranía están rotos y el pueblo crecerá, se educará, con cierta rudeza, probablemente; pero los conocimientos irán desarrollándose, y, como los conocimientos son una potencia, no

está muy distante la época en que el pueblo sea capaz de sacudir la tiranía, tanto de los gobiernos extranjeros como de los déspotas domésticos, y obligar á sus gobernantes á reconocer que están allí para el servicio del pueblo y que no es el pueblo el que debe servirlos á ellos.

Julio 2.—Hoy día, mientras estaba en el cerro que hay detrás de casa admirando el hermoso paisaje que se extendía á mi vista y las sombras que á su paso dejaban las nubes mientras se deslizaban por el mar, ocultando á veces y otras descubriendo los peñascos de Valparaíso, vino á hacer más imponente la escena el cañoneo con que la *Aurora* saludaba á lord Cochrane, que iba á visitarla; el humo de los cañones, después de encresparse en blancos copos sobre el agua, dilatábase gradualmente en nubes grises que iban á mezclarse con las brumas que se extendían al pie de los cerros. En la noche estuvo su señoría en casa á tomar el té. Me dijo que tenía permiso para ausentarse por cuatro meses, con el bergantín *Moctezuma* á su disposición, y que pensaba ir á visitar la hacienda de Concepción, que hace tiempo le había decretado el gobierno, y de la cual, hasta la fecha, no había sacado provecho alguno, á pesar de ser una de las más fértiles de aquella fértil región. La verdad es que por estar situada tan inmediata á la frontera de los indios y tan expuesta á sus depredaciones, durante muchos años ha quedado completamente abandonada, sin que se haya cosechado gran cosa en ella. Habilitar de nuevo para el cultivo una hacienda como ésta representaría más para el bien público que para el provecho particular. El solo ejemplo de una empresa tan animosa tendría importantes consecuencias, y antes de no mucho tiempo, esa deliciosa tierra, que ha sufrido más que ninguna otra provincia, volvería á ser lo que antes fué, cuando era Villa Rica su capital y cuando el autor del *Robinson Crusoe*, recordando los relatos de los aventureros ingleses de su tiempo que habían recorrido el Sur de Chile, describía esa región como el paraí-

so terrestre y á sus habitantes como seres dignos de él.

7.—Invitada por lord Cochrane, me dirigí ayer por la mañana al puerto para reunirme á un grupo de amigos que debía embarcarse con él á bordo del buque á vapor *Rising Star*, é ir de paseo á su hacienda de Quinteros, situada á unas 20 millas al Norte de este puerto. La distancia por tierra es de 30 millas, porque el camino va bordeando la bahía de Concon.

Formaban la partida, don José Zenteno, gobernador de Valparaíso; su hija, doña Dolores; el honorable capitán Frederick Spencer, comandante de la *Alacrity*, fragata de S. M. B.; el capitán Crosbie, el capitán Wilkinson, varios oficiales de la escuadra patriota á quienes no conozco, y otros cuantos caballeros más. El almirante llegó conmigo á bordo á las diez de la mañana.

Lo primero que hice fué visitar la maquinaria, que consiste en dos máquinas de vapor, de 45 caballos cada una, y de las ruedas, que van cubiertas. El buque es una gallarda polacra, cuya construcción se activó bastante antes de la venida de lord Cochrane, pero que sólo este año arribó á estos mares. Con no poco placer puse el pie en la cubierta del primer buque á vapor que navega en el Pacífico, y me entusiasmaba el pensar en los triunfos del hombre sobre los obstáculos que la Naturaleza parece haberse complacido en colocar entre él y el cumplimiento de sus deseos.

Qué transporte no hubiera sentido en su pecho Almagro si en el encantado espejo del futuro un mago le hubiese mostrado el puerto de Valparaíso, lleno de buques de Europa, del Asia y de países que entonces no existían todavía, y en medio de ellos, este buque, deslizándose suave y tranquilamente, sin una sola vela, contra viento y marea, llevando en cubierta una artillería más fuerte que la que él jamás mandó y conduciendo á bordo á un héroe cuyo nombre, tanto en Chile como en el Perú, había de sobrepasar no sólo el suyo sino también el de sus afamados compañeros los Pizarros.

La cruel política que España observó con estos países reprimió siempre toda tentativa para establecer el tráfico de las costas, por más que las de Chile abunden en bahías de lo más cómodas para el objeto. De aquí que estas bahías no hayan sido nunca bien reconocidas ó que aparezcan tan erróneamente ubicadas en las cartas dadas á luz, que los buques de todas las naciones, incluso los de España, no se decidan á recalar en ellas, y que todo el tráfico tenga que hacerse á lomo de mula por los caminos más difíciles del mundo.

Por ejemplo, el cobre de Coquimbo, que se encuentra sólo á tres grados y medio de Valparaíso, se trae á este puerto á lomo de mula á través de un montañoso y escarpado camino, sin que se emplee jamás un bote para su conducción.

Los enormes impuestos que pesan sobre el tráfico marítimo con el nombre de derechos de puerto, etc., y que pesan sobre las embarcaciones pequeñas más que sobre cualquiera otra, impiden, no sólo el cabotaje, que sería el sustento de los marineros de Chile, sino también el cultivo de las dilatadas extensiones de fértil terreno inmediatos á la costa. La vecindad de los cerros con la costa y su abrupto descenso no permite la existencia de ríos caudalosos que sirvan para la navegación; en cambio, las bocas de los ríos de menor cauce forman bahías adonde se puede mandar flotando para embarcarlos convenientemente los productos de sus riberas de asombrosa fertilidad. Con todo, no sé que se preste atención alguna á nada que se semeje al comercio de cabotaje, y de aquí que el carbón de Concepción, á pesar de su abundancia y buena calidad y de estar situada la mina á 300 millas de distancia, cueste en Valparaíso más caro que el que se trae de Inglaterra.

De la misma manera, las extensiones de terreno de aluvión que han formado las lluvias invernales que lavan la falda de los cerros, y que fertilizan las lagunas formadas por la reunión de las aguas de lluvias en los valles, perma-

necen sin cultivo, á pesar de ser de lo más aparente para la producción de toda clase de legumbres; actualmente esos terrenos sólo se aprovechan para el pastoreo de verano, cuando, si se aplicara al cultivo de forrajes más nutritivos y productivos, podría fomentarse eficazmente la crianza de ganado ovejuno, cuya alimentación en el invierno es la mayor dificultad con que ahora se tropieza, y entonces se tendría en la lana, que es de excelente calidad, un valioso artículo de exportación. Pero ¿quién puede pensar en cultivar la remolacha ó el nabo cuando tiene que pagar por derechos de puerto para traerlo á la plaza casi tanto como el valor íntegro de la cosecha? ¿Y quién se dedicará á la crianza de ovejas si la lana teñida ó manufacturada paga un derecho de exportación más elevado que el precio de los géneros importados al país? Recuerdo particularmente que en Coquimbo, la región de las minas de cobre, don Felipe del Solar ha pagado por derechos de exportación de algunos cargamentos de cobre más que el precio de cargamentos de igual tonelaje de artículos de primera calidad importados de Bengala. Esto equivale á un impuesto directo y opresivo sobre la industria, y el efecto que produce es retardar la población del país, como también su civilización.

Estas reflexiones me eran naturalmente sugeridas por la vista de las pequeñas bahías y caletas de la costa mientras navegábamos rápidamente á bordo del primer buque que ha traído á estos mares el más completo triunfo del genio del hombre sobre los obstáculos que le presentaba la materia bruta. Confío en que no está distante el tiempo en que la *Rising Star* no sea el único buque á vapor que navegue en estas costas, y que queden cumplidas las sabias y preciosas miras con que fué traído.

Los vientos regulares que ahora obligan á los buques á alejarse hasta Juan Fernández para hacer un viaje razonable entre Valparaíso y el Callao no son nunca tan fuertes que impidan el trabajo de un buque á vapor; además, la facilidad de comunicación entre estos puertos y sus inter-

medios, no sólo desarrollaría sus intereses comerciales, sino que sería un medio de seguridad contra los enemigos de afuera que pueden temer estos países.

Es probable que la América del Sur esté libre de invasiones mientras la Europa permanezca tranquila, y que España se reponga de las locuras de la guerra civil; pero si alguna de las potencias que no han reconocido la independencia de estos Estados llegara á entrar en guerra con España, ¿quién podría asegurar que, aprovechándose de no haber hecho ese reconocimiento, no quisieran apoderarse de una parte de ellos como provincias que de *jure* pertenecen á la madre patria? Confieso que una invasión francesa (porque no puedo creer que Inglaterra fuera tan malvada) sería para estos nacientes Estados una de las mayores calamidades, de la que sólo puede defenderlos una fuerza naval.

Hoy he conversado con Zenteno como me lo ha permitido mi imperfecto conocimiento del español. Parece verdaderamente deseoso del bien de Chile; pero su ignorancia respecto de las cosas que más contribuirían á ello es sorprendente. La mañana pasó agradablemente; nos sentamos á una mesa provista de cuantas regalías pueden ofrecer Europa y América, y nos divertimos quizás algo inconsideradamente con la glotonería del cura de la Placilla, aldea situada cerca de la boca del río Ligua, que corre hacia la bahía de Quinteros, y en cuyas márgenes se halla la ciudad de la Ligua, famosa por sus pastos y sus crías de caballos.

El pobre cura, que había sido obsequiado en varias ocasiones con cerveza inglesa por sus amigos, tomó el champagne por *cerveza blanca* y se puso á beberlo como tal, declarando que incondicionalmente le daría la absolución por cien años á todo el que se embriagara con tan divino licor, é indudablemente se hubiera transformado en un segundo Caliban y hubiese adorado al bodeguero si un accidente no hubiese venido á llamar nuestra atención. Una pieza de la máquina se había descompuesto por estar mal

ajustada y ser esta la primera ocasión en que se hacía una prueba á toda máquina en estos mares, de modo que el viaje quedó interrumpido precisamente cuando enfrentábamos á Quinteros. Teníamos el viento á proa; pero como estábamos tan cerca, se votó por aclamación que siguiéramos adelante, y en consecuencia, nos confiamos á la marea para que nos llevara al puerto. Pero no siempre ocurren las cosas conforme á nuestro deseo, y así se nos vino encima la noche, una noche pavorosa, fría y neblinosa. Los que no estaban acostumbrados al mar, comenzaron á sentirse cansados y aburridos: el cura y los demás partidarios de la *cerveza blanca*, comenzaron á sentir sus efectos, junto con los de los vaivenes del buque, que zapateaba al empuje de las olas, que comenzaban á agitarse impelidas por un viento contrario; de suerte que todos resolvimos irnos á acostar.

Poco después que los pasajeros estuvieron acostados, se largaron las velas, que hasta entonces se habían tenido recogidas, tan seguros estábamos de nuestro viaje, y lo primero que aconteció fué que las dos chimeneas de la máquina fueron á estrellarse contra el trinquete. Después aumentó el viento y el mal tiempo y todo el aparejo comenzó á correrse, hasta que por fin, en la mañana, nos encontramos más lejos que nunca del lugar de nuestro destino.

El almuerzo, sin embargo, nos dió valor y se resolvió que nos aguantaríamos unas cuantas horas más; pero el tiempo comenzó á empeorar cada vez más y el cielo á ponerse cada vez más negro, de modo que, por último, hicimos rumbo á Valparaíso, donde desembarcamos á las dos de la tarde.

Un gran placer nos esperaba, que algo nos consoló del fracaso de la expedición, si es que las noticias públicas pueden consolarnos de las decepciones privadas. Míster Hogan me saludó en la playa con la buena nueva de que el Congreso de los Estados Unidos había reconocido la independencia de las colonias hispano-americanas de Mé-

jico, Colombia, Buenos Aires, Perú y Chile. Este es, en realidad, un paso adelante que vale, naturalmente, por veinte: los Estados Unidos, que acaban de emanciparse del yugo de la madre patria, son los naturales protectores de la independencia de sus hermanas americanas; además, la moral de la historia política de la época habría sido menos interesante si cualquier otro Estado hubiese dado el ejemplo (1).

Comí en casa del señor..., donde estuvo lord Cochrane en la noche, y pudimos presenciar una escena que nunca olvidaré. Mr. Bedett, secretario de su señoría, llegaba de Santiago, donde había estado de servicio, y venía acompañado del coronel don Fausto del Hoyo. Este caballero había sido tomado prisionero por lord Cochrane en Valdivia, y su señoría había obtenido del gobierno la promesa que el coronel sería tratado con generosidad. Sin embargo, en cuanto el almirante abandonó las costas, tuvo que sufrir el coronel del Hoyo las mismas injustas y crueles restricciones que se les imponía á todos los prisioneros de guerra, cualquiera que fuera su rango. Fué arrojado á una obscura prisión, donde se le detuvo sin fuego, sin luz, sin libros, como si el cruel tratamiento individual de los prisisneros hubiese de obligar á España á reconocer la independencia de Chile. Ahora había salido en libertad bajo palabra, gracias á la intervención de lord Cochrane, y nunca, nunca olvidaré la ferviente expresión de reconocimiento, no sólo de palabra, con que saludó á su generoso vencedor, ni la cumplida y modesta manera con que su señoría las recibió y les puso término. Después que hubo pasado esto, no me maravillé de que, á pesar del contratiempo que habíamos experimentado á bordo del vapor, su señoría tuviese el ánimo mejor que nunca.

(1) Sólo el 10 de Agosto se recibió la noticia directa del voto del Congreso para el reconocimiento de la independencia de Chile, que fué aprobada por una mayoria de 191 votos contra un solo voto disidente; en el Senado hubo 37 votos por la afirmativa y 17 por la negativa.

Julio 8.—Hoy día estuvo á visitarme un joven nacido en Cundinamarca, pero educado en Quito, que desea que yo lo ponga en vías de perfeccionar su gran talento natural para el dibujo. Ha estado antes algún tiempo en el buque de lord Cochrane, en no sé qué puesto, y ha manifestado poseer un notable gusto en algunos bocetos de costumbres, etc. El pueblo de Quito se enorgullece de conservar esa excelencia en la pintura que distinguió á sus predecesores del tiempo de los Pizarros. Los sacerdotes cristianos han introducido los modelos y la práctica europea; pero el talento para las artes imitativas es inherente á todos ó casi todos los quiteños; la verdad es que los pintores, sean de retratos ó de historia, que se encuentran en diversas partes en la América del Sur, son casi todos quiteños. Mi alumno es agradable y perseverante, si bien algo indolente; está dotado de muy buen sentido y de un vivo sentimiento poético. Si yo lo tuviera en Europa, donde pudiera hacerlo ver buenas pinturas, y sobre todo buenos dibujos, no dudo de que llegaría á ser un buen pintor; pero aquí, donde no tiene nada que ver que sea mejor que lo suyo, hay pocas probabilidades de que progrese gran cosa. He oído extravagantes alabanzas de los cuadros de varios pintores sur-americanos; pero dábanlas personas que probablemente nunca han visto un cuadro europeo de primer orden, porque muchas veces ponderaban al mismo tiempo las esculturas de los propios pintores, poniéndolas en las nubes. Con mayores datos he llegado á darme cuenta de que la escultura que se practica aquí consiste en tallar la cabeza, las manos y los pies de los santos que hay que vestir. Estos los pintan después, y no dudo de que producen una fuerte impresión de realidad; pero esto no es escultura. La escultura no es la imitación, si no el perfeccionamiento de la Naturaleza; así es que, sólo con cierta desconfianza he oído hablar de espléndidas novedades de cuadros y esculturas hechas por mano de los naturales que, según dicen, adornan las iglesias de Lima y de Quito. Las

que yo he visto aquí en el templo de la Merced, por ejemplo, están buenas para el local y son evidentemente de algunos de los frailes españoles, que han decorado sus iglesias á la usanza europea, con todo el esplendor que les han permitido sus circunstancias. Los retratos que he visto son ciertamente un punto mejor que los retratos de la China, pero son igualmente duros, y si bien las Vírgenes tienen cierto aire de gracia que recuerda algo el de las antiguas Madonas, pintadas antes del Renacimiento del Arte, están mal dibujadas, y sobre todo mal acabadas. No creo que haya actualmente en todo Chile un solo pintor, nacional ó extranjero, y me duele pensar que tiene todavía que atender á muchas cosas de importancia más apremiante que las bellas artes.

10 de Julio.—El capitán... estuvo á almorzar hoy conmigo y después tuvo la amabilidad de acompañarme á hacer una jira de visitas, para corresponder á las que he recibido aquí de las señoras inglesas. Es curioso, á esta distancia de la patria, ver tipos como los que sólo se encuentran entre los Brangtons, de la *Cecilia*, de madame D'Arblay, ó como las Mrs. Elton, de las admirables novelas de miss Austin; y con todo, éstas son las personas más aptas para vivir aquí.

El país es nuevo; el gobierno no está reconocido por el nuestro; los comerciantes que aquí vienen son, por lo general, comisionistas ó vendedores al detall de casas al por mayor establecidas en países más grandes y más viejos. Como á todos los ingleses, desde el más encumbrado al más humilde, les agrada tener su *home* consigo, no hay dependiente que aquí llegue que no traiga á su mujer ó que no la encuentre aquí de su misma condición, de donde resulta que esta sociedad, por lo menos en lo que á los ingleses se refiere, es de muy mal tono.

Las simpatías del corazón son tan vívidas entre ellos, sin embargo, como entre las clases más cultas; de modo que si en un momento nos apartamos disgustados del hombre que llama familiarmente á su mujer con un apodo,

luego podemos, con respeto, admirar en él al hombre que ha acogido y consolado bondadosamente al enfermo y al moribundo, en cuya casa ha encontrado un asilo y en cuya familia ha tenido los mejores servidores más de uno de sus compatriotas, cuya existencia ha terminado lejos de sus amigos y de su tierra natal.

16. — Hoy hemos tenido dos ligeros remezones de tierra. Las sensaciones que ocasionan son peculiarmente desagradables.

En todas la demás convulsiones de la tierra, siempre parece posible hacer, ó por lo menos intentar, algo para evitar el peligro. En la tempestad, gobernamos el buque en demanda de puerto seguro; los pararrayos nos prometen apartar el rayo de nuestras cabezas; pero un temblor parece que conmueve los cimientos mismos de la tierra, y se nos ocurre que es tan difícil escapar como refugiarse bajo techo. El efecto físico es igualmente desagradable: puede compararse al mareo.

No porque sean aquí frecuentes los temblores se han hecho insensibles á ellos los habitantes. Recuerdo haber visto en las callas de Valparaíso personas que salían corriendo, caían de rodillas y se encomendaban á todos los santos. En el campo, los campesinos dejan de mano el trabajo, se quitan el sombrero, golpeándose el pecho, y claman: *¡Misericordia!*, abandonando las casas. Uno de los temblores de hoy duró cerca de un minuto; fué acompañado por un recio ruido, como el de un repentino escape de vapor de una caldera.

Se dice que los temblores son más frecuentes á principios de la estación lluviosa. Algunos, sin embargo, han fijado los meses de Octubre y Noviembre como más sujetos á ellos; pero no sé en qué datos puedan fundarse para asegurarlo. Algunos escritores han dicho que las provincias de Coquimbo y Copiapó está exentas de ellos; lo cierto es que, durante los últimos cinco años, Coquimbo ha sido totalmente destruído dos veces, y Copiapó seriamente damnificado y casi arruinado otra vez. Hace co-

mo noventa años ocurrió un temblor en Valparaíso, durante el cual el mar se desbordó sobre el Almendral; casi por el mismo tiempo fué destruída por otro cerca de la tercera parte de Santiago.

18.—A los temblores han sucedido dos días de incesante lluvia, pero el termómetro no ha bajado de 50°, á pesar de hallarnos á mediados del invierno. El estero que corre entre el Almendral y mi quinta ha crecido tanto, que durante estos dos días no ha habido comunicación posible con la ciudad, y ayer se ahogó un hombre que trataba de pasarlo. Circula la noticia de que el gobierno se unirá con el del Perú para dar un ataque sobre Arica, donde se han hecho fuertes otra vez los españoles, y de que el almirante mandará la expedición. Esto no es probable. En primer lugar, su señoría se ha ido á su fundo, haciendo uso de una licencia de cuatro meses; y después los buques de la escuadra chilena no se encuentran en estado de hacerse á la mar; además, como hasta ahora no han sido pagados los oficiales ni los marineros, no es posible que el gobierno piense ocuparlos.

22.—Continúa el mal tiempo, si bien en algunas ocasiones hay un poco de sol. Me he deleitado leyendo los primeros libros nuevos que he visto en Chile: los *Foscari*, el *Caín* y el *Sardanápalo*, de lord Byron. No puede escribir sin sacudir nuestros sentimientos. En *Foscari* hay páginas que, aparte de la magia que tienen para mí, distante como me hallo de mi patria, habrán de impresionar hondamente á muchos corazones. La lectura de estos dramas me ha proporcionado un gran deleite, y es éste el primero que tengo desde hace días.

Julio 24.—Hoy fuí al puerto á comer en casa de mis amigos los H..., y mientras me hallaba ahí recibí la noticia de la primera reunión que celebró ayer la asamblea constituyente, que, según parece, se ha abrogado además las atribuciones de una asamblea legislativa; quizá es difícil separar ambos caracteres. Asistieron treinta y tres miembros y estuvieron ausentes siete.

El director asistió á la apertura de la convención, y su llegada fué anunciada por una *salva* de artillería, sin la cual nada se hace aquí.

Abrió la sesión con un corto discurso en que hizo referencia á los errores y á la prematura disolución de la convención de 1810, augurando para la presente un resultado más feliz.

Los convencionales procedieron entonces á la elección de un presidente y vicepresidente; en seguida, entre los gritos de "¡Viva la Patria!" "¡Viva la convención!" el director presentó un mensaje, que hizo leer rápidamente, y se retiró.

El documento contiene una alocución congratulatoria á la convención; un rápido bosquejo de la vida política del director; algunos consejos sobre las medidas que deben proseguirse; un estado de las necesidades del país, y concluye con la renuncia de su autoridad.

Todo el mensaje hace mucho honor al director, excepto la renuncia. Esta constituyente ó, como la llaman, convención preparatoria, no es competente para aceptarla. Es verdad que parece que sus miembros lo han comprendido así, porque han insistido en que reasuma su autoridad, y después de un largo y estudiado discurso del vicepresidente sobre los romanos, los cartagineses y los fenicios, una diputación fué á saludar al Director y, confiriéndole de nuevo el cargo, le reiteró las manifestaciones de agradecimiento debidas á los actos de su pasada administración. Considero esta transacción como un engaño de ambas partes; la convención preparatoria, elegida por el Director mismo, no era la asamblea aparente en cuyas manos pudiera renunciar la autoridad que se le había conferido al recobrar la libertar de Chile, después de la jornada de Chacabuco, ni él tampoco podía recibir de manos de semejante convención la renovación de su autoridad. En cambio si se hubiese reunido una asamblea elegida por el pueblo, aunque fuese en la forma, ambas cosas habríanse verificado correctamente;

quizá yo me equivoque, ya que él ha de conocer mejor á sus conciudadanos. Naturalmente, la instalación de la convención ha ocasionado un gran regocijo entre las mujeres y mucha especulación entre los hombres. Algunos están calculando de antemano las nuevas tarifas de aduana; otros el número de leyes antiguas que hay que derogar y de las nuevas que hay que dictar. Muchos se asombran de que no se haga ninguna provisión especial para la marina de Chile y para el pago de ella y de su ejército, que se encuentran impagos, tanto que ni los soldados ni los marineros se hallan en estado de ser llamados al servicio en caso de necesidad. Pero Chile se considera seguro, y el ministro Rodríguez, procediendo conforme al principio de que la riqueza individual hace la prosperidad pública, está haciendo especulaciones privadas en compañía de su amigo el comerciante Arcos, y comprando con el dinero del gobierno todo el tabaco y los alcoholes que existen en el mercado para aprovechar los pesados derechos con que trata de gravar esos artículos el nuevo *reglamento*.

30 de Julio.—Como aquí no existen sitios de público entretenimiento para la juventud, los ingleses, cuando tienen que celebrar un día de fiesta, organizan, con el nombre de *pic-nics*, sus excursiones á los cerros y valles vecinos, adonde van en partidas de á caballo, y pasan corriendo, comiendo, bebiendo y bailando alegremente. He tomado parte en uno de los *pic-nics* más serios de esta clase y he andado á caballo la mayor parte del viaje en compañía de mis más jóvenes amigos, á veces sobre rocas escarpadas, otras entre cañadas y boscosos barrancos, y aquí y allí por pequeñas vegas donde crecen los hongos más hermosos del mundo. Los duraznos y los cerezos están en flor, y todo tiene un aspecto alegre y risueño. La mayor parte fuimos á caballo hasta el sitio de *rendez-vous*, en el Valle de las Palmas; pero algunos prefirieron el reposado transporte de una carreta chilena tirada por cuatro nobles bueyes, que tenían que

arrastrar el peso adicional de una excelente comida.

El sitio se hallaba al pie de una escarpada colina cubierta de arrayanes; de dosel teníamos, colgada como los cortinajes que Claude introduce á veces en sus paisajes, la estrellada bandera de los Estados Unidos, cuyo cónsul era el patrono de la fiesta, y cerca de nosotros corría un esterito de limpias aguas. Las bondadosas mujeres de los *ranchos* vecinos vinieron á rodearnos y nos auxiliaron en nuestros pequeños arreglos, trayéndonos flores y ayudándonos á cortar el arrayán con que hicimos nuestros asientos. Algunos pasaron muy felices; desgraciadamente, la felicidad no es lo que florece todos los días, y no son muchas las manos destinadas á arrancar la rama de oro; por mi parte he pasado tan bien el día como no me lo hubiera imaginada tres meses atrás.

2 Agosto.—Mr. Hogan me trajo de visita al juez Prevost, cónsul general americano, que actúa también en cierto modo como ministro. Pertenece á la familia Prevost, de Ginebra, que ha dado varios ciudadanos respetables y algunos notables, tanto á los Estados Unidos como á Inglaterra. Tiene un vivo interés por la suerte de Chile y mira á esta naciente República con la simpatía que su propio país y el de su padre le dan derecho á sentir. Pero estoy segura de que yerra al tratar de inculcar en el gobierno la idea de que á Chile no le convendrá mantener buques de guerra ni mercantes durante cien años por lo menos y que debiera alquilar los primeros y emplear transportes extranjeros en lugar de los segundos; es tan palpable el interés de la nación que saldría gananciosa en caso semejante, que me asombra cómo el juez no ha tenido para sostenerlo la menor vacilación. Es que la sencillez de pensamiento de los chilenos no puede competir con la sagacidad ginebrina, unida á la especulación norteamericana.

4 de Agosto.—Las circunstancias que han obligado á suicidarse al capitán de un buque mercante americano han despertado un gran sentimiento de interés: hace dos

años naufragó en las inmediaciones del cabo de Hornos, de donde llegó á este puerto con uno ó dos compañeros de penuria, después de haber recorrido la costa en un bote ballenero, alimentándose de mariscos y de focas. De vuelta á Norte-América, donde tenía mujer é hijos, empleó la mayor parte de sus recursos en armar un ballenero, con el que esperaba resarcirse de sus pasadas pérdidas, y á bordo del cual entró otra vez al Pacífico. Al cabo de mucho voltejear, recaló en Valparaíso sin un solo pescado; después de vagar en tierra dos ó tres días en lamentable estado de desesperación, recogióse á su camarote, escribió unas cartas para su familia, dejó instrucciones para que su cuerpo fuese entregado á las olas, ¡y se descerrajó un tiro!

5 de Agosto.—Las noticias que llegan del Sur no son de lo más agradable: ha habido en Valdivia una conspiración que ha sido debelada gracias á una estratagema. En cierta reunión, organizada no sé con qué pretexto, todos los oficiales implicados quedaron colocados cada cual al lado de la persona encargada de apresarlos, lo que se hizo, en consecuencia, fácilmente. Todavía no se ha resuelto nada acerca de ellos.

Con éste y otros motivos, y especialmente por la falta de provisiones, la expedición que debía partir para Chiloé á las órdenes de Beauchef, protegida por la *Lautaro*, ha sido aplazada, sin que haya esperanzas de que salga en esta estación; de modo que Quintanilla dispondrá todavía de un año más para desplegar su lealtad, comparable á la de los antiguos caballeros de los romances. Encerrado en el pequeño puerto de San Carlos, rodeado por una indiada enemiga, amagado por las tropas regulares y la flota chilena, falto de toda comunicación directa ó indirecta con la madre patria, no por eso ha flaqueado un solo instante.

12 de Agosto.—Mr. D. estuvo á almorzar conmigo y después me acompañó á caballo hasta Concon, parroquia situada á 15 millas de aquí, en la ribera del río Acon-

cagua. Este río nace en el paso de los Andes denominado la Cumbre y riega el fértil valle de Santa Rosa y la florida región de Quillota. La jornada es agradable, no obstante lo malo del camino, que en Inglaterra apenas si sería considerado transitable; sólo en los Apeninos he visto caminos peores. En muchas partes va al borde de precipicios.

Desde Valparaíso á Viña del Mar, sobre el estero de Marga-Marga, el panorama es el mismo que en los alrededores del puerto. Escarpados cerros y rocas completamente cubiertas de arbustos floridos; escaso cultivo, salvo en los valles formados por los ríos y que se abren hacia el mar, donde todo rancho se ve rodeado de huertos y de sembrados de cebada. El océano está siempre á la vista: unas veces rompiendo al pie de las escarpadas rocas que íbamos cruzando, otras bañando mansamente las amarillentas arenas de la desembocadura de los ríos que riegan los valles cultivados.

El panorama comienza á cambiar en Viña del Mar, hacienda que pertenece á una rama de la familia de los Carreras. La llanura se abre y se ensancha, las viñas y los *potreros* tienen más extensión, los arbustos toman casi la apariencia de árboles; en los cerros hay frecuentes mantos de pasto fino, donde el ganado encuentra abundante forraje, y aquí y allá palmas que adornan los costados del valle. La vista de las inmediaciones hace recordar algunos de los más lindos sitios del Devonshire; pero los cerros de Quillota, entre los cuales descuella el volcán Aconcagua, que forma un punto culminante en el cordón central de los Andes, no tienen nada que se les asemeje, no sólo en Inglaterra, sino en la Europa entera.

Las altas montañas de Suiza se ven siempre desde un punto extremadamente elevado; aquí, desde la playa se divisa toda la masa de la cordillera, situada á noventa millas de distancia. Esto le da al paisaje en Chile una peculiaridad que lo distingue hasta en sus cálidos colores de todo cuanto he visto anteriormente.

El propietario de Viña del Mar está mejorando su hacienda en todo sentido: se están levantando millas de cierros; va desapareciendo el monte; en los valles se ve el trigo, y la mejor clase de ganado está poblando los cerros. La excavación de los surcos y canales se hace todavía con la pala de madera. Es verdad que he tenido oportunidad de ver á un hombre que trabajaba en su huerto con una paletilla de carnero amarrada á un palo á guisa de pala, y he leído que los antiguos habitantes de Chile araban sus tierras con astas de cabras y huesos de buey.

Después de Viña del Mar, aumenta la pintoresca belleza del paisaje, hasta que por fin se abre el risueño valle que forma el río, sin otros límites que el océano y la cordillera.

Encontré que mis amigas, la señora Miers y su hija, á quienes iba á visitar, andaban en los cerros ocupadas en buscar raíces bulbosas, que aquí abundan mucho. Inmediatamente fuí á acompañarlas y nos volvimos á pie á la casa, que está cerca del río, no muy cerca, sin embargo, porque las creces del invierno amagan mucho los planes vecinos.

Mr. Miers llegó á Chile con una gran instalación para laminación de cobre, cuños para sellar metales y otras maquinarias adaptables sólo para un país de un estado de cultura mucho más adelantado. Así es que ha tenido que convertir algunos de sus aparatos en excelentes molinos harineros, y ha instalado asimismo unas sierras circulares para cortar duelas, aprovechando la abundancia de madera aparente para este objeto que hay en los alrededores.

La instalación de Mr. Miers puede considerarse adelantada en cien años á la civilización de Chile.

Después de haber pasado un día muy entretenido viendo diversas cosas, adecuadas unas é inadecuadas otras al actual estado de cosas del país, y admirando la exposición y las costumbres de algunas plantas que jamás había visto antes, nos dirigimos á Quintero con Mrs. Miers en la mañana del

13 de Agosto.—Después de vadear tres veces el río Aconcagua, el camino sigue unas tres leguas á lo largo de una árida y desolada costa. A un lado se ven grandes cerros de arena donde no arraiga la menor vegetación, y que son tan altos que excluyen la vista de todo otro objeto; al otro lado se agita incesantemente una tremenda resaca que no permite que se acerque ni bote ni canoa alguna. A medio camino, entre Concos y Quinteros, la gran laguna de Quinteros se comunica con el mar. Durante el buen tiempo se vacia sólo á través de la arena; pero en otra época rompe la barra y entonces el vado no es muy seguro. Cuando íbamos pasándolo estaba cubierto de varias clases de aves acuáticas: el flamenco, con el pico y las alas de color rosa; el cisne de Chile, que tiene las patas blancas y el cuello negro azabache; un pájaro obscuro, cuyas alas parecen de bronce bruñido y que tiene la cabeza, el pico y las alas sumamente parecidas á las del ibis egipcio; gansos, taguas y toda la innumerable tribus de las ánades.

Cuando dejamos la costa subimos á un cerrito é inmediatamente entramos á un bosque en el cual había un ancho sendero tan plano que parecía ser obra del arte; á muchos lados, entre nosotros y los corpulentos árboles cuyas hojas perfumaban el aire, espesos matorrales daban nido á multitud de pichones silvestres, torcazas y perdices, entre las cuales *Don*, mi viejo perdiguero, parecía volverse loco de gusto; pero de vez en cuando, después de señalar un nido, echaba hacia atrás una mirada de reproche porque no había una sola escopeta en la partida.

El viento del Sur-Oeste hace doblarse aquí los árboles de la misma manera que en el Devonshire, excepto en los puntos donde ofrecen un refugio contra él las suaves ondulaciones de las colinas.

La casa que lord Cochrane está construyendo en Quinteros dista mucho de estar en la más bonita situación de la hacienda. La bahía de Quinteros, ó más bien

dicho la Herradura, es muy bonita, mejor abrigada que Valparaíso contra los vientos del Norte, más abastecida de agua y de leña, y más inmediata á los campos de Quillota y del valle de Santa Rosa para la provisión de víveres para los buques. Antes de la embocadura de la bahía hay algunas rocas que son muy conocidas; pero adentro, salvo en muy pocos lugares, el fondeadero es muy bueno.

El famoso navegante holandés Jorge Spilberg, después de haber tratado en vano de hacer agua en Valparaíso con su flota formada por los buques el *Sol Naciente*, la *Luna Nueva*, *Venus*, el *Cazador*, *Eolo* y *Lucifer*, recaló en Quinteros, donde mandó á su gente en busca de agua y de leña, disponiendo para protegerla que se armara una batería en media luna y que se destacara un pelotón de marineros en la playa.

Al hablar de Quinteros, dice que es un puerto que no puede considerarse inferior á ninguno en cuanto á abrigo, seguridad, pesca y aguada. Después de él, nuestro compatriota Cavendish y también algunos filibusteros intentaron establecerse aquí; pero no se lo permitió el recelo de los españoles.

Mirando desde la casa, precisamente donde la vista se fija en la graciosa curva de la bahía, distínguese una hermosa laguna de agua dulce, que parece reposar entre sus márgenes tupidas de verdura. Pequeños cerros se levantan en todas direcciones, cubiertos en algunas partes por espesos matorrales y en otras sembrados por bosques de árboles rústicos; y mañana y tarde pueden verse los piños de ganado haciendo su acostumbrada emigración de los bosques á la abierta llanura y de la llanura á los bosques.

La casa de Quinteros no está habitable todavía, porque aún hay una gran parte sin concluir. Como las demás casas de Chile, es de un solo piso. Las piezas están distribuídas en grupos separados. ¿Pero quién piensa en la casa, cuando el amo está presente?

Si bien no es hermoso, lord Cochrane tiene una expresión de superioridad que, desde que por primera vez se le mira, induce á mirarlo una y otra vez. Su expresión varía conforme á los sentimientos que pasan por él, pero por lo general su aspecto es de benevolencia. Cuando rompe su silencio habitual, su conversación es rica y variada; clara y animada cuando trata de asuntos relacionados con su profesión.

Si alguna vez he conocido el genio, puedo decir que en lord Cochrane es sobresaliente (1).

Después de comida fuimos á pasear á la chacra, que está situada en un sitio pintoresco y abrigado, como á una legua de la casa. A la entrada hay varias herramientas agrícolas que lord Cochrane ha traído con el objeto de introducir los adelantos modernos en Chile, país de su adopción.

El arado, el rastrillo, la pala de la Europa moderna, todo es nuevo aquí, donde durante siglos no se ha conocido ningún adelanto. Dentro de los cierros de la chacra hay un espacio dedicado á la multiplicación del alerce, de la haya y de la encina; creo que el alerce se adapta peculiarmente á este clima.

Desde que lord Cochrane llegó á Chile, se encuentran en las despensas las zanahorias, los nabos y varias otras clases de legumbres que antes eran desconocidas aquí. De vuelta á la casa, estuvimos viendo varios diseños de buques de pequeño calado para hacer el cabotaje, y así se pasó para mí la más agradable de las noches que he pasado en Chile.

14.—Poco después de almuerzo todos montamos á caballo para dirigirnos á la punta de más afuera de la Herradura, donde debía reunirse el ganado de la hacienda para contarlo. Técnicamente, una reunión de esta especie se llama *rodeo*, y tiene lugar ordinariamente en

(1) El capitán Graham era uno de los guardia-marinas más nuevos de la *Thetis* cuando lord Cochrane era ya de los más antiguos. Sir A. Cochrane era el capitán del buque.

el verano, ó más bien en el otoño. En tal ocasión reúnense todos los inquilinos de la hacienda, y seguidos de las muchachas que se han quedado atrás para engalanarse alegremente, aparecen después en el *corral.* El día señalado para el rodeo, los hombres, que van todos montados, se dividen en grupos; cada tropa tiene un jefe, á cuyas órdenes avanza, se estrecha, se separa, ó se retira, conforme á la naturaleza del terreno, y no hay terreno tan escabroso, ni cerro tan encumbrado, ni bosque tan espeso que no lo franqueen. A fin de defenderse los brazos y las piernas contra las ramas, usan unas curiosas envolturas de cuero, amarradas á las caderas, que les defienden enteramente las rodillas y la parte inferior de la pierna; son por lo general de piel de foca, curiosamente laboreados y amarrados fantásticamente por cordones. He visto algunos muy caros, que han costado quince pesos. Los cueros para los brazos son más sencillos. Estos hombres pasan á veces varias noches con sus perros en los cerros para recoger el ganado; una vez reunido, se apartan los animales que pertenecen á extraños y se marca todo el ganado de la hacienda. Un *rodeo* es una escena de regocijo: uno ve ahí al chileno en sus glorias; corriendo á caballo, tirando el *lazo,* domando animales chúcaros, sean caballos ó mulas, y á veces, por chancearse, montándosele en los lomos al mismo grave buey. El rodeo de hoy no es tan festivo: tiene por objeto únicamente contar el ganado de la hacienda, que deben ser unas 2.000 cabezas; pero que desde la última vez que lord Cochrane zarpó de aquí ha sufrido una merma considerable por falta de cuidado. Hoy se han traído sólo unos cuantos cientos; sin embargo, como esto es sólo el principio y la estación no es la regular, probablemente se logrará reunir casi todo en unos pocos días más. Los *vaqueros* mayores deben, generalmente hablando, ser nacidos en la misma hacienda donde trabajan. Las guaridas del ganado están á tanta distancia y el campo está tan poco poblado y tiene tan poco tráfico, que las huellas

y las señales no sirven de nada, y sólo la experiencia puede guiar al vaquero en las distintas estaciones para dar con las diferentes guaridas de las bestias. Su ocupación, á más de atender á los rodeos, es llevar á pastar el ganado, sea al llano, sea á los cerros, según la estación; apartarlos de manera que tengan libre acceso al agua y vigilar las nuevas crías, sean terneros, caballos ó mulas. Rara es la vez que un vaquero no anda á caballo; es de dudar si la parte humana y el bruto fueron en los centauros más inseparables que en un vaquero y su cabalgadura. Cada uno de estos hombres tiene á su cargo cierto número de animales vacunos, de los que debe responder al mayordomo de la hacienda. Hay una parte de la ceremonia, muy agradable para los hombres que en ella toman parte. Como á las doce del día se le pide á uno de los peones que lacée un novillo para matarlo inmediatamente y ofrecerlo asado á la concurrencia; el cuero, sin embargo, pertenece á la hacienda, y en consecuencia, se procede al momento á cortarlo en tiras, que sirven para hacer lazos, correas y una multitud de cosas por el estilo.

Después de pasar la tarde á caballo viendo el ganado y de haber plantado algunos árboles frutales y algunas fresas en el huerto, Mrs. Miers y yo nos despedimos y regresamos á Concon por el camino de las casas viejas de Quinteros, más pintorescamente situadas cerca del lago, y que ya habíamos divisado cuando íbamos galopando por la costa. Parte del paisaje es muy bonito, particularmente en los alrededores de la casa; pero á medida que se sigue costeando la laguna hacia el mar la vegetación comienza á ceder el campo á la arena, y luego tuvimos que seguir por una orilla arenosa con tanto declive que á haber resbalado habríamos ido á dar en las profundidades del lago; además, la arena era tan suelta, que á cada instante el resbalón parecía inevitable.

Al cabo llegamos á la ribera del mar, y allí nos encontramos con que la barra del lago se había roto á causa del fuerte viento y de la marea, por lo cual nos costó algún

tiempo dar con un vado. Después de mucho conseguimos pasar en salvo; pero no vinimos á atravesar el río frente á Concon hasta la noche.

El paso lo hicimos con toda seguridad, gracias á la sagacidad de los caballos, que no sienten vacilación alguna para tomar el vado cuando lo han pasado una vez; á pesar de todo, siempre infunde cierto temor vadear de noche un río profundo y torrentoso. El empuje de las aguas, la sensación de lucha debida la resistencia que oponen á las patas de los caballos, el grito de una ave acuática que vuela asustada de su nido, todo parece que va á despertar al espíritu de las aguas y á hacerlo apoderarse del viajero.

La noche, la duda y el temor son magos poderosos que saben poblar como nadie el mundo de la ficción.

15.—De vuelta de un largo y agradable paseo, nos encontramos con el capitán T. S. y otros dos caballeros que han tenido la amabilidad de venir á caballo desde Valparaíso con el objeto de acompañarme para volver á casa. Siento un verdadero pesar al despedirme de mis amables huéspedes, que sobresalen por sus conocimientos y real distinción de las demás familias que he conocido aquí desde hace tiempo. Empleamos tres horas en llegar á mi casa, porque en muchos puntos el camino no permite galopar; pero una linda puesta de sol, una deliciosa vista y la agradable compañía hacen que no se sientan las dificultades del camino.

Valparaíso, 17 de Agosto.—He ido al puerto para preparar mi viaje á Santiago. Ahora que ha pasado la estación lluviosa, comienzo á sentirme impaciente por conocer la capital; pero, aunque la distancia es sólo de noventa millas, tengo que llevar cama y sábanas, porque las posadas, excepción hecha de la de Casablanca, que es la primera, no cuentan con esos artículos. Además, necesito mulas para mi equipaje; mi peón me servirá de guía, y parece que emplearé tres días en el viaje.

En el puerto encontré al capitán Morgell, que tuvo últi-

mamente el mando del bergantín chileno *Aranzazú*, que se hundió mientras se trataba de ponerle en descubierto la quilla para repararlo. Hace veintiocho días que se vino de Guayaquil, en cuya época la plaza estaba en poder de Bolívar, que hacía causa común con San Martín y le había ofrecido mandarle 4.000 hombres de refuerzo para lograr la dominaeión definitiva del Perú.

La población de Guayaquil, influenciada por los agentes de Lima, se había estado conduciendo muy mal con los buques de guerra del Estado de Chile, y hasta había amenazado hacer fuego sobre el *Aranzazú* y el *Mercedes*. Bolívar, sin embargo, los hizo entrar en orden, porque si bien odia á los extranjeros y les tiene recelo, comprende que nada puede hacerse sin ellos en el estado actual de la América del Sur (1).

(1) Esta señora hubiera hecho mejor en sólo hablar de lo que vió, oyó y pudo juzgar. Si todos sus informes tuvieran la validez de éste, caería por tierra el libro.—*(El Editor.)*

22 DE AGOSTO DE 1822.--13 DE MARZO DE 1823

22 de Agosto.—Comencé mi viaje á Santiago. Era mi compañero el honorable Federico de Roos, guardia marina del navío de S. M. B. *Alacrity*, y llevaba conmigo á mi criada y un peón con tres mulas para el equipaje. Nos acompañaron hasta la primera casa de postas, á unas doce millas de Valparaíso, varios amigos de ambos sexos que habían almorzado con nosotros.

En vez de subir las alturas del puerto por el ancho camino carretero que Chile debe al padre del actual Director, tomamos el antiguo, que, por ser más corto que aquél, es todavía preferido, á pesar de su poca comodidad, por los leñadores y, á veces, por las recuas de carga.

Este camino es sumamente escabroso y cortado en muchas partes por las lluvias de invierno, que, acopiándose en las mesetas superiores, se precipitan cerro abajo y abren profundos surcos en el blando suelo rojizo.

Cuando llegamos á la cumbre vimos extenderse ante nosotros una inmensa llanura llamada "los Llanos de Peñuelas", limitada á lo lejos por cerros sobre cuyas cimas se destacaba la nevada cordillera de los Andes. Atraviesan esta llanura numerosos riachuelos y pacían en ella algunos rebaños de ganado mayor; pero carece de árboles.

Hay al fin de ella otra casa de postas, pasada la cual entramos en un camino que va serpenteando al través de una cadena de cerros que separa los Llanos de Peñuelas de los de Casablanca. El pastoral y pintoresco aspecto de este paso nos hizo recordar á Devonshire con sus verdes

colinas, sus arroyuelos y rebaños. Saliendo de él, un camino recto y completamente plano, de unas doce millas de largo, conduce á Casablanca.

Los campos, á uno y otro lado, están casi enteramente cubiertos de espinelas ó mimosas, cuyas fragantes flores perfuman la atmósfera, y el suelo tapizado de césped, anémonas silvestres, onagras blancas, azules y amarillas, ornitógalos, saxífragas y una gran variedad de malvas y diminutos geranios. Pero la estación es aún demasiado temprana para la mejor y más bella parte de Chile.

Casablanca es una pequeña villa con una iglesia, un gobernador y varios administradores de justicia, y envía un representante á la convención. Es célebre por su mantequilla y otros productos análogos; pero debe su principal importancia á que es la única población que hay en el camino entre el puerto y la capital, como también el punto en que se reúnen los productos de varios distritos vecinos para ir de allí á Santiago y á Valparaíso, ya para la exportación, ya para el consumo del país.

Redúcese el pueblo á una larga calle y una plaza, pero la mayor parte de la población de la parroquia reside en las haciendas vecinas. En un costado de la plaza levántase la pequeña iglesia; ocupan los otros tres dos posadas y algunas quintas y huertos, y en el centro tiene lugar una vez al año una corrida de toros, en tan pequeña escala, que los santiaguinos han hecho de ella un tema de risas y, con no poco disgusto de los habitantes del pueblo, han puesto en escena una comedia titulada *La corrida de toros de Casablanca.* Ignoro si Casablanca tiene algún otro título literario á la celebridad, á no ser quizás, el capítulo de los Viajes de Vancouver en que éste equipara la construcción de sus casas con la de las de Valparaíso.

Dice allí, si mal no recuerdo, que ellos enseñaron á la gente de Chile el uso de escobas para el barrido de las casas, suposición que ha herido mucho á los chilenos, que son notablemente aseados y barren sus casas por lo menos dos veces al día.

El capitán Spencer ha tenido la amabilidad de acompañarnos hasta aquí. El viaje á caballo, que sólo es de treinta millas, me fatigó poco, pero mi pobre criada ha llegado tan rendida de cansancio, que me arrepentí de haberla traído, pues aún no llevamos sino la tercera parte del viaje.

Sin embargo, una noche de descanso en camas tan buenas que no quise sacar las nuestras del equipaje, una excelente comida y un almuerzo mejor aún, restauraron de tal modo nuestras fuerzas, que ya no dudamos que amaneceríamos con nuevos ánimos para proseguir el viaje.

El dueño de la posada es un negro británico que algo conoce de las comodidades á que están acostumbrados los ingleses, y en realidad ella ofrece al viajero un lugar de descanso bastante satisfactorio.

23.—El capitán Spencer fué con nosotros hasta la Cuesta de Zapata, cerro muy escarpado por el cual el camino sube serpenteando de tal manera que forma diez y seis mesetas, una sobre otra, que presentan un singularísimo aspecto vistas en perspectiva desde el largo camino recto que va directamente de Casablanca hasta la Cuesta.

El campo de este lado de la ciudad parece mucho más fértil que el que pasamos ayer; entre los grupos de espinelas veíanse espaciosos claros pertenecientes á diversas propiedades rústicas. El camino corre entre dos filas de hermosos árboles: maitenes, sauces del país, molles y otros árboles de hoja perenne, que eran más y más numerosos á medida que nos acercábamos á la Cuesta, y formaban matorrales y bosquecillos en las profundas cañadas que interrumpen el camino.

Al pie del cerro nos dejó el capitán Spencer, con gran pesar mío, pues si en cualquier parte es grato tener un compañero inteligente y simpático, lo es mucho más á tan grande distancia de Europa.

Me asombra no haber oído nunca encarecer la belleza de este camino. Quizás los comerciantes que lo frecuen-

tan van preocupados durante sus viajes de las ganancias y pérdidas mercantiles; y los oficiales de la marina inglesa, que van á la capital en busca de diversiones, piensan demasiado en los entretenimientos que les esperan para fijarse en las bellezas del camino. Este me recuerda algunos de los más hermosos paisajes de los Apeninos.

El onduloso valle llamado Cajón de Zapata, que se desplegó á nuestra vista cuando llegamos á la cumbre, sus boscosas hondonadas y las nevadas montañas en el horizonte, formaban un bellísimo paisaje. El cielo estaba sereno, y la temperatura era deliciosa. En una palabra, aquello habría sido un paraje de Italia á no faltar allí los edificios y templos, signos de la presencia del hombre; pero aquí todo es aún demasiado nuevo, tal que uno casi no se sorprendería de ver salir un salvaje de entre los árboles más próximos ó de oir rugir una fiera desde el cerro.

Cuando pudimos resignarnos á dejar el hermoso sitio desde donde dominábamos el espléndido panorama, descendimos al valle y dimos descanso á los caballos en la casa de postas. Mientras éstos descansaban, la dueña de casa nos obligó á entrar y compartir su comida. Es una casa de campo de decente aspecto, y no una posada, aunque está instalado allí el servicio de postas.

Sirviéronnos el popular *charquican*, preparado con carne fresca y seca y diversas legumbres y sazonado con *ají*, ó pimienta chilena, en una gran fuente de plata; y á cada una de las ocho personas que nos sentábamos á la mesa se le distribuyeron cubiertos de plata. Leche, harina de maíz y aguardiente completaban la comida. Por fin, descansados ya nosotros y las cabalgaduras, proseguimos el viaje, habiendo tomado la delantera el peón y las mulas.

Saliendo del Cajón de Zapata, entramos al largo y profundo valle en que se encuentran Curacaví y Bustamante. El primero de esos pueblos se extiende graciosamente al pie de un cerro, entre huertos y jardines y á las orillas de

un ancho riachuelo llamado Estero de Curacaví, que nace de una hondonada distante, y cayo vado se encuentra precisamente en el punto más pintoresco de esa comarca.

Bustamante es un villorrio, y debe su nombre al del mayorazgo á que pertenece; está situado bajo una parte de la serranía que forma la Cuesta de Prado, y poco hay en él que sea digno de mencionarse. La casa de postas esta á cargo de una muy atenta y amable señora, de edad ya avanzada, que nos proporcionó sabrosa carne de cordero con excelente vino y un aseado dormitorio.

El piso de éste es de tierra, en que se hallan afianzadas varias armazones de madera que sirven de lechos. Sobre ellas acomodamos nuestras camas, y dormimos perfectamente.

Mi criada era, como antes, la más cansada de todas, lo que prueba que la juventud y la salud no siempre son los más resistentes compañeros de viaje. Acostóse ella mientras yo me ocupaba en escribir y hacer los preparativos para la mañana siguiente.

24.—A las siete nos pusimos de nuevo en marcha, acompañados del peón Felipe, y como á una mila de Bustamante se nos agregó sencillamente y sin ceremonias otro peón, que conducía carga, é hizo con nosotros el resto de la jornada.

Como el nuevo camino de la Cuesta de Prado da una vuelta de varias millas, Felipe tomó la acertada determinación de llevarnos por el antiguo sendero, abierto en la sierra, que si no hubiéramos estado ya algo acostumbrados á la vista de los precipicios, nos habría infundido terror.

Más ó menos á media milla de Bustamante abandonamos el camino de O'Higgins y entramos en lo que aquí llaman un *monte* (1), ó espesura de bellos arbustos, con

(1) Esta aplicación de la palabra monte tuvo origen, según parece, en las pampas argentinas, que son tan planas y desnudas que cualquier bosquecillo ofrece desde lejos el aspecto de un pequeño cerro ó monte.

algunos grandes árboles de trecho en trecho. Los gigantescos cardones, que aquí y allá sobresalen de entre los arbustos, dan al paisaje un carácter especial muy pintoresco. Como en el centro del monte, en un extenso espacio desprovisto de vegetación, vimos un interesante espectáculo.

Tomaba allí descanso una recua de mulas destinada al transporte de mercaderías por la cordillera. Estaban éstas dispuestas en círculo, un fardo sobre otro, y en el centro del círculo los arrieros y los acémilas descansaban ó comían; dos ó tres de los hombres preparaban la comida en un pequeño fuego que ardía á poca distancia.

Comenzamos luego á trepar la abrupta y escabrosa montaña, y no podíamos menos de detenernos de cuando en cuando á admirar el magnífico panorama que dejábamos detrás de nosotros y asomarnos á los verdes y boscosos abismos que se abrían á nuestros pies.

Aquí y allá seguían las sinuosidades del camino largas recuas de mulas cargadas que se dirigían á la capital, y los prolongados gritos de los muleteros, repercutidos por los cerros opuestos, se armonizaban admirablemente con el paisaje.

Llegamos por fin á la cumbre, y aparecieron los Andes en su nevada majestad, dominando los numerosos cordones de los cerros más bajos; pero no habíamos llegado aún al sitio más bello, que dista como media milla de la unión de los dos caminos, el antiguo y el nuevo, de la cuesta de Prado.

A un lado, los largos valles que acabábamos de pasar, se extendían á lo lejos, engrandecidos por la niebla de la mañana, al través de la cual los cerros circunvecinos brillaban con gran variedad de tintes; al otro encuéntrase el hermoso valle de Santiago, en que se distingue á trechos el camino,

Los elevados cerros que rodean la ciudad y la cadena de montañas más espléndida del mundo, la cordillera de los Andes, coronada de nieve, con sus cimas que parecen

llegar al cielo y sus obscuras quebradas en que flo tan densas masas de nubes, ofrecían á mi vista una escena como jamás había contemplado antes. En el primer plano hay abundancia de bellos árboles; con un río el paisaje habría sido perfecto.

A los pies de la Cuesta, hacia la parte de la ciudad, tuvimos la suerte de encontrar un excelente almuerzo de cordero después de nuestra larga jornada; y tanto nosotros como los caballos pudimos darnos un buen descanso. Desde este punto hasta la parada siguiente, Pudahuel, el camino va por un llano arenoso, salpicado de mimosas y calentado por el reflejo del sol en la tersa y árida superficie. Pudahuel está situado en las márgenes del lago del mismo nombre, que termina en este punto.

Créese vulgarmente que el Mapocho, á cuyas orillas se levanta la ciudad de Santiago, corre hasta aquí y desaparece bajo el cascajo y las arenas para reaparecer por siete bocas al otro lado del monte de San Miguel, de donde se dirige al valle de Maipo, uniéndose á este río cerca de Melipilla; pero el lago de Pudahuel no se comunica con el Mapocho, sino que es alimentado por los riachuelos de Colina y Lampa.

El Mapocho, muy disminuído por los canales que de él se sacan para el regadío, desaparece en cierto punto del llano de Maipo, y por ser las aguas de la bella fuente de San Miguel semejantes en dulzura y otras cualidades á las del Mapocho se le da este nombre hasta su confluencia con el blanquizco y turbio Maipo.

Accidentes ó circunstancias de este género eran poetizados por los griegos con esa rica y fabulosa fantasía que comunicaba especial encanto á todos los objetos que creían dignos de su inspiración.

¡Cuánto más bello es el paisaje que rodea las orillas del Pudahuel que el sucio lavadero que hoy marca el lugar de la en otro tiempo celebrada fuente de Aretusa en Sicilia! Y, sin embargo, mientras estaba allí oyendo y viendo *vulgares sicilianos*, rodeada de sórdidas y misera-

bles casas y sin otro objeto sagrado á la vista que una mutilada imagen de yeso de la Virgen, mi imaginación, que desde mi juventud había anhelado ver el sitio donde "el divino Alceo se deslizó bajo la tierra para ir al encuentro de su Aretusa", no tardó en revestir de mármol las rocas y restaurar los palacios, las estatuas y la magnificencia de esa fuente que en otro tiempo mereció la alabanza ó el reproche de ser el sitio más voluptuoso de una voluptuosa ciudad. Aquí Pudahuel desaparece en su belleza solitaria, sin que ningún poeta lo cante, sin que se le tribute honor alguno.

El panorama que se divisa desde el paseo de Pudahuel es bellísimo. Mirando á través del río, cuyas escarpadas orillas adornan grandes árboles, el valle de Santiago se extiende hasta las montañas, á cuyos pies se despliega la ciudad con sus blancas torres, y da á todo el conjunto un carácter especial que lo distingue de los demás bellos paisajes de Chile, en que la ausencia de habitaciones humanas imparte cierto sello de melancolía sobre la Naturaleza.

Tres millas más allá de Pudahuel nos encontramos con don José Antonio de Cotapos, cuya familia me había invitado bondadosamente á alojarme en su casa mientras permaneciera en Santiago, y aunque no había aceptado la invitación, creyendo que tendría más libertad en un hotel inglés, no pude realizar tal propósito, pues algunas millas más adelante me encontré con Mr. Prevost, quien me dijo que las señoras se darían por ofendidas si no aceptaba su hospitalidad con preferencia á cualquiera otra.

Apenas había dado mi asentimiento, llegaron dos coches con la señora de Cotapos y tres de sus bellísimas hijas, que habían venido á mi encuentro para llevarme á la ciudad. Rehusé este ofrecimiento por no entrar al coche cubierta de polvo. Seguí, pues, á caballo, y fuí muy amablemente recibida por doña Merceditas, otra hija de la señora, cuya gracia y cortesanía igualan su hermosura.

Después de tomar algún descanso y vestirme me llamaron á comer; allí encontré toda la familia reunida y algunos otros caballeros que habían sido invitados para que me conocieran é hicieran honor á la fiesta de recepción. La comida fué más copiosa de lo que en nuestros hábitos permitiría el buen gusto; pero todos los manjares estaban bien preparados, aunque demasiado cargados de ajos y aceite. Sirvióse el pescado entre los últimos platos.

Todos los guisos fueron servidos en la misma mesa, y era difícil resistir á las apremiantes y repetidas invitaciones á comer de cuanto había. Se considera como una muestra de la más delicada atención sacarle á alguien una porción de su plato y ponerla en el de su amigo, y á nadie se le hace escrúpulo servirle á uno con el cuchillo ó cuchara con que ha estado comiendo, ó tomar algo directamente de la fuente sin intervención de platos. Entre los servicios ofrecíase pan, mantequilla y aceitunas.

A juzgar por lo que hoy he visto, podría decir que los chilenos comen mucho, especialmente dulces, pero son muy parcos en la bebida.

Después de la comida tomamos café, y, habiéndose ya hecho tarde, todo pasó más ó menos como en una casa inglesa, salvo que la mayor parte de la familia se retiró á practicar sus devociones. En la noche llegaron algunos amigos y parientes de la familia, y los jóvenes de ambos sexos se entretuvieron en danzar.

Las personas mayores conversaban alrededor de un brasero, resguardadas por una gruesa cobertura, dispuesta de tal modo que á la vez que conducía el calor á las rodillas impedía que subieran hasta la cabeza los nocivos gases del carbón.

Hace muy poco tiempo que las damas chilenas han aprendido á sentarse en sillas, en vez de hacerlo sobre el estrado. Ahora, en lugar del estrado, hay generalmente largas alfombras á cada lado de la sala y dos filas de sillas, con tan poca distancia entre una y otra fila, que los

pies de una persona quedan en contacto con los de la que está sentada frente á ella.

Los más graves y de más edad se sientan con las espaldas hacia la muralla, y frente á ellos las niñas; los jóvenes se colocan detrás de éstas, y la conversación, general ó particular, se hace sin ceremoniosa afectación y á media voz.

Cuando hay un número suficiente de personas comienza el baile, con un minué, que poco se parece, en verdad, al grave y majestuoso minué que hemos visto en Europa. Grave es, sin duda, pero incorrecto y descuidado; no hay en él elegancia, finura, nada, en una palabra, en que el famoso capitán Nash de Bath pudiera reconocer los graciosos movimientos de las danzas que presidió durante tanto tiempo y con tanta maestría.

Después del minué se bailan alemandas, cuadrillas y danzas españolas. Estas últimas son muy graciosas, y tales como las he visto aquí me recuerdan las poéticas danzas que suelen representar la antigua escultura y la pintura moderna; pero en aquellos tiempos el arte coreográfico no establecía tan íntimo contacto entre la juventud, alegría y belleza femeninas y un compañero de baile. Sin embargo, aquí parecen estar habituados á ello, y reconozco que fué una tontería mía el haberme dejado alarmar por semejante espectáculo.

Luego que terminó el baile y se retiraron las visitas, cerróse la puerta de la casa, y la familia pasó al comedor á tomar una cena caliente, que aquí es la comida principal. Como yo no acostumbro comer en la noche, me retiré á mi aposento, sumamente complacida de las amables y finas atenciones y franca hospitalidad de mis nuevos amigos, y demasiado cansada para pensar en otra cosa que en dormir.

Hacía tanto tiempo que no oía cantar á un guardián de ronda, que experimenté una indecible sorpresa cuando llegó á mis oídos, mientras me acostaba, el canto de *Ave María purísima; las once de la noche han dado, y*

sereno", canto que despertó en mí muchos recuerdos, asociados con

> *The bellman's drowsy charm,*
> *To bless the doors from nightly harm.* (1)

25.—Los primero que hice después de levantarme fué examinar la distribución de los diversos departamentos de la casa, y comencé mi inspección por la puerta por donde había entrado ayer, buscando en vano á uno y otro lado de ella alguna ventana que diera á la calle. La casa, como todas las que desde aquí alcanzaba á descubrir, tenía por todo frente una muralla baja y blanqueada, sobre la cual se proyectaba un enorme alero de tejas; en el centro un gran portal ó zaguán, con puertas de doblar, y una torrecilla llamada *el alto*, con ventanas y balcón en la parte superior, donde se encuentra mi aposento; debajo de ella, cerca de la puerta de calle, está la habitación del portero. Este portal desemboca en un gran cuadrángulo empedrado, á que dan numerosos departamentos. Los de la derecha é izquierda parecen ser almacenes ó depósitos de provisiones; al frente se encuentran la sala, el dormitorio principal, que hace tambien las veces de sala, y una ó dos piezas más pequeñas.

A continuación de este cuadrángulo sigue otro, adornado con plantas en macetas y árboles frutales, y circundado por una cómoda y agradable galería, donde las hijas de la dueña de casa acostumbran recibir á sus amigas ú ocuparse en sus labores domésticas.

Alrededor de este cuadrángulo ó *patio* están dispuestos los aposentos privados de la familia, y detrás de él hay otro más pequeño, donde se encuentra la cocina, despensa y piezas de la servidumbre, y por el cual, como en casi todas las casas de Santiago, corre una acequia constantemente llena de agua.

---

(1) «El soñoliento canto del rondador, que defiende las habitaciones de los peligros de la noche.»

La disposición de las casas, bastante cómoda y agradable para sus moradores, es fea exteriormente y comunica á las calles un aspecto triste y plebeyo. Estas son anchas y bien empedradas; tienen aceras con pavimentos de granito, y por casi todas ellas corre siempre un arroyuelo, que, con un poco de más atención de la policía, podría hacer de esta ciudad la más limpia del mundo. Con todo, no es muy sucia, y cuando recuerdo á Río Janeiro y Bahía estoy por declararla absolutamente aseada.

La casa de Cotapos está amueblada con lujo, pero sin elegancia. Sus ricos espejos, sus hermosas alfombras, un piano fabricado por Broadwood, y una buena provisión de sillas, mesas y camas, no precisamente de las que hoy se usan en París ó en Londres, pero sí de las que estuvieron allá de moda hace un siglo ó poco más, hacen un lucidísimo papel en esta apartada tierra del continente austral. Pero con el comedor no puedo transigir. Es el aposento más obscuro, triste y feo de la casa. La mesa está casi pegada á la muralla, en un rincón, de suerte que una de las extremidades y un costado apenas dejan espacio suficiente para las sillas; un regular servicio es así punto menos que imposible.

Cualquiera creería que ha sido dispuesto de esta manera para comer en secreto; y me hace pensar, especialmente cuando las grandes puertas se cierran de noche antes de la principal comida, en los moros é israelitas de la península española, ocultándose celosamente de la vista de los godos, sus opresores.

Me sirvieron en mi aposento mi acostumbrado desayuno de té, huevos y pan con mantequilla. La familia no come nada á esta hora; pero aquí algunos se desayunan con una jícara de chocolate, otros con un poco de caldo, y los más con mate.

Las señoras pasaron á saludarme antes de irse á misa, y en esta ocasión habían cambiado sus vestidos de estilo francés por otros enteramente negros, con la mantilla, que

hace aparecer á una hermosa española ó chílena diez veces más hermosa y agraciada.

Como á medio día, el señor de la Salle, uno de los ayudantes de campo del Director Supremo, me trajo un atento saludo de bienvenida de su excelencia. Por conducto de este caballero envié mis cartas de introducción á doña Rosa O'Higgins, y se convino en que la visitaría mañana por la noche, porque hoy va al teatro. Poco después de comer, el señor de Roos y yo acompañamos á don Antonio de Cotapos y dos de sus hermanas al llano, situado al Sur-Oeste de la ciudad, á ver las *chinganas*, ó entretenimientos del bajo pueblo.

Reúnense en este lugar todos los días festivos, y parecen gozar extraordinariamente en haraganear, comer buñuelos fritos en aceite y beber diversas clases de licores, especialmente *chicha*, al son de una música bastante agradable de arpa, guitarra, tamboril y triángulo, que acompañan las mujeres con cantos amorosos y patrióticos. Los músicos se instalan en carros, techados generalmente de caña ó de paja, en los cuales tocan sus instrumentos para atraer parroquianos á las mesas cubiertas de tortas, licores, flores, etc., que éstos compran para su propio consumo ó para las mozas á quienes desean agradar.

Algunas de las flores, como los claveles y los ranúnculos, se venden á precios exorbitantes: suelen pedir hasta medio peso por cada una, y un peso por un ranúnculo amarillo con pétalos matizados de rojo y verde. El pueblo, hombres, mujeres y niños, tiene verdadera pasión por las chinganas. El llano se cubre enteramente de paseantes á pie, á caballo, en calesas y carretas; y aunque la aristocracia prefiere la Alameda, no deja de concurrir también á las chinganas, donde todos parecen sentirse igualmente contentos en medio de una tranquila y ordenada alegría.

En Inglaterra estoy cierta de que en una concurrencia tan grande de gente no dejaría de haber desórdenes y riñas; pero nada de esto ocurrió aquí, á pesar de que se jugó mucho y se bebió no poco.

En la noche asistí á la tertulia de la familia Cotapos, en que hubo la música, baile y charla de costumbre, y pude observar que en Chile la belleza y el traje de una joven son criticados por las demás lo mismo que entre nosotros. Y ya que hablo de cosas femeninas, agregaré que jamás había visto tantas mujeres hermosas en un solo día como he visto hoy aquí.

No me atrevo á asegurar que hubiera entre ellas alguna de extraordinaria belleza; pero sí puedo afirmar que tampoco vi ninguna fea. Son por lo común de mediana altura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos, azules y negros, y en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello "la pura y diestra mano de la Naturaleza"; pero ¡ay! "la cariñosa mano de la Naturaleza es generosa, mas no pródiga", y estas lindas criaturas, dotadas de tantos atractivos, tienen generalmente una voz desapacible y áspera, y en el cuello de algunas observé cierta tumefacción que indica que la papera ó bocio es frecuente en Chile.

26.—Esta mañana, al asomarse á la calle poco después de aclarar el día, vi llegar las provisiones de los campos vecinos para el mercado. Los cuartos de vaca y las mitades de cordero venían sobre el lomo de los caballos delante de un hombre ó muchacho, envuelto en su *poncho* y montado junto á la cola de la cabalgadura; las aves, en grandes arcas de cuero con rejillas, sobre mulas. Huevos, mantequilla, leche, queso, verduras, legumbres, todo era conducido por bestias de carga, porque ningún chileno se allana á emprender á pie una larga caminata, y mucho menos con una carga sobre los hombros, salvo que una imperiosa necesidad se lo exija. Y mientras desfilaban en una dirección las acémilas cargadas de comestibles, numerosas mujeres con manto, alfombra y devocionario iban en otra al templo, á oir misa.

Los gritos de los vendedores en las calles son casi tan ininteligibles como los de Londres, y, con excepción de

Sweep! y *Old Clothes!* (1), se refieren á los mismos artículos.

El juez Prevost vino poco después del almuerzo y me hizo algunas indicaciones acerca de mi vista de esta noche á doña Rosa O'Higgins. Parece que ir á pie á una visita de etiqueta, aunque sea á la casa vecina, es algo tan contrario al buen tono que no debo ni pensar en tal cosa. Debo ir, por lo tanto, en un coche de la familia Cotapos, acompañada por dos de las señoras. Confieso que este último punto me alarmó.

Esta familia es una de las más respetables de Santiago; pero una de las hijas fué casada con un Carrera; toda la familia fué partidaria de Carrera, y más de uno de sus miembros ha tomado parte en conspiraciones contra el gobierno actual, mas aún, contra la vida del Director, según se dice, y yo sé perfectamente que, á pesar de los generosos deseos del señor Prevost, no se ha dado aún ningún paso hacia una reconciliación amistosa entre el palacio directorial y la casa de Cotapos. Si yo he de ser un instrumento de reconciliación y paz, en buena hora, pero me agradaría más que se me dijera francamente qué se espera de mí.

Fuí á ver la plaza: uno de sus costados es ocupado por el palacio, que comprende la residencia del director, los tribunales de justicia y la cárcel pública. La construcción es de muy bella arquitectura, pero aun está inconclusa, porque cuando se agregó el palacio directorial faltó el dinero; sin embargo, todo el primer piso corresponde al orden dórico del resto, y podrá ser terminado tan pronto como el gobierno tenga fondos con que hacerlo.

En el costado Poniente de la plaza se encuentra la catedral, inconclusa también y de orden dórico, el palacio del obispo y algunos edificios inferiores. En el lado Sur hay una arquería frente á las casas particulares, cuyos primeros pisos sirven de tiendas de comercio, y debajo

(1) El primero es el grito de los deshollinadores de chimeneas, el segundo el de los ropavejeros.—*(N. del T.)*

de la arquería se ve una serie de puestos por el estilo de los bazares de Londres.

En las noches de luna la arquería y sus tiendas presentan un aspecto muy alegre y animado. Las damas acostumbran recorrer entonces las tiendas y puestos á pie, y como todos están iluminados, las escena es bellísima.

En el cuarto costado sólo hay edificios vulgares, de los cuales el hotel inglés es uno de los mejores. Pasamos por varios otros edificios públicos, bellos en general y casi todos de orden dórico; sin embargo, el aspecto de las calles es feo á causa de la desnudez y monotonía de los frentes de las casas particulares.

Después de la comida el señor De Roos y yo fuimos á los Tajamares y á la Alameda.

Los Tajamares son un sólido parapeto de albañilería construído para defender la ciudad de las creces del Mapocho, que, aunque de ordinario es un inofensivo riachuelo que corre por un angosto canal en medio de un ancho lecho de piedras, se convierte dos veces al año en un impetuoso torrente.

El invierno por las lluvias, y el verano, por la fusión de las nieves andinas, son las estaciones en que suelen tener lugar sus formidables creces, y si no fuera por los Tajamares inundaría la mayor parte de la ciudad.

La Alameda está dentro del recinto de los Tajamares; un paseo encantador, con largas filas de sauces y una vista espléndida.

Una angosta callejuela nos llevó de aquí al peñón de Santa Lucía, que debería ser la ciudadela de Santiago. Se alza más ó menos en el centro de la ciudad y la domina; en sus extremidades opuestas hay actualmente dos pequeñas baterías de cañones.

Mientras lo subíamos no podíamos menos de admirar los inmensos bloques de granito que la naturaleza parece haber amontonado aquí jugando, que unas veces forman cavernas y otras quedan suspendidos sobre el camino, y

nos recordaban las enormes rocas que los antiguos caciques precipitaban sobre sus invasores.

Desde el Santa Lucía veíamos todo el valle de Santiago hasta la cuesta de Prado, el llano de Maipo, que iba á perderse en el horizonte, la nevada cordillera, y á nuestros pies la ciudad, sus jardines, sus templos y su magnífico puente, todo iluminado por los rayos del sol poniente, que en la ciudad, el valle y las montañas producía esos mágicos efectos que los poetas y pintores se complacen en describir. Pero ¿qué pincel y qué pluma podrán darnos una pálida idea de los Andes iluminados por los últimos rayos del sol? Yo los contemplaba.

—"Till the place became
Religion, and my heart ran o'er
In secre worsip" (1).

La campana de San Isidro vino á sacarme de mi contemplación, haciéndome volver los ojos hacia su pequeña iglesia, sobre la cual se cernía una inmensa y negra nube y de cuyas puertas salía una larga y solemne procesión de sacerdotes que comenzaban una rogativa de nueve días á San Isidro y al apóstol Santiago, patrono de la ciudad, para pedirles lluvia..

Yo quisiera que la superstición se hubiera limitado á poner cada país, ciudad é individuo bajo la tutela de un santo patrono, ya que hay algo tan consolador en la creencia de que un ser superior vela sobre nosotros, pronto siempre á interceder por nosotros ante el Supremo Juez. Los frívolos atenienses tenían á su Minerva, los poderosos romanos á Júpiter, el señor de los dioses; Inglaterra reconoce todavía la protección de San Jorge; ¿por qué, pues, no ha de tener Santiago por patronos al santo de su nombre, el espejo y modelo de las órdenes de caballería, y á San Isidro, el labrador? Una mujer con quien

(1) "Hasta que aquel sitio se transformó en un templo de la Divinidad y mi corazón se desbordó en secreta adoración."

entré en conversación en el cerro me dijo que aquí el tiempo seco es tenido por muy malsano, y que cuando no llueve los cuerpos se resecan como la tierra, y que por lo tanto había gran necesidad de recurrir á la intercesión de los santos para alejar de la ciudad las epidemias y la carestía. Me agregó que de la sequedad del tiempo provenían fiebres é inflamaciones de la garganta. Si esto no es una preocupación infundada, es bastante singular.

Volvimos á casa á vestirnos para la visita á palacio, á la que fuí acompañada por el juez Prevost, la señora Cotapos y su hija segunda, Mariquita, joven más cultivada de lo que aquí se acostumbra. Ambas me pidieron excusas de presentarse con medias de algodón y toscos zapatos negros, manifestándome que, á causa de un voto que habían hecho durante una grave enfermedad del anciano don José Miguel Cotapos, estaban obligadas á usar esas medias y zapatos durante un año, si sus oraciones alcanzaban la salud del paciente.

Aunque no pude menos de sonreirme al oir tal cosa, comprendí que el afecto que les había inspirado esta promesa era demasiado respetable para reirme de ella; ni se me ocultó el extraordinario mérito de semejante voto, pues en nada es más delicada una dama chilena que en la elección de su calzado.

La señora Cotapos me hizo la confidencia de que los zapatos le atormentaban de tal manera, que se había visto obligada á ponerles algodón para que la mortificaran un poco menos los pies. Afortunadamente no me comprendió cuando murmuré entre dientes las palabras de Peter Pindar: *Il took the liberty to boil mi peas* (1). Mariquita cumple su voto sin salvedades de ninguna especie.

Entramos al palacio con menos alboroto y ceremonias que en cualquier casa particular. Las salas están bien amuebladas; pero con sencillez: estufas inglesas de hierro fun-

(1) Literalmente: *Me tomé la libertad de cocer mis guisantes.* Esta frase encierra un sentido análogo al de nuestro refrán: "Cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo".—*(N. del T.)*

dido, alfombras escocesas, porcelanas y relojes de mesa franceses, poco ó nada que pareciera español y mucho menos chileno. La madre del Director, doña Isabel, y su hermana doña Rosa nos recibieron, no sólo cortésmente, sino con exquisita amabilidad.

El recibimiento del Director fué de lo más halagador para mí y mi joven amigo De Roos. Su excelencia había residido varios años en Inglaterra, de los cuales pasó gran parte en una academia, en Richmond. Luego me preguntó si había estado alguna vez allí; se informó con mucho interés de mi tío, sir David Dundas, y de varios amigos y parientes míos, por sus nombres y, muy especialmente, de sus viejos maestros de música y otras artes.

Mucho me agradó la bondad de sentimientos que demostraban estos recuerdos, y más aún cuando vi que algunas muchachitas de aspecto salvaje entraron á la sala, corrieron hacia él y se abrazaron de sus rodillas y supe que eran indiecitas huérfanas salvadas de morir en los campos de batalla. En las invasiones que suelen hacer en los territorios de que han sido despojados, los indios acostumbran llevar consigo á sus mujeres é hijos.

Cuando se libra un combate y se hace encarnizado, las mujeres toman generalmente parte en él. Si la suerte les es adversa, no es raro que los hombres maten á sus mujeres é hijos para impedir que caigan en poder del enemigo, y, en realidad, con esto no se conseguía hasta ahora otra cosa que anticipar unos cuantos minutos la muerte de estas infelices criaturas, pues ni por una ni por otra parte se da ni se acepta cuartel, y tanto menos, cuanto que en las filas españolas militan muchos indios, que, á despecho de su semicivilización, conservan siempre sus feroces costumbres guerreras.

El Director da una recompensa por cada persona salvada en esas ocasiones, especialmente por las mujeres y niños. A los niños se les educa, y servirán más tarde de mediadores entre la raza indígena y Chile, y, para este fin se procura que no olviden su lengua nativa.

El Director les dirigió la palabra en araucano para que yo oyese hablar en este idioma, que me pareció armonioso y agradable, debido, quizá, en parte, á la suavidad de las voces infantiles. Una de ellas me agradó especialmente, la pequeña María, hija de un cacique que, con su mujer y los hijos mayores, fué muerto hace poco en un combate. Doña Rosa cuida á las pequeñas prisioneras con esmero y bondad maternales.

He quedado encantada del modo tan noble y humano con que les hablaba. En cuanto á doña Isabel, parece vivir de la fama y grandeza de su hijo: lo contempla con miradas que revelan el más tierno amor maternal y escucha con singular satisfacción los cumplimientos que le dirigen.

El es modesto, abierto, de modales sencillos, sin pretensiones de ninguna clase. Si ha realizado grandes hechos, los atribuye á la influencia del amor patrio, que como él dice, puede inspirar á un hombre vulgar los más nobles sentimientos.

Discurrió con mucha franqueza sobre la actual condición de Chile, y me dijo que no dudaba que yo estaría sorprendida del atraso del país en muchas cosas, haciendo especial mención de la falta de tolerancia religiosa, ó más bien, la pequeñísima proporción en que, dado el estado general de las cosas, ha podido hasta ahora concederla sin turbar la tranquilidad pública, y se manifestó algo dispuesto á censurar á ciertos protestantes que prematuramente pretendían exigirle la construcción de un templo y el reconocimiento oficial de aquel culto, olvidando que hace todavía muy poco tiempo que se les concedió la libertad privada de conciencia y un cementerio exclusivo para ellos en un país que apenas doce años ha estaba sometido á la Inquisición de Lima.

Insistió mucho en la necesidad de la instrucción pública, y me habló de las escuelas lancasterianas y otras recientemente establecidas en Santiago y otras ciudades de Chile, que en proporción al número de habitantes son, sin duda, numerosas.

Llegaron en este momento otras personas, entre ellas el coronel Cruz, que me fué presentado por el Director como el futuro gobernador de Talcahuano, y á quien recomendó que me atendiera en mi próximo viaje al Sur.

Entre los militares presentes había algunos franceses que no me parecieron tener mucha de esa distinción y finura que caracterizan á sus compatriotas.

Permanecían en profundo silencio mientras algunos miembros del *Cabildo*, esto es, de la corporación municipal de Santiago, discutían diversos temas políticos relacionados con la proyectada constitución, hasta que doña Rosa, viendo que la conversación llevaba visos de hacerse exclusivamente política, pidió á doña Mariquita que tocara alguna pieza de música francesa, lo que hizo al punto de memoria y con notable perfección, dando pruebas de que posee un finísimo oído y manos muy diestras.

Púseme á observar mientras tanto las personas que me rodeaban. El Director vestía, como de costumbre, su uniforme de general; es bajo y grueso, pero muy activo y ágil; sus ojos azules, sus cabellos rubios, su tez encendida y sus algo toscas facciones no desmienten su origen irlandés, al par que la pequeñez de sus pies y manos son signos de su procedencia indígena. Doña Isabel representa mucha menos edad de la que tiene, y, aunque de baja estatura, es muy hermosa.

En doña Rosa se reproducen en mayor escala los caracteres físicos del Director. Vestía un sobretodo de raso carmesí y faldas blancas, traje muy usado aquí. A juzgar por lo que hasta ahora he visto, en Chile el tipo masculino es más feo y tosco que el femenino, que, en general, se distingue por su belleza y distinción.

Las chilenas poseen una urbanidad natural y llana y maneras afectuosas que me encantan; pero á la vez he notado en ellas algunas costumbres desagradables. Por ejemplo, una rolliza y bella señora que vino hoy á palacio vestida de raso azul, se hizo poner delante de ella una escupidera, en que escupía sin cesar y con gran destreza,

como para demostrar que estaba habituada á semejante maniobra. Sin embargo, las jóvenes aristocráticas y todas las que quieren ser tenidas por tales están abandonando rápidamente estos feos hábitos.

Como á las diez nos retiramos del palacio, y encontramos á nuestros jóvenes entretenidos todavía en danzar. Me quedé con ellos un rato, y en seguida me fuí á mi aposento á escribir el diario de mi segundo día en esta capital, con la que estoy muy complacida.

27.—Visité á doña Mercedes del Solar, cuyo padre, don Juan Enrique Rosales, fué uno de los miembros de la primera Junta del gobierno revolucionario de 1810. Es una hermosa y distinguida señora; conoce bastante bien la literatura francesa y habla esta lengua con perfección.

Me recibió en su dormitorio, que, como he dicho antes, es usado con frecuencia como sala de recepciones. Rodeábanla graciosos niños y algunas lindas sobrinas. Tenía junto á ella una pequeña mesa con libros y útiles de costura, y delante un gran brasero lleno de carbones encendidos, de plata maciza, artísticamente grabado en realce, dentro de una armadura de madera curiosamente labrada, y con tenazas de plata cincelada para atizar el fuego.

Ya había visto antes otros de la misma clase, pero aquí parecía guardar armonía con el resto del mobiliario y con las personas. El majestuoso lecho francés, el piano abierto, la guitarra, el ostentoso reloj de bronce, las damas, los niños, los libros, los materiales de costura, los jarrones de porcelana llenos de flores y el rico brasero chileno, del que subía el humo fragante del sahumerio, formaban un encantador conjunto, iluminado por la luz que entraba por una alta ventana y que desearía ver reproducido por un hábil pintor.

No habría cambiado el amplio ropaje de pieles de la madre, que dejaba descubierta su blanca y algo llena garganta, ni el pálido rostro del pequeño Vicente (1), por

(1) Don Vicente Pérez Rosales, hijo del primer matrimonio de

todas las invenciones de los pintores que más han sobresalido en la pintura de interiores. Tengo especial interés por Vicente, inteligentísimo niño. Viajó conmigo en el *Doris* desde Río de Janeiro, adonde había llegado en el *Owen Glendower*. Se resfrió al doblar el cabo de Hornos, y lo hacía pasar en mi camarote todo el tiempo que permitían las circunstancias. Hablábamos un día de las islas recientemente descubiertas, de New Shetland del Sur (1) y de los restos de un navío español que allí se encontraron, navío que conducía tropas á Chile y del cual nada se había sabido hasta entonces.

El niño, que estaba pendiente de la conversación, me dijo: "He ahí la fortuna de Chile; cuando los tiranos envían buques para oprimirlo Dios los hace naufragar en costas desiertas". Espero que sus excelentes disposiciones, que tanto prometen, no serán destruídas por su continuo trato con los franceses que frecuentan la casa de su padre, don Felipe del Solar, que es agente general de tódos los buques franceses que llegan á Chile.

Acaso será este un sentimiento poco noble, pero no puedo evitarlo; hay ciertas cosas que, como la fe, no dependen de la voluntad, y ésta es una de ellas. Quizás envidiaba á los autores franceses el lugar que ocupan sobre la mesa de la señora Solar, y habría preferido ver allí el *Rape of the lock* en lugar del *Lutrin* (2).

En la tarde fuimos á caballo á la quinta del canónigo Herrera, cerca de la Alameda, hacia el Noreste. La casa es espaciosa y cómoda, el jardín delicioso. Pequeñas corrientes de agua, conducidas por canales curiosamente dispuestos, lo recorren en todas direcciones y mantienen

---

doña Mercedes, fundador de la colonia alemana de Llanquihue y autor, entre otras obras, de los *Recuerdos del pasado*.

(1) Propiamente, descubiertas por segunda vez. Walter Raleigh estuvo en ellas é hizo ahorcar en la costa á algunos soldados amotinados.

(2) Célebres poemas satíricos, inglés y de Pope el primero, francés y de Boileau el segundo.—*(N, del T.)*

una nunca interrumpida sucesión de las más bellas y raras flores: violetas, alelíes, claveles, ranúnculos.

Hay exquisitas naranjas, de que comimos una buena cantidad, limoneros, un extenso huerto, viña, lechería, todo lo que hace grata y provechosa la vida del campo.

De la quinta del canónigo seguimos nuestro paseo entre un frondoso olivar y extensos huertos de cerezos, duraznos, manzanos y perales, cubiertos de flores, y cruzando dos ó tres cercados, en cada puerta de los cuales estábamos seguros de encontrar alguien que nos la abriera (y también alguien que nos pidiera dinero, práctica de que aquí nadie parece avergonzarse), salimos á la *Cañada*, que hasta hace poco era un suburbio pantanoso de la ciudad.

Actualmente O'Higgins la hace secar, despejar y plantar de árboles, de modo que pronto superará á la Alameda en belleza, como la supera en extensión. El agua, que antes corría libremente, va ahora por un canal artificial, con árboles á uno y otro lado y cómodos senderos para el tráfico á pie y caminos más anchos para los carruajes y caballos. Esto se encuentra terminado ya en parte, y se sigue trabajando con actividad.

28.—Día de San Agustín. No estoy en muy buenos términos con este santo, porque no ha hecho otra cosa que contrariarme todo el día. Pero, comencemos por el principio:

En las primeras horas de la mañana sentí una campanilla que me recordó la que en las tardes de invierno hacen sonar los vendedores de *muffins* (1).

Me asomé á la ventana, y vi en primer lugar un niño que agitaba la mencionada campanilla, y en seguida otro con un lío de cirios. Todos al verlos se detenían, con la cabeza descubierta, y en actitud como de rendir homenaje. Detrás de los dos niños apareció una calesa de color

(1) Especie de panecillos, muy populares en Inglaterra, que se toman generalmente con el te.—*(N. del T.)*

azul obscuro, con pinturas de glorias y espíritus santos. Dentro de ella venía un hombre vestido de raso blanco con bordados de plata y seda de varios colores.

Precedíala un hombre con un farol dorado; otros, con quitasoles, la seguían. Pregunté qué significaba aquello, y me contestaron que era el Padre Eterno, expresión chocante para nosotros, mas no para un español católico, que reconoce la presencia de la Divinidad en la Hostia que se le lleva á un moribundo, que no otra cosa era la procesión que acabo de describir.

Esto fué lo único digno de mencionarse que ocurrió antes que comenzara la serie de contratiempos ocasionados por San Agustín. Fué el primero la visita que en compañía de Mr. De Roos hice á la escuela lancasteriana, pues nos encontramos con que los alumnos estaban en la misa de San Agustín y la escuela cerrada. Nos dirigimos á la imprenta nacional, cerrada también, y los impresores en la fiesta del santo.

De allí seguimos al Consulado, deseosos de presenciar una sesión de la convención, idéntica cosa, los señores convencionales estaban en misa. Perdiendo entonces toda esperanza de ver ningún establecimiento público, resolví batirme en retirada y me encaminé á la plaza con intención de tomar algunos croquis desde un balcón que para este objeto me habían ofrecido, nada tampoco, el dueño de la casa se había ido á la misa de San Agustín con las llaves en el bolsillo.

No me quedó, pues, otro recurso que volverme á casa, esperando tener mejor suerte en la tarde. Comencé á dibujar el patio interior; pero numerosas visitas, aprovechando el día festivo, llegaron unas tras otras y no pude hacer casi nada.

Después de comer cobré nuevos ánimos y me dispuse para ir, con la señora Cotapos y sus hijas, á visitar el monasterio de las monjas de San Agustín; pero como acababan de celebrar la fiesta de su santo, y con ella y la vigilia y el tanto cantar durante todo el día y parte de la

noche la madre abadesa y su comunidad habían quedado sumamente fatigadas, no pudieron recibirnos.

La esquela en que se nos comunicaba esta desagradable noticia nos llegó cuando estábamos vestidas y listas para salir, y fuimos á visitar á las señoras Godoy, en cuya casa vive el juez Prevost. Son parientes de la señora Cotapos y muy joviales y agradables.

Pasamos un buen rato charlando en el patio ó jardín interior, que se asemeja á los moriscos que describen los novelistas y viajeros. Unas lindas indiecitas, graciosamente vestidas, nos sirvieron mate; y en seguida pasamos á la casa, cuyas chimeneas, mobiliario y demás comodidades le dan un perfecto aire europeo. Tuvimos un poco de música y nos volvimos á pie; mis amigas, como de costumbre, sin sombreros ni velos y con zapatos de raso.

Aproveché los intervalos entre los contratiempos ocasionados por San Agustín para ir al grande y hermoso templo que perteneció á los jesuítas, donde las músicas militares de las tropas durante la misa y las solemnes melodías del órgano producían un soberbio efecto, y á la catedral, cuyo interior es muy hermoso, aunque todavía inconcluso.

Hay allí valiosos artículos de plata, y particularmente un rico frontal de altar (1). Para estas visitas hube de ponerme manto, porque aquí no se permite á las mujeres entrar á los templos con sombrero.

29.—El juez Prevost, que siempre está pronto á satisfacer mis deseos de ver todas las cosas interesantes de Chile, Mr. De Roos, doña Mariquita y don José Antonio Cotapos, algunos jóvenes ingleses y yo, fuimos á caballo al *Salto de Agua*, única obra de los antiguos araucanos que queda en los alrededores de la capital. Atravesamos el Mapocho por el magnífico puente de piedra construido por don Ambrosio O'Higgins, y después de recorrer el

(1) Probablemente el que fué de los jesuítas y se conserva todavía en el altar mayor.—*(N. del T.)*

barrio de la Chimba, famosa por su bien montada cervecería y sus salazones de cerdo, nos dirigimos á la fábrica de pólvora, actualmente ruinosa.

Los molinos de la pólvora eran movidos por el agua, y la maquinaria tosca y muy peligrosa, pues los ingredientes se pulverizaban y unían en morteros de piedra. Esta fábrica, que costó al antiguo gobierno español una enorme suma de dinero, fué destruída por los Carreras en su retirada ante el ejército de Osorio, en 1814, y, á pesar de la gran falta que hace, no ha sido restaurada desde entonces.

Encontramos instalado en una par te de los terrenos que ocupan los molinos á Mr. Goldsegg, inteligente artista, que después de trabajar algún tiempo en los talleres de Woolwich se vino á Chile con su mujer y familia á fabricar cohetes para la expedición contra el Callao. Por no sé qué fatalidad sus cohetes dieron mal resultado, y el pobre Goldsegg se ha quedado aquí esperando algún empleo. Por desgracia las especulaciones mercantiles del ministro Rodríguez han distraído á otros objetos los fondos que podrían haber servido para reparar obras públicas y pagar especialistas en diversos ramos útiles al Estado, por lo que mucho temo que Goldsegg, con todo su mérito, vaya á aumentar la ya larga lista de las víctimas de frustradas esperanzas.

Desde los molinos de pólvora el camino sigue por una llanura baja y fértil, regada por numerosos canales artificiales y rodeada de cerros. Al pie de uno de los más escarpados contemplamos el agua del *Salto*, que, conforme á su nombre, salta de roca en roca desde la cumbre, ocultándose á veces detras de tupidos matorrales, brillando otras al sol de mediodía.

Los que han visto las *Cascatelle* de Tívoli han visto lo único que yo recuerdo comparable con esto; pero aquí no hay casa rústica de Mecenas que corone la cima del monte, ni templo de la Sibila que dé á la eseena el encanto de la poesía clásica. Permanecí algunos minutos se-

parada de mis compañeros; y mientras una dansa nube desprendida de los Andes avanzaba lentamente por el cielo, podría haber imaginado, imitando las fantasías de Ossián, que esa nube era el alma de algún antiguo cacique que, al par que lamentaba el olvido de su nombre y las desventuras de su pueblo, soberano un tiempo de estas tierras, se complacía en contemplar los ruiseños campos cultivados que él contribuyó á hacer fructíferos con su trabajo, mas no, quizás, en verme á mí, uno de los blancos hijos del Oriente, de donde recibirían una vez más la libertad los hijos de los primeros dueños de este suelo.

Sea como fuere, ello es que la nube pasó, y mi animoso caballo comenzó á trepar por uno de los más escarpados caminos que jamás pensara escalar cuadrúpedo alguno, á no ser una cabra montés, tal que luego me asaltó el pensamiento de que, según todas las probabilidades, no tardaría en ahogarme en alguna de esas corrientes, después de haber cruzado el inmenso océano sana y salva. Sin embargo, caballo y jinete encontrábanse poco después ilesos en la cima del peñón, á unos doscientos cincuenta pies, antes más que menos, sobre la cumbre, de donde divisamos por primera vez el *Salto*, y en la cual hay un pequeño villorrio. Me bajé del caballo, y con la ayuda de dos de los compañeros atravesé uno de los canales para dominar el conjunto de la obra y de las caídas del agua.

No habíamos descendido, perceptiblemente al menos, desde que salimos de Santiago; sin embargo, aunque habíamos trepado el escarpado peñón del Salto, nos encontrábamos aún en el llano de la ciudad, con un elevado cerro entre ella y nosotros, de bases desiguales, de modo que la falda Norte descansa bajo las cascadas y la falda Sur sobre ellas. A uno y otro lado la región parece á la simple vista perfectamente á nivel.

El Mapocho corre desde los Andes por la llanura superior; la inferior no tiene otras aguas que las de los canales artificiales, y no obstante la tierra baja es evidentemente mejor que la otra.

Los araucanos, bien conocedores de esta disposición de la comarca, abrieron canales por las rocas de granito, desde el Mapocho hasta los bordes del precipicio, y aprovecharon la pendiente natural del terreno para arrojar una considerable masa de agua desde el río hasta el valle de abajo, que cortan numerosos canales; y los campos regados de esta manera son los más fértiles de los que rodean á Santiago.

Los indios, en lugar de abrir un gran canal han abierto tres más pequeños, uno de los cuales va al centro del valle y los otros dos á los costados de los cerros que se alzan á uno y otro lado, fertilizando así toda la comarca, acertadísima disposición, tan interesante para el que admira la pintoresca belleza del paisaje como ventajosa para el agricultor.

A las bellas cascadas artificiales alabadas por los viajeros debe agregarse ésta, que es tan rica en belleza natural como Tívoli, y no menos notable, como obra de un arte primitivo, que el canal que lleva al Nera las aguas del Velino (1).

Yo, que conozco la obra del cónsul romano, puedo apreciar la de los indígenas de Chile; y sólo siento no ser poeta para inmortalizar estas bellas cascadas que se precipitan en el valle para reaparecer en graciosos arroyuelos que fertilizan el extenso llano. Con pesar nos alejamos de aquel sitio para regresar á la ciudad.

Tomando otro camino, cruzamos una llanura enteramente cubierta de piedrecillas, con grupos aislados de unos pequeños arbustos, á que son muy aficionados los caballos. Este es el lecho de invierno del Mapocho, que cubre todo este llano con sus aguas y deposita en él aquellas piedrecillas.

A medio camino entre el Salto y la ciudad nos detuvimos en una quinta perteneciente al hermano de la se-

---

(1) La célebre cascada *delle Marmore*, de 200 metros de altura, que desagua el río Velino en el Nera.—*(N. del T.)*

ñora Cotapos, ó para llamarla con más propiedad, doña Mercedes de Cotapos. Este caballero, don Enrique Lastra, ex Director de Chile, está actualmente alejado de la vida pública y se dedica al cultivo de su hacienda y á hacer experimentos para mejorar los vinos del país.

Ha conseguido fabricar un vino apenas inferior al champaña, y una imitación del vino de Madera, comparable con el mejor vino tinto de Tenerife. Los vinos chilenos son en general dulces y gruesos. Sus campos me parecieron muy bien cultivados, y su hacienda es la que más se ajusta á los métodos europeos de todas las que he visto en este país. Don Enrique no estaba en la casa cuando llegamos; pero fuimos amablemente recibidos por su esposa, que pertenece á la familia Izquierdo de Jara Quemada.

Estaba rodeada de sus ocho niños, enseñando á algunos y trabajando para los otros. La casa es pequeña, pero se construye actualmente un edificio anexo que duplicará su tamaño. En los principales aposentos habrá chimeneas, que reemplazarán los tradicionales braseros. Comienzan ya á darse grandes pasos en el sentido del progreso en este país, que hasta ahora ha sido el más reacio de todos los de este continente á los adelantos por causas de orden político, moral y físico que le son peculiares.

Luego llegó el ex Director. Parece hombre llano y sensible, de modales sencillos pero corteses; y no tardé en descubrir en su conversación cierto pulimiento, que debe haber adquirido de los libros, y un vigor de expresión, debido quizás á las circunstancias de una vida activa puesta al servicio de la pasada revolución. Sin embargo, me inclino á creerlo algo tardo y apocado, y falto quizás de esa prontitud y presencia de ánimo para hacer frente á las situaciones extraordinarias que son absolutamente necesarias para un hombre público en los actuales tiempos.

Su gabinete de trabajo es muy pequeño y haría sonreir á un estadista inglés ó francés habituado á trabajar en

medio de toda clase de comodidades; pero en la nueva casa se destina una sala para una numerosa biblioteca, ordenada por el mismo buen sentido que hasta ahora ha preferido los conocimientos útiles á los de mero adorno.

Sirviósenos un lunch compuesto exclusivamente de productos de la hacienda: salchichones tan buenos como los de Bolonia, pan tan blanco como el de trigo siciliano, mantequilla de que podrían enorgullecerse las lecherías de Inglaterra; de los vinos he hablado ya.

Quedé complacidísima con la visita, con la cariñosa hospitalidad de la familia y con los progresos que para bien del país está realizando.

Momentos después de llegar á casa recibí un magnífico obsequio de frutas y flores de doña Rosa O'Higgins: sandías, lúcumas, naranjas, limas y las más hermosas y raras flores, acomodadas en bandejas cubiertas con servilletas bordadas, que traían sobre la cabeza varios criados, vistosamente vestidos con la librea de palacio. Uno que venía sin librea se adelantó á darme un saludo de la señora.

En la noche las señoritas Cotapos y su hermano don José Antonio me agasajaron con el baile nacional del *cuándo*.

Lo ejecutan dos personas, y comienza lentamente como un minué; luego los movimientos se aceleran en conformidad con la música y el canto, que representa una especie de querella amorosa y la reconciliación final. El arte del danzante consiste en mantener el cuerpo á plomo y mover los pies con suma rapidez, que es lo que llaman *zapatear*.

Doña Mariquita tocaba el acompañamiento y cantaba unos versos que ella misma ha adaptado á la música, porque los versos corrientes son amorosos, que ella no quiso cantar, por corresponder al hombre cantarlos á su compañera.

Hay varias letras para el *cuándo*, y en la tierra en que se

habla el lenguaje de Sancho Panza, algunas son burlescas (1).

30.—Día de Santa Rosa, que aquí se celebra con grandes fiestas; en primer lugar, porque es santa sur-americana, y en segundo lugar, porque es el onomástico de la hermana de su excelencia. Por supuesto que todo el mundo fué á palacio á dejar sus tarjetas de congratulación.

Mi ánimo no está para fiestas; pero el que viaja por un

(1) He aquí algunas de las letras con que suele acompañarse este baile:

Primer Cuándo.

Anda, ingrato, que algún día
con las mudanzas del tiempo,
llorarás como yo lloro.
sentirás como yo siento.

Cuándo, cuándo,
cuándo, mi vida, cuándo,
cuándo será ese día
de aquella feliz mañana,
que nos lleven á los dos
el chocolate á la cama.

Hay otro del mismo género cuyo texto no conservo. En él pregunta el galán á la dama cuándo llamará madre y hermana á la madre y hermana de él. Los primeros versos sos iguales.

Segundo Cuándo.

Cuándo, cuándo,
cuando yo me muera,
no me lloren los parientes,
llórenme los alambiques
donde sacan aguardiente.
A la plata me remito,
lo demás es bobería,
andar con la boca seca
y la barriga vacía.

Estas dos letras se cantan con frecuencia en las chinganas, y hasta hace pocos años eran aceptadas por todas las clases sociales. Pero la apertura de los puertos de Sur-América poniendo á los nacionales en más íntimo contacto con los europeos, ha refinado el gusto de las clases elevadas.

país nuevo necesita observarlas, porque los entretenimientos públicos dan mucha luz acerca del carácter é inclinaciones del pueblo. Por lo tanto, determiné tomar un palco en el teatro para la función de la noche, y allá me fuí con mis amigas después de tomar mate con las señoras Izquierdo. Por una puerta que hay en un bajo muro entre el palacio del Consulado y el templo de los jesuítas, entramos á un recinto cuadrado, dentro del cual se encuen• el teatro, que me recordó los teatros provisionales que suelen verse en Europa en las ciudades de provincia.

Por otra parte, la sencillez y poca elevación de los edificios tienen satisfactoria explicación en un país de frecuentes terremotos. El interior dista mucho de ser despreciable; en esta materia he visto cosas peores en París. El escenario es bastante extenso, las decoraciones muy buenas, pero el proscenio demasiado bajo. En el telón de boca se lee en letras doradas:

"Aquí está el espejo de la virtud y del vicio:
Miraos en él, y pronunciad juicio."

A la derecha del proscenio está el palco del Director, adornado con sederías azules, rojas y blancas, los colores nacionales, con franjas doradas. Al frente se encuentra el palco del cabildo, menos suntuoso, pero decorado con los mismos colores. Aquí hay mucha afición al teatro, y casi todos los palcos son tomados por el año, de modo que sólo por especial favor conseguí uno esta noche.

El teatro estaba completamente lleno, y la belleza de las mujeres daba un gran lucimiento al conjunto de la sala. Poco después que nosotros llegaron el Director y su familia, las indiecitas inclusive. Acostumbrada á ver tributar homenajes á los soberanos, me puse de pie é hice una cortesía, y con no poca confusión observé que yo fuí la única en toda la sala que tal hizo. En el palco directorial tomaron mi cortesía como una manifestación individual mía, y me devolvieron el saludo.

La concurrencia pidió el himno nacional, que fué tocado y cantado como se acostumbra antes de comenzar la representación. Mientras se cantaba el himno, un grupo de señoras permaneció sentada, volviendo la espalda y hablando en alta voz, acto de imprudente y grosera impertinencia que en ninguna parte habría sido tolerada sino por la bondad del Director O'Higgins (1). Los actores hablan con voz muy clara, una excelente cualidad; pero sin expresión, y más bien que declamar parecen repetir una lección de memoria, defecto que hizo desmerecer mucho la pieza.

Era ésta *El Rey Nino Segundo*, pero no recuerdo ningún rey de este nombre que haya tenido la trágica historia que se le atribuye en este drama; y como aquí no dispongo de libros ni de literatos á quienes consultar, debo resignarme á no salir de mi ignorancia, aunque, si mis recuerdos no me engañan, la intriga de la pieza tiene algo de la historia de Zenobia. Por otra parte, hay en ella amoríos y asesinatos por mayor.

Representóse en seguida una comedia titulada *Los lo-*

(1) El himno nacional, de que transcribimos la primera estrofa y el coro, fué publicado por decreto del gobierno el 20 de Septiembre de 1819, ordenándose que se cantara en el teatro antes de las representaciones. Consta de diez estrofas; es obra de mérito, pero demasiado larga.

Ciudadanos, el amor sagrado
de la patria os convoca á la lid:
Libertad es el eco de alarma,
la divisa, *triunfar ó morir.*
El cadalso ó la antigua cadena
os presenta el soberbio español;
arrancad el puñal al tirano,
quebrantad ese cuello feroz.

Coro.

Dulce patria, recibe los votos
con que Chile en tus aras juró
que ó la tumba serás de los libres,
ó el asilo contra la opresión.

cos de Sevilla. El gracioso de la pieza, un mendigo, ha ido ha parar al manicomio de la ciudad, donde los locos, empeñados cada uno en granjearse su amistad, le hacen mil jugadas.

No me fué posible compartir el regocijo con que la concurrencia celebró esta farsa, y experimenté un sentimiento de alivio cuando hubo concluído. Trajéronnos al palco algunos refrescos, que aceptamos de buena gana, y noté que fuera de nosotros y algunas otras personas, los asistentes consumieron dulces y vino, que parecen ser preferidos á otras clases de refrescos. La galería se reserva á los soldados, que tienen entrada gratis.

Sábado 31.—Después de cerciorarnos de que ningún santo se nos atravesaría en el camino, el señor De Roos y yo salimos nuevamente á recorrer la ciudad; y habiéndonos encontrado con el señor Prevost, aprovechamos su bondadoso ofrecimiento de mostrarnos la Casa de Moneda. Es, en verdad, un soberbio edificio. Iba á decir, demasiado espléndido para Chile, sin acordarme de que el gobierno español lo construyó principalmente para el ensayo y amonedación de los productos de sus ricas minas, que la metrópoli consideró durante largo tiempo como el único objeto digno de atención en sus dominios americanos.

El edificio se compone de una serie de bellas columnas y pilastras de orden dórico que cubren dos pisos: los talleres en el inferior y los departamentos de los empleados arriba. Pasada una hermosa puerta, preséntase otro edificio interior, semejante á un templo y del mismo orden; allí están el tesoro, las prensas y los laboratorios de ensayos. La maquinaria es de una tosquedad superior á cuanto podría haberme imaginado.

Se proyecta instalar nuevas máquinas de modelo francés, que resultan más costosas que las de Boulton, y que, comparadas con éstas son lo que el antiguo martillo acuñador á los cuños de tornillo que se usan aquí en la actualidad. La mayor parte de la moneda que circula en Chile consiste en toscos trozos de plata, de pesos det

minados y de formas irregulares, sellados á martillo, y lo más imperfecto y grosero que hasta ahora he visto en materia de monedas.

Ya han abandonado, sin embargo, este método de acuñación, reemplazándolo por el no menos lento y pesado de punzonear primero el metal y poner en seguida las piezas una por una bajo el tornillo. La oficina de ensayos está montada más á la moderna, pero yo soy demasiado incompetente en cosas de química para dar de ella una explicación apropiada. He oído que el gobierno piensa acuñar moneda de poco valor, que beneficiará mucho al pueblo. Más de una vez he tenido ocasión de notar aquí los inconvenientes que resultan de la falta de moneda divisionaria. No hay en circulación ninguna de menos valor que un cuartillo ó cuarto de real que, estimando el dolar en cuatro chelines seis peniques, vale más de penique y medio; y, además, no se acuñan cuartillos, y son tan escasos que sólo he visto tres desde Abril.

Podemos, pues, considerar como la moneda corriente de menos valor el medio, que equivale aproximadamente á tres y medio peniques, suma con que, dado el bajo precio del pan y la carne, puede comer una familia. ¿Qué hará en tales circunstancias un jornalero sin familia? Este mal, grande de suyo, ha ocasionado otro mayor.

A fin de suministrar á los clientes una cantidad inferior á un medio ó á un cuartillo, los dueños de *pulperías* dan en cambio de pesos ó reales pagarés ó vales; pero, aun cuando el artículo comprado valga medio peso, y otro tanto el vale, el dueño de la pulpería no lo paga en dinero sino en mercaderías, de suerte que, en resumidas cuentas, toda la moneda del pobre parroquiano queda en poder de aquél, á que se agrega la posibilidad ó probabilidad de que un campesino, que no sabe leer ni escribir, rompa el vale como un papel inútil.

Muchas y rápidas fortunas se han formado con estos vales, y la pérdida que ellos representan para los pobres es superior á cualquiera de las contribuciones directas

impuestas por el gobierno. Algunos ricos comerciantes, amigos ó parientes del ministro, han aprovechado este estado de cosas y se han establecido un buen número de pulperías costeadas por ellos, bajo el nombre de agentes subalternos. Y esta es probablemente una de las razones de la demora en acuñar la indispensable moneda divisionaria.

De la Casa de Moneda fuimos al Consulado, donde me habría gustado hallarme desde el principio de la sesión. Había preguntado de antemano al Director si era permitido á las mujeres ir allá. Me dijo que su madre y su hermana habían asistido á la sesión inaugural, y que los extranjeros tenían entrada libre; pero, como la inusitada presencia de una señora podría sorprender á los convencionales, hablaría previamente con el presidente de la corporación.

Nos dirigimos, pues, allá, el señor De Roos y yo, sin tener por desgracia á nadie que nos diera á conocer los nombres de los diputados. Empero, logramos saber que el presidente era Albano (1), diputado por Talca, y el vicepresidente Camilo Henríquez, el editor del *Mercurio de Chile* y poeta de circunstancias.

Entramos á la sala en los momentos en que se votaba una indicación sobre que en la discusión de todo proyecto de ley se necesitaría el acuerdo de los dos tercios de los miembros para la aprobación de cada artículo. Asistían unos veinte diputados y una media docena de espectadores, fuera de nosotros.

La sala es bella y espaciosa. En uno de sus extremos se halla el sillón del presidente, bajo un hermoso dosel tricolor, con adornos de oro. Cuando asiste el Director, ocupa este sillón, y el presidente se sienta á su derecha. Los diputados se acomodaban en bancos arrimados á la pared, á uno y otro lado de la sala, los secretarios y el

(1) El presbítero don Casimiro Albano, canónigo, miembro del congreso en varias ocasiones y autor de una Memoria sobre don Bernardo O'Higgins.—(*N. del T.)*

vicepresidente en una mesa delante del presidente, y los espectadores en bancas semejantes á las de los diputados, pero á mayor distancia del presidente.

Pensaba que la asistencia de una señora inglesa y de un marino inglés á las deliberaciones de una asamblea nacional en Chile es, después de todo, un caso bastante curioso. Pero lo que en tiempo de Addison habría parecido cosa de cuento, en el actual se realiza todos los días, sin que nadie se sorprenda. Yo me encontré en la capital Mahratta, mientras la defendían fuerzas inglesas; he asistido á un templo protestante en la plaza Trajano en Roma; he concurrido á las sesiones de un tribunal inglés de justicia en Malta, ¿qué tiene, pues, de extraño que ahora escuchara las deliberaciones de un congreso nacional representativo de una colonia española?

Quizás nunca ha experimentado el mundo tan grandes cambios como en los últimos treinta y cinco años. Que *todo* haya sido para bien, nadie que reflexione sobre el imperfecto estado de la humanidad lo creerá; pero abrigo la esperanza de que la mayor parte de estos cambios ha mejorado la condición general de la naturaleza humana. No sé hasta dónde me habrían llevado mis meditaciones si el vicepresidente y el secretario no hubieran interrumpido el silencio que se siguió á la votación con la lectura de un informe, leído el cual la sala procedió á deliberar.

Leyó en seguida el presidente un mensaje del Director, en que sometía á la consideración de la asamblea la conveniencia de enviar representantes á diversos estados extranjeros y de asignarles sueldos adecuados. Esto dió lugar á una animada discusión, de una libertad é independencia que no esperaba en una cámara tan joven y nombrada por el poder ejecutivo. No hubo oposición al envío de representantes, pero sobre el segundo punto se suscitaron varias cuestiones.

¿Podría la Convención autorizar tales sueldos antes de conocer las entradas actuales del país? ¿Podría conceder-

se dinero para nuevos gastos, cuando se debía al ejército una fuerte suma? (Más de 18.000 pesos.) Y no se hizo mención de la escuadra, que se halla en el mismo caso. El discurso del presidente al abrir la discusión y su réplica á la indicación de que se examinaran previamente las cuentas de las entradas y gastos del país, fueron habilísimos y dichos con la facilidad y elocuencia de un hombre acostumbrado á hablar en público. Es sacerdote. Se discutió con calor, pero á la vez con gran decoro.

Los convencionales se ponían de pie para hablar, y cuando se levantaban dos al mismo tiempo, el presidente daba la palabra al que veía primero.

Quedé muy complacida con mi visita á la Convención, y me retiré con el deseo de que pronto tuviera el país un gobierno regular cimentado sobre bases más firmes y más fecundo en resultados prácticos que hasta el presente.

A mi juicio, Chile ha dado grandes pasos en el camino del progreso; creo, sin embargo, que los hombres, como todas las cosas, aparecen cuando se les necesita. Hay aquí elementos para la formación de un Estado; pero, antes de tenerse lo que constituye esencialmente un Estado, es necesario formar hombres.

"Men, high-minded men,
Men who their duties know:
But know their rights, and knowing dare maintain" (1).

Desde la revolución los impulsa un amargo sentimiento de rencor contra la pasada tiranía de la metrópoli, pero sus ideas siguen siendo aún esencialmente españolas, y la formación y desarrollo del carácter nacional chileno serán la obra de la educación y del tiempo.

Doña Isabel y doña Rosa O'Higgins me esperaban en

(1) "Hombres, hombres de mente superior, hombres que conozcan sus deberes, pero que conozcan también sus derechos y sepan defenderlos."

casa, aunque se me había asegurado que era imposible que se resolvieran á venir. Ahora, muertos los hermanos Carrera y extinguida ya, según se cree, la facción que ellos presidieron, toca á los que están á la cabeza de los negocios públicos de Chile conquistarse la estimación general del país, y no dudo que ellos ven gustosos mi presencia en el hogar de esta familia como un pretexto para visitarla sin las formalidades de una reconciliación.

En la noche fuí al palacio y conversé largamente con el Director, en especial sobre la primera época de la revolución, en que le cupo desempeñar tan brillante papel. A propósito de la escasez de armas del ejército patriota mientras ocupaba las riberas del Maule, me dijo que los patriotas no tenían frecuentemente otras armas que los yugos de sus bueyes, con los cuales combatían con los realistas cuerpo á cuerpo.

Él mismo, entre otros arbitrios inspirados por la desesperación, se hizo fabricar un cañón de madera, que estalló al quinto disparo. Le pedí que me dijera algo de su participación en los negocios públicos, á lo que accedió con ingenua franqueza. Con la llegada de varios caballeros la conversación se hizo general. Versó sobre el *Libertador* Simón Bolívar y la recepción de los diputados españoles en Caracas; se rechazó la idea de escuchar proposiciones que no estuvieran fundadas en el reconocimiento de la independencia de la América española.

Me retiré temprano del palacio, y atravesé la plaza para ver la gente que recorría las tiendas de las arquerías. La escena es tan bella como me lo imaginaba. Todos los pequeños puestos están iluminados; las mejores mercaderías salen á relucir; y las señoras, que para este paseo nocturno se visten con elegancia, se ven muy bien.

El sitio, bello de por sí, lo es mucho más en las noches de luna; disimúlanse entonces los defectos y se observan mejor las bellezas. Las sombras proyectadas por los grandes aleros hacen menos sensible la poca elevación de las casas. Las anchas calles y los hermosos edificios públicos,

y, sobre todo, las majestuosas montañas, que dominan todo el paisaje y que á pesar de su lejanía parecen contiguas á la ciudad, aparecen de noche mucho más ventajosamente que de día.

Domingo 1.º de Septiembre de 1822.—Fui esta noche con mis amigas á casa de las señoras Godoy, donde encontramos al señor Prevost y otras doce personas mas, que nos esperaban para hacer un paseo á los alrededores. Partimos, en efecto, las señoras mayores en calesas y las demás á pie, hacia el llano donde suelen tener lugar las chinganas. Pero ¡ay! no había chinganas. Actualmente se hace una rogativa de nueve días á San Isidro para alcanzar lluvia, y mientras tanto se suspenden las diversiones populares.

Sin embargo, aunque se prohibe á los músicos la entrada al llano, en los puestos se venden frituras, carne asada, pescado y licores como de costumbre, y la gente del pueblo, haraganeando y observándolo todo, parece preguntarse qué tienen que hacer San Isidro y la rogativa con los músicos y las cantoras, que pierden hoy de ganar su acostumbrado real y medio. Llévanlo, empero, con paciencia y dicen: "Indudablemente los campos necesitan agua, y los padres saben pedirla."

Llegados al llano, nos dirigimos á uno de sus sitios más pintorescos, y allí encontramos que los criados de la casa de Godoy habían tendido alfombras y puesto sillas y cojines para la comitiva, y en pequeñas mesas preparaban te mate con leche, frutas y tortas. Doña Carmen Godoy distribuyó ramos de flores entre las invitadas; para cada uno tenía la galante y jovial señora alguna palabra amable.

Los caballeros sirvieron á las señoras, y después de una hora muy agradable anduvimos un rato por entre la gente del pueblo, observando sus trajes y juegos. Las costumbres del país no permiten que las señoritas tomen el brazo de los caballeros, aunque valsan y danzan con ellos. Algunos comienzan ya á quebrantar esta regla, pero

nuestras jóvenes amigas son sumamente delicadas á este respecto.

Los chilenos, con su afición á los entretenimientos campestres, me recuerdan lo que cuentan los viajeros de los habitantes del feliz valle de Cashmeer, quienes pasan los días y las noches de luna en su hermoso lago ó en las floridas islas que lo adornan. Para una familia chilena no hay placer mayor que un paseo á pie ó á caballo al campo, un mate tomado en un jardín ó en las faldas de un cerro, bajo un frondoso árbol, y todas las clases sociales parecen ser igualmente aficionadas á estos rústicos goces.

Al ponerse el sol regresamos á la casa de Cotapos, donde los jóvenes cantaron y bailaron hasta una hora avanzada de la noche.

Recibí la visita de don Camilo Henríquez, diputado por Valdivia y en el año pasado secretario de la Convención. Es persona inteligente y de agradable trato. Lo acompañaba el doctor Vera, literato y poeta. A ser verdad lo que he oído, posee el don de improvisar en igual grado que Metastasio; me dicen también que sus poesías escritas son tan limadas como las del mismo poeta.

Es albino; sus cabellos, ojos y tez se asemejan á los de los albinos que suelen verse en Europa, pero su inteligencia dista mucho de tener la debilidad que generalmente acompaña los caracteres físicos de los albinos; por el contrario, es superior á la inteligencia media de sus compatriotas, y no temo afirmar que el doctor Vera podría figurar como literato en Europa. Ultimamente ha mejorado de un enorme bocio, tan enorme, que amenazaba ahogarlo, cuando un amigo le aconsejó que lo bañara con agua de Colonia.

Hízolo así durante algún tiempo y varias veces al día, y ya la hinchazón ha disminuído tanto, que puede usar corbata como cualquier otro. Yo no me dí cuenta de que tenía bocio hasta que me lo dijeron. Nadie acierta á explicarse esta curación, que refiero tal como me la relató él mismo.

2 de Septiembre.—Hoy á las diez, el señor Prevost, el señor de Roos, doña Mariquita, don José Antonio y yo emprendimos viaje á los baños de Colina, como á diez leguas ó un poco más de la ciudad. Hasta las primeras tres leguas de Santiago se sigue el camino de Mendoza, que atraviesa una llanura, en su mayor parte pedregosa, con excepción de una pequeña altura, llamada el *Portezuelo,* por la cual pasamos entre dos cerros á otra parte del llano; la parte próxima á la ciudad está cubierta de huertos, regados por el agua del Salto. Pasado el *Portezuelo* llegamos á una vasta hacienda de uno de los Izquierdo, donde se hacían los preparativos del rodeo anual.

Las haciendas ganaderas, parecidas á las tierras forestales de Inglaterra, son mucho más pintorescas que las otras, pero al mismo tiempo más incultas y con menos apariencias de civilización.

Seguimos por la falda de un elevado cerro que se desprende de los Andes en una extensión como de cuatro leguas, y entramos á la *garganta* de la montaña en que están situados los baños. Anuncian la proximidad de ellos anchos esteros, en parte secos actualmente, árboles más altos y vigorosos y más variados á la vez que más encerrados paisajes. Encontramos durante el camino varias casas de campo, en una de las cuales nos detuvimos á descansar y tomar algún alimento.

El ir y venir de los criados de la hacienda impartía animación é interés á la escena. Pero ahora no veíamos ni vestigios de habitación humana, y pasamos la garganta por un angosto sendero de cinco á seis millas, de no fácil ejecución y algo peligroso, hasta que llegamos á los baños, que presentan un aspecto de la mayor desolución, á que contribuye quizás la tristeza del día.

Aún no termina el invierno; la hierba no alegra las faldas rojizas del cerro; sólo uno que otro arbusto de hojas perennes, con sus yemas todavía cerradas, pende de la ladera de la montaña sobre el valle que se extiende á sus pies. Un hermoso y cristalino arroyo se abre paso por el

valle; sus fuentes son los célebres baños. Varios abundantes manantiales brotan de la roca viva á una temperatura que no baja de 100 grados Fahrenheit (1). El agua es clarísima, sin ningún sabor ni olor especial, cualidades que adquiere embotellada en unas pocas horas, según dicen.

Dos series de construcciones de ladrillos, divididas en varios departamentos (no recuerdo si tres en una y cuatro en la otra, ó tres en cada una), protegen los manantiales de la lluvia y el polvo. Cavidades abiertas en las rocas forman los baños, con un frente de ladrillo, por el cual un pequeño conducto cuadrado deja salir libremente el agua, de modo que una corriente constante pasa por cada depósito, sin comunicarse entre sí.

La cantidad de agua caliente es tan grande que, al salir de los baños, con el aumento de un pequeño manantial que se le une en su camino, forma el río Colina, que va serpenteando por más de treinta leguas y alimenta el lago Pudahuel. Anexas á los baños hay tres largas filas de edificios, cada una de las cuales contiene diez á doce aposentos, con un corredor común al frente. En ellos se instalan los bañistas que acuden á Colina durante el verano, esto es, desde Noviembre hasta Junio.

Las aguas son recomendadas para el reumatismo, la ictericia, las escrófulas y las enfermedades cutáneas. Para la gente pobre hay una serie de habitaciones, cuyas piezas miden seis pies por siete. En cada pieza se alberga una familia entera, que en algún sitio inmediato construye una ramada para preparar la comida. De igual manera se acomodan los ricos, con la sola diferencia que sus aposentos son mayores, llegando algunos á tener quince pies por lado.

La gente vive principalmente fuera de las casas, pues

(1) Que equivalen á 37,78 centigrados. En los últimos años se ha observado un descenso notable en la temperatura de estas aguas.— *(N. del T.)*

en ese tiempo los cerros están cubiertos de flores y los bosques umbrosos y sin humedad. La pequeña capilla ocupa el sitio más pintoresco del valle, pero ahora está cerrada, pues ni sacerdotes ni fieles se atreven á invernar en este paraje desolado y cubierto de nieve.

En la primera semana de Junio, ó antes, los pacientes se retiran, ciérranse las puertas de las casas, el capellán guarda las llaves de la capilla, y todo queda en profunda soledad.

Nos sentamos en uno de los corredores y tomamos el lunch que habíamos traído. Sentía tanto frío, que sumergí las manos en el manantial de agua caliente y la mezclé con mi vino. Mientras preparaban los caballos para el regreso doña Mariquita y yo tuvimos la curiosidad de entrar á uno de los aposentos que encontramos abierto, curiosidad que nos costó muy cara, pues nos invadieron millares de pulgas, que supongo habían pasado varios meses sin alimento fresco, porque nos atacaron tan despiadadamente que creí tener una fuerte erupción en todo el cuerpo.

Después que hubimos subido á nuestros caballos y llegado á la pequeña altura detras de la capilla, me detuve un instante á mirar las casas solitarias; la iglesia desierta; los tristes y desnudos campos, sobre que se cernían en esos momentos negras nubes, todo tan diferente de la animación y alegría que, según me dicen, reinan allí en los meses de verano, cuando los ancianos y los enfermos vienen en busca de salud y fuerzas y, en mayor proporción que aquéllos, los jóvenes y sanos en busca de placeres ó para pedir á las aguas de Colina la belleza que según una arraigada y general creencia comunican.

Pero, aunque doña Margarita y yo nos mojamos con ella el rostro, no notamos cambio alguno, y nos quedamos como éramos y sin nada de maravilloso que poder contar después de nuestro viaje. Apenas salimos de la garganta, en vez de regresar á la ciudad por el mismo camino torcimos á la derecha, y un galope de tres leguas

nos puso en el pueblo de Colina, primera parada de Santiago á Mendoza y casi equidistante de la ciudad y del famoso campo de Chacabuco.

A una media milla de la iglesia de Colina está la hacienda de don Jorge Godoy, con cuya esposa é hija tengo amistad. Encontramos al anciano caballero descansando á la entrada de la casa de las fatigas del día, con gorro, chinelas y poncho. Va muy rara vez á la ciudad, y reside aquí con su sobrino, como un patriarca en medio de sus labradores.

Apenas habíamos entrado comenzó á llover con fuerza, gracias á la intercesión de San Isidro, y nos alegramos no poco de hallarnos protegidas contra la lluvia, con el regalo de un enorme brasero lleno de carbones encendidos y pieles de carnero bajo los pies, mientras tomábamos mate, que refresca más que el te después de un día de viaje.

Muy oportunamente hizo su aparición una abundante cena, que comenzaba con huevos preparados de diversas maneras, seguía con estofados y pucheros de vaca, cordero y aves, y terminaba con manzanas, y á la cual se le hizo justicia en toda regla, desde los huevos hasta las manzanas, sin perdonar tampoco los vinos de don Jorge.

3 de Septiembre.—Esta mañana salió el sol claro y brillante, sorprendiendo á los Andes y aun á los cerros más próximos completamente cubiertos por la nieve, que cayó durante la noche mientras llovía en los planos.

Antes de almuerzo recorrimos los almacenes de la hacienda, comenzando por el granero, ahora casi vacío. Vimos allí tendido sobre el piso un cuero seco y en él un rimero de carne fresca para el consumo inmediato, según la costumbre del país, cortada en tiras de unas tres pulgadas de ancho, y sin huesos. Pendían de los muros cuerdas de varias clases, lazos, fajas, etc., para diversos usos rústicos.

Dentro del granero había otra despensa, toda rodeada de cuelgas de velas de sebo; en el piso centenares de arrobas de sebo en cueros, para la venta, y un gran mon-

tón de *skimmings*, esto es, de la gordura que sobra después de derretir la grasa para extraer el sebo. Este residuo lo usan los peones en lugar de manteca ó aceite para condimentar su comida, y es tan necesario para ellos como el *ghee* (1) para los indios del Oriente.

En otro departamento se guardan los yugos y aguijadas (2) para los bueyes, las azadas para cavar canales de regadío, etc. Estas azadas son de una madera durísima y provistas de un largo mango; las de hierro se emplean sólo en la capital y alrededores y en algunas haciendas cerca de Valparaíso, donde las han introducido los extranjeros. Estos almacenes comunican con una puerta lateral con un patio cuadrado, en un costado del cual está la *matanza*, donde, á fines de otoño, se benefician los animales para obtener cueros, sebo y charqui. Actualmente parece una barraca inconclusa, pero en tiempo de matanza la cubren de ramas verdes para que la carne y demás productos se conserven frescos. A un lado del patio se hallan los fondos para derretir el sebo, hechos con greda de la misma hacienda y de dos pulgadas y media de grueso. Junto á este departamento hay una barraca con hornos para cocer las heces, que se agregan al mosto para acelerar su fermentación, y más allá un alambique, de sencillísima factura, para destilar aguardiente.

De diez y seis á veinte familias de inquilinos viven de la hacienda, y dos ó tres veces ese número de peones á jornal se ocupan en las époeas de mayor trabajo. Se les paga salarios subidos, no por el elevado precio de los artículos de consumo, sino por la escasez de brazos.

La reducida población de Chile, á pesar de la natural fertilidad del suelo y de la benignidad del clima, se explica fácilmente. Las concesiones de tierras á los primeros pobladores españoles subsisten aún en su mayor par-

(1) Grasa de búfalo derretida, que forma parte de la alimentación de los hindúes.—*(N. del T.)*

(2) O *picanas*, como las llaman nuestros campesinos.— *(N. del T.)*

te. Son tan extensas que entre Santiago y Valparaíso tres mayorazgos poseen todo el suelo (1).

Los primeros propietarios, dedicados exclusivamente á la extracción de metales preciosos, única cosa que se buscaba entonces en este país, cultivaban sólo la tierra suficiente para proveerse de los artículos de consumo más necesarios, y este cultivo, reducido á lo indispensable, era ejecutado por *encomiendas*, esto es, por los indios que la corona sometía al servicio del rico colono. Naturalmente, esta especie de esclavitud impedía el acrecentamiento de la población. En el primer año de la revolución de la independencia las encomiendas y la esclavitud fueron abolidas.

Ahora los criados reciben salario y comienzan ya á tener casas propias con pequeños huertos. Con todo, todavía subsiste de hecho el trabajo forzoso de peones y mestizos en las haciendas, á pesar de las leyes que lo prohiben. ¿Qué pueden hacer los infelices? Necesitan que algún patrón les proporcione albergue y alimento, y en cambio el patrón les exige servicios y trabajos que las leyes prohiben.

El actual gobierno proyecta facultar á los mayorazgos para vender pequeñas porciones de sus tierras con hipotecas de largo plazo ó perpetuas. De este modo el suelo pasará á dueños que tendrán interés personal en él, y la población se aumentará juntamente con los medios de subsistencia (2).

De vuelta de nuestra visita á los almacenes nos esperaba un excelente almuerzo.

Pasé la tarde en mi aposento, donde además de las niñas de la casa, me visitaron Mr. de Roos, don José

---

(1) Los mayorazgos Prado, Aguirre y Balmaceda. Al primero perteneció acaso más de la mitad de esa enorme extensión de tierras.—*(N. del T.)*

(2) Recordaremos, á propósito de mayorazgos, que O'Higgins decretó su abolición en 1818, decreto que quedó sin efecto.—*(N. del T.)*

Antonio y don Domingo Reyes. Don Domingo es un grave, instruído y bondadoso caballero, á quien debo buena parte de mis conocimientos históricos y físicos del país. Su padre (1) fué secretario de don Ambrosio O'Higgins y de otros capitanes generales, y aun de Osorio en el intervalo que medió entre las batallas de Rancagua y de Chacabuco, después de la cual emigró. Su conducta, siempre correcta y honorable, le mereció la confianza y el aprecio de todos los partidos.

Llamado nuevamente al país, se le devolvieron sus bienes y se le dió un empleo. El carácter de don Domingo ha sido formado por las circunstancias y vicisitudes del tiempo en que le ha tocado vivir, carácter cuyo rasgo dominante es el amor á su padre, á quien ha visto sobrellevar tantas pruebas y mudanzas de fortuna. Es piadoso, y aun diría fanáticamente piadoso, si no supiera de qué tristeza ha sido testigo.

No obstante, siempre se le ve sereno y contento, pronto siempre á servir á sus amigos y benévolamente dispuesto con todos. Mi amigo don Antonio no posee ni los conocimientos, ni la inteligencia, ni la cultura de Reyes, pero sí una excelente índole y bondadosos sentimientos. Apenas se levanta se toma media docena de mates, fuma el día entero, asiste con regularidad á su oficina, y en la noche baila *cuandos*, canta y toca la guitarra, mejor afuera que en su casa. Nada de esto es de extrañar ni desdice del carácter de un galán chileno.

Esta noche cantó y tocó muy agradablemente algunas canciones con que los jóvenes de Santiago suelen dar serenatas á sus pretendidas, costumbre tan general aquí como en Italia. Después de todo, en materia de serenatas no hay nada más bello en el mundo que el *Hark, the lark at heaven's gate sings* (2) de nuestro Shakespeare, que hace avergonzarse á todas las trovas de amor canta-

(1) Don Judas Tadeo Reyes.—*(N. del T.)*

(2) *¡Escucha! la alondra canta en las puertas del cielo (Cimbelina,* acto II, escena III.) —*(N. del T.)*

das á bellas que mientras tanto están durmiendo ó que por oirlas se mantienen despiertas.

Jueves, 5 de Septiembre.—Toda la familia Cotapos y muchas otras personas, entre las cuales los señores Prevost y De Roos y yo, treinta por todo, hemos pasado el día en el campo. Las señoras que no quisieron ir á caballo fueron en *carretones*, pequeños vehículos cubiertos del país, provistos de alfombras y cojines.

Los criados y las provisiones iban en otro, techado con paja como una choza rústica. Toda la comitiva se reunió en el patio de la casa Cotapos, y se puso en marcha á las nueve de la mañana, con la alegría que dan la juventud, la salud y la resolución de divertirse y gozar. De *divertirnos*, debería decir, porque á lo menos, en cuanto á dicha resolución, yo no me diferenciaba de los demás.

Después de una agradable cabalgata de unas cinco millas hacia el Oriente de la ciudad llegamos á Ñuñoa, pintoresco pueblo en que reside un obispo (1) y donde pasamos un día delicioso en una chacra que con ese fin nos había sido ofrecida.

Es un lugar lindísimo, lleno de huertos y jardines y rodeado de sementeras de trigo. El espléndido círculo de montañas que lo rodea, especialmente los nevados Andes, hacen resaltar más aún la belleza de los floridos campos de Ñuñoa.

Doña Mariquita y yo, con dos ó tres más, entre los cuales el padre de doña Mariquita, el apuesto anciano don José Miguel de Cotapos, con poncho de vicuña en su color natural, sombrero de anchas alas, riendas enchapadas en plata, espuelas, etc., fuimos á una casita como á dos leguas de allí.

Debería haber comenzado por describir la comitiva. Don José Miguel no era el único de poncho, ó mejor dicho, muy pocos iban sin él, aunque algunos de los jóvenes lo llevaban alrededor de la cintura en vez de cubrir

(1) Don José Santiago Rodríguez Zorrilla, de cuyo destierro y vuelta á Santiago habla la autora un poco más adelante.—*(N. del T.)*

con él sus hombros. Casi todos usaban monturas chilenas, con un gran número de alfombras y pieles, unas sobre otras.

Las señoras montaban sillas inglesas. La generalidad de ellas vestía casacas de color, largos vestidos blancos y sombreros adornados con flores; dos llevaban pequeños sombreros de teatro con plumas y ricos vestidos de seda: sólo mi criada y yo teníamos sencillas y serias amazonas.

Más parecíamos una vistosa cabalgata de cuentos de hadas que no una partida de simples mortales que pasean á caballo juiciosamente sobre la tierra. Siento no haber podido dibujar las figuras de los paseantes. Acá Mariquita, vestida de blanco y escarlata y con un gorro negro de castor que le sienta admirablemente; allá Rosario, con sobretodo castaño, flotantes faldas blancas, sombrero de paja y rosas, que no lucen tanto como sus mejillas; acullá Mercedes Godoy y otra Mercedes, con plumas que ondean graciosamente al viento y trajes de seda que brillan á los rayos del sol, reprimen sus briosos caballos; á ambos lados de ellas la alegre Herrera, con su casaca verde, José Antonio, con su poncho azul turquesa, tachonado de flores, y De Roos, con su chaqueta de seda gris y su rubicundo rostro británico; y por fin, acompañando los carretones, donde iban las señoras mayores en trajes de gala, don Domingo Reyes y otros graves caballeros.

Tal era el aspecto que la caravana presentaba en Ñuñoa, cuando los cuatro ó cinco que dije más arriba resolvimos ir á la casita de Egaña, que ocupa el punto más elevado de esa comarca. Conduce á ella un bellísimo camino, por entre campos de trigo y olivares y al través de una linda aldehuela, desde donde nos llevó hasta la casita una calle de sauces que comienzan á cubrirse de hojas.

Es una casa muy pequeña, adornada con papeles de diversos colores y estampas, calculada para una breve residencia de verano. Se encuentra á nta altura en las fal-

das de la cordillera que su dueño dispone siempre de nieve para refrescar su bebida. Dos manantiales perennes atraviesan el huerto. Divísase desde aquí un bellísimo panorama: varios pueblecillos y sementeras en el primer plano; en seguida la ciudad, con su Santa Lucía y San Cristóbal y los cerros adyacentes, que en otros países merecerían el nombre de montañas, más allá la llanura, que termina en la Cuesta de Prado, actualmente coronada de nieve.

De vuelta á Ñuñoa encontramos á nuestros amigos entretenidos en danzar. Habían conseguido un par de músicos, y bailaban minués y danzas populares españolas, quizás las más grociosas del mundo. Las que más me gustaron fueron el *cuándo* y la *zamba,* bailados y cantados con más expresión y entusiasmo que los que permiten las costumbres de la ciudad, pero sin salir de los límites del decoro.

El baile no puede expresar sino dos pasiones: el odio y el amor. Aun el grave minué de la corte, por sus acercamientos, alejamientos y presentación de manos, como por las separaciones y encuentro final de los danzantes, expresa el amor. ¡Cuánto más el minué popular y rústico, que representa un rompimiento y su reconciliación! Esto es lo que eleva la danza á la categoría de arte.

Las figuras de bailes en que toman parte más de dos personas, como la generalidad de los bailes franceses ó ingleses, tienen tan poco que hacer con la poesía del baile como los dibujos impresos á máquina en las telas con la poesía de la pintura. Mis chilenos *sienten* el baile, y hasta cuando bailan una contradanza escocesa saben infundirle algo de expresión poética.

El bailoteo fué interrumpido por la comida, que dió ocasión á que se descubriera una nueva habilidad de mis amigos. Pidióse un brindis á doña Mariquita, que declamó cuatro graciosas estrofas, adaptadas á las circunstancias y á los comensales, con una facilidad que demostraba que estaba habituada á improvisar.

Siguieron varios otros brindis de los caballeros, algunos verdaderamente ingeniosos, y los jóvenes de ambos sexos que poseían esta habilidad la ejercitaban cuando se les pedía, sin cortedad, á la vez que sin ostentación.

Al caer la tarde preparé té para los danzantes, y luego regresó á la ciudad la más alegre cabalgata que jamás haya entrado á ella. Una tertulia en casa de Cotapos puso remate á los entretenimientos del día.

5 de Septiembre.—Visité á varias personas inglesas y chilenas. Nada diré de los ingleses residentes en Santiago, porque, con una ó dos excepciones, Mr. B. y Mr. C., por ejemplo, son individuos muy vulgares. Mr. B. (1) llamado comúnmente don Diego, ha vivido aquí desde la revolución, y dice que nunca ha sido tratado con injusticia ó malevolencia en el país, que conoce mejor que muchos nacionales. Mr. C. ha viajado mucho; tuvo cierta participación en la guerra del Sur, prestando dinero, caballos y buques á los patriotas y es, de las personas que conozco, una de las que poseen más claras ideas acerca de la actual condición de Chile.

Hay entre mis paisanos excelentes sujetos, algunos que se dan aires de caballeros distinguidos y otros que se dedican á estafar al prójimo. Así sucede en todas partes; pero desearía que aquí hubiera mayor número de cumplidos ingleses, por el honor de nuestra nación y para bien de Chile.

7.—Fuí temprano á la imprenta nacional, bastante buena para un país pequeño y nuevo, aunque algo escasa de tipos. Dudo que se pueda imprimer un volumen en cuarto de cuatrocientas páginas. Compré las gacetas desde 1818 hasta la fecha. Antes de ese año no se había impreso nada (2). Adquirí también algunas leyes, reglamentos y poesías. Bajo la dominación española Chile no

(1) Don Diego Bernard, que dejó familia en Chile. En cuanto á Mr. C., ignoramos quién es.—*(N. del T.)*

(2) Error de la autora, pues la imprenta fué introducida en el país en 1812.—*(N. del T.)*

tuvo imprenta, así me parece, al menos, porque no estoy segura de ello ni he podido saberlo á punto fijo. Todas las impresiones necesarias, esto es, las que el virrey, el arzobispo y la Inquisición permitían, se ejecutaban en Lima.

Después de medio día visita á las monjas de San Agustín. Es una felicidad que por las nuevas disposiciones gubernativas todos los conventos hayan quedado tan pobres, porque así hay esperanzas de que pronto disminuyan. Estas monjas son viejas y feas, con excepción de una sola, joven de bellos ojos y muy pálida, belleza peligrosa para un enamorado caballero; me inspiró compasión.

Las ancianas señoras nos obsequiaron con mate, el mejor que he tomado en Chile, preparado con leche y canela del país, servido en bandejas de flores, de modo que el gusto y el olfato se deleitaban á la vez. Este convento es uno de los más hermosos de Santiago. Desde el locutorio divisábamos uno de sus siete patios, en el cual, en el centro de un estanque, se levanta una estatua de piedra de la Virgen, la más fea que jamás haya tallado la mano del hombre.

Ha sido dispuesta de modo que pueda arrojar agua por la boca y el pecho; pero ahora no funciona, porque la fuente está en reparación, en que se ocupaban en esos momentos varios albañiles, custodiados por media docena de soldados, no sé si para hacer trabajar á los obreros ó para proteger á las monjas.

En el breve rato que permanecí en el locutorio oí más charla que antes en un mes, y noté que las enclaustradas siguen interesándose por las cosas de este pícaro mundo. Cuando se me advirtió que ya era tiempo de ir á otra parte no lo sentí, y, dejando un poco de dinero de recuerdo á las buenas señoras, acompañé á los señores Prevost y De Roos á la biblioteca pública. Comprende unos diez ó doce mil volúmenes, provisoriamente instalados en el Colegio; pero habiendo ofrecido el convento de Santo Domingo su biblioteca á la nación, aquellos libros serán

trasladados allá tan pronto como se disponga el local conveniente, y la biblioteca se abrirá para el público. El director es D. Manuel de Salas y Corvalán, instruído y culto caballero, que me mostró un bello ejemplar de Cluverius (1) y me habló con orgullo de su colección de obras de viajes y geografía.

Los libros de leyes ocupan la mitad de los estantes. Hay un buen número de obras francesas, pero pocas inglesas, y de éstas pocas lo más conocido es el pequeño *Viaje de Vancouver*. Aquí le guardan tanto rencor por haber denigrado á Chile que, como por vía de desahogo, lo muestran á todos los visitantes. Encontré en la biblioteca al diputado Albano, á quien había visto presidir la Convención. Tuve con él una grata hora de conversación.

Al pasar delante de los libros de leyes, me dijo: "He aquí nuestra gran plaga. Treinta y siete mil de estas ordenanzas están todavía vigentes, y los comentarios sobre ellas forman por lo menos el triple de ese número. Los chilenos son excesivamente litigantes. Consideran un título de honor tener un pleito, y, sin embargo, los pleitos suelen durar años enteros y arruinan más familias que todas las demás causas de ruina juntas, con excepción del juego."

Abriga la esperanza de establecer una institución análoga á nuestros jueces de paz para evitar las prisiones arbitrarias, tan frecuentes aquí. Citó á este respecto una real cédula de 1718, que fija reglas á los jueces de distrito de la América española, y expresó el deseo de verla adoptada en Chile como base de la administración civil.

Oía con tanto agrado los razonamientos del señor Albano, que recibí con pesar la insinuación de mis amigos de que estábamos abusando de la bondad del bibliotecario y de que las señoras Godoy me esperaban para tomar mate. Fuí, pues, á la casa de éstas, y allá encontré á la hermosa, jovial y simpática señora Blanco, esposa del

(1) Felipe Cluver (ó en su forma latinizada, *Cluverius*), geógrafo y anticuario del siglo XVII.—*(N. del T.)*

ex contraalmirante de Chile, hoy comandante en jefe naval de San Martín (1).

8.—Compré mi caballo roano *Fritz*. Tiene patas blancas y ojos azules; es alto y fuerte, y nunca ha sido montado por una mujer. Quería dar á mi buen *Charles* algún descanso, y el precio de veinte pesos no me pareció excesivo.

Paguélos de buen grado, y montada en mi Fritz, fuí con De Roos á hacer una visita al Director en su chacra, con intención de regresar luego; pero no nos dejaron retirarnos antes de la comida. Las señoras estaban en el jardín, y las indiecitas jugaban cerca de ellas. Este lugar se llama el *Conventillo*. Perteneció antes á los franciscanos, que comenzaron á construir en las inmediaciones una iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora, y para ese fin colectaban dinero de todos los transeuntes.

La construcción del templo, sin embargo, no avanzaba, á pesar de las cuantiosas sumas erogadas por los fieles. El Director, en vista de esto, compró todo el terreno, y á los frailes su iglesia, poniendo así término á esa exacción. Esta compra, como las construcciones y grandes plantíos que allí está haciendo, inspiran al pueblo confianza en la estabilidad del gobierno, y esta confianza contribuirá á su vez á darle estabilidad.

Este es un día memorable en Chile. El obispo Rodríguez, desterrado durante largo tiempo á causa de sus principios políticos, y de su intromisión en los negocios de estado, ha sido por fin llamado.

No hace muchos días que llegó privadamente á su residencia de Ñuñoa; hoy se presenta por primera vez en público en la catedral. Antes de esa ceremonia visitó al Director, quien lo felicitó por su vuelta á su diócesis, agregándole que esperaba que en lo sucesivo no olvidaría que el progreso del país y de la opinión pública exigían en los negocios eclesiásticos ideas y actos más liberales

(1) Don Manuel Blanco Encalada, casado con doña Carmen Gana. *(N. del T.)*

que los que pudieron convenir á los tiempos pasados; que abrigaba la confianza de que el buen sentido de su señoría lo haría ajustar su conducta á semejante norma, y que mientras él fuera Director de Chile, ni el Papa ni eclesiástico alguno tendría poder temporal ni derecho de exención de la jurisdicción civil y criminal del país.

El obispo procedió en seguida á tomar posesión de la sede, y con ese motivo pontificó solemnemente en la catedral. Su vuelta ha causado satisfacción á muchos de los fieles que deseaban á su pastor; á numerosas relaciones particulares, que estiman mucho al obispo, y sobre todo, á las familias de los desterrados políticos, porque el regreso del principal de ellos les da esperanzas de que pronto volverán los otros (1).

Por suerte no había otros extraños presentes fuera de nosotros. El Director llevó la conversación á los asuntos de Chile y á los sucesos de su vida (2). Se manifestó disgustado por los últimos acontecimientos del Perú (deposición de Monteagudo, etc), estimando la conducta de ese ministro y sus consecuencias como una mancha para la buena causa. No me atreví á insinuarle que la conducta no menos mala que aquélla, aunque en otro orden de cosas, de su ministro Rodríguez, estaba produciendo aquí efectos igualmente lamentables.

Anduvimos un buen rato por los jardines y nos entretuvimos con un telescopio, con el cual me mostró el Di-

---

(1) Pocos días antes de mi llegada á Santiago, se celebró la fiesta de San Bernardo, patrono del director. Durante la dominación española era costumbre que los capitanes generales concedieran alguna gracia en el día de sus cumpleaños ó de sus onomásticos. Este año se rogó al director en el día de su santo que llamara á los desterrados. "No"—contestó—; yo soy un simple ciudadano, y no me corresponde solemnizar mi día de esta manera; pero si pedís á la Convención que celebre el 18 de Septiembre, aniversario de vuestra independencia, con este acto de gracia, yo apoyaré la solicitud con todo el poder é influencia que poseo."

(2) Con su autorización he hecho uso de esta conversación en mi bosquejo de la historia de Chile.

rector varias haciendas del llano de Maipo, regadas por el canal que ha abierto durante su gobierno (1). Todos esos campos eran antes estériles y sus jarales servían de escondite á los asalteadores y asesinos, tal que no se podía pasar por allí sin peligro. Los bandoleros han desaparecido ya, y pacíficas haciendas ocupan las antes incultas tierras. Sirvióse una sencilla y bien dispuesta comida en que la limpieza y corrección inglesas daban á los platos chilenos lo que hasta entonces había echado menos en ellos.

Fuera de nosotros sentáronse á la mesa doña Isabel, doña Rosa, la joven y hermosa sobrina del Director, doña Javiera y un edecán. Las indiecitas comían en una mesa baja, presididas por la hija del cacique y servidas con tanto respeto como las señoras de la casa. La llegada de algunas personas después de la comida, puso término á nuestra conversación confidencial, y recorrí con doña Isabel los departamentos de la casa. Los dormitorios de las señoras son muy aseados y confortables.

El Director usa un lecho de campaña portátil, y á juzgar por su aposento, no se preocupa mucho de la comodidad de su persona. Al ponerse el sol regresamos á la ciudad juntamente con la familia de su excelencia, que iba al teatro, á que doña Rosa nunca falta. Su carruaje es inglés, sencillo y elegante.

Lunes 9 de Septiembre.—Esta mañana doña Rosario, don José Antonio, De Roos y yo, acompañados por mi peón Felipe, salimos de la ciudad con rumbo á la hacienda de don Justo Salinas, yerno de mi huésped. El camino va por el llano de Maipo, perfectamente á nivel entre la ciudad y el río en una distancia de veinte á treinta millas. Esta es la parte del llano fertilizada por el canal de O'Higgins, que riega la antes estéril tierra entre el Mapocho y el Maipo.

El gobierno colonial se propuso realizar esta obra;

(1) El canal de Maipo, comenzado en tiempo de la Colonia, fué terminado por O'Higgins.—*(N. del T.)*

pero después de invertir una ingente suma en trabajos preparatorios, nada se hizo. Después de la independencia se han gastado 25.000 pesos en el canal principal, y vendiendo las tierras por anualidades que para las grandes propiedades ascienden á 500 pesos, no sólo se ha reembolsado esa suma, sino que, según mis informaciones, el producto de las ventas ha llegado á cerca de 200.000 pesos. Cada propietario queda obligado á revestir de piedra su parte de canal y á conservarlo en buen estado. Las sementeras del llano prometen muy buenas cosechas; el terreno parece de tierra vegetal delgada, mezclada con arena y abundante en piedrecillas, por haber estado largo tiempo bajo el agua.

Estas piedrecillas son mayores y más irregulares en el llano que en los lechos del Mapocho y del Maipo, excepto en los puntos donde éste, en el centro de su canal, ha albergado ó descubierto rocas de considerable tamaño. A medio camino, entre la ciudad y el río, uno de los pequeños cordones de cerros que cruzan el llano en ángulo recto con los Andes y parecen unir las cimas de la Cuesta de Prado y otras con la gran cordillera, atraviesa el camino, disminuyendo gradualmente hasta desaparecer del todo en el llano antes de llegar á la montaña.

El paso que queda entre el último pequeño cono de este cordón y la masa principal, se llama Portezuelo de San Agustín de Tango. A su entrada hay algunas chozas rodeadas de pequeños huertos, que riega un antiguo canal del Maipo y cuya vista nos alegró después de quince millas de monótono camino. Otras quince millas, tan monótonas como las anteriores, nos llevaron al vado del rápido y turbio Maipo. Este río nace de los Andes, cerca de un paso llamado *El Portillo*, poco frecuentado, porque sus paredes verticales no ofrecen refugio alguno contra los aludes que continuamente caen de arriba.

Es, no obstante, más corto que el próximo á la cumbre, y suele ser transitable cuando éste se cierra. Me dicen que en ese profundo valle, donde la rápida corriente

se abre paso sobre un desigual y áspero lecho, formando numerosas cataratas, es verdaderamente sublime. Si la estación lo hubiera permitido, habría caído en la tentación de viajar medio día por verlo. El paso del Maipo es sumamente peligroso durante las creces, y á veces invadeable, á juzgar por la altura de sus márgenes, que calculo en poco menos de cuarenta pies; el espacio comprendido entre ellas tendrá aproximadamente un cuarto de milla.

Dentro de este ancho lecho el río se divide ahora en varios canales fáciles de vadear; sobre el pricipal, profundo y correntoso, hay un puente de construcción indígena que sirve para el tránsito cuando el río no está vadeable. Consiste en palos verticales, fijos á uno y otro lado de la corriente; fuertes cuerdas de cuero entre los postes, entrelazadas con otras, forman un puente de cimbra, suspendido sobre el río.

Este puente desaparece durante las grandes creces, y es reemplazado por otro tan pronto como se normaliza la corriente. Al Norte del río no se ve un solo árbol, y la vista domina un inmenso espacio absolutamente plano. Por el lado Sur la tierra es más fértil y más cultivada, particularmente en Viluco, en cuya vecindad se encuentran el pueblo y la capilla de Maipo, iglesia parroquial de una vasta región.

La hacienda de Viluco pertenece al marqués de Larrain, uno de los hombres más ricos de Chile (1). Produce como 25.000 pesos al año y está perfectamente cultivada. Sepárala del camino un muro de dos leguas de largo, que me aburrió soberanamente. Los cercos ó muros divisorios de propiedades rústicas se construyen aquí con tierra arcillosa batida y comprimida en marcos de madera que, una vez bien aprensado un bloque, los sacan, los colocan encima y los llenan de nuevo, de modo que cuando el muro está terminado parece una construcción de ladrillos gigantescos.

(1) Don José Toribio Larrain.—*(N. del T.)*

Llegamos por fin á un pésimo y fangoso camino á orillas del estero de Paine, que desciende rápidamente de un contrafuerte de la cordillera que avanza aquí casi hasta el cerro de Pangue y forma el estrecho paso ó Angostura de Paine, comúnmente llamado la Angostura, por el cual va el camino de Rancagua. Desde Paine, donde hay una casa de postas, el camino sigue entre dos filas de magníficos árboles, principalmente maitenes; y casas de campo y hermosas plantaciones, reemplazan la extensa y desolada llanura que acabamos de pasar. Una de las más bellas propiedades pertenece al hospital de San Juan de Dios y la arrienda un Valdés.

Allí dejamos el camino principal para seguir el curso de un pintoresco río que nace del mencionado paso, á lo que debe su nombre de río de la Angostura. Pasadas algunas haciendas, como las de Herrera y de Solar, llegamos á la de Salinas, donde nos recibieron amabilísimamente don Justo y su esposa, la hija mayor de mis huéspedes y viuda del infortunado don Juan José Carrera, que espero habrá encontrado en su segundo matrimonio alguna compensación de los padecimientos que sufrió durante el primero.

Tiene uno de los más bellos rostros que he visto, ojos que ruegan y mandan, y una boca que jamás pudo igualar pintor alguno en sus Hebes ó Gracias. Su edad no pasa de veinticinco años, aunque apenas representa diez y siete. Mientras contemplaba extasiada su belleza, recordando su historia, dudaba si todo esto era realidad ó un sueño de cosas que hasta ahora sólo había encontrado en las novelas. Don justo es un joven de bella figura, dos años menor que su esposa. Mucho se alegraron de ver á sus dos hermanos, y á De Roos y á mí nos recibieron con amabilidad exquisita.

Soplaba un recio viento de la montaña y hacía mucho frio. Sentados alrededor del brasero, en una linda sala, esperamos la comida, que se sirvió como á las nueve. Nos felicitaron, como de una proeza, de haber recorrido

en nueve horas sin mudar caballos una distancia de más de catorce leguas, incluyendo en esas nueve horas dos de descanso que dimos á las bestias y un rato que se perdió en componer uno de mis estribos, que se quebró en el camino.

En Chile acostumbran tomar algo tarde el desayuno, que consiste á veces en caldo, ó carne y vino, pero todos toman mate ó chocolate junto á la cama. Doña Ana María, sabiendo cuán diferentes son las costumbres inglesas, envió á mi aposento té, pan y mantequilla, para De Roos y yo. Describiré la casa.

La puerta exterior da al dormitorio principal, que sirve también de salón. Á un lado hay una pieza de tocador y otra para los niños; al otro la sala y más allá el comedor, bien iluminado y alegre; á lo largo del frente de la casa, un corredor, á que dan varios departamentos, como el de don Justo, y algunos dormitorios para huéspedes. Doña Rosario y yo ocupamos uno de ellos, y don José Antonio y De Roos otro. En Chile no se respeta la interioridad de los dormitorios como en Inglaterra; felizmente tengo el hábito de madrugar, que entre otras ventajas me procura la de librarme de intrusiones inoportunas.

La mayor parte del día se pasa en el corredor, lo que no es de extrañar con tan agradable temperatura y tan hermosa vista. En el transcurso del día recorrí casi toda la hacienda, comenzando por las viñas. La principal ocupa dos cuadras cuadradas; las vides están apoyadas en rodrigones y reducidas por la poda á una altura de cinco pies. Aquí no se acostumbra remover anualmente la tierra entre las hileras como en Italia, sino que cada veinte ó treinta años se descubren y mondan las raíces.

Visitamos en seguida el huerto, en que hay nogales, duraznos, ciruelos, albaricoques, perales y cerezos, que comienzan apenas á florecer, porque, además de hallarse esta hacienda un grado más hacia el Sur, está más cerca de la cordillera y más expuesta á los vientos fríos. Del huerto pasamos á los corrales de vacas y terneros, de

hermosa raza. La lechería está mal administrada, pues de diez y seis bellas vacas lecheras no se alcanzan á obtener doce libras de mantequilla por semana, y algunas no más de seis; de queso se produce una cantidad insignificante, aunque éste y aquélla de excelente calidad.

El ganado lanar es bellísimo, de muy buena y larga lana; cada vellón vale por lo menos tres reales. La trasquila se hace en Octubre. Vi un carnero pehuenche con cinco cuernos desiguales. Colgado delante de la puerta hay un jaguar empajado, llamado comúnmente león chileno, animal que habita en los cerros y hace estragos en el ganado lanar y los terneros, pero que, según he oído, no ataca al hombre.

Don Justo me dió una garra de seis pulgadas de ancho, que debe haber pertenecido á un enorme individuo de esta especie. En las bodegas las grandes botijas de greda están medio enterradas en el suelo, como refieren los autores jesuítas que practican los indios del interior con sus tinajas de chicha. Cada bodega contiene unas sesenta tinajas de veinticinco arrobas cada una. Son fabricadas con arcilla de los cerros vecinos y cuestan tantas veces cuatro reales como arrobas contienen. Cuando se quiere vinificar el mosto, se vierte jugo de uva caliente en la proporción de una arroba por cuatro de mosto, para acelerar la fermentación. Hay que tener cuidado de no dejar hervir el jugo, retirándolo del fuego en el punto próximo á la ebullición, para que no comunique al vino un sabor empireumático.

Las bocas de las botijas se tapan herméticamente con barro para la maduración del vino, que, cuando está á punto, se encierra en cueros para la venta. Probé varias clases de vino y mosto, muy buenos casi todos, y mucho mejores aún los aguardientes, á pesar de la imperfecta construcción de los alambiques. El trigo produce aquí el ciento por uno; la cebada el setenta. Los cultivos se alternan: trigo ó cebada un año, alfalfa al siguiente.

Algunos pastos de forraje crecen espontáneamente

después de cosechado el grano. De ellos el preferido por el ganado mayor es el alfilerillo, así llamado por la forma de la semilla; es una planta de la familia de las geraniáceas, indígena en Inglaterra como en Chile; créese que comunica un sabor agradable á la carne de los animales que la comen en ciertas épocas. Otra planta predilecta del ganado es el cardo silvestre, apreciable sobre todo antes de la estación de las lluvias.

Tanto me gustan las cabezas de cardo, en ensalada ó guisadas de otras maneras, que no me extraña oir quejarse á los hacendados de que los animales destruyan los cercos por ir á buscarlas en otras heredades. Críase aquí en los corrales de vacas cierto insecto que cogen y conservan por la fragancia que despide.

En la noche un tal don Lucas, que vino de visita á casa de don Justo, tocó la guitarra y cantó algunas tonadas populares, y bailó algunos bailes del país, especialmente uno llamado *la campana*, desconocido aún para mí, con animación y gracia.

Echándose el poncho sobre los hombros, tomó su guitarra, sacó á bailar á una de las señoras, y danzó, hizo guiñadas, tocó y cantó, todo al mismo tiempo y de la manera más grotesca. La *campana* es propiamente un *pas seul* (1) y la letra tan incoherente y falta de sentido como nuestro *Hey diddle diddle, the cat and fiddle*, digna compañía de los visajes de don Lucas, cuya cara es tan grotesca como la de Grimaldi, á quien se parece algo.

He aquí la letra de *la campana:*

«Al mar me arrojara por una rosa,
pero le temo al agua, que es peligrosa.
Repiquen las campanas con el esquilón,
que si no hay badajo, con el corazón.
Pescado salado desecho ya un lado,
repiquen las campanas de la catedral.
Por ver si te veo, hermosa deidad,

(1) Baile ejecutado por una sola persona.—*(N, del T.)*

un clavel que me diste por la ventana
en una jarra de oro lo tengo en agua.
Repiquen las campanas de la catedral.»

Creo que este canto, como el *Yankee Doodle*, es susceptible de ser alargado *ad infinitum* por el cantor.

Después del baile sentóse don Lucas en un rincón de la sala sobre un escaño bajo y acompañó con su guitarra algunas baladas y *tristes*, que más que por la voz del cantante se recomendaron por la letra y ejecución. Reproduzco uno de los *tristes* que, aunque demasiado conceptuoso, me pareció bastante bello.

Triste

Llorad, corazón, llorad,
llorad si teneis por qué,
Que no es delito en un hombre
llorar por una mujer.

Llora este cielo sereno,
marchitando sus colores;
la tierra llora en vapores
l'agua que abriga en su seno;
llora el arroyo más lleno,
si espera esterilidad;
y las flores con lealtad
le lloran de varios modos,
pues ahora que lloren todos.
Llorad, corazón, llorad.

Llora el prado, á quien destina
el cielo una estéril suerte;
el árbol más duro vierte
sus lágrimas en resina,
llora, pues, si se examina,
todo insensible que ve
una mal pagada fe;
y si lo insensible llora,
llorad, corazón, ahora,
llorad, que tèneis por qué.

Llora el ave su orfandad,
mirando á su dueño ausente;
el jilguerillo inocente
llora su cautividad;
el pez llora la impiedad
del que le prende, y el hombre
llora, porque más te asombre;
pues en extremo tan raro
no es culpa en ellos, es claro
que no es delito en un hombre.

Llora el bruto, y no es dudable
que llora, pues es pasible,
cuando siente lo insensible,
y llora aun lo vegetable
llora todo lo animable,
porque puede padecer,
y si el hombre ha de tener
sentido más exquisito,
¿cómo será en él delito
llorar por una mujer?

Don Justo tiene una memoria prodigiosa para los versos. Recitó más de los que puedo recordar ó don Lucas cantar. Esta es una de las cualidades que más se aprecian en un joven chilleno; el que no puede cantar alguna cosa en los paseos campestres, puede por lo menos recitar poesías de memoria.

No hace mucho tiempo don Justo estuvo gravemente enfermo en la casa de su suegro en Santiago, y todos los de la familia, especialmente sus cuñadas, que lo aprecian mucho, hicieren mil votos y promesas para alcanzar su salud. El día en que fué declarado fuera de peligro, don José Antonio y sus hermanas le dieron una serenata. Doña Mariquita cantó primero, con acompañamiento de guitarra, una felicitación compuesta por ella, seguida de una estrofa cantada por cada una de las hermanas y un coro final de los cuatro en nombre de la familia, todo ello obra de doña Mariquita.

Esta cariñosa manifestación impresionó tanto al enfer-

mo, que no pudo contener las lágrimas. Entonces don José Antonio, con admirable oportunidad, aceleró el compás de la música é hizo una parodia tan graciosa de los versos, que las lágrimas se convirtieron en risas, y desde ese momento don Justo comenzó á mejorar rápidamente. No hay duda que los chilenos han heredado de España este talento para improvisar. ¿Quién no recuerda los lindos versos que cantan Clemente y Andrés en alabanza de Preciosa, en la *Gitanilla* de Cervantes? Todos nos asombramos de lo avanzado de la hora cuando nos separamos; pero los versos y cantos y la belleza y linda voz de Ana María fueron suficiente disculpa, si alguna era menester, de haber robado al sueño algunas horas.

11 de Septiembre.—Las descripciones suelen ser completamente falsas. ¿Cómo se explica esto? A todos nos parece que describir lo que hemos visto y examinado con atención es la cosa más fácil del mundo. Sin embargo, apenas uno entre ciento logra dar á otros una idea exacta de lo que ha visto. Hoy tuve una prueba de ello. Fuimos á ver la laguna de Aculeo. Me la habían descrito como circular, rodeada de un cordón de elevados cerros, y, cosa singular, salada como el mar. No hay en todo esto una palabra de verdad.

El lago es de forma irregular y sinuosa, con hermosas islas. Domínanlo algunos escarpados cerros; pero sus márgenes tienen por lo general un suave declive y pacen en ellas numerosos ganados; su pequeño valle se abre hacia el Este, en cuya dirección sale uno de sus brazos á unirse con el río de la Angostura.

Desde la hacienda de don Justo hasta Aculeo, el camino va por bosques y fértiles llanos, rodeados de cerros regados por numerosos riachuelos. Hay algunas buenas casas de campo, alrededor de cada una de las cuales se agrupa generalmente un pequeño caserío de labriegos, como en las grandes granjas inglesas.

El golpe de vista que presenta el lago me recordó el *Lago Maggiore* y sus contornos. La nevada cordillera, las

fértiles márgenes, las alegres islas, el clima mismo, se parecen á los del Norte de Italia. Nos detuvimos un momento en una casita á orillas del lago, con intención de usar un bote que allí se encuentra, pero estaba en reparación. El lago y las tierras adyacentes pertenecen á uno de los Larraines; la pesca constituye una de sus principales entradas.

Doña Ana María, doña Rosario y don José Antonio prefieren quedarse en la casita, mientras De Roos y yo, acompañados de dos campesinos, fuimos dos leguas más allá por la orilla derecha del lago, después de probar el agua de éste, que es dulce y fresca. Sólo en Europa había visto paisajes forestales comparables á los que iban apareciendo aquí á nuestro paso. Los bosques de Chile tienen una fragancia especial, debida en parte al olor del aromo, actualmente en flor, en parte al que exhalaban las hojas caídas al ser magulladas por los cascos de nuestros caballos.

Pero estos deliciosos paisajes son enteramente solitarios; sólo una pequeña choza de pescadores, en una de las islas, atestigua la presencia del hombre. Sobre la isla se ciernen las águilas, y en ella hacen sus nidos los cisnes y otras aves acuáticas.

Por consideración á los caballos regresamos á la casita, después de tomar una vista del lago. Nuestros amigos nos esperaban con comida, después de la cual todos se fueron á dormir la siesta: las señoras sobre el estrado; los caballeros á la sombra de los árboles, sobre sus ponchos y monturas, y los dueños de casa en sus camas. Yo también dormí unos pocos minutos.

Entre las personas de la casa merece especial mención una mujer de unos cincuenta y cinco años, que tiene fama de ser la mejor domadora de caballos de toda la comarca, tal que con frecuencia le traen potros altivos para que los amanse. A las tres se levantaron todos para tomar mate, y una hora después emprendimos viaje de regreso á la casa de don Justo, de que nos separaban cuatro lar-

gas leguas. Las montañas habían tomado bellísimos tintes, desde el violado casi negro hasta el más delicado color de rosa.

Del Este llegaban de cuando en cuando á nuestros oídos ruidos sordos, causados quizá por caídas de lejanos aludes ó por algunos de los medío apagados volcanes de las cordilleras vecinas.

Don Justo nos salió al encuentro como á milla y media de la casa. Aguardábannos en la puerta dos nuevos y extraños personajes. Uno de ellos, E..., que en todas partes reciben con placer por su travieso y alegre carácter, nos presentó al otro con el nombre de don Juan de Buenaventura. Este sujeto, que vestía un tosco traje de campesino, es hacendado propietario y un buen hombre, aunque desgraciadamente *tonto*, esto es, un individuo falto de entendimiento y hazmerreir de los demás.

Cuando entramos á la sala y pude observarlo bien á la luz, pensé en que la Naturaleza suele hacer con la humanidad extrañas travesuras, como la de dar tan bella figura á un hombre á quien ha negado la inteligencia. Después de cambiar nuestras ropas de montar nos reunimos á tomar el te.

De Roos y doña Rosario se sentaron en un sofá y don Lucas los tuvo muy entretenidos con su guitarra y sus cantos. Don José Antonio y don Justo no estaban con nosotros, porque este último no se sentía bien. Doña Ana María, con sus costuras; yo, con mis útiles de dibujo; E... y el tonto, nos sentamos junto á la mesa. Conversamos sobre muchos asuntos, y yo, de cuando en cuando, por urbanidad, dirigía la palabra al hermoso mentecato, cuyas respuestas se parecían extraordinariamente á las del Touchstone (1) de Shakespeare, y cada vez era mayor mi asombro de ver un exterior tan bello en que "todos los dioses parecían haber puesto su sello", unido á tan

(1) Personaje grotesco de la comedia *Como gustéis (As you like it)*. Es un curioso tipo de bobalicón con ribetes de filósofo.—*(N. del T.)*

escasa inteligencia. Esto me puso melancólica, y vi llegar con gusto la hora de la cena, donde las bufonadas de don Lucas provocaron risas muy diferentes de las forzadas y melancólicas que nos había arrancado el pobre idiota. Me retiré á dormir tristemente impresionada.

12.—Hoy al levantarme me encontré con que don Lucas se había marchado á Santiago, á pesar de la niebla y de la lluvia y sin despedirse de nosotros. Ocupé la mañana en escribir mi diario, visitar la lechería y hacer investigaciones sobre el tonto, de quien nadie supo decirme nada. A las doce se despejó la niebla, y don Justo, doña Ana María, Rosario, De Roos y yo fuimos á caballo á un cerro vecino, donde gozamos con la espléndida vista del llano de Maipo, tomamos mate y charlamos hasta la puesta del sol.

Declaro, y puedo repetírlo mil y mil veces, que este día es el más bello que he visto, porque en las escenas de la naturaleza no tocadas por la mano del hombre, la última es siempre más bella que la anterior. Las flores estrelladas bajo mis pies; el precioso arbusto de follaje purpúreo inclinado sobre la altísima roca, que don Justo trepaba como un corzo silvestre para coger la espléndida planta; la cima en que se habían tendido las pieles en que Ana María y Rosario, más hermosas que las flores que las rodeaban, estaban graciosamente reclinadas mientras se servía el mate en tazas de plata, todo, todo era bello; y charlábamos, y se referían historias de personas reales y aun en vida, que los autores de obras de imaginación se alegrarían de poseer.

El primer marido de doña Ana María fué, como ya de mucho antes lo sabía, don Juan José Carrera. Después de su muerte, don José Antonio, hermano de doña Ana María, hizo viaje á Mendoza por los Andes y la trajo á la casa de sus padres, donde vivió algún tiempo en absoluto retiro. A la edad de diez y nueve años había visto á su marido á la cabeza del gobierno de su país, ó á lo menos, sin reconocer otro superior que su propio hermano; dos

veces había hecho con él, fugitivo, la penosa travesía de los Andes; había compartido su prisión; había intercedido por él; lo había visto morir en el cadalso, en los brazos de su hermano menor.

¿Qué tiene, pues, de extraño que el sobreviviente de los Carrera conservara por ella un tierno afecto y que le escribiera esas cartas confidenciales en cifra que casi le costaron la vida? Algunas de esas cartas fueron interceptadas, y ella encerrada en el convento de monjas agustinas de Santiago. Quiero relatar esta parte de su historia en los mismos términos de la carta en que no hace muchos días me la refirió su madre.

"Cuando Ana María volvió de Mendoza la notamos tan decaída de salud á causa de sus sufrimientos, que nos apresuramos á enviarla al campo, adonde el pobre Miguel y yo la acompañamos. Una gran fiebre de Mariquita me obligó á volver á la ciudad. El mismo día en que la enfermedad hizo crisis se presentó en casa un oficial del senado, requiriendo á nuestra hija mayor. Mi marido fué á ver al Director y le expuso la angustiosa situación de la familia, y especialmente el delicado estado de Ana María. Pero á esto se le replicó que graves razones de Estado exigían su presencia. Hube, pues, de dejar á Mariquita con sus hermanas, y partí con el oficial á traer á mi hija.

„La trajimos á la ciudad. Se le obligó á comparecer ante el senado, mostrósele la carta de José Miguel (1) y se le exigió que la leyera. Ella contestó que no conocía la cifra de la carta y que, por consiguiente, no podía leerla. Uno de los miembros del tribunal le recordó que varias veces había escrito en cifras á su marido mientras estuvo preso en Mendoza. Ella, que hasta entonces nunca pudo oir el nombre de su marido sin violentos ataques de nervios, pareció ahora haber recibido del cielo un

(1) La carta le fué realmente dirigida, y trataba, no tanto de planes y proyectos, como de esperanzas de derrocar el actual gobierno. Fué una gran imprudencia, y acaso más que imprudencia.

valor extraordinario.—Sí, replicó, le escribí algunas veces cartas en cifra. ¿Podía acaso permitir que se impusieran de nuestros más íntimos secretos los extraños, que, como harto bien lo sabíamos, leían nuestras cartas antes que llegaran á nuestras manos? ¿Podíamos soportar que en el cuarto de guardia, donde eran leídas, se hiciera insultante y grosera mofa de las efusiones de nuestro amor? Cuando vosotros me quitásteis las cartas y papeles de mi esposo mártir, me quitásteis también la clave de esa cifra, y no tengo otra—. Uno de los senadores, mirando con airado ceño á la hermosa joven, le preguntó: —¿Quiere doña Ana María que las palabras *esposo mártir* se inserten en la minuta de su interrogatorio? —He dicho *esposo mártir*, contestó ella, y lo mantengo. Observáronle entonces los jueces que si no leía la carta al tribunal sería encerrada en un convento. A lo que contestó una vez más. —No puedo, no conozco la cifra. Y si esa carta fuera en realidad dirigida á mí, cosa de que no tenéis prueba alguna, ¿por ventura el hecho de que otra persona me escriba me constituye criminal? Hay otras mujeres y otras viudas de mi nombre y familia á quienes bien podría la carta haber sido dirigida. Además, si es un crimen escribir cartas, ¿tenéis pruebas de que yo he escrito á don José Miguel, ó contestado ó siquiera reconocido sus cartas? ¿O acaso os parece extraño que en la desolación de su casa haya escrito algunas palabras de consuelo á la viuda de su hermano mártir? Ese día no se le intorrogó más, pero fué enviada al monasterio de las monjas agustinas, de donde fué llevada dos veces ante el tribunal, que no pudo obtener de ella otras respuestas. Como el estado de su salud fuera cada día más delicado, se permitió á su madre y á su hermana menor acompañarla en el convento, donde permanecieron cinco meses".

Por fin, el Director la hizo poner en libertad, creo que á instancias del señor Prevost. Algunas personas la creían realmente complicada en una conspiración política. Su

familia ve en ella un ángel, víctima de crueles infortunios.

Durante su prisión en el convento trabó íntima amistad con una interesantísima joven, cuyos infortunios, de distinta naturaleza de los de nuestra amiga, la habían inducido á encerrarse para siempre en el claustro. Su marido había desertado del ejército patriota para servir bajo las banderas reales, á una edad en que de ordinario carecen todavía de fijeza los principios.

Fué fiel á esta causa. Tomado en un combate, se le encarceló más como desertor que como enemigo. Ella, que á la sazón se hallaba en Talcahuano esperando su primer alumbramiento, resolvió juntarse con su marido, y partió, sin más compañía que una fiel criada, á pie, y con tan poco dinero, que durante la mayor parte del viaje, 500 millas, se mantuvo de la generosidad de sus compatriotas, para quienes su nombre no era, por cierto, indiferente.

Llegó á Santiago. Un pariente la hospedó en su casa. Dió allí á luz á su niño, y diariamente enviaba á la prisión á saber de su marido, de quien recibía siempre alguna palabra de esperanza y de consuelo. Una mañana sintió una descarga de fusilería, y luego otra. Temblando de terror, preguntó por su marido.—"Ha salido ya de la cárcel—se le contestó—y no se le volverá á molestar".

No preguntó más. Dejó el lecho tan pronto como pudo, y se retiró al monasterio de las agustinas. Comprendió perfectamente el significado de aquella respuesta; su marido había sido fusilado esa mañana. El niño también había muerto. Algunos amigos la visitaban de cuando en cuando en su soledad, y entre ellos su hermano Justo Salinas, que vió varias veces con ella á Ana María, la viuda de Carrera. La juventud, naturalmente, simpatiza con la juventud. Oyó relatar su historia, ¿quién la ignoraba en Chile? y la refirió á su madre, anciana ya, que vivía en el campo, en la misma casa en que ahora estamos hospedados.

Cuando doña Ana María salió en libertad de su honrosa prisión encontró á su hermano don Miguel grave-

mente enfermo, y cuando se la desterró de Santiago y se le fijó como residencia la casa de campo que había heredado de su marido, solicitó del enfermo que la acompañara en ese lugar á fin de que pudiera tomar baños de agua corriente, que consideran aquí como eficaz remedio de diversas dolencias.

Las tiernas atenciones prodigadas por Ana María á su hermano atrajeron la observación de sus vecinos, especialmente de la señora de Salinas, que insistió en llevar á los hermanos á su casa, donde las aguas eran más puras y más fuerte la corriente. Doña Ana María y su hermano aceptaron la invitación. Poco tiempo después llegó don Justo.

¿Necesito decir que la joven viuda fué invitada á considerar la casa como propia? No estoy seguro si todo esto fué referido hoy; pero la relación que precede forma parte de una historia que deseaba conocer más por completo, y á cuyo encadenamiento faltan todavía algunos eslabones.

Por fin el sol nos notificó que ya debíamos dejar nuestro elevado y pintoresco sitio, y descendimos por un sinuoso sendero y al través de un bosque, cuyas ramas amenazaban á veces cerrarnos el camino. En estos casos Salinas, que como todos los chilenos lleva siempre consigo su cuchillo montés, cortaba rápidamente las invasoras ramas. Llegamos á la casa al mismo tiempo que E... y el tonto... Hallábanse, pues, presentes casi las mismas personas que en la noche anterior.

Había esta noche en el aspecto del tonto algo que me movió á observarlo más detenidamente que la primera vez. Dirigí la conversación á diversos puntos relacionados con la agricultura, con el estado de los caminos del país y con la posibilidad para una persona sola de ir á Concepción en unas pocas semanas. Las respuestas que daba á mis preguntas eran cada vez más razonables y cada vez más vehementes mis sospechas de que se fingía tonto. De pronto E..., acercándose á nosotros, le dijo algo en

alta voz, llamándolo por su nombre, y la respuesta fué tan absolutamente la de un idiota, que me volví hacia E... para cortar toda conversación con la infeliz criatura.

Hablé de Santiago, del Director O'Higgins, tema que no había tocado hasta entonces por consideración á doña Ana María, y del 18 de Septiembre, aniversario de la independencia del país; y como le preguntara si él, como capitán de milicias, no pensaba asistir á la parada militar con los lanceros, ví otra vez fijos en mí los ojos del tonto con una inteligencia y expresión que me interesaron nuevamente, y me asaltó la idea de que su estado mental era quizás debido á alguna desgracia ocasionada por la guerra civil. Continué hablando é hice mención especialmente de la promesa del Director de apoyar cualquiera solicitud que se presentara á la Convención para alcanzar la amnistía de todas las personas procesadas por delitos políticos y la repatriación de todos los desterrados.

Noté entonces en los rostros de todos los presentes algo que me movió á repetir esto otra vez, continuando en seguida mi dibujo. E... se retiró, y oí al tonto decir algo acerca de mí en voz baja á doña Ana María, quien le contestó en el mismo tono, y después me dirigió la palabra. El nuevo rumbo que tomó la conversación me indujo á preguntar al misterioso personaje: "¿Y por qué usted, que vive en el campo y en sus propias tierras, no sería feliz como cualquiera de nosotros"?—"¡Yo feliz!" —me contestó en el acto, y esta vez su voz y modo de expresarse correspondieron á la nobleza de su figura y á sus bellas facciones—¡yo feliz en medio de faenas rústicas y labriegos y ganados! ¡No! Durante largos años he sido desdichado, y mi primer instante de felicidad lo debo á usted".—"¡A mí!"—exclamé—. "¿Entonces no es usted lo que parece?"—Púsose entonces de pie, y erguido y centelleando los ojos, me contestó: "¡No! No quiero seguir haciendo este papel de idiota, indigno del hijo de doña Javiera Carrera, del sobrino de don José Miguel Carrera. Yo soy el infeliz desterrado Lastra, reducido á

huir de desierto en desierto, á guarecerme en cavernas, á alimentarme con las aves del aire, hasta ver destruídas mis fuerzas y perdida mi juventud. ¡Y mi único crimen ha sido haber amado demasiado bien á Chile! ¡Oh, Chile! ¡Oh, patria mía! ¡Qué no sufriría por ti!"

Yo, que había permanecido inmóvil en mi asiento durante este estallido de sentimiento, me levanté ahora asombrada, como creo que todos los presentes lo fueron, no por la revelación del secreto, que sólo De Roos y yo ignorábamos, sino de oirla de la boca de Lastra. Me acerqué á él y le tendí la mano, expresándole el deseo de que me visitara en Santiago después del Dieciocho. Esto devolvió á nuestros ánimos la serenidad y el contento. El resto de la noche se pasó en dar y recibir detalles acerca de la vida del fugitivo. Fué reducido á prisión (y la prisión en Chile es cruel) por el delito de prestar apoyo armado á la causa de Carrera. Logró evadirse de la cárcel, y se le declaró fuera de la ley.

Vivió varios años en el desierto, yendo de cuando en cuando á la ciudad disfrazado de campesino para saber de sus amigos ó procurarse de ellos algunos medios de subsistencia. Residía á veces en pueblos donde era desconocido, pero luego tenía que huir apresuradamente de los que habían descubierto su lugar de refugio y se proponían traicionarlo. De tarde en tarde, como en el presente caso, salía al caer la noche de sus escondites de las selvas para cenar con sus amigos, pero se retiraba sin dormir.

Una vez estuvo expuesto tanto tiempo á la humedad en la estación de las lluvias, que un fuerte ataque de reumatismo lo tuvo postrado dos meses en una caverna, y si no hubiera sido por la fidelidad de un niño que le llevaba alimento todos los días, habría perecido. Tal fué durante largo tiempo la vida del infeliz proscripto. ¡Y así pasó muchos años de su vida uno de los más inteligentes y distinguidos jóvenes de Chile! Cuando nos separamos, avanzada ya la noche, sentí tener que dejar la casa de Salinas

á la mañana siguiente sin saber más aún de la vida del fingido idiota (1).

11 de Septiembre.—Partimos de la hacienda de Salinas en medio de una densa y húmeda neblina, en dirección de Melipilla, una de las principales poblaciones de Chile, situada como á veinte leguas de la Angostura de Paine. Cruzamos el río en un lugar muy pintoresco, donde aquél recibe las aguas de otro brazo no menos profundo y cristalino, probablemente el Paine. Se unen en un pequeño llano pastoso, en que hay hermosos árboles irregularmente distribuídos y que limitan por el Norte los vallados de los espléndidos campos de trigo de Viluco.

La niebla ocultaba enteramente las montañas y todo lo que caracteriza á los paisajes de Chile, de modo que el reducido círculo que quedaba visible en torno nuestro me recordaba los bellos y serenos paisajes del centro de Inglaterra. Los carneros que aquí y allá pacían en las verdes márgenes del río y algunas vacas manchadas como las de Lancanshire hacían mayor aún la semejanza.

La súbita llegada á un sitio como éste produce en el viajero una impresión semejante á la que experimentaron los marineros ingleses que encontraron en Kamschatka un trozo de cuchara con la marca "Londres"; me costaba trabajo convencerme de que este sitio no me era de antes conocido y familiar.

Á cuatro leguas de la hacienda de Salinas se halla la hacienda de Viluco, una de las más notables del país. Pertenece al marqués de Larrain, y es una magnífica propiedad, mantenida en admirable orden. El capellán preside en la casa, y siempre hay en ella un buen número de criados, de suerte que los viajeros son perfectamente atendidos, esté ó no el dueño. Aquí encuentran siempre buena mesa y cómodo hospedaje.

El que llega á Viluco, conocido ó desconocido, está en su casa. Esta es buena, sólida y bien, aunque sencillamen-

(1) Antes de partir de Chile tuve el gusto de verlo y estrechar su mano, devuelto ya á su familia y amigos.

te, amueblada. El jardín es una joya en su género; sus senderos y avenidas tienen pavimento de mosaico; sus cuadros presentan gran variedad de formas. Cada uno de ellos está rodeado de una pequeña corriente de agua y tiene en el centro una pirámide, urna ó cesta, primorosamente formada, de romero, cubierto ahora de flores, y alrededor alhelíes, claveles, ranúnculos, anémonas.

Al fondo del jardín hay un bosquecillo de naranjos, limos, limoneros y granados, y á lo largo de la casa toda clase de pájaros en espaciosas jaulas con plantas en su interior. El jardín comunica con una ancha calle de enrejado, cubierta de vides, y á uno y otro lado hay huertos de árboles frutales y viñas. Del jardín pasamos á ver los graneros, los galpones de matanza y los secadores de cueros y charqui, todo dispuesto en mayor escala y más cuidadosamente conservado que cuanto había visto hasta ahora.

El ganado mayor de la hacienda se calcula en 9.000 cabezas; el año pasado se mataron 2.000 y sus cueros fueron vendidos en un lote á un comerciante inglés á 22 reales cada uno. Laméntanse algunos de que desde los comienzos de la guerra civil el ganado mayor ha disminuído notablemente en Chile, y lo atribuyen á la guerra. Este mal, concediendo que realmente lo sea, puede quizás imputarse con razón á la guerra; pero hay todavía tanto desorden y despilfarro en la administración de los ramos de lechería y matanza, que el número de reses podría disminuir aún mucho más sin que los productos de la carnicería llegaran á escasear de una manera alarmante. Más aún, creo que esta disminución redundaría en bien del país.

En tiempo del padre Ovalle no se aprovechaban de las reses mayores sino las lenguas y costillares; lo demás era arrojado al mar, en los fundos de costa, ó abandonado á las aves de rapiña, en las haciendas del interior. En algunas botan todavía las cabezas, y en todas los huesos, después de despojarlos de su mejor carne, salvo en los lugares en que hay extranjeros, que los aprovechan para la sopa. La misma suerte corren los corazones é hígados, de

modo que aquí se pierde casi la cuarta parte del alimento que un buey daría en Europa, fuera de la pérdida total de otros productos útiles, como cuernos, cascos y huesos.

Pero no sólo á la guerra debe imputarse la disminución del ganado bovino. Hoy se destina al cultivo de granos una extensión de tierras mucho mayor que antes; el pueblo consume más pan; hay gran demanda de harina para el aprovisionamiento de los buques y flotas extranjeras del Pacífico y se exporta mayor cantidad de grano. Hay, por consiguiente, más tierras cerradas, y los que antes derivaban todas sus entradas de la ganadería han descubierto que les conviene más sembrar trigo en una parte considerable de sus campos.

Apenas habíamos dejado á Viluco cuando el día comenzó á despejarse. Jamás he visto nada más hermoso que la gradual dispersión de las nubes, que ya flotaban bajo las cimas de las montañas, descendiendo casi hasta los valles, ya se rizaban sobre las altas cumbres y se dispersaban y desvanecían en el aire. A poca distancia de la casa de Viluco llegamos á un vado del Maipo, más difícil que el que habíamos pasado antes.

El cascajoso lecho del río se extiende aquí al pie de una montaña casi una milla; pero el río mismo ocupa sólo una pequeña parte de este espacio. Atravesamos seis grandes brazos, cuatro de los cuales llegaban hasta las cinchas de los caballos, y uno de ellos tan correntoso que algunos de los caballos se asustaron y comenzaron á perder terreno, pero el ejemplo de los demás los animó á luchar con la corriente y pasamos con toda felicidad.

Más arriba y más abajo del vado la corriente es tan compacta y poderosa, que sería una locura pretender pasarla. En Chile no se puede viajar sin un guía que conozca bien los ríos, porque éstos son por lo común muy correntosos y sus vados cambian continuamente de lugar.

Como á cinco leguas del vado se encuentra el bonito pueblo de Lonquen, donde el camino va entre una montaña y dos pequeñas colinas que de ella se desprenden.

Los cerros de uno y otro lado abundan en grandes rocas que avanzan sobre el camino y forman mesetas, en cada una de las cuales hay una casita con su pequeño jardín, palizadas, fosos, y algunas hasta con sólidos y bien asentados portones que dan acceso á la propiedad.

Entramos por uno de éstos, y subimos á la más alta de las dos colinas arriba mencionadas, en cuya cima se halla la casa de Tagle (1), el primer presidente de la Convención. Es una pequeña casa de campo con ciertas pretensiones de elegancia, pero deliciosa por su vista, pues domina todo el fértil valle que riega el Maipo. A un lado se ve el elevado cordón de los cerros de San Miguel, al otro la serranía cuyo más alto monte es el de Chocalan, que nos parecería estupendo si no tuviéramos los Andes á la vista. En esta comarca hay pocas pero bellas sementeras de trigo, como también pocas viñas y olivares.

Este lugar y Melipilla producen principalmente mantequilla, quesos, cueros, sebo y charqui; las orillas del Maipo se destinan enteramente al pasturaje. Nos detuvimos cerca de una hora en Lonquen para dar descanso á los caballos y tomar un lunch que habíamos traído. Desde allí presenciamos un rodeo que tenía lugar en un corral bajo la casa, el encierro y marcadura de los animales y la separación de los terneros de sus madres.

Desde Lonquen hasta el Pueblo de San Francisco del Monte el camino sigue por entre un monte de espinos ó mimosas de fragante flor amarilla, que proporcionan no sólo el mejor combustible del país, sino también un abrigo para el ganado, sin perjudicar en lo menor á la hierba que crece debajo. Cerca de San Francisco atravesamos el Mapocho después de su reaparición desde los cerros de San Miguel, en su camino á unirse con el Maipo.

Es realmente un hermoso río, y no me admiro de la estimación en que se le tiene por la dulzura, limpidez

(1) Don Francisco Ruiz Tagle.—*(N. del T.)*

y ligereza de sus aguas. De él se sacan aquí numerosas acequias ó tomas para los molinos, el regadío y la bebida. Como á una legua de San Francisco pasamos por el pueblo de indios de Talagante, que se distingue por sus magníficas palmeras, árboles que hacía mucho tiempo que no veía. Aquí fundaron los franciscanos una de sus primeras misiones, transferida más tarde á los jesuítas. Por la expulsión de éstos los negocios espirituales del cacique y sus indios volvieron á los franciscanos, y los temporales quedaron á cargo del jefe civil del distrito. El edificio más notable que se ve al entrar á San Francisco es la casa que perteneció á los jesuítas y actualmente á los Carreras, que tienen en las inmediaciones su principal hacienda. No nos detuvimos, aunque lo deseaba, en este bonito pueblo, porque ya el día estaba avanzado y nos quedaban aún varias leguas que recorrer.

Los poblados suburbios de San Francisco se extienden hasta una larga distancia, y los campos eran cada vez más fértiles á medida que avanzábamos. En Paico, á unas dos leguas de Melipilla, hay excelentes lecherías, de las mejores del país, y vi también allí algunos bellísimos árboles frutales á orillas de un arroyuelo que, atravesando el camino, entra en una espesura casi impenetrable de molles, cuyo suave aroma perfumaba el aire de la tarde.

Habíamos recorrido ya cincuenta y cuatro millas, y tanto nuestros caballos como nosotros deseábamos llegar luego al término del viaje. La tarde comenzaba á cerrar, y la obscuridad, una molesta llovizna y la ausencia de la persona que debía darnos hospedaje se juntaron para hacer desagradable nuestra llegada á Melipilla. Transidos de frío, con hambre y cansados, tuvimos que buscar un albergue para la noche. No tardamos en encontrarlo: una casa grande, fría y vacía. Por suerte, los vecinos se manifestaron dispuestos á proporcionarnos lo más necesario, y doña Rosario y yo acabábamos de improvisar un par de asientos con nuestras capas de viaje cuando nos trajeron á la vez carbón y esperanzas de comida.

Mientras tanto don José Antonio había conseguido una casa más confortable, donde tuvimos el gusto de encontrar fuego y unas apariencias de estrado con el lujo de una alfombra, sobre la cual nos sentamos, invitados por una mujer de agradable aspecto, y tomamos mate mientras se preparaba la comida. La buena mujes nos pidió mil excusas por lo pobre de la comida, que había tenido que preparar con tanto apuro. Nuestro hambre habría hallado deliciosa una comida mucho peor. Tuvimos sabrosa carne asada, un estofado de ave, buen pan y una botella de muy tolerable vino. La cuestión camas tenía muy perplejo á De Roos.

En cuanto á mí, los largos viajes me han enseñado á mirar con filosofía estas cosas, y nuestros amigos chilenos están habituados á ellas. No quedó, pues, á mi joven compatriota otro remedio que resignarse á que todos pasáramos la noche dentro de los mismos cuatro muros. Para doña Rosario y yo dispuso en un extremo del estrado un excelente colchón con sus debidos aditamentos, y á los pies de nuestra cama se arreglaron otras dos con los paños y cueros de las monturas para De Roos y don José Antonio. Acordándome del *Viaje sentimental* (1), puse entre nosotras y nuestros compañeros algunas sillas de respaldo alto, sobre las cuales extendí las largas faldas de mi vestido de montar, diligencia que bien pudo excusarse, si todos durmieron tan profundamente como yo; y presumo que tal sucedió, porque al levantarme en las primeras horas de la mañana los encontré á todos dormidos.

Entré á un pequeño cuarto, destinado á guardar papas y lana, en que había improvisado un tocador, y recibí en seguida á dos visitantes, que entraron al aposento antes que los demás despertaran y, sentándose sin ceremonias, comenzaron á interrogarnos acerca de nuestras personas y del viaje. No tardé en saber que uno de ellos era un in-

(1) Del célebre humorista inglés Lorenzo Sterne. La autora alude al episodio que se refiere en el capítulo final de la obra.—(*N. del T.*)

glés que había pertenecido á la tripulación de un buque ballenero que naufragó cerca de Juan Fernández. Administra ahora aquí una gran fábrica de velas y jabón, de un caballero chileno.

La situación es muy buena para esta industria, por la facilidad de proveerse de sebo, cenizas y carbón. En Lonquen, dicho sea de paso, vi hacer carbón. Cortan la leña en trozos de unos dos pies de largo, que ponen en capas dentro de un foso cubierto con tierra, y en seguida queman, procedimiento que me parece algo primitivo y poco económico. Si no estuviera tan decaído y descuidado el comercio de cabotaje, Melipilla podría ser un lugar inmensamente rico.

Dista sólo diez leguas de la abrigada y pequeña bahía de San Agustín, en la desembocadura del Maipo. El queso, la mantequilla, el charqui, los cueros, el sebo, el jabón y la loza podrían ser embarcados allí para todos los puertos de Chile, mientras que ahora todos esos artículos salen, con gran recargo de precios y pérdida de tiempo, por los caminos interiores de Santiago, Casablanca y Valparaíso. Es muy sensible que las antiguas rutinas de la colonia dirijan todavía estas cosas en Chile, con grave daño del comercio extranjero y total ruina del tráfico interior.

Me imagino que los melipillanos no habían visto nunca una inglesa, pues el patio de la casa se llenó completamente de hombres, mujeres y niños, que al ver mi cofia y vestido negro me tomaron por monja de alguna orden extranjera. Salí al patio y les hablé y expliqué quién era, y luego nos vimos libres de ellos, con excepción de algunas personas que no se cansaban de contemplar y admirar al *rubio*, como llamaban á De Roos, cuyos cabellos rubios y fresca y rosada tez provocaban universal admiración.

Rodean el primer patio pequeños cobertizos destinados á talleres de oficios manuales, de suerte que cuando la familia necesita que se haga algún trabajo, alquila al obrero y sus herramientas por un día ó una semana, y aquél en-

cuentra su taller listo. El patio interior da á un huerto muy bien tenido, en que se encuentran la cocina y otras dependencias.

Después de almorzar salimos á ver la ciudad, cuya delineación se asemeja á la de Santiago: todas las calles y ángulos perfectamente rectos. Casi en el centro del pueblo está la iglesia matriz, en un costado de una extensa plaza; ocupan otro de los costados la casa del gobernador, don T. Valdes, y el cuartel.

Ésta, como todas las demás casas de la ciudad, tiene triste aspecto, porque todo lo que de ellas se ve exteriormente en las calles y plazas se reduce á muros desnudos con una gran puerta; las casas están en el interior. Y aumenta la tristeza de Melipilla la circunstancia de que, con excepción de los edificios públicos, que están blanqueados, todos tienen el color natural de la tierra gredosa con que hacen los ladrillos de construcción. Fuera de la corrida de toros que todavía se celebra anualmente en la gran plaza, no hay en Melipilla ningún lugar de entretenimiento popular, ni siquiera un paseo público.

Hay sólo tres iglesias, las de San Agustín, y la Merced y la matriz, y algunos oratorios privados pertenecientes á las principales familias de la ciudad. Además de las industrias de velas, jabón y loza, merecen mención las de ponchos y alfombras, que son de muy buena calidad, porque los fundos vecinos suministran excelente lana y los campos inmediatos las substancias vegetales para teñirla. Los tejedores practican su arte con mucha destreza, en los telares más toscos y ruines que jamás he visto; en casi todos se trabaja sin lanzadera.

En la tarde fuimos á la chacra de don José Fuenzalida con el objeto de ver las minas de donde se extrae la arcilla roja con que se fabrica la famosa loza de Melipilla. Mirando hacia el llano al Este de la ciudad se divisa un largo y elevado promontorio perfectamente horizontal en toda su vasta extensión.

Allí, bajo una capa de tierra vegetal negra, de unos dos

pies de espesor, se encuentra la arcilla roja, casi tan dura como piedra. Con ella se fabrican las hermosas jarras rojas para agua y vino, como también vasijas de diversas formas para la cocina y otros usos. El llano contiguo al banco de arcilla está cubierto de grandes hornos para cocer las vasijas y de alambiques para destilar. No pertenecen todos ellos á una sola grande empresa; sino que los campesinos hacen la loza por su cuenta, en proporción, naturalmente, con los recursos y destreza de cada uno. De todos los hornos que vimos no pertenecían más de tres á un mismo dueño.

No hay diferencia entre los procedimientos que aquí se emplean para la fabricación de la loza ordinaria y los que se practican en Valparaíso, salvo que aquí requiere mayor trabajo el amasijo de la arcilla. Visité el taller de una de las más famosas alfareras, á quien hallé ocupada con su nieta en pulir su obra del día con una bella ágata. Allí vi la arcilla negra con que fabrican pequeños artículos, como mates, azafates, platos y jarras, que suelen adornar con cabezas y brazos grotescos y matizar con las tierras blancas y rojizas que abundan en estos lugares.

Los hombres fabrican las grandes botijas para vino y los alambiques, cuya factura demanda fuerzas varoniles, tanto más cuanto que el trabajo se hace sin ruedas, que ni siquiera conocen. Los artículos pequeños se cuecen ordinariamente en hoyos abiertos en la tierra; los grandes, en los hornos. Los obreros los trabajan y modelan por lo común en el mismo sitio donde deben ser cocidos.

Los hornos quedan en parte bajo tierra, pero de modo que no les falte un buen tiraje de aire; ocupa cada uno como ocho pies cuadrados, con una altura de 18 pies. Son de pintoresca forma, y el conjunto de ellos, esparcidos en el llano, evoca la idea de una antigua necrópolis.

A un lado del río se deslizaba majestuosamente, no lejos de la ciudad, y más allá se alzaba el monte de Chocalán, con ligeros festones de nubes en sus faldas é incen-

dios de bosques en diversos puntos cerca de la cumbre. Al Este, los Andes, más ó menos á la misma distancia del pueblo que el Monte Blanco de Ginebra, se ven al extremo de un largo valle, circundado de cerros que parecen anonadarse en presencia del "gigante de la estrella de Occidente".

Poco después de nuestro regreso, algunas mnchachas, aseadamente vestidas, con sus largos cabellos trenzados y adornados con flores naturales, se estacionaron bajo nuestra ventana, y acompañándose con sus guitarras, nos cantaron algunos versos en que nos daban la bienvenida á Melipilla.

Las invitamos á entrar y se quedaron con nosotros hasta tarde, cantando baladas y tristes y ejecutando bailes populares, entre los cuales me llamó la atención por su novedad y elegancia *La Patria*, con letra nada mal adaptada á los actuales tiempos.

15 de Septiembre.—Esta mañana doña Rosario y su hermano fueron á misa, mientras De Roos y yo preparábamos las cosas para nuestro regreso á Santiago. Dejamos á Melipilla convencidos de que, en su presente condición, hay en ella poco que ver, al mismo tiempo de que podría ser una de las ciudades más florecientes de Sur-América. Sus alfarerías, actualmente considerables, podrían ser incomparablemente más productivas, y mucho más numerosas y desarrolladas sus manufacturas de ponchos y alfombras, por la abundancia inagotable y excelente calidad de la lana y de los tintes. En los planos inmediatos á la ciudad se produce cáñamo de la mejor clase; sus lecherías son las mejores de esta región de Chile, y su charqui, cueros y demás productos del ganado mayor podrían tener fácil y ventajosa salida por el puerto de San Agustín, que sólo dista 30 millas y adonde todo iría por agua, aunque la rapidez de la corriente no permitiría á los botes regresar de subida por el Maipo.

Podría también sacar Melipilla un gran provecho, de especial importancia en Chile, de las fuentes medicinales

de sus inmediaciones, en el punto donde el Pangue desemboca en el Maipo. Gran número de enfermos acude allá en la estación de los baños y se alojan en incómodas y miserables chozas, siendo facilísimo para la ciudad mantener casas y baños cómodos y bien servidos.

He oído que estas aguas son calientes por la mañana y frías de noche, cosa tan contraria á la experiencia y á la razón, que sospecho, ya que no las he experimentado por mí misma, que hay en esto un error tan grande como el de creer saladas las de Aculeo.

No teníamos intención de pasar hoy de San Francisco del Monte, donde hay una decente casa para viajeros, mantenida por un antiguo criado de un pariente de los Cotapos. Apenas llegamos allí, los caballeros fueron á visitar á un pariente de nuestros compañeros, mientras doña Rosario y yo nos hacíamos un *toilette* más esmerada que la que habíamos podido hacernos en Melipilla.

La casa en que nos hospedábamos era una verdadera pulpería, combinada con negocio de abarrotes y cervecería. El dueño tiene sangre india y africana y es hombre hábil é ingenioso. Ha instalado un telar para tejer ponchos, en que produce más en una semana que los tejedores de Melipilla en un mes. Su mujer hila y tiñe la lana, y con esta industria y las ganancias de la pulpería obtienen una no despreciable renta. Me puse otro vestido y salí á recorrer el pequeño pueblo, que me pareció muy limpio, y admiré sus jardines y campos, aunque, á juzgar por la gente que vi, me formé la idea de que San Francisco tuvo en otro tiempo habitantes de más elevada categoría que los actuales.

Las mejores casas están cerradas, y ellas y sus vecindades revelan decadencia y abandono. Pertenecieron á los Carreras. Su heredera, doña Javiera, vive ahora desterrada en Montevideo. Fuí á la plaza, donde se encuentran la iglesia y el convento de los franciscanos y algunas buenas casas. Me atrajo una gran multitud apiñada en la puerta de una de ellas. Había un grupo de huasos á caballo, con

la cabeza descubierta, como si estuvieran ejecutando un acto de devoción. Cuando llegué al centro de la multitud, que me abrió paso cortésmente, vi con no poco asombro nueve personas que danzaban, como dicen los españoles, *con mucho compás*.

Formaban una figura parecida á la de un juego de bolos, alrededor de un muchacho vestido de una manera grotesca, que de cuando en cuando cambiaba de lugar con otros dos, uno de los cuales tenía una guitarra y el otro un rabel. Por su altura y conformación los danzantes parecían hombres, mujeres por sus trajes y aderezos. Se me ocurrió que podían ser mujeres patagonas, y pregunté á uno de los circunstantes de dónde venían. Obtuve de él la siguiente explicación: "Cuando los franciscanos emprendieron la conversión de los indios de estas comarcas centrales, establecieron su convento en Talagante, el pueblo de las palmeras, más arriba mencionado, contando entre sus primeros prosélitos á los caciques de Talagante, Llupeo y Chenigué.

No tardaron los buenos padres en descubrir que era más fácil convertir á los indios á una nueva fe que alejarlos de ciertas prácticas supersticiosas de la antigua idolatría, y punto menos que imposible hacerlos renunciar á la danza que en honor de un poder tutelar ejecutaban anualmente bajo el follaje de los canelos. Hubieron, pues, de tolerarles esta práctica, pero deberían ejecutar la danza dentro de los muros del convento y en honor de Nuestra Señora de la Merced. Los caciques tomarían á su cargo, por turnos, los costos de la fiesta.

Trasladado el convento á su sitio actual, se les permitió celebrarla en la iglesia. Los danzantes, en vez de pintarse el cuerpo y adornarse la cabeza con plumas y la tradicional cinta, que todavía consideran sagrada, se presentan ahora con trajes y atavíos femeninos, los mejores que pueden procurarse, y como los religiosos han reducido mucho el tiempo de la solemnidad, la danza se prosigue y termina delante de la iglesia, con tanto respeto de los

circunstantes como en el templo mismo. Los danzantes y todos los que quieren acompañarlos se dirigen en seguida á la casa del cacique, donde comen lo que éste puede ofrecerles y beben hasta agotar su provisión de chicha.

Quedé muy contenta de haber visto á estos danzantes, que me inclino á tener por descendientes de los Promaucaes, que opusieron resistencia á las tentativas de los incas de conquistar el país y que, después de defenderlo intrépidamente contra los españoles, terminaron por celebrar con ellos una alianza á que siempre se han mantenido fieles.

No fuí menos afortunada en la persona de quien solicité estos datos. Es un hombre contrahecho, pero despierto y jovial, que desempeña el doble oficio de maestro de escuela y de *gracioso* del pueblo, Hoy, mientras comíamos, entró á saludarnos y dirigió á cada uno de nosotros un cumplimiento improvisado, en verso, con no menos facilidad y soltura que los *improvisatori* populares de Italia. Ofrecíle en pago de su galantería un vaso de vino, y comenzó entonces á recitar versos, unos tras otros, hasta que, entusiamado probablemente por las copas que le prodigaban nuestros jóvenes amigos, sus relatos empezaron á ponerse tan escabrosos que nos vimos obligados á hacerlo callar y enviarlo á comer con los criados.

De Roos y yo deseábamos hacer una visita al cacique de Chenigué para presenciar, aunque fuera desde lejos, la fiesta trienal; pero vimos que estaba demasiado lejos para ir á pie y no podíamos pensar en valernos para esto de nuestros caballos, que á la mañana siguiente debían llevarnos á Santiago. Nos contentamos, por consiguiente, con visitar al cacique de Llupeo, pueblo vecino de San Francisco del Monte. Nos encontramos con que Su Majestad (¿deberé darle este título?) estaba ausente, quizás en la fiesta de Chenigué. Su esposa, inteligente y bien parecida mujer, nos recibió muy afablemente. Cuando entramos estaba sentada en el estrado con una amiga y

una de sus hijas. Otra de ellas, una bellísima muchacha, se ocupaba en amasar pan. La casa, aunque grande y cómoda, es un simple rancho de paja.

Los huertos y campos anexos son bellos y perfectamente mantenidos, gracias al trabajo personal del cacique, sus dos hijos y sus mocetones, sobre quienes ejerce todavía una jurisdicción nominal y una autoridad moral, no menos poderosa aquí que en las naciones más civilizadas. Como se le supone dueño de derecho de la tierra, recibe por cada campo una pequeña contribución voluntaria en productos, á modo de reconocimiento de su dominio. Durante las dos últimas generaciones se le ha despojado de las dos terceras partes del pueblo, de manera que ahora el cacique no es más que una sombra.

Habla de ir, acompañado de una veintena de sus mejores mocetones, á la capital, á hablar con el Director, para librarse de la intervención de los comandantes de distritos, que lo vejan y hostilizan de mil maneras. El lenguaje, hábitos y vestido de estos indios no se diferencian casi de los de los demás chilenos, de que sólo unas pocas costumbres los distinguen; hasta tal punto se han asimilado á sus conquistadores, quienes, por su parte, han adoptado también muchos de sus usos.

A nuestro regreso de la casa del cacique, donde se nos agradeció nuestra visita como un gran favor y se nos encareció cuánto sentiría haber perdido esta oportunidad de atender personalmente á dos visitantes ingleses y de mostrarles las mejoras que ha introducido en su residencia (1) entramos á otra choza de indios á devolver un bastón que habían tenido allí la amabilidad de prestarnos para pasar apoyados en él un charco cenagoso del camino.

Encontramos en ella dos mujeres muy enfermas: una de fiebre, de consunción la otra. Me dicen que estas enfermedades son muy comunes aquí á causa de los pantanos inmediatos al pueblo.

(1) Ultimamente le ha puesto ventanas.

Tengo por no menos nocivos los pisos de barro y las paredes de paja de las chozas, al través de las cuales penetran los fuertes y fríos vientos de la cordillera.

En la tarde vinieron á visitarnos doña Dolores Ureta y y su simpática hija, á cuya casa habían ido los jóvenes en la mañana. Me pidió que disculpara la ausencia de su marido, retenido por una grave enfermedad. Pocas señoras he conocido más agradables y distinguidas que ésta, y sus hijas son dignas de ella. Tuve verdadero gusto de verla y de la nota de distinción que traía á nuestro pobre albergue.

Por ser hoy domingo, el aposento principal de la casa, que yo creía exclusivamente reservado para nosotros, se llenó en la noche de hombres y mujeres de todas condiciones, y luego comenzaron los entretenimientos de costumbre.

Primero el gracioso ejecutó en el centro de la pieza unas cuantas payasadas y dedicó loas á cada una de las personas presentes.

Mandó en seguida por su arpa, con que acompañó toda clase de bailes. Doña Rosario y yo, sentadas en nuestra cama, y en compañía de doña Dolores y su hija, no nos preocupábamos gran cosa de atender á los pasatiempos con que una pulpería de campo celebrada la noche del domingo.

Estas escenas gustan más descritas que vistas. La posada de doña Josefa podría haber dado tema á Le Sage ó á Smollet para un delicioso capítulo; pero, como sucede con ciertos cuadros holandeses de costumbres, el atractivo de estas escenas no está en las escenas mismas, sino en el arte con que se les pinta ó describe. Mucho sentí que nos dejara doña Dolores.

Parece que la alegre concurrencia tomó su partida como señal de retirada, pues junto con irse ella se fueron todos.

Un momento después que acompañamos á las señoras hasta su carruaje, se declaró un incendio en una gran casa

de la vecindad, y allá acudimos todos. Hacía un frío intenso. Habiéndoseme asegurado que en la casa incendiada no había nadie en peligro, me volví luego con un ligero dolor en un costado.

16 de Septiembre.—Partimos de San Francisco, pasando por Talagante con intención de ir costeando el cerro de San Miguel hasta la hacienda donde el Mapocho sale de la tierra por varios abundantes manantiales. Nos detuvimos á saludar al cacique y compramos algunas pequeñas jarras y fuentes de arcilla roja, con adornos de una tierra mezclada con piritas de hierro que le dan cierta apariencia de polvo de oro.

Talagante es una aldea muy poblada, y parece que en todas las chozas las mujeres se dedican á la alfarería. Los hombres son soldados, marineros, carreteros, labradores, fuertes y bien conformados, con rostros de marcado tipo araucano. Apenas nos habíamos alejado una legua del pueblo, un violento acceso de tos, que me produjo la ruptura de una vena, me obligó á quedarme atrás de mis compañeros (1).

Sólo después de un largo rato pude alcanzar á mis amigos, á quienes causó lo ocurrido gran consternación, pues nos hallábamos á diez leguas por lo menos de la capital. Les propuse que siguieran adelante, mientras yo continuaba lentamente el viaje con el criado. No consintieron en ello, y como la hemorragia iba en aumento, me alegré de que se quedaran conmigo. No tenía nada con qué detener la sangre, y deseaba agua.

Como don José Antonio se acordara de que no lejos de allí había un manantial, él y De Roos fueron por agua, con que llenaron las pequeñas jarras que habíamos comprado en Talagante. Agregamos al agua algunas cáscaras de naranja, y cada vez que me volvía la tos bebía un sorbo. Me sentía incapaz de hablar y de caminar ligero.

(1) Este accidente bastante molesto de por sí, me privó, además, de ver el reaparecimiento del Mapocho, si ese río es realmente el Mapocho.

Hubimos, pues, de seguir paso á paso hasta Santiago.

Antes de llegar á la ciudad tuve dos fuertes accesos, pero á pesar de todo, no sufría gran cosa. Hacía un día espléndido y recreaban nuestra vista bellísimos paisajes. Atravesamos el llano de Maipo, más hacia el Poniente y más cerca que antes del sitio en que tuvo lugar la gran batalla. La tierra estaba cubierta de flores, á que acudían innumerables pajarillos. Pensaba en que si esta debía ser la última jornada que me fuera dado hacer entre las obras de Dios, de ella se derivaban para mí gratas impresiones y suaves consuelos. No me sentía decaída de ánimo. Separada como estoy de todos los míos, puedo pensar en mi fin más tranquilamente que muchos.

Algunas millas antes de llegar, De Roos se adelantó á comunicar lo ocurrido á doña Carmen, quien ordenó á mi criada que me esperara con fuego, agua caliente y cama. Encontró también De Roos al doctor Craig, que vino á verme inmediatamente, y como casi no tenía fiebre y sentía disposición para dormir, el accidente prometía no ser de graves consecuencias.

17.—Cartas de Valparaíso me anunciaban la llegada del *Doris* y que mi pobre primo Glennie ha tomado posesión de mi casa, en un estado de salud que da muy pocas esperanzas. A consecuencia de un esfuerzo demasiado grande produjósele en el Callao la ruptura de una vena, que lo deja inválido.

El médico opina que el viaje por el cabo de Hornos, adonde lleva rumbo el buque, le sería fatal. Me aflije sobremanera no poder ir inmediatamente á Valparaíso á recibirlo, pero yo también me encuentro postrada en cama. Recibí también atentas cartas de lord Cochrane, en que me incluye una de presentación para el general Freire, en caso de que realice mi propósito de ir de aquí á Concepción á caballo. Me propone como más conveniente y práctico que haga el viaje por mar en el *Moctezuma*, en su compañía. Por desgracia ni una ni otra cosa puedo hacer, y temo tener que renunciar á toda esperanza de co-

nocer el Perú y el Sur de Chile. Nada me importaría mi propia enfermedad; pero el pobre inválido de Valparaíso reclama todo mi tiempo y atenciones.

18.—Aniversario de la independencia de Chile. Lo primero que oí después de una larga noche de insomnio fué el ruido de la caballería. Me levanté de la cama y fuí al balcón, desde donde ví á los milicianos que iban al terreno en que les pasará revista el Director. Son unos 2.000 hombres, armados de lanzas de caña de veinte pies de largo y con puntas de hierro. Visten su uniforme ordinario, con gorras militares y capas rojas. Las diversas secciones se distinguen por ribetes ó cuellos ó algún otro distintivo insignificante.

He oído á varias personas burlarse de la disciplina de los colorados; pero B., que los conoce mucho, dice: "Es verdad, en las paradas suelen confundir las voces de mando *á la derecha* y *á la izquierda*, pero en la batalla de Maipú supieron muy bien cuál era y dónde estaba el enemigo." Efectivamente, á ellos se atribuye la gloria de haber decidido el triunto ese día, cuando las tropas regulares habían comenzado á perder terreno. Son admirables jinetes, como en general todos los chilenos. Montan como centauros, pareciendo formar una sola persona con el caballo, y los he visto ejecutar á caballo simulacros de combate como si hubieran estado á pie. Me alegré de que la casa de Cotapos estuviera en la calle por donde van las milicias al campo de ejercicios. La única compensación que tengo de no poder presenciar las fiestas nacionales, es ver desfilar las tropas.

Pensaba en el joven Lastra, y he tenido el gusto de saber que hoy se ha firmado el decreto de amnistía que lo devolverá á él y á muchos otros al seno de sus familias.

Hoy pontificó el obispo en la catedral por primera vez después de su vuelta á la sede. Las señoras se han visitado y felicitado unas á otras. En las noches de ayer y de hoy se iluminaron las calles. Me he sentido mal y sin ánimos todo el día.

21 de Septiembre.—Todos mis buenos amigos de Santiago, de una manera ó de otra, me han demostrado el sentimiento que les inspira mi enfermedad, desde el Director, que mandó al señor de La Salle con una afectuosa carta en su nombre y el de las señoras, hasta las pobres monjas que visité hace algunos días, quienes me enviaron un exquisito flan, elaborado según una receta especial que posee el monasterio. Reyes ha venido con frecuencia y me trajo un plano de la ciudad y una nómina de los principales árboles indígenas, autorizándome para copiar ambas cosas.

24.—Después de haber experimentado alguna mejoría me siento mucho peor. Mi amigo Mr. Dance, del *Doris*, llegó anteayer con cartas de los amigos de á bordo y noticias favorables del pobre Glennie. Mr. B. me busca una calesa cómoda para el viaje al puerto; deseo vivamente regresar y no me encuentro capaz de hacer el viaje á caballo.

No acierto á encarecer la incomparable bondad con que me ha atendido doña Carmen de Cotapos y todas sus hijas desde que me hospedé en su casa, y especialmente durante mi enfermedad. El señor Prevost ha sido también infatigable en sus amables atenciones, pero ¿qué podré decir de mi bueno y hábil médico el doctor Craig que exprese suficientemente mi gratitud por sus servicios? En cuanto á mis amigos marinos, todo lo espero de sus solícitos cuidados.

Desde que volví de Melipilla me ha preocupado el triste estado en que una piedad mal entendida ha puesto á una bella y amable niña. Antes de mi viaje era alegre y jovial, el encanto de la casa de sus padres. Su música, sus dotes poéticas, su lectura en alta voz mientras los demás trabajaban, hacían grata y amable para los suyos la vida del hogar. Su madre, mujer de clara inteligencia, es de exagerada piedad, y María, joven de noble y elevado carácter, muy sensible á las impresiones religiosas.

Bajo la influencia de éstas y llevada de su delicadeza

de conciencia, resolvió ir á pasar diez días en una casa de ejercicios para combatir un amor que su familia desaprobaba y que ella aún sentía, aunque por complacer á sus padres había renunciado ya al objeto de su cariño. Allí, bajo la dirección de un sacerdote, las jóvenes pasan rezando día y noche, con tan poco sueño y alimento, que se debilitan corporal y mentalmente.

En los intervalos que median entre las misas, en que sólo se oyen cantos lúgubres, se guarda un silencio absoluto, interrumpido á lo más por algún leve susurro. Apenas se deja entrar á la casa un rayo de sol. Una joven casada que entró junto con María salió más alegre que antes; su corazón había estado, sin duda, durante el retiro con su esposo y su hogar. Pero ¿qué podría ocupar los pensamientos y afectos de una niña, cuyos mejores sentimientos se pretendía sofocar y matar? ¿Podía abrigar allí algún deseo que no fuera de la muerte, algún sentimiento que no fuera desesperación? La vista de sus amigas le causa ataques histéricos, de que sólo se alivia postrándose ante el altar y repitiendo las misas *(sic)* de la lúgubre casa.

Tales son los efectos de las casas de ejercicios. Podría haber creído que las predisposiciones de mi joven amiga fueron las verdaderas causantes del mal; pero conozco un joven, orgullo un tiempo de sus padres, ilustrado, cumplido, de honorables y generosos sentimientos, hoy casi idiota. En este estado salió de una casa de ejercicios. ¡Oh! si tuviera poder ó influencia, aquí acabaría con estos funestos establecimientos. Aun cuando no causan, como en este caso, un extravío de la inteligencia, fomentan la beatería y el fanatismo.

Tiénese por un título de orgullo el haber estado alguna vez en ellos, y por punto de conciencia el conformarse á los sentimientos que allí se inculcan, y como cuesta menos ser santurrón que virtuoso de veras, se permite una gran laxitud de conciencia, que estimula á los fieles á trabajar en el sostenimiento de la religión y á perse-

guir, ó por lo menos, humillar á los que no pertenecen á ella (1).

El 28 de Septiembre, dejé no sin pesar á Santiago, donde he sido tan bondadosamente recibida y donde hay aún muchas cosas nuevas é interesantes que ver. Espero volver en el verano y pasar entonces la cordillera por el paso de la cumbre (2), visitar á Mendoza y volver por el paso de San Juan de los Patos, por donde el ejército de San Martín entró á Chile en 1816. Mientras tanto debo hacer acopio de salud y fuerzas. Casi no me pesa haberme visto obligada á viajar en calesa.

Después de pasar por la oficina de portazgo y otros trámites, nos reunimos todos en la casa de Loyola, dueño de la calesa, como á una legua de Santiago, en el llano llamado de *las Lomas*. Enferma como estaba, no pude menos de reirme al ver los arreos de viaje. La calesa era un ligero carruaje cuadrilongo, montado sobre un tosco y pesado eje y dos gruesas ruedas pintadas de rojo; la caja, cubierta exteriormente de adornos de ramas y de flores, como los géneros con que se tapizan muebles y, forrado el interior con vieja tela china de seda roja y amarilla, con cortinas de olancillo listado en vez de vidrios.

Entre las varas, parecidas en forma y tamaño á las de un carretón basurero, había una hermosa mula, cuyos jaeces lucían clavos de plata. La montaba un apuesto

(1) La disparatada pintura que hace la autora de las casas de ejercicios, de cuya maravillosa acción moral y social se manifiesta tan absolutamente ignorante, como de las prácticas y modo de vida que en ellas se observan, nos excusa de una refutación. Es sensible que una persona tan inteligente, culta y observadora como la señora Graham se haya dejado llevar de sus prejuicios de secta hasta el punto de lanzar una diatriba contra una de las más benéficas y santas instituciones del catolicismo, sin conocerla, y de olvidar que la religión católica, que más adelante califica de superstición absurda, es la religión del país en que se le dió cariñosa hospitalidad y se le prodigaron las más delicadas atenciones.—*(N. del T.)*

(2) El barómetro da 12.000 pies como la mayor altura del paso al pie del volcán Aconcagua, donde el río de este nombre se dirige al Oeste y el Mendoza al Este.

muchacho con poncho, espuelas de grandes rodajas y pequeño sombrero de paja á un lado de la cabeza. A uno y otro lado de la mula había un caballo asegurado al eje de la rueda, cada uno con su jinete vestido á la chilena. Servía de guía el hijo de Loyola, pintorescamente vestido de huaso, y montada en un arrogante caballo, Mr. Dance y Mr. Candler, del *Doris*, iban vestidos de la misma manera. En cuanto á mi joven amigo De Roos, nos había dejado algunos días antes por cumplirse el término de su licencia. Mencionaré, por último, aunque no lo era en su propia estimación, á mi peón Felipe, encargado de tres mulas y el equipaje, y á quien acompañaba otro peón con los caballos de remuda para la calesa. Una vez en mi asiento, me entretuve en observar cómo enjaezaban á los caballos.

Fijan primero á la silla un fuerte anillo de hierro, que unen al eje por medio de cuerdas, que sirven de tiros, por medio de los cuales cada caballo arrastra su parte de peso al lado que le corresponde. De cuando en cuando los cambian de lado para aliviarlos. Al bajar una pequeña pendiente los caballos se apartan un poco del carruaje para darle mayor apoyo.

Para descender un cerro se les quita del frente y las cuerdas se llevan desde los ejes á la parte trasera, asegurándolas en los anillos de la parte delantera de las sillas, de modo que en este caso los caballos no sólo sirven de obstáculo á la velocidad de las ruedas, sino que también soportan una parte del peso del vehículo, que de otra suerte podría vencer á la mula en el descenso.

La estación ha avanzado considerablemente después de nuestro viaje á la capital; abundantes hierbas cubren los campos; los huertos se ven verdes y floridos, y ha comenzado ya la poda de las vides. Los caballos y demás animales son enviados una vez más á pacer en los potreros, y la primavera llega para todos menos para mí.

La mía pasó para no volver, y la mano del infortunio arrasó y esterilizó mi estío. Sin embargo, aún me queda la esperanza, la bendita esperanza de que el otoño de mi

vida será siquiera más tranquilo. Sufrí mucho los dos primeros días de viaje; pero al tercero me sentí notablemente mejor, hasta el punto de creerme restablecida del todo. Ese día, en la primera casa de postas antes de Valparaíso, encontré al capitán Spencer con media docena de mis jóvenes marinos, que tuvo la delicada atención de traer á mi encuentro, y entre ellos al pobre Glennie. Tomamos un alegre lunch, y seguimos viaje á Valparaíso. Mi criada montó á caballo y Glennie ocupó su lugar en la calesa.

Encontré en casa á Mr. Hogan y otros amigos, que me esperaban para darme la bienvenida. Muy rara vez he gozado con el descanso tanto como esta noche; mi mente y mi cuerpo reposaron como no había logrado hacerlo desde que supe la llegada de Glennie enfermo.

1.º de Octubre.—Los asuntos de la escuadra están mucho peores que cuando salí del puerto. Aún no se pagan los sueldos, y las tripulaciones de los buques claman por dinero, ropa y demás cosas necesarias. El descontento cunde más y más, y como de costumbre, va contra todos, con ó sin razón.

El mismo lord Cochrane, á pesar de todos sus esfuerzos y sacrificios por la nación y la escuadra, ha sido convertido en blanco de una malévola calumnia, que, aunque confutada por él de una manera convincente, es con todo mortificante, porque procede directamente de individuos á quienes él y el país á quien sirven han beneficiado y dispensado su confianza. Esta calumnia le imputa que ha hecho un negocio privado ventajoso para él y recibido ya del gobierno la mayor parte del dinero destinado al pago de la escuadra. Me ha llenado de satisfacción una carta que acerca de esto le dirigieron los oficiales de la escuadra, de fecha de ayer, y de la cual uno de los firmantes ha tenido la amabilidad de proporcionarme una copia:

"Con la venia de vuestra excelencia.

„Nosotros, los abajo suscritos, oficiales de la escuadra

de Chile, hemos oído con sorpresa é indignación las viles y escandalosas calumnias encaminadas á arrojar sombras sobre el elevado carácter de vuestra excelencia y á destruir la confianza y admiración que él nos ha inspirado siempre.

„Hemos visto con satisfacción las medidas que ha tomado vuestra excelencia para confundir tan malévolos y absurdos planes, y confiamos en que no se omitirá medio alguno para exponer á sus autores á la vergüenza pública.

„En un tiempo como el actual, en que los mejores intereses de la escuadra y nuestros más preciosos derechos como individuos están en juego, nos sentimos especialmente indignados de semejante tentativa de destruir la unión y confianza que al presente existen y que no dudamos existirá siempre, mientras tengamos la honra de servir bajo las órdenes de vuestra excelencia.

„Con estos sentimientos nos suscribimos

„De vuestra excelencia los más obsecuentes y humildes servidores.

„P. O. Grenfell.—*Teniente comandante* Mercedes

„Y todos los oficiales de la escuadra."

Las especies calumniosas á que se refiere la carta anterior, aunque aparentemente ocasionadas por la ligereza de una persona imparcial, tienden de un modo tan directo á la realización de los fines de cierto partido político, que no se puede menos de ver una estrecha relación entre ellos y dichos fines.

La envidia que tienen al almirante los que se ven eclipsados por él, fortalecida por las sospechas á que en todas partes están expuestos los extranjeros, goza ahora de más libertad para desahogar su rabia, realizado ya el gran objeto de destruir el poder naval de España en el Pacífico. Y esta envidia ha sido ingeniosamente fomentada por personajes subalternos, interesados en acabar con la influencia de los ingleses en Chile, especialmente por algunos agentes de los Estados Unidos, que han hecho

causa común con San Martín y sus agentes. Si sus secuaces pudieran de alguna manera separar á lord Cochrane de la escuadra, realizarían fácilmente el gran objeto que se proponen, y las actuales circunstancias les son favorables.

Los sufrimientos y pobreza de las tripulaciones son difíciles de soportar, y persuadir á los oficiales y hombres de mar de que el almirante, sin tomarlos para nada en cuenta, ha hecho un arreglo favorable para él sería un medio directo de destruir la confianza y unión que han constituído hasta ahora la fuerza de la escuadra. Por esta vez ha fracasado el plan; pero ¿quién puede decir cuánto durará esta tranquilidad?

2.—Como mi salud dista mucho de estar restablecida y mi pobre inválido necesita una atención constante, no puedo salir á buscar noticias. Debo, pues, recibirlas todas por junto como me las traen. Hoy, por ejemplo, casi me han abrumado de detalles acerca de los nuevos reglamentos de comercio, los impuestos que van á crearse y los monopolios del ministro Rodríguez y su socio Arcos (1).

Además de los alcoholes y tabacos que compraron hace tiempo con el dinero del gobierno, han monopolizado ahora las telas de algodón, los paños y otros artículos de vestir, y sólo sus agentes ó pulperos pueden suministrarlos á los parroquianos. Esto, agregado á la falta de moneda divisionaria y al uso de vales por tres centavos, sólo pagaderos, ó más bien cambiables por artículos de sus tiendas, causa graves é injustos daños, y á la vez que retardará la civilización del país le robará sus entradas, pues hará que el pueblo vuelva á su antiguo hábito de no usar más telas que las de sus propios telares y quitará, por consiguiente, brazos y tiempo á la agricultura, producirá la disminución de los artículos de consumo y detendrá el acrecimiento de la población, al mismo tiem-

(1) Don Santiago Arcos.—*(N. del T.)*

po que, dificultando el uso de telas extranjeras, reducirá notablemente los derechos de importación. ¿Son las naciones como los individuos, que nunca sacan provecho de la experiencia ajena? ¿Debe tener cada país su siglo de ignorancia y de tinieblas?

Hoy he recibido muchas visitas de felicitación por mi regreso, la mayor parte y las más afectuosas de mis amigos marinos, y la muy honrosa para mí de lord Cochrane, que vino con los capitanes Wikinson y Crosbie y míster H. E. á tomar te conmigo.

Antes de poder servírselos ocurrió un incidente muy característico; tuvimos que esperar, para tener leche, que un hombre laceara una vaca en el cerro. Después de lo que había visto en la administración de la lechería de la hacienda de Salinas no podía admirarme de nada, y no me quedaba otra cosa que hacer sino esperar con paciencia la llegada de la leche. Mis visitantes, más antiguos en el país que yo, se resignaron fácilmente, y pasamos el tiempo de espera en agradable charla.

Los exorbitantes derechos, aún no impuestos, pero anunciados, sobre varias mercaderías inglesas han inducido al capitán Vernon, del navío de S. M. B., *Doris*, á ir á Santiago á ver el modo de conseguir una reducción de los derechos, ó, por lo menos, una regulación menos gravosa con relación al manifiesto. Mucho deseo que nuestro gobierno reconozca la independencia de los Estados suramericanos y envíe cónsules ó agentes que amparen nuestro comercio y lo rediman del oprobio de ser una especie de contrabando en gran escala.

Nada habría sido más fácil que establecer, por ejemplo, que los minerales del país fueran retornos legales de los artículos manufacturados de Europa, India y China, en vez de exponerlos, como ahora sucede, á los riesgos y pérdidas del comercio de contrabando; pues siendo los minerales los únicos artículos que este país puede dar á Europa, se abrirán necesariamente caminos á sus mercados. Pretender impedir su salida es tan absurdo como

aquella antigua ley de Atenas que prohibía vender los higos del Atica para que los extranjeros no compraran ni comieran un fruto demasiado delicioso para paladares que no fueran atenienses.

Este nuevo reglamento no es el único punto que puede servir de pretexto á movimientos subversivos. El Director había nombrado al general Cruz gobernador de Talcahuano y jefe del ejército del Sur, en reemplazo del general Freire; pero los soldados se niegan á recibirlo ni consienten en la partida de Freire, á que se agrega que están clamandc por sus sueldos, como los marinos.

Algunos políticos no vacilan en atribuir á Freire pensamientos ambiciosos y acusarlo de instigar el clamoreo de los soldados; pero la verdadera causa debe buscarse en la mala fe del gobierno en negarse á pagar los sueldos atrasados, en su demora en compensar de alguna manera los sufrimientos y pérdidas del pueblo de Concepción, que padeció más que el de cualquiera otra provincia durante la guerra de la independencia, y en su tiránico empeño de arruinar todos los puertos de Chile, menos el de Valparaíso, á fin de monopolizar el comercio del país.

En cuanto á la escuadra, los marineros hablan de apoderarse de los buques si no se les paga inmediatamente, y se dice que los oficiales estarán con ellos. Pero creo que más que en declaraciones expresas de ellos se fundan tales rumores en las provocaciones que se les hacen á que se hagan justicia por sí mismos.

8.—El gusto que me causaron hoy las visitas de varios amigos ha sido amargado por el empeoramiento del pobre Glennie. Sus sufrimientos han encontrado simpatía, pero no alivio, en una persona de quien no lo esperaba, de la *Chavelita*, la vieja del jardín, que se me apareció como á las cuatro con un muchachito que traía un atado de hierbas.

Entrando á la sala con paso majestuoso, engrandecida más aún su elevada talla por un alto sombrero negro, se sentó al lado de la cama y comenzó á interrogar al pa-

ciente sobre su enfermedad. Volviéndose después á mí, me dijo que había traído algunas medicinas, una de las cuales quería aplicar inmediatamente, y para ello me pidió que le proporcionara un poco de aguardiente caliente. Hecho esto, sacó de su alforja de cuero un trozo de grasa de coco, con el cual, después de mojarlo en el aguardiente, comenzó á untar los hombros de Glennie, disertando mientras tanto sobre la íntima relación que hay entre los hombros y los pulmones, y aseverando que cualquiera que quiera curar éstos debe principiar por refrescar aquéllos.

Después de emplear en esta operación un cuarto de hora, dejó acostarse al enfermo, y tomando un manojo de cachanlagua *(hierba centáurea)*, me dijo que hiciera una infusión con la mitad del manojo en agua hirviente y se la diera á beber de cuando en cuando. La otra mitad debería ponerse en un vaso de aguardiente y azotarle con ella los hombros. Me aseguró que con el uso continuado de esta hierba la fiebre bajaría y cesaría la hemorragia poco á poco.

Me dió también un manojo de zanahoria silvestre para que con ella le hiciera una tisana azucarada, que debería beber con frecuencia, y en seguida, después de referir varios casos semejantes curados con sus recetas, á que suele agregar una infusión de hojas de vinagrillo *(oxalis* amarilla de hojas carnosas), se despidió.

9.—No puedo consagrarme á mis asuntos privados dos días seguidos. Esta mañana supe que la escuadra se halla en tal estado de penuria que ha enviado un delegado al Supremo Gobierno y que los capitanes que sirven en las naves chilenas le han dirigido una seria representación en que exponen sus reclamos, sus padecimientos y la injusticia con que se les trata. En otros respectos las cosas están más tranquilas, y parece que la paciencia estuviera dando tiempo á que las representaciones surtan efecto.

Lord Cochrane y el capitán Crosbie vinieron en la tar-

de, y como nunca hablamos de política mientras tomamos te con pan y miel, tuvimos siquiera una hora de agradable charla, sin acordarnos de gobiernos, motines, ni injusticias de ninguna especie, felicidad de que aquí se disfruta muy rara vez cuando se juntan dos ó tres personas.

Hay tan poca gente y todos están tan directamente interesados en estos asuntos, que no es de extrañar que no se hable de otra cosa; pero yo, de paso por estos lugares, suelo apetecer lo que me fué dado disfrutar esta tarde: un rato de conversación razonable sobre materias de interés general.

El capitán Vernón volvió en la noche con un ejemplar del reglamento en los bolsillos. Me dicen que es tan inconexo y tan ilógico, que frustrará el fin que se propone

13.—Todo el mundo ha sido electrizado hoy por la súbita llegada del general San Martín, Protector del Perú, á este puerto. Desde la violenta expulsión de su ministro y favorito Monteagudo de su oficio por el pueblo de Lima (1), mientras se hallaba en Guayaquil con Bolívar, había abrigado algún temor por su propia seguridad y depositado, según se cree, en diversas ocasiones considerables sumas de dinero á bordo del *Puirredon*, para el peor de los casos.

Embarcóse por fin el 20 de Septiembre á media noche y ordenó al capitán que levara anclas inmediatamente, á pesar de tener el navío apenas la mitad de su tripulación y escasísima provisión de agua. Dirigiose apresuradamente á Ancón, donde despachó un mensajero á Lima, cuya vuelta aguardó con febril impaciencia.

Tan pronto como llegó, ordenó al capitán que se hiciera al punto á la vela con rumbo á Valparaíso; y ahora hace correr la voz de que un dolor reumático en un brazo le obliga á recurrir á los baños de Cauquenes. Si es verdad, es extraño, bastante extraño.

---

(1) El 25 de Julio de 1822.

14.—Me llegan noticias esta mañana de que San Martín ha sido arrestado, y que, habiendo pretendido introducir de contrabando cierta cantidad de oro, éste ha caído en comiso.

A mediodía.—Lejos de haber sido arrestado, dos de los edecanes del Director han venido á saludarlo. Además, el fuerte saludó su insignia.

Muchas personas que saben cómo piensa lor Cochrane respecto del general y que lo considera como un traidor á Chile y un mal hombre, se inclinan á creer que lo arrestará.

Si lo hubiera hecho, me parece que habría contado con la aprobación del gobierno. Pero la rectitud y delicadeza de sentimientos de lord Cochrane lo han inducido á dejárselo al gobierno mismo.

En la noche.—Ha llegado el carruaje del Director para conducir á San Martín á la capital. Asístenlo el general Prieto y el mayor O'Carrol, con cuatro ordenanzas que truen instrucciones de no perderlo de vista. Esto, á juicio de algunos, significa un arresto honroso. Otros opinan, y yo me inclino á contarme entre ellos, que esta constante compañía de tan numerosa comitiva es ocasionada por el temor real ó fingido de que se atente contra su vida durante su permanencia en el puerto.

El general insiste en decir que ha venido á Chile sólo por sus dolores reumáticos, y á primera vista parece duro dudar de la palabra de un hombre que debe conocer mejor que los extraños los motivos de sus propios actos. Pero uno de los castigos de los que están en puestos eminentes, es el ser severamente juzgados por los demás.

> "¡Oh, hard condition and twin-born of greatness,
> Subject to breath of ev'ry fool!" (1).

15 de Octubre.—Después de ocupar todo el día en

---

(1) "¡Oh, dura condición, gemela de la grandeza expuesta al hábito insolente de los necios," (Shakespeare.) *(Enrique V.)—(N. del T.)*

despedirnos de mis amigos del *Doris*, que parten mañana, me sorprendió, cuando acababa de despedirme del último, el anuncio de que llegaba una numerosa partida de gente. Y junto con el anuncio entró Zenteno, gobernador de Valparaíso, acompañado de un hombre muy alto y de buena figura, sencillamente vestido de negro, á quien me presentó como el general San Martín. Seguíanlos la señora de Zenteno y su hijastra doña Dolores, el coronel D'Albe y su esposa y hermana, el general Prieto, el mayor O'Carrol, el capitán Torres, capitán de puerto según creo, y otros dos caballeros que no conozco. No fué fácil tarea disponer asientos para tanta gente en una pieza de apenas diez y seis pies cuadrados y atestada de libros y otras cosas necesarias para la comodidad de una europea. Terminados por fin los arreglos, pude sentarme, observar y escuchar.

Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que sólo había visto antes una vez en una célebre dama. Son obscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un momento, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente; pero *no abierto*. Su modo de expresarse, rápido, suele adolecer de obscuridad; sazona á veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Tiene grande afluencia de palabras y facilidad para discurrir sobre cualquier materia.

No me gusta repetir ni aun en globo, y en sus líneas generales las conversaciones privadas que, á mi juicio, deben siempre mantenerse reservadas. Pero San Martín no es un hombre privado, y además, los asuntos de que se habló fueron generales y no personales. Hablamos del gobierno, y sobre este punto creo que sus ideas distan no poco de ser claras ó decididas.

Parece haber en él cierta timidez intelectual que le impide atreverse á dar libertad á la vez que atreverse á ser un déspota. El deseo de gozar de la reputación de libertador y la voluntad de ser un tirano, forman en él un ex-

traño contraste. No ha leído mucho, ni su genio es de aquellos que pueden ir solos. Citó continuamente autores que sin duda alguna sólo conoce á medias, y de la mitad que conoce paréceme que no comprende el espíritu. Al girar la conversación sobre temas religiosos, conversación en que también tomó parte Zenteno, habló mucho de filosofía. Ambos caballeros parecen creer que la filosofía consiste en dejar la religión á los sacerdotes y al vulgo, y que los sabios deben reirse igualmente de frailes, protestantes y deístas.

Con razón dice Bacon: "Sólo niegan la existencia de Dios aquellos á quienes conviene que no haya Dios». Y á la verdad, cuando considero sus actos me parece que si quisiera evitar la desesperación debería ser ateo. Pero quizá juzgo á San Martín con demasiada severidad. La natural sagacidad y penetración de su juicio debe haberle hecho ver lo absurdo de las supersticiones romano-católicas, que ostentan aquí toda su fealdad, sin el barniz que les dan la pompa y la elegancia de Italia, y á las cuales ha solido asociarse por razones de Estado con todas las demostraciones exteriores de respeto.

Alguien ha observado que "cuesta mucho más desprenderse de las doctrinas católico-romanas que de las que se enseñan en las iglesias reformadas; pero, una vez que pierden su dominio sobre el alma, preparan de ordinario el camino al más absoluto escepticismo». Tal es, á mi juicio, el estado de alma de San Martín. De la religión y de los cambios que ha experimentado por obra de la corrupción y de las reformas se pasó fácilmente á las revoluciones políticas. Casi todos los reformadores suramericanos se han inspirado en autores franceses. Se habló del siglo de Luis XIV como de la causa directa y única de la revolución francesa y, por consiguiente, de las de Sur-América.

Hicieron un obsequioso recuerdo del rey Guillermo antes que me aventurara á observar que los pasados males y los bienes presentes de estos países bien podrían atri-

buirse en parte á las guerras de Carlos V y de su sucesor, que agotaron el oro de las colonias sin devolverles nada en cambio. Siguióse discurriendo sobre éste y otros temas, hasta terminar con una alusión al progreso intelectual de Europa, que en un solo siglo había producido la invención de la imprenta, el descubrimiento de América y los comienzos de la reforma, que mejoró las prácticas mismas de Roma. Zenteno, contento de que se le presentara una oportunidad para atacar á Roma y lucir sus conocimientos, exclamó: «Y harto que necesitaban reforma sus prácticas, pues Roma, que quiso coronar al Tasso y coronó á Petrarca, aprisionó á Galileo», volviendo á la inversa la cierta y admirable doctrina de Fóscolo, de que las ciencias exactas pueden ser instrumentos de la tiranía, pero no la poesía, la historia ni la oratoria.

Me alegraré de que el té viniera á interrumpir estas pedantescas declamaciones, de que no habría tomado nota á no haber pertenecido ellas también á San Martín. Les pedí excusas por no poder ofrecerles mate; pero supe que el general y Zenteno acostumbraban tomar té puro, después del cual fumaron sus cigarros. La interrupción del té no detuvo la locuacidad de San Martín sino por un breve rato. Prosiguiendo su discurso, habló sobre medicina, lenguas, climas, enfermedades, y sobre este punto con poca delicadeza, y por último, sobre antigüedades, principalmente del Perú.

Refirió á este respecto algunas maravillosas historias de familias de los antiguos caciques é incas que se enterraron vivas en tiempo de la invasión española y que habían sido encontradas en perfecto estado de conservación. Esto nos llevó á la parte más interesante de su discurso, su partida de Lima. Me dijo que, deseoso de saber si el pueblo era realmente feliz, solía disfrazarse de hombre del pueblo, como el califa Haroun Al Raschid, para visitar las fondas y mezclarse con los grupos que charlaban en las puertas de las tiendas, donde muchas veces oyó hablar de él.

Me dió á entender que se había cerciorado de que el pueblo era ahora bastante feliz y no necesitaba ya su presencia, agregando que después de haber llevado una vida tan activa apetecía descanso; que se había retirado de la vida pública, con la satisfacción de haber cumplido su misión, y que sólo había traído consigo el estandarte de Pizarro, el glorioso estandarte bajo el cual conquistó el imperio de los incas y que había sido desplegado en todas las guerras, no sólo en las que se empeñaron entre españoles y peruanos, sino también en las de los jefes españoles rivales. *Su posesión*—dijo —*ha sido considerada siempre como el signo del poder y la uutoridad;* YO LO TENGO AHORA; y al decir esto se irguió cuan alto era y miró á su alrededor con un aire de soberano.

Esto fué lo más característico que ocurrió en las cuatro horas que duró la visita del Protector, y este el único momento en que se reveló tal cual era. El resto fué en parte una charla superficial sobre toda clase de asuntos para deslumbrar á los menos inteligentes, y en parte una manifestación de la impaciencia de ser el primero, aun en la conversación vulgar, que le ha dado su largo hábito del mando. Omito los cumplidos que con algo excesiva profusión me hizo. De ellos podemos decir, como Johnson de la afectación, que merecen excusas por cuanto proceden del laudable deseo de agradar. Sus modales son, en verdad, muy finos, y elegantes sus movimientos y persona, y no tengo inconveniente para creer lo que he oído de que en un salón de baile pocos hay que le aventajen.

De las demás personas presentes sólo el coronel d'Albe y las señoras hablaron algunas palabras. Con dificultad, en mi empeño por ser política con todos, pude arrancar una que otra sílaba á los demás caballeros. Parecían temerosos de comprometerse. Dejelos, por fin, en su mutismo, y el Protector se adueñó luego exclusivamente de la palabra.

En suma, esta visita no me ha dejado una impresión muy favorable de San Martín. Sus miras son estrechas y

aun, si no me equivoco, egoístas. Lo que él llama su filosofía y su religión, corren parejas: de ambas hace ostensiblemente uso como simples máscaras para engañar al mundo, máscaras, á la verdad, tan gastadas, que no logran engañar á nadie, sino á los que tienen la desgracia de estar bajo su férula.

No tiene genio, sin duda alguna, sino cierta dosis de talento, ninguna instrucción y sólo un ligero barniz de conocimientos generales, que luce con habilidad; nadie posee como él ese talento que llaman los franceses *l' art de se faire valoir*. Su bella figura, sus aires de superioridad y esa suavidad de modales á que debe principalmente la autoridad que durante tanto tiempo ha ejercido, le procuran muy positivas ventajas. Comprende el inglés y habla mediocremente el francés, y no conozco otra persona con quien pueda pasarse más agradablemente una media hora; pero su falta de corazón y de sinceridad, que se revelan aun en un rato de conversación, cierran las puertas á toda intímidad y mucho más á la amistad.

A las nueve se retiraron los visitantes, dejándome muy complacida de haber visto á uno de los hombres más notables de Sur-América, y creo haberlo conocido en esta ocasión tanto como es posible conocerlo. Aspira á la universalidad, como Napaleón, que, según he oído, tuvo algo de esa debilidad y de quien habla siempre como de su modelo ó, mejor dicho, su rival (1).

Creo, asimismo, que se propuso manifestarse á mí en mi carácter de extranjera, ó quizá Zenteno me sugirió que aun el pequeño aumento de fama que mis comunicaciones acerca de él puedieran darle, valía la pena de procurarlo. Sea como fuere, es un hecho que esta noche habló para hacer ostentación de sí mismo.

16.—He perdido hoy á mis mejores amigos. El capitán Spencer ha partido á Buenos Aires por la Cordillera;

(1) En su residencia de Mendoza tenía su retrato entre los de Napoleón y del Duque de Wellington.

el *Doris* se ha hecho á la vela para Río Janeiro, y siento doblemente su partida por mi pobre inválido. De todos los que hacían ese buque interesante para mí sólo queda conmigo el pobre Glennie, y de los demás mucho temo no volver á ver á la mayor parte de ellos.

17.—Mr. Clarke vino de paso para la capital, trayéndome la despedida de San Martín al Perú, que trascribo (1).

"Peruanos:

„Presencié la declaración de la independencia de los estados de Chile y el Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

„Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar á su voluntad le elección de sus gobiernos.

„La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible á los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oir decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto á hacer el último sacrificio por la libertad del país; pero en clase de simple particular y nada más.

„En cuanto á mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

„Peruanos: os dejo establecida la representación nacional; si depositáis en ella una entera confianza, cantad el triunfo; si no, la anarquía os va á devorar.

„Que el acierto presida vuestros destinos y que éstos os colmen de felicidad y paz.

„Pueblo libre y Septiembre, 20 de 1822.

„José de San Martín."

---

(1) Damos el texto original de este documento, prescindiendo de la traducción inglesa de la señora Graham.—*(N. del T.)*

Si hay en esto algo de verdad, si realmente se retira y deja en paz al mundo, merecerá por los menos la alabanza que se tributó á

"The Roman, when his burning heart
Was slaked with blood of Rome,
Threw down his dagger, dared depart
In savage grandeur home:
He dared depart in utter scorn
Of men that such a yoke had borne" (1).

No ha empleado, por cierto, modestamente sus facultades, pero algo ha hecho por la buena causa. ¡Oh! si los medios hubieran sido tan buenos como la causa, sería el primero de sus conciudadanos; pero hay sangre en sus manos, la traición grava su conciencia.

Hoy ha partido á Cauquenes, dejando el puerto enteramente á obscuras respecto de los verdaderos motivos de su alejamiento del Perú. Es probablemente, como el de Monteagudo, un sacrificio de su existencia política para salvar su existencia natural (2).

Creo que lord Cochrane fué hoy ó ayer á Quintero. Los porteños habrían visto con regocijo algún encuentro, alguna escena entre él y San Martín; pero su buen juicio y sus honorables sentimientos para con el país á quien sirve lo han evitado. Si San Martín es infortunado y se ve obligado á huir de sus dominios, la conducta de lord Cochrane es magnánima; si el proceder de San Martín es una *ruse de guerre* para salvarse, es prudente y dejará al almirante en libertad para poner al Protector en descubierto, como merece.

Lunes 21.—Durante estos últimos días, Valparaíso ha recobrado casi por completo su estado ordinario de mo-

---

(1) "El Romano, cuando su ardiente corazón se bañó en la sangre de Roma arrojó su daga, y revestido de fiera majestad, osó retirarse á su hogar, osó partir, lleno de desprecio por los hombres que habían tolerado semejante yugo".—*(N. del T.)*

(2) Véase la carta de lord Cochrane y *Lima Justificada.*

nótona tranquilidad. Parece que la Convención, á pesar del deseo expreso del Ejecutivo, rechazó *in toto* el reglamento; pero la revisión de su voto demorará todavía algunos meses la conclusión definitiva de este negocio.

Mi pobre inválido sigue sufriendo, aunque la bondad de mis vecinos y lo avanzado de la estación me permiten proporcionarle todas las pequeñas comodidades que pueden distraerlo ó agradar todavía á su escaso y delicado apetito. La leche abunda en este tiempo; hay ya guisantes; un amigo me manda espárragos de la ciudad; las fresas están en sazón.

Aquí acostumbran cuando comienza á cosecharse esta deliciosa fruta, disponerla en ataditos, con una rosa, un clavel ó una ramita de toronjil, que colocan sobre hojas de maiten en pequeñas cestas de mimbre, cubiertas también con maiten, que frescos niños traen á vender al puerto de todos los jardines de los airededores, de diez millas de distancia. He visto dar un real por una sola fresa cuando comienzan á salir; pero ahora con un real se pueden comprar más que las suficientes para dos personas.

26.—La *Lautaro* llegó de Talcahuano en muy lamentables circunstancias. Estalló á bordo un serio motín, ocasionado por la falta de alimento y demás cosas necesarias mientras permaneció en el Sur. Como los oficiales se encontraban en la misma penosa situación, no pudieron contener á los marineros, cosa que no les habría sido difícil en otras circunstancias. Tan pronto como el buque llegó á un puerto donde pudo avituallarse, los amotinados volvieron á su deber.

El capitán y los oficiales habrían querido perdonarlos; pero el motín había sido ya comunicado al gobierno, que, según dicen, está resuelto á castigar á los cabecillas. Espero, sin embargo, que su justicia no le impedirá recordar la misericordia, las crueles necesidades que exasperaron á la tripulación y la buena conducta que observó después.

He sabido que lord Cochrane ha ido á la capital por

asuntos concernientes á la escuadra. Dicen que se halla hospedado en casa del Director. Esto da esperanzas de que el gobierno haga por fin justicia en su departamento naval.

31 de Octubre.—Este mes ha sido importantísimo para Chile. El gobierno ha promulgado la nueva Constitución y los nuevos reglamentos de comercio. Ni éstos ni aquélla parecen corresponder á su objeto.

El reglamento comienza por un largo preámbulo, dirigido por el ministro del Interior á la Convención al presentarle el reglamento que ha formado una comisión de ministros y comerciantes. Poco entiendo de estas cosas; pero hay allí disposiciones tan contrarias al sentido común, que hasta un niño las notaría. Las tres primeras secciones tratan de la creación y reglamentación de oficiales de aduana.

De éstos, unos son fijos, otros ambulantes. A los últimos se les acatará y obedecerá dondequiera que se les encuentre, en los cerros, en los caminos ó fuera de ellos, en buen ó mal tiempo. Tendrá cada uno de ellos un distintivo de cobre como del tamaño de una corona (1), que llevará ocutto. Si detienen un cargamento en medio de la más dilatada llanura ó durante un temporal furioso, será necesariamente abierto y no podrá moverse mientras no vengan emplados especiales que lo trasladen á la estación más próxima, donde se examinará si contiene mercaderías de contrabando, ó si una pieza de tela de algodón tiene una vara más ó menos que las indicadas en el manifiesto; pues ahora debe especificarse el número de piezas de cada bulto y el de varas de cada pieza.

De tal reglamento resultará la destrucción ó deterioro de muchas mercaderías. El azúcar, por ejemplo, bajada de las mulas y examinada al cielo raso, durante un aguacero, si no se pierde del todo, quedará en muy mala condición. Es indispensable y urgente que se renuncie de

---

(1) Moneda inglesa de cinco chelines.—*(N. del T.)*

una vez á tan torpe y grosero ensayo en materias mercantiles.

En la sexta sección se declara que Valparaíso es el único puerto libre de Chile, con lo que se hace á todos los demás una injusticia manifiesta, fuera de la enorme imprudencia de semejante declaración, á causa de los antiguos celos de los puertos del Sur y los que en diversas ocasiones han aparecido en Coquimbo.

Los puertos menores, como Concon, Quintero, etc., quedan absolutamente cerrados para los buques extranjeros. A los buques nacionales se imponen algunas duras restricciones, como, por ejemplo, la prohibición de tocar en aquellos puertos á su vuelta de países extranjeros.

A los buques extranjeros se les permite tocar, además de Valparaiso, en Coquimbo, Talcahuano y Valdivia; en San Carlos de Chiloé, cuando sea dominado por las armas chilenas; y con especial licencia del gobierno, en el Huasco y Copiapó, pero únicamente para tomar cobre.

Todo buque extranjero que toque en cualquiera de esos puertos debe pagar cuatro reales por tonelada, con excepción de los balleneros, que no pagan nada. Los nacionales que lleguen de afuera pagarán dos reales por toneladas; pero si se dedican al cabotaje, nada. Por pilotaje, anclaje y fondeo los buques de un mástil pagan cinco pesos; los de dos, diez; los de tres, quince. Los buques nacionales y los balleneros extranjeros que no comercian pagan la mitad de estos derechos.

En la séptima sección se declara como único paso legal y libre de los Andes el del valle de Santa Rosa. Quedan, pues, cerrados los de San Juan de los Patos, del Portillo y del Planchón. Me parece que esta no es la manera de civilizar un país.

Además, toda carga debe pasar por Mendoza y recibir allí un certificado, sin el cual no se le permite entrar á Chile. Siguen á todo esto las más estrechas y vejatorias reglamentaciones de manifiestos, trasbordos, conducciones por tierra, etc., que jamás haya ideado la ingeniosi-

dad humana, todas las cuales pesan indistintamente sobre extranjeros y nacionales, comerciantes y agricultores.

Lo más curioso de este notable engendro es lo que se dice sobre importaciones en la parte del preámbulo que se refiere á la duodécima sección. Se gravan con derechos tan altos las mercaderías importadas, que en muchos casos equivalen á derechos prohibitivos. Preténdese proteger así las manufacturas nacionales, olvidando que, con excepción de las de sombreros y cerveza, no hay en Chile manufactura alguna, pues no merecen tal nombre las rudimentarias industrias de jabón y velas.

Por cuanto un hombre ha logrado hacer en Santiago un par de medias en un día, no se introducirán ya más medias extranjeras, y las señoras tendrán que aprender á tejer ó á andar descalzas, pues no parece probable que á razón de un par de medias por día se alcance á proveer de ese artículo ni siquiera la capital. Más valdría traer algunas medias de Manchester hasta que el industrial santiaguino pueda ocupar en su fábrica unos pocos obreros más. Como no hay mueblistas chilenos, la prohibición de introducir sillas y mesas extranjeras obligará á las damas á volver á la antigua costumbre de acuclillarse sobre el estrado; y como pasarán algunos años, siglos quizás, antes que aquí se produzca y teja la seda ó se manufacturen muselinas, seguirán usando sus antiguas capas y vestidos de lana; y los futuros viajeros hablarán de las chilenas como de lindas salvajes, en vez de deleitarse en la sociedad de bien vestidas y bien educadas señoritas.

El pasaje á que me refiero es tan curioso, que quiero copiarlo para utilidad de mis amigos que deseen formarse una idea exacta de la sabiduría de la legislatura chilena en estas materias.

Después de observar que estos reglamentos deben producir ó bien un aumento de los fondos públicos ó una supresión total de las importaciones, que el ministro considera con mucha razón como el resultado más probable, dice:

"¡Ojalá nuestras instituciones preparen el día en que los productos de todas las aduanas, por importaciones del extranjero, les viésemos reducidos á cero! Este mismo sería el día en que veríamos la verdadera estrella naciente de nuestra prosperidad. Nuestro fértil suelo abunda en producciones de todas clases y son muy pocas las que necesitamos de las extrañas. A cualquiera parte que miremos se está brindando la Naturaleza y pide sólo *fondos, talentos, actividad, industria*. Sí, lo repito; llegue este día, auméntense nuestras exportaciones á medida que se disminuya la importación; disminúyanse en hora buena con ella los ingresos del Erario." etc., etc., etc. (1).

Esto, para una nación que se halla todavía en su infancia, con un millón apenas de habitantes y de éstos la mitad salvajes, y produce metal suficiente para comprar las manufacturas del mundo, es quizás la más exquisita muestra de perversión de principios y de su falsa aplicación que puede concebirse. Los discursos de Mentor en el *Telémaco* serían igualmente aplicables á este caso.

Durante largo tiempo Chile no dispondrá de gente para manufacturar artículos no absolutamente necesarios; necesita brazos para cultivar la tierra, para trabajar las minas, para tripular los buques, que debe poseer si quiere po seerlo todo. Su producción en bruto, su principal comercio consiste en oro, ó en el no menos importante cobre; y da grima ver que reglamentos buenos para un adelantado país europeo en que la mezquina tierra no produce lo suficiente para las necesidades del comercio y en que todo exige el trabajo y la industria del hombre y el oro y la plata deban ser elaborados por sus manos, se adopten aquí, donde todas las circunstancias son diametralmente opuestas á las de Europa.

Y con lo dicho del tal reglamento me basta y sobra. Me falta paciencia para ocuparme en registros aduaneros, manifiestos, facturas, etc., cosas de que no entiendo ni

(1) Tomamos este pasaje del original.—*(N. del T.)*

me agradan. Ni tengo nada que hacer con ellas, sino en cuanto forman parte de un ensayo de gobernar un país nuevo que no está absolutamente preparado para tales cosas.

Recuerdo un tiempo en que así habría pensado en leer el reglamento comercial de Chile como en estudiar el informe de una comisión de vecinos de cualquier país remoto sobre caminos y portazgos, y en que mucho menos habría soñado en preocuparme de la *Constitución Política del Estado de Chile.*

Pero el tiempo y las circunstancias suelen hacer extrañas invasiones en nuestros modos habituales de ser y de pensar, y he aquí que me he sorprendido infraganti leyendo, con bastante interés, dicha Constitución política. Fué promulgada el 23 del presente y acaba de imprimirse, para lo cual hubo necesidad de suspender las publicaciones periódicas, por no haber suficientes tipos y tipógrafos (y éstos escasean más que aquéllos) para imprimir gacetas y Constitución al mismo tiempo.

Divídese la constitución en ocho secciones, y éstas en capítulos y artículos, según las materias lo requieren. Comienza por declarar la libertad é independencia de Chile como nación y fijar sus límites, á saber: al Sur el Cabo de Hornos, al Norte el desierto de Atacama, al Este y al Oeste los límites naturales de los Andes y del Pacífico.

Declara, además, pertenecientes al territorio chileno el archipiélago de Chiloé y las islas de la Mocha, Juan Fernández y Santa María. El capítulo segundo de la primera sección establece que pueden llamarse chilenos: 1.°, los nacidos en el país; 2.°, los nacidos de padres chilenos fuera del país; 3.°, los extranjeros casados con nacionales, después de tres años de residencia; 4.°, los extranjeros que inviertan en Chile un capital que no baje de 2.000 pesos y tengan cinco años de residencia. Todos los chilenos son iguales ante la ley, tienen opción á todos los empleos y deben contribuir al sostenimiento del Estado.

La segunda sección declara que la religión del Estado

es la Católica, Apostólica, Romana, con exclusión de todas las demás, y que todos los habitantes del país deben respetarla, cualesquiera que sean sus opiniones privadas.

La tercera sección establece que el gobierno es representativo y que el poder legislativo reside en el Congreso, el ejecutivo en el Director y el judicial en los tribunales. Gozan de la ciudadanía los chilenos que tengan veinticinco años ó sean casados. Desde 1833 todos deberán saber leer y escribir.

Pierden los derechos de ciudadanía: 1.°, los naturalizados en otros países; 2.°, los que acepten empleos de cualquier otro gobierno; 3.°, aquellos contra quienes recaiga una sentencia judicial no revocada; 4.°, los que permanezcan ausentes de Chile, sin permiso, por más de cinco años. Suspéndense estos derechos: 1.°, en caso de interdicción ó de incapacidad moral ó física; 2.°, á los insolventes; 3.°, á los defraudadores de los fondos públicos; 4.°, á los sirvientes asalariados; 5.°, á los que carezcan de medios conocidos para vivir; 6.°, durante un proceso criminal.

La cuarta sección contiene sesenta y dos artículos y trata de las facultades y división del Congreso, que constará de dos Cuerpos: el Senado y la Cámara de Diputados. El Senado, ó Corte de Representantes, constará de siete miembros elegidos en votación por los diputados, cuatro, por lo menos, de este Cuerpo; de los exdirectores, ministros de Estado y obispos con jurisdicción en Chile, ó á falta de ellos el depositario interino de la autoridad eclesiástica; un miembro del Tribunal Supremo de Justicia; tres jefes militares, nombrados por el Director; el delegado directorial del departamento en que celebre sus sesiones el Congreso; un doctor de cada universidad; dos comerciantes y dos dueños de tierras cuyo capital no bajará de 30.000 pesos, nombrados por los diputados.

Los senadores, como se ve, no serán menos de veinte.

La presidencia corresponde al exdirector más antiguo. El Senado durará mientras no expire el período fijado al Director, esto es, seis años; en caso de reelección de éste, seguirá sesionando.

La Cámara de diputados se elige anualmente, por listas en la proporción de un diputado por 15.000 almas. Pueden ser electores todos los ciudadanos de más de doce años de edad y los militares que no manden tropas de línea, y diputados los que, además de cumplir con las condiciones anteriores, posean propiedades de valor de 2.000 pesos ó hayan nacido en el departamento en que se les elige.

El Congreso funcionará durante tres meses cada año, desde el 18 de Septiembre. Los diputados prestarán juramento ante el Director y el Senado, en esta forma: "¿Juráis por Dios y por vuestro honor proceder fielmente en el encargo de vuestras augustas funciones, dictando las leyes que mejor convengan al bien de la nación, á las libertades civil y política, á la seguridad individual y de las propiedades de sus individuos, y á los demás fines para que os habeis congregado, explicados en nuestra Constitución?—Sí, juro.—Si así lo hiciéreis, Dios os alumbre y defienda, y si no, os lo demande."

La quinta sección contiene sesenta y un artículos. Trata del poder ejecutivo. El Director es electivo, y su oficio no podrá ser hereditario. Gobernará por un período de seis años, pudiendo reelegírsele por otros cuatro.

Debe ser nacido en Chile y haber residido en el país los cinco años inmediatamente anteriores á su elección. Tendrá más de veinticinco años y lo elegirán por votación ambas Cámaras, bastando para la elección los dos tercios de los votos. La elección del actual Director hecha este año por la Convención se considerará como la primera.

Para el caso de que fallezca el Director estando el Congreso en receso, en los días 12 de Febrero, 5 de Abril y 18 de Septiembre, depositará el Director en una

urna con tres llaves, que guardarán otras tantas personas, un papel sellado y firmado, en que se expresarán los nombres de los regentes que se harán cargo del gobierno mientras el Congreso nombre sucesor.

Siendo el Senado un cuerpo permanente, citará en unión con el gobierno regente á los diputados á una sesión extraordinaria del Congreso, que terminará tan pronto como se verifique la elección.

El Director es jefe del ejército y de la escuadra. Tiene plenas facultades para celebrar tratados con las naciones extranjeras y para firmar la paz y declarar la guerra. Presentará, en unión con el Senado, para los obispados y demás dignidades y beneficios eclesiásticos. Tiene la dirección del tesoro público. Nombra embajadores, ministros, secretarios de Estado y jueces de distrito. Puede indultar ó conmutar penas.

Siguen á la exposición de estas facultades y privilegios algunos artículos que parecen restricciones; pero como no se me ocurre de qué manera pueda exigirse su cumplimiento, creo que están destinados á obrar como el temor de las penas de la otra vida sobre los pecadores de ésta, más bien que como verdaderas limitaciones de la autoridad absoluta.

Hay tres ministros de Estado de Negocios Extranjeros, del Interior y de Guerra y Marina. El Director puede dar dos de estos oficios á una misma persona. Estos ministros están sometidos á una responsabilidad limitada, ó lo que es lo mismo, á ninguna.

La sexta sección se refiere al régimen interno del Estado. Las antiguas intendencias quedan abolidas y el país se divide en departamentos y distritos. En cada departamento habrá un delegado que tendrá la dirección de los asuntos civiles y militares.

Nombrarán estos delegados el Director y el Congreso, y á ellos se confía la superintendencia de los tribunales de justicia, de las aduanas, contribuciones, etc. Presidirán los cabildos, que en lo demás quedan como antes. Los

miembros del cabildo no pueden ser arrestados sin autorización expresa del Director.

La séptima sección trata de los poderes judiciales que residen en los tribunales. Hay un tribunal supremo de cinco jueces, sin cuya sanción ninguna ejecución puede tener lugar. Este tribunal sirve también de corte de apelaciones.

Le corresponde examinar las leyes y recomendar su corrección al ejecutivo. Sus miembros deben visitar las cárceles semanalmente por turnos; asesorar al Director y Senado en materias legales, etc. Se les prohibe recibir emolumento alguno fuera de su renta.

Hay también una Corte de apelaciones compuesta de cinco miembros. Pero todas estas cosas son tan complicadas y fastidiosas en todas sus partes, tan inadecuadas para el país por ser una mescolanza de leyes españololas, moriscas, godas, latinas y costumbres locales, que suman 72.000 disposiciones para un país donde el doble de ese número no sabe leer, que renuncio á seguir ocupándome en ellas.

El único párrafo sensato de esta parte de la Constitución es aquel en que se declara que ninguna institución inquisitorial podrá jamás establecerse en Chile.

Sigue á éste una breve sección sobre instrucción pública, que me parece digna de aplauso, siquiera por la buena intención que manifiesta de fundar numerosas escuelas y atender al establecimiento de un instituto nacional.

La sección relativa al ejército y la marina se reduce á ponerlos á disposición del Director. La última concierno á la observancia y promulgación de la Constitución, que trae las firmas de la Convención y del Director.

1.º de Noviembre.—Mi inválido se siente tanto mejor, que hemos dado un paseo á caballo por los cerros y conocido nuevos lugares y nuevas flores. ¡Pobre Glennie! Parece gozar más de su recobrada libertad que yo de la mía. El que ha experimentado muchas veces el pla-

cer de recobrar la salud, se admira de volverlo á experimentar; pero

"Sans doute que le Dieu qui nous rend l'existence,
A l'heureuse convalescence
Pour de nouveaux plaisirs donne de nouveaux sens;
A ses regards impatiens
Le chaos fuit; tout nait, la lumière commence;
Tout brille des feux du printemps;
Les plus simples objets, le chant d'une fauvette,
Le matin d'un beau jour, la verdure du bois,
La fraicheur d'une violette,
Mille spectacles qu'autrefois,
On voyait avec nonchalance
Transportent aujourd'hui, présentent des apas
Inconnus à l'indifférence
Et que la foule ne voit pas"

No dudo de que Grey tuvo presente estos hermosos versos de Gresset al escribir su oda sobre la salud recobrada. Los sentimientos, sin embargo, son naturales y propios de cada corazón, y sólo necesitamos el don de la expresión poética para darles la forma del verso. Independientemente de todo esto, los alrededores de Valparaíso son bellísimos en este tiempo.

Las lluvias han vivificado los arbustos; innumerables flores cubren la tierra, las frutas comienzan á madurar, el clima, siempre agradable, es ahora delicioso. Jamás poeta alguno imaginó para su Tempe (1) un cielo más encantador que el de Chile. Tiene aquí el aire una dulzura y suavidad que calma las agitaciones del ánimo y acrecienta todos los demás gustos.

2.—Hemos tenido muchas visitas, y naturalmente, algunas noticias, la más interesante de las cuales es que el gobierno piensa seriamente pagar los sueldos de la escuadra. Se dice que la mitad del pago se hará en dinero y la otra mitad en giros contra la aduana. Lord Cochrane

(1) Valle de Tesalia, muy celebrado por los antiguos poetas griegos por su romántica belleza.—*(N. del T.)*

llegó de la capital anoche y está armando tiendas de campaña en la playa más allá del fuerte, para su uso, porque, en vista de la manera como se entienden aquí las cosas, no quiere aceptar casa del gobierno.

Tiene derecho, sin duda, á que se le proporcione casa, y el gobernador de Valparaíso recibió orden de suministrarle una. Eligió éste una de las mejores del puerto y notificó á Mr. C., caballero inglés, que se retirara de dicha casa con su familia y se la dejara amueblada al almirante, según la antigua costumbre española. Pero lord Cochrane no ha consentido en semejante despojo y ha armado tiendas en la playa. Sus amigos se manifiestan algo alarmados con este motivo. Ningún chileno levantaría la mano contra el almirante; pero hay ahora en Chile personas que lo aborrecen y que ya se han hecho culpables de intentos y de perpetración de asesinatos.

Domingo 3 de Noviembre.—Esta noche, como á las nueve, llegó el Director al puerto. Dicen que viene á presenciar el pago de la escuadra; según otros, para demorar su encuentro con San Martín, que, después de tomar algunos baños en Cauquenes, se dirige á Santiago y se hospedará en el palacio directorial, pero sólo como individuo privado (1). Tendrá doble guardia; pero si es tan querido como él dice, ¿por qué teme? Sospecho que, como todos los bebedores de opio, se ha puesto nervioso.

Espero, por el honor de la naturaleza humana, que una opinión que he oído acerca de la venida del Director resulte infundada: que ha venido con el objeto de aprovechar una oportunidad de apoderarse de la persona de lord Cochrane, esto es, de sacrificarlo á la venganza de San Martín, accediendo á las instancias transmitidas del Perú por los agentes Paroissien y Del Río.

7 de Noviembre.—Hemos salido á pasear á caballo varios días y trabado amistad con algunos hacendados de los alrededores. En todas partes nos invitan á desmontar-

(1) Si yo fuera primer magistrado de un país, no me gustaría brar al pueblo á ver á otro en mi lugar.

nos y tomar leche, ó siquiera descansar un rato y andar por los jardines y coger flores.

Después del bullicio del puerto y de las mezquinas intrigas de sus habitantes, la amabilidad y sinceridad de los campesinos refrigera y conforta. Hoy, sin embargo, he pasado un día muy agradable en el puerto, principalmente en las tiendas del almirante, bastante lejos de la ciudad para no sentir su ruido. Dejando á Glennie en las tiendas, volví á la ciudad á visitar al Director, que vive en la casa del gobernador; Zenteno y su familia se han ido á otra. Su Excelencia está muy bien de salud y me recibió con exquisita cortesía; luego que me senté me obsequió con una flor, según la costumbre del país. La conversación rodó, no sé á propósito de qué, sobre los conventos de monjas, y le hablé de las Filipinas de Roma.

Manifestó deseos de obtener datos acerca de ellas y su regla, con el objeto de mejorar, si era posible, la condición de las religiosas de Chile y especialmente de las que se dedican á la educación de las niñas. Se los prometí; y apenas llegué á casa le envié todos los datos que pude, con referencias á las historias eclesiásticas que supongo se hallarán en la biblioteca pública. Nunca me habría imaginado, cuando visité aquel convento, que fué en otro tiempo el palacio de César Borgia, y al contemplar desde sus galerías, pintadas por el Dominiquino, las ruinas de Roma, que esa visita podría influir algún día en la condición de las pobres enclaustradas de Chile.

De vuelta á las tiendas del almirante, después de algunas visitas, encontré que mi enfermo había dormido tranquilamente. Lord Cochrane, que se interesa mucho por él, me pidió que lo llevara á Quintero para que cambie de aire. Lo haré con el mayor gusto; y tan pronto como recobre un poco sus fuerzas, pienso ir allá. El almirante no está del todo bien. No es raro, pues aún no se paga á la escuadra. Los cargos aducidos contra él por San Martín, aunque no creídos por el gobierno, que posee numerosos documentos con que refutarlos, no han

sido contradichos por él, á solicitud del gobierno, para evitar excitaciones del espíritu de partido ó una desavenencia ó quizás una guerra entre el Perú y Chile.

Ha pasado ya todo el peligro de esa especie, y como se honra á San Martín asignándosele por residencia el palacio directorial, donde, como con el expreso objeto de insultar á lord Cochrane, recibe toda clase de demostraciones públicas de obsequioso respeto, esos cargos deben ser y serán contestados, y contestados con hechos y fechas que confundirán enteramente todas las acusaciones directas é indirectas que se han formulado ó insinuado contra él. Hay, además, otros motivos de inquietud para los hombres dirigentes de Chile.

Del Norte y del Sur llegan noticias y rumores de descontentos de diversas especies. Los hermanos y parientes de los muertos y de los proscriptos no los han olvidado, y ven con dolor y cólera colmado de honores al hombre á quien consideran autor de sus infortunios. Respetando la persona del Director, ven en él al amigo y aliado de San Martín y al sostenedor de Rodríguez y sus compañeros, y ya me parece oir ese murmullo sordo y encubierto que precede á la guerra civil.

El gobierno de Santiago culpa de este descontento á la escuadra y ha enviado tropas para intimidarla, según dicen. Pero su número es tan reducido, que apenas bastaría para escoltar al Director ó para asegurar á un prisionero político, objeto á que las creen destinadas los que conocen mejor los propósitos del gobierno. El almirante es, sin duda, la persona que tomarían, si los secuaces de San Martín se atrevieran á cometer tamaño crimen.

Dado el primer paso, no se detendrían en él. Las víctimas de San Martín no sobreviven al apretón de sus garras. Siento que el Director se preste á semejantes planes. La gente del puerto, aparentemente temerosa de hablar, en realidad lo dice todo. Mucho me alegré de verme libre, en las tiendas del almirante, de oir cosas desagradables;

alli siquiera estamos seguros de no oir nada de la política de Chile.

Puedo decir con los norte-americanos que todo progresa. Glennie está mucho mejor. Los descontentos cunden. La escuadra está en camino de que se le pague, aunque quizás demasiado tarde. Cuando enviaron el dinero, olvidaron enviar junto con él papel sellado para los vales, etc.

Los oficiales y marineros deberán, pues, esperar que sellen el papel y lo manden de Santiago. Recibí una carta del Director en contestación á la que le escribí sobre las monjas. El reglamento de comercio está produciendo mil enredos y confusiones. Lord Cochrane sigue ocupado en su refutación de San Martín. Lo he visto y acordado con él el día de mi viaje á Quintero. Lo único que no progresa es la reparación de los buques.

Entiendo que Mr. Olver, muy competente en estas cosas, ha hecho el cálculo de los costos y ofrecido ejecutar las reparaciones; pero dudo que el gobierno que, como algunos otros, suele ser mezquino para los gastos pequeños y derrochador de grandes sumas, se resuelva á desprenderse del dinero necesario para poner los buques en buen estado. Si no lo hace, las costas quedarán indefensas ó habrá que comprar buques nuevos á precios exorbitantes.

He echado una ojeada á mi *Diario* de las últimas seis semanas y he encontrado que se parece algo á una galería de pinturas, en que hay cuadros históricos, retratos, paisajes, Naturaleza muerta, flores, uno al lado del otro. Cada escrito pretende ser un todo, independiente y completo de suyo, historia, paisaje, retrato, que el autor termina generalmente para que pueda figurar por sí solo en una galería de cuadros.

Pero mi pobre *Diario*, escrito en un país nuevo, en tiempo de agitaciones políticas, no puede aspirar á tener unidad de plan, pues ¿puedo acaso prever lo que acaecerá mañana? Y como mis héroes y heroínas (más escasas

éstas que aquéllos) son personajes independientes, no puedo, como un novelista, obligarlos á figurar en mis páginas á mi satisfacción y gusto, sino que se gobiernan por sí solos; lo cual, después de todo, en un lugar donde llevar un diario es sólo un modo de suplir la lectura de los libros nuevos del día (lectura de que ciertamente gozaría en mi casa) vale quizá tanto como lo otro: en uno y otro caso la incertidumbre del desenlace mantiene el interés.

14 de Noviembre. Concon.—Esta mañana temprano partimos de Valparaíso y á las once llegamos á Viña del Mar, la hacienda de los Carrera. La familia, cuyo jefe es primo hermano de don José Miguel Carrera, ha sufrido mucho durante la revolución. Algunos de los hijos murieron prematuramente; uno de ellos está desterrado, al servicio de Artigas; de nueve hijas sólo hay tres casadas; las demás viven con sus padres en Viña del Mar. Es una bella propiedad; la cruza el riachuelo de Margamarga, formando un valle extraordinariamente fértil; en el pueblo, que da su nombre al riachuelo, se encuentran las mejores lecherías de la comarca.

Las casas de la hacienda están situadas en el centro de un pequeño llano formado por las tierras de aluvión arrastradas por las aguas de las montañas circunvecinas, que se alzan detrás de él como un anfiteatro. Unos pocos sembrados y un hermoso huerto cultivado por un francés, Mr. Pharoux, ocupan el espacio entre el llano y el mar. Al otro lado de aquél se halla la extensa viña de la hacienda, que poco á poco está cediendo su lugar al trigo, que aquí prospera más y deja más provecho que la vid.

Nos recibió muy amablemente la señora de Carrera, á quien encontramos sentada en un sofá á un extremo del estrado, sobre el cual jugaban algunos de sus nietos. Las hijas, sentadas en sillas y taburetes, rodeaban á su madre. Ofreciéronnos luego refrescos y leche caliente con azúcar y canela y rebanadas de pan.

Llevaron en seguida al inválido á un alegre y fresco

aposento para que descansara. Mientras dormía, las niñas mostraron á Mr. Davidson, que nos había acompañado desde el puerto, y á mí el jardin, el huerto y las oficinas de la hacienda, poco diferentes de las que antes había visto, salvo que se hallan en muy mal estado. Como en la hacienda se están reemplazando las viñas por siembras de trigo, las cubas y alambiques van quedando fuera de servicio y cederán su lugar á los graneros. En la comida observé que manjares y costumbres fueron en parte chilenos y en parte ingleses, debido á que entre los nietos predomina la nacionalidad chilena (que es también la de la abuela) y entre las hijas la inglesa.

Transcurrido algún tiempo después de la comida, proseguimos viaje á Concon. Como á medio camino nos salieron al encuentro el señor Miers y su esposa é hija. La tarde fué una de las más deliciosas que he visto en este clima privilegiado y me sentía más alegre y dispuesta á gozar que de costumbre. No había hecho ningún viaje á caballo tan largo desde el desastroso de San Francisco del Monte á Santiago.

15.—Fuimos á la desembocadura del río, de cuyas aguas una parte se pierde en las arenas aquí acumuladas, otra, deteniéndose en la tierra, forma un lago cenagoso; otra, por fin, bastante considerable, llega al mar. Me sorprendió desagradablemente ver en la playa, donde Mr. Miers ha construído un pequeño muelle, una gran cantidad de excelentes maquinarias para laminar cobre.

Algunos miembros del gobierno han visto con ojos envidiosos estas maquinarias, porque parte de ellas podría servir para amonedar cobre; pero no creo que esta envidia induzca al gobierno á comprarlas á fin de mejorar los groseros procedimientos actuales de amonedación.

Mientras tanto las ruedas, tornillos y palancas yacen en la playa, esperando que circunstancias más favorables permitan á Mr. Miers realizar sus proyectos. Pero el tiempo, su ciudadanía chilena, su calidad de propietario

de tierras y la circunstancia de haber nacido sus hijos en el país, espero que obrarán en su favor.

Los cerros de Coscon presentan caracteres muy diversos de los que rodean á Valparaiso. Allá una arcilla rojiza, con venas de granito y de cuarzo blanco, forma toda ó casi toda la masa de los cerros; los de esta región son de una arena gris ó negrusca, con capas de piedrecillas y conchas visibles á diferentes alturas frente á la playa. A ambos lados del río la tierra del llano es excelente y profunda, cubierta de toda esa variedad de cosas que deposita un río que dos veces al año crece y traspasa sus límites.

La primera crece, casi una verdadera inundación, tiene lugar en la estación lluviosa; la segunda cuando se derriten las nieves de los Andes. Dicen que también crece en tiempo nebuloso. Probablemente por la proximidad de este lugar á las montañas, el río es sensible á los cambios diarios de tiempo que ocurren en la cordillera; y en efecto, creo que trae menos agua en la mañana que en la tarde, debido, sin duda, á la fusión de la nieve durante el día.

17.—Nos dirigimos á Quintero, deteniéndonos á descansar en la vieja casa á orillas de la laguna. Por ser hacienda principalmente ganadera, su población no guarda proporción con su superficie. Cada valle tiene, sin embargo, una ó dos habitaciones, alrededor de las cuales, después de la época lluviosa y mientras los ganados pacen en las montañas, forman los campesinos sus pequeñas *chacras*, como llaman los terrenos en que cultivan habas, calabazas, melones, cebollas, patatas, judías (ó *fréjoles* que constituyen uno de los principales artículos de su alimentación) y otros vegetales. Deben cosechar estos productos antes que el ganado vuelva al llano, porque el patrón tiene derecho de echar los animales á todos los campos de cultivo, con mucho gravamen á veces de los campesinos, obligados á trabajar seis, ocho, diez doce ó más días al año, á voluntad del patrón y según la época.

Ahora bien; suele suceder que los ocupa en cosechar su propia chacra precisamente cuando las de ellos están listas para la cosecha, y el tiempo pasa y el alimento del pobre labriego es pisoteado por los bueyes. En esta propiedad no sucederá tal cosa mientras su actual dueño permanezca en el país; pero el derecho legal existe y un patrón ó administrador de duras entrañas puede ejercerlo. Lord Cochrane ha dado á los campesinos una libertad tan complatamente insólita para ellos, que la han tomado por negligencia y han abusado de ella. Es preferible que abusen á que se les oprima.

Cada colono paga unos pocos reales por alquiler del suelo; dos pesos (en algunas haciendas más) por el talaje de cada caballo, mula, buey ó vaca y el doble por cada cien carneros. Los inquilinos de Quintero, aprovechando la larga ausencia del dueño y la negligencia ó falta de honradez del administrador, han aumentado sus rebaños y ganados más de lo que la propiedad puede soportar, sin abonar los pagos debidos y causándole un grave daño material.

Recibiéronnos Mr. Bennet, secretario de lord Cochrane para las comunicaciones en castellano, y mi amigo el pintor Carrillo. Su larga residencia y extrañas aventuras en América del Sur han hecho del primero un interesante personaje. *Il narre bien,* y sospecho que mejor en castellano que en inglés. Hay un no sé qué de agradable en su dialecto de Lincolnshire que comunica cierto aire de originalidad á sus expresiones y relatos.

Le gusta vestirse de una manera estrafalaria. Constituyen unas veces su indumentaria una camisa suelta, pantalones anchos, chinelas de mahón, un gorro negro de piel y un cinturón; otras, anchos pantalones cosacos, chaqueta azul, botones de oro, pequeñas charreteras, gorro militar y cinturón bien ceñido á la cintura. Aunque se vista según las costumbres del país, rara vez consiente en ponerse corbata.

En traje de parada, su flacura y palidez y la extraña ex-

presión de sus ojos se armonizan muy bien con su ropa negra, sus brillantes calzones de seda que parecen de *calamaco constitucional*, sus enormes rosas de cintas en las rodillas y sus zapatos con hebillas.

Yo no podía contener la risa cada vez que lo veía en este traje que formaba tan absoluto contraste con la descripción que él mismo hace del que llevó cuando fué gobernador de Esmeralda, durante el primer período de la revolución, cargo que, como bien puede creerse, se le obligó á aceptar. Andaba entonces con el cuerpo pintarrajeado, con adornos de plumas en la cabeza y tan ligeramente vestido como cualquier salvaje.

Púsose ahora un traje término medio para hacer los honores de Quintero, honores que hizo muy cortésmente á la señora Miers y á mí y muy afectuosamente á Glennie. Después de comer le pedimos que nos refiriera algunas de sus aventuras, y especialmente las que le ocurrieron en Barranca durante el terremoto, cuando los aterrorizados habitantes huyeron á los cerros, temiendo á cada instante ver desaparecer la arruinada ciudad como el Callao en 1747 (1).

Terminada la relación del terremoto, nos refirió sus expediciones á varios formidables volcanes y nos dijo que había descendido al cráter del Pichincha más abajo que el punto donde Humboldt dejó su señal. Le pregunté si en

---

(1) La destrucción del Callao fué la más completa y espantosa que puede imaginarse. No escapó sino uno de los habitantes, que salvó gracias á la más singular y extraordinaria Providencia. Hallábase este hombre en el fuerte que domina la bahia, é iba á arriar la bandera cuando vió que el mar se retiraba á gran distancia de la playa. Minutos después, elevadas sus aguas como montañas, volvió impetuosamente. Los habitantes salieron de las casas, enloquecidos de terror; el hombre cyó subir de la ciudad un angustiado grito de ¡misericordia!, y todo quedó en silencio. El mar habia cubierto enteramente la ciudad, sepultándola para siempre en su seno; pero la misma inmensa ola que había destruído la ciudad arrastró un bote cerca del sitio donde se hallaba el hombre, quien, arrojándose á él, logró así salvar su vida. *Burke, Account of the European Settlers in America.*

alguno de los países en que había vivido se creía que los terremotos pudieran repetirse periódicamente y si los casos en que habían ocurrido dos con intervalos regulares, eran considerados como presunciones de que el fenómeno volvería á repetirse en un período más ó menos igual, en cuyo caso sólo faltaría un año ó á lo más dos para que ocurriera un terremoto en esta región de Chile.

Pero no pude saber si hay alguna creencia ó tradición indígena á este respecto, ni lo que sobre el particular opinan los sabios europeos. Y, en efecto, dentro de los últimos cinco años, Coquimbo y Copiapó, no visitados hasta entonces por estas calamidades, han sido completamente destruídos, contradiciendo así algunas teorías basadas en la naturaleza del suelo, situación geográfica, etcétera (1).

Tratamos de persuadir á la señora Miers á que se quedara con nosotros, mas no pudimos conseguirlo. Estaba con cuidado por sus niños, y partió, calculando llegar á su casa antes de oscurecer. Hice un pequeño bosquejo de la casa; y habiendo encontrado en ella una prensa litográfica, pienso reproducirlo en piedra. Será el primer grabado hecho en Chile, y probablemente en este lado de América del Sur.

20 de Noviembre.—Ayer, después de la comida, habiéndose quedado Glennie profundamente dormido en su sillón frente á la chimenea, Mr. Bennet y yo, atraídos por la belleza de la tarde, llevamos nuestros asientos al corredor que mira al mar, y, por primera vez desde mi llegada á Chile, vi relampaguear. Los relámpagos continuaron sin interrupción sobre los Andes hasta después de oscurecer. A un día sereno y algo caluroso siguióse una deliciosa y tranquila noche de luna. De mala gana volvimos á la casa, por acompañar al inválido, y estába-

(1) Podrá creerse quizás que esta conversación ha sido supuesta después del suceso, mas no lo fué. Tomaron parte en la conversación Mr. Bennet, la señora Miers, Glennie y yo, y mucho tiempo después la recordamos.

mos conversando tranquilamente cuando, á las diez y cuarto, la casa se sacudió violentamente, con un ruido semejante á una explosión de pólvora. Mr. Bennet, salió de la casa corriendo y exclamando: "¡Un terremoto, un terremoto! salgan, síganme, por Dios!"

Yo, más solícita por Glennie que por cualquier otra cosa, y temerosa de que el aire de la noche le hiciera mal, permanecí sentada; él, mirándome para ver qué determinación tomaba, tampoco se movió, hasta que, continuando con mayor fuerza el sacudimiento, cayó el cañón de la chimenea y los muros se abrieron. Mr. Bennet volvió á gritar desde afuera: "¡Por amor de Dios, salgan de la casa!"

Resolvimos entonces salir al corredor, con intención, naturalmente, de valernos de las gradas; pero el movimiento cobró en ese instante tal violencia que, mientras se derrumbaba un muro detrás de nosotros, saltamos de la pequeña plataforma al suelo; y en ese mismo instante la rápida trepidación de la tierra se cambió en un movimiento ondulatorio semejante al de un buque en alta mar, de suerte, que apenas y con gran dificultad podíamos sostener á Glennie.

El sacudimiento duró tres minutos. Cuando cesó, todas las personas de la casa y sus alrededores se hallaban reunidas en el prado que hay delante de ella, con excepción de dos personas: la mujer de un albañil, que se quedó encerrada en un aposento que no pudo abrir, y el pintor Carrillo, que al querer salir de su cuarto por el hueco que dejó la pared al derrumbarse fué sepultado por los escombros, debiendo su salvación á que el dintel de la puerta quedó suspendido sobre él.

Jamás olvidaré las horribles emociones de esa noche. En los demás trastornos de la Naturaleza, creemos ó nos imaginamos que un pequeño esfuerzo de nuestra parte puede alejar ó aminorar el peligro; pero en un terremoto no hay refugio seguro ni medio de escapar. La "loca angustia" que agita entonces los corazones y se revela en

todas las miradas, me parece comparable en horror á la que se apoderará de las almas en el juicio final.

Como la inquietud que sentía por mi enfermo dominaba en mí sobre cualquier otro sentimiento, no participé de ese sublime terror, pero miré en torno mío y lo vi en todos. Entre el fragor de la destrucción sentí durante toda la noche los mugidos del ganado y el graznar de las aves marinas, que no cesó hasta el amanecer.

No había el más leve soplo de viento, y sin embargo, tal era la agitación de los árboles, que sus copas parecían tocar la tierra.

Pasó algún tiempo antes que recobráramos nuestra sangre fría para deliberar sobre lo que debíamos hacer. Lo primero fué poner á Glennie, á quien sobrevino una fuerte hemorragia de los pulmones, en un sillón bajo un árbol. Me quedé á su lado mientras Mr. Bennet íba á la casa en busca de aguardiente y agua, de que todos bebimos un poco.

Armamos en seguida una tienda para el enfermo y le tragimos de la casa un sofá y frazadas. Precedida de un hombre con una luz, entré á los cuartos interiores, donde esperaba hallar algunos remedios. Por este tiempo habían tenido lugar dos remezones más, pero mucho menos violentos que el primero, lo que parecía significar que ya lo peor había pasado. Seguimos por los departamentos en ruinas hasta el patio donde se derrumbó la muralla y allí un nuevo y rápido sacudimiento pareció hacer ondular las ruinas bajo nuestros pies.

Llegamos, por fin, á la primera puerta de los dormitorios, y al entrar vi los muebles separados de los muros, cosa á que de pronto no dí impontancia. En el segundo aposento el desorden ó mejor dicho, el cambio de lugar de los muebles, era más notable, y me pareció observar cierta regularidad en la distribución de todos los objetos, especialmente en mi dormitorio.

Después de tomar las medicinas y abrigos que necesitaba, examiné la posición de los muebles en los diversos

aposentos y me cercioré de que todos se habían movido en la misma dirección. Determinéla esta mañana por medio de la brújula, y resultó ser Noroeste y Sureste.

La noche continuaba serena, y aunque la luna se puso temprano, había luz en el cielo y una débil aurora austral. Luego de hacer acostarse á Glennie en la tienda, extendí mi colchón en el suelo cerca de él. Mr. Bennet, el administrador y demás empleados instalaron sus camas con la ropa que pudieron eucontrar alrededor de la tienda. Eran las doce: la tierra estaba todavía inquieta, y cada dos minutos se sentía una conmoción acompañada de ruidos semejantes á explosiones de pólvora, ó más bien, á los que acompañan las erupciones volcánicas.

Los conté, reloj en mano, durante cuarenta y cinco minutos, hasta que, cansada, me quedé dormida. Un poco antes de las dos una fuerte explosión y un tremendo sacudimiento nos despertó á todos. Un caballo y un cerdo se escaparon y vinieron á refugiarse entre nosotros.

A las cuatro hubo otro violento remezón. En el intervalo entre éste y el anterior había temblado sin interrupción, á veces con movimíentos contrarios, en direcciones por lo común Norte y Sur. A la seis y cuarto otro que á otra hora habría sido sentido con mayor violencia. Desde esa hora, aunque la agitación de la tierra ha continuado con suficiente fuerza para mover y aun derramar parcialmente un vaso de agua, y aunque el suelo tiembla todavía bajo mis pies, no hemos tenido ningún motivo especial de alarma. Escribo á las cuatro P. M.

Al rayar el día salí de la tienda á inspeccionar la tierra. La hierba estaba cubierta de rocío y todo tan bello como si nada hubiera sucedido durante la noche. Sólo en el cerro se veian aquí y allá grietas de varios tamaños, y en las raíces de los árboles y en las bases de los pilares del corredor removida la tierra, como por el almocafre del hortelano.

A las siete llegaron personas de diversos puntos á informarse de nuestra sítuacíón ó á darnos noticias de otras

partes. Supimos que de las casas de Valle Alegre, aldea situada dentro de los términos de la hacienda, hay muchas deterioradas y algunas totalmente destruidas. En varios huertos de los alrededores la fuerza de los sacudimientos abrió la tierra é hizo subir por las grietas agua y arena. En varias partes se han producido grandes derrumbes de tierra, y los canales de regadío han sufrido mucho.

Mr. Cruikshank ha venido á caballo de Quintero viejo. Nos dice que hay grandes hendiduras en las orillas del lago; la casa quedó inhabitable; algunas de las personas que en ella vivían fueron derribadas por el terremoto, otras por muebles que cayeron sobre ellas. En Concon la casa quedó destechada, los muros abiertos, los pilares de hierro tronchados, el molino en ruinas, y destruído su canal.

El terreno de aluvión á ambos lados del río está en tal grado agrietado y removido que parece una esponja. A lo largo de la playa hay grandes hendiduras, y parece que durante la noche el mar se retiró á considerable distancia, especialmente en la bahía de Quintero. Desde el cerro alcanzo á divisar rocas que antes cubría enteramente el mar, y los restos del *Aguila* parecen desde aquí accesibles á pie enjuto, cosa que hasta ahora jamás había sucedido ni aun en las más bajas mareas.

Ocho y media P. M.—Nos llegan noticias de que la grande y poblada ciudad de Quillota es un montón de ruinas, y Valparaíso poco menos. En tal caso la catástrofe debe haber comprendido á los habitantes junto con las casas. ¡Dios quiera que no sea así!

A las seis menos un cuarto otro fuerte remezón, y otro en el momento en que escribo. Tiembla ligeramente cada quince ó veinte minutos. La noche está bellísima; la luna se refleja en el lago y el mar; brillan las estrellas y la aurora austral; una suave brisa del Sur ha soplado desde el amanecer. Hemos construído un espacioso rancho con cañas de Guayaquil y del lago, de modo que podemos

comer y dormir bajo techo. Glennie y yo dormimos en la tienda; los demás en el rancho.

Jueves 21 de Noviembre.—A las dos y media A. M. me despertó un recio temblor. Diez minutos antes de las tres hubo otro muy recio que nos hizo sentir de nuevo esa absoluta impotencia del hombre que tanto consterna y aterroriza.

Un cuarto antes de las ocho, otro menos fuerte; á las nueve y cuarto, diez y media y una y cuarto, otros sacudimientos; veinte minutos antes de las dos hubo uno acompañado de un fuerte ruido, que duró minuto y medio, y á las diez y cuarto otro más, el último algo considerable de hoy. Fuera de estos temblores más ó menos alarmantes, hubo ligeros movimientos cada veinte ó treinta minutos.

Mr. M. ha vuelto del puerto. Lord Cochrane se encontraba á bordo de la *O'Higgins* cuando sobrevino el primer terrible temblor, é inmediatamente bajó á tierra y se dirigió á casa del Director, para quien hizo armar una tienda en el cerro, detrás de la ciudad (1). El almirante me escribe que mi casita de campo subsiste en pie, en medio de ruinas. Dice Mr. M. que en el Almendral no ha quedado servible ninguna casa. La iglesia de la Merced está enteramente destruída. En el puerto no hay ninguna casa habitable, aunque muchas conservan aún sus formas.

No se ve á nadie en las calles. Los cerros están cubiertos de infelices sin hogar, presas del terror que mutuamente se transmiten y acrecientan. Los buques atestados

(1) El Director don Bernardo O'Higgins, que vino á Valparaíso con fines evidentemente hostiles respecto de lord Cochrane, logró apenas salvar con vida, gracias á su prontitud para salir de la casa de la gobernación. Recibió en esa terrible noche protección y atenciones del almirante, que, así al menos lo espero por el honor de la humanidad, lo indujeron á suspender sus hostiles intenciones. Pero mucho temo que su alejamiento temporal del gobierno al llegar á Santiago haya sido sólo para dejar á otros en libertad de obrar como les plazca.

de gente; faltan provisiones; los hornos de pan destruídos, y los panaderos sin poder trabajar. Han muerto cinco ingleses. Están saccando cadáveres de los escombros; pero las pérdidas de vidas no han sido tantas como pudo temerse. Si la catástrofe hubiera sobrevenido más tarde, cuando la gente se hubiera retirado á dormir, el número de víctimas habría sido espantoso. Casablanca, según dicen, está totalmente arruinada.

Viernes 22 de Noviembre.—Tres recios temblores á las cuatro y cuarto, siete y media y nueve. Después de esto, tres fuertes explosiones, alternando con ligeras trepidaciones de la tierra; á las once, violento remezón; dos ó tres suaves antes de la una y tranquilidad hasta las siete P. M., hora en que tembló ligeramente.

Como estamos á treinta millas del puerto y á noventa de la capital, las noticias se demoran en llegarnos. Hoy hemos sabido que Santiago sufrió menos de lo que temíamos. La casa de moneda, seriamenle deteriorada; una parte del palacio directorial derrumbada; algunas casas é iglesias con las murallas abiertas; pero fuera de la destrucción, en varios puntos de los canales de regadío, no hay que lamentar daños muy graves. Un caballero de Valparaíso dice que la sensación que se experimentó á bordo de los buques fué como si hubieran levado anclas y partido con súbita velocidad, chocando con rocas á medida que avanzaban. Anoche predijeron los sacerdotes un temblor más violento que el primero. Nadie se acostó; la gente se agolpó en los buques; los cerros se cubrieron de infelices que alrededor de fuegos pasaron la noche esperando un horrendo cataclismo.

En la noche del 19, en los momentos del terremoto, el mar subió repentinamente en la bahía de Valparaíso, y luego se retiró á gran distancia. Al cabo de un cuarto de hora pareció recobrar su equilibrio; pero la playa ha quedado más descubierta en toda su extensión y las rocas sobresalen del agua cuatro pies más que antes.

Tales son las noticias que nos llegan de lejos. También

tuvimos aquí una profecía de un gran cataclismo y salida del mar, y los crédulos campesinos abandonaron sus chozas y huyeron á los cerros. La catástrofe no se realizó y lo atribuyen á la intercesión de Nuestra Señora de Quintero, que tiene una capilla en las antiguas casas, donde su imagen ha sido objeto de largo tiempo atrás de una especial veneración.

Allí acudieron, en aquella espantosa noche, todas las mujeres de la vecindad, y con clamores y sollozos imploraron su protección, mesándose los cabellos y prodigándole los más tiernos nombres.

No acudió á socorrerles, sin embargo, y á la mañana siguiente, cuando los sacerdotes consiguieron abrir las puertas obstruídas por los escombros, encontraron la imagen en tierra, con algunos dedos quebrados y sin cabeza. No tardaron, empero, en restituirla á su anterior estado, y vistiéndola con ropas nuevas, la colocaron en actitud de bendecir delante de su destruído santuario.

Hoy tuvimos una densa niebla y fría llovizna toda la mañana. Desde medio día se despejó el cielo é hizo calor. En varios de los temblores observé que en la mesa el vino ó el agua no se agitaban con un movimiento vibratorio regular, sino que parecían como proyectados hacia arriba por porciones.

En una botella de agua vi formarse en la superficie tres de estos agregados ó porciones, que luego parecieron lanzarse contra las paredes de la botella y se deshicieron. Lo mismo noté en un vaso de mercurio. No tenemos barómetros, y no sé si se han hecho observaciones sobre este fenómeno.

Sábado 23.—Los temblores disminuyeron en fuerza y frecuencia durante la noche y las primeres horas del día. Sólo se sintió uno antes de las cuatro P. M.; entre esta hora y las diez hubo cuatro. Tiempo nublado, pero agradable.

Más noticias de los lugares vecinos. Los pescadores de ésta y las playas inmediatas afirman que en la noche

del 19 vieron una luz á gran distancia en el mar. Permaneció un rato inmóvil; avanzó en seguida hacia la costa y dividiéndose en dos desapareció. La credulidad de la gente la ha convertido en la Virgen, que vino á salvar al país.

Una beata reputada por santa predijo en Santiago la catástrofe el día anterior. La gente oró, y la ciudad escapó casi ilesa. Despacharon un propio á Valparaíso á dar al pueblo la voz de alarma; pero llegó demasiado tarde, á pesar de haber muerto dos caballos en el viaje.

Desde el 19 las jóvenes de Santiago, vestidas de blanco, descalzas, con la cabeza descubierta, sueltos los cabellos y con crucifijos negros, han recorrido las calles cantando himnos y letanías, en procesión y precedidas por las órdenes religiosas.

Al principio las iglesias pasaban atestadas de gente y las campanas doblaban sin cesar, hasta que el gobierno, en vista de que las torres de varias iglesias amenazaban derrumbarse, las mandó cerrar por temor de que cayeran sobre la gente, que ahora practica sus actos de devoción en las calles. Todas las familias dedican á sus hijas á esta piadosa ocupación.

Por fin hemos tenido noticias auténticas de la ruina de Quillota por medio de don Fausto del Hoyo, prisionero de lord Cochrane. Desde que goza de libertad de residencia, vive generalmente en Quillota, y de cuando en cuando en Quintero. Llama á lord Cochrane *el tío*, tratamiento cariñoso que suelen dar los soldados á su jefe y los niños á los ancianos.

Es hombre malicioso, pero de mediocre inteligencia, muy amante de España, su patria, y resuelto á no meterse más en guerras. Estuvo con Romana en el Norte de Alemania y Dinamarca; se embarcó con él en el *Victoria*, siguió sus fortunas y por fin llegó á Chile con la expedición en la *María Isabel*, hoy la *O'Higgins*, y cayó prisionero en Valdivia.

Refiere don Fausto que se encontraba con algunos

amigos en la plaza de Quillota, tomando parte con el pueblo en las fiestas que celebran en la víspera de la octava de San Martín, patrono de la ciudad (1). La plaza estaba llena de puestos y enramadas de arrayán y rosas, en que había jaranas, borracheras, bailes, músicas, máscaras, en suma, una escena de disipación, ó mejor dicho, de libertinaje. Sobrevino el terremoto, y todo cambió como por encanto.

En lugar de los cantos y de los sonidos del rabel, alzóse un grito de ¡misericordia! ¡misericordia! Todos se golpeaban el pecho y se postraban en la tierra. Tejiendo coronas de espinas, las ponían sobre sus cabezas y las oprimían hasta que la sangre les corría por el rostro. Las flores de la fiesta yacían pisoteadas sobre la tierra. Algunos corrieron á sus casas destruídas á salvar á sus hijos, olvidados en las horas de regocijo, amorosamente recordados en los momentos de peligro. Los sacerdotes oraban, retorciendo angustiosamente sus manos, ante los destrozados altares, y el pueblo y las familias huían á los cerros. Tal fué la noche del 19 en Quillota.

El día 20 amaneció sobre una escena de espantosa desolación. De la gran ciudad sólo quedaban en pie veinte casas y una iglesia. Todos los hornos yacían en ruinas y no había pan. El gobernador había huído.

Sus pecados atrajeron sobre la ciudad el castigo del cielo. Así lo proclamaba el pueblo á gritos, y algunos llegaron hasta acusar al gobierno de Santiago, cuya tiranía había excitado á Dios á la venganza. Mientras tanto, el teniente gobernador, Mr. Fawkner, inglés de nacimiento, reunió á los principales de la ciudad para tomar algunas medidas en alivio de los damnificados.

Acudió entre ellos un señor Dueñas, caballero de dis-

(1) Don Fausto lo llama San Martín de Tours. En tal caso, debió decir la octava, no la víspera de la octava, pues San Martín de Tours se celebra el 4 de Julio, el 13 de Diciembre y el 11 de Noviembre. Esta última es su fiesta principal y su octava cae el 19. Si es realmente la víspera de la octava, se trata, sin duda, del Papa San Martín, cuya fiesta se celebra el 12 de Noviembre.

tinguida familia, casado con una de las Carreras de Viña del Mar y dueño de la hacienda de San Pedro (1). En el momento del terremoto hallábase en su casa con su esposa y su hijo. En la imposibilidad de salvar á los dos al mismo tiempo, optó por salvar primero á su mujer. Mientras la sacaba de la casa, cayó el techo y aplastó á su hijo. Sufrió grandes pérdidas materiales. Agobiado bajo el peso del dolor, acudió al llamado de Fawkner.

Le dijo que ya había dado orden de que mataran cuatro bueyes y los distribuyeran entre los pobres, expresándole además el deseo de que él como gobernador recordara que él, Dueñas, á pesar de sus fuertes pérdidas, era relativamente rico y estaba dispuesto á compartir sus bienes con sus vecinos y compañeros de infortunio.

Domingo 24.—Mi registro de temblores me da hoy cinco: á las ocho A. M., á la una, tres, cinco y once P. M. El primero me sorprendió á caballo y no lo sentí.

Pensé ir al puerto el día 20; pero por la gran crece del río y lo peligroso de su vado demoré el viaje hasta hoy. Partí á las seis. Los terraplenes y bordes de los canales están en general agrietados ó derrumbados. En toda la playa, entre la Herradura y Concon, hay hendiduras, casi rellenas ya por la arena; algunas rocas y piedras que las más bajas mareas nunca dejaban en seco, distan ahora de la orilla del agua en la baja mar un espacio suficiente para pasar á caballo. A medida que me aproximaba al río, las grietas y aberturas del suelo de aluvión asumían mayores proporciones.

En las orillas del río la tierra parece haberse hundido. En algunas partes, como en Valle Alegre, ha subido agua y arena por las hendiduras. A pesar de la grande altura del agua en el vado lo pasamos sin peligro, aunque una mula que llevaba mi equipaje perdió pie y alcanzó á ser arrastrada un buen trecho por la corriente antes que pudiera reponerse lo bastante para llegar nadando á la ori-

(1) Don Joaquín de Dueñas y Balbontín, casado con doña Juana Carrera y Aguirre. —*(N. del T.)*

lla opuesta. Mis amigos de Concon han sufrido mucho.

De la mitad del techo de la casa cayeron todas las tejas; de la otra una gran parte. Las murallas del molino se derrumbaron, pero los sólidos pilares de las esquinas sostuvieron el techo, y la maquinaria sufrió poco. Las paredes del canal del molino, destruídas. Este ha ganado con la modificación del lecho del río, pues ahora el agua tiene algunas pulgadas más de caída que antes.

La noche del 19 fué tremenda en Concon. Los dos niños de Mr. Miers dormían en piezas separadas y no comunicadas entre sí, y una de ellas comunicaba solamente por el corredor con el resto de la casa. Después de sacar á su esposa, que clamaba por sus niños, Mr. Miers corrió á salvar al menor de ellos, porque la lluvia de tejas le impedía acercarse al aposento del mayor. Aprovechando un momento de tranquilidad, entró de nuevo; encontró al niño dormido y lo sacó sano y salvo. La familia pasó toda la noche sin dormir, frente á las ruinas de su hogar.

En la mañana armaron una carpa, y á mi llegada tenían ya una ramada ó choza de ramas de árboles. Durante el remezón principal la tierra se rasgó bajo sus mismos pies. Dicen que el fragor que se sentía en el valle fué de lo más espantoso que puede imaginarse. La iglesia se derrumbó. Las casas de la hacienda, casi destruídas.

En Viña del Mar encontré á toda la familia instalada en una ramada en el zaguán; de la casa no queda en pie sino una parte del muro exterior; la ruina fué completa; no hay allí un sitio donde pueda refugiarse un ser viviente. El pequeño llano está cubierto de conos de uno á cuatro pies de altura, que surgieron en la noche del 19 y arrojaron agua y arena.

Traté de aproximarme á uno de ellos; pero el caballo comenzó á hundirse como si pisara sobre arena movediza, por lo cual desistí de mi intento, no queriendo exponerme á pagar demasiado caro la satisfacción de mi curiosidad.

El camino entre Viña del Mar y el puerto ha sufrido

mucho por los derrumbes de rocas de los cerros. Hay una parte muy peligrosa; pero los caballos chilenos son tan seguros, que la pasé sin otro temor que el de que en ese instante sobreviniera un fuerte temblor.

Llegué por fin á las alturas del puerto, desde las cuales no presenta la ciudad alteraciones notables, salvo la ausencia de las torres y de los edificios mayores; vistas desde lejos, las ruinas en las líneas de las calles hacen la ilusión de que poco ó nada falta. Cuando estuve más cerca, las carpas y ramadas de los infelices fugitivos reclamaron toda mi atención, pues allí se me presentó la horrible catástrofe en un aspecto enteramente nuevo para mí. Ricos y pobres, jóvenes y ancianos, amos y criados, todos estaban confundidos y apiñados en una intimidad que, aun aquí donde las diferencias de clases no son tan marcadas y hondas como en Europa, me pareció verdaderamente pavorosa.

Ahora comprendo el poder desmoralizador y relajador de los respetos sociales de las grandes calamidades. Los historiadores de la Edad Media nos describen epidemias en que la gente huía de las ciudades y se refugiaba en los campos por escapar al contagio, volviendo después con el contagio mil veces peor de la corrupción de las costumbres.

La famosa peste de Londres tuvo también su parte de calamidad moral. Muy útil es la adversidad para los individuos y para los hombres educados; pero lo que hace desgraciadas á grandes masas de hombres, las daña también moralmente y las pervierte.

Me dirigí entristecida á mi casa, donde se han refugiado algunas personas. Ha sufrido tan poco con el terremoto, que, á lo que creo, su deterioro se reduce á la pérdida de catorce tejas y el desprendimiento de algunos trozos de blanqueo, que atestiguan la violencia de los remezones. Abrigaba la esperanza, al ver el estado de los ranchos inmediatos, de que mis vecinos hubieran librado con vida.

Pero la pobre María se me acercó con evidentes demostraciones de un gran sufrimiento. Le pregunté por su hijo Pablito, un bello chico de cinco años, y prorrumpió en llanto. Me refirió en medio de sollozos que salió á la casa de un vecino dejando al niño dormido en su camita. Vino el terremoto; corrió á salvar á su hijo; entró á la choza y lo encontró en la cama; pero una viga desprendida del techo le había caído sobre la cabeza... Sin saber que era su hijo, no le habría sido posible reconocerlo por su rostro.

Añadióse á éste otro dolor. Vinieron á sacar el pequeño cadáver para darle sepultura. Ella no alcanzaba á tener cuatro pesos para pagar los derechos. Negáronse, por tanto, á sepultarlo en lugar sagrado. "¡Han arrojado á mi hijo á un hoyo como á un perro, donde lo pisotearán los caballos y las mulas y no tendrá una sola oración cristiana!" Esto no necesita comentarios, que serían tan inútiles como lo fueron las palabras de consuelo que dirigí á la desdichada madre. "¡Ah, señora—exclamó en contestación á ellas—; si al menos hubiera estado usted aquí!"

Viendo que mi casa había escapado casi ilesa, el clero lo atribuyó á milagro. El día 20 amaneció junto á mi estufa Nuestra Señora del Pilar, vestida de raso, á la que se ofrecieron numerosas dádivas en agradecimiento de la protección dispensada á mi casa. Supongo que los donantes se llevaron una brújula de plata de bolsillo y un frasco de esencias, únicos objetos que eché de menos.

Como esta tarde no tenía ocupaciones que me retuvieran en la casa, monté á caballo y fuí al puerto, después de tomar algún alimento. El Almendral presenta un aspecto tristísimo. No queda una sola casa habitable. Hacia la parte de los cerros los techos y las murallas en ruinas; hacia el lado del mar, muy deteriorados. La torre de la iglesia es un montón de arena, pedazos de ladrillos, trozos de estuco con restos de decoración y pintura; en una palabra, un hacinamiento de todo lo que tienen de feo y triste las ruinas recientes.

Aún subsiste una parte del techo, suspendida entre algunos de los estribos ó contrafuertes laterales; y los informes restos de santos y demonios acrecientan el horror de aquel espectáculo de desolación. El puerto, totalmente destruído en algunas partes; en otras, casi ileso. Hay fuertes en que no ha quedado piedra sobre piedra, y almacenes en que apenas se aflojaron las tejas.

Las filas de edificios destruídos alternan con las de edificios no destruídos. Parece que en los lugares donde los fundamentos descansan sobre vetas de granito los edificios resistieron bastante bien; no así aquellos cuyos fundamentos descansan sobre arena.

La ciudad estaba desierta. Me dirigí á bordo del buque mercante inglés *Medway*, donde el capitán White dió hospitalidad á mis amigos Hogans y muchos otros. Me invitó á quedarme á dormir. Las noticias que oí á bordo despertaron de nuevo mi interés por los negocios de Chile, que el terremoto y las emociones por él producidas me habían hecho olvidar.

Por fin el gobierno ha resuelto pagar á los marinos. El primer proyecto, sugerido, según se cree, por San Martín, era pagar á los marineros y oficiales subalternos antes que á los de mayor graduación, y pagarles en tierra, en la oficina de pago, que les proporcionaría boletas de licencia absoluta ó por cuatro meses, á elección de los interesados, dejando así á los buques, almirante y oficiales en la bahía, sin un solo marinero. El almirante, naturalmente, no aceptó semejante plan, y los pagos están haciéndose á bordo.

El primero tuvo lugar el día del terremoto, y me dicen que los marineros que bajaron á tierra con licencia y con dinero, para divertirse en compañía de sus amigos, aumentaron la confusión y el trastorno de aquella desastrosa noche. Se les dan pagarés por veinticinco pesos, de que sólo reciben cuatro en dinero; el resto se les obliga á invertirlo en los almacenes que con este fin ha establecido Arcos en el puerto.

La *Independencia*, el mejor buque de la escuadra, fué despachado hoy sin autorización del almirante, sin siquiera la formalidad de transmitir la orden por su conducto. Zenteno, como ministro de Marina, decretó que el buque partiera á desempeñar una comisión. Se cree que va en persecución de uno ó más buques que conducen dinero y provisiones á San Carlos de Chiloé.

Lunes 25.—A las ocho y cuarto de la mañana hubo un fuerte temblor que derribó gran parte de lo que quedó en pie en la noche del 19. Me he ocupado todo el día en empaquetar mis libros, vestidos, etc., para mudarme, porque mi casa ha sido arrendada á algunos sujetos que, viéndola en tan buen estado, cohecharon al dueño para que me la quitara. *¡Son ingleses!*

Sorprendiéronme en esta tarea lord Cochrane y el capitán Crosbie. El almirante insistió bondadosa y nobilísimamente en que me quedara en Quintero con mi pobre inválido y no pensara en salir de allí hasta mejores tiempos y circunstancias más favorables. Me agregó que él iría muy luego allá á preparar el albergue que deberemos ocupar hasta que Glennie esté capaz de resistir un viaje.

Martes 26.—Hoy hubo cinco temblores. De muchos no tomo nota, porque, salvo que sean muy violentos, ya no me despiertan de noche. Mientras me ocupaba en empaquetar, me sorprendió ver llegar á caballo á mi amigo Mr. C. Acababa de llegar de Concepción: 170 leguas, que ha recorrido por caminos desviados en cinco días. Pasó por Talca y San Fernando; en estos lugares y en Concepción se sintió el terremoto, pero con poca violencia. Mr. H., que acababa de regresar de Santiago, me dice que Casablanca y Melipilla son montones de ruinas. Illapel, también destruída; sus iglesias, ruinosas. Sólo los ranchos resistieron, gracias á la elasticidad de su construcción y materiales; y aunque el barro ha saltado de los intersticios, no ofrecen peligro.

Mr. C. trae noticias más importantes que las referen-

tes al terremoto. El pueblo de Concepción, irritado por las injustas disposiciones del reglamento de comercio y otras medidas opresivas, lo quemó junto con la Constitución en la plaza del mercado; convocó una Convención de oposición, é insistió en que Freire se pusiera en marcha con el objeto (de que no hacen misterio) de derrocar á Rodríguez y la inicua administración de que forma parte. Freire se ha puesto ya en marcha; pero aún no es tiempo de que sus movimientos se sepan en Santiago. Yo, por supuesto, no puedo decir nada mientras la noticia no venga de una fuente menos privada; pero sí conjeturar; y se me ocurre que el plan ha sido asegurar á Freire el apoyo de la escuadra. Pero no, no puede ser; el honor lo prohibe, y la escuadra de Chile no olvidará el honor mientras lord Cochrane sea, siquiera nominalmente, su Almirante.

Viernes 27.—Hoy, varios temblores suaves, dos muy recios á las 10 A. M. y á las 6 P. M. Vino mi simpático amigo Mr. B., cuyo próximo matrimonio y las circunstancias con él relacionadas constituyen un interesante capítulo en la historia del progreso de la tolerancia en Chile. En otros matrimonios de esta especie los extranjeros han abrazado casi siempre la religión de sus novias, pero mi amigo participa de los sentimientos de los héroes de Richardson; con lo cual no quiero significar que, como Sir Charles Grandison, se presenta á las seis de la mañana de gran parada y con redecilla y peluca, ni comparar á la novia con la incomparable Clementina, sino que ha observado en este negocio una conducta firme y recta por lo que toca á su conciencia y sagaz y prudente por lo que atañe á su patria de adopción, conducta en que ha tenido el apoyo del Director, á despecho de la intolerancia y del espíritu de partido. No queriendo que su novia abjurara su fe, ni cambiar él la suya, solicitó del obispo la licencia y dispensa necesarias para casarse. El prelado se negó á dárselas mientras no entrara al seno de la Iglesia. El gobierno intervino, representando

al obispo que los actuales tiempos exigían menos fanatismo y el bien del país mayor liberalidad respecto de los extranjeros. El obispo persistió en su resolución, hasta que se le notificó que si no cedía no se devolverían á la Iglesia ciertos diezmos y emolumentos que había perdido en las últimas conmociones civiles. Y ahora, después de conceder de mala gana la licencia, todo lo que ha ganado se reduce á la propuesta por el gobierno de un concordato que cercena sus entradas y disminuye su poder.

Es un hombre ambicioso y fanático, aparentemente vinculado al actual gobierno por varios lazos, de los cuales es, sin duda, el más fuerte la sociedad de Arcos, casado con una sobrina suya, con Rodríguez. Tiene, empero, más fuertes vinculaciones con los que hacen oposición á O'Higgins, ya como partidarios de los desdichados Carreras, ya como descontentos. Este matrimonio ha dado lugar á violentas discusiones que la firmeza y prudencia de M. B. han llevado á buen término.

Propusiéronsele transacciones y componendas poco correctas para salvar las apariencias de parte de la Iglesia; pero él quería que el asunto tuviera una solución legal y pública, no sólo por sus principios, sino también para establecer un precedente importante para lo sucesivo.

Hoy pensé volver á Quintero en la lancha de la *Lautaro*, que me ofrecieron amablemente para ese objeto. Pero, contra lo que generalmente ocurre en esta época del año, se levantó un recio viento Norte que frustró mis planes. En la noche se descargó una fuerte lluvia que causó grandes perjuicios en los objetos que quedaron á la intemperie después del terremoto y que puso en un estado miserable los infelices campamentos de los cerros. El pueblo la celebra, sin embargo, porque cree que la lluvia extinguirá el fuego que causa los terremotos, que, por tanto, no volverán á repetirse.

28.—A pesar de la lluvia, que duró hasta la media noche, hoy tembló no menos de cinco veces. El fanatismo se ha puesto en campaña durante este calamitoso período,

creyendo, sin duda, favorable la ocasión para recuperar una parte del terreno que de algún tiempo atrás venía perdiendo. Hoy era el día fijado para la ejecución de un francés y tres chilenos que se introdujeron durante la noche en un buque anclado en la bahía, hirieron gravemente al capitán y al piloto y robaron una fuerte suma.

El clero ha estado excitando al pueblo á levantarse en favor de los reos, anunciando nuevas y grandes calamidades si se permite que buenos católicos sean ejecutados á causa de los herejes.

El gobierno, sabedor de estas intrigas, hizo rodear de numerosos soldados el lugar de la ejecución, que se verificó tranquilamente. Y no es éste un caso aislado.

El clero ha tratado de excitar al pueblo á atacar á los herejes, pero sin resultado; ya sea porque éste oye tales insinuaciones con indiferencia, ya porque no reconoce en los cultos y benéficos extranjeros residentes en el país los execrables rasgos y costumbres que el clero atribuye á los pobres herejes en sus imaginarias pinturas.

Fuí después de almorzar á bordo del buque del almirante á visitar á algunos amigos que en la noche del 19 se refugiaron allí con sus familias y á quienes ha cedido su cámara, instalándose él mismo en una carpa sobre cubierta. Los oficiales con quienes hablé sobre los efectos del terremoto á bordo, me dijeron que al sentir el sacudimiento y el pavoroso ruido, en que al fragor de la tierra convulsa se agregaba el estrépito de la ciudad que se derrumbaba; miraron hacia el puerto y sólo vieron una inmensa nube de polvo, de que se alzó un terrible grito de horror y de angustia.

Lord Cochrane y otros marinos se arrojaron inmediatamente á un bote para acudir en auxilio, si había aún posibilidad de auxilio, de las víctimas de la catástrofe. Arrebatados por una impetuosa ola, tocaron tierra en un punto á que jamás había llegado antes bote alguno. Viéronla en seguida retirarse enhiesta y terrible, dejando en seco numerosas lanchas y otras pequeñas embarcacio-

nes. No dudaron por un instante que volvería é inundaría la arruinada ciudad. No volvió, y el fondo de la bahía se ha levantado como tres pies. Cada uno tenía algún extraordinario episodio que referir.

La señora D. se encontraba sola con sus dos niños en su casa; su padre y su marido habían salido. Los criados huyeron al primer remezón. Ella estaba con los niños en un aposento del segundo piso; daba el pecho al menor mientras el mayor dormía en su cuna. En la imposibilidad de sacar á los dos á la vez, llegóse á la cuna y apoyada en ella, con la criatura en los brazos, resolvió aguardar, presa de mortal angustia, lo que sucediera. Allí la encontró alguien que acudió en su auxilio y la llevó á bordo de un buque.

Después de pasar la mañana á bordo de la *O'Higgins*, escuchando con vivo interés estos emocionantes relatos, volví á Quintero en la lancha de la *Lautaro*, que hizo el viaje en tres horas; y podría haberlo hecho en menos tiempo á no impedírselo el fuerte oleaje causado por el viento Norte de ayer.

29.—Hoy sólo un temblor, bastante recio.

30.—Antes de las diez y á las dos, temblores acompañados de fuertes ruidos. Rara vez tiembla sin ningún ruido. Algunas veces precede al temblor un sonido semejante á una explosión; otras lo acompaña una especie de ruido sordo y prolongado; otras, por fin, se siente éste sin movimiento perceptible, aunque prueba que lo hay la agitación del mercurio en el vaso.

1.º de Diciembre.—Temblores suaves, pero frecuentes. Fuimos hoy á caballo al pueblecito de La Placilla, pasando por la hacienda de los Maitenes y por la laguna de Campiche, que deslinda con la hacienda de Quintero. Paisajes bellísimos. El valle de la laguna es muy fértil y productivo. La Placilla es un bonito lugar, que me recuerda algunos de Inglaterra.

Está situada á orillas del riachuelo de la Ligua (1). Sus

(1) El pequeño pueblo de la Ligua, famoso por sus caballos, fué destruído en la noche del 19.

ranchos, rodeados de huertos y jardines, son excelentes en su género. Circundan el pueblo campos de pasturaje y trigo, y las montañas le forman un bello horizonte. A nuestra llegada la gente venía saliendo de misa, que se celebró en una ramada, dentro del cementerio, pues la iglesia y casa parroquial, los únicos edificios de cal y ladrillo del pueblo, cayeron en tierra el 19, totalmente la primera, en parte la segunda. Encontramos al cura en un pequeño y sucio cuarto, su oficina probablemente, en que había unos veinte libros viejos con grasientas cubiertas de cuero negro y un lío de lana en un rincón.

Después de ofrecernos un poco de ron nos condujo sobre montones de escombros á otro aposento poco deteriorado, en que nos presentó pan, queso, mantequilla, leche y aguardiente, invitándonos á merendar con él, á que accedimos de buena gana. Fuí en seguida á arreglar cuentas con la hija del juez del pueblo, mi lavandera, nada menos. En los antiguos tiempos las reinas y las princesas lavaban para sus padres y hermanos, y no dudo que la princesa Nausica, como las damas de por acá, llevaba á lavar la ropa sucia al río (1).

Fuerza es confesar que en figura y elegancia una joven lavandera chilena aventaja con mucho á las nuestras; pero si redunda ó no en bien de la comunidad que las hijas de los administradores de justicia se dediquen á este oficio, es punto que dejo á la consideración y dictamen de personas más competentes que yo, aunque, si no me equivoco, hay algo contra ello en un estatuto del primer año del reinado de Jorge III en que se declara que la independencia de los jueces debe considerarse necesaria para su rectitud. Pero estamos muy lejos de Inglaterra.

2 de Diciembre.—Hoy, un solo temblor, en las primeras horas de la mañana. Recuerdo haber oído comentar con extrañeza la flema de los habitantes de Caracas, que después de transcurrir algunos meses sin ninguna violen-

(1) Hija del rey Antinoo, que figura en la Odisea de Homero.—*(N. del T.)*

ta convulsión terrestre y cuando sólo temblaba una vez cada cinco ó seis horas, volvieron á reedificar sus casas. El hombre se acostumbra á todo.

Aunque apenas han trascurrido quince días desde que en torno nuestro "cayeron por tierra templos y torres", y aunque vivimos en carpas y chozas levantadas alrededor de nuestros arruinados hogares, seguimos ocupándonos en nuestros negocios y hasta en nuestras diversiones como si nada hubiera acontecido, y nos entregamos al sueño con tanta tranquilidad como si poco ha no hubiéramos visto á la tierra que nos sustenta bambolearse y perder su equilibrio. Y hasta nos queda tiempo para ocuparnos en lecturas de historia y poesía, á fin de comparar con los sucesos que hemos presenciado las descripciones de hombres que no fueron testigos de los luctuosos acontecimientos que nos refieren. Entre ellas se distingue por su belleza y verdad la que nos da Childe Harold de la batalla de Trasimeno, en que tal fué el furor y encarnizamiento de la pelea, que los combatientes no sintieron un terremoto que durante ella sobrevino.

"The earth to tem was as a rolling bark
Which bore them to eternity; they saw
The ocean round, but had no time to mark
The motions of their vessel: Nature's law
Int hem suspended, reck'd not of the awe
Which reigns when mountains tremble, and the birds
Plunge in the clouds for refuge, and withdraw
From their downstoppling nests, and bellowing herds
Stumble o'er heaving plains, and man's dread hath no words" (1).

---

(1) "La tierra era para ellos como un barco mecido por las ondas que los llevaba á la eternidad. Veían el océano en torno de ellos; pero no tenían tiempo que marcara el movimiento del bajel. Las leyes de la Naturaleza, suspendidas para ellos, no hacían caso del terror que reina cuando las montañas tiemblan y los pájaros se refugian en las nubes, abandonando sus derribados nidos y los rebaños huyen mugiendo y desatentados por el convulso llano y el espanto hace enmudecer los labios del hombre.."—*Lord Byron, Childe Harold's Pilgrimage,* Canto IV, estrofa 64.—*(N. del T.)*

El viento Sur ha llegado ya con sus densas nubes de polvo que no nos permiten escribir. Para defender de ellas nuestros alimentos nos rufugiamos en una pequeña glorieta al abrigo de un cerro, donde en un comedor dispuesto por la Naturaleza y cuya puerta y ventanas dan al mar, comemos y permanecemos hasta la caída de la tarde, y entonces nos reunimos alrededor de un gran fuego que encendemos frente á nuestras carpas (1) y charlamos hasta la hora de dormir. Difícilmente podríamos tener un compañero mejor que don Benito (2). Ha visto tantas cosas que nosotros jamás hemos visto ni oído, que nunca le falta algo nuevo que contarnos. En cuanto á memoria, creo que ni la misma sultana Scheherezada le aventaja, motivo por el cual hemos bautizado sus relatos con el nombre de "Mil y una noches peruanas".

Refiérenos historias de los estudiantes de Quito, que prueban que profesores y estudiantes son allá lo que son y siempre han sido en todos los tiempos y países; historias de amor que demuestran que los corazones juveniles pueden sentir, confiar, sufrir, en los valles de los Andes como en los de Europa; episodios de la revolución, en que se ve de cuánto son capaces las pasiones y afectos humanos. Estos son con mucho los más interesantes y de ellos podrían sacarse argumentos de tragedias y novelas. He aquí, por ejemplo, dos que nos refirió anoche:

Juana María Pola, de Santa Fe de Bogotá, era una mujer cuyo marido, hermanos é hijos estaban profundamente comprometidos en la causa de la revolución. Cuando los patriotas se apoderaron de Santa Fe, después de tomar los cuarteles de la infantería y caballería realista, interrumpieron las hostilidades para reunir fuerzas suficientes con que atacar la artillería enemiga. Hubo entonces

(1) Supe después que este fuego que todas las noches veían desde Valparaíso, dió ocasión á que se creyera que en Quintero había estallado un volcán.

(2) Así llamaban en Quintero á Mr. Bennet, por corrupción de este apellido.—*(N. del T.)*

un intervalo en que "los más intrépidos contuvieron su aliento". Juana María encontró á su hijo entre las tropas que esperaban refuerzos.—"¿Qué haces aquí"—le preguntó—. "Espero el momento de combatir por la patria". —"Arrodíllate entonces y recibe la bendición de tu madre. Nosotras las mujeres iremos adelante á recibir los primeros fuegos, y tú irás por sobre nuestros cuerpos á apoderarte de aquel cañón, y salvarás á tu patria." Dió la bendición á su hijo, se precipitó delante de los soldados y obtuvieron el triunfo. Desde ese día tuvo la intrépida mujer grado y paga de capitán. Pero los realistas reconquistaron á Santa Fe, y Juana María fué una de sus primeras víctimas. Lleváronla á la plaza del mercado y la fusilaron.

José María Melgado era un joven de distinguida familia y excelente educación. Se recibió de abogado á la edad de veintidós años y estaba al casarse con una joven que amaba. Cuando se levantó Pomacao, uniósele al instante Melgado, á quien nombraron fiscal militar del ejército patriota. Poco tiempo después el general Ramírez se apoderó del cuartel general de Pomacao, y Melgado, entre otros, fué tomado prisionero y condenado á muerte.

Su familia y amigos gozaban de tanta influencia, que podría haber alcanzado su perdón sometiéndose á la real piedad y abrazando la causa realista. Pero fué sordo á todas las instancias que se le hicieron en este sentido y ni siquiera se le pudo arrancar una palabra de respuesta. Lleváronlo, por fin, al lugar de la ejecución. Un sacerdote vino á confeserlo, y en ese lugar y en esos solemnes momentos lo exhortó á que devolviera la paz á su conciencia reconociendo libre y plenamente su delito y sometiéndose al rey, prometiéndole alcanzar su indulto si tal hacía.

Contestóle con fuego que menos que de nadie era propio de un sacerdote perturbar los últimos momentos de un moribundo y recordarle intereses mundanos á que ya había renunciado su alma; que era una insensatez

hablarle de indulto estando ya irrevocablemente sellado su destino, como él mismo lo sabía perfectamente, sí, y aún desde el momento en que se unió á Pomacao. "Un hombre—agregó—debe pensarlo muy bien antes de cambiar de opiniones ó de partido; pero una vez que, después de meditarlo seriamente, hace su elección, jamás debe apartarse de ella.

„Además, ya es tarde para hablarme de indulto ó de cambio de ideas. Lo hecho, hecho está; no me arrepiento de ello. Creí de mi deber abrazar la causa de la libertad de mi patria; lo mismo creo todavía, y estoy dispuesto á morir por ella. Mal parece en un sacerdote, lo repito una vez más, que perturbe la tranquilidad de mi última hora." El sacerdote se retiró. Melgado pidió permiso al ayudante para fumar un cigarro, diciéndole que sentía los nervios excitados y deseaba tranquilizarse. Obtenido el permiso, volvióse hacia los circunstantes y dijo: "¿Quiere alguien darme un cigarro, por amor de Dios?»

Un soldado le pasó uno, que fumó hasta la mitad y arrojó, diciendo que ya estaba pronto y tranquilo. Acercóse el oficial á vendarle los ojos. Lo rechazó, y dijo: "Déjenme siquiera morir con mis ojos libres". Se le observó que era necesario. "Bien, bien—replicó—; yo mismo me los cubriré". Y cubriéndolos con su mano, manifestó que estaba pronto, y recibió la descarga.

Los sur-americanos abrazan sus causas con verdadero entusiasmo. Son ignorantes, oprimidos, indolentes y tímidos quizá. Pero lanzaron el grito de independencia; apareció en su horizonte la estrella de la libertad, y ni ésta volverá á eclipsarse por orden de España, ni á aquél impondrá silencio el hasta ahora irresistible talismán de la autoridad real. Las huestes han penetrado en las selvas vírgenes del nuevo mundo, escalado montañas, atrevesado lagos y pantanos, para saludarse unos á otros como obreros de la misma causa, como copartícipes de la recién conquistada libertad que están resueltos á dejar á sus hijos.

Pasará largo tiempo quizá antes que estas naciones se arreglen y consoliden; sus formas de gobierno fluctuarán muchos años, y correrá todavía mucha sangre por la causa de la libertad, pues, ¡ay! ¿qué bien hay en la tierra que no sea comprado al precio de algún mal? Pero el cetro de hierro de la metrópoli no volverá á imperar sobre estos países.

Martes 3 de Diciembre.—La tierra, que parecía haber recobrado su tranquilidad, se sacudió hoy con violencia á las tres treinta A. M., á las nueve, á medio día (largo y recio temblor con fuerte ruido), á las dos, y á media noche el quinto y último, no inferior á los de los tres primeros días, con excepción del grande del 19.

Miércoles 4.—Cuatro fuertes remezones antes de las ocho de la mañana parecieron amenazar con una repetición de los que se siguieron al día 19 de Noviembre. Tembló después dos veces más, pero suavemente.

Las noticias de la marcha de Freire se han hecho públicas, así como las de la reunión de la Convención provincial y su censura de la de Santiago por haberse declarado la primera asamblea representativa y porque se atribuye la facultad de aceptar la renuncia del Director y de reelegirlo, actos que consideran ilegales. Se susurra que el Director piensa abdicar. Le ha herido profundamente lo que él llama la ingratitud de Freire, á quien fué adicto como un valiente á otro valiente y á quien siempre favoreció y patrocinó. Freire y sus soldados han llevado adelante con feliz éxito una larga y penosa guerra. No se les ha pagado, y se dice que Freire tiene otro motivo de resentimiento contra la familia del Director, si no contra el Director mismo.

El general Freire amaba apasionadamente á una joven que la batalla de Maipú dejó huérfana (1). Su amor era

(1) Doña Nicolasa de Toro y Dumont, hija de don José Gregorio de Toro y Valdés. No quedó huérfana por la batalla de Maipú, como dice la señora Graham, pues don José Gregorio falleció en 1816. En

correspondido, y esperaba casarse con ella. En su calidad de huérfana la joven estaba bajo la tutela del gobierno, que la dió por esposa á otro. Ella, con sus cuantiosos bienes de fortuna, fué arrebatada al hombre que la amaba para premiar, según dicen, á un meritorio oficial. ¿Quién más meritorio que Freire? Este devoró la afrenta en silencio, pero ¿puede haberla olvidado? Se le propuso otro matrimonio, que rechazó con indignación, infiriéndose así un doble ultraje á sus sentimientos.

Provocaciones menores que éstas han armado en otros tiempos naciones contra naciones, y en un país semi-civilizado como éste los sentimientos privados tienen más parte en la suma total de las causas de las guerras civiles que en naciones más adelantadas, en que la cultura hace asemejarse tanto á los hombres unos á otros y les da tanto dominio sobre las manifestaciones externas de sus sentimientos que las emociones individuales rara vez tienen influencia fuera del círculo de la familia.

El general Freire nació en Chile, de padre europeo, no sé si francés ó inglés (1). No ha estado en Europa ni ha leído nada. Posee en cambio poderosas facultades naturales, sagacidad y un carácter recto y generoso. Se ha consagrado completamente á las armas. Lo siento por Chile. En el estado actual del país cada día de tranquilidad es un gran beneficio para él, á pesar de su mal gobierno. Hay aquí buenos elementos que para prosperar sólo necesitan tiempo y tranquilidad.

Es muy lamentable que el mal proceder de los ministros encienda la guerra civil, la peor de las plagas, y retarde el progreso de la nación, objeto de tantos esfuerzos y sacrificios. Podría dirigir á la República las palabras de un antiguo poeta:

Maipú murió el otro hijo de éste, don Manuel, que combatía en el ejército realista. Por la muerte de don Manuel entró su hermana doña Nicolasa en el goce del majorazgo.—*(N. del T.)*

(1) Ni francés, ni inglés, sino español.—*(N. del T.)*

"Ill-fated vessel! shall the waves again
Tempestuous bear thee to the faithless main?
What would thy madness, thus with storms to sport?
Ah! yet with caution keep the friendly port
. . . .
The guardian gods are lost,
Whom you might call in future tempests tost" (1).

Jueves 5 de Diciembre.—Hemos pasado un día más tranquilo. Sólo hubo tres temblores suaves.

Viernes 6.—Sólo dos temblores, pero el viento más fuerte de que tengo memoria. Día espléndido. La bahía, bella como nunca, con las blancas crestas de las olas sobre la superficie azul. Nos vimos obligados á refugiarnos en el bosquecillo, porque la arena penetra en el rancho por todas partes y casi nos ahoga.

Até las ramas de quintral que cuelgan de los maitenes á los arbustos que crecen debajo de éstos, con lo que nuestro muro quedó más firme y más elegante la ventana y con vista al mar y á los cerros. Con una de las puertas que cayeron en el terremoto y cuatro postes enterrados en el suelo fabricamos una magnífica mesa de comedor.

7 de Diciembre.—Temblor suave á las seis A. M., seguido de uno más fuerte. Otro en la tarde.

Lord Cochrane llegó en el *Moctezuma* con el capitán Winter y los señores Grenfell y Jackson. Glennie, que parecía haber ganado terreno en los últimos quince días, tuvo hoy otro ataque.

Domingo 8.—Temblor muy fuerte.

Lunes 9.—Temblor suave; día nublado y obscuro; 65° Fahrenheit. En la tarde, agradable paseo por la playa con lord Cochrane. Fuimos principalmente con el objeto

(1) "¡Desdichada nave! ¿De nuevo te llevarán las tempestuosas olas á la pérfida costa? ¿Qué locura es la tuya que así juegas con las tempestades? ¡Ah! sé prudente y quédate en el seguro puerto... Ya no existen los dioses tutelares á quienes podrías invocar en las futuras tormentas". —*Horacio*, oda 14 del libro II, de la elegante paráfrasis que de las poesías del lírico latino publicó en el siglo XVIII Felipe Francis.—*(N. del T.)*

de ver los efectos causados por el terremoto en las rocas. En Valparaíso la playa se levantó como tres pies y algunas rocas quedaron descubiertas. En ellas han encontrado los pescadores una especie de ostra que creen no existía antes allí. Observamos grandes hendiduras en la tierra entre la casa y la playa. En las rocas se ven numerosas quebraduras, evidentemente nuevas, y todas en una misma dirección.

Parecíanos que penetrábamos en los secretos del laboratorio de la Naturaleza. Al través de los lechos naturales de granito hay vetas de una pulgada á una línea de espesor, llenas la mayor parte de partículas blancas brillantes, probablemente cuarzo, y en algunas partes sobresalen un poco de la superficie de la roca. En otras las vetas tienen los bordes contorneados y las partículas blancas no las llenan, sino que revisten parcialmente sus paredes. Las grietas producidas por este terremoto se distinguen fácilmente por el filo de los bordes de las antiguas.

Las que les corresponden en los cerros vecinos son mucho más anchas. En algunas partes la tierra se ha partido y caído, dejando descubierta la base rocosa de los cerros. En la playa, á pesar de la alta marea, muchas rocas, cubiertas de moluscos muertos, quedan en seco, lo que prueba que se ha levantado como cuatro pies en la Herradura. Sobre estas conchas recientes encuéntranse otras más antiguas á diversas alturas en toda la extensión de la costa, cemo también cerca de las cimas de los cerros más altos de Chile, más aún, en los Andes mismos, según he oído. ¿Provienen de levantamientos del fondo del mar, producidos por convulsiones terrestres? De vuelta de nuestro paseo recogí en la playa, en una pequeña caleta de pescadores, un poco de arena ó más bien polvo de hierro, muy sensible al imán é idéntico al que me trajeron no ha mucho de las islas de las Perlas (1). Aquí las

(1) Grupo de islas del golfo de Panamá.—*(N. del T.)*

rocas son de granito gris, y el suelo de arena mezclada con tierra vegetal y capas de piedrecillas y conchas que suelen elevarse á más de 50 pies sobre el nivel de la playa.

Las tardes y las mañanas son en estos lugares de una belleza incomparable. Esta tarde, cuando volvíamos á la casa, los nevados Andes estaban vestidos de rosa y bermellón, y los cerros más próximos de brillante púrpura, mientras el sol desaparecía en el mar, esplendoroso y sin nubes.

Martes 10.—Mientras comíamos con lord Cochrane y los señores Jackson, Bennet y Orelle sobrevino un temblor que excedió en fuerza y longitud á todos los ocurridos después del terremoto del 19 de Noviembre. Algunos salieron de la casa (1), pues ahora habitamos en la parte que de ella quedó en pie, y yo corrí al lecho del pobre Glennie, á quien causó el temblor una fuerte hemorragia que detuve con láudano.

Poco después hubo un temblor suave y otro bastante recio á las tres y media. Soplaba un fuerte viento y el termómetro marcaba 65° Fahrenheit.

11.—A las 7,30 A. M. violento remezón, acompañado de fuerte explosión; otros, á las diez, seguidos de dos muy suaves.

12.—A mediodía fuerte temblor y poco después uno suave. A nuestro regreso de una excursión á caballo por Valle Alegre y Campiche encontramos una gran cantidad de algas marinas y otra de moluscos muertos y fétidos, abandonados allí por el mar en la noche del 19 de Noviembre. Uno de los días más bellos de que tengo recuerdo. "Sobre la superficie del Océano todo dormía menos el viento", que á su paso por entre bosquecillos de aromáticos arbustos recogía y nos traía perfumes casi embriagadores. No concibo un clima mejor qne el de Chile ni más delicioso para los que en él habitan, y ahora que

(1) La parte construída de madera y enlucida resistió muy bien, pues sólo cayó el enlucido.

ya estoy acostumbrada á las convulsiones de la tierra me parecen un mal menor de lo que antes podría haber imaginado. La curiosa descripción que hace de Chile el antiguo Purchas (1) es tan exacta como singular y pintoresco su estilo. "El pobre valle—dice, hablando de Chile—, es de tal modo tiranizado por los meteoros y elementos, que á veces tiembla de miedo, y en estos accesos de fiebre y calofríos pierde sus mejores adornos. De esta suerte cayó por tierra Arequipa, una de sus más bellas ciudades, en el desastre de 1582. Y algunas veces los cerros también se contagian con esta fiebre pestilente y caen como muertos en el llano, asustando de tal modo á los tímidos ríos que huyen de sus lechos y buscan otros nuevos, ó bien se quedan paralizados de espanto, y faltándoles entonces el calor motor, les sobreviene una extraña hinchazón del vientre, que crece hasta formar extensos é inmóviles lagos. Las mareas, al ver esto, detienen su curso y no se atreven á acercarse á sus amados ríos, que quedan á millas de distancia, de suerte que los buques tienen que naufragar necesariamente. Hallándose entonces la pobre tierra con la boca obstruída y el estómago sobrecargado, se ve obligada á abrirse otras bocas, por donde vomita torrentes de perjudiciales aguas. Nada digo de las bestias y de los hombres, que en estas guerras civiles de la Naturaleza tienen forzosamente que sufrir crueles miserias".

13, 14, 15 y 16 de Diciembre.—Cuatro temblores por día, acompañados de fuertes ruidos, y varias explosiones sin movimiento perceptible, semejantes á cañonazos disparados en el mar. Me he ocupado en leer las acusaciones de San Martín contra lord Cochrane y la contestación del almirante.

Las acusaciones son tan frívolas como despreciables, y precisamente calculadas para excitar y fomentar la envi-

(1) Samuel Purchas, sabio y erudito teólogo inglés que, después de reunir más de mil doscientas relaciones de viajeros ingleses y de otros países, las aprovechó para redactar sus curiosísimas *Peregrinaciones*, que publicó en 1625, en cinco volúmenes en folio.—*(N. del T.)*

dia que su talento y su doble calidad de extranjero y de noble han despertado contra él. Presentadas al gobierno de Santiago durante la ausencia del almirante y por conducto de personas cuya malevolencia agravó los cargos con pérfidas insinuaciones, han ofendido su honor á la vez que importan un peligro para su seguridad personal. Felizmente ciertos íntimos sentimientos impidieron al Director dar crédito á algunos de esos cargos, y no ignoraba que existían documentos que refutaban otros. Por esta causa rogó á lord Cochrane que no contestara inmediatamente á San Martín, temeroso de que la contestación envolviera á los gobiernos de Chile y del Perú en dificultades ó aun en una guerra.

Ahora, sin embargo, alejado San Martín del gobierno del Perú y no pudiendo ya resultar ningún mal de la refutación de las atroces calumnias que ha esparcido aquí y hecho llegar á las naciones extranjeras, lord Cochrane le ha dirigido una carta en que no sólo se justifica sino que también expone la bajeza, crueldad y cobardía de su acusador.

Aunque esta carta nada tuviera que hacer con la vindicación de lord Cochrane ó con las acusaciones de San Martin, el cuadro que presenta de la dirección de la guerra en el Perú, haría de ella uno de los documentos más interesantes que se hayan publicado sobre los asuntos sur-americanos.

17.—Mr. Grenfell llegó hoy del puerto con importantes noticias. El general Freire está en Talca, y una división del ejército de Santiago tiene orden de estar pronta para atacarlo. Los marinos de la escuadra, á las órdenes del mayor Hyne, partieron anoche á Santiago, por disposición del ministerio de Marina, á reforzar las tropas del Director.

Varias órdenes arbitrarias dadas á la escuadra han inducido al almirante á volver al puerto y reasumir el mando. Ordenóse á la *Galvarino* estar pronto para salir, se susurra que con el objeto de tomar á bordo un personaje

importante, probablemente San Martín, y conducirlo á Buenos Aires ú otro lugar seguro, por temor de que le corten la retirada por los Andes. Dióse anteriormente esta misma orden, y con el mismo objeto, según se cree, aunque el buque debía mantenerse cerca de la costa y tomar al pasajero ó pasajeros señalados en la desembocadura del Maipo. Pero la escuadra no permitió entonces su salida ni la permitirá ahora, pues tiene títulos sobre el buque, destinado á ser vendido para pagar á los oficiales y marineros.

La *Lautaro* ha cargado sus cañones para echar á pique á la *Galvarino* si pretende moverse sin licencia expresa del almirante. El fuerte ha cargado también los suyos, pero la escuadra se ríe del fuerte y sus cañones. La vuelta de lord Cochrane al mando pondrá de nuevo, sin duda, las cosas en orden.

El partido del Sur ha desplegado actividad en tierra y en el mar. El capitán Casey, que lo fué de puerto en Talcahuano, manda un gran buque que llegó anoche á Valparaíso pero no ancló. Envió un bote á la *O'Higgins*, se supone con el designio de inducir á la escuadra á abandonar la causa del Director y pronunciarse contra el gobierno, á quien han jurado fidelidad los oficiales y tripulación. Si tal fué su designio, ha fracasado.

El capitán Casey siguió viaje á Coquimbo, donde probablemente tendrá mejor éxito. Ese puerto, como los del Sur, es gravemente perjudicado por el reglamento de comercio; las tropas también están irritadas por la demora en pagárseles sus sueldos, y si he de creer en las noticias qua traen los traficantes en ganados y otras personas, están á punto de sublevarse. Las tropas de Quillota y Aconcagua se han negado á marchar á la capital, y aunque se reclutan nuevos milicianos en todos los lugares vecinos, el gobierno no puede contar con ellos con certeza.

Se comienza á sentir la inquietud que precede á una guerra civil. Nuestras pistolas están limpias y tenemos

provisión de balas. Estamos muy inquietos por el almirante, que partió á caballo á la capital sin más compañía que la de un criado.

Miércoles 18 de Diciembre.—Tres temblores suaves.

Jueves 19.—Largo temblor con ruido muy fuerte y varios suaves.

Viernes 20.—Varios temblores suaves, que no sentí por estar á caballo. Parece que los caballos y las mulas no sienten los temblores y ruidos sino cuando son bastante fuertes.

Fuí á caballo á Valparaíso. La mañana estaba triste y brumosa. No acierto á describir el efecto de un día como éste en el paisaje en las nueve millas que median entre Quintero y Concon. A un lado las dunas, desprovistas de toda vegetación, al otro una fuerte marejada, ambas al parecer interminables y como perdidas en la niebla.

Abríala de cuando en cuando una ráfaga de viento, y entonces las tierras distantes parecían suspendidas sobre el horizonte, y yo avanzaba con una especie de impaciencia de ver cómo terminaba aquello.

Me sentía con disposiciones para filosofar un poco. Terremotos bajo mis pies, pensaba; preludios de guerra civil en torno mío, mi pobre primo enfermo y muriéndose y mi noble amigo, el único verdadero amigo que aquí tengo, próximo á dejar el país, al menos por algún tiempo (1).

Todo esto me dejaba sin nada con que contar fuera del presente, y, tal como el camino que en esos momentos recorría, el porvenir se me presentaba envuelto en densas nubes ó á lo sumo me permitía entrever apenas vagas vislumbres de lo que podría reservárseme.

En casos como éste se despierta en el hombre cierta propensión á ver bajo un aspecto cómico sus infortunios. Más de una vez me sorprendí durante el camino sonriéndome al descubrir no sé qué imaginarias semejanzas en-

(1) Véase la proclama de lord Cochrane á los chilenos, que transcribimos más adelante.

tre la vida humana y las escenas que me rodeaban, ó la pensar en la mala estrella que había traído á una inglesa; esto es, á la más doméstica de las criaturas, casi á los antípodas, en medio de las conmociones de la Naturaleza y de la sociedad.

Pero si jamás cae á la tierra un pajarillo sin que sea prevista su caída, puedo estar cierta de que no seré olvidada. Muchas veces tengo que recurrir á esta certidumbre para poder soportar males y molestias á que nadie, ni aun el más abyecto, se sometería en mi dichoso país sin quejarse de su suerte.

La aparición de Mr. Miers en la pequeña roca, cerca de la desembocadura del río, disipó mis sombrías reflexiones. Había venido á mostrarme el nuevo vado, porque el antiguo estaba peligroso, y seguimos juntos á la casa, donde almorzamos. Empleé hora y cuarto en recorrer las doce millas, incluyendo el paso del vado, que no es fácil de encontrar y atravesar, pues el río, aunque de poca profundidad, es más ancho y correntoso que el Támesis en el puente de Londres. Mr. Miers me acompañó al puerto. Después de hacer algunas compras (pues algunos comerciantes van durante el día á sus almacenes) y cambiar mis ropas de montar, fuí á comer á bordo de la *O'Higgins*.

Lord Cochrane ha presentado dos veces su renuncia al gobierno, que no se la ha aceptado. Está firmemente resuelto á ausentarse por algún tiempo. Después de la comida, mientras esperaba un bote para ir á bordo de otro buque, apoyada en el coronamiento de popa de la fragata, me puse á reflexionar sobre las dificultades de mi situación actual y las que me aguardaban, especialmente si venían las lluvias antes que Glennie estuviera capaz de emprender viaje á otro lugar donde pudiera habitar en una casa seca y sana, y sentí un abatimiento de ánimo como muy pocos lances adversos (y he sufrido muchos y harto dolorosos) me habían ocasionado. No veía de dónde podría venirme algún auxilio, y he aquí que me vino

de repente de donde no lo esperaba ni me habría atrevido á esperarlo.

Lord Cochrane llegóse á mí y, solitando bondadosamente mi atención, me dijo que estando próximo á alejarse del país, yo le quitaría un gran peso del ánimo si consentía en irme con él. No podía conformarse—me dijo—con dejar así á la viuda de un oficial inglés abandonada y sin protección alguna, en un país sembrado de ruinas y asolado por la guerra civil. Le repliqué que no podía dejar á mi primo enfermo y que había prometido á su madre velar por él.—"No le exijo tal cosa—contestó lord Cochrane—; él también partirá con nosotros, y por cierto que no lo cuidaremos con menos solicitud y esmero que usted".—No pude contestar una palabra, ni siquiera dirigirle una mirada de agradecimiento; pero cualquiera que haya tenida un peso sobre su corazón, que le ha parecido imposible de soportar ó de aliviar, y ve que una mano generosa se lo quita con delicada bondad y cuando menos lo esperaba, comprenderá lo que sentí en aquel momento, adivinará una pequeña parte de la gratitud que llenó mi corazón y que no acerté á expresar.

21.—Hoy un temblor fuerte y varios suaves. Mis amigos ingleses están instalados con relativa comodidad en los buques anclados en la bahía, por cuyas cámaras ó parte de ellas pagan alquiler. El gobernador de Valparaíso y su familia viven en las barracas de los arsenales. Muchos de los más ricos se han ido á Santiago; los pobres y los de la clase media continúan acampados en los cerros vecinos.

Al extraer los escombros de la ciudad se han encontrado más muertos de los que al principio se supuso que habría. Algunos comerciantes han armado carpas y casuchas de madera en las calles más anchas y allí duermen y custodian sus mercaderías. Nadie se atreve todavia á pasar la noche en su casa, con excepción de madame Pharoux, la linda esposa del dueño del hotel francés. Siempre sonriente detrás de su mostrador, estas cosas *inouies*

à Paris apenas le merecen un ligero encogimiento de hombros. Por lo demás, el terremoto, que apagó los fuegos de todas las cocinas menos los de la suya, le ha dejado un buen provecho. Ha tenido suerte, y la merece.

22.—Sólo tres sacudimientos ligeros. Los preparativos de mi viaje me retienen todavía en Valparaíso. Paso el día empaquetando en tierra y comiendo con mis amigos á bordo. Duermo en un rincón de la cámara en que se halla albergada la señora D. y su familia, á bordo de la *O'Higgins*. Con razón dice Shakespeare: "los infortunios obligan al hombre á familiarizarse con extraños compañeros". Ingleses y chilenos, hombres, mujeres y niños, nos encontramos reunidos en una familiar promiscuidad sólo explicable por los sufrimientos por que, unos más otros menos, todos hemos pasado.

23.—Ligeros movimientos que fueron sentidos á bordo y en tierra. Fuí á Quintero con mi equipaje en la lancha de la *Lautaro*. Empleamos cuatro horas y media en el viaje. Mi llegada á Quintero no careció de importancia. Había dicho chanceándome á mis amigos de ese lugar que estaba resuelta á celebrar con un *plum-pudding* la Pascua de Navidad y que volvería con todos los materiales y á tiempo para hacerlo.

Efectivamente, antes de embarcarme en el puerto me procuré pasas, azúcar, especias y frutas confitadas; pero no fuí yo la única en recordar la promesa, pues fuí saludada al llegar por Mr. Jackson con una chistosa poesía de circustancias. Para mí, que nunca leo un libro nuevo, ó sólo por casualidad cuando algún comerciante norteamericano trae alguna reimpresión hecha en Filadelfia de una novela de Londres ó Edimburgo (el *Pirata* (1) es la última que he visto), un nuevo poema, siquiera sea de cien ó cincuenta versos, sobre cualquier asunto, es un acontecimiento literario y como tal se le celebra. Sea lo

---

(1) De Walter Scott. Su primera edición se publicó en Edimburg en 1822, es decir, unos pocos meses antes de la fecha en que escribía la señora Graham.—*(N. del T.)*

que fuere, estoy cierta de que ninguna oda de cumpleaños, con excepción quizá de las famosas *odas probatorias* (1), causó jamás á sus lectores ú oyentes mayor placer que nuestra *budinesca* rapsodia; y así como se levantaron las murallas de Tebas al son de la lira de Anfión, así también aderecé mis ciruelas y fabriqué mi budín con el acompañamiento de los versos de Mr. Jackson. Libre ya de mis inquietudes y alentada por la esperanza de verme pronto en mi patria, mi ánimo está dispuesto á gozar de todo.

25 de Diciembre.—Después de la completa tranquilidad de ayer, nos sorprendió desprevenidos á las ocho de la mañana un violentísimo temblor, sólo inferior al del 19 de Noviembre. Siguiéronle otros menos intensos, que no nos alarmaron como el primero.

Todos estamos ocupados en los preparativos para dejar esta deliciosa tierra, pues lo es á despecho de sus terremotos. Sentiría menos dejarla si la viera próspera y en paz; pero á cada momento nos llegan noticias y rumores de guerra. El pueblo de Coquimbo se ha declarado abiertamente en contra del Director, ha convocado un congreso provincial y se manifiesta resuelto á resistir al gobierno de Santiago por todos los medios posibles.

26.—Hoy sólo dos temblores.

27.—Cuatro temblores. Hoy supimos que en la capital reina la mayor consternación. Dícese que los pagarés de Arcos tienen un descuento de 40 por 100. Él mismo los rechaza. Nos aseguran que un meritorio oficial fué reducido á prisión á consecuencias de una disputa que se suscitó sobre el particular y en que Arcos se condujo indignamente. Sea lo que fuere, ello es que el gobierno demuestra sus alarmas recurriendo á tan miserables expedientes.

A fin de parecer fuerte y rico, ha expedido decretos concernientes á la reconstrucción de Valparaíso, y se habla de grandes proyectos. Pero el golpe maestro es la or-

(1) Ignoro á qué odas se refiere la señora.—(*N. del T.*)

den dada al almirante de poner los buques *O'Higgins* y *Valdivia* á disposición del comandante de Marina, so pretexto de que necesitan reparación, y de convertir la *Lautaro* en transporte.

Esto corresponde á tres fines. Se hará creer al pueblo que el gobierno tiene suficientes recursos para tomar sobre sí un gasto tan fuerte como el que demandará la reparación de los dos buques en las presentes circunstancias. Se despoja á lord Cochrane de toda su autoridad, y como el gobierno no le ha aceptado todavía la renuncia, sus enemigos lo consideran, con no poca satisfacción, como una especie de prisionero de Estado, y no dudo que, si á tanto se atrevieran, sería sacrificado á la misma malevolencia personal que inspiró las acusaciones que contra él se formularon en Abril. Se quedará en el puerto hasta dejar á la *Lautaro* imposibilitada para navegar, ya sea quitándole los mástiles ó de otra manera. Ha enarbolado su insignia en la goleta *Moctezuma*, lo único servible que hay actualmente en la bahía, pues el *Galvarino*, sin un solo inglés á bordo, se hizo por fin á la vela con su permiso, á solicitud del Director, para ir á desempeñar una comisión reservada.

Los que concertaron este golpe se olvidaron probablemente de la goleta. Pronto, á Dios gracias, estará fuera del alcance de los que así lo tratan en pago del bien que les ha hecho. Los marineros han sido pagados y despedidos. Quedan sólo los oficiales, y con sueldo íntegro. No se deben sueldos atrasados sino á la tripulación de la *Moctezuma* y á una parte de la *Lautaro*.

Las tropas están descontentas y sospecho que el respeto á la persona del Director es lo único que mantiene aún en pie su desgraciado gobierno.

28.—Hoy algunos ligeros temblores.

Domingo 29.—La tierra ha estado muy tranquila durante las últimas veinticuatro horas.

Lord Cochrane llegó con D. y su familia. Estaban refugiados á bordo de la *O'Higgins*, y ahora que el buque ha

sido desmantelado no tienen dónde guarecerse. Aquí, al menos, encontrarán albergue entre las carpas y los ranchos y tranquilidad y bondadosas atenciones.

Formamos una abigarrada compañía, congregada en un extraño sitio. La parte principal de la casa yace en tierra delante de nosotros. Toda la enmaderación ha sido removida, y las murallas blanqueadas yacen casi enteras delante de las ventanas de la parte habitable del edificio.

Aún subsiste en pie un pequeño vestíbulo, que sirve de oficina al secretario del almirante y en que duermen dos ó más personas; un aposento, que por cortesía llaman mío, ocupado por Glennie, mi criada y yo, además de lo que puede contener de mi ropa, libros y muebles, quedando el resto delante del cuarto, al aire libre; el aposento del almirante, donde duerme en un sofá y atiende á sus negocios y donde comemos todos cuando el viento no nos permite hacerlo en el rancho, sirviendo, además, de despensa; y por último, el cuarto que ocupan Mr. y Mrs. D., sus dos niños y dos criadas. Mr. Bennet, llamado comúnmente don Benito, ha armado una carpa en un bosquecillo á poca distancia de la casa; el rancho sirve de albergue á nuestro prisionero don Fausto, y una extraña colección de sirvientes y holgazanes se asila en las semiarruinadas cocinas y bodega. ¡Tales son los habitantes y tal el actual estado de la casa de Quintero!

La calamidad que cayó sobre el país ha reunido á personas que ninguna otra combinación de circunstancias podría haber puesto en íntimo contacto, personas tan diferentes unas de otras en educación, hábitos y modales como en posición social y carácter, y sólo transitoriamente unidas por una imperiosa necesidad común. ¡Y la casa, todavía inconclusa y en cuya construcción se consultaba la comodidad y hasta la elegancia, convertida en un montón de ruinas!

Martes 31 de Diciembre de 1822.—La tierra ha estado sosegada estos últimos días. Una ó dos veces durante el

día y generalmente otras tantas durante la noche, hay ligeros movimientos, y de cuando en cuando fuertes ruidos, pero nada de alarmante.

Los preparativos de viaje nos dejan poco tiempo para preocuparnos de otras cosas. Hemos sabido, sin embargo, que el descontento contra el gobierno cunde día á día, especialmente en el Norte, y que la Convención de Coquimbo hace lo posible por procurarse recursos con que resistir á O'Higgins. Envió 20.000 pesos á Freire.

Después de comer vamos, generalmente, á la playa á gozar de la vista y música del mar, que viene "como las dichas que pasaron, dulces y melancólicas para el alma". Hoy permanecimos largo tiempo en el promontorio de la Herradura para ver ocultarse en el Pacífico el último sol de 1822, y después que se perdió en el mar nos quedamos contemplando las cimas de los Andes doradas por sus rayos. Las olas rodeaban casi enteramente nuestra roca.

Hacia el lado de la tierra y hasta donde podían alcanzar nuestros ojos, no se veía otra cosa que las ruinas de una habitación humana. Las sombras de la tarde nos impedían distinguir los pequeños espacios cultivados robados aquí y allá á los espesos jarales que se extienden hasta los cerros. El ganado se había retirado á los bosques, y fuera de las aves nocturnas que revoloteaban en torno nuestro, ningún ser animado nos recordaba que aún pertenecemos al mundo de los vivos.

Mis pensamientos volaban á otros tiempos ya lejanos en que la vida y sus goces eran jóvenes, en que tuve corazones que simpatizaban con el mío y amigos que sentían conmigo. El último sol del año pasado se ocultó dejándome esperanzas, confianza casi; pero ahora la generosidad de un hombre, casi un extraño para mí, ofrece á mis penas sólo un alivio pasajero. El dolor y la muerte han hecho de mí su presa; mis mayores esperanzas se han desvanecido, y tendré que buscar algo que llene mi vida para que no me sea insoportable.

Mi compañero me sacó de mis reflexiones recordándo-

me lo avanzado de la hora. Volví á la casa en silencio y entregada siempre á mis tristes, pero no ingratos recuerdos. Así terminó este año, quizás el más desgraciado de mi vida.

1.º de Enero de 1823.—Razón tuvo Young para exclamar: «¡Dulce restaurador de la fatigada Naturaleza, reparador sueño!» Esta bella y fresca mañana me ha despertado á la vida, á la luz, á la esperanza, á la certidumbre de que, suceda lo que suceda, este año no puede ser tan calamitoso como el pasado. No tengo ya nada que perder, y sí algo que ganar en cada pequeño goce que me depare la suerte.

Los inconvenientes de vivir con tanta gente se hacen mayores á medida que avanzan nuestros preparativos de viaje. Lord Cochrane ha mandado armar carpas en la playa, á las que se trasladará inmediatamente mi equipaje y después una parte de los huéspedes.

He cumplido solícitamente mi misión y tengo la satisfacción de ver que la salud de mi inválido va mejorando gradualmente.

2.—Por fin, hemos dividido á los numerosos huéspedes de Quintero. El comedor ha sido transportado cerca de las carpas. La familia D. queda en tranquila posesión de la casa, con el administrador de la hacienda, que ha establecido aquí un saladero en que ha preparado carne de buey por valor de cerca de diez mil pesos, tan buena como la mejor de Irlanda.

Nuestra nueva residencia forma una línea á lo largo de la playa, en el orden siguiente: primero, el rancho que nos sirve de comedor, cerca del cerro, con una choza de pescadores en que hemos instalado la cocina y un manantial de agua dulce; segundo, una gran carpa, dividida por un biombo en dos departamentos, uno para Glennie y el otro para mí; tercero, la carpa que ocupa lord Cochrane; cuarto, otra, ocupada por el equipaje y un cuidador; quinto, la de Mr. Jackson; sexto, la de don Fausto, y por fin, la de Carrillo.

Don Benito ha armado la suya fuera de la línea y detrás de las anteriores, de modo que cada uno dispone ahora de su departamento independiente, y todos pueden reunirse en el rancho cuando les place. Las olas llegan hasta unas pocas varas de nuestras carpas, rodando suavemente frente á ellas y rompiéndose un poco hacia la izquierda alrededor de las rocas y de los restos del *Aguila*, una de las presas tomadas por el almirante en Guayaquil. Los moluscos los han invadido, interior y exteriormente, y á esta circunstancia debemos uno de nuestros más exquisitos manjares, el gran barnacle comestible, conocido aquí con el nombre de *pico*. Mandé á mi criada á Concon á que se encargara del cuidado de los niños de la señora Miers.

Aquí estaba de más, y no creo que la vida á lo Robin Hood que llevamos sea muy conveniente para una muchacha de buena cara. Allá no correrá peligro y lo pasará muy bien.

3 de Enero.—Hoy armé la prensa litográfica en la carpa de lord Cochrane para imprimir la siguiente proclama á los chilenos, que espero tener lista mañana:

«¡CHILENOS, MIS COMPATRIOTAS!

Quintero, Enero 4 de 1823.

„El enemigo común de América ha sucumbido en Chile. Vuestra bandera tricolor tremola en el Pacífico, afianzada con vuestros sacrificios. Algunas conmociones intestinas perturban á Chile; no me toca investigar sus causas ni acelerar ó retardar sus efectos; sólo me es permitido desear que el resultado sea favorable á los intereses nacionales.

„¡Chilenos! Habéis expulsado de vuestro país los enemigos de vuestra independencia; no mancilléis acto tan glorioso alentando la discordia y promoviendo la anar-

quía, el mayor de todos los males. Consultad la dignidad á que os ha elevado vuestro heroísmo; y si os veis en la precisión de adoptar alguna medida para afianzar vuestra libertad nacional, juzgad por vosotros mismos, obrad con prudencia, y dejáos guiar por la justicia y la razón.

„Cuatro años hace que la sagrada causa de vuestra independencia me llamó á Chile. Os ayudé á conquistarla. La he visto consumada. Sólo resta ahora conservarla.

„Os dejo por algún tiempo, á fin de no mezclarme en asuntos ajenos de mi deber, y por otras razones que guardo por ahora en el silencio, para no fomentar el espíritu de partido.

„¡Chilenos! Sabéis que la independencia se obtiene á la punta de la bayoneta. Sabed también que la libertad se funda en la buena fe y en las leyes del honor, y que aquellos que contravienen á ellas son vuestros únicos enemigos, entre los que nunca encontraréis á

COCHRANE.»

Nos proponemos también imprimir otra dirigida en la misma fecha á los comerciantes ingleses y de otras nacionalidades establecidos en Valparaíso. Dice así:

«A LOS COMERCIANTES DE VALPARAÍSO

»*Quintero, Chile, Enero 4 de 1823.*

„Señores:

„No me es posible dejar este país sin manifestaros la viva satisfacción que me causa el ver la extensión que se ha dado á vuestro comercio, abriendo á todos el tráfico de estas vastas provincias sobre las cuales alagaba España en otro tiempo un exclusivo derecho. La escuadra que mantenía ese monopolio ha desaparecido de la superficie del Océano, y la bandera de la independencia de

la América del Sur tremola por todas partes triunfante, protegiendo aquellas comunicaciones que entre naciones son el manantial de riquezas, poder y prosperidad.

„Si para el logro de este grande objeto se impusieron algunas restricciones, sólo fueron aquellas que sanciona la práctica de todos los Estados civilizados; y si bien ellas han herido los intereses inmediatos de un corto número *que deseaba aprovecharse de las circunstancias accidentales presentadas durante la lucha*, es satisfactorio saber que semejantes intereses sólo han sido pospuestos por el bien general. Si hubiese, sin embargo, algunos que se considerasen agraviados con mi conducta, les ruego que me hagan saber sus quejas, para tener la oportunidad de darles una respuesta particular.

„Espero me haréis la justicia de creer que no me he determinado á alejarme de estos mares hasta ver que nada quedaba por hacer, según los medios de que podía disponer, en vuestra ventaja y seguridad.

„Tengo el honor de ser, señores, su muy adicto y humilde servidor (1).

COCHRANE".

Mr. C., que conoce el manejo de la prensa mejor que nosotros, se ha ofrecido para ayudarnos á sacar las reproducciones.

Me agrada esta rústica vida al aire libre; el más insignificante suceso nos interesa; y como nunca sabemos lo que vendrá ó acaecerá después, el aguijón de la curiosidad nos mantiene en constante expectativa el día entero. La única cosa de que estamos seguros es nuestro paseo de la tarde.

Algunas veces nos entretenemos en examinar los efectos del terremoto y creemos descubrir las huellas de otros incomparablemente más violentos, ocurridos en épocas remotas. Además del placer que nos causa la contempla-

(1) Damos el texto original de esta proclama y de la anterior. *(N. del T.)*

ción del mar, de la tierra y del cielo, no nos faltan otros pequeños pasatiempos. Vamos, por ejemplo, al jardín, que prospera admirablemente, y nos ocupamos en coleccionar semillas de las plantas silvestres del país, aunque por lo temprano de la estación hay todavía pocas maduras.

5.—Hemos perdido otra vez al almirante por algunos días. Trasladamos la prensa litográfica á mi carpa, donde podemos trabajar con más libertad á cualquiera hora, sin interrumpir ocupaciones ajenas y sin que tampoco nos interrumpan.

El trabajo habría marchado á las mil maravillas si no fuera que la tinta enviada por los fabricantes de prensas para la exportación es tan mala, que nos vemos obligados á renovar la escritura en la piedra con mucha frecuencia, de modo que en igualdad de tiempo podríamos haber hecho á pluma el mismo número de copias.

9.—Hoy nos sorprendió la llegada á la bahía de un gran buque que permaneció varias horas lejos de la costa. En las actuales circunstancias todo despierta sospechas, y como el almirante ha estado ausente más tiempo del que esperábamos y sin escribir, comenzamos á tener un poco de alarma por él.

Según las noticias que corren, la actual contienda no tardará en decidirse. Freire llegó al Maule, á seis días de Santiago. Aunque el Director protestó al principio que jamás abandonaría á Rodríguez, parece ahora que no sólo el ministro, sino también sus medidas y el reglamento han sido sacrificados, probablemente demasiado tarde para salvar el resto.

Es indudable que hubo voluntad para reprimir los abusos y debilidad para tolerarlos, y que el respeto y el amor al gobierno han disminuído en proporción á esa debilidad. Lo siento en el alma por el Director. Estoy convencida de que sus intenciones fueron buenas y no puedo olvidar su bondad para conmigo (1).

(1) Recordaré aquí el capítulo primero del libro segundo de los comentarios de Delolme sobre la Constitución de Inglaterra, desde el

10.—Lord Cochrane regresó en la *Motezuma*. Todo lo relativo á nuestro viaje está ya acordado. Nos embarcamos en el bergantín *Colonel Allen*, que vendrá con ese objeto á Quintero.

Esperamos que levará anclas antes de una semana. Todos trabajan ahora activamente: los peones del administrador salan carne en el cerro, los carpinteros clavan cajones, otros individuos cortan tiras de cuero para cuerdas, los secretarios escriben, la prensa litográfica funciona, los marineros ajustan maderos para construir balsas ó almadías en que transportar la carga al buque (1); y en medio de todo esto, personas que van y vienen, ingleses y de otras nacionalidades, á despedirse del almirante, ó, siento decirlo, para darse la triste satisfacción de manifestar su ingratitud.

Hombres por quienes él lo ha hecho todo, mientras estuvo al servicio de Chile y mucho antes, hombres que le deben todo lo que son y valen, le echan en cara el fracaso de sus propias ambiciones y codicias, como si hubiera podido repartir á manos llenas títulos ó distinciones honoríficas ó disponer de los fondos públicos. A su regreso de Acapulco hizo en este sentido por ellos lo que hizo por él mismo: obtener de los ministros una promesa solemne de que se les pagarían y recompensarían sus servicios (2). Si algunos de los oficiales han celebrado contratos privados en ventaja propia, ellos saben mejor que nadie con qué condiciones los ajustaron.

---

párrafo que comienza: "Si volvemos los ojos á todos los países libres", hasta la conclusión de la cita de la *Historia de Florencia*, por Maquiavello, pasaje en que se refieren los sucesos ocurridos en Chile desde 1810, año en que los Carreras abrieron el camino á todos los acontecimientos posteriores.

(1) La palabra castellana *balsa* y la inglesa *raft* significan la misma cosa, pero aquélla sirve también para designar los grandes troncos huecos de árboles, tan livianos como corcho, que se usan ahora en lugar de los cueros inflados de focas que empleaban los indígenas con el mismo objeto.

(2) Véanse las cartas de 4 y 19 de Junio de 1822, en la introducción á este Diario.

Sin embargo, hay algunos en este país, y de sus mejores ciudadanos, que respetan sinceramente al almirante; pero yo creo que en la amistad como en el amor *ce n'est pas tout d'ètre aimé; il faut être apprécié*, y apenas hay aquí uno, que yo sepa, que sea capaz de apreciarlo en lo que vale; de suerte que hasta los homenajes que recibe son indignos de él. ¡Oh, si estuviera en su patria!

17.—Por fin ya está todo á bordo y nosotros listos para partir. Esta mañana lord Cochrane y yo subimos á las cumbres de casi todos los cerros que hay entre la casa de la Herradura y el mar. Quizá será esta la última vez que él recorra estos lugares por los cuales tanto ha hecho, y yo, probablemente, no volveré á ver los sitios donde, á pesar de tantos sufrimientos, he experimentado tantos y tan gratos goces.

Tenemos una numerosa colección de semillas y raíces que espero ver brotar y florecer en mi tierra para que me recuerden ésta en que se me dió una bondadosa hospitalidad que jamás olvidaré (1).

En cuanto al almirante, á pesar de no habérsele recompensado dignamente sus servicios, recordará siempre con satisfacción que fué útil á la gran causa de la independencia sur-americana y á los habitantes de este país, que le deben las primeras ideas de muchos adelantos en la agricultura, en las artes y hasta en el gobierno, ideas que algún día darán fruto. A este respecto, sus recuerdos de Chile no pueden menos de ser gratos.

De vuelta á las carpas encontramos á varios amigos que venían á darnos la despedida, aunque, para decir verdad, las carpas ya no existían y sólo quedaba el rancho, en el cual comimos muy alegremente, aunque con poquísima comodidad, pues, fuera de unos pocos cuchillos y platos, todo estaba ya en el buque. Nos improvisamos tenedores

(1) Mientras se imprimía este pliego un bulbo de la planta que en Chile llaman *Mancaya* floreció en el jardín de los señores Lee y Kennedy, en Hammersmith. Ha recibido el nombre científico de *Cyrtanhia Cochranea.*

de madera y los cuchillos pasaron de mano en mano. Un trozo de carne asada al aire libre y algunas patatas al rescoldo, tal fué nuestra última comida en la Herradura.

18.—Anoche dormimos á bordo. La mañana se empleó en hacer provisión de leña y agua. A las seis, el capitán Crosbie fué á bordo de la *Motezuma* á arriar la insignia de lord Cochrane (1), dándose así por terminada su autoridad naval en Chile. Dispárase un cañonazo y la insignia fué llevada á bordo del *Colonel Allen* y entregada á su señoría, que la recibió de pie en la popa, sin revelar emoción, y recomendó que la guardaran cuidadosamente. Algunos de los que lo rodeaban dieron signos de estar vivamente impresionados (2). Con esa bandera les había mostrado muchas veces el camino de la victoria y siempre el del honor.

Quintero va perdiéndose más y más en el horizonte; sólo Dios sabe si lo volveremos á ver.

Lord Cochrane adoptó á Chile por patria. El gobierno lo trató mal, y ahora, cuando le sería fácil, si lo quisiera, vengarse de los malos tratamientos que ha sufrido, se retira. No ignoro que hay quienes creen justo y conveniente que todos los hombres honrados tomen parte en las conmociones civiles para que los mejores y más prudentes procuren la reconciliación de los bandos. Esto puede convenir á los naturales de un país, mas de ninguna manera á un extranjero, y mucho menos á un extranjero de noble alcurnia y cubierto de glorias militares, en quien podría suponerse que á los medios de imponer su autoridad se uniría el deseo de ejecutarlo.

En este caso, después de haber librado al país de un enemigo extranjero y afianzado su independencia nacional, es prudente, es noble, es generoso mantenerse lejos de las discusiones internas y dejar que los hijos del país

(1) La bandera que usaba á bordo de la *O'Higgins* había sido enviada antes al gobierno.

(2) El capitán Crosbie, los tenientes Grenfell, Shepherd y Clewly, y algunos caballeros de Valparaíso.

sean los árbitros de las conveniencias del mismo. La ley y la justicia mismas sólo pueden preservar á los ciudadanos de males exteriores, más no entremeterse en sus asuntos de familia.

22.—Del 18 al 21 tuvimos muy mal tiempo y mar agitado. Esta mañana divisamos á proa y al través de la niebla la isla de Más Afuera, á unas siete leguas de distancia. Un poco después pusimos proa hacia Juan Fernández, donde completaremos nuestra provisión de agua. Mucho habría sentido, en verdad, dejar el Pacífico sin conocer la isla de Alejandro Selkirk, que con el nombre de Robinsón Crusoe es, después de Don Quijote, el prototipo del más interesante de los héroes de novelas.

24.—Ayer y hoy, Juan Fernández á la vista. Aunque navegábamos á velas desplegadas, no pudimos llegar sino en la tarde, poco antes de ponerse el sol. Es la isla más pintoresca que he visto, toda formada de grandes rocas perpendiculares y hermosos valles, en el mayor de los cuales se ven las ruinas de una pequeña ciudad, que realzan lo pintoresco del conjunto. Cuando anclamos era demasiado tarde para bajar á tierra, pero permanecimos sobre cubierta hasta tarde, admirando la extraordinaria belleza de aquella escena, iluminada por la luz de la luna.

25.—Antes de aclarar, lord Cochrane y demás caballeros bajaron á tierra con el objeto de subir el elevado cerro que se alza detrás del puerto y divisar desde la cumbre el otro lado de la isla, donde dicen que hay llanos y tierras cultivables. Los ví escalar un altísimo pico, y después desembarqué con Glennie y otros para recorrer un poco la isla y comer. Su señoría y compañeros volvieron de su excursión muy contrariados.

El contramaestre del bergantín, que algunos años antes pasó varios días en la isla, se ofreció para guiarlos, pero en vez de llevarlos á la cima más elevada los hizo escalar trabajosamente un áspero picacho de 1.500 pies de altura, rodeado de otros más altos aún, de suerte que desde su cumbre no se veía más que desde abajo. Lord Cochra-

ne trajo de allí un trozo de lava negra, pesada y porosa, y un poco de arcilla dura y llena de celdillas, cuyo interior parece estar ligeramente vitrificado. La isla se compone principalmente, á lo que parece, de esta lava porosa, cuyas estratas, cruzadas en ángulos rectos por una lava negra y compacta, descienden hasta el mar con una inclinación de 22 grados en el lado Este de la isla y de 16 en el opuesto, convergiendo hacia el centro de ella. Los valles son fertilísimos y surcados por numerosos arroyos, que de cuando en cuando forman pantanos en que abunda el berro y otras plantas acuáticas.

El suelo es por lo común de color ocre rojizo; hay montículos y bancos de arcilla roja, y encontré una especie de cenizas volcánicas parecidas á la puzzolana y algunas fragmentos de piedra pómez. El pequeño valle en que se halla la ciudad, ó mejor dicho, sus ruinas, es bellísimo, cubierto de árboles frutales, flores y hierbas aromáticas, y en la parte próxima á la costa de rábanos y avenas marítimas. Juan Fernández sirvió en otro tiempo de presidio para prisioneros políticos, ignoro desde cuándo, probablemente desde la revolución ó poco antes, pues sobre la puerta de la destruída iglesia se lee esta inscripción:

«La casa de Dios es la puerta del cielo, y
se colocó el 24 de Septiembre de 1811.»

Había un pequeño fuerte en la playa, del cual no quedan sino los fosos y parte de un muro, y otro, desproporcionadamente grande para el lugar, en un punto elevado y estratégico. Este tenía un cuartel para la guarnición, arruinado como la mayor parte del fuerte; sólo quedan en pie el muro del frente, el asta de la bandera y una torrecilla.

Bajo el asta de bandera yace un hermoso cañón de bronce fundido en España en 1614. Subsisten aún algunas casas y chozas en regular estado, aunque la mayor parte

de sus puertas, ventanas y techos han sido llevados ó empleados como combustible por las tripulaciones de buques balleneros ú otros que han tocado en la isla.

La condición de la colonia fué floreciente durante algunos años. Los desterrados cultivaban legumbres y árboles frutales, que prosperan aquí admirablemente, tanto que muchas especies se han hecho silvestres y multiplicado hasta el punto de servir para el abastecimiento de los buques, que procuraba á los reos algunos medios con que hacer menos penoso su destierro.

Esto, sin embargo, no tardó en suscitar envidias y recelos, y las autoridades lo prohibieron á los desterrados. Prohibióseles también el cultivo de la vid, á que el terreno de la isla era extraordinariamente favorable, y los rebaños fueron arrojados de los bosques por medio de perros para que los colonos no se hicieran demasiado independientes. No obstante, la colonia se mantuvo durante algún tiempo, y los buques tocaban á menudo en la isla, especialmente para proveerse de agua, que es mejor y más abundante que la de Valparaíso y se conserva más tiempo en el mar; pero después que se prohibió á los prisioneros abastecerse de provisiones, éstas eran enviadas por el gobierno.

A mediados de 1821 estalló un motín contra el gobernador, encabezado por el norteamericano Brandt, y en que se creyó implicado á uno de los desgraciados Carreras de Viña del Mar, que se hallaba desterrado en la isla por motivos políticos y fué muerto en el primer disturbio, de modo que fué imposible saber á punto fijo si tomó ó no parte en la conspiración. He oído que uno de los confinados, que le guardaba rencor por una antigua ofensa, aprovechó la oportunidad del motín para vengarse de su enemigo.

Los insurgentes, después de encerrar al gobernador y vencer á la guarnición, se apoderaron de los botes de un buque ballenero norteamericano, que se hallaba allí anclado, con intención de embarcarse en él y huir á algún

país extranjero, pero el buque, dejando sus botes en poder de los amotinados, se hizo á la vela para Valparaíso, donde se supo por su conducto lo ocurrido en la isla (1).

A consecuencia de la insurrección de Brandt el gobierno de Chile resolvió abandonar la colonia. La guarnición fué llevada de allí, desmantelado el fuerte, y la isla privada en cuanto fué posible de cuanto pudiera ofrecer medios de subsistir á los futuros habitantes.

El gobierno, sin embargo, publicó á principios de este año un manifiesto en que expone sus títulos sobre la isla y prohibe á cualesquiera personas establecerse en ella, matar el ganado ó sacar madera de los bosques.

Después de andar largo tiempo por entre las arruinadas chozas y jardines volví al lugar donde dejé á mis compañeros, que durante mi ausencia habían dispuesto un comedor en un sitio delicioso. Bajo la sombra de dos enormes higueras hay un pequeño espacio circular limitado por un cristalino arroyuelo, que en su rápido descenso salta de piedra en piedra, mezclando sus murmullos con los de la brisa y del mar.

Aquí encontré á lord Cochrane y demás sentados alrededor de un mantel de hojas de higuera cubierto con provisiones traídas del buque y frutas de la isla aún no enteramente maduras. Refrescamos nuestro vino en el arroyo, y servían de decoraciones á nuestro rústico comedor el frondoso follaje de los árboles, cargados de frutas, y las flores del cerro que dominan las ruinas del fuerte, cuya imagen se reflejaba en la plateada y murmurante superficie del arroyuelo.

Terminada la comida, fuí con lord Cochrane al valle que llaman Parque de lord Anson. Encontramos en el camino numerosas plantas y hierbas europeas, "allí donde en otro tiempo lució sus encantos el jardín y donde sólo

(1) El comodoro de S. M. B. lo comunicó al Brasil y á las colonias españolas para que las naves mercantes inglesas se abstuvieran de tocar en la isla, por temor de que los sublevados se apoderaran de ellas.

florecen hoy plantas silvestres". En los medio destruídos setos, deslindes de los antiguos campos, vimos manzanas, peras, membrillos y cerezas casi maduras. Como el terreno sube rápidamente desde la playa, aun en los valles, y la hierba estaba resbaladiza, el paseo nos fatigó un poco.

Nos sentamos bajo un frondoso membrillo, sobre una alfombra de torongil rodeada de rosales, á descansar y recrear los ojos con la hermosa vista que teníamos delante de nosotros. Lord Anson no exageró la belleza de ese lugar y lo delicioso del clima. A pesar de lo temprano de la estación cogimos exquisitos higos, cerezas y peras, á que sólo faltaban para su perfecta madurez unos pocos días de sol. Sentí dejar este pintoresco sitio y tener que volver al desembarcadero para encerrarme de nuevo en la estrechez y obscuridad del buque.

El desembarcadero es también el lugar en que los buques se aprovisionan de agua dulce. Un pequeño dique, construído con las piedrecillas de la playa, forma allí una caleta para los botes á inmediaciones de una vertiente de agua que una canal conduce hasta la caleta, de modo que los marineros, sin necesidad de bajar á tierra, pueden llenar las pipas por medio de mangueras con el agua más pura y deliciosa.

Algunos viejos cañones medio enterrados en la playa sirven para amarrar los buques, que están más seguros mientras más cerca de tierra fondean. Soplan á veces de la montaña fuertes ráfagas de viento que sólo duran unos pocos minutos. Durante nuestra ausencia Glennie se entretuvo en calcular la mayor altura de la isla, que estima en unos 3.000 pies.

26.—Bajé temprano á tierra con los marinos con intención de hacer algunos croquis y de coleccionar plantas en los cerros. Mientras ellos realizaban su plan de subir al punto más elevado para divisar el lado opuesto de la isla, yo me quedé atras. Pronto los perdí de vista; el buque estaba fuera del alcance de mi voz; en la playa

no había ningún bote, y yo me encontraba enteramente sola en medio de las ruinas de la en otro tiempo floreciente colonia.

No permanecí allí largo tiempo. Arrastrándome más que corriendo, porque lo abrupto del terreno me obligaba con frecuencia á valerme de la manos para subir, me dirigí á un paraje en que ciertas señales de cultivo me indujeron á buscar hierbas ó plantas exóticas y en que encontré una considerable extensión de vides, en estado silvestre, abundantes hierbas comestibles, especialmente perejil, y gran cantidad de menta á orillas de los manantiales, que supongo indígena, como la fresca y el alquequenje.

Hallábame en un sitio enteramente solitario, en que nada revelaba el paso ó la presencia del hombre, y donde parecía estar excluida de toda comunicación con ningún ser viviente. Sola en medio de este magnífico desierto, mi primer impulso fué exclamar con el poeta:

"I am monarch of all I survey,
My right there is none te dispute" (1).

Luego sentí, sin embargo, que la soledad absoluta es tan desagradable como contraria á la naturaleza, y una vez más acudieron á traducir mis sentimientos los exquisitos versos de Cowper:

"Oh, solitude! where are the charms
That sages have seen in thy face?
Better dwell in the midst of alarms
Than reign in this horrible place" (2).

---

(1) "Soy monarca de todo cuanto se extiende ante mi vista; no hay nadie que me dispute mi derecho". Así comienza una bella poesía de Cowper, que éste supone compuesta por Alejandro Selkirk en la isla de Juan Fernández.—*(N. del T.)*

(2) «¡Oh soledad! ¿dónde están los encantos que los sabios hallan en ti? Es preferible vivir en medio de sobresaltos y peligros á reinar en este horrible desierto.» Segunda estrofa de la citada poesía de Cowper.—*(N. del T.)*

Y repetí una y otra vez todo el poema, hasta que viendo que dos de mis compañeros venían bajando el cerro, corrí á su encuentro, como si realmente hubiera estado "fuera del alcance de la humanidad". Eran lord Cochrane y Mr. Sheperd, que, después de llegar á la cima que comunica los dos lados de la isla y divisar la parte opuesta, dejaron á los demás proseguir su excursión por los bosques.

Dicen que no hay allá terrenos planos ni diferencia notable en la vegetación. Vienen entusiasmados con la belleza de los paisajes, y me trajeron espléndidas flores y plantas, fucsias, andrómedas, arrayanes, etc., y sobre todo una bellísima planta de flores monopétalas, hojas gruesas y brillantes, y flores y bayas de hermoso color purpúreo. No conozco ninguna otra que se le parezca.

Mientras arreglábamos las plantas y flores en nuestro comedor bajo las higueras, llegaron los demás excursionistas con la noticia de haber descubierto vestigios de habitación humana, como restos de carbones recientemente apagados y un caballo que presentaba signos indudables de haber sido ensillado poco ha, de lo cual dedujimos que probablemente había en la isla algunos vaqueros ocupados por cuenta del gobierno en hacer charqui y preparar cueros para Valdivia, suposición que muy luego vimos confirmada.

Después de comer fuimos á la parte occidental de las ruinas del pueblo, y allí admiramos la extraordinaria regularidad de la estructura de las rocas y algunas curiosas cavernas parecidas á las de *Monte Albano*.

En una de las mayores hallamos una cabra muerta, que naturalmente nos hizo pensar en Robinsón Crusoe. Estos animales abundan en la isla, pero, aunque en mi paseo de hoy ví varias de sus guaridas, no encontré ninguna viva.

En los momentos en que nos dirigíamos á bordo presentóse un hombre que nos dijo que él y otros cuatro estaban actualmente ocupados en beneficiar el ganado de la isla y que acababan de embarcar para Talcahuano un

cargamento de charqui, sebo y cueros. Supongo que la presencia de los excursionistas en la montaña esta mañana ocasionó esta visita.

Lord Cochrane pagó unos cueros y sebo que el capitán del buque había llevado á bordo, y partimos de Juan Fernández, quizá para siempre.

El buque estaba fondeado tan lejos de la costa que se demoró mucho en recoger el ancla y la cadena. El ancoraje es casi tan escarpado como el de Santa Elena. Mientras me ocupaba á bordo en dibujar las bahías, los caballeros fueron á pescar y trajeron un bote lleno de magníficos peces, conocidos y no conocidos. Distinguíanse entre los primeros algunos bellos bacalaos y grandes cangrejos.

28.—Tan pronto como el buque completó su provisión de agua nos hicimos á la vela, muy satisfechos con nuestra visita á la isla. En ella podrían producirse en gran cantidad ganados, vino y legumbres, pero el país que tome posesión de ella tendrá que importar el trigo. Puede mantener fácilmente 2.000 personas, canjeando el exceso de carne, vinos y aguardientes por harina y ropa. Su abundancia de madera, agua y otras producciones útiles podrían hacer de ella una de las más importantes estaciones del Pacífico.

Actualmente los buques balleneros ingleses la visitan á menudo. Sus tres radas, conocidas con los nombres de bahías del Este, del Oeste y Central, están en la costa de sotavento, de suerte que en ellas el mar es muy tranquilo; las tres tienen manantiales de agua dulce y son muy hermosas.

Lunes 10 de Febrero.—Desde que partimos de Juan Fernández hemos navegado regularmente. El termómetro no ha bajado de 40° Fahrenheit, á pesar de nuestra proximidad al Cabo de Hornos. Mi pobre inválido está muy mal, postrado en cama.

Martes 11.—Hoy amanecieron á la vista las tierras próximas al Cabo de Hornos, que doblamos poco antes de

ponerse el sol. Cubrían la tierra nieblas y nubes, que de cuando en cuando dejaban pasar los rayos del sol; casi continuamente soplaban brisas húmedas y frías. La costa es bastante elevada, especialmente cerca del *Falso Cabo de Hornos*, donde hay varios cerros cónicos que no alcanzamos á distinguir claramente.

Lord Cochrane desembarcó aquí en el mes de Noviembre de paso para Chile. Dice que anduvo algunas horas en un delicioso valle, lleno de bellas plantas y flores. Elevadas montañas avanzan hacia el mar, y aunque todavía estamos en otoño las más altas están coronadas de nieve. Los cerros más inmediatos son escarpados y abruptos.

Las rocas del Cabo, blancas como tiza, se alzan en fantásticas puntas, que á la distancia parecen ruinas de antiguos castillos; al ocultarse el sol al través de la atmósfera nebulosa tomaron hermosos tintes de oro y púrpura.

Antes de obscurecerse alcanzamos á divisar los desnudos é inhospitalarios picos de las islas ó, mejor dicho, peñones de Barneveldt, más allá de los cuales asoman las montañas sus elevadas cimas por entre densas nubes. Los nombres de Horne y Barneveldt atestiguan la prioridad de los holandeses en el descubrimiento de este fácil paso del Atlántico al Pacífico.

En 1616 Le Maire, natural de Horne, en Holanda, dobló por primera vez este cabo, al cual dió el nombre del lugar de su nacimiento, asociando así á esa pequeña ciudad uno de los más conocidos lugares del mundo.

Mucho celebro haber conocido el Cabo, pero preferiría haber pasado por el estrecho de Magallanes, á que las aventuras y sufrimientos de Drake, Cavendish y otros antiguos navegantes comunican un interés que la inmensa desolación de esas regiones no puede inspirar por sí sola. Por la misma razón siento no haber visto á Chiloé, que la memoria de Byron hace interesante para mí (1).

(1) Excusado parece advertir que la señora Graham no se refiere al poeta Byron, que jamás visitó ni celebró en sus versos estas remotas tierras, sino al abuelo del poeta, el célebre comodoro y navegante

12 de Febrero.—Hoy pasamos el estrecho de Le Maire. Las tierras próximas al cabo Buensuceso parecen buenas y agradables, con cerros cubiertos de hierbas y árboles. Más allá se ven altas montañas, y en la costa rocas escarpadas y numerosas ensenadas y caletas. La tierra de los Estados, en el lado Este del estrecho, es de tan triste y desolada apariencia que creo que será uno de los últimos puntos del globo que habitarán los hombres.

Tiempo muy frío y desagradable.

14.—Hoy amaneció á la vista la isla Falkland occidental. Es de regular altura y parece desprovista de árboles, pero cubierta de hierba, con algunos grupos de pequeños arbustos verdes.

Las rocas parecen formadas de capas horizontales de arenisca; al Sur de la isla las cubre completamente el agua. Circundan la costa peñas quebradas, cuyas altas agujas semejan pináculos de iglesias. Aquí y allá se ven puertas y ventanas naturales que me recordaron las de *Holy Island* en la costa de Inglaterra. Hay magníficas bahías, todas desiertas.

Los españoles destruyeron bárbaramente nuestro establecimiento de *Port Egmont*, y después tuvieron que abandonar el suyo á causa, sagún dicen, de lo riguroso del clima y de la esterilidad de la tierra. Me inclino á creer que el cultivo podría remediar esos dos males, y no hay islas mejor situadas que éstas para abastecer los buques que van al Pacífico. Hoy fluctuó el termómetro entre 43° y 50° y cayó una nevazón. El barómetro marca de 29,15 á 29,20. La temperatura del mar es de 48°.

1.° de Marzo.—Llegamos al cabo Santa Marta. En la noche hubo espléndidos relámpagos. Mientras los observábamos sentimos caer en el mar, á alguna distancia del buque, algo como un cuerpo pesado desde una altura.

Juan Byron, que acompañó á lord Anson en sus viajes de descubrimiento y circunnavegación y naufragó con varios compañeros en las regiones australes de Chile, donde sobrellevaron largos y crueles padecimientos.—*(N. del T.)*

Media hora después Mr. J. vió y otros oyeron caer un segundo cuerpo en el agua. ¿Serían piedras meteóricas? Durante algunos días el termómetro no ha bajado de 80°.

4.—Vamos siguiendo la costa lentamente. El termómetro marcó 82° en la mañana y en la noche y 89° á mediodía.

9.—Navegamos á lo largo de la costa y por entre las islas de la bahía de los Santos, de las cuales ni la mitad aparecen en los mapas. Casi todas son elevadas, muchas de ellas rocosas y algunas cubiertas de palmeras. El termómetro llegó hasta 94°, pero anoche una tempestad eléctrica y algunas ráfagas de viento y mangas de lluvia refrescaron el aire.

13.—Anclamos en la bahía de Río de Janeiro.

POSTDATA

La guerra civil que estalló antes de mi partida de Chile no fué de larga duración ni muy sangrienta. Terminó con la elección de Freire para el cargo de Director y la convocación de una nueva Convención, que debemos esperar piadosamente que aprovechará los errores de la anterior. El Director O'Higgins pocos días después de su regreso de Valparaíso, donde el terremoto casi le costó la vida, se retiró á su residencia campestre del Conventillo á descansar y reparar sus fuerzas.

A fin de que los negocios públicos no sufrieran durante su ausencia del gobierno y probablemente para dar aún mayor prestigio á Rodríguez, que era hechura de San Martín y á quien estaba en ese tiempo resuelto á sostener, delegó su autoridad en él y otros tres, que, según entiendo, la ejercieron sólo por unos pocos días.

Los asuntos del Sur se acercaban á una crisis. Los soldados y el dinero que se esperaban de Coquimbo sirvieron para combatir al gobierno de Santiago. Aconcagua siguió el ejemplo y envió diputados á la Convención de Coquimbo. La tentativa de reclutar soldados para el ejér-

cito de O'Higgins costó algunas vidas en Quillota. El Director se vió obligado á abandonar á Rodríguez. Arcos huyó. San Martín se apresuró también á abandonar al hombre á quien sus malos consejos arruinaron en parte.

No quedaba ya al Director otro recurso que la adhesión de las tropas. Fué á los cuarteles. Pidió á los soldados en el nombre de la patria que le prestaran su apoyo; les habló de la gloria que juntos habían conquistado, del orgullo que cifraba en su adhesión. Unos pocos, impresionados por este llamamiento, se declararon por el Director. Muchos les replicaron que sus medidas habían arruinado la causa de la patria y que Freire no era menos amado que él y también había sido compañero y jefe de ellos; y, como para hacer más amarga aún esta respuesta, los nombres de los Carreras fueron pronunciados entre dientes en las filas. O'Higgins entonces, descubriendo su pecho, les dijo que ya que no había logrado satisfacer á sus conciudadanos y compañeros de armas, les ofrecía una vida que ya no tenía valor para él; y después de un grito de "¡viva el Director O'Higgins!", lanzado por su guardia y no repetido por la tropa, se retiró, pidiéndoles que se mantuvieran tranquilos, porque él no quería exponerse á tener que derramar la sangre de sus compatriotas.

Creo que éste fué el último acto público de este hombre tan bueno como débil.

Mediante la influencia de su madre y de su hermana, una compañía mercantil hizo de él su instrumento. Esta fué una de las principales causas de su caída. Deseó irse á Irlanda, patria de sus antepasados, pero fué detenido en Chile con no sé qué pretexto de exigirle cuentas de la inversión de los fondos públicos y puesto bajo la custodia de Zenteno.

El ejército de Freire marchó directamente á Valparaíso, donde se le juntó una pequeña fuerza que vino por mar de Talcahuano. Dirigióse de aquí á la capital, pero no inmediatamente, por temor de que algún resto de ad-

hesión á O'Higgins ocasionara resistencia de parte de las tropas.

Mientras tanto los partidarios de Freire y los enemigos de O'Higgins hacían causa común. La antigua Convención fué disuelta y reunióse la nueva, en cuya elección tuvo más parte el pueblo, y á que pertenecieron varios de los miembros de la anterior. Freire resistió largo tiempo á las instancias de todos los partidos para que asumiera la dictadura, alegando que en sus proclamas y de palabra siempre había declarado que su venida del Sur tuvo por único objeto la destitución de ministros perniciosos.

Pero era indudable que no se toleraría la continuación de O'Higgins en el gobierno. El país reclamaba un magistrado supremo. Por fin, el 31 de Marzo de 1823, presentóse á Freire un oficio de los plenipotenciarios de Santiago, Concepción y Coquimbo, en que éstos solicitaban de él que aceptara el cargo. Otro designaba á estos tres, á saber, don Juan Egaña, plenipotenciario de Santiago; don Manuel Novoa, de Concepción, y don Manuel Antonio González, de Coquimbo, para que con el nuevo director y el secretario Alamos formaran un senado, acordaran una *acta de unión* y reunieran en una las convenciones de las tres divisiones del Estado. El primero de Abril aceptó Freire el cargo de director, el senado entró en funciones y se reunió, si no me equivoco, la Convención.

La revolución fué dirigida y llevada á cabo con inusitada moderación y serenidad, que honran á los caudillos de ambos partidos y que espero seguirán inspirando los procedimientos del nuevo gobierno.

Creo que nada completará mejor esta suscinta exposición de los cambios políticos ocurridos en Chile después de mi partida que el siguiente memorial, dirigido á la nueva Convención y firmado por los miembros de la Junta de gobierno que ejerció la autoridad suprema desde la abdicación del director O'Higgins hasta la reunión del

congreso, ó más bien hasta la elección del nuevo senado (1).

„Señores diputados:

„La reunión de los representantes del pueblo en esta augusta asamblea, es el momento suspirado de la Patria para aplicar remedios á los terribles males que la aflijen, y jamás gobierno alguno se vió en circunstancias de desearla con tan ardiente empeño como la Junta gubernativa en la crisis actual.

„Vosotros vais, señores, á restablecer la Nación, que, desgracias que no era fácil prever, amagan reducir á la nada. Seis años de un gobierno coronado en todas sus empresas con sucesos felices, respetado entre los extraños y temido al menos en nuestro territorio, habían dado al directorio pasado todo el poder de hacer bien.

„Al ímpetu de las armas y á la exaltación de pasiones que acompañan los primeros momentos de toda revolución, había sucedido la calma de la paz.

El pueblo conocía que sus derechos no consistían en el uso de un poder ilimitado y ejercido aisladamente, que podía precipitarle en la anarquía, y que su sólida felicidad estaba en el orden y en establecerse instituciones garantes que bajo el imperio de las leyes le defendiesen de la arbitrariedad.

„Pero, por una desventura que acompaña al hado de las naciones, faltó tino para hacer el bien al gobierno que mejor pudo hacerlo. El descontento público rompió la barrera de la opresión, y agitadas las pasiones en este impetuoso choque contra el anterior gobierno, amagan males que, si no se evitan antes del término en que lleguen á ser irremediables, sumirían á la Patria en el sepulcro, llevando tras sí el recuerdo de doce años de gloria y sacrificios perdidos. A vosotros, pues, padres del pueblo, se encarga alejar la confusión, la desorganización, el deshonor de la Patria. Este es el preciso y el grande objeto con que sois llamados.

(1) Damos el texto original de este documento.—*(N. del T.)*

„La Junta no teme decirlo: Chile nunca se vió en crisis más peligrosa. Nuestra revolución presenta vicisitudes en que cuasi se han cometido todos los errores é inadvertencias de que es capaz el espíritu humano; mas en un gobierno siempre concentrado y en la estrecha unión de todos sus hijos, oponía la Patria un dique á las desgracias que iban á inundarla.

„Hoy por la primera vez amenaza el grito de desunión, y esta voz, más que á los oídos, debe herir el corazón de los patriotas.

„La prudencia, un generoso desprendimiento de intereses subalternos que nada son delante del bien general del Estado, y los principios de la más exacta igualdad y justicia, evitarán los desórdenes, las divisiones que van á hacer á los pueblos maldecir la hora en que salieron de tranquila esclavitud.

„Luego se cumplirán dos meses que el voto de nuestros conciudadanos nos llamó á encargarnos de la administración pública, y no ha pasado un día de este corto período que no haya sido señalado con alguna circunstancia que agravase la amargura de nuestro corazón.

„Al haceros presente la situación política del Estado, vais á fijar la vista en un cuadro de desgracias presentes y de temores para lo futuro que avergüenza nuestros días, y que silenciaríamos para que fuera de Chile no se supiesen nuestras miserias interiores si el mal no necesitase de tan urgente remedio y si no estuviese en nuestras manos mejorar nuestra suerte y ser respetables y felices en el momento que queramos.

„Chile formaba una república indivisible en principios de Noviembre último. Abrumados los pueblos del peso de la opresión, se sustrajeron de la obediencia del Director del Estado, estableciendo Asambleas que reuniesen respectivamente la representación de cada provincia.

„Este esfuerzo generoso, dirigido únicamente contra el ciudadano que gobernaba con arbitrariedad, no ha podido ser una empresa contra nosotros mismos; no ha podido

tener por objeto atacar la unidad de la Nación. El Director, en los últimas días de su mando, para restituir al país la tranquilidad que no pudo conservar, ofreció á los representantes de Concepción (que decían obrar de acuerdo con los de Coquimbo) abdicar en la persona que ellos le propusiesen la Dirección Suprema del Estado, cual la había ejercido, para que este trastorno no ocasionase la disolución de la república.

„El pueblo de Santiago, que ignoraba tal propuesta y que además no creía aceptasen las provincias ofrecimientos del jefe á quien combatían y de cuyo influjo desconfiaban, se anticipó á verificar el trastorno para reunirse á sus hermanos.

„Permitid, señores, á la Junta una clase de vanagloria que, aunque la caractericéis de debilidad, es la que menos puede manchar la reputación del hombre honrado. Sus vocales tuvieron la satisfacción de creer que, ocupando provisoriamente el gobierno, podrían reunir la voluntad de la nación.

„Enemigos constantes del despotismo, y, por consiguiente, de la administración que acababa; defensores impertérritos de los derechos de los pueblos, y habiendo dado pruebas de desprendimiento, se persuadieron que, si las provincias habían tomado las armas contra la persona únicamente del Director para reunirse en un Congreso, destituída aquélla, y convocándose éste, se había llenado el deseo universal.

„Por otra parte, ¿qué males podrían haber sufrido Concepción y Coquimbo que no hubiese sentido más agravados Santiago? ¿Qué ventajas podrían prometerse de una reforma que Santiago no las esperase también? Iguales los males, iguales las necesidades, iguales las circunstancias y unos mismos los remedios, no existía una provincia en que se presumiesen aspiraciones ó intereses distintos.

„La Junta, sin embargo, no tuvo la ligereza de querer erigirse en suprema sin el voto de los demás pueblos.

Quiso, sí, que la República permaneciese una, y avisó á as provincias que se iba á citar á Congreso, y que, entretanto, para no aparecer en anarquía, debía existir una autoridad central y suprema, que estaba en las facultades de las mismas provincias proceder á nombrarla provisoriamente hasta la reunión del Congreso, pero que, debiendo tardar tanto la elección de diputados á Congreso general como la de diputados para nombramiento del gobierno provisorio, parecía más acertado y más conforme á la brevedad con que la nación deseaba reunir sus representantes, reconocer á la Junta gubernativa como un gobierno provisional hasta la instalación de dicho Congreso, para cuya convocatoria se consultó á las Asambleas de Concepción y Coquimbo, á fin de que acordasen los términos en que debía expedirse.

„Las provincias estuvieron disconformes en sus contestaciones. Ninguna tuvo á bien reconocer la autoridad central en la Junta gubernativa, ni convenir en la citación á Congreso sin que precediese un nuevo gobierno provisorio.

„Conocimos entonces que ya estaba sobre nuestras cabezas el mal temido; la separación, aunque momentánea, de diversos territorios del Estado. Para formar ese gobierno general, centro de unión de una república indivisible, avivó la Junta negociaciones con el general Freire y sus diputados, de que dará pormenor cuenta el ministro de Estado; y que, admitidas en gran parte, quedaron sin efecto por la consulta y poderes bastantes que los diputados de Concepción anunciaron haber pedido á aquella Asamblea.

„Subsisten hasta hoy independientes de hecho las provincias, y acaba de congregarse en esta capital una diputación de las Asambleas de Concepción y Coquimbo, con amplitud de poderes para acordar la reunión de la Nación.

„La Junta no considera á aquellas provincias, como tampoco á Santiago, en calidad de Estados soberanos é

independientes. Les mira como una fracción de la Nación, cuyos magnates y representantes, ocupando el mando para conservar el orden en la disolución del anterior gobierno, tratan ahora de restablecer la unión de la República.

„La provincia de Santiago, entretanto, reconoció tranquila y espontáneamente á la Junta gubernativa hasta Cachapoal. Los partidos de Colchagua y Maule se agregaron por sí mismos á la provincia de Concepción, obligados, según expusieron sus Cabildos, de la fuerza de las circunstancias.

„Excitados por la Junta á reunirse á la Intendencia de que siempre habían formado parte, Colchagua volvió á su antigua posición, al contrario de Maule, que, á consecuencia de un oficio de la Asamblea de Concepción que resistía esta medida, ha continuado agregado á aquella provincia.

„En esta parte el general Freire concurrió á secundar los deseos de la Junta, manifestando á aquellos partidos su anuencia en que se reuniesen á Santiago. Curicó ha protestado siempre su constante adhesión al gobierno de esta provincia, que en el día no sufre otra desmembración que la del territorio de Maule.

„El ejemplo de provincias separadas de la indivisibilidad del Estado, de partidos segregados de sus provincias, de gobiernos municipales elegidos bajo formas distintas, ha sido funesto para la tranquilidad interior; lo es mucho más para nuestras relaciones exteriores y lo será incomparablemente con el trascurso del tiempo, que dé más extensión á las ideas desorganizadoras, y familiarizarse más con ellas.

„Nada es más cierto que el que los pueblos equivocan sus ideas de libertad hasta abrazar en su lugar al monstruo precursor seguro de la esclavitud.

„En varios partidos se han sentido síntomas de este desorden, último término á que pueden llegar las desgracias públicas.

„En Casablanca una reunión de pueblo atacó con armas á su teniente gobernador.

„En Quillota algunos vecinos descontentos dieron á Chile por la primera vez el lamentable espectáculo de la sangre de los hijos de la Patria, derramada en medio de las poblaciones por altercados sobre el gobierno.

„En otros puntos la Junta ha conseguido sofocar las disensiones intestinas con medidas de suavidad y de prudencia.

„Salvadas una vez las barreras del orden, es preciso que el gobierno se resienta de debilidad, puesto que, sin la obediencia y eficaz cooperación de los súbditos, no puede hacer uso de los únicos resortes con que ha de manejarse el cuerpo político.

„Los pueblos amenazan con separarse ó agregarse á su arbitrio.

„Los ciudadanos particulares creen que usan de la soberanía que reside en el pueblo cada vez que, reuniéndose, intentan un trastorno.

„Los funcionarios públicos, vacilantes y fluctuando entre incertidumbres y temores de una variación repentina, no usan del vigor que convendría para contener la ruina del edificio social.

„El subalterno no obedece al superior, cuya autoridad reputa momentánea y fácil de alejar de sí.

En tales circunstancias, sin libertad, sin poder, ¿cuál será la administración?

„Dividida de hecho la nación con tres autoridades soberanas que gobiernan por sí mismas y aun sin consultarse y acordarse entre sí, todos los negocios de interés general, todos los que dicen relación al cuerpo de la República se hallan abandonados para mayor desgracia y destrucción de la Patria.

„El Perú, señores, es el objeto más triste y urgente que se presenta á nuestros ojos. El ejército libertador, compuesto de los vencedores de Chacabuco y Maipo; este ejército, cuyo transporte á dar la libertad al Imperio de

los Incas había costado tan enormes sacrificios á Chile ha sido batido por el general Canterac.

„El Perú debe volver á encorvarse bajo el yugo de la atroz é irritada España, si Chile, adonde aquellos nuestros desgraciados hermanos extienden los brazos, no les auxilia poderosa y oportunamente.

„No sólo el interés general, que nos empeña en sostener la causa de la independencia; no sólo la humanidad y la fe de los tratados, sino nuestra propia conservación, nos impelen al socorro, á la defensa de la América, que debe hacerse en aquel último teatro de la guerra.

„Defendiendo al Perú, defendemos en su territorio á Chile, á todo el continente. ¿Quién dudó jamás que el empeño más noble, el más útil, el más necesario que alguna vez pudo la Patria consagrar á su libertad era este auxilio? La Junta lo decretó después de acordarlo en consejo de los oficiales generales del Estado; más la falta de un gobierno central y supremo ha aparecido como un obstáculo para esta empresa: es decir, para salvar nuestra existencia.

„No puede concebirse situación más deplorable que la que ofrece la Hacienda pública. Más de un millón de deuda de urgente pago; más de 40.000 pesos de presupuesto para gastos inexcusables del momento, y una lista mensual que excede en cuatro tantos á las entradas actuales del Erario, ofrecen un cuadro casi desesperadamente desconsolador.

El ministro ěncargado de este departamento instruirá á la Asamblea de su pormenor. Establecer un nuevo sistema de Hacienda, reformar los abusos, reducir los gastos á una justa proporción con las entradas, son pasos que requieren la centralización de gobierno.

„Un empréstito ruinoso que esclaviza por muchos años la nación y agota sus recursos llama, la atención del gobierno, ó para apartar de nosotros, si es posible, este peso insoportable, ó para hacer menos funestas sus consecuencias.

„En cada día que corre se aumenta la deuda y se agrava nuesta responsabilidad. Si toda la Nación obligada ha de ser la que adopte el remedio necesario, considerad, señores, qué menos motivo de urgencia es éste para acelerar la centralización del gobierno.

„La escuadra nacional, esa escuadra á quien indisputablemente se debe la destrucción de la tiranía, se halla surta en nuestros puertos, donde los buques, ó ya se han inutilizado, ó por sus continuos deterioros están muy cerca de este término.

„Sus oficiales, entretanto, que se cubrieron tantas veces de gloria en el Pacífico, existen á medio sueldo, y en la mayor parte extranjeros, se ausentan diariamente, siendo su pérdida irreparable en el momento del peligro.

„Un gobierno general, aprovechando los recursos de todo el país, volvería nuestra marina al pie brillante de 820. Hoy, una sola provincia, incapaz de ocurrir á tales gastos, sería triste espectadora del aniquilamiento de la principal fuerza de una nación, cuya guerra es ya ultramarina.

„Entre las empresas que el Director había combinado con acierto, lo era singularmente la ocupación do Chiloé. No sólo es este archipiélago una parte importante de Chile, que debe reunirse al resto libre de la Nación, sino que su posesión por el enemigo es para Chile un continuo objeto de alarma, y hace además interminable la guerra de Valdivia.

„Los gastos que sin intermisión exigía la fuerza de mar y tierra que había de cubrir aquel punto adonde permanente llamaba la atención el enemigo, bien valían el empeño por una vez de acabar con este último atrincheramiento de la tiranía en Chile.

„Con nuevo sacrificio del pueblo se dirigió á Valdivia una expedición que debía, por sus aprestos y bravura de nuestras tropas, terminar la guerra continental. Nuestros últimos movimientos políticos han inutilizado esta empresa. Considerable parte de la guarnición regresó á

Valparaíso, y aunque la Junta, de acuerdo con el general Freire, ha hecho volver la fuerza necesaria para defender á Valdivia, Chiloé queda siempre bajo la dominación española, y como un punto desde donde la tiranía, en el último acceso de la desesperación, y con importantes auxilios que ha recibido, puede renovar las escenas de 813, organizando y dirigiendo al continente ejércitos que nos subyuguen.

„Un gobierno general haría revivir la expedición de Chiloé, tan necesaria para asegurar la libertad y lavar la afrenta que recibe la Patria en que aún permanezcan enemigos en su territorio.

„Nuestras relaciones exteriores, subsistiendo en el mismo pie que en Julio del año anterior, aunque no nos ofrecen motivos de aflicción, nos recuerdan que nuestras desavenencias llevan consigo el deshonor de Chile y nos hacen perder el crédito de doce años, adquirido á tanta costa.

„En Europa no se dudaba de la suerte de América. La unión y la consistencia de sus gobiernos se han mirado justamente como la mejor garantía de nuestra independencia; y la España, para retraer á aquellas potencias de su solemne reconocimiento, no ha usado de otras armas que la de representarnos sumidos en la anarquía.

„En América, al reves del Perú, es reparable siempre que nos unamos; y la Junta, después de haber procurado en este corto tiempo estrechar sus relaciones con Colombia y con los Estados trasandinos, les ha excitado á ocurrir en el peligro común á la defensa del Perú. El ministro de Relaciones Exteriores os instruirá de los pasos dados á este fin.

„Nuestras instituciones y nuestra administración interior tampoco ofrecen, señores, un cuadro con que nos podamos consolar. No hay una que no necesite de reforma, y si el destino feliz de la Patria coloca á su frente á un genio capaz de dirigirla, él deberá crearlo todo.

„La educación, esta base de la prosperidad nacional, se

halla en el estado más deplorable. Descuidada, por no decir abandonada, sin fomento, sin un plan, sentimos las consecuencias de este mal en los mismos movimientos actuales.

„La administración de justicia necesita reformas considerables, ó, por mejor decir, exige un nuevo sistema adecuado á las luces del siglo y á la posesión de los derechos que ha recobrado la humanidad, para ponernos siquiera al nivel de una nación de quien dependíamos y cuyos usos bárbaros y destructores hemos conservado, sin aprovechar las mejoras saludables que ella misma hizo posteriormente.

„La policía, absolutamente abandonada en todos sus ramos, no existe, así como tampoco hay un establecimiento de beneficencia pública ó que fomente nuestro comercio, nuestra minería, nuestra industria y nuestra agricultura.

„Nuestra fuerza militar se halla consignada en manos del general Freire, de este oficial que, en catorce años de servicios no interrumpidos y en acciones gloriosas que llenaron de gozo á la Patria, acreditó su amor público y su moderación.

„Si el manejo de la Junta no hubiese sido tan franco y manifiesto; si el testimonio de la conciencia no asegurase á sus vocales que han hecho cuanto en bien del país pedían el honor, la justicia y la política; si en las circunstancias eminentemente difíciles en que se ha visto constituída encontrase otro camino que haber tomado, ella temería que en este punto la cargáseis con una responsabilidad á que no pudiese satisfacer.

„Cuando expiró el gobierno directorial, era el general Freire el ciudadano que reunía la opinión universal; era también el único que podía contener el ímpetu de pasiones exaltadas y los funestos efectos de ilusiones políticas nacidas de principios mal entendidos y aplicados; en suma, era el hombre que debía arrancar á la Nación de las garras de la anarquía que amenazaba devorarla, y dar

á su Patria una suerte más gloriosa. Jamás mortal se vió en circunstancias de hacer servicios más importantes al país en que vió la luz, teatro de sus fatigas y de sus laureles.

„Su voz, escuchada con las íntimas efusiones del placer y del reconocimiento desde un extremo á otro de la República, debía ser la señal de reunión de todos pueblos bajo un gobierno tan respetable y vigoroso como el que acababa, y tan liberal, justo y benéfico como teníamos derecho á esperar. En semejante coyuntura, se presentó en Valparaíso con un ejército y una expedición salida de Talcahuano, después de haber recibido comunicaciones de la Junta donde le manifestaba sus cordiales sentimientos, la separación del Director y la conformidad de votos de la Nación. Este acto, que acaso fué mirado por algunos como indicio de una conducta hostil ó solapada; como indicante de pretensiones exhorbitantes que se quisiesen hacer valer con las armas, como distante del respeto y consideración debidas al gobierno, sin cuya anuencia y aún sin pretextos, se transportaba un ejército al territorio de su mando, sorprendió á la Junta, pero no la inquietó. ¿Por qué desconfiar del hombre cuya modestia y liberalidad de principios eran tan notorios y tan generalmente proclamados? ¿Cómo recelar del ciudadano en quien la Patria ponía sus esperanzas y á cuya virtud se confiaban sus destinos? El fué invitado á pasar á Santiago, él fué llamado á los acuerdos que tenían por objeto el bien general de la Nación.

„Os aseguramos, señores, que no hemos omitido medio, temperamento, fatiga para cortar con su influjo las diferencias públicas. Reclamó el mando del ejército que existía en la provincia de Santiago, y le fué concedido en prueba de nuestra ilimitada confianza, como garantía de nuestra uniformidad de sentimiento y con la condición de reconocer la autoridad de quien recibía este mando, para no faltar á los deberes que nos impusieron los pueblos cuando, junto con el gobierno, nos entregaron

la fuerza destinada para su defensa y responsabilidad.

„Al observar que, sin establecerse el gobierno central, el jefe que se titulaba general de una provincia independiente de hecho trasladaba allí las tropas de Santiago, al notar que se removían comandantes, se nombraban otros sin consulta de la Junta y aun contra su voluntad, ésta hizo las reclamaciones que creyó convenir á su deber y á su dignidad. Los ministros de Estado os pasarán la correspondencia seguida entre la Junta y el general Freire por los diversos departamentos del ministerio. En ella encontraréis que este general ha declarado solemne y formalmente que ni él ni el ejército están sujetos á la Junta, y que no reconoce en ella autoridad alguna sobre la fuerza militar, cuyo mando independiente y exclusivo corresponde á él mismo.

„En ella observaréis igualmente que por este motivo se suspendieron las providencias acordadas para el pronto envío de tropas en auxilio del Perú, mal que, entre los actuales, no ha sido el que menos ha afligido los días amargos de nuestra administración.

„Si la Junta no ha podido conservar una estrecha armonía con el general Freire, os recomienda fuertemente, señores, que procuréis conseguir este bien. No olvidéis que es el hombre único que puede salvar la patria y contad seguramente con su desprendimiento.

„Llamadle á vuestro seno y sed más felices que nosotros en inspirarle confianza y borrar impresiones que suenen á provincialismos ó principios destructores.

„Que los genios maléficos, que los que aspiran á un interés personal, que los irreflexivos é inexpertos no triunfen y arranquen los laureles pacíficos reservados para los ciudadanos que restablecen su Patria oprimida por males interiores.

„Si el general Freire al conservar independiente el mando de la tropa ha querido evitar los estragos de la guerra civil, resultado preciso de la anarquía; si ha tratado de impedir la disolución del ejército; si con toda la

fuerza de la República á sus órdenes ha querido conservar su influjo y respeto, para hallarse en situación de hacer el imponderable bien de terminar desavenencias; si aprovecha su crédito y su opinión para restablecer inmediatamente la República á su anterior indivisibilidad bajo un gobierno supremo y enérgico; si con su fuerza no se constituye un espectador indiferente de las desgracias públicas, ó deja abismarse á las provincias en eternas disputas sobre derechos y teorías; si en el mejor modo que permitan las circunstancias, y con las garantías posibles para asegurar provisoriamente la libertad, concurre á establecer un gobierno provisional, ínterin se reúne el Congreso general que en plena libertad dicte la constitución permanente del Estado, él habrá usado de una política tan sublime como benéfica, y será en todos sentidos el libertador de su Patria.

„Tal es el gran cuadro de los negocios públicos, y vuestros trabajos van á ser tan arduos como importantes. Mil reformas, mil providencias útiles habría dictado la Junta si su autoridad vacilante, la situación política del Estado y sus atenciones dirigidas exclusivamente á la unión de la Nación, no la hubiesen sido un obstáculo insuperable.

„Acaso nos hemos equivocado; tal vez el error ha precedido á muchas de nuestras deliberaciones; él es inseparable de la condición humana; pero dispensad, padres del pueblo, nuestras faltas, que ciertamente se han cometido en medio de un desinterés y amor público de que nos lisonjeamos.

„Entretanto, buscad al ciudadano que haya de subrogar nuestro cargo provisorio. ¡Ojalá su mando sea momentáneo, porque consigáis tan pronto como conviene el establecimiento del Gobierno Soberano! La razón, la experiencia y la opinión pública están de acuerdo en que á uno solo debe confiarse el Poder Ejecutivo. Ni los tres, ni alguno de nosotros nos consideramos capaces de llevar al término el triunfo del orden.

„Descargadnos de un peso que nos abruma, y sea ésta la recompensa de una administración en que las fatigas, las dificultades y los sinsabores han excedido al tiempo y á nuestras fuerzas. —*Agustín de Eyzaguirre.—José Miguel Infante.—Fernando Errázuriz.—Mariano de Egaña.*"

INDICE